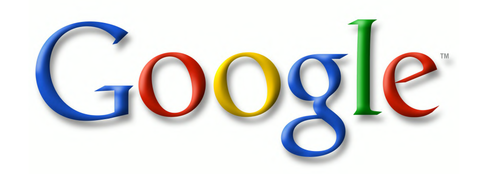
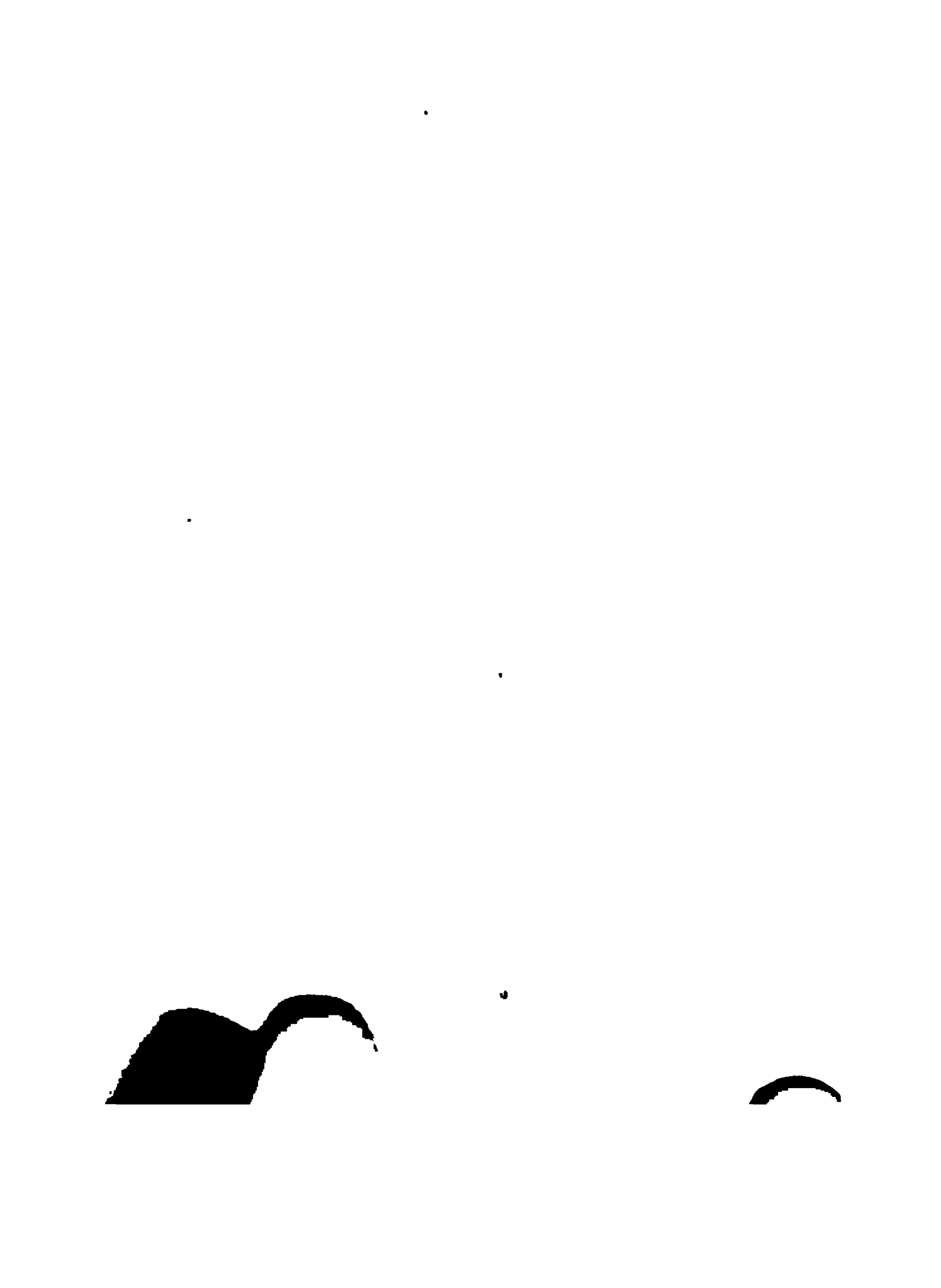





600076683-



# HISTORIA

DE LA

# LITERATURA ESPAÑOLA.

# HISTORIA

DE LA

# LITERATURA ESPAÑOLA,

POR M. G. TICKNOR,

TRADUCIDA AL CASTELLANO, CON ADICIONES Y NOTAS CRÍTICAS,

POR **D. PASCUAL** DE **GAYANGOS**,

individuo de la Real Academia de la Historia,

Y **D. ENRIQUE** DE **VEDIA**.

## TOMO SEGUNDO.



MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,

Salon del Prado, número 8.

1851.

# HISTORIA

DE LA

# LITERATURA ESPAÑOLA.

## SEGUNDA EPOCA.

### CAPITULO PRIMERO.

**Epocas de gloria literaria y prosperidad nacional.— Carlos V.—Esperanzas de monarquía universal.— Lutero. —Lucha de la Iglesia romana con el protestantismo.—Libros protestantes.—La Inquisicion.—Indice expurgatorio.—Destruccion del protestantismo en España.—Persecucion.—Estado religioso del país y sus efectos.**

En todos los países que hoy dia rayan mas alto en civilizacion y cultura intelectual, el período en que la literatura se ha fijado de una manera permanente ha sido tambien su período de mayor gloria como estados. La razon es obvia : reina entonces entre los varios elementos que componen el carácter nacional cierta animacion y actividad capaces de producir una poesía robusta y una oratoria sublime, que siendo, como son, el resultado natural del fervor y entusiasmo del pueblo, y estando marcadas fuertemente con el sello del carácter nacional, sirven de tipo y norma á las generaciones venideras, y no pueden ser imitadas sino cuando la nacio-

nalidad se halla otra vez movida y estimulada por las mismas causas. Así pues en Grecia el siglo de Perícles siguió de cerca la memorable campaña contra los persas; el de Augusto fué consecuencia natural de la paz y tranquilidad causada por la conquista y sujecion del orbe entero; en Francia el siglo de Molière y de Lafontaine fué el siglo en que Luis XIV extendia las fronteras de su vasto imperio hasta dentro de Alemania; al paso que los reinados de Isabel y de Ana de Inglaterra coincidieron con la derrota de la invencible armada y con las victorias de Marlborough.

Otro tanto sucedió en España. El punto culminante en la historia de la Península es la toma de Granada y la destruccion del imperio musulman. Durante cerca de ocho siglos antes de aquel feliz acontecimiento los cristianos españoles estuvieron ocupados con guerras domésticas y luchas intestinas, que fueron poco á poco desarrollando su energía en medio de las mayores fatigas y mas recios combates, hasta que, por último, formóse con el tiempo un poder tan colosal, que no se vió otro semejante en todo el resto de Europa, y que no podia ya contenerse dentro de los límites de la Península. Y en efecto, lo mismo fué rendirse el último baluarte del poder sarraceno, que la inundacion acumulada durante siglos rompió por cima de las montañas que la contenian, y amenazó sumergir de una vez con su fiero torrente los mayores reinos del mundo civilizado. En menos de treinta años Carlos V, que habia heredado no solo á España, sino tambien á Nápoles, Sicilia y los Países Bajos, y en cuyas arcas empezaban ya á entrar los fabulosos tesoros de las Indias, fué coronado empe-

rador de Alemania y emprendió una carrera de conquistas tal, cual no habia sido concebida desde los tiempos de Carlo-Magno. La fortuna y la gloria siguieron por do quiera sus banderas. En Europa los límites de su imperio se ensancharon hasta encontrarse frente á frente en Turquía con el odiado poder del islamismo; en Africa guarnecia á Túnez y corria toda la costa de Berbería; Cortés y Pizarro, sus sanguinarios lugartenientes en América, alcanzaban en provecho suyo y de su trono mayores conquistas que las soñadas por Alejandro, al paso que mas allá del Pacífico sus naves descubrian las islas Filipinas, dando así la vuelta al mundo.

Tal era la brillante perspectiva que la fortuna ofrecia á todo español dotado de imaginacion y de mediana inteligencia, en la primera mitad del siglo XVI[1]; porque, como todos sabemos, tales hombres esperaban con confianza el tiempo en que la España se veria señora de un imperio mas vasto aun que el de Roma, y no pocos se lisonjeaban de presenciar tamaño espectáculo y ser partícipes en sus glorias. Su esperanza, empero, les salió fallida. Levantábase á la sazon en Europa un poder moral destinado á dividirla nuevamente y á colocar sobre bases enteramente nuevas la vida doméstica y las relaciones exteriores de sus principales reinos. El monje Lu-

[1] Pruebas de este sentimiento se hallan á menudo en la literatura castellana durante mas de un siglo; pero en ninguna parte con tanta sencillez y buena fe como en un soneto de Hernando de Acuña, soldado y poeta muy querido de Cárlos V, en que aquel anuncia al mundo «para su gran consuelo prometido por el cielo», segun él mismo dice:

Un monarca, un imperio y una espada.
(Poesías, Madrid, 1804, 8.°, p. 214.)

Aun es mas candorosa la observacion de Cristóbal de Mesa, que cincuenta años mas tarde da por completa en el reinado de Felipe III la realizacion de una monarquía católica universal. (Restauracion de España, Madrid, 1607, 8.°, canto 1, estrofa 7.)

tero se habia ya erigido en rival y contrapeso del poder militar de Carlos V, señor de tantos imperios; y desde el momento en que el elector de Sajonia abandonó la causa imperial, en 1552, y en que la convencion de Passau aseguró á los protestantes el libre ejercicio de su religion, aquel monarca perspicaz debió comprender que toda esperanza de un imperio universal, cuya silla estuviese en el sur de la Europa y cuyos cimientos estribasen en la religion de la Iglesia romana, se desvanecia para siempre.

Mas la cuestion de dónde y cómo habia de establecerse la línea divisoria entre los dos partidos que se disputaban el poder fué por largo tiempo causa de guerras sangrientas. La lucha empezó con la publicacion por Lutero de sus noventa y cinco proposiciones y la quema de las bulas del Papa en Wittenberg; y concluyó, si puede llamarse concluida, con la paz de Westphalia. Durante los ciento y treinta años que mediaron entre estos dos acontecimientos la España se halló, á la verdad, muy distante del sangriento campo de batalla en que por tanto tiempo y con tan fiero encarnizamiento se debatió la cuestion religiosa; pero no dejó por eso de tomar un vivo interés en la lucha, como lo prueban las largas guerras que mantuvo contra los príncipes protestantes de Alemania, sus inmensos esfuerzos para sofocar la rebelion protestante de los Países Bajos, el apresto y envío de su armada contra Inglaterra y su reina protestante, la intervencion de Felipe II en los asuntos de Enrique III y Enrique IV durante la Liga, y á la sazon que el protestantismo iba ganando terreno en Francia; y por último, la presencia de sus ejércitos y de sus es-

cuadras do quiera que se trataba de atacar y comprimir el gran movimiento de la reforma protestante.

No era pues de esperar que los que tan dispuestos se mostraban á contener y sofocar el protestantismo cuando aun estaba lejos, quedasen en la inaccion al ver el peligro ya mas cercano y dentro de su propia casa[2]. La primera señal de alarma vino, segun parece, de Roma. En marzo de 1521 llegaron á España breves del Papa avisando la introduccion de libros protestantes escritos por Lutero y sus secuaces, y que, segun se creia, habian circulado ya por cerca de un año. Es de observar que estos breves iban dirigidos á las autoridades civiles, que hasta aquella época habian conservado, aunque solo en la forma, el conocimiento en esta clase de asuntos. Pero era mas natural, y al mismo tiempo mas propio de las ideas que entonces reinaban en España y en otros países, el buscar en el poder eclesiástico el remedio á males que tenian su orígen en la religion, y la masa de los españoles se prestó á ello sin resistencia: en menos de un mes desde la fecha de dichos breves, y quizá antes de que se recibiesen en España, el Inquisidor general expidió sus órdenes á todos los tribunales subalternos, mandándoles buscar y recoger todos aquellos libros ó escritos en que directa ó indirectamente se expusiesen las doctrinas de la nueva herejía: disposicion atrevida y que produjo, sin embargo, el efecto deseado [3]. El Gobierno, por su parte, le dió su sancion y

[2] Los hechos y noticias que darémos mas adelante al referir el progreso y supresion del protestantismo en España, están en su mayor parte tomados de la «Historia crítica de la Inquisicion de España», por J. A. Llorente (Paris, 1817-8, cuatro tomos 8.º), y de la «Historia de la reforma en España», por Tomas M'Crie, Edimburgo, 1829, 8.º

[3] En todos tiempos los inquisidores generales manifestaron cierto ins-

beneplácito, porque bajo cualquier forma que se presentase el protestantismo siempre era un obstáculo invencible á los proyectos favoritos del Emperador; y el pueblo la aprobó porque, exceptuando tan solo unos cuantos individuos, los españoles de raza miraban á Lutero y á sus discípulos casi con la misma aversion y repugnancia que á un mahometano ó un judío.

Mientras tanto el Supremo Consejo proseguia su marcha con paso firme y mesurado. En varios decretos publicados entre 1521 y 1535 se mandaba que todos aquellos que tuviesen en su poder libros inficionados con las heréticas doctrinas de Lutero, ó que, sabiendo de su existencia y paradero, no los denunciasen á las autoridades eclesiásticas, quedasen desde luego sujetos á excomunion y á otras penas infamatorias; lo cual dió naturalmente á la Inquisicion amplias facultades para examinar el contenido de todos los libros que hasta entonces se habian impreso. A esto siguió la facultad que la Inquisicion se fué tomando, insensiblemente y por grados[4], de decidir y determinar qué clase de libros habian

tinto y deseo de ejercer jurisdiccion sobre los libros, ya impresos, ya manuscritos. Torquemada, el mas celoso é implacable de ellos, ya que no fué el primero, mandó quemar en la plaza de Sevilla en 1490 un gran número de biblias hebráicas y otros manuscritos, por la sola razon de que eran obras de judíos; y mas tarde en Salamanca mandó quemar otros seis mil volúmenes, bajo el pretexto de que eran libros de magia y sortilegios; si bien es preciso añadir que en todo esto no procedió Torquemada por autoridad propia, sino por mandato expreso del Rey, como el obispo Barrientos lo habia hecho cuarenta años ántes (Véase la nota 26, p. 380 del t. I). Hasta el año pues de 1521 la imprenta española tuvo solo que habérselas con los presidentes y oidores de las audiencias y otros funcionarios civiles ó eclesiásticos, los cuales, desde su primera aparicion hasta veinte años después de la fecha arriba citada, concedian, en virtud de poderes recibidos del Rey, las licencias competentes para la impresion y circulacion de los libros. (Llorente, t. I, páginas 281, 456; Mendez, «Typ. Esp.,» pp. 51, 331, 375.)

4 En algunas obras impresas antes del año 1550 observo que la Inquisicion empezaba ya, sin tener para ello autorizacion en forma, á ejercer cierta inspeccion en los libros que se imprimian. Por ejemplo, en una curiosa obra intitulada «Tratado de cambios»,

de mandarse á la imprenta; porque, si bien en un principio no estuvo competentemente autorizada ni por el Papa ni por el Rey, es claro que procedia con el tácito consentimiento de ambos, y en general auxiliada por uno de ellos. Por último, hallóse un expediente y traza segura, que no dejó duda alguna en cuanto á los medios que habian de emplearse ó los resultados que habian de seguirse.

En 1539 Carlos V consiguió del Papa una bula autorizándole para obtener de la universidad de Lovayna, en Flándes, donde la controversia luterana debió ser mas conocida y mejor entendida que en España, una lista de aquellos libros cuya introduccion en sus dominios podia ser peligrosa. Impresa en 1546, fué el primer *Indice expurgatorio* que se publicó en España, y el segundo en todo el mundo. Posteriormente fué sometido por el Emperador al supremo consejo de la Inquisicion; y considerablemente añadido por él, publicóse de nuevo en 1550, quedando desde entonces perfectamente establecida la jurisdiccion de la Inquisicion, y sujeta á sus caprichos la prensa, esa palanca de la moderna civilizacion; siendo de advertir que, por una ordenanza posterior, promulgada en 1558, en tiempo de Felipe II, se decretó la pena de muerte y confiscacion de bienes con-

de Cristóbal de Villalon, que se imprimió en Valladolid, en 1541, 4.°, la portada declara que el libro fué visto «por los señores inquisidores», y en la «Silva de varia leccion», de Pero Mexía (Sevilla, 1543, folio), aunque despućs del título se copia la licencia imperial para imprimir, léese además en el «Colophon» la del Inquisidor apostólico. Ni una ni otra eran á la sazon requisito indispensable; pero los escritores deseaban ponerse á cubierto y precaverse contra una autoridad que, aunque ilegal todavía, era considerada como muy temible. Otro tanto podria decirse de la «Theorica de virtudes», de Castilla, impresa en 1516, la que, á pesar de estar dedicada á Cárlos V y tener licencia imperial para imprimirse, está tambien autorizada por el inquisidor general D. Alonso Manrique.

tra todos aquellos que hubiesen vendido, comprado ó tuviesen en su poder alguno de los libros prohibidos y señalados en el *Indice expurgatario*[5].

En circunstancias tales la lucha con el protestantismo español no podia ser de larga duracion. Comenzada con ardor hácia el año 1559, y proseguida con extraña fiereza y en medio de sangrientas escenas, concluyó de todo punto en 1570. Hubo un tiempo en que las nuevas doctrinas penetraron hasta los monasterios é hicieron bastantes progresos entre el clero; y si bien no llegaron nunca á ser temibles por el número de los iniciados, no pocos de los que se alistaron bajo sus banderas fueron personas distinguidas por su talento, erudicion y nobleza. Pero cuanto mas alto y visible el blanco, tanto mayor fué el empeño de la Inquisicion en asestar contra él sus tiros. Esta institucion contaba ya setenta años de existencia, y se hallaba á la sazon en su mayor pujanza. El cardenal Jimenez de Cisneros, uno de los políticos mas sagaces y atrevidos, como tambien uno de los mayores fanáticos que el mundo vió jamás, habia desempeñado durante

[5] Peignot, «Essai sur la liberté d'écrire,» Paris, 1832, 8.°, pp. 55-61; Baillet, «Jugemens des savans,» Amsterdam, 1725, t. II, p. 43; la notable «Hist. del origen de la Inquisicion y del índice expurgatorio de Venecia», por el P. Paulo Sarpi, el primero que se imprimió; «Opere,» Helmstadt, 1763, 4.°, t. IV, pp. 1-67; Llorente, «Hist. de l'Inquisition,» t. I, páginas 459-64, 470; Vogt, «Catalogus librorum rariorum,» Hamburgi, 1753, 8.°, páginas 367-9. Esto en cuanto á Europa; fuera de ella fué aun peor. Desde el año de 1550 en adelante todo libro impreso debia llevar una certificacion declarando que el libro no era prohibido, sin la cual no podia venderse ni leerse en las colonias. (Llorente, t. I, p. 467.) Hasta aquí la Inquisicion, en lo tocante al «Indice expurgatorio», consultaba á las autoridades civiles, ó estaba competentemente autorizada por ellas para obrar de esta manera. En 1640 dejó ya de cumplirse dicha formalidad, y el «Indice» se imprimió sin conocimiento de la autoridad civil. Desde el momento en que la herejía de Lutero empezó á hacerse mas general, todo libro impreso en Alemania ó Francia necesitaba una licencia especial para ser introducido y poder circular en España. (Véase á Bisbe y Vidal, «Tratado de comedias,» Barcelona, 1618, fol. 55.)

un largo período de tiempo los cargos de gobernador civil de España é inquisidor general, y habia empleado los vastos poderes que le daba su posicion en consolidar la nueva institucion y extenderla al continente americano, descubierto recientemente[6]. Su sucesor, el cardenal Adriano, preceptor y favorito de Cárlos V, fué durante dos años enteros inquisidor general en España y papa en Roma; de suerte que, por algun tiempo al menos, la dignidad mas alta de la Iglesia vino á auxiliar los proyectos y á aumentar el poder de la Inquisicion española, como antes lo hiciera la autoridad civil en tiempo de Jimenez[7]. Y mas tarde, con un intervalo de solos veinte años, el sagaz, el rígido, el inflexible Felipe II,

[6] El cardenal Jimenez fué bajo todos conceptos digno de su alta posicion, ejerciendo su autoridad con mucha sagacidad y tino, al mismo tiempo que gran confianza en sus propios recursos y en los de su gran talento: confianza que naturalmente duplicó su poder y le hizo salir airoso en mil arduas empresas. Pero debe tenerse presente que á no haber sido *por él*, la Inquisicion, en vez de ensanchar la esfera de sus atribuciones, como sucedió á los veinte años de su establecimiento, hubiera sido reducida á límites muy estrechos, y quizá tambien paralizada y destruida con el tiempo; porque en 1512, cuando los apuros del erario y la guerra que meditaba contra Navarra inclinaron el ánimo del rey D. Fernando á aceptar de los nuevamente convertidos una gruesa suma de dinero que le ofrecian en clase de donativo, con la sola y única condicion de que los testigos citados á comparecer ante el tribunal de la Inquisicion serian examinados *en público*, el cardenal Jimenez no solo empleó todo su influjo con el Rey para impedirle que admitiese la oferta, sino que le procuró las sumas necesarias para salir de sus apuros. Y mas tarde, cuando para atender á los gastos de su coronacion, en 1517, Cárlos V, jóven aun, é impulsado quizá por un sentimiento de generosidad, aceptó de los cristianos nuevos igual ofrecimiento, limitado por la misma razonable y justísima condicion, no sin haber antes consultado las universidades y los mas eminentes teólogos y jurisconsultos de España y Flándes, el mismo Jimenez interpuso segunda vez su poderoso influjo, y logró, no sin desfigurar algun tanto la verdad, que la oferta fuese desechada. Tambien fué Jimenez el que estableció los tribunales de provincia y determinó su jurisdiccion respectiva. Por último, Jimenez fué el que primero llevó la Inquisicion fuera de los límites de la España, el que la estableció en Oran, conquistada por él mismo en persona, en Canarias y en Cuba, desde donde, gracias á las previsoras medidas de que su establecimiento fué acompañado, se extendió en lo sucesivo á todos los dominios de España en América. Y sin embargo, á pesar de lo dicho, es preciso confesar que el cardenal Jimenez se opuso en un principio al establecimiento de la Inquisicion. (Llorente, «Hist.,» capítulo 10.)

[7] Llorente, t. I, p. 419.

dueño de un imperio en que, segun la expresion hiperbólica bien conocida, el sol no se ponia nunca, empleaba toda la energía de su carácter, así como sus inmensos recursos, en extirpar toda clase de herejía en los países sometidos á su mando, y formar con ellos un vasto imperio basado en la unidad religiosa.

A pesar de lo dicho la Inquisicion, considerada como instrumento principal para arrojar fuera de España las doctrinas del protestantismo, hubiera sido ineficaz, á no haberla auxiliado poderosamente el Gobierno y el pueblo; porque en cuestiones como esta los españoles habian sido siempre de un mismo modo de pensar. Era tal y tan inveterado el odio que siempre profesaron á los enemigos de su fe, tal el encarnizamiento con que pelearon durante siglos, que el altivo recuerdo de su gloriosa lucha vino á constituir con el tiempo el principal elemento de su existencia nacional, y que cuando, por la total expulsion de los judíos y la completa sumision de los moros, no quedó en la Península otro enemigo que humillar y vencer, los españoles se aplicaron con el mismo celo y fervor á purificar el suelo patrio y lavar las manchas que dejaron la infidelidad y la herejía. Para promover esta grande obra, en 1558, el mismo año en que Felipe II decretaba los mas odiosos castigos y terribles penas en apoyo y fomento de la Inquisicion, el papa Paulo IV expedia un breve confirmando todas las anteriores disposiciones de la Iglesia contra los herejes, y autorizando al Santo Oficio para proceder contra todos los acusados de participar de las nuevas doctrinas, aun cuando las sospechas recayeran en obispos, arzobispos ó cardenales, duques, príncipes, reyes ó emperadores:

facultades y atribuciones que, consideradas bajo sus diferentes aspectos, fueron mucho mayores que las concedidas jamás á ningun otro poder civil ó eclesiástico, y por consiguiente mas perniciosas á la marcha y progreso del entendimiento [8].

Como era de esperar, la Inquisicion entró desde luego y con ardor en el ejercicio de sus nuevas y extraordinarias facultades. El primer auto de fe contra los protestantes se celebró en Valladolid, en 1559, y á este siguieron de cerca otros, tanto en aquella ciudad como en varios puntos de la Península [9]. En ellos sufrieron la última pena muchas personas distinguidas por su nacimiento, talento y posicion social, asistiendo las mas veces á tan repugnante espectáculo el Rey y su familia, sin contar un gentío inmenso que aplaudia tácitamente los horrores perpetrados en su presencia. El número de víctimas sacrificadas en estos autos de fe no fué tan crecido como lo fuera en otros anteriores, pues rara vez excedió de veinte personas quemadas, y otras cincuenta ó sesenta sometidas á penas crueles y degradantes; pero muchos de los que sufrieron en dicha ocasion eran hombres dotados de una inteligencia privilegiada y de genio activo é investigador, como lo prueba la clase de crímen que se les imputaba; porque el protestantismo debió naturalmente dirigirse desde luego á hombres pensadores y de elevado espíritu, y cuanto mayores eran la ciencia y el saber, tanto mas vehementes las sospechas de los inquisidores. Sanchez, el mejor humanista de su tiempo en España; Fr. Luis de Leon, el mas elocuente predicador

[8] Llorente, t. II, pp. 183-4.

[9] Ibid., t. II, cap. 20, 21 y 24.

y sabio hebraizante; Mariana, el mejor de los historiadores españoles, sin contar otros muchos escritores de segundo órden, fueron citados ante el terrible tribunal, para confesar al menos su sumision y humillarse en su presencia, ya que no fuese para quedar sujetos á su censura.

Hasta los varones de vida santa y costumbres austeras sintieron los efectos de la Inquisicion, toda vez que manifestaron en sus obras alguna tendencia á inquirir la verdad. Juan de Avila, mas conocido por el dictado de «Apóstol de la Andalucía»; Fr. Luis de Granada, célebre escritor en el género místico; Sta. Teresa de Jesus y S. Juan de la Cruz, ambos canonizados después por la Iglesia de Roma, sufrieron reclusion en los calabozos del Santo Oficio, ó estuvieron de un modo ú de otro sujetos á su censura y disciplina. Otro tanto aconteció á los eclesiásticos mas distinguidos por su rango y autoridad: Carranza, arzobispo de Toledo y primado de las Españas, después de haber sufrido durante diez y ocho años las persecuciones de aquel terrible tribunal, murió por último humillado y sumiso á su oculto y misterioso poder; y Cazalla, el capellan querido de Cárlos V, quemado en sus hogueras. Llegó á ponerse en duda hasta la fe y religion de los personajes mas autorizados del reino, entablándose los mas minuciosos procedimientos contra sugetos como D. Juan de Austria y el formidable duque de Alba [10]: procedimientos, sin embargo, que deben ser mirados mas bien como un ostentoso alarde de fuerza y autoridad, que como un ataque á aquellos ilustres individuos, puesto que la Inquisicion marchó

[10] Llorente, t. II, cap. 19 y 25.

desde un principio en union con el Gobierno, y llegó á ser, á medida que se fué desarrollando y extendiendo, un arma poderosa en sus manos.

El grande objeto pues del Gobierno y de la Inquisicion parece haberse cumplido y realizado en los últimos años del reinado de Felipe II mas eficazmente que en ningun otro reino cristiano, y mucho mas de lo que lo seria, dado caso que volviera á establecerse. Los españoles llegaron á ser entonces el pueblo mas religioso de la tierra, segun la acepcion que ellos mismos daban á esta palabra: hecho que á sus propios ojos quedó suficientemente demostrado algunos años después, cuando, á fin de concluir de una vez con las miserables reliquias de la nacion mora, seiscientos mil pacíficos é industriosos habitantes fueron con notable crueldad expulsados de la Península, en medio del general aplauso y de la aprobacion de hombres como Cervántes, Lope de Vega y otros distinguidos escritores de su tiempo [11]. Desde este momento bien puede decirse que la voz de la controversia religiosa no se oyó mas en España; y la Inquisicion, hasta su supresion en 1808, fué principalmente una institucion política y que, bajo el pretexto de perseguir la infidelidad y la herejía, se ocupaba mas bien de la policía del Estado. La mayoría del pueblo español vivia alegre y satisfecha, vanagloriándose de su lealtad y de su fe; y los pocos que aun se diferenciaban en sus creencias religiosas, ó guardaban silencio por temor al castigo, ó de lo contrario, desaparecian á la menor sospecha.

Estos y otros rasgos de nacionalidad no podian menos

[11] Véase la nota al cap. 40 de esta segunda parte.

de influir poderosamente en una literatura como la española, marcada mas que otra alguna con el sello de la originalidad y adornada con los varios matices del carácter popular. Mas la época de que tratamos ya no era tal, que dicha influencia pudiera ejercerse de una manera poética. La antigua lealtad, que en otro tiempo fué un elemento tan principal del carácter y cultura de los españoles, se hallaba ahora inficionada por la ambicion de un imperio universal, y prodigada á príncipes y nobles que, como los dos últimos Felipes y sus ministros, eran indignos de sus homenajes: de manera que entre los historiadores y poetas épicos de la época á que aludimos, y aun, si se quiere, entre los escritores mas populares, como Quevedo y Calderon, no hallamos otro sentimiento que el de una vanagloriosa admiracion de todo lo nacional y una despreciable lisonja dirigida al Rey y á los grandes, que si nos recuerdan alguna vez la antigua fiereza y orgullo castellano, es tan solo para hacernos ver hasta qué punto aquellos rasgos del carácter popular habian degenerado y perdido en dignidad; otro tanto vino á suceder con el antiguo sentimiento religioso, que tan unido estuvo á la lealtad española. El espíritu del cristianismo, que habia dado cierto colorido de magnanimidad y de heroismo á las formas mas rudas del entusiasmo militar, así como á las hazañas mismas del pueblo durante su larga lucha con los infieles, degeneró en un fanatismo fiero é intolerante, y sin embargo, tan comun y generalizado, que de él están llenos los romances populares y las novelas de la época, y que el teatro nacional en mas de una forma viene á ser su extraño y grotesco monumento.

Como era de esperar, la mayor parte de la poesía y prosa didáctica producida durante el período arriba citado, cuyos primeros años fueron el siglo mas glorioso de la literatura española, está desgraciadamente contaminada por dicha tendencia en el carácter nacional. Aquel sentimiento generoso y varonil, que es la expresion y la forma de la vida intelectual en cualquier pueblo, fué ahogado y restringido; algunos géneros de literatura, como la elocuencia del foro y del púlpito, la poesía satírica y la prosa didáctica, se mostraron apenas; otros, como la poesía épica, fueron singularmente pervertidos ó mal empleados; al paso que el drama, los romances y las varias formas de poesía lírica crecieron con exhuberancia febril en fuerza de las restricciones impuestas á los demás géneros de la literatura : restricciones que, á decir verdad, hubieran llevado el genio poético por un camino muy diferente, y quizá tambien menos rico en resultados.

Todo libro impreso durante el período que vamos á examinar, y aun durante un siglo después, presenta señales evidentes de la sujecion y servilismo á que la imprenta y los escritores quedaron reducidos. La portada misma, la dedicatoria de su autor, y los innumerables certificados recogidos de varios amigos para probar la ortodoxia de una obra, á veces tan apartada de la religion como los cuentos de viejas; hasta el mismo *Colophon*, en que el autor pedia humildemente perdon de cualquier yerro involuntario cometido contra la autoridad de la Iglesia ó del uso demasiado frecuente de citas de la mitología clásica, son pruebas evidentes de las trabas impuestas al entendimiento, y de las pesadas cade-

nas con que la razon estuvo por largo tiempo sujeta y aherrojada. Pero nos equivocariamos grandemente si, al considerar tan perniciosos efectos en la literatura española, los creyéramos causados sola y exclusivamente por la accion directa de la Inquisicion y del gobierno civil, comprimiendo y sujetando con férrea mano la masa entera de la sociedad. Tal coaccion hubiera sido del todo imposible, y no hay nacion alguna que se hubiera sometido á ella; mucho menos la española, que tan animosa y caballeresca se mostró en tiempo de Cárlos V y durante la mayor parte del reinado de Felipe II. El mal venia de mas lejos y habia ya echado hondas raíces en el carácter nacional: el exceso mismo de aquel entusiasmo guerrero y celo cristiano que tan denodada y gloriosamente combatió contra la introduccion del islamismo en Europa, y de aquella acendrada lealtad que sostuvo á los príncipes españoles en medio de tan encarnizada y terrible lucha, sentimientos ambos generosos y nobles, y que en España, mas que en parte alguna, se identificaron con el carácter popular, son las verdaderas causas de tan lamentable cambio.

La sumision pues de los españoles á un despotismo indigno y feroz, y su fanatismo religioso, no fueron obra de la Inquisicion ni de una monarquía corrompida; al contrario, la Inquisicion y el despotismo fueron el resultado natural de la antigua lealtad y celo religioso, exagerados y mal dirigidos. La civilizacion española, formada de tales elementos, tuvo, á no dudarlo, su lado brillante, noble, poético; pero no supo excitar y nutrir los sentimientos mas bellos y dulces de nuestra comun naturaleza; aquellos que se engendran solo en la vida

doméstica y son resultado del cultivo de las artes de la paz.

A medida pues que avanzamos en nuestra tarea y que vislumbramos ya el completo desarrollo del carácter y literatura de los españoles, hallamos contradicciones patentes, que solo pueden explicarse volviendo atrás la vista y reconociendo los cimientos en que aquellas descansan. Vemos á la Inquisicion en el apogeo de su omnipotencia, y á un drama libre é inmoral en el pináculo de su inmoralidad; á Felipe II y sus dos sucesores gobernando á España con el mas severo y suspicaz despotismo, mientras que Quevedo escribia sus graciosas y punzantes sátiras y Cervántes su agradable é ingenioso *Don Quijote*. La España en general, y principalmente los discretos y agudos escritores que forman el siglo de oro de su literatura, pudieron muy bien vivir alegres y satisfechos, por no comprender bien las trabas puestas al pensamiento, ó porque no sintieron al pronto los efectos de la restriccion moral que los encadenaba y reprimia. Pudieron muy bien abandonar una parte de sus derechos como hombres, y hacer dicho sacrificio sin repugnancia y sin sentirse degradados; pudieron hacerlo en fuerza misma de la lealtad y celo religioso que los distinguia; pero no es menos cierto que las trabas y barreras existian, y que estas habian necesariamente de acarrear la pérdida ó á lo menos el deterioro de los mejores rasgos del carácter nacional.

El tiempo vino á confirmar lo que acabamos de decir: poco mas de un siglo habia trascurrido, cuando el Gobierno que amenazó avasallar al mundo entero tenia apenas las fuerzas suficientes para repeler una invasion

en su propio suelo, ó mantener á sus súbditos en la debida obediencia. La vitalidad vigorosa y poética que animó el carácter español durante siglos enteros de desgracias y padecimientos empezó á retirarse poco á poco del cuerpo, hasta dejarle casi cadáver. La España, como nacion, descendió del alto puesto que ocupaba entre las demás de Europa, llegando á ser con el tiempo una potencia de segundo órden; y entonces los españoles, presentándose erguidos detrás de sus erizadas montañas, desecharon toda comunicacion y trato con el resto del mundo civilizado, animados de un espíritu tan exclusivo é intolerante, si cabe, como el que algunos siglos antes les habia movido á evitar todo trato y comercio con el árabe invasor. Los tesoros materiales traidos de sus posesiones en el Nuevo Mundo mantuvieron, es verdad, durante otro siglo las miserables formas de una existencia política como nacion; pero la lealtad, la fe religiosa, la dignidad misma del carácter nacional, desaparecieron, y en su lugar apenas quedó otra cosa mas que una obediencia servil hácia los reyes indignos que los regian y un fanatismo despreciable y tímido en materias de religion. El antiguo entusiasmo, rara vez manejado con prudencia en los principios de la monarquía, y á veces mal dirigido después, se perdió completamente; y la poesía en España, mas que en otra nacion alguna, fiel representante de las afecciones y sentimientos del pueblo, decayó igualmente á medida que se adulteraban los rasgos del carácter nacional.

---

## CAPÍTULO II.

**Decadencia de la literatura hácia el año 1500.—Influencia de la Italia.—Conquistas de Cárlos V.—Boscan.—Navagiero.—Forma italiana introducida en la poesia española.—Garcilaso de la Vega.—Su vida, obras é influencia duradera.**

Mucho decayeron, sin duda alguna, la literatura española y el buen gusto durante los últimos años del azaroso reinado de D. Juan el Segundo y todo el de su hijo y sucesor Enrique IV. La escuela provenzal no existia ya, y ninguna de las varias imitaciones hechas en castellano habia tenido buen éxito; las influencias recibidas de Italia en época anterior, y que fueron menos fértiles en buenos resultados de lo que se debia y podia esperar, estaban tambien olvidadas; el estilo y moda de la corte, á falta de mejores y mas poderosos impulsos, prevalecia completamente; y una poesía monótona, llena de conceptos y de afectacion ridícula, era lo único que podia producir un estado de cosas tan poco natural.

Ni fué grande la mejoría en el reinado de los Reyes Católicos. Es cierto que la introduccion de la imprenta y el renacimiento del gusto por la antigüedad clásica debieron ser un poderoso correctivo; que por una parte la fundacion de la universidad de Alcalá por el cardenal Jimenez, y la restauracion de la de Salamanca; y por otra los trabajos literarios de hombres como Pedro Már-

tir, Lucio Marineo, Antonio de Lebrija y Arias Barbosa, debieron ejercer una influencia saludable en la cultura intelectual, ya que no en el gusto poético de la nacion. De vez en cuando, segun hemos visto, se descubren muestras de la antigua energía nacional en obras como la *Celestina* y las *Coplas* de Jorge Manrique; asimismo es de creer que los antiguos romances y otras formas de la primitiva poesía popular mantuvieron su lugar en el corazon del pueblo; pero á pesar de todo, es un hecho innegable que entre las clases altas de la sociedad y en la época arriba dicha, el gusto estaba muy degenerado y pervertido, como lo prueban los Cancioneros y casi todos los demás libros impresos de aquel tiempo.

El primer impulso hácia un estado mejor de cosas vino de Italia; lo cual fué hasta cierto punto un mal, pero un mal inevitable. Las relaciones entre Italia y España, que, segun ya dijimos, fueron en todo tiempo frecuentes, se estrecharon sobremanera á poco de haber Cárlos V subido al trono, por varias causas, pero principalmente por la conquista del reino de Nápoles. Ya en tiempo de los Reyes Católicos habia habido embajadores españoles en la corte de Roma, siendo uno de ellos un hijo del célebre marqués de Santillana, y otro el padre de Garcilaso de la Vega. Las universidades de Italia seguian admitiendo gran número de estudiantes españoles, que miraban los medios de educacion que les proporcionaba su patria como inadecuados á sus necesidades y circunstancias; y poetas como Juan del Encina y Torres Naharro visitaban la Italia, y vivian respetados y considerados en Roma y Nápoles. En esta última ciudad la antigua familia española de los Dávalos, uno de los cuales fué esposo

de la célebre Vittoria Colonna, cuyas poesías son contadas entre las obras de los clásicos italianos, se erigió en patrono de las letras y mantuvo viva la union intelectual de los dos países, que los reclamaban á la vez como hijos y los trataron con igual consideracion y respeto [1].

Pero además de estos ejemplos individuales de union entre España é Italia, sucesos de importancia ponian en contacto los intereses de las masas en ambos países y dirigian la atencion del uno al otro. Nápoles, después del tratado de 1503, y á consecuencia de las victorias de Gonzalo de Córdoba, fué entregado á la España como un cautivo indefenso, y gobernado durante mas de un siglo por vireyes españoles, que llevaban consigo una numerosa comitiva de oficiales y dependientes, entre los que hallamos á menudo los nombres de literatos y poetas como Quevedo y los Argensolas. Cuando Cárlos V subió al trono en 1516, fué desde luego evidente que haria un esfuerzo por extender á Italia su influencia política y poder militar. Las fértiles llanuras de la Lombardía fueron pues el teatro de la primera guerra europea en que España entró; guerra en que se iba muy pronto á decidir, como en efecto se decidió, la suerte de la Europa y la de Italia por dos monarcas jóvenes y fogosos, llenos de rivalidad personal y codiciosos de gloria. De este modo, desde el año de 1522, en que estalló la primera guerra entre Francisco I y Cárlos V, hasta la desastrosa batalla de Pavía, en 1525,

[1] Guinguené, «Hist. lit. de l'Italie,» t. IV, pp. 87-90; y mas particularmente en la «Historia de Don Hernando Dávalos, marqués de Pescara» (Anvers, Juan Stultio, 1558, 8.º), libro raro y curioso, que me parece escrito antes del año 1546, y es obra de un aragonés llamado Pedro Valles. (Véase á Latassa, «Bib. nueva de escritores aragoneses,» t. I, p. 289.)

puede decirse que todas las fuerzas disponibles de la España fueron enviadas á Italia, y sometidas de una manera notable á la influencia de la cultura y civilizacion italiana.

Mas no paró aquí la union de los dos países. En 1527 Roma misma llegó por algun tiempo á formar parte del imperio español, y el Papa fué prisionero del Emperador, como Francisco I lo fuera algunos años antes. En 1530 Cárlos V apareció de nuevo en Italia, rodeado de una corte espléndida, y seguido de un ejército formidable, que aseguraba en todas partes su influencia y predominio. Después de haber destruido las libertades de Florencia y restablecido el gobierno aristocrático dé los Médicis, hecho las paces con el Papa, á quien habia humillado, y asegurado por su prudencia y moderacion la amistad de los demás estados de Italia, puso fin á su obra haciéndose solemnemente coronar rey de Lombardía y emperador de Romanos en presencia de los nobles y dignatarios de ambos estados, y por manos del mismo pontífice á quien tres años antes habia contado en el número de sus cautivos[2]. Tal estado de cosas debió necesariamente

[2] La coronacion del Emperador en Bolonia, como casi todos los sucesos notables de estos tiempos, fué puesta en escena en el teatro español, y forma el asunto de una comedia intitulada: «Los dos monarcas de Europa,» por Bartolomé de Salazar y Luna, que se halla en el t. xxii de las «Comedias escogidas» (Madrid, 1665, 4.°). Pero la comedia es demasiado extravagante en sus pretensiones, en lo que toca á la humillacion del Emperador y á la gloria del Papa, si se atiende sobre todo á que Clemente VII habia sido muy recientemente prisionero de aquel. Pocos momentos antes de empezarse la ceremonia una procesion de frailes y sacerdotes entra cantando:

En hora dichosa venga
El mas obediente hijo
De la católica Iglesia
A coronarse en sus ritos.

A lo que el Emperador responde:

Y en hora feliz ostenta
Lo grande de su dominio
Quien tiene á sus piés un rey
Gozoso de estar rendido.

Pero rasgos de esta especie abundan en el teatro español, y son una prueba del cuidado que los autores dramáticos ponian en ganarse el favor del clero.

producir la union íntima de España é Italia; union que duró hasta la abdicacion de Cárlos V en 1555, y en realidad hasta mucho después [3].

Al propio tiempo conviene tener presente que la Italia se hallaba á la sazon en posicion de influir con todo el poder de una civilizacion robusta y esmerada sobre el gran número de españoles, muchos de ellos lo mas florido y granado del imperio, á quienes las fortunas de la guerra ó las negociaciones políticas tuvieron durante medio siglo viajando por Italia, y viviendo en Génova, Milan, Venecia, Florencia, Roma y Nápoles. El siglo de Lorenzo de Médicis habia ya pasado, dejando tras de sí la memoria de Poliziano, Boiardo, Pulci y Leonardo de Vinci; pero los de Leon X y Clemente VII no habian concluido aun, y ejercian su influencia por medio de Miguel Angel, Rafael y Ticiano, Machiavelo, Berni, Ariosto, Bembo y Sannazaro; el último de los cuales, sea dicho de paso, era descendiente de una de aquellas familias españolas que los intereses políticos de ambos países llevaran antiguamente al reino de Nápoles. A la sazon pues que Roma y Nápoles, Florencia y todo el norte de Italia se hallaban en su mayor gloria, como centro de las artes y de las letras, un número considerable de españoles, los mas distinguidos quizá por su talento y cultura, atravesaba los Alpes, y se acostumbraba á apreciar debidamente las formas y creaciones del ingenio y del buen gusto; formas y creaciones tales, cuales no se habian visto nunca del otro lado del Pirineo, y que no podian menos de producir su efecto en una imagina-

[3] Sandoval, «Hist. de Cárlos V,» Ambéres, 1681, desde el lib. 12 al 18, pero principalmente en este último.

cion viva y ardiente como la de los españoles, y exaltada por su larga lucha con los moros y sus prodigiosas conquistas en Europa y América.

Rastros pues de la influencia italiana debieron por causas generales ser muy pronto perceptibles en la literatura española; pero un acontecimiento fortúito nos los presenta quizá antes de lo que era de esperar. Juan Boscan, patricio de Barcelona, fué, segun él mismo dice, aficionado á la poesía desde su juventud. La ciudad que le dió el ser se habia distinguido, segun ya vimos en otro lugar, por el número de trovadores catalanes y aragoneses que en ella florecieron; pero Boscan prefirió escribir en castellano, y la traicion hecha á su dialecto nativo fué en cierto modo fatal, por cuanto decidió la suerte de aquel. Sus primeros ensayos poéticos, de los cuales se conservan algunos, están escritos en el estilo y forma del siglo anterior; pero mas tarde y cuando, segun las noticias que de él tenemos, contaba ya veinte y cinco años de edad, cuando, segun él mismo asegura, habia sido recibido en la corte, habia militado en los ejércitos del Emperador y habia viajado por países extranjeros, Boscan fué inducido por una singular casualidad á ensayar las medidas del verso italiano segun entonces se usaba [1].

Hácia dicha época Boscan hizo conocimiento con Andrea Navagiero, noble veneciano que en 1524 fué enviado por su república en embajada á Cárlos V, y que á su vuelta en 1528 llevó consigo un descolorido, aunque

[1] El Diccionario de Torres y Amat contiene una vida corta, pero suficiente, de Boscan; y en el «Parnaso español», de Sedano (Madrid, 1768-78, t. VIII, p. 31), hay otra algo mas detallada.

interesante itinerario, que se imprimió mas tarde en la relacion de sus viajes. Fué Navagiero hombre muy versado en todo linaje de literatura, buen poeta, orador y político de no escaso mérito[5]; y durante su permanencia en España, por los años de 1526, pasó seis meses en Granada[6], donde trabó amistad con Boscan. « Estando un dia, dice, con el Navagero, tratando con él en cosas de ingenio y de letras, y especialmente en las variedades de muchas lenguas, me dixo por qué no prouaba en lengua castellana sonetos y otras artes de trovas usadas por los buenos authores de Italia; y no solamente me lo dixo assi livianamente, mas aun me rogó que lo hiciesse. Partíme pocos dias despues para mi cassa, y con la largueza y soledad del camino, discurriendo por diversas cosas, fuy á dar muchas vezes en lo que el Navagero me hauia dicho. Y assi comencé á tentar este género de verso. En el qual al principio hallé alguna dificultad, por ser muy artificioso y tener muchas particularidades diferentes del nuestro. Pero despues, pareciendome quizá con el amor de las cosas propias que esto començaba á sucederme bien, fuy poco á poco metiéndome con calor en ello[7].»

Las noticias que aquí nos da Boscan, sobre ser muy interesantes, son de la mayor importancia para la historia de la literatura española. Es cosa rara y extraña en verdad que un individuo aislado haya nunca ejercido tanta influencia en la literatura de un país extranjero, como la

[5] Tiraboschi, «Storia della lett. italiana,» Roma, 1784, t. VII, parte 1, p. 242; parte 2, p. 294, y parte 3, páginas 228-30.

[6] Andrea Navagiero, « Il viaggio fatto in Spagna, » Venegia, 1563, folio 18-30. En el Diccionario de Bayle hay un artículo sobre Navagiero, en que se elogian sobremanera su talento y erudicion.

[7] Carta á la duquesa de Soma, que precede al segundo libro de « Las obras poéticas de Boscan».

que Navagiero ejerció con sus oportunos consejos; aun mas raro quizá que dicha influencia, donde quiera que haya existido, se explique de una manera tan completa y satisfactoria. Boscan nos cuenta no solo lo que hizo, sino los motivos que le movieron á hacerlo, y cómo puso manos á una obra á que se consagró después todo entero, escribiendo en las formas mas aplaudidas y aceptables de verso italiano, con una osadía sin igual y con el mejor éxito. Al principio encontró bastante oposicion, pero fué poderosamente auxiliado por su amigo Garcilaso : de suerte que bien puede decirse que á un incidente tan casual y tan poco notable como la conversacion habida en Granada con un extranjero, se debe la introduccion en la literatura castellana de una nueva escuela poética que ha prevalecido desde entonces, y ejercido una influencia material en su carácter y destinos.

Boscan conoció que su reforma seria aceptada y lograria buen éxito, como se infiere de sus propias palabras; pero hizo pocos ó ningunos esfuerzos por ganarse partidarios. Rico y considerado, pasó la mayor parte de su vida en Barcelona, sin cuidarse del favor del público ni buscar su aprobacion. De vez en cuando, segun dicen, fué visto en la corte, y en cierta época de su vida tuvo á su cuidado la educacion del duque de Alba, cuyo nombre se hizo tan terrible en el siguiente reinado; pero generalmente prefirió la vida retirada y tranquila á los honores y ventajas que suele proporcionar la ambicion.

Las letras fueron su único pasatiempo. « En lo que he escrito, dice, nunca tuve fin á escribir, sino á andarme descansando con mi espíritu, si alguno tengo, y esto para passar menos pesadamente algunos ratos pesados de la

vida[8]. » El campo de sus estudios parece haber sido mas extenso y dilatado de lo que las anteriores palabras manifiestan, mas dilatado aun de lo que era comun y habitual en España á principios del siglo XVI, aun entre hombres dedicados exclusivamente al estudio de los clásicos. Tradujo una tragedia de Eurípides, que no llegó á imprimirse á pesar de haberse obtenido la correspondiente licencia, y que probablemente se ha perdido[9]. Tomando por modelo la fábula de *Hero y Leandro*, de Museo, y siguiendo el ejemplo de Bernardo Tasso, escribió en el *verso sciolto*, ó verso suelto de los italianos, una fábula larga de tres mil versos, que se lee aun hoy dia con gusto, por los dulcísimos y tiernos pasajes que encierra[10]. Y por último, en todas sus poesías muestra lo

[8] Carta á la duquesa de Soma.

[9] Háblase de ella en la licencia para imprimir, concedida á su viuda por Cárlos V en 18 de febrero de 1543, y puesta al frente de la muy rara é importante edicion de sus obras y algunas de su amigo Garcilaso, hecha en dicho año por Cárles Amor, impresor y librero de Barcelona, en 4.°, de 237 hojas. Dicha edicion, que se supone por algunos haber sido contrahecha varias veces y en diferentes lugares, se reimprimió á lo menos seis veces antes de 1546, ó sea tres años después de su publicacion. En 1553 un español llamado Alonso de Ulloa, domiciliado en Venecia y que publicó en dicha ciudad varios libros castellanos, con prólogos y advertencias suyas de bastante mérito, hizo una linda edicion en 8.° de las «Obras de Boscan», añadiendo algunas poesías que no se hallan en la primera edicion, y sobre todo, una, al principio del tomo, intitulada «Conversion de Boscan», religiosa por su asunto, y nacional en la forma. Al fin del libro Ulloa añadió algunos versos ridiculizando la escuela italiana introducida por Boscan, los cuales atribuye á «autor incierto», aunque son conocidamente obra de Cristóbal de Castillejo, y se hallan en la edicion de sus «Poesías». (Anvers, 1598, 12.°, fol. 110.)

[10] Góngora, en sus dos primeros romances burlescos (Obras, Madrid, 1654, 4.°, fol. 104), se divierte á costa de Boscan, y se burla de su «Leandro»; pero Góngora acostumbraba á tomarse mayores libertades aun con obras de mas mérito. El «Leandro» fué, segun creo, la primera tentativa hecha de introducir en la poesía castellana el verso suelto de los italianos. Siguió á Boscan de cerca Hernando de Acuña; pero los mejores versos de este género que me acuerdo haber leido son los de la égloga de Tirse, por Francisco de Figueroa, escrita medio siglo después de Boscan, y no impresa hasta el año de 1626. La traduccion de parte de la «Odisea», por Perez, en 1553, y la «Sagrada Eratos», de Alonso Carrillo Laso de la Vega, ó sea «Paráfrasis de los Psalmos», impresa en Nápoles en 1657, folio, están tambien escritas en el mismo género de verso, y no carecen de cierto mérito. Pero la rima es tan fácil en castellano, y el asonante lo es tanto mas,

familiarizado que se hallaba con los autores griegos y latinos, y cuán penetrado estaba del espíritu de la antigüedad clásica.

Su obra mas larga fué una traduccion del *Cortesano*, de Baldasar Castiglione, en italiano, y «el mejor libro de buena crianza y educacion», segun dice el Dr. Johnson, que escribió dos siglos después[11]. Boscan, sin embargo, no fué nunca muy amigo de traducciones, por parecerle «vanidad baxa y de hombres de pocas letras andar romançando libros»; pero Garcilaso de la Vega le envió un ejemplar del original italiano poco después de haberse impreso, y Boscan hubo de acceder á sus ruegos, traduciéndole al castellano[12]. Uno de ellos, ó quizá los dos, pudieron conocer á su autor, de la misma manera que Boscan conoció á Navagiero en Granada, pues Castiglione fué á España en 1525, como embajador de Clemente VII, y permaneció allí hasta su muerte, acaecida en Toledo en 1529.

Mas sea de esto lo que fuere, consta que el original italiano del *Cortesano* se preparó para la imprenta en España, y se imprimió por la primera vez en Venecia en 1528[13], y que Boscan lo tradujo poco después al castellano, aunque su traduccion no salió á luz hasta el año de 1549. Considerado como version el *Cortesano*, de Boscan, no tiene por cierto el mérito de la fidelidad: él mismo dice en el prólogo que consideraba tal arbitrio como

que el verso suelto, aunque usado desde mediados del siglo XVI, ha sido poco cultivado en España.

11 Véase la «Vida de Johnson», por Boswell (Londres, 1831, t. II, p. 501).

12 La primera edicion del «Cortesano», de Boscan, es en 4.°, letra gótica, 140 hojas. No tiene ni año ni lugar de impresion, pero la fecha es de 1549. Nicolas Antonio cita una de 1553, que supone equivocadamente ser la primera. El «Cortesano» es una de las obras señaladas en el «Indice expurgatorio de 1667», p. 245.

13 Guinguené, «Hist. lit. d'Italie,» t. VII, pp. 544-50.

indigno de él [14]; pero como composicion castellana, su estilo es fácil y suelto. Garcilaso declara que su lectura es tan sabrosa como la de una obra original [15]; y el cronista Morales: «el *Cortesano* no habla mejor en Italia, donde nació, que en España, donde lo mostró Boscan por extremo bien en castellano.» Quizá no haya otro libro en prosa castellana de época anterior [16] escrito en estilo tan elegante y correcto como este suyo.

Con tales pasatiempos Boscan pasó tranquilamente su vida modesta. Poco ó nada publicó, y en cuanto á noticias de su vida, apenas tenemos otras que las que resultan de sus propios escritos. Parece, sin embargo, que nació hácia el año 1500, y consta que murió en 1543, pues en este año su viuda solicitó y obtuvo permiso del Emperador para imprimir sus obras en Barcelona, como en efecto lo hizo, declarando en el prólogo ó introduccion que su marido las tenia en parte corregidas y preparadas para la imprenta, de miedo que se imprimiesen por alguna de las muchas copias imperfectas que circulaban sin su consentimiento.

Divídense estas en cuatro libros, de los cuales el primero contiene un corto número de poesías en el género denominado *coplas*, que él mismo llama en otra parte

14 «Yo no terné fin (dice Boscan en »su prólogo) en la traduccion deste »libro, á ser tan estrecho, que me »apriete á sacallo palabra por pala- »bra. Antes si alguna cosa en él se »ofreciere que en su lengua parezca »bien y en la nuestra mal, no dexaré »de mudarla ó de callarla.» (Ed. 1549, fol. 2.)

15 «Cada vez que me pongo á leer »este libro (dice Garcilaso en una »carta á D.ª Jerónima Palova de Al- »mogavar) no me parece que le ay »escrito en otra lengua, y si alguna »vez se me acuerda del que he visto »y leydo, luego el pensamiento se me »buelve al que tengo entre manos.» Dicha carta de Garcilaso, que se halla en todas las ediciones del «Cortesano», es en sí misma un modelo de diccion castellana.

16 Morales, «Discurso de la lengua castellana,» en las obras de Oliva, Madrid, 1787, 8.º, t. I, p. 40.

«hechas á la castellana», y fueron sus primeros ensayos poéticos antes de haber conocido á Navagiero. Son por la mayor parte villancicos, canciones y coplas en versos cortos y en el antiguo metro español, y á primera vista parecen tomadas de los antiguos Cancioneros, en los cuales se hallan con efecto dos de ellas [17]. Su mérito no es por cierto grande, pero en medio de los ingeniosos y sútiles conceptos de que están llenas, se notan de vez en cuando expresiones tan graciosas y giros tan felices, que con dificultad se hallarán en otros poetas de la misma escuela en aquel siglo ó en el anterior.

Los libros II y III, que forman la mayor parte del tomo, están en su totalidad compuestos de poesías en la medida italiana. Consisten estas en noventa y tres sonetos y nueve canciones, el extenso poema de *Hero y Leandro*, en verso suelto, ya mencionado, una elegía y dos epístolas en tercetos, y un poema, mitad narrativo, mitad alegórico, compuesto de ciento treinta y una estrofas de octava rima. La simple enumeracion del contenido de estos dos libros basta para dar á conocer que no hay en ellos nada, al menos en cuanto á la forma, que tenga la menor semejanza con la antigua poesía castellana. Los sonetos y canciones con especialidad son imitacion del Petrarca, como se evidencia por los dos que empiezan «Gentil señora mia», y «Claros y frescos rios», los cuales están conocidamente tomados de dos de las mas bellas y mas populares canciones del amante de Laura [18]. En la mayor parte de estas composiciones,

[17] «Cancionero general», 1535, folio 153.

[18] Petrarca, «Vita di madonna Laura,» canc. 9 y 14. Las imitaciones de Boscan están, en su mayor parte, echadas á perder con frecuentes con-

y en medio de cierta dureza y rusticidad, se descubre á la vez el tono y espíritu español; cualidades que hasta cierto punto las salvan de la tacha de ser copias. El colorido de Boscan es mas vigoroso que el de su maestro italiano; pero al propio tiempo fáltale aquella delicadeza en los tonos y exactitud en las líneas en lo tocante al idioma y al estilo, que es realmente encantador en su modelo, y casi imposible de imitar en castellano.

La elegía intitulada *Capitolo* abunda mas en conceptos y en erudicion escolástica de lo que tolera su asunto, y se parece mas á la primera manera de Boscan que ninguno de sus demás poemas. Está dirigida á la dama de sus pensamientos, y á pesar de sus defectos, contiene largos trozos de mucha ternura y natural belleza, que serán siempre leidos con gusto. De las dos epístolas que siguen, la primera es algo endeble y está escrita con bastante afectacion; pero la dirigida al célebre político, poeta y soldado, el viejo D. Diego de Mendoza, participa mucho del tono y manera de Horacio y está escrita con agudeza, pasion y filosofía.

La mas agradable, y al mismo tiempo la mas original de todas las obras de Boscan, es la última, ó sea la *Alegoría*. Empieza esta con una magnífica descripcion de la «Corte de amor», y otra de la de «Los celos», en contraposicion á esta. Casi todo lo restante del poema se reduce á la relacion de una embajada hecha en nombre de la primera de aquellas cortes, por dos caballeros encargados de citar á dos damas de Barcelona que se negaban á reconocer la supremacía del amor, y una lar-

ceptos. Algunos de sus sonetos, sin embargo, están enteramente libres de dicho defecto, y son naturales, al par que tiernos.

guísima arenga pronunciada por uno de los embajadores en cumplimiento de su cometido, y con el laudable fin de reducir las damas rebeldes á la obediencia, la cual llena casi la mitad del poema, y termina asaz bruscamente. Escribióse sin duda con el fin de cumplimentar á las dos damas, y por lo tanto la fábula significa poco; pero es un juguete agradable y ligero, en que el autor ha imitado con muy buen éxito el tono del Ariosto. Alguna vez que otra nos recuerda la isla de Amor en la *Lusiada*, si bien Boscan precedió de muchos años á Camoens. De vez en cuando tambien muestra una delicadeza moral, mas refinada aun que la de Petrarca, si bien es de creer le fué sugerida por la de aquel poeta italiano; delicadeza como la que manifiesta en la siguiente estrofa y en otras antes y después, en que el embajador del amor exhorta á las dos damas barcelonesas á que se sometan á su autoridad, poniéndoles por delante la felicidad de una union fundada en la simpatía y en la igualdad de gustos y sentimientos :

¿Y no es gusto tambien assi entenderos,
Que podays siempre entrambos conformaros;
Entrambos en un punto entristeceros,
Y en otro punto entrambos alegraros;
Y juntos sin razon embraveceros,
Y sin razon tambien luego amansaros;
Y que os hagan, en fin, vuestros amores
Igualmente mudar de mil colores[19]?

Boscan hubiera probablemente podido hacer mas de lo que hizo por la literatura de su patria. Su talento poé-

[19] «Obras de Boscan», Barcelona, 1543, 4.°, fol. 130.

tico, á la verdad, no fué de primer órden; pero viendo el estado de postracion en que se hallaba la poesía nacional, trató de levantarla, dándole un carácter ideal y formas clásicas como nunca las habia tenido antes. Pero para conseguir su fin echó mano de arbitrios que no tenian su base en el genio nacional: tomó por modelos á grandes poetas extranjeros, mas adelantados, es cierto, que los que hubiera podido hallar en España, pero que no eran superiores en ninguna literatura mas que en la suya propia, y no podian ser un cimiento sólido para fundar sobre él una escuela grande y permanente de poesía española; era, por lo tanto, imposible que el éxito fuese completo; y así es que Boscan introdujo en España el verso de once sílabas y el jámbico, el soneto y la *canzone* segun la fijó Petrarca, la *terza rima* [20] del Dante, las fáciles octavas de Boccacio y de Ariosto, todo esto con mas gusto y mejor tino que cualquiera otra innovacion hecha por los poetas de su patria y siglo, y todas ellas adiciones importantes á las formas de metro antes conocidas en España; pero no pudo ir mas allá. El espíritu original y esencial de la poesía italiana no era mas fácil de trasladar á España y á Cataluña que á Alemania ó Inglaterra.

Pero cualesquiera que fuesen sus planes y proyectos para mejora y adelantamiento de la poesía española,

[20] Pedro Fernandez de Villegas, arcediano de Búrgos, que en 1515 publicó una traduccion del «Infierno», del Dante (véase la nota 11, cap. 21), dice en su introduccion que en un principio pensó escribirla en *terza rima*, «la cual manera (dice) no es en »nuestro uso, y paresciame una cosa »tan desordenada, que lo dexé.» Era esto quince años antes que Boscan escribiera en dicha medida con buen éxito; quizá algo antes, pues la traduccion del Dante está dedicada á D.ª Juana de Aragon, hija de D. Fernando el Católico, y señora de cultivado ingenio y muy buenas letras, que murió antes que la traduccion estuviese concluida.

Boscan tuvo el gusto de verlos realizados antes de su muerte, al menos en cuanto debian de serlo, pues tuvo un amigo que no solo cooperó con él desde un principio, sino que con mayor ingenio quizá y superior ventura le dejó bien atrás, llevando las formas del verso italiano á tal altura, cual nunca jamás alcanzaron después en la literatura española. Este amigo fué Garcilaso de la Vega, el cual murió tan jóven, que Boscan le sobrevivió muchos años.

Fué Garcilaso descendiente de una antigua familia del norte de España que se remontaba hasta los tiempos del Cid, y que se habia distinguido en sucesivas generaciones por sus altos cargos en el gobierno de Castilla[21]. Una antigua tradicion poética refiere que uno de los antepasados de Garcilaso debió el apellido de *la Vega,* y el lema de *Ave María,* que la familia ostentó después en sus armas, á la circunstancia de haber muerto en singular batalla, y durante uno de los sitios de Granada, á un caudillo moro que habia hecho befa y escarnio de la religion cristiana atando á la cola de su caballo un lienzo inscrito con el *Ave María,* tradicion fielmente conservada en un hermosísimo romance, y que formó después el desenlace de una de las comedias de Lope de Vega[22]. Pero, ya sea auténtica ó no, Garcilaso llevaba un

[21] La mejor Vida de Garcilaso es la escrita por Fernando de Herrera el poeta, y se halla en la edicion que hizo en Sevilla, año 1580, de las poesías de aquel. En 1810 se representó en un teatro de Madrid un drama de D. Gregorio Romero y Larrañaga fundado en gran parte en la vida y aventuras de Garcilaso.

[22] La relacion de este hecho y el romance que en él se funda se hallarán en Hita, «Guerras civiles de Granada» (Barcelona, 1737, t. I, cap. 17), y en el «Cerco de Santa Fe», de Lope de Vega (Comedias, t. I, Valladolid, 1604). Pero la tradicion, segun entiendo, no es auténtica. Contradícela Oviedo al tratar de los ascendientes del padre del poeta, y como le conocia y trataba, su testimonio en este punto decide la cuestion (Quinquagenas, batalla 1, quinq. 3, diálogo 43, MS.). Tambien

nombre ilustre y honrado en ambas líneas, puesto que su madre fué hija única y sola heredera de Fernan Perez de Guzman, y su padre fué embajador de los Reyes Católicos en Roma para el arreglo de los asuntos de Nápoles.

Nació Garcilaso en Toledo en 1503, y se educó en dicha ciudad hasta que tuvo edad de llevar armas, en la que, cual convenia á uno de su posicion y nobleza, fué enviado á la corte y empleado en los ejércitos que tanta gloria estaban ya ganando á su patria. A la edad de veinte y siete años se casó con una dama aragonesa de la servidumbre de la reina D.ª Leonor, viuda del rey de Portugal, y que en 1530 se hallaba en España de paso para Francia, donde fué tambien reina. Desde este tiempo Garcilaso parece haber acompañado al Emperador en sus diferentes campañas y merecido su confianza en todas ocasiones, á pesar de que su hermano mayor, Pedro de la Vega, estuvo complicado en las revueltas de las comunidades, y se vió precisado á salir huyendo de España como rebelde y proscrito[23].

En 1532 Garcilaso se halló en Viena, y fue uno de los que mas se distinguieron en la memorable derrota dada al turco Soliman delante de las murallas de aquella ciudad. Durante su permanencia allí hubo de estar seriamente comprometido. Habiendo tratado del casamiento de uno de sus sobrinos con una dama de la servidumbre

la niega Lord Holland en su «Vida de Lope de Vega» (t. I, p. 2), aduciendo razones muy poderosas en apoyo de su conjetura, á que contestó Wiffen (Works of Garcilasso, London, 1833, pp. 100 y 384) lo mejor que pudo, aunque sin probar lo contrario. Es lástima por cierto que la tradicion de un hecho tan poético y tan propio de aquellos tiempos no descanse sobre mejores cimientos.

23 Sandoval, «Hist. del emperador Cárlos V.» lib. V; y Oviedo, en el diálogo arriba citado.

de palacio, y procurando llevarlo á cabo contra la voluntad de la Emperatriz, que se oponia, no solo tuvo que desistir de su propósito, sino que fué privado de su libertad y encerrado en un castillo situado en una isla del Danubio, en el cual escribió aquellos dulces y tristísimos versos[24] describiendo su soledad y afliccion, y pintando al propio tiempo la amena perspectiva de los alrededores. La marcha de los acontecimientos le restituyó pronto su libertad, y le colocó mas alto que nunca en el favor del monarca. En 1535 se halló en el sitio de Túnez, á la sazon que Cárlos V intentaba humillar á todas las potencias berberiscas con un solo golpe, y distinguióse sobremanera recibiendo dos graves heridas, una en la cabeza y otra en un brazo[25]. Su vuelta á España se refiere en una elegía escrita al pié del monte Etna, en la cual se da á entender que al volver tomó la ruta de Nápoles, ciudad que parece habia ya visitado ántes, como se infiere de una epístola dirigida á Boscan[26]. Como quiera que esto sea, aunque su visita á Italia en esta ocasion parece fué corta, hubo de residir allí en otra época lo bastante para granjearse la benevolencia y amistad de Bembo y de Tansillo[27].

Al año próximo, que fué por cierto el último de su breve, aunque gloriosa vida, le vemos en la corte del Emperador y sirviendo á sus órdenes en la desgraciada campaña de Provenza. Habian ya los imperiales superado las dificultades y peligros del sitio de Marsella, y el pru-

[24] «Obras de Garcilasso», ed. Herrera, 1580, pp. 234 y 239.

[25] Soneto 33 y nota correspondiente de la edicion de Herrera.

[26] Elegía 2, y la epístola, ed. Herrera, p. 378.

[27] «Obras», ed. Herrera, p. 18.

dente condestable de Montmorency habia cesado de perseguirlos é incomodarlos; mas al acercarse á la villa de Frejus las tropas fueron detenidas en su marcha por un castillejo puesto en la cumbre de un monte, y que defendian solamente cincuenta campesinos de aquellos contornos. El Emperador mandó al punto allanar aquel ligero obstáculo, y Garcilaso, que tenia á la sazon un mando elevado en el ejército, se encargó gustoso de cumplir sus órdenes. Sabia que los ojos del Emperador estaban puestos en él, y que el ejército todo iba á ser testigo de su arrojo; y por lo tanto, á guisa de buen caballero y osado caudillo, fué el primero que trepó por la muralla. Una piedra lanzada por mano diestra y vigorosa le hirió en la cabeza y le hizo caer en el foso; á los pocos dias la herida, que era mortal, le causó la muerte, en Niza, el año de 1536, cuando solo contaba treinta y tres años. Su muerte temprana se halla citada por Sandoval, Mariana y otros historiadores españoles como un suceso importante de aquel tiempo; y el Emperador tuvo de ella tanto pesar, que, segun dicen, tomó cruel venganza mandando pasar á cuchillo toda la guarnicion, que no habia hecho otra cosa sino defender sus hogares de la invasion enemiga[23].

En una vida tan corta y tan llena de cuidados y aventuras no era natural hallase Garcilaso tiempo suficiente para cultivar las letras; pero, segun él mismo nos dice

[23] «Obras», ed. Herrera, p. 15; Sandoval, «Hist. de Carlos V,» lib. 23, párrafo 12; y Mariana, «Historia, etc.» Zapata, en su «Carlos famoso» (Valencia, 1535, 4.°, canto 41), dice que los campesinos que defendian la torre eran solo trece, y añade que D. Luis de la Cueva, que fué el encargado de ejecutar las órdenes del Emperador, quiso perdonarles las vidas, exceptuando solo á uno ó dos de ellos. Tambien dice que Garcilaso no llevaba armadura, y que sus amigos trataron, aunque en vano, de entibiar su ardor.

en su tercera égloga, el poeta parece haber pasado su azarosa vida

Tomando ora la espada, ora la pluma [29].

De suerte que halló tiempo para escribir un corto número de poesías que la viuda de Boscan halló entre los papeles de su marido, y dió á la imprenta juntamente con las de aquel, formando un libro aparte, que es el cuarto, y conservando á la posteridad obras que de otra manera se hubieran perdido. El carácter de sus poesías es muy notable si se consideran las circunstancias bajo las cuales fueron escritas, pues en lugar de revelar el espíritu osado y caballeresco que fué el móvil de todas las acciones de su autor y le condujo por fin á una muerte temprana y gloriosa, son al contrario notables por su dulzura y melancolía, al paso que las mejores, que son las del género pastoril, traen vivamente á nuestra memoria los tiempos fabulosos de la Arcadia. No es fácil fijar con exactitud el tiempo en que escribió las mas de ellas; pero si se atiende á que, exceptuando dos ó tres juguetes poéticos que aparecen mezclados y juntos con otras poesías de Boscan del mismo género, y en el primer libro de sus obras, todo lo demás que compuso es en la forma italiana, adoptada é introducida, segun hemos visto, por Boscan en 1526 con su cooperacion y ayuda, vendrémos á sacar en claro que Garcilaso las escribió en los diez años que mediaron entre dicha época y el año de su muerte.

Consisten estas en treinta y siete sonetos, cinco canciones, dos elegías, una epístola en versos sueltos de

[29] Lo mismo dice de sí Alonso de Ercilla en su Araucana, y en efecto, puede aplicarse á entrambos.

carácter menos grave que el resto de sus obras, y tres églogas que juntas tienen mayor número de versos que todas sus demás obras reunidas. En ellas imita á Petrarca, Bembo, Ariosto, y principalmente á Sannazaro, de quien toma á veces páginas enteras, recurriendo, sin embargo, á menudo á los grandes poetas de la antigüedad, Virgilio y Teócrito, y confesando á cada paso su superioridad sobre los modernos. Allí donde mas prevalece la escuela italiana se nota que parte del espíritu poético que debiera animarlas se pierde; pero, con todo, Garcilaso no era un poeta vulgar, como se echa de ver á veces aun en sus mas serviles imitaciones; su genio se manifiesta aun mas en trozos como el de su primera égloga, en que, tomando por criados los mismos á quien antes reverenció maestros, se pone á escribir como un verdadero español, inspirado por el espíritu nacional característico de su patria y de su siglo.

La égloga primera es en verdad la mejor de todas sus obras. Es bella por la sencillez de su estructura, y mas bella aun por su ejecucion poética. Es de creer la escribiera en Nápoles. Comienza con una especie de arenga ó invocacion al padre del famoso duque de Alba, á la sazon virey de aquel reino, invitándole de la manera mas sencilla y candorosa á que escuche las quejas de dos pastores que lamentan, el uno la infidelidad, el otro la muerte de su amada. Salicio, que representa á Garcilaso, empieza su relacion, y después de concluida esta, y no antes, contéstale Nemoroso, en cuyo nombre se halla oculto y encerrado el de Boscan [30]. La égloga toda con-

[30] Bien sé que Herrera, en sus notas á las «Poesías de Garcilaso», dice que bajo el pseudónimo de Nemoroso el poeta quiso representar á D. Anto-

cluye con una graciosísima y elegante descripcion del crepúsculo de la tarde, y por lo tanto, no es propiamente un diálogo, como tampoco lo es la octava égloga de Virgilio. Al contrario, si se exceptúan los versos del principio y del fin, pueden considerarse como dos distintas elegías, en que el tono pastoril está admirablemente conservado, y cada una de las cuales, con sus divisiones y estructura separada, está hecha á semejanza de una *canzone* italiana. De este modo se comunica á toda la égloga cierto aire de frescura y de originalidad, al propio tiempo que el sentimiento, tierno y melancólico á la vez, que reina en toda ella, la hace eminentemente poética.

En la primera parte, en que Salicio lamenta la infidelidad de su amada, el autor ha sabido conservar el tono de la vida pastoril por medio de continuas al par que naturales alusiones á escenas de la vida campestre y á cosas del campo, como en el pasaje siguiente:

Por tí el silencio de la vida umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;
Por tí la verde hierba, el fresco viento,
El blanco lirio, y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba.
¡Ay! quanto me engañaba,
¡Ay! quan diferente era,
Y quan de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia [31].

nio de Fonseca; pero casi todos los demas escritores que he leido son de opinion que quiso significar á Boscan, sacando la analogía entre *bosque* y *nemus*. Por lo demás, Cervántes es de la misma opinion (Don Quijote, parte II, cap. 67).

[31] «Obras de Garcilaso de la Vega», ed. Azara, Madrid, 1765, p. 3. Un pasaje muy parecido á este hay en una epístola de Mendoza á Boscan, de que hablarémos mas adelante.

Lo restante de la égloga contiene trozos que nos recuerdan á Milton en su *Licidas*, y á los clásicos que este imitó. Como, por ejemplo, en los siguientes versos, cuya idea principal está tomada de un pasaje muy conocido de la *Odisea*, el final no es indigno del pensamiento que le precede, y si se quiere añade nuevo encanto y gracia á una idea que tantos poetas después de Homero han cantado [32].

Qual suele el ruyseñor con triste canto
Quexarse, entre las hojas escondido,
Del duro laborador que cautamente
Le despojó su caro y dulce nido
De los tiernos hijuelos, entre tanto
Que del amado ramo estaua ausente;
Y aquel dolor que siente,
Con diferencia tanta,
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el ayre suena;
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
El cielo por testigo y las estrellas;
Desta manera suelto yo la rienda
A mi dolor, y anssi me quexo en vano
De la dureza de la muerte ayrada;
Ella en mi coraçon metyó la mano,
Y d'allí me llevó mi dulçe prenda,
Que aquel era su ñido y su morada [33].

Es la versificacion de Garcilaso dulce sobremanera y muy adecuada al tierno y melancólico carácter de sus poesías. En la segunda de sus églogas hace á veces rimar no el final de los dos versos, sino el fin de uno con

[32] «Odisea», T. 518-24. Tambien se halla en Moscho y en Virgilio; pero lo que mas conduce á nuestro propósito es indicar que se halla igualmente en el «Leandro» de Boscan.

[33] «Obras de Garcilaso», ed. Azara, p. 14.

el medio del otro; pero su tentativa no tuvo buen éxito. Cervántes le imitó, y tambien otros dos poetas mas; pero donde quiera que la rima es fácil, el efecto producido no es nada bueno, y donde no es tan perceptible, les versos toman mas bien el carácter de versos sueltos[34]. Pero en general la armonía y cadencia de los versos de Garcilaso es casi inmejorable; á lo menos sin dañar á la versificacion en cosas aun mas importantes.

Sus poesías tuvieron desde luego el mejor éxito. Reinaba en ellas una gracia y elegancia de diccion, de que Boscan pudo hasta cierto punto ser el creador, pero que nunca llegó á poseer tan completamente como su amigo Garcilaso. A su vuelta de Roma y Nápoles los españoles leian con placer aquella misma poesía que tanto solaz y divertimiento les causara en sus viajes y campañas por Italia, y las obras de Garcilaso fueron, por lo tanto, impresas y circuladas do quiera que alcanzaba el predominio de las armas españolas. Y no fué este el único honor que se les tributó: en menos de medio siglo después de su publicacion, Francisco Sanchez, comunmente llamado « el Brocense »[35], el escritor mas erudito de su tiempo, las

[34] Como por ejemplo:

Albanio, si tu mal comunic*áras*
Con otro que pens*áras* que tu p*éna*
Juzgara como aj*éna*, ó que este fuego, etc.

No conozco ningun ejemplo anterior de esta clase de rima, que no se parece en nada á las irregulares cuanto desordenadas rimas que cortan é interrumpen las composiciones de los juglares y trovadores. Imitóla Cervántes cerca de un siglo después en su « Cancion de Crisóstomo » (Don Quijote, parte I, cap. 14), y Pellicer, en su comentario á dicho pasaje, le hace equivocadamente inventor de ella. Es probable que el hecho de haber Garcilaso empleado esta clase de rima estuvo por mucho tiempo ignorado, pues sus comentadores no hacen mencion alguna de él. No me acuerdo haberla visto usada después, á no ser en unas décimas de Pedro de Salas, impresas en 1638, y en la segunda jornada del « Pretendiente al revés », de Tirso de Molina, 1634. Es probable se puedan citar otros casos; pero de todas maneras, los creo raros.

[35] Francisco Sanchez, denominado en España *El Brocense*, por ser natural de Las Brozas, en Extremadura, y fuera de España *Sanctius*, autor de la « Minerva » y de otras obras de erudicion, publicó en 1574 una edicion de

adornaba con un excelente comentario, que aun hoy dia es estimado; mas tarde Herrera, el poeta lírico, las reimprimia con muchas notas y adiciones, entre las cuales, en medio de mucho fárrago, se hallan noticias importantes para la vida del poeta, debidas á su yerno Puerto-Carrero. Por último, al principiar el siglo pasado Tamayo de Vargas volvió á publicarlas con ostentoso alarde de superflua y cansada erudicion. Pero distinciones de esta clase, aun cuando recientes, añadieron poco ó nada á la gloria y reputacion de Garcilaso, basadas como estaban en los mas sólidos cimientos de la consideracion general. Su poesía desde el principio se grabó profundamente en los corazones de sus compatriotas; oíanse en todas partes sus sonetos, y sus églogas llegaron á representarse como dramas populares [36]. Los mejores ingenios aplaudieron sus obras y mostraron por él un respeto y deferencia cual no concedieron á ninguno de sus predecesores : Lope de Vega le imitó á menudo y de todas maneras; Cervántes[37] hizo mas mérito de él que de nin-

«Garcilaso», obra modesta y sin pretensiones, que ha sido reimpresa después varias veces. Siguió á esta la de Sevilla, con un comentario tan largo y difuso, que no se ha vuelto á imprimir, á pesar de que encierra datos importantes para la vida de Garcilaso y la historia de la antigua literatura española. No satisfecho Tamayo de Vargas con ninguna de las dos ediciones, volvió á publicarlas en Madrid, en 1622, con una glosa ó comentario que vale muy poco. Quizá sea la mas agradable de todas la publicada en 1765, aunque sin su nombre, por D. Joseph Nicolas de Azara, por mucho tiempo embajador de España en Roma. Tradújolas al inglés, en 1823, J. H. Wiffen, acompañando su traduccion de una «Vida de Garcilaso» y de un «Discurso sobre la poesía castellana»; pero á nuestro modo de ver la version dista mucho de ser fácil y de tener aquella armonía y dulzura que caracterizan la poesía de Garcilaso; por otra parte, la disertacion es pesada, y no siempre los hechos en ella consignados se presentan con la debida exactitud.

36 Don Quijote (parte II, cap. 58), al dejar al Duque y á la Duquesa, encuentra que van á representar una de las églogas de Garcilaso á una fiesta campestre.

37 He observado que las frecuentes alusiones que Cervántes hace á Garcilaso son mas bien de los últimos años de su vida, y se hallan en la segunda parte del «Quijote», en sus comedias, en sus novelas, y sobre todo en su «Persiles y Sigismunda», como

gun otro poeta, y le cita tambien con mas frecuencia: de suerte qué Garcilaso ha llegado hasta nuestros dias universalmente admirado, y gozando de una reputacion cual ningun poeta antes que él, y muy pocos después han alcanzado.

No cabe duda, sin embargo, que Garcilaso hubiera hecho aun mas por sí y por la literatura de su patria si, en lugar de imitar tan completamente á los grandes poetas italianos, que justamente admiraba, hubierá acudido mas á menudo á los elementos del antiguo carácter nacional; lo cual, sobre proporcionar mas ancho y mas noble campo á su genio poético, le hubiera suministrado ideas y formas de composicion de que se privó voluntariamente al desechar el ejemplo de los poetas españoles que le habian precedido [38]. Pero Garcilaso quiso resueltamente lo contrario, y el triunfo completo que obtuvo, unido al que Boscan obtuviera, produjo la introduccion en España de una escuela de poesía italiana, que ha sido desde entonces una adicion importante á su literatura [39].

si la admiracion que le profesaba fuera el resultado de un juicio maduro y meditado. Mas de una vez le llama el príncipe de los poetas españoles, pero esta denominacion, que Herrera le dió el primero, y se le ha continuado hasta nuestros dias, no ha sido quizá tomada en su verdadero significado sino muy rara vez.

[38] Hasta qué punto Garcilaso despreciaba la poesía castellana anterior á su siglo se ve claramente no solo en sus obras, sino tambien en su carta á D.ª Jerónima Palova de Almogavar, que está al frente del «Cortesano», de Boscan, donde, despues de aludir al beneficio que debia resultar á la lengua castellana, poniendo en ella cosas que merezcan ser leidas, añade: «Porque yo no sé qué desventura ha » sido siempre la nuestra, que apenas » ha nadie escripto en nuestra lengua » sino lo que se pudiera muy bien ex- » cusar.» Por otra parte, es de advertir que apenas hay una palabra ó frase de las que usó Garcilaso que no sea hoy dia considerada como propia y castiza: observacion que no creo pueda aplicarse tan generalmente á ningun escritor tan antiguo como él. Su estilo y diccion viven aun, como vive su nombre, con tanta mas razon cuanto han sido consagrados por la costumbre. La voz *desbañar*, de que usa en su segunda égloga, es quizá la única excepcion á lo que acabamos de decir.

[39] Once años después de publica-

das las «Poesías de Garcilaso», Hernando de Hozes decia con sobrada razon en el prólogo á su traduccion de los «Triumfos de Petrarca» (Medina del Campo, 1554, 4.°): «Despues que »Garcilasso de la Vega y Joan Boscan »truxeron á nuestra lengua la medida »del verso thoscano, han perdido con »muchos tanto crédito todas las cosas »hechas ó traduzidas en qualquier »género de verso de los que antes en »España se usaban, que ya casi nin»guno las quiere ver, siendo algunas »(como es notorio) de mucho precio.» Si la opinion que indica este escritor hubiera prevalecido por mas tiempo, no seria la literatura española lo que es hoy dia.

---

## CAPITULO III.

**Imitaciones de la manera italiana. — Acuña. — Cetina. — Oposicion á dicha escuela. — Castillejo. — Antonio de Villegas. — Silvestre. — Disputas acerca de dicha escuela. — Argote de Molina. — Montalvo. — Lope de Vega. — Completo triunfo de aquella.**

El ejemplo dado por Boscan y Garcilaso estaba tan en consonancia con el espíritu y necesidades de su época, que llegó á ser tan de moda en la corte de Cárlos V el escribir á la manera italiana como el viajar por Italia ó el servir allí una campaña. Entre los poetas que mas pronto adoptaron las formas del verso italiano, se cuenta á Fernando de Acuña, noble caballero de orígen portugués, pero natural de Madrid, y que no escribió en otra lengua sino en la castellana. Sirvió al Emperador en Flándes, Italia y Africa, y después de la conquista de Túnez, en 1535, habiéndose amotinado la guarnicion de aquella plaza, fué enviado allí por el Emperador con plenos poderes para juzgar y castigar á los delincuentes: comision ardua y enojosa, que Acuña desempeñó con gran discrecion y con una generosidad que le honró sobremanera.

Tambien en otras cosas mereció Acuña la confianza del Emperador. Segun las cartas familiares de Van Male, pobre hidalgo y literato de la servidumbre de Cárlos V, que dormia á menudo en su cámara y le cuida-

ba con esmero en sus dolencias, el Emperador aliviaba la irritabilidad de una vejez prematura traduciendo en prosa castellana un poema francés, muy gustado y leido en aquel tiempo, intitulado *El Caballero determinado*[1]. Su autor, Oliverio de La Marca, por largos años criado de María de Borgoña, abuela del mismo Emperador, habia presentado en su poema una brillante alegoría de los principales sucesos de la vida de Felipe el Hermoso, pero tan feliz y lisonjera, que fué objeto de la admiracion general á la sazon que Cárlos V se educaba en la corte de Borgoña. Pero este, aunque preparó su version con mas cuidado y esmero del que debia esperarse de un hombre ocupado en tantos y tan graves negocios de estado, conoció que era incapaz de darle toda la gracia y pulimento que él deseaba, y menos aun de ponerla en verso castellano. Dicha tarea fué pues encomendada por él á Acuña, confiándole al propio tiempo la traduccion que él mismo hiciera con mucho secreto, y encargándole la pusiera en una forma mas propia y agradable.

Era Acuña hombre muy á propósito para la mision delicada que se le confió. Hábil cortesano y muy experimentado en las cosas de palacio, omitió algunos pasajes de la version que hubieran sido poco interesantes para su amo, y añadió otros que debieron ser mas de su gusto, principalmente los relativos á D. Fernando é Isabel y al archiduque D. Felipe, padre de Cárlos V. Poeta fácil é ingenioso, puso la prosa del Emperador en las antiguas quintillas dobles, con tal pureza de estilo y abundancia de diccion, cual no es fácil encontrarla en escri-

[1] Goujet, «Bibliothèque Française», Paris, 1745, t. IX, pp. 372-80.

tores de la misma época; si bien una buena parte del mérito habrá quizá de atribuirse, segun Van Male, á la traduccion preparada por el Emperador mismo, y sobre la cual se hizo. Concluido el poema, que consta de trescientas setenta y nueve décimas cortas, fué entregado secretamente por Cárlos V, como un regalo digno de su munificencia, á su pobre criado Van Male, quien refiere minuciosamente el hecho; y en seguida, habiendo mandado expresamente que no se hiciese mencion alguna de él en el prólogo, dispuso que se tirase una edicion tan numerosa y abundante, que el pobre literato tembló de miedo al considerar el desembolso que necesariamente habia de hacer y el riesgo que tenia que correr á consecuencia del favor imperial. *El Caballero determinado*, título que Acuña dió á su version poética, tuvo, sin embargo, mejor éxito del que suponia Van Male, ya se deba al interés que el señor de tantos imperios debió naturalmente manifestar por una obra en que tanta parte tuvo, ya por la sencillez de la fábula, lo cual se debe principalmente á La Marca; ya, en fin, por la gracia y soltura de la versificacion, que es toda entera obra de Acuña; habiéndose impreso siete ediciones en menos de cincuenta años[2].

[2] Es algo parecido al poema aleman intitulado «Theuerdank», en que se refieren las aventuras de Maximiliano I hasta el dia en que casó con María de Borgoña, y, como este, debe mucha parte de su popularidad á los valientes grabados con que sus varias ediciones están ilustradas. Una de las mejores es la que se hizo en Ambéres en 1591, en la imprenta Plantiniana. Los datos relativos á la parte que el emperador Cárlos V tuvo en la composicion y publicacion del «Cavallero determinado», hecho hasta ahora no conocido, se hallarán en las cartas de Van Male, «Lettres sur la vie intérieure de l'empereur Charles Quint, par Guillaume Van Male, gentilhomme de sa chambre, publiées pour la première fois par le baron de Reiffenberg; Bruxelles, société des Bibliophiles belges, 1843, 4.°» Es una coleccion en extremo curiosa é interesante de treinta y una cartas latinas, que contienen á veces noticias y pormenores acerca de la enfermedad y do-

Excepto dicha traduccion, Acuña escribió muy poco en el antiguo metro y estilo nacional. Sus poesías sueltas, recogidas en un tomo, son por la mayor parte del gusto italiano, y algunas veces imitaciones decididas de Boscan y de Garcilaso. Todas están escritas con gusto y con un esmero clásico, como la *Contienda de Ajax y de Ulises*, en la que imitó la severa simplicidad de Homero, en versos sueltos de bastante mérito. Fué tambien muy conocido en Italia, donde su traduccion de una parte del *Orlando Innamorato*, de Boiardo, le ganó alguna celebridad; pero aun cobró mas fama en España por sus poesías á diversos asuntos y por sus sonetos. Murió Acuña, segun parece, en 1581 y en Granada, á la sazon que pleiteaba en su chancillería por la posesion de un título, á que creia tener derecho; pero sus poesías no se publicaron hasta el año de 1591, en que, como las de Bos-

lencias del Emperador, desde 1550 á 1555. Su autor Guillermo Van Male, llamado Malinæus en latin, y por los españoles Malinez, fué uno de los hambrientos flamencos que buscaban proteccion y empleos en la corte de Cárlos V. Maltratado por el duque de Alva, que fué su primer patrono, y por Avila y Zúñiga, cuyos comentarios puso en latin á fin de granjearse su aprecio, así como por el mismo Emperador, á quien sirvió con lealtad y cariño, vióse precisado, como otros tantos de su nacion que fueron á España con iguales esperanzas, á volverse tan pobre y desvalido como antes. Murió en 1560: fué hombre de letras y buen humanista, de carácter sencillo, y sin duda mereció mayor recompensa de la que el Emperador le asignó al darle el manuscrito de la version castellana de Acuña, que Avila maliciosamente hizo creer al Emperador «valia quinientas coronas de oro para un literato necesitado»; observacion á que el Emperador contestó diciendo: «Bono jure fructus ille ad Gulielmum redeat; ut qui plurimum in illo opere sudàrit.» En cuanto á la parte que el Emperador mismo tuvo en la version castellana, Van Male se explica así (enero, 13, 1551): «Cæsar maturat editionem libri, cui »titulus erat Gallicus, *Le Chevalier »Délibéré*. Hunc per otium *à seipso »traductum* tradidit Ferdinando Acuñæ, Saxonis custodi, ut ab eo aptaretur ad numeros rithmi hispanici; »quæ res cecidit felicissime. *Cæsari »sine dubio, debetur primoria traductionis industria, cùm non solum linguam, sed et carmen et vocum significantiam mirè expressit.*»(Epist. VI.)

Jerónimo de Urrea hizo otra traduccion en prosa del «Chevalier Délibéré», que se imprimió en 1555 y no he logrado ver.

can, con las cuales tienen bastante analogía, fueron dadas á la estampa por su viuda[3].

No fué tan afortunado en este punto otro poeta coetáneo de Acuña y perteneciente á la misma escuela, llamado Gutierre de Cetina, cuyas obras están aun por la mayor parte inéditas. Las pocas que hasta ahora se han impreso, que son madrigales, sonetos y otras composiciones cortas, tienen mucho mérito. Algunas de ellas son del género anacreóntico; pero las mejores se distinguen por su dulzura, como el siguiente madrigal:

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?
Si cuanto mas piadosos,
Mas bellos pareceis á quien os mira,
¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.

Como muchos de sus compatriotas, Cetina fué soldado, y peleó valerosamente en Italia. Después visitó á Méjico, donde tenia un hermano en un alto puesto de la administracion; murió por fin en Sevilla, su ciudad natal, en 1560. En sus poesías imitó mas bien á Garcilaso que á los italianos que este tuvo por modelos[4].

[3] En 1804 se hizo en Madrid una segunda edicion de las «Poesias de Acuña», en 8.º Vease tambien su vida en Baena, «Hijos de Madrid,» t. II, p. 387, y t. IV, p. 405.

[4] Algunas de las poesias de Gutierre de Cetina fueron publicadas por Herrera en sus «Notas á Garcilaso», pp. 77, 92, 190, 204, 216; y otras pocas por Sedano, «Parnaso español», t. VII, pp. 73, 370; t. VIII, pp. 96, 216, y t. IX, p. 154. Lo poco que de él sabemos se hallará en Sismondi, «Literatura española», Sevilla, 1841, t. I, p. 381. Es de creer que murió jóven. (Conde Lucanor, 1575, fol. 93-94.) Las poesias de Cetina se hallaban en 1776 en la libreria del duque de Arcos, en Madrid (Obras sueltas de Lope de Vega, t. I, prólogo, p. II), y seria de desear se imprimiesen integras. En un soneto de Castillejo atacando á

Mas no se introdujo la escuela italiana en España sin oposicion y sin contienda. No es fácil indicar con exactitud quien fué el primero que rompió lanzas contra ella, considerándola como una innovacion que no venia á cuento ; pero el mas ardiente y el mas afortunado de sus opositores fué sin duda alguna Cristóbal de Castillejo, caballero de Ciudad Rodrigo. Desde la edad de quince años formó parte de la servidumbre de Fernando, el hermano menor de Cárlos V, y después emperador de Alemania; pasó la mayor parte de su vida en Austria, como secretario de dicho príncipe, y murió de edad muy avanzada en la cartuja de Val de Iglesias, cerca de Toledo, cuya religion habia abrazado. Pero donde quiera que vivió Castillejo, compuso versos y se manifestó enemigo acérrimo de la nueva escuela, á la cual atacó de diversos modos, pero principalmente imitando á los poetas antiguos en sus villancicos, canciones, glosas y otras formas y metros adoptados por aquellos, aunque en estilo mas castizo, y con mejor gusto del que en general habian tenido.

Algunas de sus poesías se escribieron por los años de 1540 y 1541, y exceptuando las obras de devocion que ocupan la última parte del tercero y último libro, en que aquellas están repartidas, todas las demás tienen cierto aire de frescura y originalidad. Facilidad, soltura y lozanía son las cualidades que mas resaltan en ellas, aunque no son estas sus únicas ni mejores dotes. Algunas de sus poesías amatorias, especialmente las dirigidas á Ana, son en extremo tiernas y graciosas ; pero donde mas

los partidarios de la escuela italiana (Obras, 1598, fol. 114), se habla de Luis de Haro como uno de los cuatro poetas que mas contribuyeron á la introduccion de dicho género : confieso que no he visto nunca poesías de este autor.

de manifiesto se ve todo el alcance y la tendencia de su ingenio, es al describir escenas de la vida doméstica, como en el discurso de *La vida de corte*, y en el *Diálogo entre él y su pluma*, y en el de *Las condiciones de las mujeres*, y en la carta á su amigo pidiéndole consejo en unos amores aldeanos; en todos los cuales hay animados bosquejos de las costumbres de aquel tiempo. Después de estas, las mas características y ligeras de sus composiciones poéticas son las del género jocoso, como «la del borracho que se volvió mosquito», y otras.

Pero allí donde Castillejo pudo morder y satirizar á los partidarios de la escuela italiana, á quienes llama con desprecio «petrarquistas», no dejó nunca pasar la ocasion de hacerlo. Compuso además una sátira «contra los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos», en la que, después de haber citado por sus nombres á Boscan y á Garcilaso, llama á Juan de Mena, Garci Sanchez de Badajoz, Naharro y otros poetas antiguos á que vengan á hacer con él burla de los innovadores. En casi todas sus obras manifiesta Castillejo un humor festivo, y algunas veces mas libre de lo que convenia á su época; razon por la cual sus poesías, aunque circulaban mucho en manuscrito, fueron prohibidas por la Inquisicion; de suerte que lo que de él tenemos se reduce á una parte tan solo, que por favor especial se salvó de la censura, y se imprimió en 1573[5].

[5] Lo poco que de Castillejo se sabe se hallará en sus «Poesías», que publicó por primera vez Juan Lopez de Velasco. Nicolas Antonio dice que Castillejo murió hácia el año de 1596; pero si la fecha no está equivocada, debió ser muy viejo á la sazon, puesto que Moratin fija su nacimiento en 1494. Mas todo lo que se ha dicho acerca de Castillejo es cuando menos muy dudoso, si exceptuamos lo que él mismo refiere en sus «Poesías». (Moratin, «Obras», t. I, pp. 154-6.) Sus obras se reimprimieron en Ambéres por Belle-

Otro de los poetas que se mostraron partidarios de la antigua escuela y enemigos de la moderna, fué Antonio de Villegas, cuyas poesías, aunque escritas antes de 1551, no se imprimieron hasta 1565. El prólogo, en verso, dirigido á su libro, y en el que le prescribe la forma que ha de tener de comportarse y haberse entre la gente, nos recuerda á menudo la *Mision del alma*, pero es mas fácil, aunque menos poético. Sus mejores composiciones son de esta clase, ligeras y festivas, mas llenas de conceptos que de sentimiento. Las mas largas, como la fábula de Píramo y Tisbe, y «la cuestion y disputa entre Ayax Telamon y Ulíses sobre las armas de Aquíles», son las menos interesantes; pero algunas de sus poesías cortas son en extremo agradables y felices, como la dirigida al duque de Sessa, el descendiente de Gonzalo de Córdoba, á la sazon que se disponia á partir para el gobierno de Italia, donde tuvo á sus órdenes á Cervantes; la cual es muy ingeniosa, principalmente por las alusiones que hace al Gran Capitan; y empieza así:

Id á Italia, gran señor,
Que es vuestra tierra hadada;
Que de hazañas y valor
La dejó toda sembrada
Aquel sabio sembrador.
Que si en ella dais un vuelo,
Haréis levantar el suelo;
Luciréis mas que mil soles
Con solos los arreboles
Del resplandor del abuelo.

ro, 1598, 12.°; en Madrid, 1600, y en la Coleccion de Fernandez, Madrid, 1792, tt. XII y XIII; además he visto citadas ediciones de 1582 y 1615. Sus dramas se han perdido, y hasta la «Constanza», que Moratin vió en el

Aun mas características, por ser menos heróicas y graves, son las diez y ocho décimas que intituló *Comparaciones*, por terminar cada una de ellas en una comparacion; todas precedidas de una larga composicion del mismo género y estilo, dirigida á la dama de sus pensamientos. La siguiente servirá como muestra del género y del metro en que están escritas:

COMPARACION.

Señora, estan ya tan diestras
En serviros mis porfías,
Que acuden como á sus muestras,
Solo á vos mis alegrías,
Y mis sañas á las vuestras.
Y aunque en parte se destempla
Mi estado de vuestro estado,
Mi ser al vuestro contempla,
Como instrumento templado
Al otro con quien se templa [6].

Gregorio Silvestre, portugués de nacimiento, pero que fué aun niño á España, donde residió y murió en 1570, es otro de los poetas que escribieron en el antiguo estilo y metro español. Fué amigo de Torres Na-

Escorial, no se hallaba ya en dicha biblioteca cuando en 1844 la hice buscar por un amigo.

[6] Estas y otras poesías se hallarán en un tomito de misceláneas que Villegas publicó con el siguiente título: «Inventario de obras, por Antonio de Villegas, vecino de la villa de Medina del Campo», 1565, 4.° El ejemplar de que yo me sirvo es de otra edicion posterior, hecha en 1577, 8.°, tambien de Medina del Campo. Como los demás poetas conceptistas, Villegas se repite de vez en cuando, admirado de su propio ingenio; así pues el pensamiento de las décimas que hemos copiado se halla tambien en una égloga pastoril, mitad en prosa y mitad en verso. «Así »como dos instrumentos bien templa»dos, tocando las cuerdas del uno se »tocan y suenan las del otro ellas mis»mas; assi yo en viendo este triste me »assoné con él,» etc. (fol. 14 vto). Es de advertir que la licencia para imprimir, estampada al frente de su «Inventario», es de 1551, lo cual probaria que sus «Poesías» se escribieron cuando menos en dicho año.

harro, Garci Sanchez de Badajoz, y Juan Fernandez de Heredia; y siguió por algun tiempo el camino trazado por Castillejo, ridiculizando siempre que tuvo ocasion la nueva escuela fundada por Boscan y Garcilaso, y encomiando á los antiguos poetas. Pero á medida que la innovacion fué ganando terreno, no hallándose quizá con fuerzas suficientes para oponerse á ella, acabó por convertirse y por componer en los últimos años de su vida sonetos y coplas en *ottava* y *terza* rima, añadiendo á dichas formas una esmerada versificacion, requisito que á la sazon no era bastante apreciado en España [7]. A pesar de haber nacido en Portugal, Silvestre empleó en sus poesías una diccion pura y castiza; sus mejores composiciones son sin disputa las de la antigua escuela, ó «rimas antiguas», como él mismo las llama, en las cuales se nota mucha mas facilidad y soltura que en las que después escribió, siguiendo la nueva escuela. Sus glosas parecen haber sido muy estimadas de él y de sus amigos, y si la naturaleza de la composicion hubiera sido mas elevada, merecerian aun las alabanzas que en un principio les fueron prodigadas, pues manifiestan mucha facilidad y candor en su estructura [8].

Sus poesías mas largas, á saber, la fábula de Píramo y Tisbe, la de Dafne y Apolo, y un poema intitulado *Residencia de Amor*, no carecen de cierto mérito, aunque á nuestro modo de ver son las menos felices de todas sus obras. Sus canciones, sin embargo, deben ser colo-

[7] En una epístola de Luis Barahona de Soto, impresa con las «Obras de Gregorio Silvestre» (Granada, 1599, fol. 330), se hace grande elogio de él en este concepto.

[8] Las mejores son sus glosas sobre el Padre Nuestro (fol. 284) y sobre el Ave María (fol. 289).

cadas entre las mejores que se han escrito en castellano, puesto que están llenas de sentimiento poético, y de aquella natural sencillez de los antiguos poetas, mezclada con cierto artificio en la expresion, que en lugar de atenuar su efecto, lo aumenta notablemente, como la que empieza así:

Señora, vuestros cabellos
De oro son,
Y de acero el corazon
Que no se muere por ellos.

Un poco mas adelante el poeta da á esta misma idea un giro conceptuoso en una respuesta, como las que se leen á menudo en sus obras:

No quieren ser de oro, no,
Señora, vuestros cabellos;
Qu'el oro quiere ser dellos.

Y cada una de las coplas está seguida de una glosa ó variacion de la idea original, que no deja de tener bastante mérito, por la propiedad con que está aplicada.

Silvestre mantuvo relaciones con los principales poetas de su tiempo, no solo con los de la antigua escuela, sino tambien con los de la moderna, como Diego de Mendoza, Hernando de Acuña, Jorge de Montemayor y Luis Barahona de Soto, cuyas poesías se hallan de vez en cuando mezcladas con las suyas, y cuyo espíritu ejerció sin duda alguna influencia sobre el suyo, si bien es dudoso que él mismo produjese mucho efecto sobre ellos ó sobre su siglo. Silvestre pasó su vida tranquilamente en Granada, de cuya catedral fué organista

mayor, y donde, segun parece, fué muy respetado y querido por su talento y bellas prendas. Á su muerte, ocurrida en 1570, cuando aun no contaba cincuenta años, sus poesías solamente eran conocidas por copias manuscritas, y cuando, doce años después, su amigo Pedro de Cáceres las recogió y dió á la estampa, produjeron poca sensacion, pues á decir verdad, Silvestre pertenecia á ambas escuelas, y por lo tanto no fué completamente admirado por ninguna de ellas [9].

La contienda entre ambos partidos llegó á formalizarse. Argote de Molina trata de ella en 1575 [10], en su *Discurso de la poesía española*, y Montalvo la introduce tambien, aunque sin venir á cuento, en su *Pastor de Fílida*, donde Cervantes, Ercilla, Castillejo, Silvestre y el autor mismo [11], declaran su opinion en favor de la antigua escuela. Era esto en 1582; mas tarde, en 1599, Lope de Vega se mostró favorecedor del mismo bando, en el prólogo á su *San Isidro* [12]; pero la cuestion estaba ya resuelta. Cuatro ó cinco poemas épicos de grandes dimensiones, y entre ellos *La Araucana*, se habian escrito en octava rima; otras tantas novelas pastorales, á imitacion de la de Sannazaro; y millares de versos, como sonetos, canciones y

[9] Tres ediciones se hicieron de las «Obras de Gregorio Silvestre»: dos en Granada, 1582 y 1599, y una en Lisboa, 1592, precedidas todas de la Vida del poeta, escrita por su editor Pedro de Cáceres, la misma que después compendió Barbosa (Bib. Lusit., t. II, p. 419), añadiendo algunas noticias. Luis Barahona de Soto, amigo de Silvestre, le cita con encomio en alguna de sus epístolas, y Lope de Vega le elogia tambien en la silva II de su «Laurel de Apolo». Sus «Poesías» están divididas en cuatro libros, y ocupan 387 hojas en la edicion de 1599. Tambien escribió para la catedral de Granada algunos dramas sagrados que se han perdido. ¡En el «Indice expurgatorio de 1667» (p. 467) se manda tachar una sola palabra de sus «Poesías»!

[10] En dicho discurso, que se halla al final del «Conde Lucanor», el autor se muestra acérrimo partidario de la antigua escuela. Argote de Molina escribió tambien poesías, pero á juzgar por la muestra que nos da de ellas en su «Nobleza de Andalucía», no debieron valer gran cosa.

[11] «Pastor de Fílida», partes 4 y 6.

[12] «Obras sueltas», t. XI, pp. 28-30.

otras formas de poesía italiana, de los cuales la mayor parte habia sido muy bien recibida del público. Hasta el mismo Lope de Vega, que, segun ya dijimos, se mostró partidario de la antigua escuela, y escribió su *San Isidro* en redondillas, adoptó con el tiempo la nueva moda, de suerte que quizá contribuyó mas que otro poeta alguno á confirmar el uso de los metros y manera italiana. Desde este tiempo pues puede considerarse como acabado y consolidado el triunfo de la nueva escuela, que ha continuado siendo desde entonces una division importante de la literatura española.

---

## CAPITULO IV.

**Diego Hurtado de Mendoza.—Su familia.—El Lazarillo de Tórmes é imitaciones varias de este libro.—Sus empleos y estudios.—Su retirada de los negocios.—Sus poesías y misceláneas.—Su historia de la guerra de Granada.—Su muerte y carácter.**

Uno de los que mas contribuyeron á la introduccion y establecimiento de la escuela italiana en España, fué D. Diego Hurtado de Mendoza, persona á quien su alto rango y distinguida posicion social dieron grande autoridad, y cuyo ingenio, cultura y una vida llena de aventuras así le ligan con el período que acabamos de recorrer, como con el que vamos á examinar. A un tiempo soldado y hombre de letras, poeta y diplomático, estadista é historiador, adquirió gran celebridad en todos conceptos, distinguiéndose en cuantas carreras ó géneros de literatura se propuso abrazar.

Nació Mendoza en Granada, año de 1503, vástago noble de la familia mas ilustre del reino, si se exceptúan los descendientes de las varias casas reales que hubo en la Península. Lope de Vega, en una de sus comedias, dice

[1] Véase á Nicolas Antonio, «Bib. Nov.,» y la edicion de la «Guerra de Granada» hecha en Valencia (1776, 4.°), precedida de una Vida de Mendoza, por Iñigo Lopez de Ayala, catedrático de poesía en Madrid. Véase tambien á Cerdá y Rico, «In Vosii Rethorices,» Madrid, 1781, 8.°, apénd., p. 189 y nota.

que los Mendozas contaban en su tiempo nada menos que veinte y tres generaciones de ilustres antepasados, todos notables por sus hazañas y sus eminentes servicios al Rey y á la causa pública[2]. Pero lo que hace mas á nuestro intento, es la observacion de que sus tres antepasados mas próximos fueron todos hombres del mayor mérito, y que influyeron sin duda en el carácter de nuestro poeta, puesto que su visabuelo fué el célebre marqués de Santillana, de quien ya dijimos en el reinado de Don Juan el Segundo ; su abuelo, embajador de los Reyes Católicos cerca de la Santa Sede para el arreglo de los asuntos de Nápoles ; y su padre, el famoso conde de Tendilla, que después de haberse señalado en la conquista de Granada, fué nombrado gobernador y capitan general de dicha ciudad y su reino, cuando aun causaba serios temores el ánimo inquieto de los vencidos.

Fué Diego Hurtado de Mendoza el menor de cinco hermanos, y por lo tanto sus padres le destinaron desde luego á la Iglesia, á fin de proporcionarle en ella tal posicion y fortuna cual convenia á su elevada cuna. Su inclinacion, sin embargo, le llamaba á una carrera muy diversa ; y aunque hizo brillantes estudios, así en Granada, donde aprendió á hablar el árabe con soltura, como

[2] Toma
Veinte y tres generaciones
La prosapia de Mendoça.
No hay linaje en toda España
De quien conozca
Tan notable antigüedad :
De padres á hijos se nombran,
Sin interrumpir la línea,
Tan excelentes personas,
Y de tanta calidad,
Que fuera nombrarlas todas
Contar estrellas al cielo
Y á la mar arenas y ondas;
Desde el señor de Vizcaya,
Llamado Zuria, consta
Que tiene orígen su sangre.

(Arauco domado, acto III, «Comedias», t. XX, 4.º, 1629, fol. 95.)

Gaspar de Avila, en el primer acto de su «Gobernador Prudente» (Comedias escogidas, Madrid, 4.º, t. XXI, 1664), presenta una genealogía de los Mendozas, si cabe mas detallada y minuciosa que la de Lope de Vega: tan célebres fueron en poesía é historia.

en Salamanca, donde estudió griego, latin, filosofía, derecho canónico y civil, reuniendo otros varios conocimientos que le hubieran sin duda hecho miembro distinguido de la Iglesia; con todo mostró desde luego mayor aficion por aquellas ciencias que tienen relacion con la política y la amena literatura. Si pues, como se cree comunmente, escribió durante su vida universitaria, ó poco después, el *Lazarillo de Tórmes*, es evidente que desde su juventud dió la preferencia á aquel género de literatura que nada tiene de comun con la teología y demás ciencias eclesiásticas.

El *Lazarillo* es una obra de mucho ingenio, y no parecida á ninguna otra anterior. Es la vida de un muchacho llamado Lázaro, nacido en un molino del rio Tórmes, cerca de Salamanca, á quien una madre desnaturalizada y corrompida coloca de lazarillo de un ciego mendigo: el mas bajo escalon quizá que á la sazon podia hallarse en la sociedad española. Pero así y con todo, Lázaro saca partido de su posicion, y con los inagotables recursos de su fértil ingenio, y con su admirable sagacidad, aprende desde luego todas las malas mañas y picardías que desenvuelve y pone en práctica mas tarde, siendo criado de varias personas á quienes entra á servir, como son: un sacerdote, un hidalgo ruin y avaro, pero muy pagado de su nobleza; un fraile de la Merced, un bulero, un capellan y un alguacil; hasta que por último, por motivos muy poco honrosos por cierto, se establece y se casa; y en este punto concluye la obra casi de repente, y sin expresarse si continuará ó no.

Al pintar el carácter de un criado listo y travieso cual ninguno, á quien la honradez y la verdad son de todo

punto desconocidas, y para quien todos los medios son iguales con tal que logre sus fines, el autor se propuso sin duda reprender los vicios de la sociedad, cuyas varias clases pasa Lázaro en revista, viéndolas en su interior y descubriendo hasta sus mas ocultos defectos y flaquezas. La obra está escrita en estilo robusto, abundante y castizo, que nos recuerda el de la *Celestina;* trozos hay de mucho vigor y efecto, que no tienen su igual en otra fábula en prosa; y tan libres, que dos de ellos, como el del fraile mercenario y el del bulero, cayeron luego bajo la jurisdiccion de la Iglesia, y se mandaron borrar con su autoridad de todas las ediciones hechas en España. La obra tiene poca extension; pero su tono fácil, al par que festivo, la pintura fiel de las costumbres españolas de aquel tiempo, y el contraste que forman el buen humor, la osadía y descaro de Lázaro con la rigidez y seriedad del antiguo carácter castellano, la hicieron muy popular en su tiempo. Desde 1553, época en que se hizo la edicion que hasta ahora pasa por primera, hasta nuestros dias, son muchas las reimpresiones que se han hecho de esta singularísima produccion, tanto en España como fuera de ella; habiéndose además traducido á varias lenguas, y siendo la base de un género de novelas esencialmente nacional, y muy conocido en la literatura española con el nombre de novelas del «gusto picaresco»; género que el *Gil Blas* de Le Sage ha hecho célebre por todo el mundo[3].

[3] El número de ediciones del «Lazarillo», hechas durante el siglo XVI en los Países-Bajos, en Italia y en España, es muy considerable; pero todas las españolas, comenzando por la de 1573, 8.°, están expurgadas por la Inquisicion, habiéndose suprimido en ellas los pasajes alusivos al clero. Y á la verdad que no se concibe cómo el capítulo que trata del bulero pudo es-

Así como otros libros que alcanzaron gran reputacion en su tiempo, el *Lazarillo* dió orígen á varias imitaciones. A poco de publicada la obra salió á luz una continuacion de ella, con el título de *Segunda parte del Lazarillo de Tórmes*, mas extensa que la primera y prosiguiendo la historia donde la dejó Mendoza; pero ningun mérito tiene, excepto alguno que otro chiste, no siempre del mejor género. En ella se representa á Lázaro formando parte de la expedicion emprendida por Cárlos V contra Argel en 1541, y embarcado en una de las galeras que zozobraron en la furiosa tempestad, causa y motivo de que se malograse aquella grande empresa. De aquí en adelante la historia de Lázaro no es mas que un conjunto de disparates á cual mas absurdos. Tragado por las olas y precipitado al fondo del mar, entra arrastrando en una cueva submarina, donde queda trasformado en atun: y la mayor parte de la obra está consagrada á pintar su felicidad y contento en el reino de los atunes. Por último, cogido en una red y en medio de la agonía que le causa el miedo de la muerte, hace un esfuerzo violento, y vuelve á tomar la forma humana, emprendiendo el camino de Salamanca, donde habita al tiempo que escribe la relacion de sus extrañas aventuras[1].

Juan Cortés de Tolosa intentó imitar, ya que no continuar, la historia de Lázaro en una novela intitulada *El*

cribirse por otro que un protestante, en tiempos en que la reforma iba ganando terreno. Mendoza no reconoció nunca como suyo el «Lazarillo», que se ha atribuido por algunos á Fray Juan de Ortega, monje jerónimo. Excusado es decir que la obra se tradujo á casi todas las lenguas de Europa.

[1] Dicha continuacion se imprimió en Ambéres, 1555, como la «Segunda parte del Lazarillo de Tormes», pero es de creer se publicase antes en España.

*Lazarillo del Manzanares*, que se imprimió por la primera vez en 1620, y viene á ser una sátira de la sociedad de Madrid; pero su obra no produjo ningun efecto, y hace ya tiempo que está olvidada. La misma suerte cupo á otra *Segunda parte del Lazarillo*, compuesta por Juan de Luna, maestro de lengua española en Paris, é impresa en dicha ciudad al mismo tiempo que se publicaba en Madrid la obra de Juan Cortés; si bien es preciso confesar que se acerca mas que las otras al espíritu del original. En ella aparece Lázaro sirviendo á varios amos y haciendo de gentilhombre ó maestresala de una señora muy principal, aunque pobre y presumida; hasta que por último, cansado del mundo, se hace ermitaño, y se pone á escribir una historia de su vida y aventuras, que, si bien no puede compararse en soltura y vigor con los vigorosos y atrevidos bosquejos de la obra que pretende continuar, no deja de ser apreciable, especialmente por su estilo y diccion[5].

El autor pues del *Lazarillo de Tórmes*, que, segun nos dicen, no llevaba en sus viajes mas libros que el *Amadis de Gaula* y la *Celestina*[6], no era hombre para seguir la carrera de la Iglesia. Así es que vémosle luego sirviendo en los ejércitos del Emperador y militando en Italia; circunstancia á la cual él mismo alude en su vejez, con singular satisfaccion y contentamiento. Durante el tiempo, sin embargo, en que las tropas estaban en la inaccion, sabemos que, aprovechando las lecciones de sa-

[5] Nicolás Antonio, «Bib. Nov.», tomo I, p. 680. Juan de Luna se llama «H. de Luna» en la portada de su «Lazarillo»; la razon la ignoro.

[6] Francisco de Portugal, en su «Arte de galantería» (Lisboa, 1670, 4.°, p. 49), afirma que cuando don Diego de Mendoza fué á la embajada de Roma no llevaba mas libros consigo que el «Amadis de Gaula» y la «Celestina».

bios profesores en Bolonia, Padua y Roma, aumentaba el caudal de sus conocimientos en los varios ramos de la literatura.

Natural era que un carácter tan fuertemente marcado llamase la atencion de un monarca avisado y perspicaz como Cárlos V : por esto ya en 1538 le nombró su embajador cerca de la república de Venecia, á la sazon uno de los estados mas poderosos é influyentes de Europa. Pero aun allí, en medio de los arduos asuntos é importantes negociaciones confiadas á su cuidado, halló tiempo Mendoza para entregarse al estudio y frecuentar la sociedad de los hombres de letras. Los Aldos, que se hallaban á la sazon en lo mas alto de su reputacion, encontraron en él un protector decidido. Paulo Manucio le dedicó su edicion de las obras filosóficas de Ciceron, ensalzando su juicio como crítico y sus profundos conocimientos en la lengua latina, si bien al propio tiempo dice que Mendoza exhortaba á la juventud á que estudiase la filosofía y las ciencias en su propio idioma : gran prueba de liberalismo en un tiempo en que la admiracion de la antigüedad inducia á gran número de escritores á mirar con desprecio todo lo que era moderno ó estaba escrito en lenguas vulgares. En cierto período de su vida se dió á estudiar los clásicos griegos y latinos con el mismo celo y ardor que Petrarca habia ya desplegado antes que él. Envió á la Thesalia y al monte Athos por manuscritos griegos : la primera edicion completa de las obras de Josefo se hizo por un códice de su librería, lo mismo que la de los Santos Padres; y cuando de resultas de un señalado servicio hecho por él al soldan Soliman, este príncipe le invitó á que pidiese una gracia

y le diese ocasion de mostrarle su gratitud, la única recompensa que quiso admitir fué un regalo de códices griegos, con lo cual, segun él dice, quedaron ampliamente remunerados todos sus servicios.

En medio de ocupaciones y estudios tan varios y que tanto se adaptaban á su inclinacion y carácter, Mendoza fué llamado por el Emperador á desempeñar cargos de mayor importancia y responsabilidad. Nombrado gobernador militar de Siena, con el especial encargo de tener á raya á los florentines y al Papa, supo llenar sus instrucciones de una manera cumplida, aunque no sin grave riesgo de su vida. Mas tarde fué enviado al concilio de Trento para mantener los derechos imperiales en aquella Asamblea, que puede llamarse política al par que eclesiástica; desplegando tal firmeza, elocuencia y sagacidad, que esta sola circunstancia hubiera bastado para colocarle entre los hombres mas notables y distinguidos de la monarquía. Durante el concilio, sin embargo, en 1547, y vista la urgencia, fué enviado en calidad de ministro plenipotenciario á Roma, con la atrevida mision de ver al Pontífice é intimidarle en su propia capital; empresa que llevó á cabo con singular destreza, pues no solo reprendió á Julio III en pleno consejo y consiguió el importante objeto para que fué enviado, sino que la consideracion y respeto de que ya gozaba se aumentó, y durante los seis años siguientes fué mirado por todos como el jefe del partido imperial en toda Italia, ó como un virey que la gobernaba toda ó la mayor parte en nombre del Emperador, si no de hecho, al menos por su talento y firmeza de carácter. Pero al fin cansóse del inmenso trabajo y grave responsabilidad, y

habiendo el mismo Emperador resuelto cambiar de política y conciliarse á la Europa antes de abdicar, Mendoza volvió á España en 1554[7].

Al año siguiente subió al trono Felipe II, cuya política y carácter eran muy distintos de los de su padre el Emperador, y no era Mendoza de los que podian acostumbrarse al cambio total que se operó en los negocios de la monarquía : así es que muy rara vez se presentó en la corte, y por consiguiente fué muy poco favorecido del severo y adusto Monarca, que le trató, lo mismo que á otros hombres privilegiados del reino, con la severidad y despego que le eran naturales[8]. Sirva de ejemplo la siguiente anécdota ocurrida en la corte :

« Acaeció que estando un dia en palacio tuvo palabras muy pesadas con cierto caballero, que intentó herirle con su daga; y como á pesar de haber ya entrado en los sesenta y cuatro años de su edad, Mendoza conservase aun todo el fuego y lozanía de la juventud, no solo arrancó el arma mortífera de manos de su contrario, sino que, al decir de algunos, arrojó á este por un balcon. Semejante acto hubiera sido reputado como un gran desacato á la dignidad real en cualquier parte ; pero á los ojos del inflexible y severo Felipe II tomó las proporciones de una ofensa capital ; y Mendoza, reputado por demente, fué desterrado de la corte: medida injusta, contra la cual

[7] La habilidad de Mendoza como negociador llegó á ser proverbial: cerca de un siglo después Salas Barbadillo, en una de sus novelas, decia aludiendo á cierto truhan que se fingió embajador: « Tanto, que aquellos »dias para sí tan embaxador fué en Roma, como en su tiempo el ingenioso »y gran caballero don Diego de Mendoça.» (Cavallero puntual, 2.ª parte, Madrid, 1619, fol. 5.)

[8] Mendoza, segun parece, fué tratado con dureza por Felipe II, á propósito de ciertas cuentas de gastos para la renovacion del castillo de Siena, cuando Mendoza estuvo allí de gobernador. (Navarrete, « Vida de Cervantes, » Madrid, 1817.)

el viejo político luchó en vano por algun tiempo, hasta que por último se resignó filosóficamente á su suerte.»

Su principal distraccion durante el tiempo que estuvo desterrado parece haber sido el escribir versos[9]; notable pasatiempo para un anciano, cuya vida se habia pasado en los negocios. Es verdad que la poesía habia de todos tiempos ocupado su atencion : en la edicion príncipe de las obras de Boscan se halla una epístola de Mendoza á aquel poeta, escrita, segun todas las apariencias, cuando era aun jóven; á lo que añadirémos que muchas de sus poesías manifiestan haber sido compuestas en Italia. Pero, á pesar de su larga permanencia en Venecia y en Roma; á pesar de que Boscan debió ser uno de sus primeros y mejores amigos, Mendoza no pertenece del todo á la escuela italiana, pues si bien es cierto que sancionó é imitó las medidas de versos italianos, tambien lo es que escribió mucho en redondillas y en quintillas, adoptando el tono y estilo propio de estas y otras formas antiguas del verso castellano[10].

Lo cierto es que Mendoza habia estudiado los clásicos con tal celo y ardor, y se hallaba tan empapado en su espíritu é índole, que con dificultad podian hallar cabida en él las nuevas influencias. La primera parte de la ya citada epístola á Boscan, aunque escrita en tercetos de

[9] Una de sus epístolas, en redondillas, está escrita á la sazon que se hallaba preso. (Obras, 1610, fol. 72.)

[10] De las poesías de Mendoza hay solo una edicion: publicóla Fr. Juan Diaz Hidalgo, en Madrid, con un soneto de Cervantes en alabanza del autor (1610, 4.°); libro raro y notable. En el aviso al lector se expresa que algunas de sus poesías mas ligeras no se imprimieron por no ser dignas de su estado y posicion; y á la verdad que si hemos de mirar como muestra de ellas el soneto publicado por Sedano en el «Parnaso Español», t. VIII, p. 120, no es de sentir que así se hiciese.

En la Biblioteca Real de Paris, número 8293, hay un tomo de las «Poesías de Mendoza», que se cree contener notas y enmiendas de su puño y letra, y algunas obras mas que la impresion ya citada. (Ochoa, «Catálogo», p. 532.)

gran facilidad y soltura, parece casi una traduccion de la epístola de Horacio á Numicio, y á pesar de dicha circunstancia, no es ni con mucho una imitacion servil de aquel gran poeta; al paso que la segunda parte de la epístola es enteramente española, y presenta una pintura tal de la vida doméstica y de las costumbres de su tiempo, cual no entró nunca en la imaginacion de ninguno de los escritores de la clásica antigüedad [11]. El himno en loor del cardenal Espinosa, la mas esmerada quizá y mas acabada de todas sus composiciones, se escribió, segun dicen, después de haber leido á Píndaro durante cinco dias consecutivos, á pesar de lo cual rebosa por todas partes el antiguo espíritu castellano [12]; y su segunda cancion, aunque escrita en la forma italiana, participa mas de la manera de Horacio que de la de Petrarca [13]. Con todo, no puede ocultarse que Mendoza contribuyó poderosamente con su ejemplo á popularizar las formas de metro introducidas por Boscan y por su amigo Garcilaso: hecho que aparece suficientemente probado por el empeño con que Cristóbal de Mesa, Gregorio Silvestre [14] y otros poetas distinguidos de su época le incluyen siempre en el número de los inno-

[11] Esta epístola se imprimió en vida de su autor, en la edicion príncipe de las «Obras de Boscan» (ed. 1543, folio 129), y se halla igualmente en sus «Poesías» (fol. 9); en Sedano y Bohl de Faber. La obra mas antigua de Mendoza que he visto *impresa* es una *cancion* en el «Cancionero general» de 1535, fol. 99 vuelto.

[12] El «Himno al cardenal Espinosa» se halla entre las obras de Mendoza, fól. 143. Véase lo que Sedano (t. IV, índice, p. II) dice acerca de la causa y ocasion de haberse compuesto.

[13] «Obras», fol. 99.

[14] Véase el soneto de Mendoza en las «Poesías de Silvestre» (1599, folio 333), en el que dice:

> De vuestro ingenio y invencion
> Piensa hacer industria por do pueda
> Subir la tosca rima á perfeccion;

y la epístola de Mesa al conde de Castro, «Rimas,» Madrid, 1611, 8.°, folio 158:

> Acompañó á Boscan y Garcilasso
> El ínclito Don Diego de Mendoza.

vadores. Como quiera que esto sea, Mendoza se distinguió en uno y otro estilo: nótase quizá mayor fuerza y vigor de pensamiento en sus composiciones de forma italiana; mas no cabe duda que sus afecciones estaban mas bien por la antigua poesía popular. Algunas de sus letrillas (como hoy dia son llamadas, aunque en lo antiguo eran conocidas bajo diferentes nombres) son verdaderamente encantadoras [15]; y en la segunda parte de sus poesías, que es mayor y mas abultada que la de los metros italianos, reina cierta ligereza y abandono muy propio del asunto, y tal cual podia esperarse del autor del *Lazarillo de Tórmes*, mas bien que del representante del Emperador en el Concilio de Trento y en la Romaña; algunas de ellas tan libres, que no se creyó oportuno el publicarlas.

El mismo espíritu se nota en dos cartas en prosa, ó mas bien discursos en forma de cartas: la primera, escrita á nombre de un pretendiente en corte, y en la que se hace una sátira punzante de la clase de los *catariberas*, ó palaciegos, que, vestidos de andrajos y en ademan suplicante, llenaban cada dia las antesalas del presidente del consejo de Castilla, y le salian por do quiera al paso, entregándole memoriales en solicitud de alguno de los muchos empleos de que era dispensador. La otra, dirigida á Pedro de Salazar, es una crítica amarga de cierto libro que este compuso sobre las guerras de Cárlos V en Alemania, y en el cual, segun dice Mendoza, el autor trató de darse mayor mérito personal del que justamente le correspondia. Ambas están escritas en estilo castizo, salpi-

[15] La que llama *villancico* (Obras, fol. 117) es una muestra de sus mejores letrillas en el género festivo.

cado de chistes y donaires, y revelan el humor jovial, al par que festivo, que forma la base de su carácter y se manifiesta en casi todas sus obras, á pesar de las graves atenciones y continuos cuidados de que se halló rodeado [16].

En medio de esto, la natural tendencia de su ánimo, á medida que se fué haciendo viejo, le inclinó á cosas mas graves; y desesperando de ser llamado á la corte, fijó su residencia en Granada, su ciudad natal. Pero no era D. Diego de aquellos á quienes la desgracia y el apartamiento hacen perder su energía y actividad, pues de haber sido así, no hubiera escogido por su morada un sitio tan poco á propósito para la soledad y el retiro; porque Granada era á la sazon un lugar lleno de gloriosos recuerdos, con que su propia familia estaba íntimamente asociada; en la que él mismo habia pasado los primeros años de su juventud, y se habia familiarizado con los imponentes restos del imperio sarraceno, los cuales traian cada dia á su imaginacion los tiempos en que Granada fué la capital de uno de los mas poderosos y opulentos reinos que tuvieron los árabes españoles.

Aquí, naturalmente, consagró su atencion á los estu-

[16] Estas dos cartas se publicaron por la primera vez en la ruda cuanto indigesta coleccion intitulada: «Semanario Erudito», Madrid, 1789, 4.°; la primera en el tomo XVIII, y la segunda en el XXIV. Segun Pellicer, la última está impresa por una mala copia (Don Quijote, part. I, columna primera, nota); y por los extractos que Clemencin publicó de la segunda (t. I, p. 15), presumo que la primera está en el mismo caso. Ambas son conocidas por el título de «Cartas del bachiller de Arcadia». Los *catarriberas*, á quienes Mendoza ataca con tanta vehemencia en la primera de aquellas, cayeron aun mas abajo en la opinion del público, llegando á ser proverbial su bajeza y su descaro. Véase el «Soldado Píndaro», de Gonzalo Céspedes y Meneses (Lisboa, 1626, 4.°, fol. 37 vuelto), donde están tratados de la manera mas cruel. He leido en alguna parte que la «Carta de los catarriberas» no era obra de Mendoza, pero ignoro los fundamentos de semejante conjetura.

dios orientales, que, segun ya dijimos, formaron parte de su primera educacion, y habiéndose provisto de códices arábigos, se dedicó exclusivamente á la historia y literatura de su ciudad natal, hasta que por último, y á falta de otra cosa en que ocuparse, se puso á escribir una parte de sus anales.

El período que escogió era muy reciente, á saber, el de la rebelion de los moriscos entre 1568 y 1570, á la sazon que no pudiendo ya resistir la opresion y tiranía de Felipe II, se alzaron en las Alpujarras. Y es menester hacerle justicia: á pesar de sus simpatías y afecciones, completamente españolas, al juzgar Mendoza los odiados enemigos de su fe y de su nacion, lo hizo con tal justicia é imparcialidad, que su obra no pudo publicarse hasta muchos años después de su muerte, y cuando ya los desgraciados moriscos habian sido expulsados del suelo patrio. Los medios que tuvo á su disposicion fueron muy amplios: su padre, el conde de Tendilla, se halló en la conquista de Granada, en 1492, habiendo sido nombrado después capitan general y gobernador de aquel reino; suceso que, como es natural, Mendoza refiere, aunque brevemente, en su libro. Uno de sus sobrinos mandó un tercio en dicha guerra; y él mismo, cuando se restableció la paz con la completa sumision del partido rebelde, supo por testigos de vista cuanto habia ocurrido por una y otra parte y él no habia presenciado. Así es que, familiarizado con las escenas que describe, nótase en su relacion tal originalidad y sentimiento, que nos vemos, sin querer, trasladados á las escenas y sucesos que pinta, y excitada nuestra simpatía con pormenores, á veces demasiado minuciosos para ser interesantes, pero que

están siempre marcados con el sello de la verdad [17].

Pero aunque su historia arranca, por decirlo así, con lozanía del suelo mismo á que se refiere, es una imitacion muy esmerada y cuidadosa de los antiguos clásicos, y como tal, muy diversa de las crónicas del siglo anterior. El espíritu de la antigüedad se trasluce ya en los primeros párrafos del libro :

«Mi propósito, dice, es escribir la guerra que el rey »cathólico de España D. Felipe el Segundo, hijo del nun»ca vencido emperador D. Cárlos, tuvo en el reino de »Granada contra los reveldes nuevamente convertidos; »parte de la cual yo vi, é parte entendí de personas »que en ella pusieron las manos y el entendimiento.»

Salustio es sin duda el autor que Mendoza se propuso por modelo. Como la *Catilinaria*, la *Guerra de los moriscos* es un libro de poca extension, y su estilo brillante y atrevido como el de aquella. Hállanse de vez en cuando trozos enteros imitados de Tácito, cuyo vigor y concision supo tambien imitar, quizá tan completamente como la diccion mas florida de su modelo. Algunas de estas imitaciones son lo mas perfecto que puede darse en este género de composicion, y á veces son tan libres y sueltas como si fueran originales. Sirva de ejemplo el siguiente trozo, varias veces citado por su animacion y sentimiento, el cual está en parte traducido de la relacion que Tácito en su estilo pintoresco, al par que lacónico, nos hace de la visita de Germanico y su ejército al sitio donde yacian insepultos los cadáveres de los legio-

[17] La primera edicion de la «Guerra de Granada» se hizo en Madrid, 1610, 4.°, aunque incompleta. Imprimióse después íntegra en Valencia (Monfort, 1776, 4.°), en una bellísima edicion que ha sido varias veces repetida.

narios de Varo, en los bosques de la Germania, y de los funerales que el ejército celebró á los manes de sus compatriotas, ya casi olvidados. La circunstancia descrita por Mendoza concuerda tan bien con la referida en los *Anales* de Tácito [18], que la imitacion es natural y propia en extremo.

Durante un levantamiento de los moriscos, entre los años de 1500 á 1501, creyóse conveniente desmantelar un castillo situado en la sierra de Málaga. La empresa era ardua y peligrosa, y nadie se ofrecia á ejecutarla, hasta que D. Alonso de Aguilar, uno de los principales caballeros de la corte de los Reyes Católicos, se encargó de llevarla á cabo; mas no solo salió vana la tentativa, sino que D. Alonso y la mayor parte de los que con él iban perecieron en la demanda. Suceso tan lamentable, y la muerte de este noble caballero, crearon extraordinaria sensacion en aquel tiempo, formando el tema de varios romances que aun se conservan [19].

Cerca de setenta años habian trascurrido, y los insepultos huesos de cristianos y moriscos se veian aun blanquear en el sitio mismo de la matanza. Trabóse de nuevo la guerra de resultas de la rebelion de los moriscos, y decidióse mandar una expedicion á aquel mismo sitio, al mando del duque de Arcos, descendiente de uno de los caballeros que allí murieron, y ligado por parentesco con la familia de D. Alonso. Mientras se juntaban las tropas que habian de componer la hueste, el Duque, impe-

[18] Véanse sus «Anales», lib. 1, capítulo 61, y la «Imitacion de Mendoza», en el lib. 4, p. 300, 2.ª edicion de 1776.

[19] Mariana, «Hist. de Esp.,» lib. 27, cap. 5.—Hita, «Guerras civiles de Granada». Este último escritor inserta dos de los romances que se hicieron en dicha ocasion.

lido por la curiosidad y por el interés que le causaba la memoria de aquellos valientes, se puso en marcha, seguido de una pequeña escolta, y llegó al sitio de la catástrofe.

«Salió de Casares, dice, descubriendo i asegurando los pasos de la montaña; provision necesaria por la »poca seguridad en acontecimientos de guerra, i poca »certeza de la fortuna. Comenzaron á subir á la sierra, »donde se decia que los cuerpos havian quedado sin se»pultura: triste i aborrecible vista i memoria[20]: havia en»tre los que miravan nietos i descendientes de los muer»tos, ó personas que por oidas conocian ya los lugares »desdichados. Lo primero dieron en la parte donde paró »la vanguardia con su capitan por la escuridad de la no»che, lugar harto estendido i sin mas fortificacion que la »natural, entre el pie de la montaña i el alojamiento de »los Moros; blanqueavan calaveras de hombres y hue»sos de cavallos amontonados, desparcidos, segun, co»mo, i donde havian parado; pedazos de armas, frenos, »despojos de jaezes[21]: vieron mas adelante el fuerte de »los enemigos, cuyas señales parecian pocas, i bajas, i »aportilladas: ivan señalando los pláticos de la tierra don»de havian caido oficiales, capitanes i gente particular: »referian como i donde se salvaron el conde de Ureña, »i D. Pedro de Aguilar, hijo mayor de D. Alonso, en que »lugar i donde se retrajo D. Alonso i se defendia entre »dos peñas; la herida que el Ferí, cabeza de los moros, »le dió primero en la cabeza i despues en el pecho, con

[20] «Incedunt, dice Tácito, mæstos locos, visuque ac memoriâ deformes.»

[21] Medio campi albentia ossa, ut fugerant, ut restiterant, disjecta vel aggerata; adjacebant fragmina telorum, equorumque artus, simul truncis arborum antefixa ora.

»que cayó; las palabras que le dijo andando á brazos: »*Yo soi D. Alonso;* las que el Ferí le respondió quando »le hería : *Tu eres D. Alonso; mas yo soi el Ferí de Benes-»tepar;* i que no fueron tan desdichadas las heridas que »dió D. Alonso como las que recibió. Lloráronle amigos »i enemigos, i en aquel punto renovaron los soldados el »sentimiento; gente desagradecida, sino en lágrimas. »Mandó el General hacer memoria por los muertos, i ro-»garon los soldados que estavan presentes que reposa-»sen en paz, inciertos si rogaban por deudos ó por ex-»traños, i esto les acrecentó la ira i el deseo de hallar »gente contra quien tomar venganza[22].»

Muchos pasajes podriamos citar parecidos á este, en que el historiador muestra su aficion á la narrativa episódica, y se complace en exornar convenientemente su asunto, á pesar de lo cual nunca le vemos dejar del todo el hilo de su historia; y donde quiera que va, le hallamos siempre vigoroso y expresivo. Sirva de ejemplo la siguiente arenga, que Fernando de Valor, uno de los principales conjurados, dirige á sus compatriotas, incitándolos á la rebelion y recapitulando las injurias y malos tratamientos que han experimentado á manos de sus crueles opresores, los españoles; la cual nos recuerda las arengas de los indignados caudillos cartagineses en Tito Livio.

«Este viendo que la grandeza del hecho traia miedo, »dilacion, diversidad de casos, mudanzas de pareceres, »los juntó en casa de Zinzan, en el Albaicin y los habló.

[22] Igitur, Romanus, qui aderat, exercitus textum post cladis annum, trium legionum ossa, nullo noscente alienas reliquias an suorum humo tegeret, omnes ut conjunctos ut consanguineos, aucta in hostem irâ, mœsti simul et infensi condebant.

»Poniéndoles delante la opresion en que estaban, sugetos »á hombres públicos i particulares, no menos esclavos »que si lo fuesen; mugeres, hijos, haciendas, i sus pro»pias personas en poder i arbitrios de enemigos, sin es»peranza en muchos siglos de verse fuera de tal servi»dumbre; sufriendo tantos tiranos como vecinos, nuevas »imposiciones, nuevos tributos, i privados del refugio de »los lugares de señorío, donde los culpados puesto que »por accidentes ó por venganzas (esta es la causa entre »ellos mas justificada) se aseguran; echados de la immu»nidad i franqueza de las Iglesias, donde por otra parte »los mandaban asistir á los oficios divinos con penas de »dinero; hechos sugetos de enriquecer Clerigos, no tener »acogida á Dios ni á los hombres, tratados i tenidos como »Moros entre los christianos para ser menospreciados, i »como christianos entre los moros, para no ser creidos ni »ayudados; excluidos de la vida i conservacion de per»sonas; mándannos que no hablemos nuestra lengua; no »entendemos la castellana: ¿en qué lengua habemos de »comunicar los conceptos, i pedir ó dar las cosas sin »que no puede estar el trato de los hombres? aun á los »animales no se vedan las voces humanas. ¿Quién quita »que el hombre de lengua castellana no pueda tener la lei »del Profeta? i el de la lengua morisca la lei de Jesus? »Llaman á nuestros hijos á sus congregaciones i casas de »letras, enséñanles las artes que nuestros mayores pro»hibieron aprenderse, porque no se confundiese la puri»dad, i se hiciese litigiosa la verdad de la lei. Cada hora »nos amenazan quitarlos de los brazos de sus madres, i »de la crianza de sus padres, y pasarlos á tierras agenas, »donde olviden nuestra manera de vida, y aprendan á

»ser enemigos de los padres que los engendramos y de »las madres que los parieron. Mándannos dejar nuestro »hábito, vestir el castellano: vístense entre ellos los Tu»descos de una manera, los Franceses de otra, los Griegos »de otra, los frailes de otra, los moros de otra, i de otra »los viejos. Cada nacion, cada profesion i cada estado usa »su manera de vestido, i todos son christianos; i nosotros »Moros, porque vestimos á la morisca, como si truxése»mos la lei en el vestido, i no en el corazon[23].»

Este es en verdad un trozo animado y pintoresco: muchos hay semejantes en el resto de la obra, no solo en cuanto al asunto, sino por la manera con que están tratados. Ni tampoco le falta nunca dignidad y elevacion. El estilo es atrevido y cortado, pero está en armonia con el genio de la lengua castellana, al par que el pensamiento profundo y vigoroso es como un torrente que arrebata y lleva tras sí la imaginacion de los lectores. No hay nada que se le pueda comparar en el estilo de los antiguos cronicones, y muy poco entre lo escrito posteriormente, que se le iguale en nervio, vigor y verdad[24].

La guerra de Granada es el último trabajo literario que Mendoza emprendió. Quizá contaba mas de setenta años cuando le concluyó; quizá tambien, para dar á entender que renunciaba á la profesion de las letras, recogió sus libros, así los clásicos y los manuscritos que con tanto trabajo se habia proporcionado en Italia y en Grecia, y los códices arábigos que halló en Granada, y se los re-

[23] La arenga del Zaguer se hallará en el primer libro de su historia.

[24] Véase á Garcés, «Vigor y Elegancia de la lengua castellana», Madrid, 1791, 4.°, t. II, quien hace algunas observaciones muy agudas acerca del estilo de Mendoza.

galó todos al adusto monarca cuyo rigor habia experimentado, para la biblioteca del Escorial, en la cual se conservan aun hoy dia. Como quiera que esto sea, nada oimos después de esto del viejo político, exceptuando tan solo que por razones que no se expresan, Felipe II le permitió volver á la corte, y que en efecto algunos dias después se presentó en Madrid, donde atacado de aguda enfermedad, espiró en abril de 1575, á los setenta y dos años de su edad [25].

Bajo cualquier aspecto que consideremos el carácter de Mendoza, quedamos satisfechos de que fué un grande hombre, si bien lo que mas es de admirar en él es la combinacion y reunion de sus diferentes dotes. En todas ellas, sin embargo, y especialmente en la union de una vida de aventuras y de interés activo en los negocios de su tiempo, con el amor sincero de la ciencia y de las letras, Mendoza se mostró siempre español; los elementos de grandeza que su varia fortuna desarrolló en él, son todos elementos de poesía y elocuencia española, en su mejor siglo y en su mayor estado de perfeccion. Este leal caballero debe pues ser colocado en las primeras filas y en el número de los que habrán de constituir aquella escuela decidida de literatura española, que fundada sobre los sólidos cimientos del carácter y genio nacional, subsistirá siempre en pié contra los embates de los tiempos y los caprichos de la fortuna.

[25] Quien quiera formar una idea del carácter y ocupaciones de Mendoza durante los dos últimos años de su vida, hallará bastantes datos en unas cartas suyas á Zurita que publicó Dormer, «Progresos de la Historia de Aragon» (Zaragoza, 1680, fol., página 501). Es muy notable el modo con que en una de ellas, fecha en Granada á 1.° de diciembre de 1573, anuncia su determinacion de dar sus libros á la biblioteca del Escorial. «Yo ando, »dice, juntando mis libros y enviándolos á Alcalá, porque el señor doc-

»tor Velasco (que haya gloria) me escribió que su Majestad se queria servir de ellos, y mandarlos ver para ponellos en el Escurial; y paréceme »que tiene razon, porque aquella es »la mas sumptuosa fábrica antigua y »moderna que yo he visto, y no me »parece que le falta otra parte sino »poner en ella la mas sumptuosa li- »breria del mundo.» En otra carta de 18 de noviembre de 1574: «Ando desempolvorando mis libros y viendo si »están ratonados, y estoy contento de »que los hallo bien tratados; extraños autores hay entre ellos, de que »yo no tenia ninguna noticia. Estoy »maravillado de los muchos que hallo »leidos, habiendo aprendido tan poco »dellos.»

## CAPÍTULO V.

**Poesía didáctica. — Luis de Escobar. — Corelas. — Torre. — Prosa didáctica. — Villalobos. — Oliva. — Sedeño. — Salazar. — Luis Mejía. — Pedro Mejía. — Navarra. — Urrea. — Palacios Rubios. — Vanegas. — Juan de Avila. — Antonio de Guevara. — Diálogo de las lenguas. — Progresos de la lengua castellana desde el reinado de D. Juan el Segundo hasta los tiempos del emperador Cárlos V.**

Al paso que el gusto italiano, ó á lo menos la adopcion de las formas y metros italianos, se hacia casi general en la poesía lírica y bucólica, el género didáctico, ya en prosa, ya en verso, tomaba una direccion algun tanto opuesta.

En poesía didáctica, entre otras formas antiguas, la muy conocida de «preguntas y respuestas», usada desde la época de Juan de Mena, y continuada en los Cancioneros hasta los tiempos de Garci Sanchez Badajoz, siguió cultivándose con aplauso. En los primeros tiempos estas «preguntas y respuestas» eran en su mayor parte enigmas ó acertijos ; pero en el siglo XVI tomaron poco á poco un carácter mas grave y solemne, llegando con el tiempo á revestirse de las formas de la poesía didáctica, y constituyendo así un nuevo género, en el cual se dieron á luz dos notables producciones. Es la primera de ellas la obra intitulada : *Las cuatrocientas respuestas á otras tantas preguntas que el Illmo. Sr. Don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, y otras perso-*

*nas enviaron á preguntar en diversas veces al autor*, etc. Impresa tres veces en el año de 1545, fecha de la primera edicion, tuvo gran popularidad entre la clase de lectores á que iba dirigida, y cuyas costumbres y opiniones ilustra de una manera muy notable ; contiene mas de veinte mil versos, y fué seguida en 1552 de otro tomo del mismo género, escrito parte en prosa, y en el que se anuncia un tercero, que no llegó á imprimirse. Exceptuando los quinientos «proverbios», como el autor los denomina, aunque impropiamente, al fin del primer tomo, y cincuenta «glosas» al concluir el segundo, todo lo demás se reduce á ciertas preguntas ingeniosas, tales cuales debian esperarse de un antiguo cortesano y de otros distinguidos personajes de la corte del Emperador, deseosos de proporcionarse instruccion y recreo. Su asunto es vario : religion, moral, historia, medicina, magia natural ; en una palabra, todo cuanto podia ocurrirse á la imaginacion de un hombre desocupado y amigo de investigar la verdad ; y todas ellas fueron enviadas á un agudo, discreto y jovial fraile menor, llamado Luis de Escobar, que hallándose enfermo en cama, trabajado de la gota y de otras dolencias, no podia emplear mejor su tiempo que en contestar á ellas.

Sus respuestas pues forman el cuerpo de la obra : unas son ingeniosas, otras pueriles, unas eruditas, otras absurdas ; pero todas llevan impreso el sello de la época. De vez en cuando una composicion algo mas larga y de asunto vario corta la monotonía y languidez de la obra, como por ejemplo, una epístola en verso dirigida al Almirante, en que se le proponen los medios de bien vivir, dándole consejos que sin duda necesitaba ; y una

larga lamentacion, en que el autor se queja de sus padecimientos, y nos refiere cómo y en qué pasaba su tiempo: de suerte que de varios pasajes en uno y otro tomo, no seria difícil formar una pintura fiel y exacta de lo que en aquellos tiempos constituia la ocupacion, ó mas bien la diversion y pasatiempo de los cortesanos de Cárlos V. Su poesía se parece en muchas cosas á la del inglés Tusser, que floreció por el mismo tiempo; pero es mejor poeta aun que Escobar, y mas vigoroso [1] en sus concepciones.

El segundo de los dos libros de «preguntas y respuestas», á que hemos aludido, es de carácter aun mas grave y serio que el primero. Imprimióse al año siguiente de haber publicado el suyo Escobar, y tiene por título: *Trescientas cuestiones naturales, con sus respuestas.* Escribiólo Alonso Lopez de Corelas, médico de profe-

[1] Escobar se queja de que muchas de las preguntas que le fueron enviadas estaban tan mal metrificadas, que le costó un trabajo ímprobo el arreglarlas; y así, no es de extrañar que tanto las preguntas como las respuestas parezcan parto de un mismo ingenio. De vez en cuando hay intercalada en ellas una larga y pesada disertacion moral, en prosa, principalmente en la segunda parte; pero en general las respuestas no son demasiado largas. Las contenidas en el primer tomo son sin duda las mejores, y algunas, como las de los números 280, 281, 282, muy curiosas por las noticias que nos suministran acerca del poeta mismo, quien parece murió hácia 1552. En el prólogo á su primer tomo dice que el Almirante murió en 1538; tambien nos da á entender que si la obra hubiera estado completa, hubiera contenido mil preguntas y otras tantas respuestas. Para muestra de la puerilidad de algunas de ellas citarémos la del núm. 10 (Quatrocientas preguntas, Valladolid, 1545, fol. VIII), en que el Almirante desea saber cuántas llaves Cristo dió á S. Pedro; y como ejemplo de las mas ingeniosas, la del núm. 190, en que pregunta si es indispensable y obligatorio para un penitente el arrodillarse delante del sacerdote que recibe su confesion, cuando aquel experimenta dolor en dicha postura; á lo que el buen fraile contestà muy discretamente:

El penitente que tiene dolor,
Estar de rodillas no ay necesidad;
Mas tenga verguença y gran humildad
Y amor y obediencia, que es mucho mejor.

La quinta parte del primer tomo se compone toda de enigmas al gusto antiguo: segun el mismo Escobar dice, algunos debieron de serlo tanto, que no valia la pena de declararlos, puesto que eran conocidos de todos. El segundo tomo de la obra se imprimió en Valladolid en 1552.

sion, mas erudito quizá que el autor á quien trató de imitar, aunque menos jovial y festivo, y cuyos versos no son ni tan buenos ni tan agradables [2].

Siguieron después otros autores, como Juan Gonzalez de la Torre, el cual en 1590 dedicó al Príncipe heredero del trono, un volúmen de enigmas á lo divino, tal que hubiera hecho las delicias de los lectores un siglo antes [3]. Ninguno, sin embargo, de los que escribieron en este género particular de poesía didáctica, puede compararse con Escobar, y así es que todos ellos fueron muy pronto olvidados [4].

Hácia el mismo tiempo, se hizo de moda el imitar á los escritores latinos en dicho género, á la manera que Castiglione, Bembo, Giovanni de la Casa, y otros italianos lo habian hecho antes. El impulso, segun parece, fué comunicado á España por los modernos, no por los antiguos; y los clásicos latinos fueron imitados solamente porque los italianos daban el ejemplo, y no porque Ciceron y Séneca hubieran dejado escuela del otro lado del Pirineo [5]. La moda, sin embargo, no fué de tanta importancia ni tuvo tanta influencia como la que des-

[2] Las «Trezientas», de Corelas (Valladolid, 1546, 4.°), van acompañadas de un erudito comentario en prosa, del género didáctico.

[3] «Dozientas preguntas, etc.», por Juan Gonzalez de la Torre. Madrid, 1590, 4.°

[4] Podria haber añadido que este género de literatura fué relegado á las academias y juntas literarias de aquel tiempo, tales cuales las describe con mucha gracia y chiste Calderon de la Barca en la primera jornada del «Secreto á voces».

[5] La tendencia general y el tono de los escritores en prosa didáctica durante el reinado de Cárlos V confirman esta opinion; pero el discurso de Ambrosio de Morales al frente de las obras de su tio Fernan Perez de Oliva, demuestra suficientemente de qué manera se produjo dicho cambio. Algunos españoles, segun resulta de este curioso documento, se avergonzaban de continuar escribiendo en latin, como si su idioma natal no fuera apto para tratar asuntos graves, sobre todo cuando tenian delante de sí el ejemplo de los italianos, que con tan buen resultado habian empleado su lengua. (Obras de Oliva, Madrid, 1787, 8.°, t. I, pp. XVI-XLVII.)

pués se introdujo en la poesía de la nacion; pero con todo, merece tomarse en cuenta, no solo por los resultados que tuvo durante el reinado de Cárlos V, sino tambien por el efecto mas ó menos directo que produjo posteriormente en la prosa de la nacion.

El mas antiguo entre los distinguidos escritores que produjo este estado de cosas fué Francisco de Villalobos, del cual es muy poco lo que se sabe, salvo que pertenecia á una familia consagrada durante muchas generaciones sucesivas al arte de curar; que él mismo fué médico, primero de D. Fernando el Católico[6], y después de Cárlos V; que ya en 1498 habia publicado ó impreso un tratado de medicina en verso, fundado en los cánones de Avicenna[7], y compuesto de quinientas estrofas, y que hasta 1543 siguió publicando otras varias obras sobre asuntos relativos á su profesion; que antes de dicha época, y cansado del bullicio de la corte, buscó un retiro voluntario, en que murió de mas de setenta años[8]. Su traduccion del *Amphitrion* de Plauto pertenece mas bien al teatro; pero así como el de Oliva, del que hablarémos mas adelante, no ejerció ninguna influencia, y sus tratados científicos no son tampoco tales que exijan una mencion individual y separada. El resto de sus obras, inclusas todas las que pertenecen al gé-

[6] Existe una carta de Villalobos, fecha en Calatayud á 6 de octubre de 1515, en la que dice se detuvo en aquella ciudad, por causa de la grave enfermedad del Rey (Obras, Çaragoça, 1544, fol. 71 vuelto), y de la que murió cuatro meses después.

[7] Mendez, «Typographia», p. 249. —Antonio, «Bib. Vetus.», ed. de Bayer, t. II, p. 344, nota.

[8] De ciertas expresiones en la carta arriba citada se infiere que ya en el año de 1515 vivia descontento con su posicion; pero debió continuar en la corte durante mas de veinte años, al cabo de los cuales se retiró pobre y afligido. (Obras, fol. 45.) Por un pasaje, dos hojas mas adelante, me inclino á creer que su retiro voluntario acaeció después de la muerte de la Emperatriz, en 1539.

nero de amena literatura, se hallan en un tomo de regular tamaño, que dedicó al infante D. Luis de Portugal.

La principal, intitulada *El libro de los problemas*, se divide en dos tratados, de los cuales el primero, que es muy corto, trata del sol y de la luna, de los planetas, de los cuatro elementos y del paraíso terrenal; y el último, que es el mas largo, discurre acerca del hombre y de sus costumbres, empezando con una declaracion de la malicia del diablo, y concluyendo con otra de la lisonja cortesana y de los mozos mentirosos; la cual está especialmente dirigida al heredero presunto de la corona de España, el príncipe D. Felipe. A cada una de las partes ó capítulos en que están subdivididos los tratados arriba dichos, precede una copla de ocho versos en el antiguo metro español, la cual viene á ser el problema ó texto, al paso que el discurso en prosa que le sigue y sirve de glosa constituye el fondo de la obra. Toda ella es de un género muy variado: la mayor parte está escrita en estilo grave y sentencioso, como el *Discurso de los caballeros y de los perlados*; otros pasajes son del género festivo, como el de *El viejo que se casa*[9]. Los mejores trozos son aquellos en que el autor suelta la rienda á su vena satírica, como aquel en que habla de los viejos pleiteantes y de los que se afeitan el rostro[10].

Un diálogo *de las fiebres interpoladas*, otro *del calor natural*, y otro que pasó entre el autor y un grande y du-

[9] Si el juguete de Poggio, intitulado «An seni sit uxor ducenda», hubiera estado impreso en tiempo de Villalobos, hubiera podido crerse que lo tuvo presente. De todos modos, la semejanza que en ambos tratados se advierte pudiera muy bien no ser del todo fortúita. Poggio murió en 1449, aunque su diálogo no se imprimió, segun creo, hasta el presente siglo.

[10] Los problemas componen la primera parte, ó sea las treinta y cuatro hojas primeras, de las «Obras de Villalobos», 1544.

que de Castilla, á quien atendia y visitaba, *acerca de los síntomas y causas de la fiebre cuartana*, están escritos en el género didáctico, comun entonces á los italianos; solo que el último nombrado contiene trozos en estilo festivo y jocoso, mas propios de la comedia, ó mas bien de la farsa [11]. El tratado que sigue, intitulado *De las tres grandes* [12], *á saber : de la gran parlería, de la gran porfía y de la gran risa*, y otro mas serio *acerca del amor*, con que termina el volúmen, son las demás obras notables de este autor. Todas presentan el mismo carácter que el de sus *Misceláneas :* el estilo de algunos trozos se distingue por mayor pureza y mas pretensiones de dignidad de la que se halla en obras didácticas en prosa de época anterior; sobre todo, mayor claridad y exactitud en la diccion. De vez en cuando tropezamos con un pasaje escrito en estilo familiar y con una franqueza y naturalidad que encanta, y nos indemniza sobradamente de las muchas vaciedades que Villalobos trata á cada paso de inculcar á propósito de las antiguas y olvidadas doctrinas en historia natural y medicina, que constituian entonces la base de dichos conocimientos.

Otro escritor del mismo género y mucho mas digno de nuestra atencion es Fernan Perez de Oliva, natural de Córdoba, donde nació hácia el año de 1492, y murió, aun jóven, en 1530. Fué su padre muy aficionado á las letras, y por lo tanto cuidó con el mayor esmero de la educacion de su hijo, como él mismo lo advierte en sus obras. A los doce años era ya estudiante en la uni-

11 «Obras», fol. 35.

12 Villalobos intituló su libro «Las tres grandes...», dejando, como él dice, comenzado el nombre para que cada uno lo acabe á su voluntad.

versidad de Salamanca; fué después á Alcalá, que brillaba á la sazon en todo su esplendor; en seguida á Paris, cuya universidad atraia de muy antiguo estudiantes de todas partes de Europa; y por último, á Roma, donde al cuidado y bajo la direccion de un tio suyo, empleado en la corte de Leon X, pudo gozar de cuantas ventajas ofrecia á un jóven estudioso la capital del mundo cristiano.

A la muerte de su tio, los empleos que este desempeñaba fueron ofrecidos á Oliva, el cual, como amase mas las letras que el propio interés, rehusó admitirlos, y se fué á Paris, en cuya universidad dió lecciones públicas y privadas durante mas de tres años. Adriano VI, que sucedió á Leon X en la silla pontificia, habiendo oido hablar con elogio del catedrático español, trató de llevarle á Roma con un buen destino eclesiástico; pero el amor á su patria y á las letras le hizo desechar por segunda vez los ofrecimientos que le hacian. Volvió pues á Salamanca, y entró de colegial en el del Arzobispo, recientemente fundado en 1528, llegando á ser con el tiempo catedrático de moral, y por último rector de su universidad. Mas apenas fué elevado á tan alto puesto, cuando la muerte le arrebató en lo mejor de su edad, en ocasion que los eruditos ponian en él toda su esperanza: de modo que su muerte fué considerada en toda España como una pérdida irreparable para las letras [13].

[13] Rezabal y Ugarte escribió la Vida de Oliva en su «Biblioteca de los escritores que han sido individuos de los seis colegios mayores». (Madrid, 1805, 4.°, pp. 239 *et seq.*); pero todo lo que de él se sabe que pueda interesar al lector, está tomado del memorial de méritos y servicios presentado por él al hacer oposicion á la cátedra de filosofía moral en Salamanca. (Obras, 1787, t. II, pp. 26-51.) En él nos dice que anduvo mas de tres mil leguas por España y fuera de ella en busca del saber.

Durante su permanencia en Roma, Oliva observó con qué perfeccion los escritores italianos imitaban á los clásicos latinos; así es que á su vuelta á España manifestó los mas vivos deseos de que sus compatriotas y paisanos hiciesen otro tanto [14]. Parecíale mengua y afrenta de la lengua española el que casi todos los escritos filosóficos y obras didácticas se compusieran en latin, con preferencia al idioma patrio. Siguiendo pues el ejemplo de Castiglione en su *Cortesano,* y con el fin de contener el torrente de la opinion entre los eruditos de su época, se puso á escribir en prosa didáctica un diálogo *de la dignidad del hombre*, defendiéndole formalmente como obra española escrita por un español. Tambien compuso varios discursos á diferentes asuntos, á saber : uno *de las potencias del alma y del buen uso de ellas;* otro en que trata de persuadir á Córdoba, su patria, habilite la navegácion del Guadalquivir y obtenga por su medio parte en el comercio de las Indias, cuyo monopolio tenia á la sazon la ciudad de Sevilla; y otro, por último, que es el razonamiento hecho por él en Salamanca al presentarse como opositor á la cátedra de filosofía moral; en todos los cuales, dice su sobrino Ambrosio de Morales, « empleó la lengua castellana con propósito de enriquecerla con lo mas excelente que en todo género de doctrina se halla [15]».

[14] Obras, t. I, p. XXIII.

[15] Dos impresiones hay de las obras de Oliva : la primera hecha en Córdoba, 1585, 4.°, cuidando de ella su sobrino Ambrosio Morales; la segunda de Madrid, 1787, dos tomos en 8.° En el «Indice expurgatorio de 1667» (p. 224) se señala un pasaje cuya lectura se prohibe hasta tanto que se haya corregido; y en la edicion de 1787 hay suprimida una hoja con el solo fin de quitar una de las notas de Morales.

En el mismo tomo, que comprende las obras sueltas de Oliva, se hallan quince discursos morales de su editor, y otro de un tal Pedro Valles, tambien vecino de Córdoba; pero ni aquellos ni este tienen mérito alguno lite-

Fué por cierto una idea muy feliz la que tuvo Oliva de dar mayor dignidad á su idioma natal, usándole en lugar del latin para los principales asuntos que ocupan la investigacion humana; y tanto mas feliz, cuanto que muy pronto halló imitadores. En 1536 Juan de Sedeño publicó dos diálogos en prosa, uno *de amores*, y otro *de bienaventuranza*, de los cuales el primero está escrito con mas gracia, y el segundo con mas filosofía y nitidez de la que pedia la época [16]. Francisco Cervantes de Salazar, escritor de vasta erudicion, concluyó el diálogo *de la dignidad del hombre*, que Oliva habia dejado sin terminar, y le dió á luz en 1546 [17], dedicándoselo á Fernando Cortés, junto con un apólogo en prosa *de la ociosidad y el trabajo*, por Luis Mejía, escrito en estilo castizo y bastante elevado, aunque tomado en gran parte de la *Vision deleitable*, del bachiller Alfonso de la Torre [18]. En 1567 Pedro de Navarra publicó cuarenta diálogos morales á diversos asuntos, resultado en parte de las conferencias habidas en una academia de personas distinguidas que se reunian de vez en cuando en casa de Hernando Cortés [19]. Pedro Mejía, el cronista, escribió

rario, si bien muchos de ellos, como el que trata de las ventajas de enseñar con dulzura, y el de «La diferencia entre el ingenio y la razon», están escritos en muy buen sentido. El de Valles trata «del temor de la muerte y el amor y deseo de la vida».

16 Síguense dos Coloquios de amores y otro de bienaventurança, etc., por Juan Sedeño, vecino de Arévalo, 1536, 4.°, sin lugar de impresion; diez y seis páginas. Este Sedeño es el mismo que puso en verso la «Celestina» en 1540, y que escribió la «Suma de varones ilustres» (Arévalo, 1551, y Toledo, 1590, en fol.), diccionario biográfico de muy escaso mérito, que contiene las vidas de unos doscientos varones, dispuestos por órden alfabético y comenzando por Adan. Sedeño siguió la carrera militar y sirvió en Italia.

17 El diálogo entero, es decir, la parte compuesta por Oliva y la añadida por Francisco Cervantes, se reimprimió en Madrid (1772, 4.°) con un prólogo y notas por Cerdá y Rico, literato laborioso y erudito, pero que no tenia el mejor gusto.

18 Reimprimióse en el tomo arriba citado; pero nada sabemos de su autor.

19 «Diálogos muy sutiles y notables, etc.», por D. Pedro de Navarra, obispo

una *Silva de varia leccion* [20], *ó miscelánea erudita*, dividida en las últimas ediciones en seis libros, y estos en una multitud de pequeños discursos ó disertaciones sobre puntos de historia ó de moral, anunciándola como la primera obra de su clase escrita en castellano.

A dicho libro, que puede y debe ser mirado como una imitacion de Macrobio ó de Ateneo, y que se imprimió por la primera vez en 1543, Mejía añadió en 1547 seis diálogos en estilo didáctico, curiosos, pero de poco va-

de Comenge, Çaragoça, 1567, 8.°, ciento diez y ocho hojas. Los cinco primeros tratan de las condiciones de un cronista; los cuatro siguientes de la diferencia entre la vida rústica y la de corte, y los treinta y uno restantes de prepararse á bien morir: todos escritos en estilo puro y castizo, aunque con poca novedad en el pensamiento. El autor dice que por uno de los artículos de los Estatutos de la Academia se prevenia que el socio que llegase el último á una de las sesiones tuviese la obligacion de señalar el punto de discusion y designar tambien el individuo de la Academia que habia de redactar el acta de la sesion, y poner por escrito el dictámen de los discutidores, entre los cuales cuenta al cardenal Poggio, á Juan de Estúñiga, comendador mayor de Castilla, y á otras personas de distincion. Asimismo dice haber escrito doscientos diálogos, en que se trataban «casi todas las »materias que habian sido sometidas »á la discusion de dicha academia», y añade que el asunto de «Prepararse para bien morir» habia sido discutido después del fallecimiento de Cobos, el secretario de Cárlos V, en cuya ocasion él hizo de secretario de la Academia. En los cuarenta que imprimió son raras las noticias de sucesos contemporáneos, exceptuando tan solo el arriba citado, en que alude á la abdicacion de Cárlos V y su retirada á San Jerónimo de Yuste; accion que el buen obispo considera efecto del abandono sincero de toda idea y pasion mundana. Tampoco se halla en ellos nada que ilustre la vida de Hernan Cortés, á no ser el hecho aislado de que dichas academias se celebraban en su casa.

20 «Silva de varia leccion», por Pedro Mejía La edicion príncipe de Sevilla (1543, folio, let. gót., ciento cuarenta y cuatro hojas) consta solo de tres partes; otra que tambien tengo entre mis libros, es de Madrid, 1669, 4.°, y está dividida en seis libros, con setecientas páginas de mala impresion y letra bastante chica. Fué libro muy popular en su tiempo, y del que se hicieron muchas ediciones, habiéndose tambien traducido al italiano, aleman, francés, inglés y flamenco. Al inglés se tradujo dos veces: una por Thomas Fortescue, que se imprimió en 1571 (Warton's English Poetry, Lóndres, 1824, 8.°, t. IV, p. 312); y otra por autor anónimo, con el siguiente título: «The treasure of ancient and modern times, etc, translated out of that worthy spanish gentleman, Pedro Mexía and Mr. Francisco Sansovino, the italian» (Lóndres, 1613, folio), ó sea «Tesoro de los tiempos antiguos y modernos, sacado de las obras del ilustre caballero Pero Mexía, y del italiano Francisco Sansovino». Esta última es una curiosa mezcla de disertaciones y razonamientos sobre el mismo asunto tomadas de autores españoles, italianos y franceses. La obra de Mejía empieza en el lib. 1, cap. 8.

lor en sí, en el primero de los cuales discute las ventajas ó desventajas de tener médicos de cabecera, con una gracia y una pureza de estilo tal, cual no era de esperar de un escritor de aquella época[21]. Por último, para completar la corta lista de escritores en este género, citarémos á Pedro de Urrea, uno de los oficiales mas queridos del emperador Cárlos V, y por algun tiempo su virey en la Pulla, el mismo que hizo la version castellana del Ariosto citada en el *Quijote*. Este pues publicó en 1566 un *Diálogo de la verdadera honra militar*, escrito con mucha gracia y soltura, que contiene, juntamente con las ideas é impresiones de uno que se confiesa muy leido en libros de caballerías, muchas noticias curiosas y relaciones de desafíos y aventuras militares[22].

Las dos obras de Pero Mejía, y principalmente su *Silva de varia leccion*, estuvieron muy en boga durante los siglos xv y xvii, y es preciso confesar que en cuanto al estilo no dejan de tener cierto mérito, si bien ninguna de las producciones que hemos citado puede compararse con la primera parte del diálogo *de la dignidad del hombre*, en punto á vigor y energía. Oliva, sin embargo,

[21] La edicion mas antigua de los «Diálogos» es, si no me engaño, la de Sevilla, 1547, 8.°: la que yo uso es tambien de Sevilla, 1562, 8.° menor, de ciento sesenta y siete hojas, letra de Tórtis. El segundo diálogo, ó sea los dos coloquios del convite, es curioso en extremo; pero el último, que trata de «como se hazen y de dó provienen las nuves, las lluvias, las nieves, los granizos, nieblas, y eladas y rocios, los truenos, y los relampagos, y los rayos, etc.», es hoy dia ridículo. Al fin de algunas ediciones de los «Diálogos», como tambien de la «Silva», se halla una traduccion libre de la «Parenesis», ó exhortacion á la virtud, de Isócrates, hecha sobre la version latina de Agrícola, pues Mejía no sabia griego: es de ningun valor.

[22] «Diálogo de la verdadera honra militar», por Jerónimo de Urrea. Hay ediciones de 1566, 1575, 1661 y otras. (Latassa, Bib. Arag. nueva, t. i, página 264.) La que yo uso es de Zaragoza, 1642, 4.° Uno de los pasajes mas entretenidos en la obra de Urrea es el de la primera parte, en que describe con muchos pormenores todo lo relativo al desafío propuesto por Francisco I á Cárlos V, y aceptado por este.

no fué un hombre de talento superior: su imaginacion no llega nunca á ser poética; su inventiva no es bastante creadora para dar nuevas formas á su asunto; á lo que se une que su imitacion sistemática de los clásicos latinos é italianos debilita en lugar de robustecer su raciocinio. Pero hay en todo lo que él dice y escribe tal cordura y buen sentido, que se apodera de nuestro albedrío; lo cual unido á su estilo, que, aunque á veces declamatorio, es siempre castizo y sentado, y á la feliz idea que tuvo de defender y usar la lengua castellana, que comenzaba entonces á reclamar sus derechos, han sido causa de que su reputacion como prosador haya sido mayor y mas duradera que la de ninguno de los escritores de su época [23].

La misma tendencia general hácia un estilo de discusion mas serio y elegante se observa en otros escritores de ética, política y religion, que florecieron en el reinado de Cárlos V, como Palacios Rubios, autor de un discurso *del esfuerzo bélico heróico*, escrito para aprovechamiento de su hijo [24]; el maestro Alejo Vanegas, que con el título de *Agonía del tránsito de la muerte* compuso un tratado

[23] Hasta 1592, año en que salió á luz la «Conversion de la Madalena», por Pedro Malon de Chaide, la oposicion á usar el castellano en asuntos serios se mantuvo viva y tenaz. El mismo dice en su prólogo que las gentes llamaban «sacrilegio» el tratar asuntos como el de su obra en otra lengua que no fuese el latin (fol. 15); pero él, como buen español, les contesta que el castellano es aun mejor para dichos fines que el latin y griego, y que confia verle antes de poco tan generalizado y esparcido como las armas y las glorias de su patria (fol. 17).

[24] Rezabal y Ugarte (Bibl., páginas 266-71) da una noticia muy circunstanciada de la vida y escritos de Juan Lopez de Vivero Palacios Rubios, quien fué persona muy considerada en su tiempo, y trabajó en la famosa compilacion de las leyes de Toro. Son muchas las obras que escribió en latin; pero en castellano solo tenemos de él su tratado «Del esfuerzo bélico heróico», que se imprimió por primera vez en Salamanca, 1524, folio, y del cual hay una bellísima reimpresion hecha en Madrid, 1793, folio, con notas de D. Francisco Morales.

que es mas bien ascético [25]; y Juan de Avila, llamado por algunos «el apóstol del Andalucía», cuyo *Epistolario*, exhortando á la virtud y á la religion, está escrito con esmero y en estilo elocuente, aunque no siempre tan correcto como era de esperar [26].

Antonio de Guevara, cronista de Cárlos V, fué el escritor que mas se distinguió en este género de literatura. Nació en Vizcaya, y pasó los primeros años de su vida en la corte de los Reyes Católicos: en 1528 tomó el hábito de S. Francisco; pero como alcanzase favor del Emperador, se trasformó luego de religioso en cortesano, y habiendo acompañado á su amo en sus viajes y estancias en Italia y en otras partes, llegó á ser con el tiempo y sucesivamente predicador de la corte, cronista imperial y obispo de Guadix y Mondoñedo hasta su muerte, acaecida en 1545 [27].

[25] Nicolás Antonio, «Bib. Nov.», t. I, p. 8. Floreció entre 1531 y 1545: su «Agonía del tránsito de la muerte», con un glosario al fin, que tiene la fecha de 1543, no se imprimió hasta muchos años después. Mi ejemplar de dicha obra, que parece ser de la primera edicion, es impresion de Alcalá, 1574, en 8.° menor. El tratado intitulado «Diferencias de libros que hay en el universo», y en el que el autor escribe su nombre *Venegas* en lugar de *Vanegas*, se acabó en 1539, y fué impreso en Toledo, 1540, 8.° El libro está escrito en estilo puro y castizo, aunque algo metafísico y conceptuoso; y no es, como se pudiera creer y parece indicarlo su título, una crítica literaria de libros y sus autores, sino la opinion que el mismo Vanegas tenia formada acerca del modo de estudiar y leer en los libros de Dios, que son la naturaleza, el hombre y el cristianismo. Su objeto es mas bien el impedir la lectura de obras que estaban muy de moda y que él califica de malas y perniciosas.

[26] Murió en 1569: en 1534 fué preso por la Inquisicion, y en 1559 uno de sus libros fué incluido en el «Indice expurgatorio»; á pesar de esto fué tenido por santo. (Llorente, «Histoire de l'Inquisition», t. II, pp. 7 y 423.) Sus «Cartas espirituales» no se imprimieron, que yo sepa, hasta el año de su muerte. (Nicolás Antonio, «Biblioteca Nov.», t. I, pp. 639 y 642.) Sus tratados «Del conocimiento de sí mismo; De la oracion», y otros asuntos devotos, están tambien escritos con la misma gala y elocuencia. Al frente de la edicion de sus obras (Madrid, 1596, 4.°) se halla una larga vida, ó mas bien panegírico, de Fr. Juan de Avila, por Juan Diaz.

[27] La Vida de Guevara se halla en la edicion de sus epístolas, hecha en 1673, Madrid, 4.°; y tambien él nos da algunas noticias de su persona en el prólogo á su «Menosprecio de corte».

Sus obras no son muchas, pero todas respiran la atmósfera en que fueron producidas, y obtuvieron desde luego gran nombradía. Su *Marco Aurelio ó Relox de príncipes*, impreso por primera vez en 1529, le costó, segun él mismo dice, once años de trabajo[28]; y no solamente fué varias veces impreso, sino traducido al latin, italiano, francés é inglés, en cuyas dos últimas lenguas fué varias veces reimpreso antes de finalizar el siglo XVI[29]. Es el *Relox de príncipes* una especie de novela fundada en la vida y carácter de Marco Aurelio, algo semejante en la forma á la *Cyropædia* de Xenofonte, y su objeto el presentar al emperador Cárlos V el modelo de un príncipe mas perfecto en virtudes y sabiduría que ninguno de los de la antigüedad. Pero el obispo de Mondoñedo fué mas allá de lo justo, pretendiendo que su *Vida de Marco Aurelio* era historia pura, y refiriéndose á un códice de Florencia que no existió jamás, y que dijo haber traducido; de cuyas resultas un catedrático de humanidades del colegio de Soria, llamado Pedro de Rua, le dirigió en 1540 una carta, descubriendo y denunciando el fraude cometido. Siguiéronla de cerca otras dos cartas, escritas con mucha mas soltura y pureza de estilo de la que se advierte en las obras del Obispo: de manera que no le quedó á este rama á que asirse[30]. Defendióse, em-

[28] Véase el argumento á su «Década de los Césares».

[29] Watt, en su «Bibliotheca Britannica», y Brunet, en su «Manuel du Libraire», traen listas muy curiosas de las diferentes ediciones y traducciones de Guevara, probando así la gran popularidad que sus obras tuvieron en toda Europa. El número de traducciones hechas al francés durante el siglo XVI parece increible. Véase á La Croix du Maine et du Verdier, «Bibliothèques», Paris, 1772, 4.°, t. III, p. 123.

[30] Hay ediciones de las cartas del bachiller Rua, de Búrgos, 1549, 4.°, y de Madrid, 1736, 4.°; y además su Vida, escrita por Bayle, «Dict. Historique», t. IV., p. 95. Las cartas de Rua ó Rhua, como algunas veces se halla escrito su nombre, tienen buen estilo, aunque en general su espíritu crítico es

pero, lo mejor que pudo: al principio con cierta cautela, y mas tarde, cuando se vió atacado de cerca, con la ridícula pretension de que la antigua historia profana no era en general mas verídica que su *Marco Aurelio*, y que tanto derecho tenia él para inventar como tuvieron Herodoto y Tito Livio. Desde este momento los ataques fueron mas recios y mas generales, mas aun de lo que lo hubieran sido á no estar frescas y recientes las descaradas imposturas de Annio de Viterbo. Pero sea de esto lo que fuere, las críticas que por todas partes llovieron sobre su obra contrastan singularmente con el general aplauso que un libro semejante, escrito por Thomas al mismo asunto, obtuvo en Francia á fines del siglo XVIII[31].

Después de todo, el *Relox de príncipes* no merece ni con mucho la fama que tuvo: lleno todo él de epístolas y arengas mal concebidas é inoportunas, está escrito en estilo ampuloso y ridículamente afectado. Quizá el único mérito que hoy tiene á nuestros ojos es el haber dado márgen y ocasion para la bellísima fábula de *El rústico del Danubio*, tomada por Lafontaine de una de las arengas con que el obispo Guevara trató de dar vida y realidad á su ficcion[32].

del siglo y país en que se escribieron. La corta réplica de Guevara que sigue á una de las cartas de Rua, le hace á aquel muy poco favor.

31 Nicolás Antonio, en el artículo Guevara (Bibl. Nova., t. I, p. 115.), le trata muy severamente, no tanto sin embargo como Bayle (Dic. Hist., t. II, p. 631), quien siempre se complace en señalar los defectos de aquellos autores que pertenecian al estado eclesiástico. Hay ediciones del «Relox de Príncipes» de 1529, 1532, 1537, etc.

32 La Fontaine, «Fables», lib. XI, fab. 7, y Guevara, «Relox de Príncipes», lib. III, cap. 3. La Orenga que el obispo español, verdadero inventor de esta agradable patraña, pone en boca de su rústico de Germania, es algo larga, pero fué muy popular en su tiempo y después. Tirso de Molina pinta á un villano que se acercaba á Jérjes, en una de sus comedias, imitando la misma idea. (Véanse los «Cigarrales de Toledo», Madrid, 1624, 4.°, p. 102.)

La Fontaine no se cuidó mucho del

En el mismo espíritu, aunque con menos osadía, escribió Guevara su *Década de los Césares*, que, como el *Relox de príncipes*, dedicó á Cárlos V. En esta obra siguió generalmente á los autores que cita, como son Dion Cassio y los historiadores menores del Lacio; manifestando al propio tiempo una intencion marcada de imitar á Plutarco y Suetonio, á quienes se propuso tomar por modelos; pero aun así y con todo, no pudo resistir á la tentacion de insertar fingidas cartas y fabulosas aventuras, falseando de esta manera, no solo la historia, sino tambien los caractéres de algunos de los personajes que retrata. El estilo, sin embargo, aunque falto de pureza y oportunidad, es mejor y mas propio que el de su novela de *Marco Aurelio*[33].

Los mismos defectos se observan en una coleccion de cartas impresas por él en 1539, muchas de las cuales están dirigidas á personas de alta consideracion y elevado rango que vivieron en su tiempo, como el marqués de Pescara, el duque de Alba, D. Iñigo de Velasco, condestable de Castilla, y el gran almirante D. Fadrique Enriquez; si bien otras, como la de Juan Padilla, cabeza de los comuneros castellanos, y dos, algo libres y desvergonzadas, al gobernador Luis Bravo, que se habia neciamente enamorado de una jóven, á pesar de ser ya viejo, es probable que no se entregaron nunca á las per-

original español ni de su popularidad, tomando su lindísimo asunto de la traduccion de Guevara hecha por un francés que en 1526 acompañó á Madrid al cardenal de Grammont, cuando fué á tratar del rescate y libertad de Francisco I.

[33] La «Década de los Césares» y demás tratados de Guevara citados en el texto, exceptuando sus epístolas, se hallarán en la edicion de sus obras hecha en Valladolid en 1539. El ejemplar de mi uso es de Valladolid, 1545, folio, letra de Tórtis, doscientas catorce hojas.

sonas á quienes van dirigidas. Otras son pura ficcion, como la correspondencia del emperador Trajano con Plutarco y el senado de Roma, que Guevara asegura haber traducido del griego, aunque sin decir dónde halló los originales[34]; y una larguísima epístola en que trata de Laïs y otras cortesanas de la antigüedad, y refiere sus conversaciones como si se hubiera hallado presente á ellas. La mayor parte de las cartas, si bien denominadas *Epístolas familiares*, no son mas que disertaciones académicas, y otras verdaderos sermones anunciando la ocasion y tiempo en que fueron predicados. Ninguna tiene el aire fácil y natural de una verdadera correspondencia. Lo cierto es que todas, á no dudarlo, fueron preparadas para ser publicadas y producir efecto; y fueron muy admiradas y leidas, á pesar de su severidad y artificio. Impresas varias veces en España, fueron luego trasladadas á los principales idiomas de Europa, y designadas con el título de *Las epístolas de oro*, como para manifestar el grande aprecio que de ellas se hacia. Mas á pesar de su éxito favorable en un principio, solo unos pocos trozos relativos á la historia del tiempo, á la vida del Emperador, pueden hoy dia leerse con interés y sin fastidio[35].

Además de las obras arriba citadas, Guevara escri-

[34] Estas mismas cartas, sin embargo, se juzgaron dignas de ser traducidas al inglés por Sir Geoffrey Fenton, y se hallarán en una curiosa coleccion tomada de varios autores, y publicada en Lóndres, 1575, 4.°, con el título de «Golden epistles», ó las «Epístolas de oro». Un año antes, 1574, Edward Hellowes habia traducido al inglés todas las epístolas familiares de Guevara, y en 1675 salió á luz otra version nueva de ellas por Savage.

[35] «Epístolas familiares de D. Antonio Guevara», Madrid, 1673, 4.°, p. 12. Cervantes, en el prólogo á la primera parte de su «Don Quijote», ataca, aunque de paso, al Obispo por lo que dice de la cortesana Laïs.

bió otros varios tratados, dos de los cuales son estrictamente teológicos[36]; otro trata de *La aguja de marear y de sus inventores*, asunto que pareceria ajeno de un obispo, pero que, segun él mismo dice, le era familiar y conocido, habiendo navegado mucho y visitado varios puertos del Mediterráneo[37]. Los otros dos tratados se intitulan: *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, y *Aviso de privados y doctrina de cortesanos*: son discursos morales, imitando el *Cortesano* de Castiglione, libro que gozaba á la sazon de mùcha popularidad; y están escritos en estilo amanerado y altamente pulido, que tiene la misma relacion con la verdad y la sabiduría que las pastorales de Arcadia tienen con la naturaleza[38], á quien pretenden imitar.

Todo lo que Guevara escribió lleva impreso el sello de su época, y revela su posicion en la corte de Cárlos V. Aunque atestadas de erudicion, á veces inoportuna é indigesta, sus obras dan á conocer que no le faltaba experiencia en las cosas del mundo; resaltando en ellas muy á menudo la razon y el buen criterio, si bien el tono de autoridad en que casi siempre habla, y las muchas flores retóricas con que creyó deber exornar su narracion, las hacen por lo comun monótonas y fastidiosas en demasía. Así y con todo, las obras de Gueva-

[36] Uno de estos tratados devotos se intitula «Monte Calvario», 1542, y se tradujo al inglés en 1595; el otro, «Oratorio de religiosos», y es una serie de piadosas exhortaciones, ó sea homilías, con un texto al frente de cada una. La primera de estas dos obras está mandada expurgar por el «Indice de 1667» (p. 67), y ambas están incluidas en el de 1790.

[37] Tambien traducido por Hellowes é impreso en 1578, (Sir E. Brydges, «Censura Literaria», t. III, p. 210.) Aunque el asunto es poco ameno, Guevara lo trata con ligereza y en estilo mas suelto que en otras de sus obras.

[38] Tradujéronse ambos al inglés, el primero por Sir Francis Briant, en 1548. (Ame. Typog. Antig., Lóndres, 1810, t. III, p. 460.)

ra son el mejor ejemplo que pueda darse del gusto dominante en la corte del Emperador, principalmente en los últimos veinte años de su reinado.

Pero la mejor obra en prosa didáctica del período que estamos examinando, aunque desconocida y no publicada hasta dos siglos después, es la que se anuncia con el modesto título de *Diálogo de las lenguas*, obra en cualquier tiempo muy recomendable por la natural sencillez de su estilo y pureza de diccion, pero mas aun en una época de escolástica y trabajosa elocuencia. «Escribo, »dice su autor, como hablo; solamente tengo cuydado »de usar vocablos que sinifiquen bien lo que quiero de»zir: y dígolo quanto mas llanamente me es possible; »porque á mi parecer, en ninguna lengua está bien la »afectacion.» Quién fuese el que en este tiempo sustentaba una opinion tan verdadera y al mismo tiempo tan poco comun, no se sabe á ciencia cierta: es probable fuese Juan de Valdés, persona doblemente notable por haber sido el primer español que abrazó las doctrinas de la iglesia reformada, y el primero tambien que hizo esfuerzos por llevarlas á su patria. Educóse en la universidad de Alcalá, y durante algun tiempo tuvo cierta importancia política, puesto que anduvo en la corte del Emperador y fué secretario de D. García de Toledo, virey de Nápoles. Ignoramos qué suerte tuvo mas tarde; pero parece murió en 1540, seis años antes que Cárlos V intentase establecer la Inquisicion en aquel reino, y por lo tanto es de creer que no fué molestado por ella mientras ocupó dicho empleo[39].

[39] Llorente (Hist. de l'Inquisition, t. II, pp. 281 y 478) se equivoca algunas veces al tratar de Valdés. Véase lo que dice el Mc-Cries en su «His-

El diálogo es entre dos españoles y dos italianos, en una casa de campo situada cerca de Nápoles y á orillas del mar, y su asunto una disertacion muy ingeniosa sobre el orígen y propiedades del idioma castellano. Hay en él trozos de mucha erudicion, pero en estos el autor se equivoca algunas veces[40]; otros hay entretenidos y agradables, y en casi todos reina el criterio y la sana razon. El principal interlocutor, el que lleva, por decirlo así, el peso de la discusion, proponiendo las cuestiones y explanándolas, se llama Valdés; circunstancia que, unida á ciertas leves alusiones en el cuerpo mismo del diálogo, hacen presumir sea obra del reformista español, y escrita ántes del año 1536[41]; hecho que, una vez establecido, explica suficientemente por qué el *Diálogo de las lenguas* se prohibió como obra de un luterano. Sea de esto lo que fuere, el Diálogo no se imprimió hasta el año 1737, y por lo tanto, como muestra de estilo puro y castizo, ninguna influencia tuvo en la época en que se escribió[42].

toria de la reforma en Italia (Edimburgo, 1827, pp. 106 y 121), y en la «Historia id. de España» (Edimburgo, 1829, pp. 140-6). Algunos han supuesto que Valdés fué unitario, pero Mc-Cries lo niega.

[40] Su principal error consiste en creer que la lengua griega se habló antiguamente en toda la península ibérica, y fué la base de un idioma general en toda España antes de la venida de los romanos.

[41] Los indicios que hacen suponer ser obra suya son: que el Valdés del diálogo habia estado en Roma; que era persona importante y de autoridad, y que habia vivido en Nápoles y en otras ciudades de Italia. Habla de Garcilaso de la Vega como si viviera aun, y este célebre poeta murió, como es sabido, en 1536. Llorente, en el lugar arriba citado, llama á Valdés autor del «Diálogo de las lenguas», y Clemencin, autoridad mas respetable aun para nosotros, dice lo mismo en sus notas al «Quijote» (t. IV, p. 285), aunque en otras muchas partes habla de la obra como si su autor no fuera conocido.

[42] El «Diálogo de las lenguas» no se imprimió hasta el año de 1737, que Mayans y Siscar lo incluyó en sus «Orígenes de la lengua española»; siendo sin disputa lo mejor que hay en toda la coleccion. Es probable que el manuscrito permaneció oculto, por ser obra de un hereje; aunque Mayans asegura que perteneció al cronista Zurita y que fué comprado para la Biblioteca Real, siendo él bibliote-

Para nosotros es un monumento muy importante, puesto que manifiesta con mas claridad que ninguna otra produccion literaria de su tiempo, cuál era el estado de la lengua castellana en el reinado de Cárlos V; circunstancia muy principal para la historia de la literatura, y que como tal no puede menos de interesarnos.

Como era de esperar, al volver la vista atrás hallamos que el idioma escrito hizo grandes progresos en España desde el tiempo de D. Juan II, en que le dejamos. El ejemplo de Juan de Mena fué seguido por otros poetas, y el vocabulario castellano se aumentó, en poco menos de un siglo, con infinitas voces tomadas de las lenguas de la clásica antigüedad. Tambien se enriqueció por otros conductos : la América y su comercio le proporcionaron los nombres de varias drogas, plantas y objetos que medio siglo de comunicacion y libre cambio hizo usuales y comunes en España[43]; de Alemania y los Países-Bajos le vinieron aun en mayor número, de resultas de la sucesion al trono del emperador Cárlos V[44], quien con gran sentimiento y disgusto de sus súbditos españoles, llegó á la Península rodeado de cortesanos extranjeros y hablando mal el idioma de la tierra que venia á gobernar[45]. Tambien se introdujeron accidentalmente de Francia algunas palabras, aunque pocas, y

cario mayor, en 1736. El manuscrito estaba falto de una hoja, que Mayans no pudo suplir; y aunque parece era de opinion que debia atribuirse á Valdés, evita el decirlo, quizá por no llamar sobre el libro la atencion de los inquisidores. (Orígenes, t. I, páginas 173-80.) Iriarte, en su aprobacion de la obra entera, trata del «Diálogo» como si fuera obra de autor desconocido.

43 Mayans y Siscar, «Orígenes», t. I, p. 97.

44 Ibidem, p. 98.

45 Dice Sandoval que en su primera venida á España Cárlos V no fué bien recibido, porque no sabiendo hablar castellano, tenia poca ó ninguna comunicacion con sus súbditos: «era, añade, lo mismo que si no pudieran hablar con él.» (Historia, Amberes, 1681, fol., t. I, p. 141.)

mas tarde, en el reinado de Felipe II, el vocabulario recibió un grande aumento, el mayor quizá que tuvo desde el tiempo de los árabes, debido á la íntima comunicacion de Italia con España y á la influencia siempre creciente de la literatura y civilizacion de aquella region[46].

Debemos pues considerar el idioma castellano en la época á que aludimos, no solamente como hecho y formado ya, sino como habiendo alcanzado todo el vigor, robustez y peculiar índole que le distinguen. En efecto, mas de medio siglo hacia ya que se cultivaba con esmero : Alonso de Palencia, por mucho tiempo embajador de Enrique IV y su cronista, publicó en 1490 un diccionario latino y castellano, el mas antiguo que se conozca con vocabulario castellano[47]. Dos años mas tarde Antonio de Lebrija publicaba su gramática castellana, después de haber compuesto en latin su gramática latina y haberla traducido al castellano, segun él mismo manifiesta, para uso de las damas de la corte[48]. En 1492 salió á luz un diccionario español, primero en su género, y obra del mismo Antonio de Lebrija, y en 1499 el vocabulario eclesiástico de Santaella : obras ambas muy consultadas y que se imprimieron después varias ve-

[46] Mayans y Siscar, «Orígenes», t. II, pp. 127-133. El autor del «Diálogo» cita muchas voces tomadas del italiano, como son : *discurso*, *facilitar*, *fantasía*, *novela*, etc., que después han sido adoptadas y están sancionadas por la Academia de la lengua. Diego de Mendoza, aunque partidario de la escuela italiana en cuanto al verso, condena el uso de la palabra *centinela*, como un italianismo innecesario, aunque no tardó mucho en ser admitida. (Guerra de Granada, edicion 1776, lib. III, p. 176.) Mas tarde Luis Velez de Guevara, en su «Diablo Cojuelo», tranco 10, niega el derecho de ciudadanía á *fulgor*, *purpurear*, *pompa*, y otras voces que hoy dia se consideran como de buen uso.

[47] Mendez, «Typog.», p. 175. Antonio, «Bibl. Nov.», t. II, p. 333.

[48] Mendez, « Typog. », pp. 239-242. Quien quiera saber lo que Antonio de Lebrija hizo por la lengua castellana, lea el «Specimen Bibliothecæ hispano-mayansianæ ex museo D. Clementis», Hannoveriæ, 1753, 4.°, páginas 4-39.

ces[49]. Todos estos trabajos, tan importantes para la consolidacion y fijeza de la lengua castellana, y tan bien hechos, que no fueron reproducidos ni imitados hasta mas de un siglo después[50], fueron debidos en gran parte á la proteccion y amparo de la reina D.ª Isabel, quien, en este como en otros muchos ramos, dió hartas pruebas de su sagacidad en materias de gobierno, y de su preferencia por todo aquello que podia promover la cultura intelectual de sus vasallos[51].

La lengua así formada se extendia rápidamente por el reino, desalojando por do quiera los dialectos provinciales, de los cuales algunos, tan antiguos como ella, parecian en cierto tiempo destinados á sobrepujar*la* en cultura y uso general. El antiguo gallego, lengua materna de Alonso el Sabio, y de la que se sirvió alguna vez en sus escritos, era solo conocida como lengua sabia en Portugal, donde llegó á ser independiente y diversa del tronco comun, hasta el punto de negar casi su orígen. El valenciano y catalan, esos dialectos de la raza provenzal, unidos por el mas estrecho parentesco, y cuya influencia en el siglo XIII se dejó sentir en toda la Península, tan solo conservaban en el período á que nos referimos una muy pequeña parte de su antiguo predominio, y eso en la costa oriental del Mediterráneo. Solo el vizcaino, tan tenaz é inmutable como las escarpadas rocas en que se abriga, mantenia aun el carácter individual que le distingue y separa de los demás dia-

[49] Mendez, pp. 241 y 242, y Nicolas Antonio, «Bib. Nov.», t. III, página 208.

[50] La gramatica de Juan de Navidad, 1567, no es una excepcion, puesto que fué compuesta para enseñar el castellano a los italianos.

[51] Clemencin, «Elogio de la reina Isabel» en las «Memorias de la real Academia de la Historia», t. VI, p. 472.

lectos, y que tuvo siempre desde los primeros reflejos de la tradicion histórica; carácter que hasta cierto punto se ha conservado siempre el mismo hasta nuestros dias.

Pero aunque el idioma castellano, avanzando rápidamente por la Península, y protegido por la accion del Gobierno, que en aquellos tiempos se servia exclusivamente de él, era oido y reconocido en todo el ámbito de la monarquía, del estado y del poder político, no era de esperar que las costumbres locales y los hábitos de cuatro siglos se borrasen repentinamente: el gallego, el valenciano y el catalan siguieron siendo lenguas vivas durante el reinado de Carlos V, y se hablan aun hoy dia por la masa del pueblo en sus respectivas localidades, y hasta cierto punto por las clases mas elevadas de la sociedad. Hasta la misma Andalucía y el Aragon no se han emancipado aun completamente de sus primitivos idiomas, y de la misma manera, cada una de las grandes divisiones de la Península, de las cuales fueron algunas en otro tiempo reinos independientes, conservan todavía, como sucede en Extremadura y la Mancha, ciertas peculiaridades de fraseología y pronunciacion[52].

Solo Castilla, y con especialidad Castilla la Vieja, reclama como un derecho hereditario desde principios del siglo XV la prerogativa de hablar el puro castellano. Es verdad que Villalobos, que fué siempre un adulador del poder real, insistia en que dicha prerogativa siguió siempre al soberano y á su corte, donde quiera que esta se fijó[53];

[52] Es notable que el autor del «Diálogo de las lenguas» (p. 31), que escribia por los años de 1535; Mayans (Orígenes, t. I, p. 8), que lo hacía en 1737, y Sarmiento (Memorias, p. 94), hácia 1790, manifiesten la misma opinion relativamente al genio de la lengua castellana y á los varios dialectos conocidos en España.

[53] «De las fiebres interpoladas», metro 1.—«Obras», 1543, fol., 27.

pero la opinion mas general y aceptable es que las formas mas castizas del idioma han de buscarse en la imperial Toledo, como algunos la llaman, ciudad doblemente favorecida por haber sido capital y corte de los reyes godos antes de la invasion sarracena, y cabeza de la España eclesiástica desde el momento de su restauracion[54]. Han dicho algunos que la supremacía de esta venerable ciudad en pureza de dialecto fué tan reconocida desde el momento en que el castellano llegó á ser la lengua oficial, en el siglo III, que Alfonso el Sabio, en unas cortes allí celebradas, dispuso que cualquiera disputa sobre el sentido de una palabra se decidiese por el uso de Toledo[55]. Mas sea de esto lo que fuere, no cabe duda de que desde los tiempos de Cárlos V hasta nuestros dias el castellano de Toledo y su provincia ha sido siempre considerado como la forma mas normal y correcta del antiguo idioma, y que desde dicho período acá el habla castellana, después de haber establecido su supremacía sobre los demás dialectos de la Península, ha sido mirada y reconocida como la lengua de la poesía clásica y de la prosa.

[54] Véase a Mariana en el capitulo de las glorias de Toledo, «Historia», libro 16, cap 15, y en otros lugares de su obra. El docto jesuita era natural del reino de Toledo, y habla á menudo con jactancia de las excelencias de aquella ciudad. Cervantes, en su «Don Quijote» (part. II, cap. 9), da á entender que el castellano de Toledo era considerado en su tiempo como el mas puro de todos : lo mismo sucede hoy dia.

[55] «Así mismo ordenó en las mis»mas Cortes el mismo Rey D. Alonso »décimo que si de allí adelante en al»guna parte de su reyno huviesse dife»rencia en el entendimiento de algun »vocablo castellano [antiguo, que re»curriessen con él á esta ciudad, co»mo á metro de la lengua castellana : y »que passassen por el entendimiento y »declaracion que al tal vocablo aquí »se le diesse, por tener en ella nuestra »lengua mas perfeccion que en otra »parte.» (Pisa, «Descripcion de Toledo», 1605, fol., libro 1, cap. 36, fol. 36) Las cortes en que D. Alfonso el Sabio dió este ordenamiento, se celebraron en Toledo en 1253, año en que la Crónica de dicho rey (Valladolid, 1554, fol., capitulo 2) señala su permanencia en la expresada ciudad.



## CAPITULO VI.

**Transicion del período de las crónicas al de la historia. — Cárlos V. — Guevara. — Ocampo. — Sepúlveda. — Mejía. — Relaciones del Nuevo Mundo. — Cortés. — Gómara. — Bernal Diaz del Castillo. — Oviedo. — Las Casas. — Cabeza de Vaca. — Jerez. — Zárate.**

Al comenzar el siglo xvi se ve claramente que el tiempo de las crónicas habia ya pasado en España ; sin embargo, el decoro y esplendor de la monarquía exigian que la autoridad real mantuviese en este, como en otros puntos, las formas oficiales de los antiguos tiempos. Así pues, Cárlos V nombró para el empleo de cronista varios sugetos de consideracion y ciencia, como si desease atenuar su excesiva ambicion y sed de conquista por medio de sus disposiciones para trasmitir á la posteridad las glorias y triunfo de su reinado. Pero la sombra del reloj solar no podia retroceder al mandato del Monarca : el mayor rey de su siglo pudo muy bien nombrar cronistas, pero no inspirarles el gusto y espíritu de los pasados tiempos. Las crónicas que mandó escribir no se empezaron nunca, ó si se empezaron, no se concluyeron. Antonio de Guevara, una de las personas á quienes se encomendó dicho cargo, parece haber sido sumamente escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes, tanto, que en su testamento mandó devolver al Emperador el sueldo de un año que no habia trabajado en sus tareas oficiales.

No se crea por esto que Guevara salió adelante con su empresa [1]: lo que dejó escrito no pareció á sus contemporáneos digno de ver la luz pública, y es probable que la generacion presente tampoco lo hubiera juzgado favorablemente, á no haber mostrado mayor respeto por la verdad histórica, y mejor estilo del que se descubre en sus disertaciones sobre la vida y hechos del emperador Marco Aurelio [2].

Florian de Ocampo, otro de los cronistas mas distinguidos de este tiempo, dió pruebas de mayor ambicion en el plan que se propuso, habiendo empezado su historia de Cárlos V desde los tiempos del diluvio universal. Como era de suponer, Ocampo no vivió lo bastante para llevar á cabo su colosal empresa, habiendo tan solo dejado escritos los cuatro primeros libros de la primera parte, de las cuatro que debian componer toda la obra [3]. Pero fué esto lo muy bastante para darnos á conocer cuán completamente era pasado el tiempo de tales escritos [4]; no porque á Ocampo le faltase la credulidad de sus predecesores, pues la tuvo, y muy pronunciada; mas no era la credulidad poética de los antiguos cronistas y su fe en las tradiciones nacionales, sino una fe ciega en las absurdas ficciones y fabulosos escritos atribuidos á

[1] Nicolás Antonio, «Bib. Nov», t. I, p. 127, y el prólogo á las «Epístolas familiares» de Guevara, de la edicion de 1673.

[2] Véase el denigrante artículo *Guevara* en el «Diccionario filosófico» de Bayle.

[3] La mejor biografía de Ocampo se hallará en la «Biblioteca de los escritores que han sido individuos de los seis colegios mayores», por D. José de Rezabal y Ugarte, pp. 233-8; tambien hay otra al frente de la impresion de su Crónica hecha en 1791.

[4] La primera edicion de los primeros cuatro libros de la «Crónica general» de Florian de Ocampo, se hizo en Zamora, año de 1544, en folio y letra de Tórtis. Reimprimióse despues en Medina del Campo, 1553, folio, con la continuacion de Ambrosio de Morales. La mejor, segun presumo, es la de Madrid, 1791, dos tomos en cuarto.

Beroso y á Manethon[5], desechados y condenados desde su aparicion en el mundo literario, medio siglo antes, y de los que Ocampo se sirvió como si fueran la única relacion probable, ya que no suficiente, de una serie no interrumpida de reyes españoles, descendientes de Tubal, el nieto de Noé. Una credulidad semejante no tiene ningun atractivo; además, la obra de Ocampo en su estructura es fria y absurda, y estando, como está, escrita en estilo magistral y pesado, es casi imposible el leerla. Murió Ocampo en 1555, el mismo año en que Cárlos V abdicó el imperio, sin que sea de sentir que su historia no pasase del tiempo de los Escipiones.

Tambien Juan Ginés de Sepúlveda y Pero Mejía recibieron del Emperador el encargo especial de escribir los sucesos de su reinado[6]; pero sus historias no llegaron á ver la luz pública, si bien la de Mejía[7], escrita, á lo que parece, poco antes de su muerte[8], acaecida en 1552, llegaba hasta la coronacion del Emperador en Bolonia. Otra historia mas extensa del mismo autor, que contiene las vidas de todos los emperadores romanos,

[5] Quien quiera saber algo acerca de estas miserables imposturas, consulte á Niceron (Hommes illustres, Paris, 1730, t. XI, pp. 1-2, y tomo XX, pp. 1-6). En cuanto á la candidez y simplicidad de Ocampo, no hay mas que leer el último capítulo del primer libro y todos aquellos lugares en que cita á Juan de Viterbo y á *su Beroso*.

[6] Pero Mejía en los últimos renglones de su «Historia imperial y cesárea».

[7] Capmany, «Elocuencia española», t. II, p. 295.

[8] Digo «á lo que parece», por cuanto en su «Historia imperial y cesárea» declara, al tratar de las hazañas de Cárlos V, que seria presuncion suya el intentar referirlas. Esto sucedia en 1545; hasta 1548 no fué nombrado cronista.

Desde el tiempo de Cárlos V parece haber habido en España, no solo cronistas de los varios reinos, sino tambien cronistas particulares del soberano. Así es que el Emperador tuvo á Florian de Ocampo y á Garibay para lo primero, y á Guevara, Sepúlveda y Mejía para lo segundo. Dormen, en sus «Progresos» (lib. 2, cap. 2), cita tambien á Lorenzo Padilla, arcediano de Málaga, en el número de los cronistas de Cárlos V; y en efecto no es fácil determinar cuántos y cuáles disfrutaron por aquel tiempo de tan honroso título.

desde Julio César hasta Maximiliano de Austria, el abuelo y predecesor de Cárlos V, fué muchas veces impresa, y anunciada como la introduccion á su crónica, la cual, no obstante sus muchos defectos é imperfecciones de estilo, revela que el objeto de su autor fué escribir una historia auténtica y bien meditada de aquel reinado, puesto que cita á cada paso los autores que consultó [9].

Obras de esta especie prueban suficientemente que tocamos ya al término y período del antiguo estilo de escribir crónicas, y que de aquí en adelante debemos presentir el aparecimiento en la literatura española de una historia ya mas regular en sus formas. Pero antes de llegar á dicho período, bueno será que digamos algo de ciertas historias y relaciones del Nuevo Mundo, que durante el reinado de Cárlos V fueron de mas importancia que las escasas crónicas que acabamos de mencionar, relativas al imperio español en Europa. Porque tan luego como los aventureros guiados por Cristóbal Colon pusieron el pié en la costa occidental de la América, hallamos ya relaciones mas ó menos detalladas y extensas de sus descubrimientos y conquistas; algunas escritas con fuego y vigor y con buen gusto; otras poco recomendables por su estilo; pero casi todas interesantes por su asunto y los materiales de que se componen, ya que no por otra cosa.

En el primer término de este interesante grupo, y la mas brillante quizá de sus figuras, aparece Hernan Cortés, llamado por antonomasia «el Conquistador».

[9] La edicion principe es de Sevilla, 1545, folio, letra de Tórtis; la que yo uso es de Amberes, 1561, tambien en folio. Quizá la mejor biografía de Pero Mejía es la que se halla en la «Biographie universelle».

Hijo de padres nobles, fué educado con solicitud y cuidado, aunque su genio indómito le hizo salir de Salamanca antes de haber concluido sus estudios, y le llevó al Nuevo Mundo en 1504, cuando apenas contaba diez y nueve años [10]; con todo, la primera educacion de su juventud, infinitamente superior á la de los demás aventureros americanos, se echa de ver en las extensas relaciones y cartas, publicadas las unas, inéditas las otras, que salieron de su pluma. De estas, la mas importante y singular es sin duda alguna la coleccion de relaciones enviadas al Emperador sobre los asuntos de Méjico; la primera de las cuales, que debió ser la mas curiosa de todas, y llevaba la fecha de 1519, parece haberse perdido; y la última, escrita, segun todas las probabilidades, en 1527, no ha visto nunca la luz pública [11]. Las cuatro que se conservan están escritas con maestría, y al propio tiempo con tal claridad y buen gusto, que alguna vez, aunque rara, nos traen á la memoria las *Relacio-*

[10] Cortés salió de Salamanca dos ó tres años antes de pasar al Nuevo Mundo; pero el anciano Bernal Diaz, que le conocia bien, dice: «era latino »y oy dezir que era bachiller en Le»yes, y quando hablaua con letrados »y hombres latinos, respondia á lo »que dezian en latin. Era algo poeta, »hazia coplas en metros y en prosa», etc., fol. 238 vuelto.

Seria por cierto curioso el leer algunas de las poesías compuestas por Cortés, y sobre todo las que el viejo cronista en su sencillez llama «coplas en prosa». Cortés, sin embargo, gustó siempre de la conversacion y trato de los hombres de letras. En su casa en Madrid, á poco de haber vuelto de las Indias, se celebró una de aquellas *academias* que á imitacion de las italianas comenzaron entonces á usarse en España. Véase lo que ya dijimos acerca de esto en la p. 94.

[11] Las «Relaciones» de Cortés que han sido impresas se hallarán en Barcia. (Historiadores primitivos de las Indias Occidentales, Mad., 1749, tres tomos folio.) Coleccion publicada después de la muerte de su autor, y muy mal ordenada. Fué Barcia un literato distinguido, de bastante erudicion, y uno de los fundadores de la Academia Española. Segun Baena (Hijos de Madrid, t. I, p. 106), murió en 1743. La última de las «Relaciones» de Cortés, que, segun ya dije, no ha sido nunca impresa, y sus «Cartas», tambien inéditas, me han sido comunicadas por mi amigo Mr. Prescott, que tan buen uso ha hecho de ellas en su «Historia de la conquista de Méjico».

*nes* de Maquiavelo, y otras los *Comentarios de Julio César*. Sus cartas, por otra parte, están de vez en cuando mas exornadas : en una de ellas, aun inédita, escrita por los años de 1553, época en que su fortuna iba á menos, y en la que enumera sus muchos servicios y las injusticias de que es víctima, se recrea en decirle al Emperador que «conserva dos cartas de S. M., como si fueran sagradas »reliquias», y añade «que los favores de S. M. para con »él habian sido demasiado grandes para vaso tan peque-»ño»; expresiones graciosas y cortesanas, que no se hallan ya en los escritos de sus últimos años, cuando, escarmentado y disgustado de los negocios y de la corte, se retiraba á una soledad, donde murió en 1554, sin que fueran parte para consolarle ni su rango ni sus riquezas ni su gloria.

Las maravillosas hazañas de Cortés hallaron un distinguido y fiel cronista en la persona de Francisco Lopez de Gómara [12], el mas antiguo de los verdaderos historiadores del Nuevo Mundo; el cual nació en Sevilla y fué por algun tiempo catedrático de retórica en la universidad de Alcalá. Habiendo pasado los primeros años de su juventud en el gran teatro americano y en medio de los aventureros del Nuevo Mundo, tomó naturalmente tal interés, y adquirió tanto conocimiento de aquellas tierras y de sus moradores, que se decidió á escribir su historia. Las obras que compuso, sin contar alguna que otra de poca monta, son la *Historia de las Indias*, que segun la española usanza comienza con la creacion del mundo y concluye con las glorias de España, aunque principal-

[12] El primero que en realidad mereció el título de tal, dice Muñoz, «Hist. del Nuevo Mundo», 1793, folio, p. XVIII.

mente dedicada á Colon y al descubrimiento y conquista del Perú; y la segunda, su *Crónica de la Nueva España*, la cual no es otra cosa que la *Historia y vida de Hernando Cortés*, con cuyo título, mas propio por cierto que el que le dió su autor, ha sido después reimpresa en Méjico, en 1826, por Bustamante [13]. Como narracion la mas antigua que se conocia de sucesos que pusieron en conmocion á toda la cristiandad, las dos obras de Gómara gozaron en su tiempo de mucha popularidad, habiendo luego sido trasladadas al francés y al italiano.

Pero aunque el estilo de Gómara sea fácil y agradable, no tan solo en la parte narrativa de sus obras, sino tambien en aquellos lugares en que tan detalladamente describe los inmensos recursos de los países nuevamente descubiertos, es preciso confesar que sus escritos no tuvieron en su tiempo grande autoridad. Como secretario de Hernan Cortés, fué inducido en error por los informes que este le dió, ó por los de otras personas que tomaron demasiada parte en los sucesos que describen para haber siempre dicho la verdad [14].

Los errores pues en que incurrió son frecuentes y de mucha monta, como lo hace observar á cada paso con

[13] Estas dos obras de Gómara podrán verse en el tomo II de la coleccion de Barcia. Imprimiéronse por la primera vez en 1553; y aunque, segun Nicolás Antonio (Bibl Nova, t. I, página 437), fué desde luego prohibida su reimpresion y lectura, nada menos que cuatro ediciones de ellas se hicieron antes de concluir aquel siglo.

[14] Por ejemplo, sobre la expedicion de Cortés á Méjico, y el mando que en ella debia llevar, Gómara cuenta en su historia muchas cosas que no son verdad; y no podia esperarse otra cosa de un escritor que, sin haber presenciado los hechos á que se refiere, ni conocido á los mas de los que se hallaron presentes, introdujo en su historia las relaciones que el mismo Cortés le dió; siendo de advertir que cuando este volvió por la última vez á España y fué hecho marqués, hizo á Gómara capellan suyo y le retuvo cerca de su persona. Así lo dice Las Casas, testigo interesado, si se quiere, pero digno de fé y crédito en un hecho acaecido en su tiempo. «Historia de las Indias», part. 3, capítulo 113, MS.

gran celo el veterano Bernal Diaz, que habiendo estado dos veces en el Nuevo Mundo, acompañó á Cortés á Méjico en 1519 [15], y peleó á su lado tan denodadamente y tan á menudo, que muchos años después declaraba no poder dormir con sosiego á no estar cubierto de su armadura [16]. No bien hubo leido la relacion de Gómara, cuando se puso á refutarla con fervor, y en 1558 dió por concluida su tarea [17]. El libro está escrito con mucha vanidad personal, en estilo rudo, y lleno de fastidiosos detalles; pero al propio tiempo rebosa por todas partes la patriótica y honrada nacionalidad de las antiguas crónicas, de tal suerte, que al leerle nos sentimos trasportados á los siglos pasados, y rodeados de una especie de fervor y de fe, que en escritores como Gómara y Cortés conocemos que vamos dejando detrás de nosotros.

Entre los que pasaron á América en los primeros años de su descubrimiento, y nos han dejado noticias importantes de sus propias aventuras y de los sucesos de su tiempo, uno de los mas notables fué Gonzalo Fernandez de Oviedo. Nació en Madrid en 1478 [18], y habiendo sido educado en la corte de Fernando é Isabel como paje del príncipe D. Juan, fué enviado en 1513 á la isla de Santo

[15] Vease la «Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, por el capitan Bernal Diaz del Castillo, uno de los conquistadores». (Madrid, 1632, folio, cap. 211).

[16] Hallose, segun dice, en ciento diez y nueve batallas (fol. 254), lo cual habrá de entenderse refriegas ó escaramuzas de toda clase.

[17] Su obra no se imprimió hasta mucho tiempo despues, y fue dedicada á Felipe IV. Algunos de sus detalles son á cual mas ridículos; en una parte de su obra trae una lista de todos los caballos que fueron á la conquista de Mejico, y alguna que otra vez las cualidades y figura de un brioso corcel se hallan descritas con tanta minuciosidad como las de su jinete.

[18] «Yo naci año de 1478», dice en sus «Quinquagenas», al tratar de Don Pedro Fernandez de Córdoba; y despues en otros varios lugares dice haber sido natural de Madrid. Tambien declara expresamente que se halló en la toma de Granada, y que conoció á Colon en Barcelona, á la vuelta de su primer viaje á America en 1493 (Quinquagenas, MS.)

Domingo con el empleo de veedor de las fundiciones del oro[19], donde, exceptuando algun viaje á España ó á las posesiones americanas, vivió cerca de cuarenta años, ocupado exclusivamente en los negocios del Nuevo Mundo. Desde su mas tierna edad Oviedo parece tuvo aficion á escribir, pues sin contar algunas obras de poca importancia, entre las cuales merecen tan solo citarse las crónicas, sin concluir, de los Reyes Católicos y del emperador Cárlos V, así como una vida del cardenal Jimenez, compuso otras dos muy importantes[20].

La mas notable de ellas es la *Natural y general historia de las Indias*, compuesta de cincuenta libros, de los cuales tan solo los veinte y uno primeros se imprimieron en 1535, y los restantes no han visto aun la luz pública. Ya en 1525, hallándose á la sazon en Toledo, y al ofrecer á Cárlos V un sumario de la historia de la isla Española, expresa el deseo de que su obra grande se imprima; pero del principio del libro 33 y fin del 34 resulta que aun trabajaba en ella en 1547 y 1548; y tambien parece probable, por lo que él mismo dice al terminar el libro 37, que tuvo sin concluir cada una de las grandes divisiones de su obra, y continuó adicionándola hasta el tiempo de su muerte[21].

19 Así se llama él mismo en el proemio á su obra dirigida á Cárlos V en 1525 (Barcia, t. I); y mucho después, en la introduccion al lib. 47 de su «General historia», MS., vuelve á hablar de sí mismo como si tuviese aun dicho empleo.

20 Tengo mis recelos de que al atribuirle D. Nicolás Antonio una Vida por separado del cardenal Jimenez de Cisneros, cometió equivocacion, puesto que la incluida en las «Quinquagenas» es ya sumamente larga. En cuanto á sus crónicas de los Reyes Católicos y de Cárlos V, no hay duda que las escribió, pues que él mismo las cita en su proemio al Emperador. Ambas están inéditas.

21 En su carta al Emperador, inserta al fin de su «Sumario», 1525, la intitula «La general y natural historia de las Indias, que de mi mano tengo escrita»; y en la introduccion al lib. 33 dice así: «En treinta y cuatro años »que há que estoy en estas partes.» En el cap. 9, que es el último del lib. 34,

Oviedo nos dice que fué autorizado por el Emperador para pedir á los diferentes gobernadores de la América española los documentos y noticias que pudiera necesitar para la formacion de su obra [22]; y como por otra parte la division está naturalmente acomodada á la geografía del Nuevo Mundo, parece haber emprendido su vasta tarea con conciencia y discernimiento. Pero los materiales que habia de emplear eran demasiado rudos é informes para ser manejados con soltura, y el asunto demasiado vasto y variado para su capacidad como escritor. Así es que en lugar de buscar la condensacion filosófica, peca, al contrario, por su estilo descosido y vago; y que lejos de ser un compendio, como debiera serlo, su obra es mas bien una relacion difusa y documentada de los inmensos descubrimientos y señaladas conquistas de sus compatriotas en el Nuevo Mundo, así como de los extraños sucesos que allí pasaron; á veces demasiado breve y lacónica para producir verdadero interés, y otras demasiado larga y circunstanciada para la paciencia de sus lectores. Oviedo fué sin disputa hombre de grande erudicion para el tiempo en que vivió, y

hallamos la relacion de un suceso con la fecha de 1548, de suerte que durante estos veinte y tres años trabajó, poco ó mucho, en su grande obra. Al concluir el lib. 37 se expresa en estos términos: «Y esto baste quanto á este breve libro del número treinta y »siete, hasta que el tiempo nos avise »de otras cosas que en él se acrescien»ten;» de donde infiero que mientras vivió tuvo cada libro, ó mas bien cada una de las grandes divisiones de su historia, sin cerrar ó concluir, con el solo fin de ir añadiendo lo que se le ocurriese; y por lo tanto, no es del todo inverosímil que algunos trozos de su obra se escribiesen en 1557.

22 «Demás desto digo que yo ten»go cédulas reales para que los go»vernadores me embien relacion de »lo que tocare á la historia en sus »governaciones, para estas historias.» (Lib. 33, introd., MS.) Sospecho que Oviedo fué el primer cronista autorizado del Nuevo-Mundo; empleo que en un tiempo estuvo mejor retribuido que otro alguno de su clase en todo el reino, y que fué desempeñado mas tarde por Herrera, Tamayo de Vargas, Solis y otros escritores de nota. Cesó, si no estoy equivocado, con la creacion de la real Academia de la Historia.

mantuvo con Ramusio, el cosmógrafo italiano, larga correspondencia, que no pudo menos de ser útil y provechosa para entrambos [23]. Tambien añadirémos que deseaba y se propuso escribir en estilo propio y elocuente, y que lo consiguió alguna vez. En suma, Oviedo compuso una serie de relaciones de los primitivos habitantes, productos naturales, administracion y gobierno de las vastas posesiones y dominios españoles en América hácia mediados del siglo XV, que puede ser considerada como un vasto arsenal de hechos y noticias importantísimas, y no deja de tener cierto mérito como composicion literaria [24].

La otra obra importante de Oviedo, fruto de su vejez, está consagrada á recuerdos agradables de su país natal y de las personas de distincion á quienes conoció y trató en su juventud. Intitúlase *Las Quinquagenas*, y consiste en una serie de diálogos, en los que con muy poco método y órden refiere interesantes anécdotas y pormenores de las principales familias que figuraron en España

[23] Así lo manifiesta en el lib. 38 de su «General y natural historia de las Indias».

[24] Como muestra de su estilo, copiarémos la siguiente noticia de Almagro, uno de los conquistadores del Perú, á quien los Pizarros quitaron la vida, después de haberse apoderado del mando de aquellas regiones: «Pues »oyd, ó leed todos los autores que qui»sieredes, e cotejad todo lo que todos »han dado, uno á uno (que Reyes no »ayan seydo), e verés como este ombre »no tuvo par en lo que es dicho, ni ha»llarés quien se le compare, como di»go, no seyendo príncipe; porque los »Reyes saben e pueden dar, quando »les plaze, cibdades e estados e seño»rios, e otras cosas grandes: pero un »ombre que le vimos ayer pobre, e »quanto tenia era muy poco, bastarle »el ánimo ó lo que tengo dicho, tén»golo en tanto, que no sé cosa seme»jante en nuestros tiempos ni otros »que se le yguale. Por cierto yo vi »quando Pizarro, su compañero, vino »de España, e truxo aquella compañia »á Panama de aquellos trezientos on»bres, que si Almagro no los acojera »e ospedara con tanta liberalidad e »obra, segun la tierra estava enferma »e falta de mantenimientos, que la ha»nega del mahiz valia dos ó tres pe»sos, e el arroba del vino seys ó siete »de oro, que pocos ó ninguno de ellos »escapara. A todos era padre y her»mano y compañero, y abrigo y socor»ro de los necesitados.» (General y natural historia de las Indias, lib. 47, MS.) Gran parte de ella, como el trozo arriba inserto, está escrita en el estilo y manera de las antiguas crónicas.

durante el reinado de los Reyes Católicos y del emperador Cárlos V; todo ello mezclado con cuantas reminiscencias pudo suministrarle la memoria de su larga carrera y vida activa, y esto con no pequeña dósis de aquella vanidad candorosa que se deja ver en todos sus escritos. Por lo que él mismo dice en el diálogo del cardenal Jimenez y en otras partes de su obra, parece que trabajaba ya en sus *Quinquagenas* por los años de 1545[25], si bien es cierto que el de 1550 aparece citado mas á menudo entre las fechas de sus conversaciones imaginarias[26]; y hácia el final de la obra declara muy terminantemente haberla acabado el 23 de mayo de 1556, á los setenta y nueve años de su edad. Al siguiente año murió Oviedo en Valladolid.

Pero durante su vida y después de su muerte, Oviedo tuvo un formidable rival, que prosiguiendo casi un mismo curso de investigaciones relativamente á la historia del Nuevo Mundo, llegó casi siempre á resultados enteramente opuestos. Dicho rival fué nada menos que el célebre Bartolomé de las Casas ó Casaus, el apóstol y defensor de los indios americanos, hombre que en cualquier siglo hubiera sido un hombre notable, y que no parece aun haber recogido los honoríficos laureles á que es acreedor. Nació en Sevilla hácia el año de 1474, y habiendo estudiado en Salamanca, se embarcó en 1502

[25] «En este en que estamos de 1545.» (Quinquagenas, MS. Diálogo del cardenal Cisneros.)

[26] En el diálogo de D. Juan de Silva, conde de Cifuentes, dice así: «En »este año en que estamos de 1550;» y en el de Mendoza, duque del Infantado, hace uso de las mismas palabras, como tambien en el de D. Pedro Fernandez de Córdoba. Mi amigo Prescott, á quien debo la copia de las «Quinquagenas», de donde se han sacado estas noticias, trata extensamente de Oviedo y de sus obras en una erudita nota del t. I, p. 112 de su «Historia de los Reyes Católicos».

para las Indias, donde su padre, que fué allí nueve años antes con Colon, habia hecho una regular fortuna.

La atencion del jóven Las Casas se dirigió desde luego á estudiar el carácter y condicion de los naturales; todo debido á la circunstancia de que uno de ellos, que Colon dió á su padre, habia estado en su compañía, en calidad de esclavo, todo el tiempo que cursó en la universidad; no tardó pues, á su llegada á la isla Española, en conocer que los indios, con su condicion naturalmente blanda y constitucion física algo delicada, habian sido sujetados, en las minas y en otros trabajos, á una servidumbre tan dura, que los primitivos habitantes de la isla empezaban á desaparecer ante la severidad y continuidad de los trabajos. Desde este momento Las Casas consagró su vida entera á conseguir su emancipacion. En 1510 se ordenó, y después de algun tiempo fué electo obispo de Chiapa, prosiguiendo durante cerca de cuarenta años la filantrópica tarea de endoctrinar, fortalecer y consolar el afligido rebaño sometido á su pastoral cuidado. Seis veces por lo menos atravesó el Atlántico con el único fin y objeto de obtener del gobierno de Cárlos V que se mejorase la condicion de los indios, y en todas ellas obtuvo concesiones para aquellos infelices. Por último, en el año de 1547, y cuando pasaba ya de los setenta, se estableció en Valladolid, donde pasó el resto de su tranquila y pacífica vejez, enteramente consagrado á promover el filantrópico objeto de toda su vida. Murió en 1566 en Madrid, adonde habia ido para ciertos negocios á la edad avanzada, segun se cree comumente, de noventa y dos años [27].

[27] Hay una excelente Vida de las Casas en Quintana, «Vidas de espa-

Entre los principales opositores á sus miras benéficas, se cuenta á Sepúlveda, uno de los literatos y casuistas mas distinguidos de su tiempo, y á Oviedo, el cual, por su interés en las minas y la parte que tuvo en el gobierno de varias provincias en el continente nuevamente descubierto, era natural y directamente opuesto á aquellas mismas medidas que Las Casas defendia y abogaba. Estos dos escritores, con amplios medios á su disposicion, y gozando además de considerable influencia, escribieron é intrigaron contra él, empleando cuantos recursos y arbitrios estuvieron á su alcance para combatirle; pero no era Las Casas hombre á quien la oposicion á sus ideas hiciera enmudecer, ni que se dejase convencer por los sofísticos argumentos é intrigas palaciegas de sus adversarios; y así es que en una disputa sobre el negocio de los indios, tenida con Sepúlveda en 1519, en presencia del orgulloso Cárlos V, á la sazon jóven de pocos años, dijo: «Porque es cierto, y hablando con todo el »acatamiento y reverencia que se debe á tan alto rey y »señor, que de aquí á aquel rincon no me moviera por »servir á V. M., salva la fidelidad y obediencia que co-

ñoles célebres» (Madrid, 1833, t. III). El párrafo sétimo del apéndice relativo á las gestiones de Las Casas en la cuestion del tráfico de negros es en extremo interesante, pues prueba con documentos cuya autenticidad no se puede poner en duda, que aunque Las Casas en un principio fué partidario del sistema que halló ya establecido, á saber, el trasporte de negros esclavos á las Indias, á fin de aliviar á los naturales del pais (sistema que obtuvo tambien la aprobacion de otros hombres doctos y benévolos de su tiempo), no lo fué sino bajo el concepto de que, conforme al derecho de gentes, los negros eran prisioneros de guerra de los portugueses, y como tales, esclavos. Mas tarde mudó de parecer, declarando «ser tan injusto el cautive»rio de los negros como el de los in»dios»; y llegó hasta expresar el temor de que, habiendo durante cierto tiempo favorecido la importacion de negros esclavos, aunque por ignorancia y movido del bien de los pobres americanos, pudiera muy bien hacérsele responsable ante el tribunal de la justicia divina de una opinion que tanto mal habia causado á la raza africana. (Quintana, t. III, p. 471.)

»mo súbdito le debo, si no pensase y creyese de hacer »á Dios gran servicio»[28]. Y al expresarse de esta manera, no hizo otra cosa mas que publicar la idea constante de toda su vida, única causa del gran poder que llegó á ejercer. Todos sus escritos están llenos de ella. El primero de ellos, intitulado *Brevísima relacion de la destruicion de las Indias*, compuesto en 1542[29], y dedicado al Príncipe, después rey Felipe II, es un tratado en que los padecimientos de los indios y las injusticias de que eran víctimas están, á no dudarlo, muy exagerados por el celo de su autor indignado; pero en el que reina, sin embargo, un fondo de verdad tal y un candor tan fervoroso, que la Europa toda quedó penetrada de los mismos sentimientos que animaban á su autor, y convencida de las injusticias cometidas contra sus clientes. Otros breves tratados siguieron de cerca, escritos con igual vigor y sentimiento, particularmente aquellos en que defiende sus doctrinas, atacadas por el Doctor Sepúlveda; pero ninguno de ellos gozó tanta popularidad ni fué impreso tantas veces en España y fuera de ella como el primero[30], y ninguno de ellos produjo en el

[28] Quintana, «Españoles célebres», t. III, p. 321.

[29] Quintana (p. 413, nota) duda en cuanto á la fecha de este célebre tratado; pero el mismo Las Casas, al principio de su «Brevissima relacion», dice que le escribió en 1542.

[30] Este importante tratado se imprimió muchas veces por separado en España y fuera de ella. El ejemplar que uso es de Venecia, 1643, 8.°, á dos columnas, una en castellano y la otra en italiano; pero, así como los demás tratados, la «Brevissima relacion» puede verse en la edicion que Llorente hizo de las obras de Las Casas (Paris, 1822, dos tomos, 8.°), casi al mismo tiempo que publicó la traduccion francesa. Es de advertir, sin embargo, que la version de Llorente no es tan fiel como debiera serlo, y que los dos nuevos tratados que él atribuye á Las Casas, como tambien el que versa sobre la autoridad de los reyes, no está suficientemente probado que sean suyos.

La traduccion francesa salió á luz en el mismo año, acompañada de la «Apología de Las Casas», por Gregoire, con cartas de Funes y Mier y notas de Llorente, defendiendo á Las Casas en el asunto de la esclavitud; pero Quintana, segun ya vimos, fué derecho á la fuente, consultando y ex-

mundo civilizado un efecto tan señalado é imponente. Todos ellos fueron recogidos é impresos en 1552, y además de las traducciones hechas á varios idiomas por aquel tiempo, Llorente los volvió á imprimir en Paris, en 1822, juntamente con una traduccion al francés, y dos tratados mas no contenidos en la edicion príncipe de Sevilla.

La obra grande de Las Casas, ó sea su *Historia general de las Indias desde el año de 1492 hasta el de 1520*, comenzada en 1527 y concluida en 1561, está aun inédita. Las Casas dispuso en su testamento que ninguna parte de ella, por pequeña que fuese, se publicase hasta los cuarenta años después de su muerte. Así como sus demás obras, presenta señales de notable precipitacion y descuido, y está escrita en estilo inconexo y desaliñado; pero á pesar de dichos defectos y de su celo demasiado fervoroso por la causa de los indios, es en extremo apreciable bajo el punto de vista histórico. El autor conoció y trató á varios de los primeros descubridores y conquistadores, y en cierto tiempo tuvo en su poder los papeles de Colon y gran número de otros documentos importantes, cuya pérdida es de lamentar. Dice que conoció á Cortés «tan pobre y de condicion tan »humilde, que buscaba el favor hasta de los últimos cria»dos de Diego Velazquez», y que le conoció mas tarde en la corte de Cárlos V, cuando lleno de orgullo y confiando en su buena suerte, se reia y mofaba del papel de corsario que hizo en el asunto de Motezuma [31]. Tambien

tractando documentos originales que no dejan duda alguna de que Las Casas en cierta época de su vida fue partidario de la esclavitud, aunque despues se arrepintió y mudó de parecer.

[31] «Todo esto me dixo el mismo »Cortes, con otras cosas cerca dello, »despues de ser marqués en la villa de

conoció á Gómara y á Oviedo, y expone muy detalladamente las razones que tuvo para disentir de ellos. En una palabra, su obra, dividida en tres partes, es un vasto almacen de noticias, en que el cronista Herrera, y despues de él todos los historiadores de las Indias, sin excepcion alguna, han tomado abundantes materiales, y sin el cual la historia de los primeros establecimientos españoles en América no puede, aun en nuestros dias, ser competentemente ilustrada [32].

Pero no necesitamos llevar mas adelante el exámen de las antiguas relaciones del descubrimiento y conquista de la América española, aunque muchas hay que, como las que acabamos de pasar en revista, son parte libros de viajes por países maravillosos, y parte crónicas de aventuras tan extrañas como las de una novela ; muy á menudo llenas de detalles inútiles, pero otras veces escritas con mucho vigor y en estilo fresco y lozano, y casi siempre interesantes y curiosas por los hechos que recuerdan ó las pinturas de usos y costumbres. Entre las que se podrian citar son la relacion del naufragio de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, su cautiverio en la Florida durante diez años, desde 1527 á 1537, y su gobierno del Rio de la Plata [33] por tres años ; la breve relacion del descubrimiento y conquista del Perú, escrita por Fran-

»Monçon, estando alli celebrando cor»tes el Emperador, año de mil qui»nientos y quarenta y dos, riendo y »mofando con estas formales palabras; »á la mi fe andube por alli como un »gentil cosario.» (Historia general de las Indias, lib. 3, cap. 115, MS.) Es digno de notarse que el año de 1542, en que Cortés hablaba de esta manera tan poco decente, Las Casas escribia su «Brevissima relacion».

[32] Quien quiera ver la lista de los escritos que dejó Las Casas, la hallará en Quintana, «Vidas», t. III, páginas 307-310.

[33] Las dos obras de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, á saber, sus «Naufragios» y sus «Comentarios, y sucesos de su gobierno en el Rio de la Plata», se imprimieron por primera vez en 1555, y se hallan tambien en la coleccion de Barcia, t. I.

cisco de Jerez[34], y la mas amplia y extensa de los mismos notables sucesos que Agustin de Zárate empezó allí mismo, y no pudo concluir hasta después de haber vuelto á su patria, por habérselo estorbado uno de los oficiales de Pizarro[35]. Pero todos estos escritos pueden ser pasados por alto, como de menor importancia que los arriba citados, los cuales son mas que suficientes para dar una idea, no solo de su clase y tendencias, sino que tambien del curso que seguian; género de libros muy parecidos á las antiguas crónicas, pero que anuncian ya la aparicion de las formas mas regulares de la historia, á la que suministran abundantes materiales.

[34] La obra de Francisco de Jerez intitulada «Conquista del Perú», y escrita por órden de Francisco Pizarro, se publicó primero en 1547, y se halla tambien en las colecciones de Ramusio (Venecia, t. III), y Barcia (t. III) Concluye con unos malos versos en defensa propia.

[35] «Historia del descubrimiento y conquista del Perú,» impresa en 1555 y varias veces después. Hállase en Barcia (t. III), y se tradujo al italiano por Ulloa. Zárate fué enviado al Perú por Cárlos V, en calidad de visitador de la real Hacienda, y su relacion comprende desde la conquista hasta la deposicion de Gonzalo Pizarro. Véase una excelente noticia de Zárate y su obra en el último capítulo de la «Historia del Perú», por Prescott.

## CAPITULO VII.

**El teatro. — Influencia de la Iglesia y de la Inquisicion.—Autos.— Castillejo, Oliva, Juan de Paris y otros.— Aficion popular á la poesía dramática. — Lope de Rueda.—Su vida, comedias, coloquios, pasos y diálogos en verso. — Su carácter como padre de la poesía dramática española. — Juan de Timoneda.**

El teatro español, como el de los demás pueblos de la Europa moderna, tuvo que luchar en su orígen con obstáculos casi invencibles; porque en España, quizá mas que en otros países, las representaciones escénicas habian sido durante siglos enteros patrimonio exclusivo de la Iglesia, y esta repugnaba que se las arrancasen, sobre todo para darles aquella direccion profana é irreligiosa que anunciaba ya el teatro de Torres Naharro. Así que, la Inquisicion, atribuyéndose facultades, ya que no solemnemente conferidas por el Gobierno, revestidas al menos de una especie de asentimiento general, intervino desde luego en el asunto. Después de la publicacion de la *Propaladia*, en Sevilla (1520), si bien no podemos fijar con seguridad la época, prohibióse la representacion de las comedias de Torres Naharro, durando la prohibicion hasta 1573[1]. De los pocos dramas

[1] En la edicion de 1573 de Madrid, 8.°, se dice que «La Propaladia esta»ba prohivida en estos reinos años ha»via»; y Martinez de la Rosa (Obras, Paris, 12.°, 1827, t. II, p. 382) añade que la prohibicion fué decretada poco después de 1520, y no se levantó hasta 1573. El hecho es importante; pero

escritos á principios del reinado de Cárlos V, casi todos, exceptuando los sagrados, se incluyeron en los Indices expurgatorios, y algunos hay, como la *Orfea*, 1534, y la *Custodia*, 1541, cuya existencia ignorariamos á no haberse conservado sus títulos en los dichos índices[2]; otros, como el *Amadis de Gaula*, de Gil Vicente, aunque impresos y publicados, fueron tambien prohibidos para la representacion escénica[3].

Entre tanto el poder eclesiástico sostenia con todas sus fuerzas el antiguo drama sagrado, como lo prueban los títulos de los mismos misterios ó autos que de vez en cuando se representaban, y el hecho de que en el bautizo del Príncipe heredero, después Felipe II, celebrado en Valladolid en 1527 con toda la magnificencia de la corte imperial, entre las espléndidas fiestas y regocijos propios de la ocasion, se representaron nada menos que cinco dramas á lo divino, de los cuales uno fué el *Bautismo de San Juan*[4]. Pero estas composiciones no hacian adelantar un solo paso al drama español; porque, si bien algunas de ellas, como el auto de *La cena de Emaus*, de Pedro de Altamira, tienen cierto mérito poé-

sospechamos que la opinion de Martinez de la Rosa se apoya solo en la fecha del privilegio para dicha impresion, que es de 21 de agosto de 1573. Por lo demás, la edicion fué expurgada con el mayor rigor.

[2] Ambas están citadas en el «Catálogo» de Moratin, números 57 y 63. (Obras, Madrid, 1830, 8.°, t. I, parte primera)

[3] Es muy singular por cierto la suerte de este largo drama heróico, caballeresco y verdaderamente español. La Inquisicion, segun dicen, le incluyó en el «Indice expurgatorio de 1549» (¿1559?); pero el auto de «Amadis» no se imprimió hasta 1562, y suelto hácia 1586. En el Indice portugués de 1624 se permite su lectura, siempre que esté expurgado, y en el mismo año se hizo una edicion de él en Lisboa; pero como nunca se imprimió en castellano, es de creer que lo que en España se prohibió fué solo su representacion. (Barbosa, «Bibl. Lusitana», t. II, p. 384.)

[4] La relacion de estas fiestas y de los autos en ella representados se hallará en Sandoval, «Historia de Cárlos V» (Amberes, 1681, folio, t. I, página 619, lib. 16), y es muy importante para la historia del teatro español.

tico[5], su general tendencia se dirigia á encerrar las representaciones escénicas dentro de los límites religiosos y de los objetos de devocion á que antes fueron consagradas[6].

Tampoco se señalaron por su cordura y buen éxito los esfuerzos hechos para darle otra direccion. Dejarémos á un lado la *Constanza* de Castillejo, que parece era una imitacion de Torres Naharro, y se supone escrita en 1522, aunque no llegó á imprimirse á causa de su obscenidad, y por lo tanto puede considerarse como perdida; pasarémos tambien por alto las traducciones libres del *Amphitryon*, de Plauto; de la *Electra*, de Sófo-

[5] Imprimióse en 1525, y Moratin hace un extracto de él en su «Catálogo», núm. 36.

[6] Puede verse una muestra de los autos que se representaban en tiempo de Cárlos V en un libro sumamente raro, intitulado, segun las tres partes en que se divide, «Triaca del alma», «Triaca de amor» y «Triaca de tristes». Su autor fué Marcelo de Lebrija, hijo del famoso humanista Antonio; y por la dedicatoria y conclusion de la primera parte se viene en conocimiento de que lo escribió á la edad de cuarenta años, es decir, poco después de la muerte de su padre, que falleció en 1522, y durante el reinado del Emperador, que acabó en 1556. La primera parte á que principalmente aludimos, es un auto sobre el misterio de la Encarnacion, de unos ocho mil versos cortos, y no tiene mas accion que la presentacion del ángel Gabriel á la Vírgen, trayendo consigo á la Razon en figura de una mujer, y á otro ángel que conduce las Siete Virtudes. Todo él se compone de discursos, meditaciones y exhortaciones que los personajes hacen alternativamente, y concluye con una especie de sumario hecho por el autor y la Razon, en favor de la vida devota. Ciertamente que una estructura tan sencilla y versos de escaso mérito poco podian adelantar el drama del siglo XVI; sin embargo, no cabe duda de que la obra se escribió para representarse, pues el autor dice la hizo para loor y solemnidad de la fiesta de la Encarnacion de Nuestra Señora, y «para que si quisieren la puedan por »farça representar las devotas religio»sas en sus monasterios, á cuyo fin »no interviene en ella figura de hom»bre, sino solamente de ángeles y don»cellas». La segunda parte de este singularísimo libro, mas poética que la primera, es contra el amor profano y á favor del amor divino; y la tercera, que es la mas corta, contiene una serie de consuelos acerca de los trabajos y pesares humanos: de modo que las dos últimas partes son completamente didácticas. Cada una de ellas está dirigida á un personaje de la ilustre casa de Alba, á quien parece servia el autor, y el conjunto se intitula «Triaca», voz equivalente á la de antídoto ó contraveneno, aunque Lebrija dice que la usa en el sentido de «ensalada» ó miscelánea. El libro lleva el sello característico de la época que produjo los Cancioneros generales, á los que se parece bastante en el mérito y forma poética.

cles, y de la *Hecuba*, de Eurípides, hechas hácia 1530 por Fernan Perez de Oliva, rector de la universidad de Salamanca, porque ningun efecto produjeron ni podian producir en el teatro nacional, enteramente ajeno á la sazon al espíritu de la antigüedad[7]; y citarémos tan solo uno impreso en 1536, para demostrar la lentitud con que el drama caminaba á su perfeccion. Intitúlase *Egloga*, y está escrito por Juan de Paris, en versos de arte mayor, es decir, en coplas de ocho versos largos, que en su esmerada construccion revelan no poco trabajo y artificio[8]. Tiene cinco interlocutores: un escudero, un ermitaño, una moza, un diablo y dos pastores. El ermitaño sale el primero á la escena, y se aparece en medio de un prado meditando sobre la vanidad de las cosas humanas: después de orar un rato, manifiesta su propósito de visitar á otro ermitaño compañero suyo; pero cabalmente cuando va á ponerse en marcha es detenido por un escudero que entra llorando y quejándose del mal trato que le da Cupido, cuyo carácter cruel pinta, recordando sus hechos en la historia de Medea, la destruccion de Troya y los sucesos de Priamo, David y Hércules; concluyendo por decir que está resuelto á abandonar el mundo y meterse en el rincon de un monasterio. Acércase entonces al ermitaño, quien comienza á hablarle de las locuras del amor, y le aconseja bus-

[7] El maestro Oliva murió en 1533, pero sus traducciones no se imprimieron hasta 1585.

[8] Este curiosísimo drama, cuyo ejemplar casi único se halla en la librería de M. H. Ternaux-Compans, de Paris, tiene por título: «Egloga nuevamente compuesta por Juan de Paris, en la qual se introducen cinco personas: un escudero llamado Estacio, y un ermitaño y una moça, y un diablo y dos pastores, uno llamado Vicente y el otro Cremon» (1536, letra gótica, en 4.º menor, de doce hojas, sin año ni lugar de impresion, aunque parece de Zaragoza ó Medina del Campo).

que en la religion y en las obras devotas el remedio de sus males : el mancebo determina seguir tan prudente consejo, y juntos se dirigen á la ermita; pero no bien se han puesto en camino, cuando se presenta el diablo quejándose amargamente de que el escudero se le va á escapar, y resuelto á impedirlo á todo trance. Sale entonces el pastor Vicente, á quien deja atónito y horrorizado la figura del diablo, que ha visto al marcharse, y que segun la descripcion que de él se hace, y la estampa grabada en madera en la portada del libro, debió ser fantástica y feísima. Vicente, lleno de miedo, se esconde, y la moza, querida del escudero, entra, le saca de su escondrijo, y ambos entablan un diálogo algo metafísico sobre el amor. En medio de su conferencia entra el pastor Cremon, interrumpe la plática y arma con Vicente una reyerta que la moza compone : Cremon le dice donde están el ermitaño y su amante, á quien viene buscando; encamínanse todos á la ermita, y el escudero, lleno de gozo, recibe á su amada con los brazos abiertos y exclama :

Agora reniego de mala fraylía,
Ni quiero hermitaño ni frayle mas ser.

El ermitaño los casa, y resuelve dejar la vida reclusa é irse con ellos á la ciudad; concluyendo el drama de un modo bastante extraño y con un villancico, cuyo estribillo es :

Huyamos de ser vasallos
Del Amor;
Pues por premio dá dolor.

Esta composicion es curiosa, por cuanto ofrece una

mezcla extravagante del espíritu de los antiguos misterios con el de las églogas de Juan del Encina y las comedias de Torres Naharro, y porque manifiesta los medios ingeniosos, aunque raros, con que se procuraba conciliar el respeto á la Iglesia con la diversion y entretenimiento de un público poco afecto á frailes y ermitaños: la poesía es pobre, y el movimiento dramático escaso; la primera copla es una muestra bastante notable de su metro y estilo. Entra el ermitaño y dice así:

La vida penosa que nos los mortales
En aqueste mundo terreno passamos,
Si con buen sentido la consideramos,
Fallar la hemos llena de muy duros males,
De tantos tormentos, tan grandes y tales,
Que aver de contallos es cuenta infinita;
Y allende de aquesto, tan presto es marchita
Como la rosa que está en los rosales[9].

Siguieron á esta tentativa ó coincidieron con ella otras varias que se aproximan mas á los modelos creados por Torres Naharro, como *La Vidriana*, de Jaime de Huete, la cual refiere los amores de un caballero y de una dama aragonesa, quienes suplicaron al autor los pusiese en escena[10]; y otra del mismo escritor, llamada *Tesorina*, que

[9] Como es muy difícil y punto menos que imposible que parezca otro ejemplar de esta comedia, citamos esta copla con la misma ortografía del original.

En 1537 se imprimió en Valencia «Una farça á manera de tragedia», en prosa y del género pastoril: es anónima y tiene alguna semejanza con la que hemos analizado, á lo menos en algunos trozos. Hace mencion de ella Aribau, «Biblioteca de Autores Españoles», 1846, t. II, p. 193, nota.

[10] «Comedia, llamada Vidriana, compuesta por Jaume de Huete, agora nuevamente, etc;» 4.°, letra gótica, diez y ocho hojas, sin lugar, año ni nombre de impresor. Tiene diez interlocutores y concluye con una apología en latin, en que el autor se excusa de no poder escribir como Mena (aludiendo sin duda á Juan de Mena), aunque no es fácil explicar por qué nombra á dicho poeta, siendo el drama, como es, una imitacion de los de Torres Naharro.

mas tarde prohibió la Inquisicion[11]. Esta última es imitacion evidente de Torres Naharro; tiene tambien su intróito, está dividida en cinco jornadas y escrita en versos cortos: al fin de ella se menciona con admiracion el nombre de Naharro, y el autor se dice aragonés, única cosa que de él sabemos. Por último, tenemos otra comedia, con intróito al principio y su villancico al fin, de Agustin Ortiz[12], lo cual prueba que la escuela de Naharro tuvo en España bastantes imitadores.

Mas ninguno de los autores que hemos citado habia aun tocado el verdadero resorte popular; y exceptuando las representaciones dramáticas de carácter religioso, hechas bajo los auspicios de la autoridad eclesiástica, nada se habia aun intentado en que tuviese parte el pueblo. Llegó por fin el momento, acometióse la empre-

[11] Otro drama, encuadernado con los dos anteriores. Moratin (Catálogo, núm. 47), que le halló citado en el «Indice expurgatorio de 1559», fija su fecha á la ventura, colocándole en 1531; pero no le llegó á ver. Su título es: «Comedia intitulada Tesorina, la materia de la qual es unos amores de un penado por una señora y otras personas adherentes: hecha nuevamente por Jaume de Huete. Pero si por ser su natural lengua aragonesa no fuese por muy cendrados términos, quanto á esto merece perdon»; 4.°, letra gótica, quince hojas, sin lugar, año ni nombre de impresor; los interlocutores son diez, y es completa imitacion de Naharro, nombrado en unos malos versos latinos que hay al final, en que el autor muestra esperanzas de que su musa será escuchada benignamente. «Quamvis non Torris digna Naharro: venit.»

[12] «Comedia intitulada Radiana, compuesta por Agostin Ortiz»; 4.°, letra gótica, doce hojas, sin lugar, año ni nombre de impresor; está dividida en cinco jornadas, y los interlocutores son diez, número que sin duda gustaba entonces mucho; forma parte del volúmen arriba citado, el cual contiene además: 1.° una historia en prosa, mezclada de diálogos y pobremente escrita, de la fábula de Mirra, tomada de Ovidio; intitúlase: «La tragedia de Mirrha», y es obra del bachiller Villalon: imprimióla en Medina del Campo, año de 1536, Pedro Toraus, 4.° gótico. 2.° Una égloga á la manera de Juan del Encina, para un nacimiento, titulada «Farsa». «El farsa siguiente hizo Pedro Lopez Rangel, etc»; tiene solo cuatro hojas, y hay en ella tres villancicos; en la portada está grabado el pesebre, y en el último términó la aldea de Belen. 3.° Una farsa corta y sin gracejo, intitulada «Jacinta», diversa de la «Jacinta» de Naharro. Estas tres y las cuatro antes citadas solo sabemos existan en el ejemplar que nos ha sido proporcionado de la librería de M. H. Ternaux-Compans.

sa y el resultado fué feliz. Debióse este cambio á Lope de Rueda, artesano de Sevilla, y de oficio batihoja, quien, por causas que ignoramos completamente, se hizo actor y escritor dramático. Supónese generalmente que floreció entre los años de 1544 y 1567, en que dicen murió, y tambien se cree que el teatro de sus aventuras y fama fueron Sevilla, Córdoba, Valencia, Segovia, y probablemente otras muchas ciudades donde se representaron con general satisfaccion sus farsas y comedias. Sabemos tambien que representó en Segovia en las funciones celebradas en 1558 para la consagracion de la nueva catedral; y tanto Cervantes como el desgraciado Antonio Perez hablan con admiracion de su talento como actor. El primero debia tener veinte años cuando murió Lope de Rueda, en 1567[13], y el segundo diez y ocho; de donde se colige que la reputacion de aquel durante su vida fué muy grande, como lo prueba tambien la circunstancia de que cuando murió, no obstante el haber ejercido una profesion tan desacreditada y poco honrosa como la de cómico, fué enterrado como hombre insigne entre los dos coros de la iglesia catedral de Córdoba[14].

Muerto Lope de Rueda, su amigo Juan de Timoneda

[13] Se sabe positivamente que en dicho año ya habia muerto, pues en la edicion que hizo de sus comedias en Valencia su amigo Juan de Timoneda, hay al fin de la de «Los engañados» un soneto de Francisco Ledesma á la muerte de Rueda. La única fecha conocida de su vida es la de que en 1558 representó en la catedral de Segovia; hecho que refiere el erudito Colmenares en su excelente «Historia de Segovia» (Segovia, 1627, fol. 516), diciendo que «en un teatro levantado »entre los dos coros representó Lope »de Rueda, famoso comediante de »aquella edad, una gustosa comedia».

[14] Lo que Cervantes dice de Lope de Rueda en el prólogo á sus «Comedias», es lo mas importante y notable que de él sabemos. Navarrete, en la «Vida de Cervantes» (pp. 255-260), y Casiano Pellicer, «Origen de la comedia y del histrionismo en España» (Madrid, 1804, 12.°, t. II, pp. 72-84), han recogido cuantos datos habia en la materia.

recogió sus obras y las publicó en diferentes ediciones, desde 1567 á 1588 [15]. Constan aquellas de cuatro comedias, dos coloquios pastoriles y diez pasos ó diálogos en prosa, con otros dos en verso; todos escritos evidentemente para representarse en público por la compañía ambulante que dirigia el mismo Lope de Rueda.

Las comedias están divididas solo en escenas, y son, poco mas ó menos, de la misma extension que las farsas ordinarias, de cuyo carácter participan. La primera, intitulada *Los engañados*, es la historia de Lelia, hija de un tal Virginio, la cual se fuga del convento donde su padre la habia depositado, y sirve de paje á Marcelo, amante suyo en otro tiempo, y que la habia abandonado, quejoso de sus desdenes. Clavela, dama á quien ahora obsequia Marcelo, se enamora del agraciado pajecillo, como Olivia en el drama de Shakespeare intitulado *El dia de Reyes;* equivocacion que produce escenas y situaciones llenas de vida y movimiento; pero un hermano gemelo de Lelia, y parecidísimo á ella, vuelve á su casa después de una larga ausencia, y es un nuevo Sosia que causa la mayor confusion y enredo, hasta que por último casa con Clavela, dejando á su hermana para su antiguo amante. A esto se reduce el enredo de esta comedia, en la cual hay pormenores y escenas muy ingeniosas y dispuestas con artificio y conocimiento dramático.

[15] «Las quatro comedias y dos coloquios pastoriles del excelente poeta y gracioso representante Lope de Rueda, etc.», impresas en Sevilla, 1576, 8.° Concluye sus principales obras con el «Diálogo sobre la invencion de las calzas que se usan agora». —De la epístola preliminar de Juan de Timoneda se deduce que hizo algunas alteraciones, aunque al parecer ligeras, en los manuscritos originales. En cuanto al «Deleitoso», impreso en Valencia, 1577, no hemos podido ver mas que los extensos extractos que de él publicó Moratin, y forman seis pasos y un coloquio. La primera edicion de las «Quatro comedias, etc.» es de 1567, Valencia; y la última de 1588, Logroño.

Tampoco la *Medora*, que es la siguiente, carece de cierto mérito en la composicion y efecto teatral; el interés de la accion estriba principalmente en la confusion producida por la extraordinaria semejanza de una muchacha á quien roban unos gitanos, y la heroína, que es su hermana gemela; pero hay caractéres muy bien pintados y que llegan casi á la perfeccion: Gargullo, el *miles gloriosus*, el fanfarron del cuento, que por un conocimiento admirable del corazon humano está retratado ostentando siempre su valor, ya esté solo, ya con otras personas; y la gitana á quien él quiere engañar y robar, y le roba y engaña, son figuras perfectamente trazadas [16].

El argumento de la *Eufemia* tiene alguna semejanza con el de la *Calumniada Imógenes*, y el carácter de Melchor Ortiz es exactamente el bufon del antiguo drama inglés, mezcla agradable y bien sostenida de simplicidad y agudeza.

La *Armelina*, que es la cuarta y la mas larga de sus cuatro comedias, tiene incidentes dramáticos mas importantes y atrevidos que ninguna de las demás [17]. La heroína, huérfana, y natural de Hungría, después de un sin fin de aventuras á cual mas extrañas, viene á parar á una aldea de España, donde es recibida cariñosamente y criada con delicadeza por un herrero; mientras que su padre, para suplir su falta, adopta en Hungría y educa con el mismo cariño á un hijo natural del herrero,

[16] Este es el *ruffian* de las antiguas comedias y novelas españolas, mitad fanfarron, mitad pícaro; es personaje muy distinto del rufian moderno, que equivale al antiguo alcahuete.

[17] Debe observarse que tanto la «Armelina» como la «Eufemia» comienzan con una escena en que se llama á un jóven perezoso y se le hace salir de la cama; otro tanto sucede en las «Nubes» de Aristóphanes.

á quien su descastada madre habia dejado en aquel país. Noticioso el padre de la muchacha del paradero de su hija, viene á España, trayendo consigo á su hijo adoptivo, y al entrar en la aldea consulta con un nigromántico moro los medios de hallar á su hija perdida. El moro con formidables encantos evoca á Medea, la cual sale al teatro, venida de las regiones infernales, y le revela que la niña á quien busca está en la misma aldea. La muchacha entre tanto ve á su hermano adoptivo, y los dos quedan mutuamente prendados; pero el herrero, de acuerdo con su mujer, ha dispuesto casarla con un zapatero á quien la tenia prometida. Esto, como es consiguiente, produce enredos y confusion: la muchacha resuelve terminarlos arrojándose al mar, pero se lo impide Neptuno, que la lleva primeramente á su palacio en los abismos del Océano, y la presenta después en momento oportuno; con lo cual se explican sus dificultades y parentescos, y el drama concluye con un matrimonio y un baile. Mucho de esto es sin duda alguna extravagante y disparatado, sobre todo los encantamientos del moro y el papel que hace Neptuno; pero el diálogo es fácil y agradable, y el estilo natural y animado.

Los dos coloquios pastoriles se diferencian de las comedias en la mayor sencillez del plan, y en que la parte esencialmente bucólica está escrita en tono pedantesco y grave, que nada tiene por cierto de grato. Sin embargo, en sustancia pertenecen al mismo género de dramas, y si bien tienen diverso título, quizá consista en que el género pastoril fué siempre muy cultivado en la poesía española, y en que el ejemplo de Juan del Encina lo hizo muy á propósito para la representacion escénica. La

parte de los coloquios es la única que tiene algun mérito, y el trozo siguiente del de *Timbria* caracteriza bien la manera fácil y ligera de Lope de Rueda, tal vez mejor que ningun pasaje de sus comedias. El asunto es una disputa entre Leno, gracioso, y Troico, mujer disfrazada de hombre, con quien aquel trata ingeniosamente de disculparse de la acusacion que le hace de haberse comido un hojaldre que Timbria, enamorada de Troico, le habia enviado con aquel criado infiel y gloton.

*Len.* ¡Ah Troico! ¿estás acá?
*Tro.* Sí, hermano: ¿tú no lo ves?
*Len.* Mas valiera que no.
*Tro.* ¿Por qué, Leno?
*Len.* Porque no supieras una desgracia que ha sucedido harto poco há.
*Tro.* Y ¿qué ha sido la desgracia?
*Len.* ¿Qué es hoy?
*Tro.* Juéves.
*Len.* ¡Juéves! ¿Cuánto le falta para ser mártes?
*Tro.* Antes le sobran dos dias.
*Len.* ¡Mucho es eso! Mas dime, ¿suele haber dias aciagos, así como los mártes?
*Tro.* ¿Por qué lo dices?
*Len.* Pregunto, porque tambien habrá hojaldres desgraciadas, pues hay juéves desgraciados.
*Tro.* ¡Creo que sí!
*Len.* Y ven acá: si te la hubiesen comido á tí una en juéves, ¿en quién habria caido la desgracia, en la hojaldre ó en tí?
*Tro.* No hay duda sino que en mí.
*Len.* Pues, hermano Troico, aconortáos y comenzad á sufrir, y ser paciente, que por los hombres (como dicen) suelen venir las desgracias, y estas son cosas de Dios, en fin; y tambien segun órden de los dias os podriades vos morir, y (como dicen) ya seria recomplida y allegada la hora postrimera: rescebildo con paciencia, y acordáos que mañana somos, y hoy no.
*Tro.* ¡Válame Dios, Leno! ¿Es muerto alguno en casa, ó como me consuelas así?
*Len.* ¡Ojalá, Troico!

*Tro.* Pues ¿qué fué? ¿No lo dirás sin tantos circunloquios? ¿Para qué es tanto preámbulo?

*Len.* Cuando mi madre murió, para decírmelo el que me llevó la nueva me trajo mas rodeos que tiene vueltas Pisuerga ó Zapardiel.

*Tro.* Pues yo no tengo madre ni la conoscí, ni te entiendo.

*Len.* Huele ese pañizuelo.

*Tro.* ¿Y bien? Ya está olido.

*Len.* ¿A qué huele?

*Tro.* A cosa de manteca.

*Len.* Pues bien puedes decir: Aqui hué Troya.

*Tro.* ¿Cómo, Leno?

*Len.* Para tí me la habian dado, para tí la enviaba revestida de piñones la Sra. Timbria; pero como yo soy (y lo sabe Dios y todo el mundo) allegado á lo bueno, en viéndola así, se me vinieron los ojos tras ella, como milano tras de pollera.

*Tro.* ¿Tras quién, traidor? ¿Tras Timbria?

*Len.* Que no. ¡Válame Dios, qué empapada la enviaba de manteca y azúcar!

*Tro.* ¿La qué?

*Len.* La hojaldre: ¿no lo entiendes?

*Tro.* Y ¿quién me la enviaba?

*Len.* La Sra. Timbria.

*Tro.* Pues ¿qué la hiciste?

*Len.* Consumióse.

*Tro.* ¿De qué?

*Len.* De ojo.

*Tro.* ¿Quién la ojeó?

*Len.* Yo, ¡mal punto!

*Tro.* ¿De qué manera?

*Len.* Asentéme en el camino.

*Tro.* Y ¿qué mas?

*Len.* Toméla en la mano.

*Tre.* ¿Y luego?

*Len.* Probé á qué sabia, y como por una banda y por otra estaba de dar y tomar, cuando por ella acordé, ya no habia memoria.

*Tro.* En fin, ¿te la comiste?

*Len.* Podria ser.

*Tro.* Por cierto que eres hombre de buen recado.

*Len.* ¿A fe? ¿Qué te parezco? De aquí adelante, si trujere dos, me las comeré juntas, para hacello mejor.

*Tro.* Bueno va el negocio.

*Len.* Y bien regido y con poca costa, y á mí contento. Mas ven acá, si quies que riamos un rato con Timbria.

*Tro.* ¿De qué suerte?

*Len.* Puédesle hacer encreyente que la comiste tú, y como ella piense que es verdad, podrémos después tú y yo reir acá de la burla, ¡que reventarás riyendo! ¿Qué mas quies?

*Tro.* Bien me aconsejas.

*Len.* Agora bien, ¡Dios bendiga los hombres acogidos á razon! Pero dime, Troico, ¿sabrás disimular con ella sin reirte?

*Tro.* Yo ¿de qué me habia de reir?

*Len.* ¿No te parece que es manera de reir hacelle encreyente que tú te la comiste, habiéndosela comido tu amigo Leno?

*Tro.* Dices sabiamente; mas calla, véte en buen hora, etc.

(*Las cuatro comedias, etc. de Lope de Rueda*, Sevilla, 1576, 8.º)

Muy parecidos á este diálogo son sus *Diez pasos*; cortos, animados, sin enredo ni desenlace, y compuestos solamente con el fin de entretener y hacer reir por algunos momentos á un público ocioso : dos de ellos tratan de golosos, como Leno; otros de ladrones, rufianes y cobardes; y todos están tomados de la vida popular y escritos con ingenio y gracia. Nada tendria de extraño que algunos de ellos fuesen fragmentos de composiciones dramáticas mas largas, que el editor no creyó conveniente imprimir íntegras [16].

Son curiosísimos los dos diálogos en verso, por ser la única muestra que nos queda del talento poético de Lope de Rueda, exceptuando algunas canciones y un

[16] Infiérese esto de que al fin de la edicion de las comedias y coloquios de 1576 se lee una « Tabla de los pasos graciosos que se pueden sacar de las presentes comedias, coloquios, y poner en otras obras». Es verdad que los pasos se escribian algunas veces como piezas separadas, por Lope de Rueda, pues no se llamaron entremeses hasta que Timoneda les dió este nombre : tal vez en lo muy antiguo fueron como prólogos de dramas mas largos.

fragmento de otra conservado por Cervantes[17]. El uno se intitula *Prendas de amor*, y viene á ser una cuestion entre dos pastores sobre cuál es mas favorecido, si el que ha recibido un anillo ó el que ha recibido un pendiente : está escrito en quintillas fáciles y agradables, y no es mas largo que los diálogos en prosa. El otro, intitulado *Diálogo sobre la invencion de las calzas que se usan agora*, está escrito en el mismo metro, pero participa mas del carácter festivo y propio del autor. Los interlocutores son dos lacayos, los cuales se expresan de esta manera :

*Per.* Señor Fuentes, ¿qué mudanza
Habeis hecho en el calzado,
Con que andais tan abultado?
*Fuent.* Señor, calzas á la usanza.
*Per.* Pensé qu'era verdugado.
*Fuent.* Pues yo dellas no me corro;
¿Que han de ser como las vuesas?
Hermano, ya no usan d'esas.
*Per.* Mas ¿qué les echais de aforro,
Que aun se paran tan tiesas?
*Fuent.* D'eso un poco; un sayo viejo
Y toda una ruin capa,
Que á esta calza no escapa.
*Per.* Pues si van á mi consejo,
Echarán una gualdrapa.
*Fuent.* Y aun otros mandan poner
Copia de paja y esparto
Porque les abulten harto.
*Per.* Esos deben de tener
De bestias quizá algun cuarto.
*Fuent.* Pondráse qualquier alaja
Por traer calza gallarda.

[17] Al fin de las comedias hay una glosa que vale muy poco. — El fragmento que comentó Cervantes está en sus «Baños de Argel», hácia el final.

*Per.* Cierto, yo no sé qué aguarda
Quien va vestido de paja,
De hacerse alguna albarda[18].

En todas las obras dramáticas de Lope de Rueda su principal intento es divertir al público, aunque los recursos escénicos eran entonces bien pobres y mezquinos. «En tiempo de este famoso español (dice Cervantes recordando los alegres dias de su mocedad) todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadameci dorado, y en quatro barbas y cabelleras y quatro cayados poco mas ó menos, porque todos los personajes que se introducian eran pastores; los paños del vestuario eran dos mantas que en donde quiera se tendian sobre un cordel, y se entretegian en la égloga dos ó tres entremeses, ya de negro, ya de rufian, ya de bobo y ya de vizcaino; que estas quatro figuras y otras muchas hacia el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse. No havia en aquel tiempo tramoyas ni desafíos de moros y christianos á pié ni á caballo. No havia figura que saliese ó pareciese salir del centro de la tierra, por lo hueco del teatro, al qual componian quatro

[18] No sé que este diálogo se haya impreso en otra parte sino al fin de las comedias, de la edicion de Sevilla de 1576. Refiérese á aquellas calzas huecas con fuelles que entonces se empezaban á usar, como las que la hija de Sancho Panza, llena de satisfaccion y vanidad por el nombramiento de su padre para gobernador de la ínsula Barataria, queria que él se pusiese; ó como las que usaba el príncipe D. Cárlos, segun cuenta De Thou, cuando llevaba ocultas en tan extraño escondrijo las pistolas que tanto inquietaron á su padre Felipe II. «Caligis quæ amplissimæ de more gentis in usu sunt.» Estas calzas fueron prohibidas por una real cédula en 1623. — Véase «Don Quijote» (parte II, capítulo 50) y las dos anécdotas entretenidas que Pellicer refiere en las notas. — Véase tambien á De Thou (Historiarum, lib. 41, al principio).

»bancos en quadro y quatro ó seis tablas encima, con »que se levantava del suelo quatro palmos: ni menos »bajavan del cielo nubes con ángeles ó con almas [19].»

El sitio en que se armaba este teatro grosero era ordinariamente una plaza pública, y los dramas se representaban segun acudian los espectadores, probablemente antes de mediodía y por la tarde, porque al fin de una de sus comedias Lope de Rueda dice: «Auditores, no »hagais sino comer, y dad vuelta á la plaza;» como anunciando que luego se haria otra.

Sus cuatro comedias son muy parecidas á las piezas del teatro primitivo inglés, que cabalmente nacia al mismo tiempo con dramas como *Ralph Royster Doyster* y *la Ahuja de Gammer Gurton*. Están divididas en escenas; las mas cortas tienen seis, y las mas largas diez; pero hay escenas en que el local y hasta los interlocutores varian; circunstancia de poco momento si se considera que la estructura material del teatro no era tal que causase ilusion [20]. El éxito dependia en gran parte de la habilidad del actor que hacia casi siempre de gracioso ó de bobo, papel muy importante en aquella época del drama [21]. Tambien contribuian á ello los disparates en el idioma, hijos de la ignorancia vulgar ó de la mezcla del castellano con otras lenguas, como la de los moros ó negros. Cada comedia empieza con un breve prólogo á manera de argumento, y concluye con una chanza y un cumplimiento al público. La naturalidad de pensamien-

[19] Cervantes, prólogo á sus «Comedias».

[20] En la escena 5.ª de la «Eufemia» el local varía cuando entra Valiano: es verdad que probablemente Lope de Rueda ignoraba la significacion de la palabra *escena*, y la empleó mal.

[21] La primera idea de estos «simples», que después se convirtieron en «graciosos», aparece en los «parvos» de Gil Vicente.

tos, los giros y frases castellanas mas puras y castizas, una gracia nativa, un conocimiento completo de lo ridículo, y una imitacion felicísima de la vida del pueblo, caracterizan estas cuatro comedias, lo mismo que los pasos de Lope de Rueda: es pues forzoso reconocer que tuvo tino y acertó á marchar por el buen camino, haciéndose acreedor al renombre de padre del teatro español, que después le dieron Cervantes y Lope de Vega[22].

El primero que siguió las huellas de Lope de Rueda fué su amigo y editor Juan de Timoneda, librero valenciano que debió florecer á mediados del siglo XVI, y murió probablemente muy viejo, poco después de entrado el año de 1597[23]. Las trece ó catorce composiciones dramáticas que imprimió, son tan diversas en título como en carácter, siendo las mejores las que están escritas en tono mas popular. Cuatro de ellas se intitulan «pasos», y otras cuatro «farsas», aunque en realidad pertenecen al mismo género. Las comedias son dos: una llamada *Aurelia*, en versos cortos y en cinco jornadas, con su intróito, á estilo de las de Torres Naharro; y la otra *Cornelia*, imitando á Lope de Rueda, en prosa y dividida en siete escenas; tiene además otras composiciones, que llama entremeses en el sentido recto de la palabra; una tragicomedia, mezcla informe de mitología é historia mo-

[22] Cervantes, en el prólogo ya citado, le llama el «gran Lope de Rueda», y hablando de las comedias españolas, dice de él que fué «el primero »que en España las sacó de mantillas »y las puso en toldo y vistió de gala y »apariencia».—Cervantes escribia esto en 1615, y se conoce que hablaba por recuerdos propios. Lope de Vega, en el prólogo al t. XIII de sus «Comedias» (Madrid, 1620, 4.°), dice tambien: «Las comedias no eran mas an»tiguas que Rueda, á quien oyeron »muchos que hoy viven.»

[23] Jimeno, «Escritores de Valencia» (t. I, p. 72), y Fuster, «Bib. Valenciana» (t. I, p. 161).

derna; un auto sacramental sobre la parábola de la oveja perdida, y finalmente una traduccion, ó mas bien imitacion, de los *Menæchmi* de Plauto; en todas las cuales se echa de ver que Timoneda fió el buen éxito de sus dramas á un diálogo vivo, animado y picante como el de Lope de Rueda, y las escribió para representarse al aire libre, como lo demuestran algunas alusiones[24] en ellas contenidas.

El argumento de la *Cornelia*, impresa por primera vez en 1559, es bastante confuso: una dama cautivada en su niñez por los moros, que vuelve ya adulta á su país, ignorando quién es y á qué familia pertenece; un bobo engañado por su mujer, aunque con picardía bastante para agradar y hacer reir al público; un bribon unas veces médico y otras nigromántico, y hasta cinco ó seis personas mas son harta gente para un drama tan breve y reducido. Hay en él diálogos llenos de vida y sentimiento, y dos ó tres caractéres bien retratados especialmente el de Cornelia, simple; pero el principal y mas interesante, que es el del nigromántico, está tomado del *Nigromante* de Ariosto, pieza que se representó treinta años antes, lo cual prueba que Timoneda, ya que no fuese siempre original, era instruido y erudito y estaba al corriente de la literatura de su tiempo[25].

La comedia de los *Menecmos*, publicada el mismo año que la *Cornelia*, es otra prueba mas de sus estudios: está

[24] En el prólogo á la «Cornelia» uno de los actores dice, aludiendo á un personaje muy principal de la comedia, que vive en Valencia: «En esta »casa que estáis viendo,» dirigiéndose á los espectadores con intencion y con efecto cómico, y aludiendo al local: mas adelante, al tratar de otro personaje, repite la misma chanza.

[25] «Con privilegio, comedia llamada Cornelia, nuevamente compuesta por Juan de Timoneda. Es muy sentida, graciosa y regozijada. Año de 1559», 8.°

escrita en prosa, y tomada en gran parte de Plauto; si bien Timoneda introdujo en ella grandes variaciones y la dividió en catorce escenas, siguiendo el ejemplo de Lope de Rueda. La accion pasa en Sevilla, y las costumbres son enteramente españolas; hasta se hace mencion en ella del Lazarillo de Tórmes al pintar un criado vicioso y corrompido[26]; con todo ostenta á menudo el diálogo fácil y natural de las comedias de su maestro, y se lee con gusto como una refundicion entretenida y agradable[27].

Pero el drama que, como todos los de su clase, caracteriza mas al autor y la pequeña escuela á que pertenecia, es el *Paso de dos ciegos y un mozo, muy gracioso para la noche de Navidad*. Está escrito en versos cortos y vulgares, y comienza con un discurso que el mozo Palillos dirige al público, haciendo relacion de sus buenas prendas y pidiendo empleo : como muestra de sus talentos, alega la habilidad con que ha robado á un ciego á quien servia. En este momento Martin Alvarez, que es el ciego de quien habla Palillos, se acerca por la esquina de la plaza cantando sus coplas y oraciones, segun la costumbre general de esta clase de gentes en las ciudades de España, al propio tiempo que por el lado opuesto se acerca otro ciego llamado Pero Gomez; ambos piden limosna del mismo modo, encareciendo su necesidad y la circunstancia de ser víspera de Navidad. Martin Alvarez comienza así :

[26] Está en la escena 12: «Es el mas »agudo rapaz del mundo, y es herma»no de Lazarillo de Tórmes, el que »tuvo trezientos y cincuenta amos.»

[27] «Con privilegio. La comedia de los «Menecmos», traducida por Juan de Timoneda, y puesta en gracioso estilo y elegantes sentencias. Año de 1559», 8.°

Devotos cristianos, ¿quién
Manda rezar
Una oracion singular,
Nueva de Nuestra Señora?

El mozo Palillos, que le conoce por la voz, se asusta y habla de escaparse; pero reflexionando que su amo está privado de la vista, se detiene; entre tanto el ciego prosigue diciendo:

Mandadme rezar, pues que es
Noche santa,
La oracion, segun se canta,
Del nacimiento de Cristo.

Pero como nadie le da limosna, exclama:

¡Jesus! nunca tal he visto,
Cosa es esta que me espanta;
Seca tengo la garganta
De pregones
Que voy dando por cantones;
Y nada no me aprovecha:
Es la gente tan estrecha,
Que no cuida de oraciones.

Entonces sale Pero Gomez, que es el otro ciego, cantando estos versos:

¿Quién manda sus devociones,
Noble gente,
Que rece devotamente
Los salmos de penitencia,
Por los cuales indulgencia
Otorgó el papa Clemente?
. . . . . . . . . .
¿La oracion del nacimiento
De Cristo?

Al oirse los ciegos el uno al otro, entran en conversacion, y creyéndose solos, cuenta Martin Alvarez como el picaron de su lazarillo le ha robado, á lo cual contesta Gomez que él está libre de tales percances, puesto que lleva los ducados que gana cosidos en el forro del bonete. Palillos, que lo oye, poco satisfecho de la pintura que de él han hecho, le tira el bonete al suelo, lo coge y se escapa. Gomez cree que su compañero le ha hecho esta jugada, y le pide con cortesía que le devuelva su bonete; el otro niega haberlo tomado; Gomez insiste, y el diálogo concluye, como muchos del mismo género, con una disputa y una paliza divertidísima para el auditorio que probablemente se reuniria en las plazas de Valencia y Sevilla[28].

[28] Este paso, que tan bien pinta las costumbres de aquel tiempo, como puede verse por un pasaje igual del «Diablo Cojuelo», tranco 6, está reimpreso en los «Orígenes» de Moratin (t. I, part. 2, p. 644). Véanse tambien los números 95, 96, 106-118), en que da bastantes noticias de todas las obras de Timoneda. La costumbre de cantar por las calles romances y canciones es muy antigua en España, y dura desde los tiempos del Arcipreste de Hita (copla 1,488) hasta nuestros dias.

En el «Pedro de Urdemalas» de Cervantes hay una escena en que el héroe sale haciendo el papel de ciego y cantando sus habilidades y las oraciones que sabe:

Sé la del anima sola,
Y sé la de San Pancracio,
La de San Quirce y Acacio;
Sé la de los sabañones,
La de curar la tericia
Y resolver lamparones.

(Comedias, Madrid, 1615, 4.°, f. 207.)

## CAPITULO VIII.

**Teatro. — Imitadores de Lope de Rueda. — Alonso de la Vega. — Cisneros. — Malara. — Cueva. — Cepeda. — Virués. — Traducciones é imitaciones del antiguo drama clásico. — Villalobos. — Oliva. — Boscan. — Abril. — Bermudez. — Argensola. — Estado del teatro.**

Dos actores de la compañía de Lope de Rueda fueron, como él, autores : el uno, llamado Alonso de la Vega, murió en Valencia en 1566, en cuyo año Juan de Timoneda [1] imprimió tres dramas suyos en prosa, uno de ellos imitacion de los de su maestro. El otro, Cisneros, no murió hasta 1579, pero es dudoso que exista hoy dia alguna de sus composiciones [2]. Ninguno de los dos puede compararse con Lope de Rueda ni con Timoneda ; pero los cuatro reunidos ejercieron sobre el gusto teatral de aquella época una influencia tal, que nunca ha llegado á desaparecer enteramente, como lo prueba la aficion que el público español ha conservado siempre á las piezas cortas del mismo género que ellos cultivaron.

Mas no fueron las representaciones dramáticas hechas en España entre los años de 1560 y 1590 solamente las escritas por Lope de Rueda, sus amigos y su compañía ambulante : hiciéronse además otras tentativas en varios

[1] C. Pellicer, « Origen de la comedia », t. I, p. III; t. II, p. 18. — Moratin, « Obras », t. I, part. 2, p. 638. — «Catálogo», números 100, 104 y 106.

[2] C. Pellicer, «Origen», t. I, p. 116; t. II, p. 30.

puntos y bajo diferentes bases, unas veces con mejor, otras con peor éxito. Sevilla especialmente se distinguió mucho en este punto, siendo muy probable que hácia el mismo tiempo se representasen allí las comedias de Juan de Malara, de las que no ha quedado ninguna, y las de Juan de la Cueva, que se conservan en parte, y son todas notables por muchas razones, y principalmente por estar fundadas en argumentos históricos. Representáronse estas comedias, á lo menos las que nos son conocidas, desde 1579 en adelante, aunque no se imprimió mas que un tomo de ellas, y esto en 1588 [3]. Divídense en cuatro actos ó «jornadas», y están escritas en variedad de metros, como tercetos, verso suelto, sonetos, y sobre todo en redondillas y octavas reales. Hay algunas cuyo argumento está tomado de la historia nacional, como *Los siete infantes de Lara*, *Bernardo del Carpio* y *El cerco de Zamora;* otras lo están de la historia antigua, como *Ayax*, *Virginia* y *Mucio Scévola;* y otras son de pura invencion, como *El viejo enamorado* y *El degollado*, que está fundada en una aventura morisca; y por último, una de ellas es relativa á un suceso entonces bastante reciente, á saber, *El saco de Roma por el condestable Borbon*. Todas ellas están indigestamente concebidas en cuanto al plan, y escritas con suma desigualdad. *El saco de Roma*, por ejemplo, es una serie de diálogos sin trabazon ni enlace de ningun género, que pintan el progreso de las armas imperiales desde el sitio de Roma, en mayo del año de 1527, hasta la coronacion del Em-

[3] Moratin, «Obras», t. I, part. 1.— «Catálogo», números 132, 139, 142-145, 147 y 150. — Martinez de la Rosa, «Obras» (Paris, 1827, 12.°, t. II, páginas 167 y siguientes).

perador, celebrada en Bolonia en febrero de 1530; y si bien es cierto que la pintura de los desórdenes ocurridos en el asalto de Roma tiene algun colorido de verdad, tambien lo es que esta se echa de menos en otras cosas, pues el autor, como buen español, atribuye exclusivamente á sus compatriotas aquel hecho glorioso [1].

El *Infamador* refiere en diferente tono la historia de una dama que se niega á corresponder al amor de un mancebo corrompido y disoluto, el cual en venganza la acusa de un asesinato y de otros crímenes, por los que es condenada á muerte; si bien el autor la salva al fin recurriendo al arbitrio de un poder sobrenatural que impone al calumniador la pena del talion. El drama es repugnante en todas sus partes; los padres del héroe y de la heroína desean con la mayor vehemencia la muerte de su hija, y además la mezcla, bastante comun en aquel tiempo, de la mitología pagana con las costumbres de la época produce un absurdo completo en toda la obra; para ser de todo punto desgraciada, no hay en ella ni siquiera la poesía que de vez en cuando se encuentra en las obras de Cueva, y está trabajada con tan poco esmero, que los actos no están siquiera divididos en escenas. Verdaderamente que no se comprende cómo algunas de estas doce ó catorce comedias pudieron representarse, y así es de presumir que solo se daban como una simple recitacion, para presentar al público las historias que contienen, sin acompañarlas con ninguna ilusion teatral; conjetura que confirma hasta cierto punto el anuncio que aparece en los títulos de casi to-

[1] «El saco de Roma».—Está reimpreso en el «Tesoro del teatro español» de Ochoa (Paris, 1838, 8.°, t. I, p. 231).

das ellas, de que se representaron en el jardin de una señora, llamada D.ª Elvira, que moraba en Sevilla [5].

Mucho se diferencian de las comedias de Juan de la Cueva las dos de Joaquin Romero de Cepeda que se imprimieron en Sevilla en 1582. La una, intitulada *Metamorfosea*, es del género de los antiguos dramas pastoriles, aunque dividida en tres actos ó «jornadas» cortas. Es una especie de justa de amor é ingenio entre tres pastores y tres pastoras, que traban unos con otros una cuestion muy reñida, hasta que por último se reconcilian y quedan todos de acuerdo, menos un pastor que se declara siempre contra el amor, y una pastora, llamada Belisena, que, después de haber desdeñado á un amante, sufre á su vez los desprecios de otro, y al fin queda desairada de todos. La otra, intitulada *La comedia Salvaje*, está tomada en sus dos primeros actos de la famosa *Celestina*, y el tercero, que es invencion de Cepeda, ofrece cuantos desatinos y horrores pueden imaginarse: el título está tomado de los salvajes que figuran en la comedia; salvajes que se hallan con frecuencia en los libros de caballerías y en el teatro inglés antiguo; y la composicion tiene toda la rudeza y singularidad de su título. De todos modos, estos dramas debieron contribuir muy poco á los adelantamientos del arte en Sevilla, aunque no dejan de contener trozos de poesía fácil y agradable y algunos pensamientos graciosos [6].

[5] Una de ellas, que no se representó en la huerta de D.ª Elvira, se dió «en el corral de D. Juan», y otra «en las Atarazanas»; lo cual da á entender que ninguna de ellas se representó en teatro público.

[6] Hállanse estas dos comedias en las «Obras de Joaquin Romero de Zepeda, vecino de Badajoz» (Sevilla, 1582, 4.°, folios 130 y 118), y Ochoa las ha reimpreso en su «Tesoro». El principio de la segunda jornada de la «Metamorfosea» se distingue por su poesía armoniosa y flúida, si bien mas

En la misma época reinaba en Valencia, lo mismo que en Sevilla, un movimiento poético, en el que debió tocar su parte al drama, y al que tal vez no fué extraño Lope de Vega, á la sazon desterrado en aquella ciudad desde 1585. Lo cierto es que su amigo Cristóbal de Virués, de quien él hace mencion, fué natural de Valencia y uno de los que mayor impulso dieron al gusto dramático que se desarrolló en su patria. Préciase en sus escritos de haber sido el primero que introdujo la division en tres actos ó jornadas, y Lope de Vega lo concede, aunque ambos se equivocaban, pues ya en 1553, y cuando Virués tenia solo tres años, habia acometido esta innovacion Francisco de Avendaño.

No nos quedan de Virués mas que cinco comedias, todas en verso, que aunque pueden suponerse escritas por los años de 1579 á 1581, no se imprimieron hasta 1609, cuando ya Lope de Vega habia dado todo su carácter y pompa al teatro nacional; de manera que no seria desatinado el suponer que los dramas de Virués al imprimirse sufrieron alteraciones y se acomodaron mas ó menos al gusto dominante creado por el ingenio de su amigo. Dos de ellos, la *Casandra* y la *Marcela*, son partos de la invencion del poeta valenciano, y extravagantes y raros en extremo: en el *Atila furioso* mueren prematuramente hasta cincuenta personas, sin con-

lírica que dramática. — Juan de la Cueva, en su «Ejemplar poético» (Sedano, «Parnaso español», t. VIII, p. 60), cita los nombres de otros autores cómicos que entonces vivian en Sevilla, diciendo:

Los sevillanos cómicos, Guevara,
Gutierre de Cetina, Cozar, Fuentes,
El ingenioso Ortiz:

despues añade que habia otros muchos cuyas obras se han perdido. Segun indica el mismo Cueva, algunos escribieron al estilo antiguo, y tal vez quiera aludir con esta frase á Malara y á Mejía.

tar con la tripulacion de una galera que perece abrasada para recreo del tirano y sus compañeros; la accion de la *Semíramis* dura de treinta á cuarenta años : en una palabra, todas cuatro son absurdas y desatinadas.

Mucho mejor es la *Elisa Dido*, que, á nuestro modo de ver, puede ser considerada como una de las tentativas mas felices para dar elevacion é interés al drama : está dividida en cinco actos, y guarda las unidades, aunque cuando Virués la escribió es probable no conociese la significacion técnica de dicha palabra. Su argumento y enredo, inventados exclusivamente por el autor, no tienen conexion alguna con la historia contada por Virgilio ni con las tradiciones conservadas por las antiguas crónicas : supone que Dido se mata con sus propias manos por evitar su casamiento con Iarbas y conservar la debida fidelidad á la memoria de su esposo Siqueo : no tiene division de escenas, y hay un coro en cada acto; en resúmen, viene á ser una imitacion del drama de los griegos. Algunos de sus trozos, tanto líricos como dramáticos, revelan el talento poético del autor del *Monserrate*, formando en su conjunto una composicion muy notable para su tiempo; pero fáltanle caractéres bien trazados, vida y calor poético en la accion; y así, aunque se ve que la intencion del poeta era dar al drama una direccion enteramente opuesta á la que le señalaba su destino, no consiguió su objeto [7].

Como era de suponer, esta tentativa no fué aislada;

[7] Moratin, «Catálogo», números 140, 141, 146, 148 y 149; y Martínez de la Rosa, «Obras», t. II, pp. 153-157. — La comedia de Andrés Rey de Artieda sobre los «Amantes de Teruel» (1581), pertenece á este tiempo y á la misma ciudad de Valencia. — Jimeno, t. I, p. 263. — Fuster, «Biblioteca», t. I, p. 212.

acometióse en varias ocasiones y por distintas personas, tanto mas, cuanto que la época se prestaba á ello, puesto que el teatro clásico antiguo era ya bastante conocido en España. Las traducciones que hemos citado de Villalobos, en 1515, y de Oliva, en 1536, fueron seguidas en 1543 de una de Eurípides por Boscan [8], en 1555, de la de dos comedias de Plauto, obra de autor desconocido, y en 1570 á 1577 del *Pluto*, de Aristófanes; la *Medea*, de Eurípides, y el teatro entero de Terencio, que puso en castellano Pedro Simon Abril [9]. Esta aficion á los modelos clásicos produjo los *Menecmos*, de Timoneda, y la *Elisa Dido*, de Virués, como tambien otras dos tentativas del mismo género, que merecen especial mencion.

Es la primera de Jerónimo Bermudez, natural de Galicia, y que se supone nació por los años de 1530 y murió en el de 1590. Hallándose de lector en teología en la universidad de Salamanca, publicó en Madrid, el año de 1577, dos dramas, que intituló con osadía *Primeras tragedias españolas* [10]. Ambos están fundados en la conocida historia de D.ª Inés de Castro; constan de cinco actos, están en verso, y tienen coros á imitacion del teatro antiguo; pero en cuanto á su mérito respectivo, hay gran desigualdad. La primera, que es la *Nise lastimosa*, cuyo título está tomado del anagrama del nombre de

[8] La traduccion de «Eurípides» por Boscan no llegó á imprimirse, pero consta en el privilegio dado por el Emperador á la viuda de Boscan para imprimir las obras de su marido, á 18 de febrero de 1543, que está al frente de la primera edicion, publicada el mismo año en Barcelona.

[9] Pellicer, «Biblioteca de traductores españoles», t. II, p. 145 y siguientes.

[10] El «Parnaso español» de Sedano (t. VI, 1772) contiene las dos tragedias de Bermudez y algunas noticias de su vida.

Inés, trasformado en Nise, no es mas que una buena traduccion de la tragedia portuguesa *Inés de Castro*, de Ferreira, que aunque muy defectuosa en su estructura, está llena de ternura y bellezas poéticas; la segunda, *Nise laureada*, recoge la tradicion histórica despues de la muerte cruel y violenta de aquella dama, y refiere la coronacion de sus yertas cenizas á los veinte años de su inhumacion, y el nuevo enlace del Príncipe con ellas; terminando con una escena que representa la ejecucion de sus asesinos, llena de pormenores horribles y repugnantes, y en un lenguaje muy acomodado al asunto. Ninguna de estas dos piezas influyó sensiblemente en el drama español, pero es preciso reconocer que la *Nise lastimosa* tiene trozos de poesía de alto mérito, como el hermosísimo coro al amor, al fin del primer acto, el sueño de D.ª Inés en el tercero, y el diálogo entre la Princesa y las mujeres de Coimbra, que respira la sencillez griega; aunque es preciso confesar que Bermudez tomó estos dos últimos pasajes del drama de Ferreira [11].

Algo mayor fué la sensacion que causaron en el público tres tragedias escritas por el eminente poeta lírico Lupercio Leonardo de Argensola, y de las que hablarémos luego con extension, si bien con el tiempo cayeron en el mismo desprecio y olvido que las que hemos mencionado. Escribiólas cuando apenas contaba veinte años, y se representaron hácia 1585. «¿Os acordais, dice el canónigo en el *Don Quijote*, que há pocos años que se re-

[11] La «Castro» de Ferreira, una de las obras mas puras y bellas que ostenta la poesía portuguesa, se halla en sus «Poemas» (Lisboa, 1771, 12.º, t. I, pp. 123, etc.); su autor murió en la peste de Lisboa de 1569, á los cuarenta y un años de su edad.

presentaron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta de estos reinos, las cuales fueron tales, que admiraron, alegraron y sorprendieron á cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos; y dieron mas dineros á los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que despues acá se han hecho?—¿Sin duda, respondió el actor, que digo, que debe de decir vuesa merced por la *Isabela*, la *Filis* y la *Alejandra*?—Por esas digo.»

Es seguramente extraordinario este juicio de Cervantes, y mucho mas puesto en boca del discreto y erudito canónigo de Toledo, pudiendo tomarse como prueba del inmenso aplauso con que fueron recibidas; á pesar de lo cual la memoria de ellas se perdió en tales términos, que durante muchos años fué desconocido hasta el nombre del famoso poeta á quien Cervantes alude, y aun se sospechó que habia querido elogiarse rebozadamente á sí mismo. Por fin se descubrieron casualmente dos de ellas entre 1760 y 1770, y quedó resuelto el enigma luego que se vió eran obra de Lupercio Leonardo de Argensola [12].

Por desgracia no correspondieron ni con mucho á las esperanzas que hacian concebir los sinceros y generosos elogios de Cervantes: ambas están escritas en variedad de metros, con poesía rica y flúida, y vese en ellas la intencion de imitar al teatro griego, intencion que suscitó sin duda la tentativa, entonces reciente, de Bermudez: constan de tres actos, y están suprimidos los coros que

[12] Publicáronse por primera vez en el «Parnaso español» de Sedano, tomo VI, 1772.—El mismo Sedano, Martin y Martinez de la Rosa hablan de ellas con extension. — La «Filis» no ha parecido.

en un principio las acompañaban. La peor de ellas es la *Alejandra*: la escena pasa en Egipto, y la fábula, que es toda invencion de Argensola, tiene mucho de horrible y espantosa. Casi todos sus personajes, excepto un mensajero, mueren durante la accion; vense cortar cabezas de niños y arrojarlas luego á los piés de sus padres; y la falsa Reina, después de haber sido convidada á lavarse las manos en la sangre del hombre á quien tan villanamente estaba unida, se corta la lengua con sus propios dientes y la escupe al rostro de su malvado esposo. La traicion y la rebelion son los dos incidentes que mas sobresalen en este compuesto de atrocidades y horrores.

Algo mejor es la *Isabela*, aunque tampoco merece gran elogio: la fábula se refiere á uno de los primeros reyes moros de Zaragoza, que destierra de su reino á todos los cristianos, intentando vanamente apoderarse de Isabela, doncella cristiana, de quien está perdidamente enamorado, mientras ella lo está de un noble moro, á quien ha convertido á la fe cristiana, sufriendo por último ambos esposos la corona del martirio. Los incidentes son muchos, y algunos bien imaginados; pero en la combinacion y enlace no hay el menor conocimiento dramático, ni el lenguaje es tampoco bastante natural y vivo para inspirar interés al auditorio. Por último, la *Isabela* está tan llena de horrores como la *Alejandra*, pues los nueve personajes principales mueren á mano airada, y sus cadáveres, ó á lo menos las cabezas de la mayor parte de ellos, se muestran al espectador, lo cual no impide que en la última escena el autor manifieste alguna repugnancia á agravar mas el espectáculo con un suicidio. La pieza comienza con un prólogo, que recita la Fa-

ma, quejándose del estado lastimoso en que se halla el arte escénico; y concluye con un epílogo frio, descolorido y hasta inútil, que pronuncia la sombra de Isabela recien muerta.

En medio de todo, encuéntranse en los larguísimos cuanto fastidiosos discursos que componen la tragedia algunos trozos de elocuencia poética, mas bien que de verdadera poesía: en una ó dos ocasiones solamente se halla el verdadero sentimiento, la pasion trágica; como por ejemplo, la escena en que Isabela y su familia se ven amenazados del destierro y de la muerte, y la de su amante Adulce con Aja, la hermana del Rey, que ama desinteresadamente al mismo Adulce, á pesar de conocer su pasion por la hermosa cristiana. Con todo, no se comprende cómo un drama de esta especie produjo el efecto de que nos habla Cervantes, á no suponer que los españoles, aficionadísimos desde un principio á las diversiones dramáticas, no hallasen cosa de su gusto en cuanto habian visto anteriormente, hasta que Argensola escribió sus tragedias en circunstancias tan favorables, que produjeron un entusiasmo universal.

Las tragedias de Argensola, por su fecha, ya que no por su espíritu é índole, nos llevan naturalmente á la época brillante que se abre con los nombres grandes é imponentes de Cervantes y Lope de Vega, y por consiguiente señalan el término de la historia del primitivo teatro español. Pues si volvemos ahora la vista y consideramos su estado, carácter y variaciones durante el largo período que hemos examinado, podemos deducir fácilmente tres conclusiones muy importantes [15]:

[15] Es muy probable que á fuerza de diligencias se pudiesen recoger mu-

Es la primera de ellas que las tentativas hechas para crear y formar completamente un drama nacional en España fueron débiles y escasas: en los dos siglos siguientes á su nacimiento nada anuncia con claridad que el teatro pasase de ser un espectáculo pantomímico, rudo y grosero, aunque tampoco es improbable se añadiesen de vez en cuando algunos diálogos á la manera de los misterios que por aquel tiempo se representaban en Francia é Inglaterra. En el siguiente, que nos conduce hasta Lope de Rueda, no hallamos nada superior á las *Coplas de Mingo Revulgo*, que son mas bien una sátira política, animada y picante que un drama; las églogas dramáticas de Juan del Encina y Gil Vicente, y la *Propaladia*, mas dramática aun, de Torres Naharro, con algunas traducciones de los antiguos poco comunes y conocidas. Durante los cincuenta años siguientes, en que Lope de Rueda acomete la empresa de crear el drama popular, solo encontramos las farsas suyas y de sus amigos, lo poco que se trabajó en Sevilla y Valencia, y las pobres tragedias de Bermudez y Argensola, quienes sin duda alguna procuraron seguir el camino, seguro y respetable, abierto por los antiguos clásicos de la Grecia. De manera que en tres siglos y medio, y muy cerca de cuatro, la poesía dramática española apenas junta un caudal comparable con el que en los cincuenta últimos años del mismo período lograron reunir la Francia y la Italia, y que al final de dicho período, es decir, hácia 1585, el genio nacio-

chos dramas de autores desconocidos y correspondientes al período desde Lope de Rueda hasta Lope de Vega, es decir, de 1560 á 1590, y de los cuales no tiene noticia el público; pero tambien lo es que este trabajo no aumentaria mucho lo que ya sabemos del verdadero carácter y progresos del drama en aquel tiempo. (Aribau, «Biblioteca», t. II, pp. 163-223, notas.)

nal no se hallaba mas inclinado al drama que en Inglaterra, donde Greene y Peele preparaban ya el terreno á Marlowe y á Shakespeare.

A esto hay que añadir que el aparato dramático, en punto á trajes y escenario, era pobrísimo é imperfecto: durante todo el tiempo á que aludimos las representaciones escénicas en España eran ó pantomimas religiosas celebradas en las iglesias, ó espectáculos particulares en la corte y casas de los magnates. Lope de Rueda fué el primero que las sacó á las plazas públicas, acomodándolas al gusto, inteligencia y carácter popular; pero tampoco tuvo teatro permanente, y sus graciosas farsas se representaban en tablados provisionales por su compañía ambulante, que se detenia muy pocos dias hasta en las ciudades mas populosas, atrayendo el concurso del pueblo, que acudia á verlas con entusiasmo.

La primera noticia que tenemos de algo que se aproxime á un establecimiento teatral (y no se crea que por establecimiento teatral queremos designar un teatro ó coliseo, segun la acepcion moderna de dicha palabra), es del año de 1568, en que se celebró un contrato ó compromiso entre la Iglesia y el teatro, cuyos efectos han subsistido en Madrid y en otros puntos de la Península hasta nuestros dias. Recordando sin duda el orígen de las representaciones escénicas, que solo tuvieron por objeto en un principio el promover la devocion y prácticas religiosas, el Gobierno dispuso formalmente que ninguna compañía cómica pudiese representar en Madrid sino en local designado por dos cofradías religiosas, que se nombran en la real cédula y á las cuales habia de pagarse cierta cantidad; mas tarde, en 1583,

se agregó á aquellas dos corporaciones el Hospital General [16]. Bajo estas bases hallamos que en 1568 se empezaron á representar comedias, si bien en corrales ó patios al aire libre, sin abrigo de ninguna especie, sin asientos ni aparato alguno, á no ser el que con tanta gracia describe Cervantes cuando dice que el vestuario de una compañía podia recogerse y guardarse en unos cuantos sacos.

De este modo continuó el teatro por algunos años : las compañías dramáticas eran todas ambulantes, ó como vulgarmente se dice, de la legua, y aun en Madrid mismo se detenian solo por unos dias ; no habia puesto ó sitio determinado para recibirlas, y las cofradías les destinaban un dia un local y otros otro. Trabajaban los domingos y fiestas, de dia y solo cuando lo permitia el buen tiempo ; como hemos dicho, al aire libre, separado el público segun los sexos [17], y en número tan corto, que la ganancia que el Hospital y cofradías sacaban de cada funcion no pasaba por lo comun de ocho á diez duros. Colocóse por último un escenario, pusiéronse bancos, aunque siempre faltaba techo ó cubierta ; los espectadores estaban al aire libre ó en las ventanas de las casas en cuyos patios se celebraba el espectáculo, y los actores salian vestidos de un modo pobrísimo, sin que nada anunciase que aquello era un teatro ; y á la verdad bien puede decirse que los de Madrid no estu-

[16] Las cofradías eran : la de la Sagrada Pasion, fundada en 1565, y la de la Soledad, en 1567. — D. Casiano Pellicer, en su «Orígen de la comedia en España», refiere de una manera bastante indigesta los principios del teatro en Madrid; pero en ninguna parte se encuentran mejor explicados. (T. I, pp. 43-77.)

[17] Pellicer, «Orígen, etc.», t. I, página 83.

vieron hasta 1586 en estado de alentar á los escritores á la creacion de un drama nacional respetable.

Viniendo al último punto, tampoco era fácil conseguir este objeto con las piezas hasta entonces escritas, aun cuando su número hubiera sido mayor. Las églogas de Juan del Encina, primeros dramas representados en España por actores que ni eran clérigos ni caballeros, no fueron en realidad mas de lo que significa su título, aunque modificado el tono bucólico por las ideas y acontecimientos políticos y religiosos á que se refieren: dos ó tres comedias de Torres Naharro y algunas de Juan de la Cueva manifiestan ya una intencion mas decidida de exponer al público el carácter histórico y vivo del drama; pero las primeras solo fueron conocidas por largo tiempo en Italia, donde se escribieron y publicaron: las traducciones del teatro antiguo que hicieron Villalobos, Fernan Perez de Oliva y Pedro Simon Abril no es probable se escribiesen para representarse, ni podian tampoco acomodarse al gusto del pueblo; al paso que Bermudez, con sus tragedias, una de las cuales está tomada de un original portugués, y con otra, llena de horrores, de su propia cosecha, es claro hizo muy poco por el drama, y así es que todas ellas fueron poco atendidas en sus principios, y muy pronto olvidadas completamente.

De aquí se infiere que antes del año 1586 solo habia dos autores de quien fundadamente podia esperarse la creacion de un drama popular y permanente. El uno Argensola, cuyas tres tragedias obtuvieron un éxito desconocido hasta entonces, si bien se acomodaban tan poco al gusto y carácter del pueblo, que luego empezó á mirarlas con indiferencia, y después olvidólas del

todo. El otro, Lope de Rueda, actor y escritor á un tiempo de las farsas que conocemos, y con las que se propuso divertir al público; consiguiólo en efecto, y fundó una escuela, que siguieron después Alonso de la Vega y Cisneros, escribiendo farsas en prosa, tan populares y propias de su tiempo, que apenas ha llegado á los nuestros una de ellas. Por consiguiente, los esfuerzos pobres y escasos que antes de 1586 se hicieron en España en favor del drama fueron tan mal dirigidos, y fundados en principios tan diversos y contradictorios, que no era posible lograsen establecer sobre sólidas bases el teatro nacional.

Pero aunque no estaban aun echados los cimientos, todo anunciaba que se iba caminando á dicho fin y que se conseguiria en breve. El teatro, en medio de su rudeza y grosería, tenia ya la ventaja de estar colocado en dos puntos determinados, y lo que es bastante singular, en los mismos que actualmente ocupan los dos teatros principales de Madrid; el número de actores, si bien pequeño, habia llegado á crear tal gusto y aficion á las representaciones escénicas, que Lopez Pinciano, hombre instruido, de gusto, y por consiguiente poco apto para gozar con dramas informes y rústicos, decia: «En »viendo los rótulos de Cisneros ó Galvez, me pierdo »por los oir, y mientras estoy en el teatro, ni el invierno »me enfria, ni el estío me da calor[18].» Y finalmente, el público que acudia á las diversiones imperfectas y poco

[18] «Philosophia antigua poética de A. L. Pinciano.» (Madrid, 1596, 4.°, p. 128).—Cisneros fué autor muy famoso del tiempo de Felipe II, y por quien el príncipe D. Cárlos tuvo una cuestion agria con el cardenal Espinosa. (Cabrera, «Felipe II», Madrid, 1619, folio, p. 470.) Floreció por los años de 1579 á 1586. (Pellicer, «Origen de la comedia», t. I, pp. 60 y 61.)

esmeradas que se le ofrecian, no habia aun resuelto qué género de drama debia ser el nacional, pero sí que este debia existir y estar fundado en el carácter y costumbres nacionales.

---

## CAPITULO IX.

**Fr. Luis de Leon.—Su juventud.—Sus persecuciones.—Traduccion del Cantar de los cantares. — Nombres de Cristo. — La perfecta casada, y otras obras en prosa.—Su muerte.—Sus poesías.—Su carácter.**

No debe olvidarse que al tratar del orígen y principios de la escuela italiana y del teatro hoy existente, no hemos tenido ocasion de mencionar un elemento primordial y distintivo del carácter español y que aparece casi siempre en la gran masa de la literatura nacional: hablamos del elemento religioso. La guerra contra el islamismo por un lado, y el espíritu de lealtad y caballerismo por el otro, desarrollaron un respeto á la Iglesia ó mas bien á la religion de la Iglesia, y una devocion hondamente arraigada, aunque equivocada en las formas y direccion que tomó, pero formulada en una poesía bella y expresiva. La mejor prueba de que este sentimiento se conservó puro y sin variacion alguna durante el siglo XVI la suministra el carácter de un ilustre español, nacido veinte años después de D. Diego Hurtado de Mendoza; persona cuyo carácter dulce y respetuoso tomó el camino que su antecesor no quiso nunca seguir.

Luis Ponce de Leon, llamado, por el estado religioso que abrazó en su primera edad, «Fr. Luis de Leon», nació en Belmonte el año de 1528, y vivió allí hasta los cua-

tro ó cinco años de su edad, época en que su padre, que ejercia la profesion de abogado, mudó su residencia, primero á Madrid, y luego á Valladolid, siguiendo la corte. La educacion que recibió fué proporcionada á la clase distinguida á que pertenecia, y á los catorce años pasó á Salamanca, donde á los pocos meses, cediendo á los fervorosos impulsos de la religion, vistió el hábito en el convento de San Agustin.

Pero cabalmente su crédito y los honores que acumuló le granjearon entonces un sinnúmero de enemigos, que hallaron fácilmente medios de inquietarle y turbar su reposo[1]. Eran los principales los frailes dominicos de Salamanca, con quienes es notorio tuvo de continuo acaloradas discusiones en las conferencias celebradas en las aulas de la universidad; rivales todos á quienes habia vencido en concursos públicos para la provision de los cargos que obtuvo, y que, por consiguiente, no podian perdonarle sus triunfos. Con tales contrarios solo se necesitaba ocasion oportuna para el ataque: el primer pretexto de que se apoderaron fué una traduccion hecha por Leon de los *Cantares de Salomon* en lengua castellana, considerándolos como una composicion bucólica. Añadióse á esto que en las conferencias de su cátedra en la univer-

[1] «Obras del Maestro Fr. Luis de Leon» (Madrid, 1804-1816, seis tomos 8.°, t. v, p. 292); pero en la rica é importante «Coleccion de documentos inéditos para la historia de España» de don Miguel Salvá y D. Pedro Sainz de Baranda, tt. x y xi (Madrid, 1847-1848, 8.°) se encuentra inserta la causa de Fray Luis de Leon, sacada del archivo de la Inquisicion de Valladolid, y existente ahora en la Biblioteca Nacional de Madrid: ocupan estos inmensos y variados documentos mas de novecientas páginas, donde puede observarse la sagacidad de las usurpaciones eclesiásticas, y los medios mañosos y sutiles de que la Inquisicion se valia para destruir la libertad intelectual y los adelantamientos de un pueblo entero. En cuanto á la enemiga de los frailes dominicos de Salamanca contra Fr. Luis de Leon, y la envidia de sus competidores, véanse los citados «Documentos», t. x, p. 100 y otras.

sidad habia dicho que la traduccion de la *Vulgata* era susceptible de enmiendas, y finalmente se insinuó que al paso que por una parte se inclinaba á opiniones nuevas y peligrosas, aludiendo al luteranismo, por otra se le notaba cierta tendencia á interpretar las Escrituras judáicamente, imputándosele tambien el tener sangre hebrea en sus venas : acusacion grave y delicada á los ojos de los españoles, que siempre se han preciado de cristianos viejos, sin mezcla alguna de herejía [2].

La primera denuncia ó acusacion contra él se hizo en Salamanca ante los comisarios del Santo Oficio, el dia 17 de diciembre de 1571. Durante largo tiempo todas las diligencias se practicaron segun las reglas misteriosas y sombrías de aquel tribunal y con el mas profundo sigilo; estando el proceso en estado de sumaria, se examinaron unos veinte testigos, cuyas declaraciones fueron consignadas por escrito, dándose al mismo tiempo comision para examinar á otros en Granada, Valladolid, Murcia, Cartagena, Arévalo y Toledo: pasos todos que indican se trató de dar al proceso, por su misterio, uniformidad y atencion, el carácter de una vasta conspiracion urdida contra una persona cuya instruccion y opiniones se consideraban peligrosas [3].

Por último corrióse el velo, y el 6 de marzo de 1572 fué citado Leon ante el tribunal de la Inquisicion de Salamanca y acusado de haber traducido en lengua vulgar el *Cantar de los cantares*, dejando por el pronto en silen-

[2] «Documentos inéditos», t. x, páginas 6, 12, 19, 146-174, 207, 208, 449-467.

[3] «Documentos inéditos», t. x, páginas 26, 31, 74, 78, 81, 92. —Llegaron las cosas al punto de pedirse declaraciones en la ciudad del Cuzco, en el Perú, adonde habia llegado, segun parece, una copia manuscrita de su version del «Cantar de los cantares». (P. 505.)

cio los demás cargos para aducirlos segun conviniese. Su respuesta, que segun aquel modo de enjuiciar, se llamaba técnica, aunque injustamente, «confesion,» fué clara, noble y explícita. Declaró, sin vacilar un instante, que en efecto habia trabajado la traduccion de que se le acusaba; pero que la habia hecho para una religiosa á quien él mismo la habia llevado, volviendo luego á recogerla tambien en persona; que sin embargo, y sin que él lo supiese, habia sacado una copia un lego que cuidaba de su celda, y que de ese modo se habia extendido y circulado; que en vano practicó las diligencias mas exquisitas á fin de hacerse con las diferentes copias manuscritas que corrian, é impedir su circulacion; y por último, que el mal estado de su salud le habia hasta entonces impedido concluir otro trabajo que tenia empezado, el cual era una traduccion latina del mismo libro, que ilustrada con notas, haria ver sus verdaderas opiniones, hasta no dejar la menor duda acerca de su conformidad con las doctrinas de la Iglesia. Confesó al mismo tiempo que se sometia humildemente y sin condicion alguna á la autoridad del Santo Oficio, y declaró su devoto propósito de profesar, amar y defender siempre las doctrinas y los dogmas de la fe católica[1].

En este estado de la causa, y no existiendo otro motivo mas que el ya citado y ostensivo, es probable se hubiera sobreseido en ella, sin hablar mas del asunto; pero no sucedió así. Sus enemigos personales, desnudos de todo escrúpulo de conciencia, esparcieron la voz de que sus estudios bíblicos y los de su amigo Arias Montano podian

[1] «Documentos», t. x.

ser peligrosos para la Iglesia. Esto hizo seguir con mas vigor las actuaciones: la causa pasó al tribunal de Valladolid, y el 27 de marzo de 1572 Fr. Luis de Leon fué arrestado y preso en las cárceles secretas de la Inquisicion de dicha ciudad, donde durante mucho tiempo se le privó hasta del uso de un cuchillo de mesa, y no se le facilitó una hoja de papel ni un libro sin expresa licencia de los jueces encargados de su causa. Acumuláronse allí nuevas acusaciones, discurridas incesantemente por sus perseguidores; pero todas tan vagas é infundadas, que por último los delitos que se le imputaban quedaron reducidos á la traduccion arriba dicha y á sus palabras sobre la *Vulgata*.

Leon contestó con claridad, sencillez y franqueza á cuantas acusaciones se le fueron haciendo; mas de cincuenta veces fué llamado al tribunal, y las diferentes defensas que leyó en estas ocasiones y que existen todavía escritas de su puño y letra, ocupan mas de cien hojas en lenguaje puro y castizo, que no se distingue tanto por la rica elocuencia que generalmente reina en sus escritos, como por la extraordinaria agudeza é ingenio que tan precisos le eran entonces para rebatir las calumnias de sus encarnizados enemigos[5]; por último, apurados los recursos de la sagacidad clerical, empleados infructuosamente por espacio de cinco años, para quebrantar su espíritu, tan dulce y manso como firme é incontras-

[5] En todas las causas del Santo Oficio se comunicaban al acusado las declaraciones de los testigos, pero no sus nombres. Fr. Luis leia las de sus enemigos, y por su carácter y tono calculaba quiénes podian ser sus autores; así es que los nombró simultáneamente, tratándolos algunas veces con la severidad que merecian su falsedad é injusticia. En toda la causa demostró el candor de su carácter, la sencillez de su corazon, y su claro entendimiento y singular entereza. (Documentos, t. x, pp. 317, 326, 337, 368-371, 423, 495 y otras.)

table, los siete jueces pronunciaron, el 28 de setiembre de 1576, el fallo definitivo. Cuatro votaron que fuese sujetado á cuestion de tormento á fin de poner en claro sus intenciones respecto á los puntos ventilados en la acusacion y defensa; pero que, atendido el estado de salud del preso, el tormento fuese «moderado», y que con los datos que por este medio se adquiriesen, se continuase la instruccion del proceso. Dos opinaron que fuese reprendido en la sala del tribunal por haberse arrojado en tales tiempos á suscitar cuestiones que podian mover peligros y escándalos, y que en seguida declarase en presencia de la universidad reunida en claustro pleno que algunas de las proposiciones vertidas en sus escritos eran sospechosas y mal sonantes, y que en adelante se le prohibiese el ejercicio del magisterio. Solo uno reclamó el derecho de manifestar su parecer por escrito, aunque no se ha podido averiguar si lo hizo ó no, ni cuál fué su opinion en asunto tan delicado.

Sin embargo, todos sus jueces, hasta los que menos se inclinaban á la benignidad, debieron quedar persuadidos, por el lenguaje y aspecto del preso y por la no validez de las pruebas contra él alegadas, de que por ningun estilo y en ningun tiempo habia abandonado la fe y creencias de la Iglesia romana; á pesar de lo cual los mas blandos proponian por castigo leve la degradacion y el oprobio de un religioso sabio, virtuoso y modesto; los mas duros se decidian por un acto de crueldad horrible, cuyos efectos no hubiera seguramente podido resistir una persona débil y valetudinaria. El tribunal de la Suprema, residente en Madrid, á quien el caso fué consultado, procedió con su acostumbrada frialdad y su impasible caute-

la en el fallo definitivo : no hizo caso alguno de la sentencia de Valladolid, que consideró como no pronunciada, y el 7 de diciembre de 1576 declaró solemnemente que el acusado Fr. Luis de Leon quedaba «absuelto de la instancia del juicio», encargándole para lo venidero la circunspeccion en tales materias, marcándole el tiempo, lugar y modo de tratarlas, aunque con la debida moderacion y reserva para evitar el escándalo y no dar ocasion á errores; decretando además que se suprimiese su traduccion del *Cantar de los cantares* en lengua vulgar. Comunicada esta sentencia al interesado en la forma ordinaria, fué puesto en libertad, con las advertencias de costumbre de no conservar odio ni mala voluntad á persona alguna de quien sospechase haber declarado contra él, y de guardar completo silencio en todo lo relativo á su causa, so pena de excomunion y demás castigos que fuesen necesarios : todo lo cual juró cumplir puntualmente, como es de creer lo hizo [6].

Tal fué el fin de este singular proceso, cuyos curiosos pormenores demuestran lo sagaz, constante y poco escrupulosa que era la Inquisicion en sus procedimientos, aun cuando se tratase solo de una simple averiguacion; lo cruelmente que castigaba á los hombres mas distinguidos y devotos, por sola la sospecha vaga de que tendian á discutir aquellas cuestiones capaces de perturbar en lo mas mínimo las creencias y la fe de los españoles, ó á despertar dudas ú opiniones que pusiesen en riesgo el imperio absoluto de la Iglesia sobre las conciencias y has-

[6] «Documentos», t. x, pp. 351-357. La sentencia del consejo de la Suprema solo tenia las cuatro rúbricas de los ministros de aquel elevado y misterioso tribunal, en el cual únicamente el secretario firmaba con su nombre y apellido.

ta en las relaciones sociales y domésticas. La misma lealtad y franqueza con que un hombre como Fr. Luis de Leon dobló su cerviz ante el sombrío y feroz tribunal á cuya presencia fué llamado, reconociendo sincera y humildemente su justa autoridad, y sometiéndose completamente á sus resoluciones, es una prueba dolorosa del estado de postracion y abatimiento á que estaban entonces reducidos los hombres mas ilustres é instruidos; triste anuncio de la degradacion y decadencia del espíritu nacional, quebrantado y oprimido por el despotismo religioso.

En medio de sus desgracias, la universidad permaneció fiel á su ilustre profesor, conservando vacantes las cátedras que desempeñaba, y no permitiendo que ninguno ocupase su puesto. Inmediatamente que salió de las cárceles del Santo Oficio, Fr. Luis se presentó en las venerables aulas de Salamanca, y es sin duda alguna un rasgo muy bello de su carácter que al ocupar su cátedra el 30 de diciembre de 1576, rodeado de un numeroso auditorio, ansioso de oirle y escuchar cómo se explicaba y aludia á las persecuciones que acababa de sufrir, comenzó diciendo sencillamente: «Como deciamos ayer,» etc.; y siguió sin afectacion alguna, dando á entender que los cinco años de amargo encarcelamiento eran un paréntesis de su existencia, y que habia perdido hasta la memoria de los crueles padecimientos de que habia [7] sido víctima inocente.

Creyóse, sin embargo, oportuno que vindicase su re-

[7] Villanueva (Vida, Lóndres, 1825, t. I, p. 340) dice que todos los documentos del proceso de Fr. Luis de Leon, inclusas sus respuestas, verdaderamente admirables, se hallaron en 1813 en el archivo de la Inquisicion de Valladolid, y que no se imprimieron por falta de recursos; y es lástima, porque hubiera sido una coleccion muy curiosa.

putacion de la mancha que habian querido imponerle sus émulos, y por consiguiente, en 1580 publicó, á ruego de sus amigos, un extenso comentario latino del *Cantar de los cantares*, interpretando cada capítulo de varios modos, directa, simbólica y místicamente, dando á toda la obra el carácter oscuro y místico que podia apetecer el católico mas nimio, aunque sin ocultar su opinion primera de que la composicion era una égloga pastoril. Por el mismo tiempo preparó otra obra en castellano al mismo asunto, que se halló después entre sus papeles, y muy semejante á la que habia causado su persecucion, si bien no creyó prudente el imprimirla. Tambien quedó inédita la traduccion que nuevamente hizo del mismo *Cantar* en octavas españolas, égloga bellísima, en que se ven, no solo las facultades poéticas de su autor, sino tambien el espíritu de libertad que presidia á todas sus investigaciones teológicas, en tiempos en que el discurrir sobre estas materias se consideraba como un crímen. Ambas obras se han impreso después, la primera en 1798, la segunda en 1806, y es de observar que la defensa de la traduccion tiene la fecha de 1573 «en las cárceles de la Inquisicion», y se halló entre los papeles de estado que se conservan en el archivo de Simancas.

Escribió igualmente durante su prision una obra extensa en prosa, que intituló *Nombres de Cristo*, singular testimonio de la devocion, elocuencia y ciencia teológica de los españoles en aquella época : de ella publicó tres libros en 1583 y 1585, pero no llegó á concluirla. Está en forma de diálogo como las *Questiones tusculanas*, que probablemente quiso imitar; y su objeto fué mo-

ver á piedad y devocion por medio de una serie de discursos sobre el carácter del Salvador, considerado como hijo, príncipe, pastor, rey, etc. Algunas veces parece como que se olvida de la forma misma que ha adoptado; porque el diálogo, en vez de constituir una cuestion ó disputa, es mas bien una cadena de oraciones, y hasta se introduce en él un sermon que no cede en mérito á ningun otro en cualquier lengua, y es cuando retrata á Cristo como padre. Podemos pues considerar el libro todo como una coleccion de declamaciones sobre el carácter de Jesucristo, contemplado bajo los diversos aspectos que miraba en él el espíritu de devocion. Hay en él trozos muy elocuentes, y la lengua ostenta á veces una lozanía comparable á la que se encuentra en los monumentos primitivos de la literatura española, en prueba de lo cual citarémos el siguiente pasaje, que ilustra el nombre de Príncipe de Paz dado á Cristo, y pone de manifiesto la admirable armonía del mundo moral con el mundo físico.

«Quando la razon no lo demostrara, ni por otro camino se pudiera entender quán amable cosa sea la paz, esta vista hermosa del Cielo que se nos descubre agora, y el concierto que tienen entre sí aquestos resplandores que lucen en él, nos dan dello suficiente testimonio. Porque ¿qué otra cosa es sino paz ó ciertamente una imágen perfecta de paz esto que agora vemos en el Cielo y que con tanto deleyte se nos viene á los ojos? Que si la paz es, como San Agustin breve y sosegadamente concluye, una órden sosegada, ó contener sosiego y firmeza en lo que pide el buen órden, eso mismo es lo que nos descubre agora esta imágen. Adon-

»de el exército de las estrellas, puesto como en orde»nanza y como concertado por sus hileras, luce hermo»sísimo, y adonde cada una de ellas inviolablemente »guarda su puesto, adonde no usurpa ninguna el lugar de »su vecina ni la turba en su oficio, ni menos, olvidada »del suyo, rompe jamás la ley eterna y santa que le puso »la Providencia; antes, como hermanadas todas y como »mirándose entre sí y comunicándose sus luces las ma»yores con las menores, se hacen muestra de amor, y »como en cierta manera se reverencian unas á otras, y »todas juntas templan á veces sus rayos y sus virtudes, »reduciéndolas á una pacífica unidad de virtud, de par»tes y aspectos diferentes compuesta, universal y po»derosa sobre toda manera. Y si ansí se puede decir no »solo son un dechado de paz clarísimo y bello, sino un »pregon y un loor que con voces manifiestas y encareci»das nos notifica quán excelentes bienes son los que la »paz en sí contiene y los que hace en todas las cosas [8].»

A pesar de todo, no es el elocuente libro de *Los nombres de Cristo* la obra en prosa mas popular de Fr. Luis de Leon; esta distincion pertenece de derecho á *La perfecta casada*, tratado que compuso en forma de comentario sobre algunos versículos de los *Proverbios de Salomon*, para uso de una señora recien casada, y que se imprimió por primera vez en 1583. Pero no es necesario hacer aquí mencion especial de él, como tampoco de la exposicion del libro de Job, que consta de dos tomos, y á la que acompaña la traduccion en verso, co-

[8] «Obras», t. III, pp. 342, 343.— Puede compararse este hermosísimo pasaje con una oda suya, aun mas bella, intitulada «Noche serena», á la que se parece muchísimo.

menzada en las cárceles del Santo Oficio por pura distraccion, y concluida un año antes de morir, aunque nadie se atrevió á publicarla hasta el año 1779. En ambas brilla la misma humildad y fe, el mismo fuego y entusiasmo, la misma elocuencia que á veces resalta tambien en sus *Nombres de Cristo*, si bien esta última obra, como concluida y limada por el autor con toda la madurez de su grande ingenio, ostenta mas fuerza y vigor que ninguna de las demás. Sin embargo, el carácter de sus escritos en prosa, hasta de los mas didácticos, es siempre el mismo, y la riqueza de imágenes y diccion del pasaje que hemos citado es una muestra acabada de la perfeccion de estilo á que constantemente aspiraba Fr. Luis de Leon.

Su salud quedó resentida para siempre de lo que sufrió en los calabozos de la Inquisicion; y aunque sobrevivió á este suceso catorce años, la mayor parte de sus escritos, así latinos como castellanos, fueron obra del tiempo anterior á su prision ó del que pasó en ella; así como después no concluyó ninguno de los que tenia comenzados, como la *Vida de Santa Teresa* y otras varias. Vivió siempre muy retirado, á lo que contribuyó no poco su natural inclinacion, además de que el silencio y reserva que de ordinario guardaba manifiesta claramente la austeridad de sus costumbres. En la carta que con sus poesías remitió á su amigo D. Pedro Puertocarrero, ilustre político de la corte de Felipe II y miembro del consejo de la Suprema, dice que, á pesar de haber vivido siempre en Castilla la Vieja, podian contarse sus amigos por los dedos de la mano, es decir, que cuando mas, llegaban á diez; pero su fama y renombre fueron

grandes, y todo el mundo le honraba y respetaba, particularmente en los últimos años de su vida. Su saber, sus persecuciones, su fe sincera y su resignacion verdaderamente cristiana, le granjearon la consideracion de amigos y enemigos; nada se hacia en su religion ni en la universidad sin pedirle consejo, y cuando murió, que fué en 1591, iba creciendo de dia en dia su importancia é influencia, y acababa de ser nombrado provincial de su órden y comisionado para establecer las bases de su reforma[9].

Además del carácter de escritor, bajo el cual hemos considerado á Leon, fué tambien poeta, y poeta no vulgar: parece que miró siempre con una especie de desden y hasta con abandono su talento poético, porque apenas hizo esfuerzos para cultivarle, y nunca se tomó la molestia de imprimir la menor cosa ni de hacerlo saber al siglo en que vivia; quizá mostró mas docilidad de la que debiera á la opinion dominante en su tiempo, de que la poesía era ocupacion impropia de su estado religioso, pues en el prefacio á sus traducciones de los *Salmos* dice con suma modestia: «Y nadie deba tener por »nuevos ó por ajenos de la Sagrada Escriptura los ver»sos, porque antes le son muy propios, y tan antiguos, »que desde el principio de la Iglesia hasta hoy los han

[9] Pueden recogerse los materiales para una nueva Vida de Fr. Luis de Leon en los curiosísimos manuscritos de Pacheco, publicados últimamente en el «Semanario pintoresco», 1844, p. 374; en D. Nicolás Antonio, «Biblioteca Nov. ad verb.»; en Sedano, «Parnaso español», t. v, y en el prólogo á la edicion de sus «Poesías», hecha por Mayans (Valencia, 1761), que tambien está en sus «Cartas de varios autores» (Valencia, 1773, 12.°, t. IV, pp. 398, etc.). Algunos le han dado por patria á Belmonte ó á Madrid; pero Pacheco atribuye este honor á Granada, y fija su nacimiento en 1528 ó 1527. —Pacheco hace además una descripcion de su persona, y da la noticia muy poco conocida de que Fr. Luis era muy aficionado á la pintura é hizo muy bien su propio retrato.

»usado en ella muchos hombres grandes en letras y san»tidad, que nombrara aquí si no temiera ser muy pro»lixo. Y pluguiera á Dios que reinase esta sola poesía en »nuestros oidos, y que solo este cantar nos fuese dulce, »y que en las calles y en las plazas de noche no sonasen »otros cantares, y que en estos soltase la lengua el ni»ño, y la doncella recogida se solazase con esto, y el »oficial que trabaja aliviase su trabajo aquí. Mas ha lle»gado la perdicion del nombre cristiano á tanta desver»güenza y soltura, que hacemos música de nuestros vi»cios, y no contentos con lo secreto de ellos, cantamos »con voces alegres nuestra confusion.»

Pero dejando á un lado sus opiniones sobre la conveniencia de esta ocupacion con su estado clerical, lo cierto es que solo en sus últimos años pensó en recoger sus versos, la mayor parte fruto de su juventud, y entonces solo los reunió para el uso particular de un amigo, y sin el menor pensamiento de publicarlos; de manera que no se imprimieron hasta cuarenta años después de su muerte, por diligencias del célebre Quevedo, quien los dió á luz, segun él dice, para que ayudasen á corregir el mal gusto que en su tiempo se habia introducido en la poesía. Después acá se han reimpreso muchas veces, y por último, en 1816 los publicó de nuevo, muy bien coordinados y cotejados con otras ediciones, el Padre Merino, monje profeso de su misma religion [10].

Su mérito es grande: consisten en traducciones de todas las *Eglogas* y dos de las *Geórgicas* de Virgilio, de unas treinta odas de Horacio, como cuarenta salmos

[10] Las poesías de Fr. Luis de Leon ocupan el último tomo de sus «Obras»; pero hay entre ellas algunas que indudablemente no son suyas.

y algunos fragmentos de poetas griegos é italianos; escrito todo con mucho brio y soltura y en castellano purísimo y castizo. A pesar de su facilidad y primor en la versificacion, escribió muy poco: sus poesías originales ocupan solamente unas cien páginas; verdad es que apenas hay una línea que no sea de mucho valor, y que el conjunto de ellas puede colocarse sin reparo á la cabeza de la poesía lírica española. Son en general religiosas, y se ve con claridad la fuente en que el autor bebia sus inspiraciones. Fr. Luis de Leon tenia el alma enteramente hebrea, y su entusiasmo se enciende constantemente con la Sagrada Escritura; pero no por eso deja de ser nacional y patriótico; casi todas sus mejores composiciones están escritas en el antiguo metro castellano, con una pureza clásica, con un vigor y exactitud desconocidos antes en la poesía española, y al que pocas veces ha llegado después [11].

Estas dotes son las que brillan eminentemente en su obra maestra al sentir de los españoles, que es su oda intitulada *Profecía del Tajo*, en la que el dios del rio predice á D. Rodrigo la conquista de España por los moros, en castigo de la violencia que aquel monarca habia

[11] Al calificar de hebrea el alma de Leon, recordamos á un contemporáneo suyo, muy semejante á él en este punto, y cuya suerte fué mas singular y desgraciada. Hablamos de Juan Pinto Delgado, judío portugués, que vivió mucho tiempo en España, abrazó la religion católica, volvió á la ley de Moisés, y huyó, por temor de la Inquisicion, á Francia, donde murió por los años de 1590. En 1627 publicó en Rouen, dedicado al cardenal Richelieu, entonces ministro, ó mas bien dueño absoluto de la monarquía de Luis XIII, un tomo de sus «Obras», que contiene los poemas históricos de Ester y Ruth, algunas traducciones libres de las «Lamentaciones de Jeremías», en coplas antiguas, sonetos y otros versos al gusto italiano. En todas ellas respira el amargo resentimiento de su destierro, y hay trozos llenos de ternura y de una versificacion armoniosa y delicada; trasluciéndose siempre el espíritu hebráico de su autor, cuyo nombre propio era Mosen Delgado. (Barbosa, «Bib. Lusit.», t. II, p. 722. — Amador de los Rios, «Judíos de España», Madrid, 1848, 8.°, página 500.)

hecho á la Cava, hija de uno de los grandes señores del reino : la composicion imita á la oda de Horacio en que Nereo en medio de las olas profetiza la ruina de Troya á Paris, quien, en circunstancias no absolutamente diversas, lleva robada la esposa de Menelao á su ciudad nativa, teatro después de una terrible lucha entre dos naciones; pero la oda de Fr. Luis de Leon está en antiguas quintillas castellanas, metro favorito suyo, y es tan fresca, natural y flúida como un romance nacional [12]. Sin embargo, los extranjeros, menos interesados en lo que es esencialmente español y lleno de alusiones á la historia patria, preferirán tal vez la bellísima oda intitulada *Vida retirada*, ó la dirigida á la inmortalidad, ó la incomparable *Noche serena*, escritas todas con la misma elevacion y pureza de espíritu, y en el mismo metro y entonacion.

La muestra mas notable y característica de su genio lírico es quizá la oda *A la Ascension*, cuya idea principal es tan original como natural y sencilla. El poeta pinta los pensamientos de los apóstoles al ver á su divino Maestro remontarse al cielo y perderse entre nubes, y les hace exclamar :

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto?
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
Los antes bien hadados,
Y los agora tristes y afligidos,

[12] Es la oda undécima de Fr. Luis de Leon, y puede muy bien compararse con la de Horacio (lib. 1, carm. 15), que le sirvió de modelo.

A tus pechos criados,
De tí desposeidos,
¿A dó convertirán ya sus sentidos? [13]

Concluirémos asegurando que para comprender bien el genio y el espíritu de Fr. Luis de Leon es preciso estudiar bien, no solo sus composiciones líricas, sino tambien sus escritos en prosa, pues si sus odas y cantos religiosos, bellísimos por la severidad y el buen gusto, le dan un puesto mas elevado que el que ocupan Klopstock y Filicaja, tambien su prosa, mas rica, y no menos castiza y pura, le coloca entre los grandes maestros de la elocuencia española [14].

[13] «Obras de Fr. Luis de Leon.» (Madrid, 1816, t. VI, p. 42.)

[14] En 1837 se representó en Madrid un drama de D. José de Castro y Orozco, intitulado «Fray Luis de Leon», en el cual se pinta al héroe renunciando al mundo y abrazando la vida del claustro por una pasion desgraciada; uno de los personajes que figuran en la composicion es el célebre D. Diego de Mendoza; pero, aunque escrito en estilo agradable, y no desnuda de mérito poetico, se resiente de lo impropio de su asunto y de la pobreza del enredo dramático.

# CAPITULO X.

**Cervantes.—Su familia.—Educacion.—Sus primeros versos.—Pasa á Italia.—Se encuentra de soldado en la batalla de Lepanto.—Cautivo en Argel.—Vuelve á su patria.—Sirve en la guerra de Portugal.—Su vida en Madrid.—Escribe la Galatea.—Carácter de esta obra.—Se casa.—Escribe para el teatro.—Sus Tratos de Argel.—Su Numancia.—Tendencia especial de sus obras dramáticas.**

La familia de Cervantes era originaria de Galicia, y cuando él nació, no solo contaba ya quinientos años de hidalguía y servicios, sino que estaba esparcida por toda España, y se habia extendido á Méjico y otros puntos de América [1]. La rama castellana, que en el siglo XV se

[1] Cuatro Vidas de Cervantes hay que merecen especial mencion entre las muchas que se han escrito: 1.ª La de D. Gregorio Mayans, que precede á la magnífica edicion castellana del «Quijote» publicada en Lóndres, en 1738 (cuatro tom. 4.º), bajo los auspicios de Lord Carteret; trabajo erudito y concienzudo, y primera tentativa hecha para recoger datos sobre la vida de Cervantes, aunque mal coordinados estos, y aquella pobremente escrita, y por lo tanto de escaso valor, excepto en algunas cuestiones incidentales. 2.ª La Vida de Cervantes y análisis del «Quijote», puestos al frente de la edicion del «Quijote» de la Academia Española (Madrid, 1780, cuatro tom. folio), obra de Don Vicente de los Rios, reimpresa después en varias ediciones; mejor escrita que la anterior, y enriquecida con algunos hechos nuevos, aunque con poca crítica y exagerados elogios. 3.ª Noticias para la Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, por D. J. A. Pellicer, impresas por primera vez en su «Ensayo de una biblioteca de traductores españoles», 1778, y después aumentadas y puestas al frente de su edicion del «Quijote» (Madrid, 1797, 1798, cinco vol. 8.º); trabajo muy pobre, pero lleno de noticias extrañas y curiosas, y mas completo que los anteriores. 4.ª «Vida de Miguel de Cervantes, etc.», por D. Martin Fernandez de Navarrete, publicada por la Academia Española (Madrid, 1819, 8.º); la mejor de todas, y sin disputa una de las obras biográficas mas bien pensadas y escritas con mas juicio que existen en ningun país. Navarrete se aprovechó con suma habilidad de un gran número de documentos nuevos, especialmente de la coleccion voluminosa de papeles existente en el

enlazó con los Saavedras por medio del matrimonio, parece habia ya menguado mucho en consideracion y bienes de fortuna á principios del XVI, y sabemos que los padres de Miguel (que con su ingenio dió nuevo esplendor á la familia y la salvó del olvido) eran unos honrados, aunque pobres, vecinos de la ciudad de Alcalá de Henares, distante cinco leguas de Madrid. Tuvieron cuatro hijos, el menor de ellos Miguel, que nació en dicha ciudad á principios de octubre del año 1547 [2].

Es de creer recibiese su primera educacion en su ciudad natal, á la sazon célebre emporio de las ciencias por la famosa universidad que cincuenta años antes habia fundado en ella el cardenal Jimenez de Cisneros, pues se advierte á menudo en sus escritos que, como otros muchos hombres de mérito, se complacia en recordar los dias de su niñez, agradables reminiscencias que se encuentran á cada paso en sus obras, como cuando en el *Quijote* alude al entierro y encantamiento del famoso moro Muzaraque en la gran cuesta de Zulema [3], que probablemente oyó contar en su infancia; y cuando en la *Galatea* coloca algunas de las mas agradables aventuras

archivo de Indias de Sevilla en el año de 1808, que contenia la extensa informacion presentada por el mismo Cervantes en 1590 á Felipe II, pidiendo un empleo en las posesiones de Ultramar; conjunto de certificados auténticos y declaraciones en forma, que manifiestan las pruebas y trabajos del autor del «Quijote» desde que entró en la carrera militar en 1571, su cautividad en Argel, y su llegada á las Azores en 1582. — L. Viardot, en su traduccion francesa del «Quijote» (Paris, 1836, dos vol. 8.°), ha abreviado con mucho talento esta vida agitada y azarosa, y su trabajo forma la base de la «Vida y escritos de Miguel de Cervantes Saavedra», por Tomás Roscoe (Lóndres, 1839, 18.°.)

Para las noticias insertas en el texto nos hemos valido casi siempre de la obra de Navarrete antes citada, abandonándole en punto á crítica literaria, porque se ocupa poco de ella

[2] La fecha de la partida de bautismo de Cervantes es del 9 de octubre de 1547, y como es práctica de la Iglesia católica administrar este sacramento á poco tiempo de nacer la criatura, puede presumirse fundadamente que Cervantes nació el mismo dia ó el anterior.

[3] «Don Quijote», parte I, cap. 29.

«en las riberas del famoso Henares[4]», segun él dice con todo el cariño que inspira la patria. Pero nada sabemos de su juventud sino lo que accidentalmente quiso decir él mismo, á saber: que asistia con mucho gusto á las representaciones dramáticas del famoso Lope de Rueda; que escribió versos siendo aun muy niño [5], y que leia cuantos papeles le venian á la mano, hasta los que encontraba rotos por las calles [6].

Hase dicho, y con bastante fundamento, que prosiguió sus estudios en Madrid, y tambien hay probabilidad de que, á pesar del estado de pobreza en que se hallaba su familia, cursase dos años en la universidad de Salamanca. Lo que no admite duda es que antes de cumplir los veinte y dos años obtuvo de uno de sus maestros un testimonio público de aprecio y consideracion, porque en 1569 Juan Lopez de Hoyos publicó, con real permiso, un libro de la enfermedad y exequias de D.ª Isabel de Valois ó de la Paz, esposa de Felipe II, y entre los muchos versos que contiene de algunos de sus alumnos, hay seis composiciones de Cervantes, á quien llama «mi muy caro y amado discípulo». Este es sin duda el primer trabajo impreso de Cervantes, su inauguracion como autor; y aunque en él no muestra gran talento poético, las palabras cariñosas con que el maestro acompaña sus

4 «Galatea.» (Madrid, 1784, 8.°, tomo I, p. 66.) En otra parte habla de «nuestro Henares», del «famoso Compludo» (P. 121), y de «nuestro fresco Henares.» (p. 108.)

5 «Galatea», t. I, p. x, prólogo, y en el famoso cap. 4 del «Viaje al Parnaso» (Madrid, 1784, 8.°, p. 33), dice:

Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poesía,
Y en ella procuré siempre agradarte.

6 «Como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio, etc.» (Don Quijote, parte I, cap. 9, ed. Clemencin, Madrid, 1833, 4.°, t. I, página 198, en que refiere cómo comprando papeles viejos en casa de un mercero, resultó que eran la Vida de Don Quijote en arábigo.)

versos, y la circunstancia de que escribió tambien una elegía á nombre de todo el estudio, manifiestan el aprecio en que aquel le tenia y la consideracion de sus compañeros [7].

Al año inmediato, es decir, en 1570, le hallamos, sin saber por qué causa, separado de todos sus primeros amigos, y sirviendo en Roma en clase de camarero á Monseñor Aquaviva, después cardenal, y el mismo que en 1568 pasó á Madrid, encargado de una mision especial del Papa para Felipe II, y quien, como hombre dado á las letras, pudo muy bien durante su estancia en España interesarse por Cervantes, viendo el talento que manifestaba, y llevarle consigo á su vuelta á Roma. No parece, sin embargo, que estuviese mucho tiempo en su servicio; quizá su carácter altanero y verdaderamente español le hizo mirar con repugnancia una situacion humilde y equívoca, á la sazon que la guerra presentaba mil ocasiones de distinguirse á los jóvenes de espíritu arrojado y amantes de la gloria militar.

Sea cual fuere el motivo, Cervantes abandonó muy en breve el servicio del Cardenal y la corte romana. En 1571 el Papa, Felipe II y venecianos formaron la alianza llamada «de la Santa Liga», contra los turcos, y alistaron una armada, cuyo mando fué confiado al bizarro y caballeroso D. Juan de Austria, hijo natural de

[7] Hállanse estos versos de Cervantes en Rios, «Pruebas de la vida de Cervantes», ed. de la Academia, números 2-5, y en Navarrete, «Vida», pp. 262 y 263. Son bien pobres, y la única circunstancia que los hace dignos de atencion es que Hoyos, maestro del estudio de Madrid, llama repetidamente á Cervantes «caro discípulo» y «amado discípulo», y que la elegía se escribió, segun él dice, «en nombre de todo el estudio». Estos versos y los demás de Cervantes se imprimieron reunidos por primera vez en el primer tomo de la «Biblioteca de autores españoles», por Aribau (Madrid, 1846, 8.°, pp. 612-620), y prueban las buenas relaciones de Cervantes con los poetas mas distinguidos de su tiempo, como Padilla, Maldonado, Barros, Yague de Salas, Hernando de Herrera, etc.

Cárlos V. La noticia de esta expedicion, tan imponente como romancesca, contra los antiguos opresores del suelo español y enemigos formidables de la cristiandad, no podia dejar de mover el ánimo de Cervantes, mozo entonces de veinte y tres años, y así le vemos alistarse en ella de soldado voluntario, porque, como él mismo dice en un libro escrito poco antes de su muerte, habia observado que «no hay mejores soldados que los que se tras»plantan de la tierra de los estudios á los campos de la »guerra; ninguno salió de estudiante para soldado, que »no lo fuese por extremo, etc.» Lleno de entusiasmo pues, entró al servicio de su patria y en las tropas que la España tenia entonces en Italia, y allí siguió hasta que se retiró en 1575, después de haber cumplido honrosamente con sus deberes de militar.

En estos cuatro ó cinco años ocurrieron los sucesos de que mas importantes lecciones recibió: hallóse en la batalla naval de Lepanto, dada el 7 de octubre de 1571, y á pesar de estar atacado de unas calenturas malignas, quiso tomar parte en aquel hecho memorable, que cerró á los turcos el paso al occidente de Europa; la galera en que iba se encontró en lo mas recio del combate, y Cervantes conservó hasta el sepulcro el testimonio de su heróico comportamiento en defensa de su patria y religion; porque además de dos heridas leves, recibió una que le privó del uso del brazo izquierdo durante el resto de sus dias. Conducido con otros heridos al hospital de Mesina, permaneció en él hasta el mes de abril de 1572, y luego marchó con la expedicion que al mando de Marco Antonio Colona se dirigió á Levante; suceso que menciona con orgullo en la dedicatoria de la *Galatea*,

y que después describió con tal primor en su *Quijote*, en la historia del cautivo.

En 1573 se halló en la accion de la Goleta de Tunez, á las órdenes del mismo D. Juan de Austria, y volvió con el tercio[8] en que servia á Sicilia é Italia, parte de la cual recorrió con motivo de varias jornadas y expediciones á que asistió, permaneciendo un año entero en Nápoles[9]. Aunque lleno de sinsabores y trabajos, recuerda continuamente con placer este período de su vida, y cuarenta años después decia, lleno de noble orgullo, que aunque le diesen á escoger, preferia sus heridas y manquedad á no haberse hallado en aquella heróica y grande empresa[10].

Licenciado del servicio militar en 1575, se embarcó para España, llevando cartas de recomendacion de Don Juan de Austria y del duque de Sesa para el Rey; pero el dia 6 de setiembre fué preso y llevado cautivo á Argel, donde pasó cinco años mas desastrosos y miserables aun que los anteriores. Sirvió sucesivamente á tres amos, uno griego y otro veneciano, ambos renegados, y al dey de Argel; los dos primeros le molestaron y atormentaron con aquel odio contra los cristianos tan

[8] El tercio en que sirvió era uno de los mas famosos del ejército español; llamábase de «Flandes», y le mandaba D. Lope de Figueroa, personaje distinguido, que figura en dos comedias de Calderon: «Amar después de morir», y «El alcalde de Zalamea». Probablemente Cervantes se incorporó nuevamente á su antiguo tercio cuando en 1581 fué á la expedicion de Portugal, pues se sabe que fué á ella, y que tambien iba dicho tercio.

[9] En todas sus obras hay alusiones á sucesos de su vida, y particularmente á sus viajes. En el «Viaje al Parnaso» supone que ve á Nápoles (cap. 8, p. 126), y exclama:

Esta ciudad es Nápoles la ilustre,
Que yo pisé sus ruas mas de un año.

[10] «Si ahora me propusieran y facilitaran un imposible (dice Cervantes respondiendo á las inmundas personalidades de Avellaneda) quisiera antes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella.» (Prólogo á Don Quijote, parte II, 1615.)

natural en personas que por motivos indignos habian abjurado la religion de sus padres y se habian unido á sus irreconciliables enemigos; y el Dey le reclamó como esclavo suyo, y le trató con la mayor severidad por haber querido fugarse, así como por los heróicos esfuerzos y diligencias que hizo en favor de su libertad y la de sus compañeros de esclavitud.

En efecto, parece que la desgracia, en vez de quebrantar el ánimo de Cervantes, aun le daba mayores brios y elevacion: una vez intentó huir por tierra á Oran, plaza española en la costa, pero su guia le abandonó y tuvo que retroceder; otra ocultó trece de sus compañeros en una cueva á la orilla del mar, donde con riesgo continuo de la vida acudia á proporcionarles el preciso sustento, aguardando coyuntura favorable para embarcarse; y por último, al reunirse con ellos fué vendido villanamente, lo cual no impidió que con alto y noble espíritu cargase con toda la culpabilidad y castigo consiguiente. Ocasion hubo en que pidió auxilio para librarse á viva fuerza, aunque su carta fué interceptada; y otra en que, dispuesto ya el plan de fuga con otros sesenta compañeros de esclavitud, fué nuevamente descubierto por traicion de uno de ellos, declarándose tambien único autor del proyecto, y ofreciéndose á ser la víctima en nombre de todos[11].

[11] Uno de los testimonios mas curiosos y auténticos de esta parte de la vida de Cervantes es la «Hist. y topographia de Argel», por Diego de Haedo (Valladolid, 1612, fol.), obra en que se hace larga mencion de Cervantes, y que sin embargo, ha sido poco consultada para escribir de él, hasta que Sarmiento la usó en 1752. En ella están las palabras citadas en el texto, y que prueban lo temible que Cervantes era para el Dey. (fol. 185.) Poco antes, refiriendo el proyecto de Cervantes de insurreccionar á los cautivos y apoderarse de Argel, dice Haedo: «Y si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la ventura, hoy fuera el dia que Argel fuera de cristianos; porque no aspiraban á menos sus intentos.» Es bueno recordar que esto se imprimia cuatro años antes que muriese Cervantes. Todo

Llegó, en fin, hasta á formar una gran conjuracion para sublevar á todos los cristianos cautivos en Argel; cosa muy grave, pues pasaban de veinte y cinco mil; lo cual alarmó de tal manera al Dey, que solia decir que como él tuviese bien guardado al estropeado español, tenia seguros sus cristianos, sus bajeles y aun toda la ciudad [12]. En todas las ocasiones citadas sufrió Cervantes castigos duros y rigurosos, aunque no infamantes; cuatro veces estuvo á pique de ser quemado ó empalado, y llegó hasta verse ya con la cuerda al cuello, pretendiendo de este modo sus verdugos arrancar á su heróica constancia los nombres de sus cómplices.

Llegó por fin el momento de su rescate. Su hermano mayor, cautivo con él, se habia rescatado tres años antes, y su madre, anciana y viuda, tuvo que sacrificar para libertar al hijo menor cuanto la quedaba en el mundo, incluso el dote de sus hijas. Ni aun esto alcanzaba, y el resto hasta quinientas coronas, precio miserable de su libertad, hubo de juntarse con pequeños préstamos y donativos piadosos [13]. Así fué rescatado el 19 de setiembre de 1580, en el momento mismo en que

el libro, tanto la historia como los diálogos sobre los padecimientos y martirios de los cristianos en Argel, es muy curioso y esclarece mucho la literatura española de los siglos XVI y XVII, que tantas alusiones tiene á los moros y cristianos cautivos en la costa berberisca.

[12] Cervantes, animado de un orgullo verdaderamente español, y aludiendo á sí mismo en la historia del cautivo (Don Quijote, parte I, capítulo 40), dice del Dey: «Solo libró bien »con él un soldado español llamado »Tal de Saavedra, el cual con haber »hecho cosas que quedaran en la me»moria de aquellas gentes por muchos »años, y todas por alcanzar libertad, »jamás le dió palos, ni se los mandó »dar, ni le dijo mala palabra, y por la »menor cosa de muchas que hizo te»miamos todos que habia de ser em»palado; y así lo temió él mas de una vez.»

[13] Cervantes paga un tributo bellísimo, en su «Española inglesa» (Novelas, 1783, 8.°, t. I, pp. 358 y 359), al celo y desinterés de los pobres sacerdotes y religiosos que á riesgo de su vida iban algunas veces á Argel al rescate, citando á uno de ellos que se quedó allí, poniendo su persona como garantía de cuatro mil ducados que habia tomado á préstamo para

iba á embarcase con su amo el Dey para Constantinopla, adonde si hubiera llegado á ir, es probable que nunca jamás hubiera recobrado su libertad. Poco después salió de Argel, donde es notorio que su desinterés, valor y fidelidad le granjearon la amistad y respeto de los innumerables cristianos que gemian en tan riguroso cautiverio [14].

Mas aunque volvió á su patria y casa, y aunque sus primeras sensaciones fueron sin duda tan bellas y risueñas como podian esperarse de un hombre que con tanta elocuencia supo pintar los encantos de la libertad [15], el lector debe recordar que volvia después de diez años de ausencia, contados desde una edad en que ya apenas podia labrarse un nombre y ganar una posicion social; y que, aun cuando en medio de los obstáculos que le rodeaban lo hubiera conseguido, todo lo hubiera perdido con su larga ausencia y cautiverio. Su padre habia muerto; su familia, pobre en un principio, lo estaba ahora aun mas por los sacrificios hechos para su rescate y el de su hermano; hallóse pues sin amigos ni conocidos, y debió naturalmente sufrir pesares y desengaños cual nunca

rescatar cautivos. En el «Trato de Argel» habla expresamente del P. Juan Gil, que le rescató, diciendo:

Un fraile trinitario cristianísimo,
Amigo de hacer bien, y conocido
Porque ha estado otra vez en esta tierra
Rescatando cristianos, y dió ejemplo
De una gran cristiandad y gran prudencia;
Su nombre es Fray Juan Gil.

(*Jornada* 5.)

[14] Cervantes era indudablemente de carácter noble y generoso, aunque nunca pudo desnudarse de aquel odio á los moros, heredado de sus mayores y encrudecido en su cautiverio; este odio se revela en dos de sus comedias, escritas en diversos tiempos y relativas á la vida de Argel, en el capitulo 54 del «Quijote», y en otras partes; pero exceptuando esto y alguna puntada contra las dueñas, á las cuales no miraban con mas caridad Quevedo y Luis Velez de Guevara, y unas cuantas palabras severas contra los eclesiásticos que, metidos en los palacios de los grandes señores, se prevalecen de su posicion para aumentar su influencia, nada se encuentra en todas sus obras que contradiga la idea que comunmente se tiene de su carácter naturalmente dulce y bondadoso. (Véase «Don Quijote», edic. Clemencin, t. v, p. 260, nota, y p. 138, nota.)

[15] En el «Quijote», parte II, c. 58, se encuentra al principio un hermoso pasaje sobre la libertad.

habia experimentado como soldado ni como esclavo; por lo mismo, nada tiene de extraño que volviese al servicio de su patria, uniéndose á su hermano, é incorporándose, segun es de creer, en su antiguo tercio, que marchaba entonces á sostener la autoridad española en el recien conquistado reino de Portugal. Se ignora cuánto tiempo permaneció en aquel reino, pero se sabe que estuvo en Lisboa, y marchó con el marqués de Santa Cruz á la expedicion de 1581, y al año siguiente á la mas importante de las Azores, que se resistian á dar la obediencia á Felipe II. Desde esta época se explica con claridad su profundo conocimiento de la literatura portuguesa y aquella aficion vehemente á Portugal, que descubre en el tercer libro del *Pérsiles y Sigismunda* y en otras partes de sus obras, y se manifiesta con un calor y generosidad poco comunes en los españoles, y especialmente en uno de los tiempos de Felipe II.

No es del todo inverosímil que esta circunstancia influyese algun tanto en su primera idea de hacerse escritor; idea que puso en práctica poco después de su vuelta á España con su novela pastoril *La Galatea*. Este género fué y ha sido siempre muy cultivado por los portugueses desde la publicacion de la *Menina é Moça* [16] hasta nuestros tiempos, y habíale ya introducido en la literatura española el distinguido poeta portugués Jorge de Montemayor con su *Diana enamorada*, que después continuó Gil Polo; libros ambos de que Cervantes fué gran partidario.

[16] La «Menina é Moça» es un fragmento gracioso y delicado de una pastoral en prosa, que escribió Bernardino Ribeyro hácia los años de 1500, y ha sido mirada con justicia como un modelo en su clase; su título, compuesto de dos palabras, «pequeña y jóven,» es una circunstancia singular que prueba su popularidad entre gentes que no están habituadas á designar un libro por su título formal.

Prescindiendo ahora de las causas que pudieron moverle á ello, escribió por este tiempo lo que publicó de su *Galatea*, cuya licencia para imprimir tiene la fecha de 1.° de febrero de 1584, saliendo á luz en diciembre del mismo año: intitulóla *égloga*, y la dedicó, llamándola «primicias de su corto ingenio», al hijo de aquel Colona bajo cuyas banderas habia militado doce años antes. En efecto, es una pastoral en prosa por el estilo de la de Gil Polo, y como él mismo dice en el prólogo, «muchos de los disfrazados pastores della lo eran solo »en el hábito.» Por esto se ha creido siempre que la heroína Galatea era la dama con quien después casó el mismo Cervantes, que él es Elicio, y que algunos de sus amigos, como Luis Barahona de Soto, elogiado desmedidamente, Francisco de Figueroa, Pedro Laínez y otros aparecen encubiertos bajo los nombres pastoriles de Lauso, Tirsi, Damon y otros; y á la verdad que discurren y hablan tan elegante y pulidamente, que el autor creyó necesario disculparse con sus lectores [17]. Así como las demás obras de su especie, *La Galatea* está fundada en un principio falso y afectado, que nunca puede causar buen efecto; si á esto se agrega la acumulacion y confusion inverosímil de varios sucesos mezclados con la fábula principal, el conceptismo metafísico que la afea, y la abundancia de versos menos que medianos de que está plagada, cualquiera comprenderá su escaso valor. Sin embargo, vese en ella el talento de Cervantes y su conocimiento del mundo: algunas historias, como la de

[17] «Cuyas rasones y argumentos mas parecen de ingenios entre libros y aulas criados, que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crecidos.» (Libro 4, t. II, p. 90.) Esto sin duda era un cumplimiento dirigido á Figueroa y demás amigos suyos.

Sileno, en los libros 2.° y 3.°, son de grande interés; otras, como la prision de Timbrio por los moros, en el libro 5.°, recuerdan las aventuras y trabajos del autor; y una al menos, la de Grisaldo y Rosaura, en el 4.°, está enteramente libre de conceptos y amaneramiento. En todas ellas hay trozos llenos de un estilo flúido y abundante, aunque no el mas acomodado al genio y carácter de Cervantes; los principales defectos de la obra consisten en la falta de interés y trabazon en el argumento, y en la mezcla de la mitología pagana con la religion cristiana, casi inevitable en un libro de este género; aun es peor, si cabe, la representacion del profundo político y severo militar D. Diego de Mendoza en un pastor recien muerto [18].

Al hablar en estos términos de *La Galatea*, es, sin embargo, justo añadir que aunque consta de dos tomos, la obra no concluye, y que por lo tanto muchos pasajes que ahora nos parecen inoportunos y hasta ininteligibles, podrian tener su significacion y nos hubieran parecido propios y acertados si se hubiera llegado á publicar la segunda parte, que tal vez escribió Cervantes, pues hizo con frecuencia mencion de ella, y hablaba de darla á la imprenta pocos dias antes de su muerte. Además, para formar un juicio exacto é imparcial de su mérito es preciso tener en cuenta sus sentidas palabras cuando, suponiendo

[18] Los principales personajes de la «Galatea», en el libro 6, van á visitar el sepulcro de Mendoza, guiados por un sacerdote sabio y benévolo; llegados á él, se aparece Caliope y entona un largo y pesado elogio en verso de un sinnúmero de poetas españoles de aquel tiempo, de muchos de los cuales no ha quedado memoria. Florian compendió la «Galatea» á fines del siglo pasado, y la reprodujo después, con un final ó desenlace asaz natural y oportuno, en una pastoral en prosa, que en los tiempos en que las obras y estilo de Gessner estaban en boga por Europa se reimprimió muchas veces. En la forma que la puso el escritor francés no deja de tener bastante gracia y atractivo.

que el Cura y el Barbero la encuentran en el escrutinio de la librería de D. Quijote, dice: «Pero ¿qué libro es ese »que está junto á él? *La Galatea*, de Miguel de Cervan»tes, dijo el Barbero. Muchos años há que es grande »amigo mio ese Cervantes y sé que es mas versado en »desdichas que en versos; su libro tiene algo de buena »invencion, propone algo, y no concluye nada; es me»nester esperar la segunda parte que promete; quizá »con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que »ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenel»de recluso en vuestra posada, señor compadre.»

Si es cierto que Cervantes escribió *La Galatea* para granjearse el cariño de una dama, el éxito que tuvo su galanteo explica suficientemente por qué no la continuó, pues á muy poco tiempo de haber publicado la primera parte, el 12 de diciembre de 1584 se casó con una señora de muy buena familia en Esquivias, pequeña villa próxima á Madrid [19]. La escritura de contrato, que ha sido publicada [20], hace ver que los novios eran pobres, y de *La Galatea* misma se deduce que Cervantes tuvo un rival formidable en un portugués, que estuvo muy á punto de birlarle la novia. Mas dejando á un lado la época agitada de sus amores, la verdad es que el matrimonio fué tranquilo y feliz por espacio de treinta años, y que su viuda encargó al morir que la enterrasen al lado de su esposo.

[19] Dos veces alude en sus obras á Esquivias, y en ambas para alabar sus vinos: una en la «Cueva de Salamanca» (Comedias, 1749, t. II, p. 313), y otra en el prólogo del «Pérsiles y Sigismunda», donde tambien menciona sus «ilustres linajes».

[20] Véase el fin de la Vida de Cervantes por Pellicer que precede á su edicion del «Quijote» (t. I, p. 205). Parece que habia relaciones íntimas entre las familias de Cervantes y de su novia, pues la madre de esta fué albacea del padre de Cervantes, que falleció mientras este estaba cautivo en Argel.

Es probable que Cervantes, para poder mejor sostener sus obligaciones y familia, residiese en Madrid, donde trataba familiarmente á muchos poetas coetáneos, y entre ellos á Juan Rufo, Pedro de Padilla y otros, á los que elogia constantemente, y á veces no con mucha justicia, aunque siempre con aquella nobleza y generosidad de alma que tanto le distinguian. Quizá estas mismas relaciones y las causas arriba indicadas le inspirasen el pensamiento de dedicarse á escribir, abandonando la vida errante y aventurera que habia seguido en su juventud.

Sus primeros trabajos fueron para el teatro, que naturalmente presentaba grandes atractivos á un hombre como Cervantes, aficionadísimo á él y al propio tiempo necesitado de recursos prontos, que el drama suele proporcionar mejor que ningun otro género de literatura. Este se hallaba en su tiempo atrasado, rudo y grosero: ya dijimos en otro lugar que él mismo cuenta haber visto nacer el teatro en los tiempos de Lope de Rueda y Torres Naharro, lo cual debió ser antes de su viaje á Italia y cuando por la descripcion que él hace de los trajes y aparato escénico se ve claramente que las representaciones dramáticas eran sin comparacion muy inferiores á las que ahora darian una compañía de la legua ó unos titiriteros. Acometió pues Cervantes la empresa de sacarle del estado en que aun permanecia, á pesar de los esfuerzos de Bermudez, Argensola, Virués, Juan de la Cueva y sus contemporáneos, y logrólo en términos de que treinta años después se consideraba él mismo con derecho á envanecerse de su obra.

Es por cierto muy curioso observar el método que

adoptó para conseguir dicho fin: segun él mismo dice, comenzó reduciendo los cinco actos á tres; pero esta innovacion era de poca monta, y aunque tal vez la ignorase Cervantes, estaba ya introducida mucho tiempo antes por Avendaño. Tambien se precia de haber puesto en escena los personajes imaginarios ó alegóricos, como la Guerra, el Hambre y la Peste; pero además de que Juan de la Cueva se habia ya valido de este mismo medio, en último resultado no era mas que volver á los antiguos autos; y finalmente, aun cuando esta no sea la base en que él funda su principal mérito dramático, se nota que en sus comedias y entremeses, lo mismo que en cuantas obras escribió, tomó siempre en cuenta sus viajes y aventuras personales, trasformándose así, sin que él mismo cayese en ello, en imitador de algunos de los principales inventores de estas representaciones en Europa.

Pero con un ingenio como el de Cervantes, estas tentativas, por rudas é imperfectas que fuesen, tenian forzosamente que producir algun resultado; escribió, segun él mismo lo dice con su acostumbrado candor y abandono, treinta ó cuarenta comedias, todas ellas recibidas con aplauso por el público; número muy superior al de cualquiera de los autores que le precedieron, y éxito absolutamente desconocido hasta su tiempo. Ninguna de estas piezas se imprimió entonces; pero su autor cuidó de conservar los títulos de nueve, de las cuales dos se descubrieron en 1782, y se imprimieron por la vez primera en 1784. Las demás es de creer se hayan completamente perdido, entre ellas *La Confusa*, que en época posterior, y cuando ya Lope de Vega habia dado

una fisonomía determinada al teatro nacional, decia Cervantes ser una de las mejores de su género; juicio que la generacion actual hubiera quizá confirmado si las proporciones, estilo y conjunto de la composicion á que tal preferencia daba hubieran sido iguales al vigor y originalidad de las dos que se han salvado del olvido.

La primera de ellas es *El trato de Argel*, ó como en otra parte la llama, *Los tratos de Argel*: el plan y la intriga son sencillos, y el diálogo tan imperfecto, que se aventaja poco á las églogas del teatro primitivo. Realmente no parece que Cervantes tuviese otro objeto al escribirla sino presentar ante un auditorio español un cuadro de los trabajos y miserias que padecian los cautivos cristianos en Argel, copiado á la letra de su propia experiencia, y que no podia menos de interesar en un país que tanto número de víctimas habia proporcionado. Por lo mismo se ve claramente que su intencion no fué trazar un drama con su correspondiente enredo, y así es que solo presenta una historia impropia y violenta de dos enamorados; recurso que, sin embargo, le pareció harto bueno para repetirlo en varias de sus comedias y en una de sus novelas, fiando enteramente el buen éxito del drama á los incidentes episódicos.

Entre estos hay algunos muy notables: en primer lugar se halla una escena entre el mismo Cervantes y otros dos cautivos, á quienes los moros hacen burla y escarnio, tachándolos de esclavos y de cristianos, y en la que se refiere el martirio de un fraile español; lance que mas tarde sirvió de argumento á Lope de Vega para una de sus comedias; hállase tambien la tentativa de Pedro Alvarez de fugarse á Oran, que sin duda está

copiada del proyecto que formó el mismo Cervantes, y tiene todo el colorido de verdad que pueda desearse. En diferentes ocasiones se presentan dos ó tres escenas lastimosas, como la venta pública de esclavos, y particularmente de niños, que es probable viese el autor muchas veces con sus propios ojos; pintura que tambien juzgó Lope de Vega digna de ser puesta en escena, cuando, como dice el mismo Cervantes, «se alzó con la monarquía cómica». Toda la comedia [21] está dividida en cinco actos ó jornadas, y escrita en octavas, redondillas, tercetos, versos sueltos y demás metros conocidos en la poesía española, y á vueltas de los personajes efectivos y reales del drama, entran varios alegóricos, como la Necesidad, la Ocasion, un leon y un demonio.

En medio de esta baraunda y extraña confusion hay en *El trato de Argel* trozos muy poéticos. Aurelio, que es el protagonista, cautivo cristiano y esposo prometido de Silvia, tambien cautiva, inspira un vivo amor á Zara, dama mora, cuya confidenta, Fátima, recurre á un encanto para asegurar la satisfaccion de los deseos de su señora, evocando un demonio, que sale á la escena acompañado de la Necesidad y de la Ocasion. Estos dos agentes inmateriales se presentan en el teatro sin que

[21] Los «Esclavos en Argel», de Lope de Vega, se hallan en el t. xxv de sus «Comedias» (Zaragoza, 1647, 4.°, pp. 231-260), y manifiestan que tomó sin escrúpulo de Cervantes cuanto le pareció bien. Lo mas singular es que debió valerse del manuscrito mismo, pues la comedia de Cervantes no se había impreso aun. Las escenas de la venta de niños cristianos (pp. 249-250), la de los mismos niños después de haber uno de ellos abrazado el islamismo (pp. 259 y 260), segun están en Lope, son las mismas de Cervantes (pp. 316-323 y 364-366, edic. de 1784). El martirio del sacerdote valenciano, que describe Cervantes (páginas 398-205), es la base del tercer acto de la comedia de Lope, en la que se pone en escena el suplicio con todo su repugnante aparato (p. 263).

Aurelio los vea (pero sí los espectadores), y le tientan y estrechan con malos pensamientos, para que sucumba á la seduccion de la hermosa infiel[22]. Márchanse, por último, y en el soliloquio que sigue Aurelio explica cuál fué su pensamiento al verse ya próximo á caer en la tentacion.

> Aurelio, ¿dónde vas? ¿Para dó mueves
> El vagoroso paso? ¿Quién te guia?
> Con tan poco temor de Dios te atreves
> A contentar tu loca fantasía, etc.
>
> (*Jornada* 2.)

El pensamiento de este pasaje y de la escena precedente no es dramático; pero es de los que mas agradaban á Cervantes, por el prurito de introducir en sus comedias personajes alegóricos; aunque por otra parte no carece de cierta poesía. Como todo lo restante del drama, es una mezcla de fantasías y sentimientos personales que luchan con los verdaderos principios de la poesía dramática y con el estado grosero del teatro en tiempo del autor. Púsole el nombre de comedia, aunque no lo merece, puesto que, como los antiguos autos, su objeto es mas bien presentar al vivo, aunque sin plan de ningun género, enlace ni trabazon, una serie de incidentes; así es que el mismo Cervantes confiesa

[22] Es indudable que Cervantes estaba muy satisfecho de la introduccion de estos personajes alegóricos en el teatro, donde después de su muerte fueron ganando terreno hasta hacerse muy comunes. Calderon, en su «Gran príncipe de Fez» (Comedias, Madrid, 1760, 4.°, t. III, p. 389), explica así dos que introduce, con palabras que podrian muy bien aplicarse á los de Cervantes:

> Representando los dos
> De su buen Genio y mal Genio
> Exteriormente la lid
> Que arde interior en su pecho.

al acabar, con suma gracia y un candor sin igual, que el final no es muy oportuno[23].

La otra comedia de Cervantes que ha llegado hasta nosotros se funda en la suerte trágica da la célebre Numancia, que después de haber resistido por espacio de catorce años[24] á las armas romanas, sucumbió al rigor del hambre, siendo la gente numantina cuatro mil hombres escasos, de los cuales ni uno solo se halló vivo cuando los vencedores, en número de ochenta mil, ocuparon la ciudad. Cervantes escogió sin duda este argumento por los recuerdos patrióticos que excitaba y excita todavía en sus paisanos, y por esta razon llenó el drama de todos los horrores á que dió lugar en público y en particular el heroismo de los numantinos.

Divídese en cuatro jornadas y, como *El trato de Argel*, está escrita en varios metros, y mas generalmente en redondillas; los personajes son á lo menos cuarenta, y entre ellos figuran la España, el rio Duero, un cuerpo muerto, la Guerra, la Peste, el Hambre y la Fama, que solo se presenta para recitar el prólogo; la accion comienza con la llegada de Escipion, que reconviene á las tropas romanas porque después de tanto tiempo no han sabido sujetar á un número tan corto de españoles (que así llama patrióticamente Cervantes á los numantinos); y luego añade que es preciso vencerlos por hambre. La España entra después en figura de una hermosa

23 Y aquí da este trato fin,
Que no le tiene el de Argel.

Con esta chanza acaba su comedia al mismo asunto, impresa treinta años después de haberse representado la de que tratamos.

24 Cervantes pone en boca de Escipion el siguiente verso:

Diez y seis años son, y mas, pasados.

Pero la lucha de Numancia se sabe duró catorce años, y el último sitio catorce meses, segun lo afirman los historiadores romanos.

matrona, y previendo ya la suerte de su hija la heróica Numancia, invoca al rio Duero en dos octavas muy bellas, que son las siguientes:

Duero gentil, que con torcidas vueltas
Humedeces gran parte de mi seno,
Ansí en sus aguas siempre veas envueltas
Arenas de oro, cual el Tajo ameno,
Y así las ninfas fugitivas sueltas,
De que está el verde prado y bosque lleno,
Vengan humildes á tus aguas claras,
Y en prestarte favor no sean avaras.
Que prestes á mis ásperos lamentos
Atento oido, ó que á escucharlos vengas,
Y aunque dejes un rato tus contentos,
Suplícote que en nada te detengas:
Si tú con tus continuos crecimientos
Destos fieros romanos no te vengas,
Cerrado veo ya cualquier camino
A la salud del pueblo numantino.

(*Jornada* 1, *escena* 2.)

El rio, acompañado de tres tributarios suyos, le responde, aunque sin dar la menor esperanza á Numancia, y sí solo el consuelo de que los godos, el condestable de Borbon y el duque de Alba vengarán algun dia en los romanos la suerte que estos la hacen sufrir: con esto concluye el primer acto. Los otros tres están llenos de los horrores del asedio sufrido por los desgraciados numantinos, los pronósticos de su ruina, sus sacrificios y oraciones para conjurarla, sus encantos profanos, con los cuales dan vida á un cadáver, que profetiza lo futuro, y los crueles tormentos que padecen viejos y mancebos, grandes y chicos, sin excluir á los tiernos niños, hasta que, por último, el fatal destino se cumple,

y todo concluye con un sacrificio general de los pocos que han quedado vivos en la poblacion, mermada ya por la guerra, el hambre y la peste, y con la muerte de un mancebo que con las llaves de la ciudad en la mano, á vista del general romano, se arroja desde una elevada torre; última víctima voluntaria de aquel patriótico sacrificio.

Bien puede conocer el lector que este plan no admite intriga ni trabazon de ninguna especie, y es por lo mismo impropio para una accion dramática; pero muy pocas veces se habrá representado en las tablas la vida real y positiva con tan sangrienta verdad, y menos todavía se habrá logrado producir un efecto tan poético con incidentes puramente individuales. En la escena del segundo acto, Marquino el mágico, después de trabajar largo tiempo en obligar á un alma á que vuelva á animar el cuerpo que recientemente ha abandonado en el campo de batalla, con el fin de arrancarle una revelacion y saber cuál será la suerte de Numancia, exclama indignado:

Alma rebelde, vuelve al aposento
Que pocas horas há desocupaste.

Obedece el espíritu, vuelve al cuerpo y responde:

Cesa la furia del rigor violento
Tuyo, Marquino; baste, triste, baste
La que yo paso en la region escura,
Sin que tú crezcas mas mi desventura.
Engáñaste si piensas que recibo
Contento de volver á esta penosa,
Mísera y corta vida que ahora vivo,
Que ya me va faltando presurosa;

Antes me causas un dolor esquivo,
Pues otra vez la muerte rigurosa
Triunfará de mi vida y de mí alma;
Mi enemigo tendrá doblada palma,
El cual, con otros del escuro bando
De los que son sujetos á aguardarte,
Está con rabia en torno aquí esperando
A que acabe, Marquino, de informarte
Del lamentable fin, del mal nefando
Que de Numancia puedo asegurarte.
(*Jornada* 2, *escena* 2.)

No hay á buen seguro tanta dignidad en los encantos del *Fausto*, de Marlowe, autor contemporáneo de Cervantes en el teatro inglés; ni aun el mismo Shakespeare, al presentarnos en la escena la cabeza mortal alzada, aunque con repugnancia, para contestar á la pregunta criminal de Macbeth, excita tanto nuestra simpatía y horror como lo hace Cervantes con aquel espíritu atormentado que torna á la vida solo para sufrir por segunda vez los dolores de la disolucion y la muerte.

Las escenas, así públicas como privadas, de afliccion y amargura que produce el hambre están retratadas con destreza y producen un efecto inesperado, sobre todo la de una madre con su hijo y la siguiente entre Morandro, amante de Lira, y su querida, á quien encuentra desfigurada, extenuada por el hambre y llorando la desolacion universal que la rodea. Ella procura ocultarle sus padecimientos, y él la dice con ternura:

*Morandro.* No vayas tan de corrida,
Lira; déjame gozar
Del bien que me puede dar
En la muerte alegre vida;
Deja que miren mis ojos
Un rato tu hermosura,

Pues tanto mi desventura
Se entretiene en mis enojos.
¡Oh dulce Lira, que suenas
Contino en mi fantasía
Con tan suave armonía,
Que vuelve en gloria mis penas!
¿Qué tienes? Qué estás pensando,
Gloria de mi pensamiento?

*Lira.* Pienso cómo mi contento
Y el tuyo se va acabando,
Y no será su homicida
El cerco de nuestra tierra;
Que primero que la guerra
Se me acabará la vida.

*Morand.* ¿Qué dices, bien de mi alma?

*Lir.* Que me tiene tal la hambre,
Que de mi vital estambre
Llevará presto la palma.
¿Qué tálamo has de esperar
De quien está en tal extremo,
Que te aseguro que temo
Antes de una hora espirar?
Mi hermano ayer espiró,
De la hambre fatigado,
Y mi madre ya ha acabado,
Que la hambre la acabó.
Y si la hambre y su fuerza
No ha rendido mi salud,
Es porque la juventud
Contra su rigor se esfuerza.
Pero como há tantos dias
Que no le hago defensa,
No pueden contra su ofensa
Las débiles fuerzas mias.

*Morand.* Enjuga, Lira, los ojos;
Deja que los tristes mios
Se vuelvan corrientes rios
Nacidos de tus enojos;
Y aunque la hambre ofendida
Te tenga tan sin compás,
De hambre no morirás

Mientras yo tuviese vida.
Yo me ofrezco de saltar
El foso y el muro fuerte,
Y entrar por la misma muerte
Para la tuya excusar.
El pan que el romano toca,
Sin que el temor me destruya,
Lo quitaré de la suya,
Para ponerlo en tu boca.
Con mi brazo haré carrera
A tu vida y á mi muerte,
Porque mas me mata el verte,
Señora, de esta manera.
Yo te traeré de comer,
A pesar de los romanos,
Si ya son estas mis manos
Las mismas que solian ser.

*Lir.* Hablas como enamorado,
Morandro; pero no es justo
Que ya tome gusto el gusto
Con tu peligro comprado.
Poco podrá sustentarme
Cualquier robo que harás,
Aunque mas cierto hallarás
El perderte que ganarme.
Goza de tu mocedad
En fresca edad y crecida;
Que mas importa tu vida
Que la mia á la ciudad.
Tú podrás bien defendella
De la enemiga asechanza,
Que no la flaca pujanza
De esta tan triste doncella.
Ansí que, mi dulce amor,
Despide ese pensamiento;
Que yo no quiero sustento
Ganado con tu sudor.
Que aunque puedes alargar
Mi muerte por algun dia,
Esta hambre que porfía
En fin nos ha de acabar.

*Morand.* En vano trabajas, Lira,
De impedirme ese camino,
Do mi voluntad y sino
Allá me convida y tira.
Tú rogarás entre tanto
A los dioses que me vuelvan
Con despojos, y que resuelvan
Tu miseria y mi quebranto.

*Lir.* Morandro, mi dulce amigo,
No vayas; que se me antoja
Que de tu sangre veo roja
La espada del enemigo.
No hagas esa jornada,
Morandro, bien de mi vida;
Que si es mala la salida,
Es muy peor la tornada.

(*Jornada* 3, *escena* 1.)

Morandro insiste, y acompañado de un fiel amigo, penetra en el campo romano y consigue coger pan; es herido en el combate, y sin embargo, forzando el paso, vuelve á la ciudad, y sacando fuerzas de su desesperacion, llega á los piés de Lira, le entrega el sustento que ha conseguido regado con su sangre, y cae muerto.

Una autoridad muy alta en punto á crítica dramática [25] dice que la *Numancia* es no solo uno de los mas notables esfuerzos del antiguo teatro español, sino uno de los rasgos mas singulares y pintorescos de la poesía moderna : no es probable que prevalezca generalmente esta opinion; con todo, es innegable que el drama en su totalidad es sumamente original, y que en muchos

[25] A. W. Schlegel, «Discursos sobre el género dramático y su literatura», Heidelberg, 1811, t. II, c. 2, p. 345.

trozos conmueve sobremanera; de modo que, á pesar de la falta de conocimiento y tacto escénico, será siempre un testimonio del talento poético de su autor, y un esfuerzo muy atrevido para levantar el teatro del estado de postracion en que se hallaba.

---

## CAPITULO XI.

Cervantes olvidado y despreciado.—Su residencia en Sevilla.—Sus desgracias.—Pide un empleo en América.—Pasa á Valladolid.—Sus trabajos en aquella ciudad.—Publica la primera parte del Don Quijote.—Se traslada á Madrid.— Su vida en la corte. — Relaciones con Lope de Vega.— Novelas ejemplares y su carácter. — Viaje al Parnaso y defensa de sus comedias.—Publícalas con los entremeses.—Su carácter.—Segunda parte del Quijote.—Muerte de Cervantes.

El estado deplorable del teatro en tiempo de Cervantes fué para él una gran desgracia, porque le impidió alcanzar como autor dramático la debida recompensa de sus esfuerzos, que sin embargo fueron, como él mismo dice, muy bien acogidos del público. Si á esto se añade que estaba ya casado, que una de sus hermanas dependia de él, y que se veia estropeado y oscurecido, no es de extrañar que, después de luchar durante tres años en Esquivias y en Madrid con su mala fortuna, se decidiese á buscar su subsistencia en otra parte. Con este propósito pues pasó en 1588 á Sevilla, á la sazon emporio de todo el comercio de América, y como él[1] la llama, «amparo de pobres y refugio de desdichados». Trabajó en aquella ciudad como agente de Antonio de Guevara, comisario real de las flotas del Nuevo Mundo,

[1] «Volvíme á Sevilla, dice Berganza en el «Coloquio de los perros», »que es amparo de pobres y refugio »de desdichados.» (Novelas, Madrid, 1783, 8.°, t. II, p. 362.)

y después en calidad de recaudador de contribuciones; empleo á la verdad humilde y lleno de cuidados, pero que al fin le proporcionaba la subsistencia, que inútilmente habia buscado por otros medios.

Pero la principal ventaja que este empleo proporcionó á un hombre como Cervantes, fué tal vez la de ocuparle durante diez años consecutivos en continuos viajes por el reino de Granada y los demás del Andalucía, familiarizándole con los hábitos y costumbres de los países mas pintorescos de la Península. Es cierto que en la última parte de su encargo, tanto por el mal comportamiento de una persona en cuyas manos habia depositado ciertas cantidades de dinero, como por negligencia propia, resultó deudor al Estado, y fué puesto en la cárcel de Sevilla, como defraudador de las rentas públicas, por una suma tan insignificante, que es una prueba convincente de su pobreza, mayor aun en aquella ocasion que en ninguna de las anteriores. Después de un recurso enérgico á la corte, fué puesto en libertad en virtud de una real órden, fecha á 1.° de diciembre de 1597, no sin haber sufrido una prision de tres meses poco mas ó menos; pero los ajustes con la Tesorería no terminaron hasta 1608, sin que podamos decir cuál fué el resultado definitivo de su descuido y abandono, y sí solo que en adelante nadie volvió á molestarle por tal asunto.

Durante su residencia en Sevilla, que, con algunas interrupciones, fué desde el año de 1588 hasta el de 1598, ó quizá mas tarde, Cervantes pretendió infructuosamente de la corona una plaza en América, dirigiendo un memorial apoyado en documentos, que son ahora los datos mas apreciables para formar su biografía, y contienen

una relacion completa de sus aventuras, vicisitudes, trabajos y servicios militares mientras sirvió en Levante, así como de la vida que hizo durante su cautiverio en Argel[2]. Era esto en 1590; mas no consta que su solicitud recibiese contestacion alguna, deduciéndose de todo cuál seria su miseria y desamparo cuando pedia como una gracia el destierro voluntario de su país natal, y la vida en unas colonias que él mismo ha pintado como abrigo general de toda gente rahez y baladí[3].

Pocas reliquias nos quedan de su estancia en Sevilla, como autor. En 1595 envió á Zaragoza unos versos, que alcanzaron el premio en la justa celebrada en la canonizacion de San Jacinto; en 1596 escribió un soneto burlesco á la muestra hecha en Andalucía después que los ingleses, que al mando del conde de Essex, favorito de la reina Isabel, habian ocupado á Cádiz por algunos dias, evacuaron dicha ciudad; y en 1598 otro ridiculizando la bulla que causó en la catedral de Sevilla una cuestion de etiqueta entre el Ayuntamiento y la Inquisicion, con motivo de las exequias hechas á Felipe II[4]. Pero excep-

[2] Esta extraordinaria é interesante coleccion de documentos se conserva en Sevilla entre los papeles del archivo de Indias, coordinados y colocados en el hermoso edificio construido por Herrera para casa de Contratacion, cuando aquella ciudad era el depósito general del comercio de América. — Los relativos á Cervantes se encuentran en el estante 11, cajon 5, legajo 1, donde los halló el venerable Cean Bermudez en 1808. La mayor parte de ellos han sido publicados en su totalidad, y los demás están muy bien extractados en la «Vida de Cervantes», por Navarrete (pp. 311-388). — Cervantes pedia una de las cuatro plazas siguientes: la auditoría del nuevo reino de Granada, la de las galeras de Cartagena de Indias, el gobierno de la provincia de Soconusco ó el corregimiento de la Paz.

[3] «Viéndose pues tan falto de dine»ros, y aun no con muchos amigos, »se acogió al remedio á que otros »muchos perdidos en aquella ciudad »(Sevilla) se acogen, que es el pasar»se á las Indias, refugio y amparo de »los desesperados de España, iglesia »de los alzados, salvoconducto de »los homicidas, pala y cubierta de »los jugadores, añagaza general de »mujeres libres, engaño comun de »muchos, y remedio particular de po»cos.» (Novelas, «El celoso extremeño», t. II, p. 1.)

[4] Sedano, «Parnaso español», tomo XI, p. 193. — En el «Viaje al Par-

tuando estos juguetes, no sabemos que escribiese nada en este período activo de su vida, y solo puede presumirse que son obra de aquel tiempo algunas novelas, como *La española inglesa*, que está enlazada con sucesos contemporáneos, y la de *Rinconete y Cortadillo*, tan llena de sabor sevillano, que es difícil creer se pudiera escribir fuera de dicha ciudad.

Todavía es menos lo que de la época siguiente sabemos, y eso que es muy importante, por cuanto precede inmediatamente á la publicacion de la primera parte del *Quijote*. Sin embargo, una tradicion uniforme y constante asegura que estuvo empleado, por el gran prior de San Juan, en la Mancha, como recaudador de atrasos debidos á la órden en el pueblo de Argamasilla; que con esta humilde comision pasó á dicha villa y entabló la correspondiente demanda; pero que los deudores resistieron el pago y persiguieron al comisionado hasta dar con él en la cárcel, donde en un momento de indignacion comenzó á escribir el *Quijote*, haciéndole natural del lugar que así le maltrataba, y colocando la escena de las primeras aventuras de su héroe en el suelo manchego; pero ninguna prueba material hay de todo esto, aunque por otra parte no deje de ser probable y aun posible. Verdad es que Cervantes dice en el prólogo á la primera parte del *Quijote*[5] que su libro se escribió en una

naso», cap. 4, llama á este soneto «honra principal de mis escritos»; pero ó lo decia chanceándose, ó se equivocaba mucho: lo mas probable es lo primero.—En el «Semanario pintoresco» (Madrid, 1842, p. 177) se encuentra la relacion del caso que dió motivo al soneto de Cervantes, y se explica completamente.

5 «Se engendró en una cárcel.»—Avellaneda dice lo mismo en su prólogo; mas añade después con desprecio: «Pero disculpan los yerros de »su primera parte en esta materia, el »haberse escrito entre los de una cár»cel, etc.;» acusacion miserable y baja, apoyada en un equívoco mas bajo y miserable todavía.

cárcel; pero esto puede referirse á su prision en Sevilla ó á la que mas tarde sufrió en Valladolid. Por consiguiente, lo único que hay de positivo es que Cervantes tuvo amigos y parientes en la Mancha; que en uno de los muchos azares de su vida tuvo ocasion de estudiar el carácter de sus habitantes, sus antigüedades y topografía, como lo demuestra bien el *Quijote;* y que esto solo pudo suceder desde fines del año 1598, en que le perdemos de vista en Sevilla, hasta principios de 1603, en que le hallamos ya establecido en Valladolid.

Su viaje á esta ciudad debió ser causado por el establecimiento de la corte en ella; circunstancia debida á un capricho de Felipe III y á intereses de su privado el duque de Lerma; pero Cervantes nada ganó con su cambio de domicilio, pues siguió tan desatendido y pobre como siempre. Apenas sabriamos su residencia en aquella ciudad, antes de la publicacion de la primera parte del *Quijote*, á no ser por dos circunstancias, ambas por cierto bien tristes; siendo una de ellas la cuenta formada de su puño y letra, de varias labores y costuras de su hermana, quién, después de sacrificar cuanto tenia para rescatarle de su cautiverio, dependió de él durante su viudez y murió en su misma casa; y la otra, uno de aquellos lances de galantería tan frecuentes entre los caballeros de la corte de España, en que un extranjero fué muerto junto á la casa misma en que vivia Cervantes, el cual, á consecuencia del sistema de legislacion penal del país, sobradamente severo y riguroso, fué preso con los principales testigos mientras se hacia la informacion y pesquisa del hecho.

Pero en medio de sus apuros y desgracias, cuando no tenia mas recursos para vivir que los que le propor-

cionaba el empleo de amanuense ó escribiente público[6], preparaba Cervantes para la imprenta la primera parte del *Quijote*, cuya licencia obtuvo en Valladolid en 1604, imprimiéndolo después en Madrid en 1605. La acogida que encontró fué tan favorable, que antes de concluir el año se hizo en Madrid otra edicion, y dos mas en diferentes puntos: circunstancia que, después de tantos y tan tristes desengaños en sus proyectos de vivir decentemente, excitó su inclinacion á las letras con mas vehemencia aun que en otras épocas anteriores de su vida.

Trasladada la corte á Madrid en 1606, siguióla Cervantes, y pasó en ella el resto de sus dias, variando de habitacion, segun se cree, hasta siete veces en el espacio de diez años, segun lo exigian las continuas necesidades y apuros que pasaba. En 1609 entró en la cofradía del Santísimo Sacramento, una de aquellas hermandades religiosas tan de moda entonces, y á la que pertenecian Quevedo, Lope de Vega y otros distinguidos escritores de aquel tiempo; tambien por entonces hizo conocimiento con otros varios poetas muy favorecidos en la corte, y entre ellos Espinel y los dos Argensolas, aunque ignoramos qué especie de amistad le unia con ellos, pues solo tenemos por testimonio de sus relaciones amistosas las poesías laudatorias que mutuamente se escribian para recomendar y autorizar los libros que publicaban.

Se ha hablado mucho de sus relaciones con Lope de Vega, y se han movido inútilmente cuestiones acerca de ellas. Lo cierto es que Cervantes ensalza con fre-

[6] Uno de los testigos que declaran en el proceso dice que Cervantes tenia muchas visitas, «por ser hombre »que escribe y trata negocios.»

cuencia al ídolo literario de su tiempo, y que Lope en tres ó cuatro ocasiones se digna bajar de su altura y cumplimentar á Cervantes; pero siempre con mas economía y mesura de la que comunmente empleaba para elogiar á hombres que sabian muchísimo menos. Es claro que Lope, en el apogeo de su gloria y fortuna, se consideraba muy superior al autor del *Quijote*, y se ve que procura siempre con estudio huir las ocasiones de alabarle; así pues, aunque no podemos hallar suficientes razones para asegurar que las relaciones de estos dos grandes hombres estuviesen manchadas de celos, envidia ó mala voluntad, ninguna prueba se encuentra tampoco de que fuesen estrechas é íntimas. Al contrario, si se toma en cuenta el carácter noble y franco de Cervantes, que le hacia elogiar con exceso á casi todos los escritores de su tiempo, lo mismo á los mas altos é ilustres que á los de mediano mérito, y se medita un poco sobre el sistema de alabanzas que entonces reinaba, siempre exagerado é hiperbólico, se verá que al hablar de Lope lo hace casi siempre con cierta frialdad, indicio seguro de que, sin exagerar demasiado sus propios méritos y derechos, no era del todo insensible á la diferencia de posicion que ambos ocupaban y á la injusticia que esto mismo envolvia contra su persona; y así es que sus frases y tono, cuando habla de Lope, respiran suma dignidad personal y un decoro y delicadeza que le honran[7].

[7] La mayor parte de los materiales para formar buen juicio en esta cuestion y comprender el carácter de Cervantes se hallan en Navarrete (Vida, pp. 457-475), el cual defiende la buena amistad de Cervantes y Lope; y en Huerta (Leccion crítica, Madrid, 1786, 12.°, pp. 33-47), que asegura que Cervantes era un rival envidioso de Lope. No suscribimos á

En 1613 publicó sus *Novelas ejemplares*[8], que son doce y forman un tomo. Algunas se habian compuesto años antes, como la del *Curioso impertinente*, incluida en la

ninguna de estas dos opiniones : la última sobre todo nos parece injusta; y nos fundamos en que Lope tenia quince años menos que Cervantes, y habia cumplido cuarenta y tres años cuando se publicó la primera parte del «Quijote», y desde esta época hasta la muerte de Cervantes, que son doce años, ni una vez siquiera alude á su persona. En la inmensa masa de las obras de Lope solo hay, por lo que hemos podido ver, cinco lugares en que habla de Cervantes : 1.° En la «Dorotea», 1598, dos veces sin alabanza alguna y muy someramente. 2.° En el prólogo á sus «Novelas», 1621, todavia con mas ligereza, y aun con frialdad. 3.° En el «Laurel de Apolo», 1630, donde hay un elogio bastante violento y forzado, escrito catorce años después de su muerte. 4.° En su comedia «El premio del bien hablar», impresa en Madrid en 1635, donde solamente le nombra (Comedias, 4.°, t. XXI, fol. 162); y 5.° en «Amar sin saber á quién» (Comedias, Madrid, t. XXII, 1635), donde (jornada 1) Leonarda, que es una de las damas, riñe á su criada porque ha citado el romance de Audalla y Jarifa, diciéndole :

LEONARDA.

Después que das en leer,
Inés, en el Romancero,
Lo que á aquel pobre escudero,
Te podria suceder.

A lo cual, interrumpiendo á su señora, contesta

INÉS.

Don Quijote de la Mancha,
Perdone Dios á Cervantes,
Fué de los extravagantes
Que la crónica ensancha, etc.

Hay en esto mucha reserva; pero si se toma en cuenta que fueron innumerables las ocasiones que Lope tuvo para hacer justicia á un talento que no podia desconocer, sobre todo cuando tan á manos llenas tomaba sus «Esclavos en Argel» de los «Tratos de Argel», de Cervantes, introduciéndole con su mismo nombre en el teatro y haciéndole representar un papel muy distinguido (Comedias, Çaragoça, 1647, 4.°, t. XXV, pp. 245, 251, 257, 262, 272), sin manifestar ninguno de aquellos sentimientos respetuosos y cariñosos que tan fácil y ordinariamente se expresaban en el teatro á los amigos, y que Calderon, por ejemplo, dirige con tanta frecuencia á Cervantes (Casa con dos puertas, jornada 1), apenas puede dudarse de que Lope miró con desden y despreció á Cervantes, á lo menos desde la publicacion de la primera parte del «Quijote», en 1605, hasta después de la muerte del autor, en 1616.

Por otra parte, Cervantes, desde la fecha de la publicacion del «Canto de Caliope» en la «Galatea» (1584), cuando Lope de Vega tenia veinte y tres años, hasta la del prólogo á la segunda parte del «Quijote», en 1615, un año antes de su muerte, alabó constantemente á Lope como único y sin igual entre sus contemporáneos, y maestro y cabeza de las letras en España; y entre otras pruebas de su generosidad y nobleza de ánimo, puso un soneto laudatorio al frente de la «Dragontea» de Lope. Pero al mismo tiempo que hacia esto gustosa y voluntariamente, hay una reserva y cautela llena de dignidad en algunas observaciones sobre Lope, que muestran no le tenia un afecto cordial y sincero; cautela que Avellaneda en el prólogo á su «Quijote» convirtió maliciosamente en envidia. Podemos pues concluir asegurando que las relaciones entre los dos grandes autores españoles de aquella época fueron las que podian existir entre uno que fué el ídolo de su tiempo, y otro pobre, miserable y olvidado. Lo mas grato del asunto es la justicia que Cervantes constantemente hizo al mérito de Lope.

[8] En el prólogo explica lo que él entiende por el epíteto de ejemplares, y dice : «Heles dado nombre de ejem-

primera parte del *Quijote*[9], y *Rinconete y Cortadillo*, mencionada tambien allí, lo cual indica que estaban ya escritas en 1604; al paso que otras, como la de *La española inglesa*, que parece escrita en 1611, llevan el sello de determinada época. Todas, como lo asegura el autor en el prólogo, son originales, y tienen todos los visos de estar calcadas sobre la experiencia y estudio del mundo.

Su mérito literario es tan vario como los objetos de que tratan, y el estilo y manera en que están escritas presentan mayor variedad que ninguno de sus otros escritos; contienen, sin embargo, rasgos notables del talento peculiar de su autor, y están llenas de elocuencia y de riquísimas descripciones y pinturas campestres, que son el género que mas flúida y naturalmente corria de su pluma. Son tan distintas de los graciosos cuentos de Boccacio como de las relaciones severas y doctrinales de D. Juan Manuel, y exceptuando la del *Curioso impertinente*, tampoco se parecen á las novelas cortas que en aquel tiempo se usaron mucho en otras naciones. Así es que cuanto mas se examinan, mas salta á la vista la originalidad de su composicion y tono general, así como el sello especial y exclusivo del autor, á la par que los rasgos mas marcados de nacionalismo: cualidad que

»plares; y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se puede sacar algun ejemplo provechoso.» La voz «ejemplo» desde el Arcipreste de Hita y D. Juan Manuel ha significado siempre leccion ó historia instructiva.

[9] El «Curioso impertinente», impreso por primera vez en 1605 en la primera parte del «Quijote», se reimprimió después en Paris en 1608 por separado, cinco años antes que se publicasen reunidas las doce novelas. El que hizo la reimpresion fué César Oudin, maestro de lengua española en la corte de Francia, quien hizo además imprimir otros muchos libros españoles, por estar el castellano allí en gran favor, merced á los frecuentes matrimonios entre ambas coronas.

las ha hecho siempre muy estimadas en España, aunque no tanto como debieran serlo fuera. Como obra de invencion, ocupan entre los trabajos de Cervantes el segundo lugar después del *Quijote*, pero le aventajan en gracia y correccion.

La primera, intitulada *La Gitanilla*, es la historia de una hermosa muchacha llamada «Preciosa», hija de una familia ilustre, robada en su niñez y educada entre una tribu de gitanos, raza tan degradada como misteriosa, y que desde su primera aparicion en el siglo xv hasta los cincuenta años últimos, ha vivido y se ha aumentado siempre en la Península. Hay en esta novela una verdad y un colorido tal, que producen un encanto irresistible. La descripcion de Preciosa, cuando por primera vez se presenta en Madrid en las funciones de Semana Santa; el efecto que sus bailes y cantares causaban en las calles y plazas; sus visitas á las casas, adonde la llamaban las personas opulentas para su entretenimiento y solaz; y las pláticas, cumplimientos y saraos de la corte, están admirablemente trazadas, y no dejan la menor duda de su realidad. Pero aun así y con todo hay pasajes en que se equivoca y adultera el carácter de los gitanos, y que parecen mas bien tomados de otros libros que de la vida comun y ordinaria de aquella tribu errante y vagabunda [10].

La que sigue es muy diversa, pero no menos acomodada al genio y carácter de Cervantes; intitúlase *El amante generoso*, y es igual en todo á un episodio que ya

[10] Esta novela ha sido puesta en forma dramática muchas veces en España, y no menos en otras naciones. (Véase la nota á la «Gitanilla», de Solis, *post.*, cap. 25.)

introdujo en la comedia de *Los tratos de Argel*. La escena es en la isla de Chipre, dos años después de su conquista por los turcos, que la ganaron en 1570; pero los incidentes y colorido de la parte oriental de la novela están copiados de su cautiverio en Argel, y lo demuestra bien la exactitud de sus descripciones.

La tercera, llamada *Rinconete y Cortadillo*, en nada se parece á las dos anteriores: redúcese á contar varias aventuras de dos muchachos vagabundos, aunque sagaces y dispiertos, que en 1563 se juntan en Sevilla y se incorporan á una de aquellas cofradías de ladrones y pordioseros, tan frecuentes y señaladas en la sociedad y costumbres españolas durante los tres últimos siglos. El mando de su jefe Monipodio nos recuerda la Alsacia en el *Nigel*, de Walter Scott; y la semejanza resalta aun mas al encontrarnos después en el *Coloquio de los perros* con el mismo Monipodio en relaciones íntimas con los ministros de justicia. Un solo rasgo de esta novela bastará para probar la fidelidad con que Cervantes copiaba á la naturaleza. Los individuos de la asociacion, que viven sin sujecion ni freno alguno, son, sin embargo, supersticiosos, y tienen sus estampas devotas y escapularios; hacen celebrar misas y dan limosnas, como si la profesion de ladron constituyese una vocacion respetable y permanente, y la obligacion de contribuir con una parte de sus robos á objetos religiosos autorizase el poder quedarse con el resto; ilusion que, en formas unas veces ridículas y otras repugnantes, ha existido en España desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias [11].

[11] Al hacer Rinconete conocimiento con uno de aquellos bribones, hay un golpe admirable; pregúntale el muchacho: «¿Es vuesa merced por

Seria muy fácil proseguir nuestra tarea y demostrar que las demás novelas ostentan la misma naturalidad y gracia; como, por ejemplo, la historia de una niña española llevada á Inglaterra después del saco de Cádiz, en 1596; *El celoso extremeño*, y *El casamiento engañoso*, las cuales ambas tienen todas las señales de haber sido tomadas de la vida real y positiva; *La tia fingida*, que no imprimió él, sin duda por lo poco decente de su argumento, y que por lo mismo no puede afirmarse con seguridad que sea suya, y es la simple narracion de un hecho acaecido en Salamanca en 1575 [12]. Todas res-

ventura ladron?» Y replica este: «Sí, para servir á Dios y á la buena gente.» (Novelas, t. I, p. 235.) Tambien en la escena (pp. 242-247) en que Rinconete y Cortadillo son admitidos en la hermandad, hay pintadas dos mujeres perdidas que aparentan deseos de comprar velas para encenderlas á santos de su devocion, y el cuadro es de una verdad y exactitud sin igual. Esta novela y varios entremeses prueban el grande estudio que Cervantes habia hecho de las costumbres picarescas de su tiempo. D. Fermin Caballero, en un folleto muy agradable (Pericia geográfica de Cervantes, Madrid, 1840, 12.°), observa el primor y exactitud con que este escritor ilustre designa las localidades de las principales ciudades de España, que eran el punto de reunion de todos los bribones y gente perdida. (P. 75.) Entre ellas descollaba Sevilla.—Guevara pinta una hermandad por el estilo de la de Monipodio, y tambien la coloca en Sevilla. (Diablo Cojuelo, tranco 9.)

[12] Aunque tan libre, la novela de «La tia fingida» se encontró con la de «Rinconete y Cortadillo» y otras varias, en un tomo manuscrito de varios, formado el año de 1606 para entretenimiento de D. Fernando Niño de Guevara, arzobispo de Sevilla; tomo que conservaron los jesuitas en la biblioteca del colegio de San Hermenegildo. Arrieta la imprimió, aunque muy castigada, en su «Espíritu de Miguel de Cervantes» (Madrid, 1814, 12.°); pero, si no estamos equivocados, el embajador de Prusia en Madrid logró una copia genuina, y la envió á Berlin, donde el famoso helenista F. A. Wolf la publicó con un prólogo. (La tia fingida, novela inédita de Miguel de Cervantes Saavedra, Berlin, 1818, 8.°.) Imprimióse despues en España con las demás del autor. Algunas de ellas se tradujeron al inglés en 1640, y al francés en 1768; pero no muy bien, hasta que Viardot publicó su version francesa. (Paris, 1838, dos tomos 8.°). Este mismo no se atrevió á traducir las oscuras gracias y sales del «Licenciado Vidriera», ficcion de la que Moreto hizo una comedia, en que representa al licenciado fingiéndose loco, en vez de serlo realmente, aunque no tiene ni con mucho el chiste del original. (Comedias escogidas, Madrid, 4.°, t. v, 1653.) Florian abrevió tambien «La fuerza de la sangre» en una novela intitulada «Leocadie», que vale bien poco. Godwin dice que la traduccion inglesa de Mabbe (Lóndres, 1640, folio) es quizá «la mejor »muestra de traduccion en prosa en »ninguna lengua». (Vidas de E. y J. Phillips, Lóndres, 1815, 4.°, p. 246.) El elogio es excesivo, pero la traduc-

piran la lozanía del ingenio español bajo el benéfico influjo del sol de Andalucía ; todas están escritas con una riqueza de idioma, una gracia y un vigor tal, que aunque son las novelas mas antiguas de su género en España, ninguna de las posteriores puede compararse con ellas.

En 1614, y un año después de las novelas, imprimió Cervantes su *Viaje al Parnaso*, sátira en tercetos, dividida en ocho capítulos y escrita á imitacion de una italiana de César Caporali al mismo asunto y en igual métro [13].

El poema de Cervantes es de escaso mérito : finge recibir una órden de Apolo, dirigida á todos los buenos poetas, reclamando su auxilio para lanzar á los malos del Parnaso ; para ello Mercurio se dirige en una galera real alegóricamente construida, y cuyas jarcias se dicen compuestas de versos, y busca á Cervantes para consultar con él acerca de los poetas españoles con quienes podrá contar como aliados en la próxima lucha con los partidarios del mal gusto ; lo cual da al autor márgen para decir su parecer sobre la poesía de su tiempo.

La parte mas importante de la obra es el capítulo 4.°, en que Cervantes habla con brevedad de sus mismas obras [14], y se queja, con una gracia que prueba hasta

cion es efectivamente buena ; aunque es lástima que solo comprenda seis de las novelas.

[13] La primera edicion es un tomo pequeño en 12.° (Madrid, 1614), ochenta folios, y es, á mi modo de ver, la mejor y mas correcta de cuantas impresiones se hicieron á vista suya. Solo el principio está imitado del «Viaggio in Parnaso», de César Caporali, que es como una quinta parte del de Cervantes.

[14] Entre muchos romances que dice habia escrito, menciona uno :

Yo he compuesto romances infinitos,
Y el de los zelos es aquel que estimo
Entre otros que los tengo por malditos.

(Cap. 4.)

Todos se han perdido, menos los insertos en sus obras, y quizá haya algunos suyos en el «Romancero general». (Clemencin, «Notas al Quijote», t. III, pp. 156 - 214. — «Coleccion de

cierto punto su desenfado y buen humor, de que la pobreza y olvido hayan sido su sola y única recompensa [15]. Muy difícil por cierto es deslindar los sentimientos que con tanta energía expresa aquí Cervantes, de los de la vanidad y del orgullo; pero si se toma en consideracion su ingenio, sus continuas necesidades y la dura lucha que hubo constantemente de mantener contra los males mas graves de la vida; si á esto añadimos la sencillez y facilidad con que siempre habla de sí mismo, y su indulgencia para con los demás, pocos le echarán en cara el haber reclamado con algun calor honores injustamente negados y á los que él sabia ser muy acreedor.

Al fin del *Viaje* añadió un diálogo graciosísimo y picante, con el título de *Adjunta al Parnaso*, en defensa de sus propios dramas y atacando á los actores que no querian representarlos : dice que tenia preparadas seis comedias y seis farsas ó entremeses ; pero que el teatro era patrimonio exclusivo de algunos poetas favoritos, y que por esta razon no le hacian caso. Sin embargo, al siguiente año reunió ocho comedias y ocho entremeses, y halló, aunque con grandes dificultades, un editor; porque, segun indica en el prólogo, un escritor ilustre habia dicho al librero, hablando de Cervantes, que de su prosa podia esperarse mucho, pero de sus versos nada. En efecto, su posicion respecto al teatro no cra para envi-

poesías de D. Ramon Fernandez», Madrid, 1796, 8.°, t. XVI, p. 175.—Mayans, «Vida de Cervantes», núm. 164.)

[15] Apolo le dice (Viaje, edic. 1784, p. 55):

«Mas si quieres salir de tu querella
Alegre, y no confuso, y consolado,
Dobla tu capa y siéntate sobre ella.
»Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razon la suerte,
Honrar mas merecido que alcanzado.»
«Bien parece, señor, que no se advierte,
Le respondí, que yo no tengo capa.»
El dijo: «Aunque sea así, gusto de verte.»

diada: treinta años antes habia trabajado en él con algun éxito, y las veinte ó mas piezas dramáticas que entonces escribió, y de las cuales nombra algunas con suma complacencia [16], estaban ya sin duda completamente olvidadas. En el intermedio «entró, como él mismo dice, el monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica, avasalló y puso »debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes, llenó el »mundo de comedias, propias, felices y bien razonadas; »y tantas, que pasan de diez mil pliegos los que tiene »escritos, y todas (que es una de las mayores cosas que »pueden decirse) las ha visto representar ú oido decir »(por lo menos) que se han representado; y si algunos »(que hay muchos) han querido entrar á la parte y gloria »de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han »escrito á la mitad de lo que él solo», etc.

El número de escritores dramáticos en 1615 era, como lo indica Cervantes, muy considerable; y al contar él entre los mas distinguidos á Mira de Mescua, Guillen de Castro, Aguilar, Luis Velez de Guevara, Gaspar de Avila y otros, se echa de ver que el carácter y principales tendencias del teatro español seguian ya un rumbo deter-

[16] La «Confusa» es sin duda la que con mas cariño miraba, y así dice en su «Viaje»:

Soy por quien la Confusa, nada fea,
Pareció en los teatros admirable.

Y añade en la «Adjunta»: «De las que »mas me precio fué y es de una lla»mada la «Confusa», la qual, con paz »sea dicho, de quantas comedias de »capa y espada hasta hoy se han re»presentado, bien puede tener lugar »señalado por buena entre las mejo»res.» Téngase en cuenta que este acceso de vanidad le acometia en 1614, cuando Cervantes habia ya impreso la primera parte del «Quijote», y Lope y su escuela estaban en el apogeo de su gloria. A pesar de todo, si hubieran de parecer todas las obras perdidas de Cervantes, mas curiosidad tendriamos por ver la «Batalla naval», que, segun su título, contendria la relacion de muchos lances y aventuras personales del autor en «Lepanto», lo mismo que el «Trato de Argel» las contiene de sus sufrimientos, trabajos y sucesos, estando cautivo en dicha ciudad.

minado; por consiguiente, no estaba ya libre y abierto el campo donde él habia escrito sus primeras comedias, y como por otra parte trabajaba acosado de la necesidad, no podia tampoco salirse del tipo que triunfantemente habian establecido Lope de Vega y sus imitadores.

Como consecuencia de estos hechos, las ocho comedias que por este tiempo publicó tienen el estilo, forma y versificacion acomodados al gusto de la época. Sus argumentos son tan varios como los de sus novelas: una de ellas es una refundicion de su *Trato de Argel*, y es muy curiosa, porque ofrece algunos de los materiales, y á veces hasta las mismas frases de la historia del cautivo en el *Quijote*, y tambien porque Lope de Vega tomó de ella sin escrúpulo alguno cuanto le pareció conveniente para sus *Esclavos en Argel*. Mucho de lo que en ella se refiere parece estar fundado en hechos positivos; como el lastimoso martirio de un niño, en el tercer acto, y la representacion de una farsa ó coloquio de Lope de Rueda, que hacen los esclavos en un patio de la cárcel.

Otra de las comedias, cuyo asunto está tambien tomado de un suceso verdadero, es *El gallardo español* [17]: su hé-

[17] La parte que mas repugna creer es la de un soldado bribon y vagamundo, que gana su subsistencia vergonzosamente pidiendo limosna para las ánimas del purgatorio, y emplea lo que recoge en su regalo y glotonería; y sin embargo, es cierta, pues Cervantes dice: «Esto de pedir limosna »para las ánimas es cuento verdade»ro, que yo lo vi.» Lo que sorprende es que se pusiese en escena una cosa tan inmunda: hay una escena en que el soldado se ve en gran peligro, y entonces se dirige al cielo, y como si hubiese leido las «Nubes» de Aristófanes, exclama:

¡Animas de purgatorio!
Favorecedme, señoras;
Que mi peligro es notorio,
Si ya no estáis estas horas
Durmiendo en el dormitorio.

(T. 1, p. 34.)

Al fin dice que su intencion ha sido

Mezclar verdades
Con fabulosos intentos.

La moral de la comedia se reduce á sobreponer á todo cuanto hay en el mundo «el amor y la gloria»; y está perfectamente explicada en los dos versos siguientes de la 2.ª jornada:

Que por reinar y por amor no hay culpa
Que no tenga perdon y halle disculpa.

roe, llamado Saavedra, y por lo mismo probablemente de la familia enlazada desde muy antiguo con la de Cervantes, se pasa por algun tiempo á los moros, de resultas de un lance amoroso con cierta dama, si bien se conduce en todo como verdadero español. *La Sultana* es la historia de una cautiva española, que llegó á ser tan querida del Gran Turco, que está representada en la comedia, no solo como favorita, sino como sultana y conservando su religion: relacion fácilmente creida en España, si bien solo la primera parte de ella es auténtica, y Cervantes debia saberlo, puesto que fué contemporáneo de la heroína, llamada Catalina de Oviedo. *El Rufian dichoso* es un Don Juan Tenorio en crímenes y horrores; pero después se convierte, y llega á ser un santo tan perfecto, que á fin de redimir el alma de una pecadora moribunda, llamada D.ª Ana de Treviño, pone á sus piés sus propias virtudes y buenas obras, tomando en cambio sus pecados y faltas: trueque singular que le obliga á emprender de nuevo la carrera de la enmienda y de la penitencia con increibles trabajos; y conjunto de absurdos y disparates que Cervantes asegura, como testigo de vista, ser en su mayor parte un hecho real y positivo [18].

No son menos variadas en su argumento las cuatro siguientes, ni tampoco menos desarregladas en su plan y estructura: todas ocho están divididas en tres «jorna-

[18] Las oraciones devotas, que abundan en esta comedia, y sobre todo en la segunda jornada, y la especie de contrato legal para que el Santo en sana salud trasmita sus méritos á un pecador enfermo, son de esas cosas repugnantes en el teatro español, pero con las que se familiariza muy pronto todo aquel que le estudia con detencion. Cervantes, en esta singularísima comedia, tiene cuidado de afirmar que lo que se va representando sucedió así realmente, y dice: «Todo esto fué verdad», «todo esto fué así», «así se cuenta en la historia», etc.

das », voz que en Cervantes es sinónima de « actos ». En todas hay su bufon ó gracioso, que en una de ellas es un eclesiástico [19]; y todas, en fin, se extienden al tiempo y espacio necesario para la accion, sin escrúpulo de ningun género. *El Rufian dichoso*, por ejemplo, comienza con la juventud del héroe en Toledo y Sevilla, y concluye con su vejez en Méjico. Los personajes son tan estrafalarios como numerosos : pieza hay en que llegan á treinta, y entre ellos se introducen demonios, ánimas del purgatorio, Lucifer, el Temor, la Desesperacion, la Envidia, y otras figuras no menos ideales. El hecho es que Cervantes renunció á todos los buenos principios del drama, que tan admirablemente habia expuesto diez años antes en la primera parte del *Quijote*, y ahora, ó por voluntad propia ó por necesidad y pobreza, abrazó completamente la teoría dramática de Lope y su escuela, no solo en sus comedias, sino tambien en una especie de introduccion al segundo acto del *Rufian dichoso*.

Mucho mejores son los ocho entremeses : piezas cortas, generalmente en prosa, con una accion sencillísima, y á veces sin ninguna, llenan el objeto que el autor se propuso, de proporcionar al auditorio un rato de diversion y solaz en los entreactos de las comedias. *El teatro de las Maravillas*, por ejemplo, no es mas que una serie de chanzas y burlas para espantar á los concurrentes á una funcion de títeres, haciéndoles creer que lo que es-

[19] En los « Baños de Argel », donde en partes se falta hasta al decoro, como cuando (t. I, p. 151) explicando á los moros por qué su antiguo general D. Juan de Austria no venia á conquistar á Argel, dice :

Sin duda que en el cielo
Debia haber gran guerra,
Do el General faltaba,
Y á D. Juan se llevaron para serlo.

tán viendo no existe en realidad. *La Guarda cuidadosa* interesa por la pintura de un soldado, que parece ser retrato de su autor; y por la fecha de 1611, allí citada, puede presumirse que se escribió en dicho año. *El Viejo celoso* es la reproduccion de la novela del *Celoso extremeño*, aunque con un final diverso y de mas vigor; y por último, *La cueva de Salamanca* es una de aquellas chanzas pesadas contra los maridos, que tan comunes son en el teatro español, y que sin duda no lo serian menos en la vida social de aquellos tiempos. Todos presentan el aspecto de verdad y realidad que el autor se propuso darles, ya estén ó no fundados en hechos reales ó positivos.

Pero en los esfuerzos que Cervantes hizo en el teatro, luchaba siempre con un obstáculo insuperable : como no tenia talento dramático ni el conocimiento de los medios de producir grandes efectos en la escena, era difícil que adelantase mucho. Desde que escribió *El trato de Argel*, que no es mas que el cuadro de sus padecimientos y trabajos como cautivo, formó la idea de que todo aquello que era absolutamente verdadero y absolutamente sorprendente podia presentarse con éxito en las tablas, confundiendo de este modo el campo de la ficcion y de la novela con la exhibicion dramática, y buscando con frecuencia el efecto en incidentes triviales y en un lenguaje humilde y ordinario, cuando debió buscarle en la elevacion de los pensamientos y en los sucesos que, combinados por el talento, producen el verdadero interés dramático.

Quizá este mal éxito de sus composiciones dramáticas sea debido parte á la diversa direccion que tomó su in-

genio original y creador, y parte al estado mismo del teatro, que cuando Cervantes comenzó á escribir admitia toda especie de tentativas, y no estaba, por decirlo así, bien asentado; pero sea cual fuere la causa de su mal éxito, lo cierto es que fué un golpe contundente para los críticos españoles, los cuales han recurrido á las explicaciones mas violentas para libertar la reputacion de Cervantes de este mal percance. Así vemos al bibliotecario D. Blas de Nasarre, que en 1749 hizo la primera reimpresion de estas desgraciadas comedias, tratar seriamente de probar en el prólogo que Cervantes las escribió expresamente para burlarse del teatro de Lope de Vega [20]; siendo así que, prescindiendo de las relaciones que pudieron existir entre estos dos escritores, no cabe la menor duda de que Cervantes se interesaba muy de veras en la suerte de sus comedias, y tenia una

20 Véase el principio del «Prólogo del que hace imprimir». No estamos seguros de que Nasarre dijese esto con toda sinceridad; porque en 1732 publicó una edicion del «Quijote» de Avellaneda, en cuyo prólogo afirma que el «Sancho» de Avellaneda le parece mas natural que el de Cervantes; que la segunda parte del «Quijote» de Cervantes está tomada de la de Avellaneda; y que en punto á mérito intrínseco, la obra de Avellaneda era igual á la de Cervantes.

«No se puede disputar, dice, la »gloria de la invencion de Cervantes, »aunque no es inferior la de la imita»cion de Avellaneda»; y después añade: «Es cierto que es necesario ma»yor esfuerzo de ingenio para aña»dir á las primeras invenciones que »para hacerlas.» (Véase Avellaneda, «Don Quijote», Madrid, 1805, 12.°, tomo I, p. 34.) Hay que observar que el *juicio* ó prólogo donde se consignan estas opiniones, aunque realmente obra de Nasarre, se supone no ser suya, sino de un amigo, lo cual indica que no se atrevia á enunciarlas como suyas. (Pellicer, «Vida de Cervantes», edic. del «Quijote», t. I, página 156.) Esta circunstancia hace mirar con desprecio semejantes absurdos, así como la reimpresion de los pobrísimos dramas de Cervantes y el prólogo que Nasarre les puso indica la intencion de rebajar el nombre y reputacion de un ingenio que su editor era incapaz de comprender.

Un folleto anónimo, intitulado «Exámen crítico del tomo primero del Anti-Quijote» (Madrid, 1806, 12.°), insinúa que Nasarre pudo tener simpatías hácia Avellaneda por ser, como él, aragonés, y como es opinion general que el autor de dicho folleto es D. J. A. Pellicer, la especie no es de despreciar. Además, Nasarre pertenecia á la escuela francesa instaurada en España en el siglo XVIII; escuela que concedia poco ó ningun mérito al antiguo teatro español.

firme y segura confianza en su mérito dramático, sin que se pueda citar en todas ellas un solo verso en que quisiese parodiar á otro autor [21].

Como esta posicion era insostenible, el abate Lampillas, que á últimos del siglo pasado escribió una larga defensa de la literatura española contra los disimulados ataques de Tiraboschi y Bettinelli, tomó otro camino, sosteniendo con la mayor gravedad que Cervantes envió efectivamente á la imprenta ocho comedias y ocho entremeses; pero que el impresor sustituyó dichas obras con otras, y les puso el nombre y prólogo de Cervantes. Pero no debemos echar en olvido que Cervantes imprimió todavía dos obras suyas después de sus comedias, y que si tal insulto le hubieran hecho, no es creible que quien con tanto rigor trató á Avellaneda por una culpa incomparablemente menor, hubiese dejado de reconvenir con dureza al impresor [22].

No hay pues mas remedio que confesar y reconocer como un hecho incontestable que Cervantes escribió

[21] La opinion extravagante de que Cervantes escribió sus comedias para ridiculizar las de Lope, lo mismo que el «Quijote» para acabar con los libros de caballerías, fué tambien combatida en la misma época en que se enunció. Al año de la reimpresion de Nasarre, apareció un folleto intitulado: «La sinrazon impugnada y beata de Lavapiés, coloquio crítico apuntado al disparatado prólogo que sirve de delantal (segun nos dice su autor) á las comedias de Miguel de Cervantes, compuesto por D. José Carrillo.» (Madrid, 1750, 4.°, pp. 25.) — Es un discurso escrito con mucho brio en defensa de Lope de Vega y Calderon, y en el cual se toca tambien el punto de Cervantes. (Pp. 13-15.) El mismo año se publicó otra obra de mayor importancia, en igual sentido: es un «Discurso crítico sobre el orígen, calidad y estado presente de las comedias de España, contra el dictámen que las supone corrompidas, etc.; por un ingenio de esta corte». (Madrid, 1750, 4.°, p. 285.) Su autor fué un abogado de Madrid, llamado D. Tomás Zabaleta. Tiene tan poco juicio y filosofía como los demás críticos de su tiempo, pero trata con suma dureza á Nasarre.

[22] «Ensayo histórico-apologético de la literatura española», Madrid, 1789, t. VI, p. 170, 8.° El autor no se anda en rodeos, sino que dice rotundamente: «Suprimiendo las que verdaderamente eran de él.»

varias comedias, cuyo éxito no correspondió á las esperanzas que de su talento se tenian. Es cierto que en algunos pasos campea toda la lozanía de su ingenio : *El laberinto de amor* tiene un argumento y entonacion tan caballerescos, que interesa; *El fingido vizcaino* está lleno de la gracia y sal que siempre anuncian las obras de Cervantes; y lo mas probable es que en ellas se propuso sacrificar su opinion particular sobre el drama al gusto del público. Si tal fué su intencion, á esto, y no á otra cosa, debe achacarse su mal éxito en dicho género; y por lo tanto, es otra razon mas para interesarnos por la suerte de un hombre cuya vida fué el blanco perpetuo de la calamidad y de la desgracia [23].

Pero ya aquella, al través de tantas turbaciones y peligros, corria apresuradamente á su término : en octubre del mismo año (1615) Cervantes publicó la segunda parte del *Quijote*, y en la dedicatoria á su favorecedor, el conde de Lémos[24], habla de su salud quebrantada, y anuncia que escasamente podrá contar con algunos meses de vida. Y sin embargo, su espíritu, que resistió á las amarguras y trabajos de una campaña penosa, á un largo cautiverio y á una serie de prisiones y apuros, y que todavía, muy cerca ya de los setenta años, bastó para pro-

[23] Casi no puede haber duda de esto, si se comparan las opiniones del canónigo en materia de teatro, en el capítulo 48 de la primera parte del «Quijote», publicada en 1605, con las que se leen al principio de la jornada 3.ª de los «Baños de Argel», 1615.

[24] Generalmente se cree que el conde de Lemos y el arzobispo de Toledo ampararon y protegieron mucho á Cervantes, como lo hace presumir la dedicatoria de la segunda parte del «Quijote»; pero mucho recelamos que dicho favor y proteccion estuviese reducido á meras limosnas. A lo menos la única vez que en tiempo de Cervantes se encuentra citado un caso de esta naturaleza, se le califica con el nombre de «limosna». (Véase á Salas Barbadillo, Dedicatoria de la «Estafeta del Dios Momo»; Madrid, 1627, 12.º)

ducir una obra como la segunda parte del *Quijote*, no le abandonó nunca, aun cuando sus fuerzas físicas sucumbian al rigor de las dolencias y de la vejez; antes al contrario, trabajó con mas ahinco que nunca en concluir su novela de *Pérsiles y Sigismunda*, ansioso de vivir lo bastante para concluirla, y presentar á su generoso protector este último tributo de gratitud. Entrada la primavera, marchó á Esquivias, donde poseia una pequeña hacienda como dote de su esposa, y al volver á Madrid escribió un prólogo para su novela inédita, lleno de gracias y de chistes, en que refiere una aventura muy entretenida que le sucedió en su viaje con un estudiante en medicina, quien le dió muy buenos consejos acerca de la hidropesía que sufria; á lo cual replicó él que por los pulsos veia ya que escasamente podria llegar con vida hasta el domingo inmediato; y así concluye su originalísimo prólogo: «Adios, burlas; adios, gracias; »adios, amigos alegres; que ya me voy muriendo, sin »mas deseos que los de veros felices en la otra vida.»

En tal estado se preparó á morir como buen cristiano de aquellos tiempos, y el 2 de abril entró en la órden de frailes franciscos, cuyo hábito habia tomado tres años antes en Alcalá; mas no le desampararon un instante en aquellos terribles momentos ni sus sentimientos de escritor, ni su vivacidad, ni su agradecimiento hácia aquellas personas que le habian favorecido; el 18 del mismo mes recibió la extremauncion, y al siguiente dia escribió la dedicatoria del *Pérsiles y Sigismunda*, dirigida al conde de Lémos, y que respira en grado extraordinario su gracejo y natural buen humor, al paso que los sentimientos graves y solemnes, tan propios de su situa-

cion [25]. Conservó pues en el último acto que sabemos de su vida la mas completa serenidad y quietud, y cuatro dias después, el 23 de abril de 1616, falleció, á la edad de sesenta y ocho años [26]. Segun sus deseos, fué enterrado en el convento de monjas trinitarias; pero como poco después variase esta comunidad de local, y pasase al que hoy dia ocupa, se ignora de todo punto el lugar en que descansan las cenizas del mayor ingenio que ha producido el suelo español [27].

[25] No recordamos cosa comparable á esta sentida y tierna dedicatoria, sino la de Addison enviando sus obras á su amigo y sucesor en el ministerio, el secretario Craggs, fecha el 4 de junio de 1719, trece dias antes de su muerte; pero es preciso confesar que la de Cervantes le lleva mucha ventaja en verdad, sentimiento y en los rasgos que retratan el carácter del autor.

[26] Bowle dice (Anotaciones al «Quijote», Salisbury, 1781, 4.°, prólogo, nota 9) que Cervantes murió el mismo dia que Shakespeare, pero es un error; la alteracion del calendario no habia aun tenido efecto en Inglaterra por aquel tiempo, y hay, por consiguiente, una diferencia de diez dias entre los dos calendarios.

[27] Ningun monumento se habia levantado en España á la gloria de Cervantes hasta el año de 1835, en que se colocó en la plaza del Estamento, ahora de las Cortes, en Madrid, una estatua de bronce de tamaño mayor que el natural, fundida en Roma por el escultor barcelonés Solá. (Véase el «Artista», periódico publicado en Madrid, 1834, 1835, t. I, p. 205; t. II, p. 11; y el «Semanario pintoresco», 1836, p. 249.) Hasta entonces no creemos se hubiese pensado en honrar á Cervantes con cosa parecida á monumento, si exceptuamos la medalla grabada en Paris en 1818 en una serie de hombres ilustres, donde era indispensable darle lugar; y un medallon con su busto, que se colocó á costa de un particular sobre la puerta de la casa donde vivió y murió, en la calle llamada de Francos, y hoy de Cervantes. Solo añadirémos (y por cierto que no es fácil decir si es elogio ó censura) que la estatua de Cervantes es, si no nos equivocamos, la primera erigida en España en honra del saber y de las letras.

## CAPITULO XII.

**Cervantes. — Pérsiles y Sigismunda. — Su carácter. — El Don Quijote. — Circunstancias en que se escribió. — Su objeto y plan general. — Parte primera. — El Quijote de Avellaneda. — Parte segunda. — Indole de toda la obra. — Carácter de Cervantes.**

A los seis meses de la muerte de Cervantes [1] se concedió á su viuda la licencia para imprimir el *Pérsiles y Sigismunda*, que se publicó en 1617 [2]. Su objeto fué, se-

[1] Al morir Cervantes tenia, segun lo dice él mismo, mas ó menos adelantadas para la imprenta las siguientes obras: «Las semanas del jardin», anunciadas ya en 1613; la segunda parte de la «Galatea», anunciada en 1615; «El Bernardo», de que hace mencion en la dedicatoria como escrito poco antes de su muerte, y varias comedias, á que alude en el prólogo de las que imprimió y en el «Apéndice ó adjunta al Parnaso» Es de creer que todas estas obras se hayan perdido.

[2] La primera edicion del «Pérsiles y Sigismunda» se imprimió con el siguiente título: «Los trabajos de Pérsiles y Sigismunda, historia setentrional, por Miguel de Cervantes Saavedra, dirigida, etc.;» Madrid, 1617, 8.°, por Juan de la Cuesta: reimprimióse el mismo año en Valencia, Pamplona, Barcelona y Bruselas. Poseemos un ejemplar de esta primera edicion; pero la mejor de todas es de Madrid, 1802, 8.°, dos tomos: hay una traduccion inglesa, hecha en 1619 por M. L., que no hemos visto, pero de la que puede afirmarse sin ningun género de duda que Fletcher tomó los materiales que usó, ó mas bien estropeó, para escribir su comedia de «Costumbres del campo», representada en 1628, aunque no impresa hasta 1647: hasta los nombres de los actores son los mismos. Véase el «Pérsiles», lib. 1., capitulos 12 y 13, y compárese el lib. 2, cap. 4, con la comedia inglesa, acto 4, escena 3; y libro 3, cap. 6, etc., con el acto 2, escena 4. Hay á veces hasta traducciones á la letra.

«¿Sois castellano? me preguntó en »su lengua portuguesa. —No señora le »respondí yo, sino forastero y de bien »lejos de esta tierra. — Pues aunque »fuérades mil veces castellano, replicó »ella, os librara yo si pudiera, y os li»braré si puedo: subid por cima des»te lecho, y entrad debajo de este ta»piz, y entráos en un hueco que aquí »hallaréis, y no os movais; que si la »justicia viniere, me tendrá respeto, y »creerán lo que yo quisiere decirles.» (Pérsiles, lib. 3, cap. 6.) Todo esto se halla en la comedia inglesa de Fletcher, traducido palabra por palabra. Hay, sin embargo, una gran diferencia

gun parece, escribir una novela seria que fuese, con respecto á las de este género, lo que el *Quijote* respecto á los libros de caballerías; á lo menos así se infiere de lo que el autor y sus amigos dicen del *Pérsiles*, porque en el prólogo á la segunda parte del *Quijote* Cervantes afirma decididamente que el *Pérsiles* seria el mejor libro de entretenimiento ó el mas malo de cuantos se habian escrito en lengua alguna; y añade que sus amigos lo creian admirable, además de que Valdivielso, en la aprobacion que escribió después de muerto Cervantes, lo declara igual ó superior á todas sus demás obras.

Pero la novela grave y seria, hija exclusivamente de la civilizacion moderna, estaba entonces demasiado atrasada para que Cervantes pudiese lograr un triunfo completo, mucho mas cuando su natural inclinacion le llevaba mas bien al género jocoso y jovial. Los viajes imaginarios de Luciano, tres ó cuatro novelas griegas y los libros de caballerías eran los únicos modelos que pudo tener á la vista; porque en aquel tiempo aun no se habia escrito nada parecido á la novela moderna, si se exceptúan las mismas que Cervantes compuso y llamó ejemplares. Quizá fué su pensamiento escribir un libro de caballerías modificado y acomodado al espíritu de la época, y por lo mismo desnudo de los disparates y absurdos que tanto abundan en dichas obras [3]; pero si tal pensó, es claro que el éxito brillante de su *Quijote* debió quitarle

entre las dos obras, y es que el «Pérsiles» es un libro purísimo en pensamientos y lenguaje, mientras las «Costumbres del campo» es uno de los dramas mas deshonestos é impúdicos que puedan leerse, hasta tal punto, que Dryden lo califica sin el menor escrúpulo de malo y aun de peor que todas sus demás comedias juntas. (Obras de Dryden, edic., Scott, Lóndres, 1808, 8.°, vol. 11, p. 239.)

[3] Así puede inferirse del principio del capítulo 48 de la primera parte del «Quijote».

semejante proyecto de la cabeza. Así es que trató mas bien de imitar la novela griega, y si alguna en particular tuvo presente, debió ser la de *Theágenes y Chariclea*, de Heliodoro [1]. El libro en cuestion se intitula *Historia setentrional*, y cuenta las aventuras de Pérsiles y Sigismunda: aquel hijo de un rey de Islandia, y esta hija del de Frislandia; la escena pasa la primera parte en el norte y la segunda en el mediodía. Hay algunas especies confusas de reyes del mar y piratas del Océano septentrional, pero poco ó ningun conocimiento de la geografía de aquellos países; y cuanto refiere de pueblos salvajes, de islas de hielo, y de extrañas y singulares aventuras ocurridas en ellas, es fantástico, increible y disparatado. . . . . . . . . .

La última parte, en que el héroe y la heroína, siempre ocultos, como lo están en toda la historia, bajo los nombres de Periandro y Auristela, viajan por Portugal, España é Italia, yendo en peregrinacion á Roma, está libre de las extravagancias que afean la primera, y el libro todo es un laberinto de historias que demuestran una riqueza de imaginacion sorprendente en un anciano como Cervantes, que parece debiera estar quebrantado

[1] Hay un pasaje en que indica oscuramente que es traduccion, pero no dice de qué lengua. (Véase el principio del libro 2.) Un crítico elegante y sagaz de nuestros dias dice: «Todo es »naufragios, desiertos, desembarcos, »raptos; en una palabra, poco mas ó »menos la novela antigua de Heliodo»ro.» (Saint Beuve, «Critiques», Paris, 1859, 8.°, t. IV, p. 173.) Estas palabras describen con toda exactitud la mitad del Pérsiles; á poco tiempo se publicaron dos imitaciones de él, ó mas bien de las novelas griegas. La primera es la «Historia de Hipólito y Aminta», de Francisco de Quintana (Madrid, 1627, 4.°), dividida en ocho libros y con muchas poesías intercaladas en el texto. La otra es «Eustorgio y Clorilene, historia moscóvica», por Enrique Suarez de Mendoza y Figueroa (1629), en trece libros, prometiéndose una continuacion, que no salió á luz. El ejemplar que tengo es edicion de Zaragoza, 1665, 4.° Ambas están escritas con muy mal gusto y valen poco como novelas. La última principalmente está calcada sobre el «Pérsiles y Sigismunda».

al rigor de tantos trabajos, privaciones y disgustos; pero laberinto confusísimo, del cual el lector sale muy gustoso y complacido al ver que, terminados ya los peligros de Pérsiles y Sigismunda, y allanados los obstáculos que se habian opuesto á su amor, acaban por casarse en Roma, como era de esperar. Entre el sinnúmero de historias y anécdotas que llenan el libro, hay algunas muy interesantes, y otras que agradan porque demuestran cuán conocedor del mundo era Cervantes[5]. Tambien es preciso confesar que el estilo del *Pérsiles y Sigismunda* es mas acabado y esmerado que el de ningun otro de sus escritos; lo cual no quita que el trabajo sea muy inferior á lo que el autor y sus amigos creian cuando le calificaban de modelo en su género, y del mejor libro que escribió Cervantes.

Si hemos de atenernos al testimonio unánime de dos siglos, esta honra pertenece al *Quijote*, obra superior, no solo á todas las de su época, sino á las de los tiempos modernos; que lleva impreso el sello del carácter nacional, y que por lo tanto ha gozado siempre del mas alto favor y aprecio á que no ha podido llegar otra alguna[6]. No se sabe á punto fijo cuándo Cervantes empezó á escri-

[5] Desde el principio del lib. 3 encontramos ya que la historia de «Pérsiles y Sigismunda» ocurria en los reinados de Felipe II ó III, cuando habia un virey español en Lisboa; y hasta los viajes de los dos héroes por el mediodía de la España y por Italia huelen á reminiscencias de los del mismo Cervantes, así como en los capítulos 10 y 11 del libro 3 se vislumbran los recuerdos amargos de su cautiverio en Argel. Tambien merece observarse el gran conocimiento de Portugal y sus costumbres que hay en la obra. Generalmente Cervantes en este libro, como en los demás que escribió, dejó rastros muy marcados de su propia vida y aventuras.

[6] No hay mas que recorrer la España para convencerse de lo acertada que es la conjetura de Inglis (Paseo por los caminos que recorrió D. Quijote, Lóndres, 1837, 8.°, p. 26), cuando dice: «Ningun español hay que no »tenga noticia de Cervantes.» En efecto, podemos asegurar por experiencia propia que á cuantas personas hemos preguntado por el inmortal autor del «Quijote», y son muchas y de todas clases y condiciones, aun de las mas

birla, y sí solo que en los veinte años anteriores á la aparicion de la primera parte nada publicó [7]. Lo poco que de él sabemos durante este largo y triste período de su vida, tan solo nos proporciona la noticia de que procuraba su subsistencia y la de su familia con la agencia de negocios, generalmente de poca importancia, y algunos de no muy gratas consecuencias para él. Solo tenemos la tradicion de sus persecuciones en la Mancha, y el dato auténtico de que el *Quijote* «se engendró en una cárcel»; circunstancias poco notables, aunque si efectivamente fueron las que produjeron tal resultado, constituyen un fenómeno singular, no solo en la historia de Cervantes, sino en la de la humanidad entera, demostrando cuán diversos eran su índole y temperamento de lo que comunmente distingue á los hombres de grande ingenio.

El exquisito y adelgazado discurso de los críticos ha adulterado el objeto que Cervantes se propuso al escribir el *Quijote*, pues hasta se ha querido suponer que trató de describir el infinito y perpetuo combate de la parte poética con la parte prosáica del alma, entre el heroismo y la generosidad por un lado, y el egoismo y el interés por otro, representando en esta lucha la realidad y verdad de la vida humana [8]. Pero esta conclusion metafísica, deducida de un exámen y estudio de la obra

pobres y humildes, no hemos hallado una sola que no supiese algo de Don Quijote y de Sancho Panza.

[7] El mismo indica este intervalo melancólico y silencioso de su vida, diciendo en el prólogo: «Al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido», etc. En efecto, desde 1584 hasta 1605 nada imprimió sino algunos versos sueltos de poco valor, con los cuales y otros juguetes de este género procuraba sin duda ganar penosamente de comer.

[8] Esta idea se encuentra explicada en Bouterweck, Historia de la literatura, etc., Gottinga, 1803, 8.°, t. III, pp. 335-337; y luego amplificada y defendida por Sismondi, «Literatura del mediodía de la Europa», Paris, 1813, 8.°, t. III, pp. 339-343.

imperfecto y exagerado, es diametralmente opuesto al espíritu de aquella edad, que nunca usó de la sátira general y filosófica, y contrario tambien al carácter del mismo Cervantes desde su entrada en la carrera de las armas y posterior cautiverio, hasta el momento en que su corazon benévolo, noble y ardoroso dictaba la dedicatoria del *Pérsiles y Sigismunda* al conde de Lémos. Ciertamente que si se fija la atencion en su persona, se verá un corazon alentado por una dulce y generosa confianza en la virtud de los hombres, y un ánimo siempre robusto, sereno y arrostrando el infortunio con buen humor, que se compadecen mal con el odio melancólico y mezquino á todo lo grande y generoso que envuelve en sí tal explicacion del *Quijote* [9]. Pero él mismo prohibió terminantemente que se diese á su libro ninguna significacion ni intencion secreta; porque desde el principio de su obra anuncia sin rodeo alguno y en los términos mas claros y explícitos que su propósito es destruir el favor y autoridad que gozaban los libros de caballerías, y al concluirla declara de nuevo no haber tenido mas deseo que el de hacer odiosas las historias fabulosas y desastradas de los libros de caballerías [10], gozán-

[9] Muchas interpretaciones se han hecho del «Quijote», pero la mas absurda y disparatada es sin duda la de Daniel de Foe, que dice «es una sátira alegórica y justa contra el duque de Medina Sidonia, personaje ilustre de aquellos tiempos en España». (Wilson, «Vida de Daniel de Foe», Lóndres, 1830, 8.°. vol. III, p. 437, nota.) «El Buscapié» (si alguna vez ha existido) dicen era la relacion de «algunas empresas y bizarrías de Cárlos V, puestas en ridículo». (Véase el apéndice D.)

[10] En el prólogo á la primera parte dice: «No mira á mas que á deshacer »la autoridad y cabida que en el mun»do y en el vulgo tienen los libros de »caballerías;» y la segunda parte, publicada diez años después, concluye con estas notables palabras: «No ha »sido otro mi deseo que poner en abor»recimiento de los hombres las fingi»das y disparatadas historias de los li»bros de caballerías, que por las de mi »verdadero «Don Quijote» van ya tro»pezando, y han de caer del todo sin »duda alguna.—Vale.» Parece imposible que un espiritu de crítica alambicada é impertinente se haya atrevido

dose y recreándose en ello como en cosa de la mayor importancia. Y así lo era realmente, porque sobran por desgracia las pruebas de que el fanatismo y delirio que por estos libros hubo en España en el siglo XVI llegó á causar inquietud á las gentes mas cuerdas y sensatas. Muchos son los autores contemporáneos que hablan de los grandes perjuicios causados á la sociedad por estos libros, y entre ellos el venerable Fr. Luis de Granada y Malon de Chaide, autor de la elocuente *Conversion de la Magdalena*[11]. Guevara, el afortunado y erudito cortesano del emperador Cárlos V, se queja amargamente de que en su tiempo solo se leian el *Amadís de Gaula*, el *Tristan*, el *Primaleon* y otros libros del mismo jaez[12]; y el ingenioso autor del *Diálogo de las lenguas* dice haber perdido diez años en la corte estudiando á *Florisandro*, *Lisuarte*, *El caballero de la Cruz*, y otros libros cuyos títulos no recuerda[13]. Finalmente, sabemos positivamente por algunos escritores lo que Cervantes mismo no hace mas que indicar, á saber, que muchos creian aun ciegamente la verdad de cuanto refieren los tales libros de caballerías[14].

á poner en duda la palabra honrada de un grande hombre, dos siglos después de su muerte. D. Vicente Salvá evitó, si no en todo, en parte, esta dificultad en un escrito ingenioso y discreto sobre la cuestion de ¿Ha sido «Don Quijote» juzgado segun su mérito? En él defiende que Cervantes no trató de atacar la esencia de los libros de caballerías, sino que intentó limpiarlos de sus absurdos y desatinos, añadiendo que Cervantes no hizo mas que escribir otro libro mas del mismo género, que ha acabado con todos sus antecesores por la inmensa superioridad que sobre ellos tiene. (Ochoa, «Apuntes para una biblioteca», Paris, 1842, 8.°, t. II, pp. 723-740.)

11 «Símbolo de la fe», parte 2, capítulo 17, al fin. — «Malon de Chaide.» Libro de la conversion de la Magdalena, 1592; prólogo al lector.—Ambos escritores censuran los libros de caballerías con sumo rigor.

12 Vemos que ya no se ocupan los hombres sino en leer libros que es afrenta nombrarlos, como son: «Amadís de Gaula», «Tristan de Leonis», «Primaleon», etc. (Argumento al «Aviso de Privados.» — «Obras de D. Antonio de Guevara», Valladolid, 1545, fol. clviii. vto.)

13 El pasaje es demasiado largo para insertarlo aquí íntegro, y muy riguroso y severo. Véase á Mayans y Siscar, «Orígenes», t. II, pp. 157-158.)

14 Véase t. I, pp. 260-266. Pero además de lo que allí dijimos, Fran-

Llegaron, por último, á ser tan perniciosos, que se prohibió su venta ó impresion en Ultramar, y que en 1555 las Cortes hicieron una peticion solicitando igual prohibicion en España, y que se recogiesen además y quemasen cuantos habia en circulacion; lo cual probaria que el mal era grave, puesto que llamaba ya la atencion de los hombres amantes del bien público [15].

Destruir una pasion tan profundamente arraigada en el carácter y costumbres de todas las clases de la sociedad [16], hacer desaparecer la única lectura que en aquel tiempo gozaba completa boga y popularidad [17], era seguramente empresa atrevida y que no anuncia por cierto

cisco de Portugal, que murió en 1632, cuenta en su «Arte de galanteria» (Lisboa, 1670, 4.°, p. 96) que Simon de Silveyra (suponemos sea el poeta portugués de este nombre, que vivió por los años de 1500, y de quien habla Barbosa, t. III, p. 722) juró en una ocasion sobre los santos Evangelios que tenia por cierta y verídica la historia de «Amadis de Gaula», y la creia toda ella.

[15] Clemencin, en el prólogo á su edicion del «Quijote», t. I, pp. XI-XVI, cita muchas pruebas del furor que entonces reinaba en España por los libros de caballerias, refiriéndose á la «Recopilacion de leyes de las Indias», lib. 1, tit. 24, ley 4; además menciona la ley de 1555, é imprime el texto íntegro de una curiosísima peticion de las Cortes, 1555, que no hemos visto en ninguna otra parte, y que probablemente hubiera provocado la ley que se pedia, si la abdicacion del Emperador en aquel mismo año no hubiese puesto término á la cuestion.

[16] En el «Quijote» hay varias alusiones muy ingeniosas al fanatismo que reinaba en el vulgo con respecto á los libros de caballerias. (Parte II, capítulo 32 y en otros.) Tampoco estaban exentas de esta debilidad gentes de educacion. D. Francisco de Portugal, en su «Arte de galantería», que ya antes hemos citado, escrito hácia 1630, refiere una anécdota de un caballero que volviendo de caza encontró al llegar á su casa que su esposa é hijas lloraban con el mayor desconsuelo. Sorprendido y contristado, les preguntó si habia ocurrido alguna desgracia. «No», le contestaron bañadas en llanto. «Pues ¿por qué llorais?» repuso el caballero con mayor admiracion. «Señor, replicaron ellas, Amadis ha muerto»: hasta este punto llegaba su locura. (P. 96.)

[17] Del mismo «Don Quijote» se deduce que Cervantes debió ser en alguna época de su vida aficionadísimo a la lectura de libros de caballerias: muchos pasajes hay en su obra que manifiestan el profundo y exacto conocimiento que de ellos tenia; pero sobre todo el fin del capítulo 20, donde, hablando de Galabad, escudero de Galaor, dice que solo se le nombra una vez en todo el «Amadis de Gaula»: hecho que tuvo paciencia de verificar y confirmar por sí mismo el infatigable Mr. Bowle, leyéndose todo aquel voluminoso libro. (Véase su carta al Dr. Percy sobre una nueva edicion clásica del «Don Quijote», Londres, 1777, 4.°, p. 25.)

un espíritu débil y quebrantado, ni falta de fe en lo mas bello de la naturaleza humana; lo admirable es que Cervantes lo consiguió completamente sin que nos pueda quedar de ello la menor duda. Ni un solo libro de caballerías se escribió después de la publicacion del *Quijote* en 1605, desde cuya fecha cesaron hasta las reimpresiones de los mas leidos y populares, exceptuando tan solo uno ó dos casos de poca importancia [18]; de manera que desde entonces hasta nuestros dias han ido sucesivamente desapareciendo, hasta llegar á ser meras curiosidades bibliográficas; extraño ejemplo del poder y fuerza del ingenio, que así destruyó oportunamente y de un solo golpe todo un ramo de literatura, favorito y floreciente entre un pueblo grande y altivo.

El plan general que Cervantes adoptó para conseguir su intento, aunque sin prever quizá toda la marcha del pensamiento, y menos aun su completo resultado, fué tan sencillo como original. En 1605 publicó la primera parte del *Don Quijote*, figurando que un honrado hidalgo manchego, lleno de pundonor, caballerismo y entusiasmo; de carácter dulce y afable, considerado por sus amigos y querido de sus dependientes, tiene el juicio enteramente trastornado de resultas de la continua lectura de los famosos libros de caballerías, hasta

[18] Clemencin, en su prólogo, señala como el último libro de caballerías escrito en España el «Don Policisne de Beocia», impreso en 1602, y añade que pasado el año de 1605 no se publicó de nuevo libro alguno de caballerías, y dejaron de imprimirse los anteriores. (P. XXI.) Pero esta aseveracion de Clemencin no deja de tener sus excepciones: por ejemplo, «La genealogía de la toledana discreta», primera parte, por Eugenio Martinez; libro caballeresco escrito en octava rima, que se reimprimió en 1608; y «El caballero de Febo» y su hijo «Claridiano», de los cuales hay reimpresiones de 1617. El tiempo en que mas aficion hubo á estos libros puede estudiarse en el «Catálogo bibliográfico», y noticias de los libros de caballerías que Salvá publicó en el «Repertorio americano», Lóndres, 1827, t. IV, pp. 29-74. Allí se ve que el siglo XVI fué el mas dado á estas ficciones.

el punto de tenerlos por ciertos y de creerse destinado á ser uno de aquellos entes imposibles, llamados caballeros andantes, que en ellos figuran. Arrebatado pues de esta idea, sale efectivamente á correr el mundo en busca de aventuras para defender á débiles y desvalidos, en deshacer tuertos y vengar agravios, á imitacion de los héroes de dichos libros.

Para completar el aparato caballeresco que ya habia empezado á disponer, acomodando una antigua y desusada armadura, el hidalgo escoge entre sus vecinos, para que le sirva de escudero, un labrador de mediana edad, ignorante y crédulo en sumo grado, si bien de dulce y honrado carácter, gloton y embustero, egoista é interesado, pero fiel á su señor; con bastante malicia para conocer de vez en cuando la extravagancia y locura de su amo, y unas veces festivo, otras malicioso en el modo de interpretarlas. Salen ambos de su aldea en busca de aventuras, que forja la imaginacion acalorada del caballero, trasformando molinos de viento en gigantes, ventas solitarias en castillos, cuerdas de presidarios en caballeros oprimidos y maltratados; y entre tanto el escudero traduce estos hechos en la prosa clara y pura de la verdad, con una sencillez y candor verdaderamente admirables, sin intencion ni malicia de ningun género, presentando dicha circunstancia un contraste singular con la dignidad y entonacion caballeresca de su señor y con sus magníficas ilusiones. Por lo dicho se puede fácilmente venir en conocimiento de que una serie de aventuras tal solo podia tener un término dado: el caballero andante y su escudero sufren mil contratiempos ridículos, y por último son conducidos como dementes á

su casa, donde Cervantes los deja, insinuando que no ha concluido aun la historia de sus aventuras.

En los ocho años siguientes, es decir, hasta julio de 1613, poco ó nada oimos de Cervantes ni de su héroe, pero en este año ya, al escribir el prólogo de sus novelas, anuncia con toda claridad una segunda parte. Mas antes que esta saliese á luz, quizá aun antes que se escribiese, un sugeto que se llama á sí mismo Alonso Fernandez de Avellaneda, que por ciertos idiotismos y fraseología parece era aragonés, y que, por razones mas para sentidas que para explicadas, se sospecha fué fraile dominico, salió en el verano de 1614 con un libro que intituló impertinentemente *Segundo tomo del ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha*[19].

Dos cosas hay muy notables respecto á este libro: la primera, que parece imposible que muchos y aun el mismo Cervantes ignorasen el nombre de su autor, pues solo por conjeturas vagas é inciertas se ha atribuido por unos á Fr. Luis de Aliaga, confesor del Rey, persona á quien, por su influencia en la corte, era arriesgado criticar; y por otros á Fr. Juan Blanco de Paz, fraile dominico y enemigo personal de Cervantes en Argel. La otra es que su autor sin duda tuvo barruntos del

[19] Cervantes califica á Avellaneda de aragonés porque á veces omite el artículo en frases donde los castellanos le usan. (Don Quijote, parte II, capítulo 59.) Todo lo relativo á esta polémica puede verse en Pellicer, «Vida», pp. clvj-clxx, en Navarrete, «Vida», pp. 144-151; en el «Quijote» de Clemencín, parte II, cap. 59, notas; y en «El conde-duque de Olivares», de Adolfo de Castro (Cádiz, 1846, 8.°, páginas 11, etc.). El tal Avellaneda, sea quien fuese, intituló su obra «Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha» (Tarragona, 1614, 12.°), imprimiéndola así para que formase juego con la primera edicion valenciana de la primera parte del «Quijote» de 1605: ambas se hallan en nuestra librería. Después se reimprimió el Avellaneda dos veces (Madrid, 1732 y 1805), y en 1704 le tradujo al francés Lesage, pero á su manera, es decir, alterando el original sin conciencia ni buena fe. La edicion de 1805, en dos tomos en 12.°, está expurgada.

plan que Cervantes seguia en su segunda parte, y que abusó indignamente de estas noticias, haciendo hacer á Don Alvaro Tarfe en sustancia el papel de los Duques con D. Quijote, y llevando al héroe á una posada, donde le pasa una aventura con ciertos cómicos de la legua que estaban representando una comedia de Lope de Vega; lance muy parecido al de Maese Pedro, creacion ingeniosa y admirable de Cervantes. Esto es cuanto puede interesar tratándose de un libro, que aunque no falto enteramente de mérito, es en general insulso y pesado, y seguramente estaria ya olvidado completamente á no ser por su enlace con la eterna fama del *Quijote*. En el prólogo se trata á Cervantes de una manera indigna y villana; haciendo mofa de su vejez, de sus buenos servicios y hasta de sus honrosas heridas [20]; y en todo el libro el carácter de D. Quijote, representado como un loco furioso, que se cree un Aquíles ó cualquier otro personaje que le ocurre al autor [21], está tan desnudo de dignidad y fijeza, que se ve claramente no llegaban las fuerzas del escritor á comprender el sublime ingenio á quien tan vilmente queria calumniar y suplantar. Lo mejor de la obra es lo relativo al escudero Sancho, y lo peor las indecentes anécdotas y aventuras de Bárbara, especie de caricatura grosera de la graciosa y sin par

[20] «Tiene mas lengua que manos», dice crudamente Avellaneda.

[21] Cap. 8; como cuando hace que D. Quijote convierta á un pobre labrador que está en un melonar, en Orlando furioso (cap. 6); una aldea infeliz en la ciudad de Roma (cap. 7); y al buen párroco una vez en Lirgando y otra en el arzobispo Turpin. La comparacion quizá mas oportuna y acertada que puede hacerse entre ambos «Quijotes» es el cuento de las cabras, que Sancho refiere en el cap. 20 de la primera parte de Cervantes, y el de los gansos, que Avellaneda pone en boca del mismo Sancho en el 21, donde pretende mejorar á su modelo; pero harto claro se ve cuán mal parado queda el imitador.

Dorotea, á quien el caballero toma por la gran Zenobia [22]: el argumento en general es pesado y fastidioso, y el desenlace pobrísimo, pues concluye encerrando á D. Quijote en una casa de locos [23].

Es evidente que Cervantes no conoció esta produccion grosera é insultante hasta que ya tenia muy adelantada la segunda parte de su *Quijote;* pero en el capítulo 59, escrito, segun parece, en el momento en que llegó á sus manos aquel libro, se enciende en ira y desde entonces le azota continuamente con el látigo de la sátira, empleando en ello todo su ingenio hasta concluir la obra. El mismo Sancho, con su acostumbrada gracia y sencillez, sacude de firme al aragonés, porque oyendo casualmente á un caminante, que fué el primero en darles noticia del libro, que en este su mujer se llamaba Mari-Gutierrez en lugar de Teresa Panza, exclama: «Donosa cosa de historiador por cierto; »bien debe estar en el cuento de nuestros sucesos, pues »llama á Teresa Panza, mi mujer, Mari-Gutierrez. Torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, »y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oido »hablar, amigo, dijo D. Jerónimo, sin duda habeis »de ser Sancho Panza, el escudero del señor D. Qui»jote. Sí soy, respondió Sancho, y me precio de ello. »Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este au»tor moderno con la limpieza que en vuestra perso-

[22] Toda la historia de Bárbara, que comienza en el cap. 22 y sigue casi toda la obra, es tan pesada como indecente y grosera.

[23] En 1824 se hizo (probablemente por algun ingenioso aleman) la tentativa de añadir dos capítulos al «Quijote», suponiéndolos suprimidos al publicarse la segunda parte; pero la Academia Española no los juzgó dignos de imprimirlos con la obra principal. (Véase «Don Quijote», edic. Clemencin, t. VI, p. 296.)

»na se muestra : píntaos comedor y simple, y no nada »gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera »parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios »se lo perdone, dijo Sancho, dejárame en mi rincon, »sin acordarse de mí; porque quien las sabe las tañe, »y bien se está San Pedro en Roma.»

Aguijoneado por la publicacion de su rival, y ofendido de sus injuriosos ataques, Cervantes adelantó su trabajo, y por cierta rapidez que en él se observa, puede fundadamente presumirse le terminó con mas prontitud de lo que pensaba [24]. Lo cierto es que ya en febrero de 1615 le tenia del todo acabado, y que le publicó en el otoño siguiente. Luego después no se vuelve á oir nada de Avellaneda, á pesar de haber indicado en su obra que continuaria escribiendo una segunda parte de las aventuras de D. Quijote en Avila, Valladolid y Salamanca. Cervantes se cuidó mucho de evitar con él todo tropiezo; porque, además de variar el plan y evitar las justas de Zaragoza, solo porque Avellaneda habia presentado en ellas á su héroe [25], restituye á D. Quijote su juicio completo, haciéndole sufrir una penosa enfermedad, renunciar á todas las honras de la caballería andante, y morir tranquila y cristianamente en su cama, cortando así toda posibilidad de una nueva continuacion con las pretensiones de la primera.

La segunda parte del *Don Quijote* contradice el proverbio que en ella misma cita Cervantes, de que «nunca »segundas partes fueron buenas». Antes al contrario, nos-

[24] Véase el apéndice (E).

[25] Cuando D. Quijote oye que Avellaneda cuenta su estancia en Zaragoza, dice: «Por el mismo caso no »pondré los piés en Zaragoza, y así »sacaré á la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno.» (Parte II, cap. 59.)

otros la juzgamos superior á la primera. Hay en ella mas lozanía y vigor, y si la caricatura llega casi á pasar el límite señalado, la invencion, los pensamientos, el estilo y hasta la materia son mas felices, y la ejecucion mas acabada. El carácter de Sanson Carrasco, por ejemplo, es una adicion muy feliz, aunque algo atrevida, y las aventuras del palacio de los Duques, donde el héroe llega al último extremo de su locura, el gobierno de Sancho en la ínsula Barataria, la bajada á la cueva de Montesinos, y vision que en ella tuvo ; la escena con el capitan de bandidos Roque Guinart y con Ginés de Pasamonte, el forzado y titiritero, así como la burlesca y caballerosa hospitalidad de D. Antonio Moreno en Barcelona; y por último, el vencimiento de D. Quijote en la misma ciudad, son cuadros admirables. Todo en esta segunda parte, pero especialmente el colorido y la entonacion, prueban que el tiempo y la acogida bien merecida del público sazonaron y robustecieron aun mas el buen juicio, y profundo conocimiento de la naturaleza humana que Cervantes manifiesta en todas sus obras, y que constituyen la parte principal de su ingenio, formado y educado entre las tormentas, disgustos y tristezas de una vida azarosa y agitada.

Pero en ambas partes ostenta Cervantes el impulso é instinto particular de su genio original y creador, principalmente en la pintura de los caractéres de D. Quijote y Sancho Panza; caractéres cuyo contraste encierra un fondo inagotable de gracia, y que puede decirse simbolizan el todo de la ficcion. Son los dos personajes principales, y por consiguiente el autor se complace en tenerlos continuamente en escena : á medida que la historia

adelanta les va cobrando mayor cariño, y esto mismo le hace ponerlos después en situaciones tan improvisadas y nuevas para él como para los lectores. El buen hidalgo, que al principio parece un remedo de Amadís de Gaula, se transforma lentamente en un personaje diverso, aislado, independiente, de noble y generosa índole, de sentimientos delicados, lleno de honradez y caballerosidad, y tan inclinado á todo lo bueno y grande, que le cobramos el mismo afecto que le profesan el cura y el barbero, y casi nos unimos al sentimiento de su familia cuando esta lamenta su muerte.

Lo mismo, y quizá aun mas, sucede con Sancho: en un principio le presenta como opuesto á Don Quijote, y es de creer que solo aparece en la escena para hacer resaltar aun mas las extravagancias y rarezas de su amo; hasta que, al llegar á la mitad de la primera parte, comienza ya á decir uno de aquellos refranes que después forman el fondo de su conversacion y carácter; y solo al empezar la segunda ostenta aquella mezcla particular de agudeza y credulidad, de que da muestras en el gobierno de la ínsula Barataria; pintura magistral que completa aquella figura con todas sus proporciones grotescas, á la par que propias y convenientes.

Cervantes llegó realmente á cobrar cariño á aquellas creaciones de su fértil ingenio, como si fueran entes materiales, hablando de ellos y tratándolos con una animacion é interés que contribuyen en gran manera á la ilusion de los lectores. Así es que Don Quijote y Sancho nos han sido presentados con tal exactitud, que el caballero alto, enjuto y entonado, y el escudero rechoncho, decidor y malicioso, existen y viven en la me-

moria de cuantos los conocen, mas fuertemente que ninguna otra creacion del talento humano. Los grandes poetas, Homero, Dante, Shakespeare y Milton, llegaron sin duda á mayor elevacion, y se pusieron mas en contacto con los atributos mas nobles de la naturaleza del hombre; pero Cervantes, escribiendo bajo la influencia natural y libre de su ingenio, reconcentrando instintivamente en su ficcion el carácter especial del pueblo en que nació, se ha hecho el escritor de todos los tiempos y de todos los países, de los ignorantes como de los sabios; y esta universalidad singularísima le ha granjeado el tributo de admiracion y simpatías de la humanidad entera; recompensa que no ha alcanzado aun ningun otro escritor.

Difícil es creer que cuando Cervantes acabó su obra, no estuviese bien persuadido de su indisputable mérito: hay ciertamente en el mismo *Don Quijote* trozos que revelan cuán completamente conocia su ingenio, sus inspiraciones y su vigor[26]. Pero hay, por otra parte, tanto descuido, abandono y aun contradicciones en la obra, que al parecer manifiestan la indiferencia de su autor respecto á su triunfo en vida ó á su fama póstuma. El plan, que se puede presumir fundadamente alteró mas de una vez mientras escribia su libro, es vago é inco-

[26] A esta clase pertenecen el final de la obra, así como los pasajes en que critica á Avellaneda; pero no creemos pertenezca á este género el discurso de Don Quijote en la segunda parte, cap. 16, cuando habla de los treinta mil cuerpos que se habian impreso del libro de sus hazañas, y de los otros treinta mil que seguirian imprimiéndose, porque este es un rasgo de fanfarronada propio de la locura del héroe; á nuestro modo de ver Cervantes está mas expresivo y picante cuando hace que Sancho diga á su amo: «Yo »apostaré, dijo Sancho, que antes de »mucho tiempo no ha de haber bodegon, venta ni meson, ó tienda de »barbero, adonde no ande pintada la »historia de nuestras hazañas.» (Parte II, cap. 71.)

nexo; el estilo, aunque riquísimo en locuciones y frases castellanas, es descuidado é incorrecto, y los sucesos é incidentes que forman la fábula, llenos de anacronismos, que en vano han querido conciliar con el asunto principal y los accesorios Rios, Pellicer y Eximeno[27]. Así, en la primera parte se supone generalmente que Don Quijote vivió en una edad remota, y que un autor árabe escribió su historia[28]; pero en el escrutinio de

[27] D. Vicente de los Rios, en su «Análisis», que precede á la edicion de la Academia de 1780, acomete la empresa de defender á Cervantes, fundándose en la autoridad de los antiguos, como si el «Don Quijote» fuese un poema escrito á imitacion de la «Odisea». Pellicer, en la seccion 4.ª de su «Discurso preliminar», sigue el mismo camino; y además al fin del t. v de su edicion (1797) inserta lo que él llama con mucha gravedad «Descripcion geográfico-histórica de los viajes de D. Quijote», acompañada de un mapa; como si la mitad de la geografía de Cervantes no fuese de absoluta imposibilidad, y gran parte de las localidades que menciona enteramente ideales é imaginarias. Fundándose en estas irregularidades geográficas y en otros datos no menos absurdos, D. Nicolás Perez, escritor valenciano, atacó á Cervantes en su «Anti-Quijote», cuyo primer tomo se publicó en 1805, y fué el único de los cinco que debian formar la obra: contestóle con fundadas razones, si bien con mas rigor del necesario, Don Juan Antonio Pellicer, en un folleto anónimo, publicado en Madrid en 1806, é intitulado: «Exámen crítico del tomo primero del Anti-Quijote»; y despues D. Antonio Eximeno, en su «Apología de Miguel de Cervantes» (Madrid, 1806, 12.°), excusa y defiende todo el «Don Quijote», formando un nuevo plan cronológico (p. 60), cálculos astronómicos muy exactos (p. 129), y sosteniendo, entre otras cosas harto singulares, que Cervantes hizo vivir á su héroe en todas épocas, antigua y moderna, con toda intencion para confundir á los lectores curiosos, y para que se fijase un periodo imaginario, una época ideal á las hazañas del caballero. Tenemos esta conjetura por absurda, aunque hija de la ciega admiracion é idolatría que en España se ha tenido por Cervantes desde fines del anterior siglo y principios del presente, como en desquite sin duda del poco caso que de él hicieron los hombres instruidos de su patria durante mas de un siglo. (Don Quijote, Madrid, 1819, 8.°, prólogo de la Academia, p. 3)

[28] El erudito D. José Antonio Conde, autor de la «Dominacion de los árabes en España», en un cuaderno ó folleto que publicó en union con Pellicer, pretende demostrar que el nombre del supuesto autor árabe Cid Hamete Benengeli es una combinacion de palabras árabes que significan *noble*, *satírico* y *desgraciado*. (Carta en castellano, etc., Madrid, 1800, 12.°, pp. 16-27.) Podrá ser así; pero no están en el carácter de Cervantes pretensiones tan eruditas, ni se concilia bien con lo poco que sabia en la materia, que era el árabe vulgar de Berbería, el latin, el italiano y el portugués. Sin embargo, Cervantes, lo mismo que Shakespeare, habia leido mucho y recordaba casi todo lo impreso en su lengua nativa, haciendo con frecuencia alusiones felicísimas é ingeniosas, y probando así los extensos conocimientos que en esta materia poseia.

su librería se dice fué contemporáneo del mismo Cervantes, y después de su vencimiento este le trae materialmente á su casa, en el año de 1604. Para aumentar mas esta confusion, al llegar á la segunda parte, que comienza un mes después de la primera, y solo continúa durante algunas semanas, nos encontramos por un lado al autor árabe, por otro una conversacion sobre la expulsion de los moriscos, ocurrida en 1609; y finalmente, una crítica de Avellaneda, cuya obra se imprimió en 1614 [29].

Y no es esto solo : como si Cervantes tratase de acumular contradicciones é incongruencias, los mismos pormenores que inventó, y hasta los hechos históricos á que alude, están muchas veces tergiversados y en contradiccion unos con otros; así, por ejemplo, hay ocasion en que sucesos que representa como pasados en una noche y la siguiente mañana, dice luego que duraron dos dias [30]; en otra hace que una porcion de gente se ponga á cenar, y después de larga conversacion y largos cuentos, que precisamente debieron ocupar toda la noche, dice : «Llegaba ya la noche» [31]; da á un mismo individuo diferentes nombres, y lo que es mas original, tacha á Avellaneda de un error que él mismo habia cometido y autorizado [32]; por último, al descubrir él mismo la inconsecuencia en que cayó, diciendo que Sancho iba cabalgado en su asno, después que se lo habia robado Ginés de Pa-

[29] La crítica de Avellaneda comienza, como hemos dicho, en el cap. 59 de la segunda parte.

[30] Parte I, cap. 46.

[31] «Llegaba ya la noche», dice en el cap. 42 de la parte I, cuando todo lo que refiere en el cap. 37 habia sucedido después de haberse puesto á cenar los personajes.

[32] Cervantes da á la mujer de Sancho tres ó cuatro nombres distintos (parte I, cap. 7 y 52; y parte II, cap. 5 y 59); y como Avellaneda le hubiese imitado y hasta copiado en una ocasion de estas, Cervantes se burla con muy buen humor del error, no acordándose de que él era el culpado.

samonte, en la única edicion de la parte primera que revisó, solo enmendó esta equivocacion en dos partes, dejando con su acostumbrada indolencia y descuido todas las demás; y al publicar la segunda parte se rie y se burla él mismo de las equivocaciones, de las enmiendas y de todo lo demás como de cosa de poca importancia para él y para cualquiera otro [33].

Sin embargo, el libro que con tanto abandono é indiferencia arrojó Cervantes al mundo, y que debemos creer miraba mas como un esfuerzo para destruir el absurdo gusto, la necia aficion que en su tiempo habia á los libros de caballerías, que como un trabajo serio, grave é importante, lo ha llegado á ser en grado eminente, y un aplauso público, general, continuo é irrecusable ha calificado su obra de primer modelo clásico en las ficciones de su especie, y uno de los monumentos mas notables del ingenio moderno. Pero aunque esto baste para asegurarle eterna fama y gloria entre los hombres, Cervantes es todavía acreedor á mayor elogio : en efecto, si queremos hacerle la justicia que mas grata hubiera sido á su corazon, si queremos gozar y comprender bien su inmortal *Don Quijote*, debemos recordar al leerle que esta agradable novela no fué fruto de sentimientos juveniles y ardientes, ni de una existencia tranquila y feliz, ni escrita en los mejores años del autor, en la flor de

[33] Los hechos á que nos referimos son los siguientes: en el cap. 23 de la parte I (edic. de 1605, fol. 108) Ginés de Pasamonte roba á Sancho su asno; y á las tres hojas de la misma edicion nos encontramos con Sancho montado sobre el rucio, que vuelve á aparecer seis veces mas sin motivo ni razon alguna. En la edicion de 1608 corrigió Cervantes dos de estos descuidos en las hojas 109 y 112, pero dejó como estaban los otros cinco, y en los cap. 3 y 27 de la segunda parte (edic. 1615) se rie de ello y no muestra intencion de enmendar ya mas.

su ingenio, en la primavera de las ilusiones y de las esperanzas, sino que, á pesar de sus inagotables gracias, de la pintura animada que hace del mundo, de la confianza y amor que respira por la bondad y la virtud, se compuso en la vejez, cuando ya estaba próximo al término de una vida agitada y azarosa, llena de esperanzas frustradas, de infructuosas luchas, de calamidades y amarguras; que se empezó á escribir en una cárcel, y se acabó cuando la mano de la muerte helaba ya y oprimia el corazon de su autor. Si pues durante su lectura tenemos presentes estas consideraciones, deberémos sentir y sentirémos la alta admiracion y reverencia que se merecen el grande esfuerzo que creó el *Don Quijote* y el genio y carácter del escritor; si las olvidamos, serémos injustos con uno y con otro [34].

[34] Después de exponer nuestra opinion acerca del mérito de Cervantes, no queremos privarnos del gusto de citar las palabras del sabio y modesto Sir Guillermo Temple, que hablando de las obras satíricas, y reprendiendo á Rabelais sus indecencias y groserías, dice: «El incomparable autor »del «Quijote» es mucho mas digno »de admiracion, pues supo componer »un libro satírico y graciosísimo sin »ninguno de estos ingredientes, habiendo llegado en su género á una »altura á que nadie ha llegado ni llegará probablemente.» (Obras, Lóndres, 1814, 8.°, t. III, p. 436.) Véase el apéndice (E).

## CAPITULO XIII.

**Lope de Vega.—Sus primeros años.—Sirve de soldado.—Escribe la Arcadia. —Se casa.—Tiene un desafío.—Huye á Valencia.—Muerte de su esposa.— Se alista en la Invencible.—Vuelve á Madrid.—Contrae segundas nupcias. —Muerte de sus hijos.—Abraza el estado eclesiástico.—Su posicion como escritor.—Exámen del San Isidro.—La hermosura de Angélica.—La Dragontea —El peregrino en su patria.—La Jerusalen conquistada.**

Imposible es hablar de Cervantes y calificarle, como lo hemos hecho, del mayor genio literario que ha producido España, sin recordar á su rival Lope de Vega, tan superior á él en fama contemporánea, y que llegó en su tiempo á alcanzar tal nombradía cual ningun otro escritor español antiguo ú moderno ha logrado después; pudiendo al propio tiempo competir con las mayores que ha habido en otros países. Concluido pues nuestro juicio y apreciacion del ilustre autor del *Quijote*, pasamos naturalmente á estudiar el mérito de otro grande hombre, cuyos trabajos abrazan casi todos los ramos de la literatura nacional.

Nació Lope Félix de Vega Carpio el 25 de noviembre de 1562, en Madrid, adonde su padre, honrado hidalgo de la familia de los Vegas, establecida en el valle pintoresco de Carriedo[1], acababa de trasladarse casualmente.

[1] Hay una «Vida de Lope de Vega» en un tomo, escrita en 1806 por Lord Holland, y que se reimprimió después en 1817. (Lóndres, 2 tom. 8.º)

Desde su infancia descubrió extraordinario talento. A los cinco años de su edad, dice su amigo Montalvan, no solo leia con facilidad su lengua y la latina, sino que tenia tal aficion á la poesía, que trocaba con sus condiscípulos mas adelantados una parte de los almuerzos y meriendas por versos que él les dictaba y que aun no podia escribir [2].

añadida la de Guillen de Castro Es libro muy agradable, que da buenas noticias de estos dos autores, y contiene además una crítica juiciosa de sus obras; y no menos interesante, en cuanto manifiesta la instruccion, altas prendas y sentimientos generosos de su autor, que pasó algun tiempo de su juventud en España, y miró siempre con interés la literatura y destinos de aquel país. Fué muy amigo de Jovellanos, Blanco White y otros españoles ilustres, de los cuales no pocos, á la sazon que la Península sufria los rigores de la invasion francesa y las persecuciones del gobierno de Fernando VII, fueron recibidos en su casa con una hospitalidad verdaderamente regia; su carácter dulce, su instruccion y franqueza hacian su sociedad una de las mas amenas, agradables é instructivas de Europa.

La noticia del nacimiento de Lope se encuentra en una epístola suya dirigida á una dama peruana que le envió una composicion poética bajo el nombre de «Amarilis». Esta correspondencia, que es muy curiosa, está en el primer tomo de sus «Obras sueltas». (Madrid, 1776-1779, 4.°, epístolas 15-16.) Pero si no nos equivocamos, la habia impreso ya el mismo Lope en 1624; citarémos los versos que hacen al caso:

Tiene su silla en la bordada alfombra
De Castilla el valor de la montaña
Que el valle de Carriedo España nombra.
Allí otro tiempo se cifraba España;
Allí tuve principio; mas ¿qué importa
Nacer laurel y ser humilde caña?
Falta dinero allí, la tierra es corta;
Vino mi padre del solar de Vega:
Así á los pobres la nobleza exhorta.
Siguióle hasta Madrid, de celos ciega,
Su amorosa mujer, porque él queria
Una española Helena, entonces griega.
Hicieron amistades, y aquel dia
Fué piedra en mi primero fundamento
La paz de su celosa fantasía.
En fin, por celos soy: ¡qué nacimiento!
Imaginalde vos, que haber nacido
De tan inquieta causa fué portento.

Sigue refiriendo graciosamente cómo hacia versos casi desde que empezó á hablar; su pasion por Raimundo Lulio, el doctor metafísico que tan de moda estaba entonces; sus estudios, familia, etc. Lope hablaba siempre con gusto de su origen montañés. Menciónalo tambien en el «Laurel de Apolo» (silva 8), y en dos ó tres de sus comedias los protagonistas se envanecen de haber nacido en el pais de donde él descendia. En la «Venganza venturosa» (Comedias, 4.°, Madrid, t. x, 1620, fol. 33 v), Feliciano, que es un caballero jóven, brioso y alentado, describe así su alcurnia y carácter:

Nací en Madrid, aunque son
En Galicia los solares
De mi nacimiento noble,
De mis abuelos y padres.
Para noble nacimiento
Hay en España tres partes:
Galicia, Vizcaya, Asturias,
O ya montañas le llamen.

El valle de Carriedo es, segun dicen, ameno y delicioso; y Miñano, en su «Diccionario geográfico» (Madrid, 8.°, t. II, 1826, p. 40), describe la vega en posicion agradable á orillas del rio Sandoñana.

[2] «Antes de que supiese escribir »era tal su aficion á los versos (dice su »amigo y testamentario Montalvan), »que partia su almuerzo con otros com-

Su padre, que, segun él mismo nos refiere, era tambien poeta[3], y en los últimos años de su vida se habia entregado á obras de devocion y caridad, murió dejándole muy jóven con otro hermano, que pereció en 1588 en la desastrosa jornada de la Invencible, y una hermana que falleció en 1601. Poco después de la muerte del padre, parece que la familia se dividió, por hallarse en suma estrechez y pobreza, siendo probable que durante este tiempo Lope de Vega viviese con su tio el inquisidor D. Miguel del Carpio, de quien después habla con mucho respeto y veneracion[4].

A pesar de la miseria y pobreza de su familia, Lope recibió una educacion esmerada : enviáronle al colegio Imperial, donde durante dos años hizo grandes adelantos en la filosofía moral y humanidades, mirando siempre con aversion, segun él mismo nos lo cuenta, las matemáticas, como poco acomodadas á su gusto y natural disposicion; tambien adquirió varias habilidades, haciéndose diestro en la esgrima, el baile y la música; de modo que fácilmente se ganaba los corazones y voluntades de todos, y principalmente de sus protectores y amigos, hasta que á la edad ya de catorce años fué tal el deseo que le entró de ver mundo, que poniéndose antes de acuerdo con un compañero suyo, huyó del colegio. Anduvieron á pié los dos ó tres primeros dias, mas luego compraron un mal jaco, y llegaron á Astorga, ciudad situada en los confines de la Península, y no muy

»pañeros para que le escribiesen los »versos que él les dictaba.» (Fama póstuma, «Obras sueltas», t. xx, p. 28.)

[3] En el «Laurel de Apolo» cuenta que entre los papeles de su padre encontró borradores de poesías, y aun añade que le parecieron mejores que las suyas.

[4] (Véase la dedicatoria de la «Hermosa Ester» en sus «Comedias». (Madrid, 4.°, t. xv, 1621.)

distante del lugar de donde era originaria la familia de Lope : allí, cansados de viajar, y pensando en los trabajos y miserias que habian sufrido, así como en las comodidades que habian abandonado, resolvieron volverse al seno de sus respectivas familias. Al pasar por Segovia, queriendo cambiar en casa de un platero algunos doblones y una cadena de oro que llevaban, tuviéronlos por ladrones y fueron llevados á la cárcel; pero satisfecho el juez á quien fueron presentados de que su único delito era una calaverada de muchachos, púsolos luego en libertad, aunque en obsequio á sus familias y para su propia seguridad dispuso que un alguacil del juzgado los acompañase hasta Madrid[5].

A los quince años, segun él refiere en una de sus epístolas, servia ya en el ejército que pasó á las islas Terceras[6], y tambien sabemos que poco después entró al servicio de D. Jerónimo Manrique, obispo de Avila, á cuyo favor y buen afecto se reconoció siempre agradecido, escribiendo varias églogas en honra suya, y dedicándole además un pasaje bastante extenso de su *Jeru-*

[5] Véase la ya citada «Fama póstuma de Lope», etc., por Montalvan.

[6] Este pasaje curioso se encuentra en la «Epístola ó Metro lírico á D. Luis de Haro». (Obras sueltas, t. IX, p. 379.)

Ni mi fortuna manda
Ver entre lustros de mi edad primera
Con la espada desnuda
Al bravo portugués en la Tercera,
Ni después en las naves españolas
Del mar inglés los puertos y las olas.

No comprendemos cómo pudo ser esto en 1577, pero la asercion es terminante. Schack, «Historia de la literatura dramática en España» (Berlin, 1845, 8.°, t. II, p. 164), cree que los quince años de que aquí habla Lope son los «quince años» completos de su vida militar, que corren desde los once hasta los veinte y seis de su edad, ó sea de 1573 á 1588. Pero este error de Schack proviene de otro que él mismo comete anteriormente, suponiendo que la dedicatoria de la «Gatomaquia» es al mismo Lope, cuando es á su hijo, llamado Lope, y que, como después veremos, servia á la edad de quince años á las órdenes del marqués de Santa Cruz. El «Cupido armado», que menciona en dicha dedicatoria, nada prueba, como pretende Schack, y deja la cuestion en la misma oscuridad. (Véase á Schack, pp. 157, etc.)

*salen*[7]. Es probable que bajo el auspicio de S. I. Lope de Vega pasase á la universidad de Alcalá, donde no solo estudió, sino que recibió el grado de bachiller y estuvo á punto de ordenarse de sacerdote[8].

Pero tambien sabemos por confesion propia que por aquel tiempo se enamoró de una dama, y si hemos de creer lo que él nos refiere de sus propias aventuras, en la *Dorotea*, libro escrito en su juventud é impreso con la sancion de su vejez, aquella pasion le causó ya muchos disgustos y sufrimientos desde los diez y siete años de su edad. Algunos cuentos de aquella notabilísima novela dramática, en que el autor se presenta á sí mismo bajo el nombre de Fernando, son probablemente meras ficciones[9]; pero otros trozos, como la escena entre Dorotea y su amante en el primer acto, la relacion del llanto de Marfisa escondida detrás de una puerta el dia en que debian casarla con otro, y la mayor parte de las narraciones contenidas en el acto 4.°, tienen tal colorido de verdad y realidad, que no puede dudarse sean hechos reales y positivos[10], aunque en el conjunto Lope se hace muy poco honor á sí mismo como galan y como caballero.

[7] Estas son las primeras obras de Lope, segun afirman sus encomiadores y biógrafos (Obras sueltas, t. XX, p. 30), y debieron escribirse hácia 1582 ú 83. La «Pastoral de Jacinto» está en el t. XVII de las comedias, pero no se imprimió hasta el año de 1623.

[8] En una epístola al Dr. Gregorio Angulo (Obras sueltas, t. I, página 420) dice:

Crióme D. Jerónimo Manrique,
Estudié en Alcalá, bachilleréme,
Y aun estuve de ser clérigo á pique;
Cegóme una mujer, aficionéme,
Perdóneselo Dios, ya estoy casado;
Quien tiene tanto mal, ninguno teme.

En otras obras suyas habla todavía con mas calor de los beneficios que debia á Manrique. Véase la Dedicatoria de «Pobreza no es vileza» (Comedias, 4.°, t. XX, Madrid, 1629), donde se explica con mucha energía.

[9] «Dorotea», acto 1, escena 6, en que, resuelto á abandonar friamente á Marfisa, va á verla y finge que en una pendencia ha muerto á un hombre y herido á otro, por cuyo medio falso y repugnante obtiene las joyas de la infeliz muchacha, que ella le da en el arrebato del amor y del cariño, y que él recibe para emplearlas en sus vicios.

[10] Acto 1, escena 5, y acto 4, esce-

Lope pasó de Alcalá á Madrid, donde entró en casa del duque de Alba, no del célebre favorito de Felipe II, como generalmente se ha creido, sino de su nieto Don Antonio, que heredó la casa y bienes del abuelo, aunque no su formidable espíritu[11]. Granjeóse Lope el aprecio de su nuevo señor en términos de llegar á ser su secretario íntimo, acompañándole siempre, así en la corte como en sus estados de Alba, en cuyo retiro parece ocuparon por algun tiempo las letras el puesto que antes habian tenido los negocios y las armas. A persuasion del Duque compuso su *Arcadia*, novela pastoril, que forma un tomo bastante abultado, y escrita en prosa, mezclada de buen número de versos. Este género de composiciones debió entonces gozar de algun favor en España, y es de creer que la *Galatea* de Cervantes, publicada en 1585, le inspirase el pensamiento de la *Arcadia*, escrita poco después. Todas estas novelas presentan por

na 1, tienen grandes visos de verdad; pero otros pasajes, como las reflexiones y trastornos que produce la equivocacion en la entrega de una carta, son harto improbables y muy parecidos á otros lances de sus comedias. (Acto 5, escena 3.) Sin embargo, M. Fauriel, cuya opinion en la materia es muy respetable, considera el todo de la historia real y positivo. «Revue des Deux Mondes, sept. 1, 1839.»

11 Lord Holland, «Vida de Lope de Vega» (Lóndres, 1817, 2 vol., 8.°), hace mencion de él creyéndole el Duque viejo ó el Gran Duque; y Southey, «Quarterly Review», 1817, t. XVIII, p. 2, quiere probar que era el mismo; mientras Nicolás Antonio, «Biblioth. Nov.», t. II, p. 74, se expresa en duda, aunque mas inclinado á que sea el Gran Duque. Sin embargo, no debe haber semejante duda: Lope habla continuamente de su protector el duque D. Antonio, como cuando dice en su epístola al obispo de Oviedo.

Y yo del duque Antonio dexé el alba.
(Obras sueltas, t. I, p. 289.)

Pero en los libros 2, 3 y 5 de la «Arcadia» hizo en efecto altos elogios del Gran Duque, refiriendo su muerte y las glorias de su nieto, al cual menciona de nuevo como su favorecedor. El caso es tan sencillo, que lo que admira es que haya necesidad de explicarlo. El convertir al duque de Alba general y ministro de Felipe II en pastor es en efecto lo mas ridículo y necio que pueda darse; y sin embargo, esta opinion ha sido sustentada en el «Semanario pintoresco» de 1839, p. 18. Al contrario, el duque D. Antonio amaba las letras, y aun creemos ha de haber una cancion suya en el «Cancionero general» de 1573, fol. 178.

[illegible]

dando su corazon tan purificado y limpio, que, como el de Orlando, no se encuentra en él el menor átomo de amor. Nada de esto, segun se ve, es natural; los personajes son imposibles, y hablan en una lengua cuya entonacion se opone completamente á la prosa; no hay la menor propiedad en los trajes, hábitos y costumbres; y además está la obra tan plagada de erudicion, que se necesita un diccionario al fin para hacerla inteligible; á lo que se puede añadir que es tan larga, que cansa y fastidia; aunque, por otra parte, las ediciones varias que de ella se hicieron manifiestan que en aquella época no parecia tan pesada á los lectores. Pero tambien es preciso confesar que hay en la *Arcadia* trozos felicísimos de elocuencia y declamacion, y que en la descripcion de la naturaleza hay á veces gran lozanía, así como bellísimas pinturas é imágenes[13].

Por el tiempo en que Lope escribia su *Arcadia* casó con D.ª Isabel de Urbina, hija de un rey de armas de Felipe II y III; dama, segun dicen, querida y admirada de cuantos la trataban[14]. Por desgracia duró poco esta felicidad doméstica: tuvo Lope una quimera con cierto caballero de no muy buena reputacion; atacóle en una composicion satírica, y desafiado por su adversario, hirió á este, por lo cual y por otras calaveradas juveniles, que con este motivo se reprodujeron, fué preso[15]. No le faltó, sin embargo, en tal ocasion un buen amigo: Claudio

[13] La «Arcadia» ocupa el t. VI de las «Obras sueltas» de Lope de Vega; reimprimióse en 1599, 1601, 1602 (dos veces), 1603, 1605, 1612, 1615 y 1617, y posteriormente otras muchas: prueba indudable de su popularidad.

[14] Su padre Diego de Urbina era persona de alguna importancia, y figura en los «Hijos de Madrid», de Baena, como uno de los hijos distinguidos de la corte.

[15] Es notable que Montalvan toque muy por encima estos «rigores de la »fortuna, hijos de la juventud y agra-

Conde, que en repetidas ocasiones habia dado á Lope verdaderas pruebas de su cariño, le acompañó constantemente en la cárcel, y luego que fué puesto en libertad marchó con él á Valencia, donde Lope fué tratado con la mayor consideracion y aprecio, aunque tambien hubo de correr riesgos no menores que los que habia pasado en Madrid[16].

Duró el destierro de Lope algunos años, que pasó en su mayor parte en Valencia, ciudad considerada á la sazon como el principal emporio literario de España, después de Madrid, aprovechando bien las ventajas que se le ofrecian, pues no cabe duda que durante su estancia en dicha ciudad hizo amistad con Gaspar de Aguilar y Guillen de Castro, dejando en sus obras continuos recuerdos de estas relaciones; mientras que por otra parte no será aventurado el suponer que el teatro, que á la sazon se formaba en Valencia, recibió de los talentos nacientes de Lope un impulso que mas adelante nunca perdió del todo. De cualquier manera, sabemos que estuvo

»vados por sus enemigos»; pero Lope les atribuye su destierro, diciendo que vinieron de

Amor en tierna edad, cuyos trofeos
O paran en destierros ó en tragedias.
(Epístola á D. Antonio de Mendoza.)

Tambien los achaca á amigos falsos en el hermoso romance en que supone contempla las ruinas de Sagunto y medita sobre su destierro, y dice que le han llevado allí malos amigos. (Obras sueltas, t. I, p. 279, y «Romancero general», 1602, fol. 108.) Tambien en la parte 2.ª de su «Filomena», 1621 (Obras sueltas, t. II, página 452), atribuye sus trabajos á las aventuras de su juventud, diciendo que el amor se tornó en odio, y declara que la venganza amorosa con capa de justicia fué la que le desterró.

16 El mismo Lope da razon de sus relaciones con Claudio, «aquel verdadero amigo», como justamente le llama en el prólogo á su célebre comedia «Buscar su propia desdicha», cuyo título (añade) está acomodado á sus aventuras, cuando le acompañó tan amorosamente á la cárcel, de donde fueron á Valencia, «donde corri»mos, dice, no menos peligros que en »Madrid, y donde yo te pagué, librán»dote de tu prision en la torre de Ser»ranos y de la dura sentencia que ibas »á sufrir,» etc. (Comedias, t. XV, Madrid, 1621, fol. 26.)

íntimamente relacionado con los mas ilustres poetas valencianos, los cuales fueron después sus principales imitadores en la poesía dramática. Pero al fin la permanencia de Lope en Valencia era un destierro, y destierro amargo y pesado; y así es que tan luego como pudo hacerlo con seguridad, volvió contentísimo á Madrid.

Su casa, sin embargo, cambió pronto de aspecto: al año de su vuelta perdió á su esposa en la flor de su edad. Uno de sus amigos, Pedro de Medinilla, le consoló escribiendo una égloga á su memoria, dedicada á su favorecedor y patrono D. Antonio, duque de Alba [17]; composicion de escaso mérito y que no retrata sus verdaderos sentimientos tan al vivo como otros versos de Lope á la misma dama bajo el nombre de Belisa, que se encuentran esparcidos en sus dramas é insertos en los antiguos Romanceros [18].

Forzoso es, empero, confesar que hay alguna confusion en este asunto. Los romances indican los celos de Belisa ó Isabel con motivo de las relaciones de Lope con otra hermosa dama, á quien da el nombre de Fílis; celos que

[17] «Obras sueltas», t. IV, pp. 430-443. Belardo, nombre que Lope usa en esta égloga, es el mismo que él se habia aplicado en la «Arcadia», como se ve en el soneto que está al frente de aquella pastoral, por Amphryso ó Antonio, el duque de Alba; Lope usó constantemente este nombre poético hasta su muerte; véase el principio del tercer acto de la comedia escrita para honrar su memoria. (Obras sueltas, t. XX, p. 494.) Con él le conocia su Amarilis peruana, que le dirigió la epístola que hemos citado. Debe tenerse presente esta circunstancia al leer las poesías de su tiempo, porque á cada paso se tropieza con el nombre de Belardo.

[18] Belisa es anagrama de Isabel, que era el nombre de su esposa, como lo declara un soneto á la muerte de su madre D.ª Teodora de Urbina, donde habla de ella diciendo:

Retrato celestial de mi Belisa
Que en mudas voces y con dulce risa
Mi consuelo y destierro hiciste iguales.
(Obras sueltas, t. IV, p. 278.)

Hay tambien en el «Romancero general» varios romances relativos á ella, y uno bellísimo en la novela tercera de Lope, escrito sin duda cuando estaba con el duque de Alba. (Obras, t. VIII, p. 148.)

al parecer le acarrearon grandes desazones y apuros, como lo demuestra el que en unas composiciones los califica de infundados, y en otras los declara justos[19]. Esto último debió ser lo cierto, pues poco después de la muerte de Isabel, Lope no se toma siquiera el trabajo de ocultar su pasion por la hermosa rival que habia alterado la tranquilidad de su esposa; si bien sus obsequios no fueron admitidos, y sin que sepamos por qué, la dama despreció sus galanterías. Segun los romances de aquella época, parece que este rigor puso á Lope al borde de la desesperacion, si bien su afliccion no duró mucho, pues al año de muerta Isabel, estaba ya enteramente consolado y buscaba nuevamente en la vida militar la distraccion y el esparcimiento.

Esta mudanza repentina de ideas se verificaba cuando cabalmente un espíritu aventurero y arrojado podia hallar en los sucesos militares un campo favorable: Felipe II preparaba á la sazon su famosa armada, llamada la Invencible, resuelto á humillar y destruir de un solo golpe á su enemiga Isabel de Inglaterra, y reducir un pueblo herético al gremio de la Iglesia; así es que Lope, viéndose, segun él mismo lo dice en una de sus églogas, desairado de la dama de sus pensamientos, cogió un mosquete, y arrebatado del entusiasmo general que á la sazon reinaba (1588), marchó á Lisboa, acompañado de su íntimo amigo Claudio Conde, y se

[19] Por ejemplo, en el hermoso romance «Lleno de lágrimas tristes» (Romancero de 1602, fol. 47), dice á Belisa:

El cielo me condene á eterno lloro
Si no aborrezco á Filis, y te adoro.

Lo cual viene mal con el dirigido á Filis, que empieza: «Amada pastora mia»; y lo mismo sucede en otros seis ú ocho, todos ellos mas ó menos tiernos.

embarcó en la magnífica escuadra destinada á combatir á la Inglaterra, en cuya expedicion, añade, empleaba en tacos de mosquete los versos que habia escrito á su Fílis [20].

A chanza tan poco galante se siguieron un sinnúmero de desgracias : su hermano, de quien habia estado separado muchos años, y á quien encontró de teniente en el galeon *San Juan*, en que él mismo iba embarcado, murió en sus brazos de resultas de una herida recibida en un combate con los holandeses. Una deshecha tempestad dispersó la flota, y la nube del infortunio oscureció toda aquella perspectiva de gloria, llegando Lope á considerarse como harto dichoso cuando, después de destruida y aniquilada la Invencible, pudo llegar sano y salvo, primero á Cádiz, y desde allí á Toledo y Madrid, adonde probablemente entró hácia 1590. Pero es un hecho muy notable de su historia que, en medio de los horrores y peligros de aquella empresa desastrada, tuvo lugar y serenidad de ánimo bastante para escribir la mayor parte de su largo poema intitulado *La hermosura de Angélica*, en que se propuso continuar el *Orlando furioso* [21].

Lope volvió de la expedicion desalentado y con el sentimiento que á la nacion entera causó su fatal resultado : á esto debemos quizá atribuir su resolucion de

[20] Volando en tacos del cañon violento
Los papeles de Fílis por el viento.
(Egloga á Claudio, «Obras», t. IX, p. 557.)

[21] Uno de sus panegiristas después de muerto, hablando de la grande armada dice: «Allí y en Cádiz escri»bió la Angelica.» (Obras, t. XX, página 448.) Los restos de la armada volvieron á Cádiz en setiembre de 1588, habiendo salido de Lisboa en mayo del mismo año; de modo que Lope vino á estar embarcado unos cuatro meses. En el tercer canto de su «Corona trágica», y en el segundo de la «Filomena», da algunas noticias de sus servicios en la mar.

tornar á la vida humilde y de dependencia que en su juventud habia emprendido, entrando en casa del duque de Alba, y que renovó luego en el tiempo de que hablamos, pasando á servir de secretario al marqués de Sarriá, magnate lucido y generoso, célebre después como conde de Lémus y protector de Cervantes y de los Argensolas. En este puesto, y conocido ya como poeta dramático, se enamoró de D.ª Juana de Guardia, señora de buena familia en Madrid, con quien casó en 1597; dejó poco después la casa del conde de Lémus, y en adelante no tuvo ya mas patronos y favorecedores que los que supo granjearse con su fama literaria, entre los cuales merece ser contado el duque de Sesa [22].

Tenia entonces Lope treinta y cinco años, y parece habia gozado de algunos de felicidad, pues alude á ellos en dos composiciones, en que pinta con mucha animacion y gracia la vida tranquila y apacible que disfrutaba [23]. Pero no duró esto mucho: su hijo Cárlos, á quien amaba con delirio, falleció á la temprana edad de siete

[22] D. Pedro Fernandez de Castro, marqués de Sarriá y conde de Lémus, nació en Madrid en 1576, y estuvo casado con una hija del duque de Lerma, primer valido y ministro en el tiempo de que vamos hablando; por lo mismo corrió la suerte de su suegro, elevándose con su poder, y cayendo envuelto en su ruina. Su mas brillante época fué en 1610, cuando pasó de virey á Nápoles, donde su casa era una academia literaria de gran nombre, á cuyo frente estaban los Argensolas, y á la cual perteneció tambien por algun tiempo Quevedo. El Conde murió en Madrid en 1622. Las relaciones de Lope con este caballero fueron desde jóven y cuando aun no habia heredado el principal título de su casa. Lope recuerda cuando era «secretario del marqués de Sarriá», y se califica de este modo en un soneto que antecede al «Peregrino indiano», de Saavedra, 1599, y en la portada del «San Isidro», impreso el mismo año; además, escribiendo mucho después al Conde, le dice: «Ya sabeis »cuánto os amo y reverencio, y que »he dormido á vuestros piés como un »perro.» (Obras sueltas, t. XVII, página 403; Clemencin, «Don Quijote», parte II, nota á la dedicatoria.)

[23] Epístola al Dr. Mathias de Porras, y epístola á Amarílis, á la cual puede agregarse la graciosa epístola á Francisco de Rioja, donde describe el jardin de su casa y los amigos que en ella recibia.

años [24], y su madre, quebrantada por el dolor que le causó tamaña pérdida, falleció de parto, dando á luz á Feliciana, que después casó con D. Luis de Usategui, editor de algunas obras póstumas de su suegro. Estas dos desgracias causaron honda impresion en Lope, que habla de ellas con mucha ternura y sentimiento en una epístola á su amigo Claudio [25]. En 1605 le nació una hija ilegítima, llamada Marcela, la misma á quien en 1620 dedicó una de sus comedias con expresiones extraordinarias de admiracion y ternura [26], y que en 1621 tomó el velo y se retiró del mundo, renovando los dolores de su padre, quien se esforzaba en buscar en la religion un consuelo, y hasta un orgullo [27]. En 1606 la misma dama D.ª María de Lujan, madre de Marcela, le dió otro hijo, que á la edad de catorce años figura ya con el mismo nombre de su padre entre los poetas que escribieron á la canonizacion de S. Isidro [28]. Pero aunque el cariño de su padre le dedicaba á la carrera de las letras, su inclinacion le llevó al ejercicio de las armas, y después de haber servido á las órdenes del marqués de

[24] Acerca de la muerte de su hijo véanse «Obras», t. I, p. 472; la ternísima cancion á su muerte, t. XIII, página 365, y la hermosa dedicatoria de los «Pastores de Belen», t. XVI, p. XI

[25] «Obras», t. IX, p. 355.

[26] «El remedio de la desdicha», comedia cuyo argumento está tomado de la «Diana» de Montemayor. (Comedias, t. XIII, Madrid, 1620.) En el prólogo suplica á su hija la lea y enmiende, y pide al cielo sea feliz á pesar de sus perfecciones, que casi imposibilitan la felicidad en el mundo. Marcela sobrevivió muchos años á su padre, y murió, muy respetada por su piedad, en 1688.

[27] La pintura de su dolor y sentimientos religiosos cuando su hija tomó el velo, es grave y solemne, si bien se nota que describe con harta complacencia lo brillante de la ceremonia, y la importancia que la dió el Rey y su favorecedor el duque de Sesa, deseosos de honrar por este medio á un poeta célebre y popular. (Obras, t. I, pp. 313-316.)

[28] «Obras», t. XI, pp. 495 y 596, donde su padre dice algunas chanzas respecto á la composicion, que era una glosa. Llámase el autor Lope de Vega el mozo, y en el mismo paraje se expresa que aun no habia cumplido los catorce años.

Santa Cruz contra los turcos y los holandeses, pereció á la temprana edad de quince años [29], en un buque que se fué á pique con toda su tripulacion [30].

Después del nacimiento de estos dos hijos nada volvemos á oir de su madre. Verdad es que á muy poco tiempo Lope, avanzado ya en años y desengañado del mundo, comenzó, segun la costumbre de su siglo y país, á pensar únicamente en su salvacion: dedicóse, siguiendo el ejemplo de su padre, á obras piadosas, empezó á visitar enfermos y asistir con regularidad á los oficios divinos, entró en una congregacion religiosa; y finalmente, recibió en Toledo el año de 1609 la tonsura, y en seguida las órdenes sagradas, incorporándose al siguiente año en la misma cofradía en que estaba Cervantes [31]. En 1625 entró en la venerable congregacion de sacerdotes naturales de Madrid, en la que desempeñó en 1628 el cargo de capellan mayor, para que fué nombrado por su exactitud y celo en el cumplimiento de sus deberes; de manera que en los últimos veinte y seis años de su dilatada existencia hay que considerarle como íntimamente enlazado con la Iglesia y dedicando gran parte de su tiempo á su servicio.

Esta circunstancia pudiera, sin embargo, hacernos formar una idea muy equivocada de la vida de Lope y de los sacrificios que se impuso ; pero en aquel tiempo dichas prácticas de devocion no llevaban consigo el abandono total del mundo y sus placeres; al contrario : eran una condicion de seguridad para los que querian dedi-

29 «Obras», t. I, pp. 472 y 316.

30 En la égloga (Obras, t. x, p. 362) se le llama D. Lope Félix del Carpio y Lujan.

31 Pellicer, edic. «Don Quijote», t. I, p. cxcjx.

carse á las letras con comodidad y reposo; y es indudable que Lope las consideró bajo este aspecto, pues al mismo tiempo que desempeñaba las sagradas funciones de su ministerio y se ocupaba en ejercicios de piedad y caridad, gozaba el mas alto favor en la corte y era el poeta de moda; y lo que todavía nos parecerá mas extraño, al paso que escribia la mayor parte de sus comedias, en las que se encuentran no pocas escenas contra los principios indudables de la moral cristiana, vemos casi siempre en las portadas y dedicatorias de sus libros el esmero con que recuerda sus distinciones y honores eclesiásticos, anteponiendo á todos ellos el de familiar del Santo Oficio [32].

Pero la que constituye la base de su fama y popularidad como poeta, fué obra de la época mas feliz de su matrimonio, y fruto de una eleccion bien meditada; á saber, la relativa á S. Isidro Labrador, ilustre personaje que tanto figura en la historia eclesiástica de Madrid. Nació, segun la opinion mas recibida, en el siglo XII, en la pequeña poblacion que después ha llegado á ser capital de la monarquía, y su vida fué tan admirable y piadosa, que los ángeles le cultivaban sus campos mientras él cumplia con los deberes de la religion. Desde tiempos muy remotos goza dicho personaje de suma consideracion y respeto, designándosele como patron de Madrid; pero principalmente desde 1598, en que hallándose Fe-

[32] Hallámosle ya calificado de familiar del Santo Oficio en 1609, en que publicó la «Jerusalen», y después muy frecuentemente en sus «Comedias», tt. II, VI, XI, etc., donde no pone otro título, como si este solo bastase á su gloria. — Familiar del Santo Oficio era una persona que sin funciones especiales estaba á las órdenes de aquel tribunal. (Covarrubias, ad verb.)

lipe III gravemente enfermo en una aldea inmediata, la villa envió en procesion las reliquias del Santo, con cuya visita el Monarca recobró la salud, aumentando este prodigio los honores, fama y celebridad de aquel.

Aprovechándose Lope de esta coyuntura, escribió un largo poema de *San Isidro Labrador*, calificacion que le distingue del ilustre y sabio prelado de Sevilla que tenia el mismo nombre. Consta esta composicion de hasta diez mil versos, divididos exactamente en diez libros, que Lope escribió en un año y publicó en 1599. El mérito poético no es muy elevado, mas el poeta aspiraba solo á hacer una obra popular y consiguiólo completamente; está escrito en quintillas, y á pesar de la dificultad aparente del metro, resaltan en todas partes la facilidad y armonía del verso, que tan famoso hicieron á Lope. La entonacion, al tratar de los misterios mas sublimes de la religion, raya casi en familiar, hasta el punto de parecer impropia; aunque por otra parte no cabe duda de que está acomodada al gusto de la época, y es quizá la causa principal de su prodigioso éxito. Así, por ejemplo, cuando los ángeles se presentan, en el canto III, á S. Isidro y á su esposa Sta. Maria de la Cabeza, que por su mucha pobreza no podian obsequiar debidamente á sus huéspedes, Lope pinta esta escena tan importante como otra cualquiera del poema, supuesto que encierra los hechos en que principalmente se funda la canonizacion del Santo, en los siguientes versos, fáciles y agradables, que pueden servir como muestra del estilo general de la obra:

Tres ángeles á Abraham
Una vez aparecieron

Que á verle á Mambre vinieron,
Bien que á este número dan
El que en figura trujeron.
Seis vienen á Isidro á ver:
¡Oh gran Dios! ¿qué puede ser?
¿Dónde los ha de albergar?
Mas vienen á consolar;
Que no vienen á comer.
Si, como Sara, María
Cocer luego pan pudiera,
Y él, como Abraham, trujera
El cordero que pacia,
Y la miel entre la cera,
Yo sé que los convidara;
Mas cuando lo que no ara
Le dicen que ha de pagar,
¿Cómo podrá convidar
A seis de tan buena cara?
Disculpado puede estar,
Puesto que no los convide,
Pues su pobreza lo impide,
Isidro, aunque puede dar
Muy bien lo que Dios le pide.
Vaya Abraham al ganado,
Y en el suelo humilde echado,
Dadle el alma, Isidro, vos;
Que nunca desprecia Dios
El corazon humillado.
No queria el sacrificio
De Isaac, sino la obediencia
de Abraham.....

(*Obras sueltas*, t. XI, p. 69.)

No puede dudarse que hay en el poema muchas circunstancias de pura invencion, aunque las márgenes del libro están llenas de textos y autoridades para cada frase y palabra, costumbre entonces muy general y que Lope siguió en dos ó tres ocasiones. Pero sea cual fuere hoy

dia nuestra opinion acerca del poema de *San Isidro*, el hecho es que se imprimió cuatro veces en nueve años escasos, y que dirigido á excitar sentimientos mas nacionales y populares que la *Arcadia*, llegó á ser la base de la fama de su autor, como poeta favorecido del público.

Comenzaba Lope, por el tiempo de que vamos hablando, á ocuparse del teatro con tan buen resultado, que apenas tenia lugar para otras tareas. Hasta 1602 pues no publicó cosa importante [33]; pero en dicho año dió al público la *Hermosura de Angélica*, poema de que ya hicimos mencion en otro lugar, indicando que lo escribió á bordo de la Invencible, y que Lope pretende con cierta vanidad ser continuacion del *Orlando furioso*. Consta dicho poema de veinte cantos, con mas de once mil versos en octavas; en el prólogo dice que lo compuso bajo las jarcias del galeon San Juan y las banderas del Rey Católico, y que él y el general de la flota concluyeron á un mismo tiempo su trabajo; observacion que no ha de entenderse á la letra; porque los cantos XIII y XX contienen expresiones alusivas á sucesos del reinado de Felipe III. Verdad es que en la dedicatoria Lope asegura haber tenido el poema guardado mucho tiempo por falta de espacio para corregirle, y tambien añade que lo deja incompleto para que lo acabe otro ingenio mas afortunado.

No es del todo inverosímil que Lope se animase á escribir la *Angélica*, alentado por el buen éxito de los di-

[33] Las «Fiestas de Denia», poemita en dos cantos, que solemniza la entrada y recibimiento de Felipe III en Denia, el año de 1598, se imprimió al año siguiente; pero no es un trabajo de importancia.

versos poemas que tratan de dicho asunto, y particularmente por el extraordinario favor que tuvo el publicado dos años antes por Luis Barahona de Soto, citado con sumo elogio en el escrutinio de la librería del hidalgo manchego, y al fin del *Quijote*, donde tambien se hace un obsequio, aunque algo tardío, á la obra de Lope. Ambos poemas son indudablemente imitaciones del Ariosto, y si la *Angélica* de Barahona de Soto ha sido muy elogiada, tambien es cierto que lleva grandes ventajas á la de Lope. Sin embargo, el asunto de la *Hermosura de Angélica* se acomodaba mas que otro alguno al ingenio de este último, porque la ilimitada libertad que le proporcionaba un asunto lleno de soñadas y fantásticas aventuras caballerescas le autorizaba en cierta manera á no seguir un plan concertado y uniforme; mientras que por otra parte el ejemplo del Ariosto y el de Barahona le concedian completa holgura para lanzarse al océano de la ficcion sin temor de escollos y bajíos.

Quizá esta misma libertad perjudicó al buen efecto de la obra, cuya historia, sobre ser extravagante y desarreglada en extremo, está trabada con un ligerísimo eslabon á la graciosa invencion del Ariosto[34]. Supónese que un rey de Andalucía muere dejando por su sucesor en el reino al hombre ó mujer mas hermosa que se encuentre: como era de presumir, muchos acuden á solicitar tan rico legado, y uno de los casos mas amenos y agradables del poema es el en que el poeta describe el gran número de gentes decrépitas y horribles que, engañadas por su amor propio, se consideran autorizadas para

[34] El punto en que comienza la ficcion de la hermosura de Angélica es la décimasexta estancia del canto XXX del «Orlando furioso».

aspirar á dicho puesto; mas ya desde el canto v los dos amantes Angélica y Medoro, que el Homero ferrarés habia dejado en la India Oriental, tienen conseguido el trono, y merced á la hermosura incomparable de la dama, son coronados en Sevilla.

Aquí debia terminar la obra si su plan hubiera tenido algo de regular; pero cabalmente entonces empieza una larga serie de aventuras, guerras y desastres, promovidos por los rivales desairados, á las que se siguen pruebas de toda especie; visiones, encantamientos, conjuros, episodios, manejos malamente interrumpidos se mezclan unos con otros, sin órden, armonía ni concierto; y cuando, por último, los protagonistas llegan á ocupar su trono, ganado á costa de tantos trabajos y fatigas, los lectores quedan tan cansados del cúmulo de sucesos, á cual mas fantásticos, creados por la imaginacion de Lope, que casi experimentan la monotonía y fastidio que suele producir la falta de inventiva. Lo mejor de la obra es la pintura de los caractéres y localidades [35]; lo peor de ella, los trozos en que Lope quiere hacer alarde de su erudicion, lo cual sucede muy á menudo, llenando á veces octavas enteras con solos nombres propios; por lo demás, la versificacion es extraordinariamente flúida y armoniosa [36].

Como la *Hermosura de Angélica* se compuso durante la desgraciada expedicion de la Invencible, hay trozos que respiran los sentimientos religiosos y nacionales de

[35] Cantos VI y VII.

[36] La «Hermosura de Angélica» se imprimió por primera vez en 1604, dice el editor de las «Obras» en el tomo II; pero Salvá menciona una edicion de 1602; tambien se imprimió en Barcelona en 1605. Las octavas llenas de nombres propios son tan frecuentes, que manifiestan el empeño de Lope en acumularlas, y se encuentran en las «Obras sueltas», t. II, páginas 27, 55, 233, 236, etc.

su autor, y que naturalmente debió sugerirle su situacion; pero Lope publicó en el mismo volúmen otro poema en que están consignados iguales sentimientos aun con mayor franqueza y vigor. Intitúlase *La Dragontea*, y trata de la última expedicion y muerte de Francisco Drake, siendo quizá el único ejemplo que pueda citarse de un poema épico consagrado á maltratar á un individuo; fenómeno literario cuya explicacion habrá de buscarse en lo familiar y formidable que llegó á ser en España el nombre de Sir Francis Drake.

Habia este empezado treinta años antes su carrera de corsario en los mares de América, ganando gran celebridad; inquietó despues á España, asolando sus costas, ocupando á Cádiz y haciendo por dó quiera una guerra continua, intermitente y varia, que, segun Lord Bacon, aquel intrépido marino calificaba de «tirar de las barbas al rey de España[37]»; llegando por fin al colmo de su gloria militar como segundo cabo de la armada que destruyó á la Invencible, de tal suerte, que uno de los buques españoles de mayor fuerza y porte se rindió solo al terror que inspiraba su nombre. En España, donde era tan temido como odiado, tuvo siempre la fama de un pirata atrevido y feliz, y su muerte, ocurrida en Panamá, se consideró como enviada por la Providencia en justo castigo de sus robos y latrocinios; opinion que hallamos consignada en la literatura popular de aquellos tiempos, y hasta en los romances[38].

[37] «Consideraciones sobre la guerra con España», dedicadas al príncipe Cárlos; muestra muy curiosa de las discusiones políticas de aquellos tiempos. (Véase «Obras de Bacon», Lóndres, 1810, 8.°, t. III, p. 517.)

[38] Mariana (Hist., año de 1596) le llama pura y simplemente «Francisco Drake, corsario inglés»; y en una cancion anónima muy graciosa, imitada después por Góngora en otra todavía mas linda, se encuentra bien

Pero su principal monumento es *La Dragontea*, poema de diez cantos en octava rima, destinado á formular la expresion del odio de un pueblo entero : comienza suponiendo que la cristiandad, en figura de una hermosa doncella, acompañada de la Italia, la España y la América, se presenta ante el trono de Dios, suplicándole las proteja del que Lope llama « el pirata escocés y protestante[39] »; y termina con las fiestas celebradas en Panamá porque el Dragon (así le llama siempre el poeta) ha muerto envenenado por sus mismos compañeros, con las gracias que la cristiandad tributa por haber sido escuchados sus ruegos, así como por el vencimiento y derrota que ha sufrido la « mujer babilónica vestida de púrpura », que es la reina Isabel. Todo el poema está en armonía con tal principio y tal desenlace, respirando por do quiera aspereza y violencia; pero es de notar que á pesar de estar lleno de las preocupaciones populares, tan robustas en tiempo del autor, el poema no fué bien recibido. Lope lo escribió en 1597, á poco de ocurrir los acontecimientos de que trata; pero no se publicó hasta 1602, y después acá solo se ha reimpreso en la *Coleccion de las obras sueltas de Lope*, hecha en 1776 [40].

pintada la expresion popular : comienza « Hermano Perico», y está en el «Romancero general» de 1602, fol 34. Véase este trozo, por cierto bien significativo :

Mi hermano Bartolo
Se va á Ingalaterra
A matar al Draque
Y á prender la Reina
Y á los luteranos
De la Bandomessa :
Tiene de traerme
A mí de la guerra
Un luteranico
Con una cadena,
Y una luterana
A señora agüela.

(Romancero general, Madrid, 1602, 4.°, fol. 35.)

39 Era en efecto natural del condado de Devon. (Véase á Fuller, « Hombres ilustres y eminentes ».)

40 Hay un curioso poema inglés de Cárlos Fitzgeffrey sobre la vida y muerte de Drake : imprimióse en 1596, y es digno de compararse con la «Dragontea», por ser el reverso de la medalla, y porque además fué mejor recibido en Inglaterra que el de

Al paso que daba á luz su *Dragontea*, Lope imprimia tambien una novela en prosa, intitulada *El peregrino en su patria*, dedicada al marqués de Priego, en 1603, desde Sevilla. Es la historia de dos amantes que, después de correr varias aventuras por España y Portugal, son cautivados por los moros, y vuelven, por último, en peregrinacion á España, pasando por Italia. Primero los hallamos náufragos en Barcelona, en cuya ciudad, así como en las de Valencia y Zaragoza, se pasan las escenas principales: el desenlace se verifica en Toledo, donde los dos amantes se casan con acuerdo y aplauso de sus amigos; la época es indeterminada, los episodios están ingeniosamente enlazados con el cuerpo principal de la historia, y además el libro contiene varias poesías, compuestas sin duda en diversas ocasiones, y ciertos dramas que seguramente se representaron en las circunstancias allí descritas [41]:

Toda la novela está dividida en cinco partes y escrita y acabada con esmero. Es de presumir que las aventuras personales de Lope en Valencia entrasen á formar parte de la obra: el colorido es sumamente poético, menos cuando el autor se detiene en describir ciudades y escenas campestres en que rara vez se encuentran la realidad y la verdad [42]; la historia, sobre todo, considerada

Lope en España. (Véase la «Aténas» de Wood, Lóndres, 1815, 4.°, t. II, p. 607.)

[41] Al fin dice que en las ocho noches siguientes á la boda se representaron ocho comedias, cuyos títulos menciona; pero dos de ellas, «El perseguido» y «El galan agradecido», no se encuentran en las comedias impresas de Lope, á lo menos con estos títulos.

[42] Los trozos que mas sabor tienen de realidad son los que hacen relacion á las comedias representadas en diversos lugares y ocasiones, y á las descripciones de la montaña de Monserrate y de la huerta de Valencia en los lib. 1 y 2; tambien hay en el lib. 3 un cuento de duendes que parece fundado en un hecho real y positivo.

bajo el punto de vista que el autor la presentó, es interesante y notable, no solo como una de las primeras muestras de su género en la literatura española, sino tambien como una de las mejores [45].

Pasando en silencio algunas de sus poesías y su *Arte nuevo de hacer comedias*, porque tendrémos mejor ocasion para hablar de ellas, examinarémos otro de los grandes esfuerzos de Lope, su *Jerusalen conquistada*, impresa en 1609, y reimpresa dos veces en los diez años siguientes. Intitulóla «epopeya trágica», y está dividida en veinte libros y escrita en octava rima, con unos veinte y dos mil versos. La empresa era seguramente atrevida, pues á primera vista se observa que Lope trató nada menos que de competir con el Taso, en un terreno donde este habia logrado sus mejores laureles.

Lope, como era de presumir, salió mal de su empresa; hasta la eleccion del asunto es desgraciada, porque no trata de la conquista de Jerusalen por los cruzados, sino de la empresa frustrada de Ricardo Corazon de Leon para libertar aquella ciudad de los infieles, á fines del siglo XII; asunto muy impropio de un poema épico cristiano. Todo lo que Lope pudo hacer fué tomar al pié de la letra, de la historia, los acontecimientos de su poema, y añadir después los episodios y el ornato que le inspirase su ingenio, dando al todo de la composicion forma épica, dignidad y un conjunto armonioso; y sin embargo, no lo consiguió. Concibió una narracion poética larga y

[45] La primera edicion del «Peregrino» es de Madrid, 1604, 4.°; después se reimprimió, pero la mejor edicion es la que ocupa el quinto tomo de las «Obras sueltas», 1776. En Lóndres se publicó en 1738 un compendio muy malo.

pesada, hizo de Ricardo el héroe principal, y despues fió el triunfo de la causa á otro héroe rival, que es Don Alonso XI de Castilla, el cual en el canto IV sale con sus caballeros á ocupar el primer término de la accion; supuesto ridículo y absurdo, cuando se sabe que aquel monarca jamás estuvo en Palestina[44]. Otra impropiedad hay tambien muy grande, y es que el verdadero y principal asunto del poema concluye en el canto XVIII, volviéndose Ricardo y Alfonso á sus respectivos reinos, pues en el XIX se cuentan los sucesos siguientes del reinado de Alfonso, y en el XX la prision de Ricardo y la muerte de Saladino, quieto y pacífico poseedor de Jerusalen: conclusion tan repentina y poco grata, que parece imposible la hubiese previsto y meditado el autor.

Pero aunque, exceptuando lo relativo á las aventuras apócrifas españolas, la serie de los sucesos históricos de aquella lucida cruzada está seguida con bastante respeto á la verdad histórica, es preciso confesar que es tanto el número de visiones y personajes alegóricos mezclados en la narracion, y tanta la multiplicidad de episodios y lances amorosos que la cortan é interrumpen, que es punto menos que imposible leer gran parte del poema de seguido y con atencion. Encuéntrase, es verdad, la fácil y agradable versificacion de Lope, lo mismo que en todas sus demás obras; pero hasta en la Tierra Santa, en el país clásico de la caballería, en Chipre, Ptolemaida y

44 Lope insiste siempre en el viaje de Alonso XI á Palestina; así es que en la «Boba para los otros» (Comedias, t. XXI, Madrid, 1635, fol. 60) dice que fueron á aquella cruzada las fuerzas de Francia y de Inglaterra, y con ellas nuestro rey Alfonso.—A pesar de esto, todo es una ficcion del siglo siguiente al reinado de D. Alonso, y por eso Navarrete, en su ingenioso «Ensayo sobre la parte que tomaron los españoles en las Cruzadas», critica justamente á Lope. (Mem. de la real Acad. de la Hist., t. V, 1817, 4.°, p. 87.)

Tiro tiene la narracion menos vida y movimiento del que debia esperarse, y es lánguida y arrastrada; nada hay que anuncie un plan, órden ni proporcion bien meditada de las partes; y sin embargo, el mismo Lope asegura que puso cuidado en escribir y corregir este poema antes de darlo á la imprenta[45]; y además le dedicó á su rey, usando de un lenguaje que nos induce á creer lo juzgaba digno del patrocinio de un monarca.

[45] Véase el prólogo. — El poema entero se halla en las «Obras sueltas», tt. XIV y XV.

## CAPITULO XIV.

**Continuacion de Lope de Vega. — Su estado eclesiástico. — Los pastores de Belen. — Sus poemas religiosos. — Justa poética en la canonizacion de San Isidro. — Tomé de Burguillos. — La Gatomaquia. — Un auto de fe. — Triunfos divinos. — La Corona trágica. — El Laurel de Apolo. — La Doroténa. — Vejez y muerte de Lope.**

Cabalmente al publicarse la *Jerusalen*, tomaba Lope las insignias del famoso tribunal, pues en la portada de aquel poema le vemos por primera vez llamarse « familiar del Santo Oficio » ; sus trabajos siguientes demuestran bien la mudanza que esta circunstancia produjo en su vida y hábitos. En 1612 publicó sus *Pastores de Belen*, novela pastoril en verso y prosa, dividida en cinco libros, cuyo asunto es la historia sagrada conforme á las tradiciones mas populares del catolicismo, desde el nacimiento de la Vírgen, madre del Salvador, hasta la llegada de la sacra Familia á Egipto, referida por unos pastores en las cercanías de Belen, al mismo tiempo que ocurrian dichos sucesos.

Tiene este libro todos los defectos comunes á los demás de su género escritos en aquella época ; algunas poesías especialmente son impropias y del peor gusto posible, pues no se comprende qué objeto tuvo el autor al introducir en su libro tres ó cuatro justas literarias y algunos juegos vulgares del país, sobre todo cuando

por muchos esfuerzos que se hagan, tales ficciones son de todo punto opuestas á toda teoría poética. Pero tambien es preciso confesar que en toda la composicion reina cierta amenidad y dulzura muy propias del asunto principal: algunas historias del antiguo Testamento están contadas con mucha naturalidad y gracia, y de vez en cuando se tropieza con traducciones de salmos y otros trozos de la Escritura, que hacen muy buen efecto. En cuanto á los versos, son en general de los mejores de Lope, y en prueba de ello copiarémos el siguiente villancico que la Virgen en un bosque de palmeras canta al niño Dios dormido, y en el que respiran los mismos tiernos sentimientos de devocion católica que admiramos en los cuadros de Murillo al mismo asunto:

Pues andais en las palmas,
Angeles santos,
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos.
 Palmas de Belen,
Que mueven airados
Los furiosos vientos
Que suenan tanto,
No le hagais ruido,
Corred mas paso;
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos.
 El niño divino,
Que está cansado
De llorar en la tierra,
Por su descanso
Sosegar quiere un poco
Del tierno llanto;
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos.

Rigurosos hielos
Le están cercando;
Ya veis que no tengo
Con que guardarlo:
Angeles divinos,
Que vais volando,
Que se duerme mi niño,
Tened los ramos.

(*Obras sueltas*, t. XVI, p. 332.)

La obra está dedicada en pocas aunque tiernas y sentidas palabras á su hijo Cárlos, que murió sin cumplir los siete años y de quien Lope habla siempre con cariño; concluye, sin embargo, de repente y sin el oportuno desenlace, no siendo fácil adivinar por qué razon no la acabó, pues fué bien recibida del público y logró cuatro reimpresiones en igual número de años.

En 1612 Lope dió á luz igualmente algunos versos á lo divino, con varios «pensamientos en prosa», como traducidos del original latino de Gabriel Padecopeo; anagrama imperfecto de su nombre; y en 1614 publicó otro tomo que contenia una coleccion de sus composiciones cortas á lo divino, á las que después añadió cuatro magníficos soliloquios poéticos, que compuso arrodillado al pié de la cruz el dia mismo que entró en la cofradía de los penitentes; dos discursos contemplativos, escritos á peticion de sus cofrades; un romancerillo espiritual, y un *Via crucis* ó *Meditaciones sobre el Salvador, cuando fué llevado desde el tribunal de Pilatos al monte Calvario*.

Reina en muchas de estas poesías una devocion so-

lemne y profunda [1]; otras son en extremo libres [2], y algunas pueriles y extravagantes [3]. En cuanto á sus romances, todavía cantan algunos de ellos los ciegos que recorren las calles de Madrid; testimonio irrecusable de los sentimientos devotos que abrigaba el corazon del autor. Estas poesías, y una relacion del martirio de ciertos cristianos en el Japon en 1614, impresa cuatro años después, son los únicos trabajos de esta especie hechos por Lope desde 1612 á 1620, porque en este mismo período conseguia sus grandes triunfos en la poesía dramática, así profana como divina [4].

Pero en 1620 y 1622 se le presentó á Lope ocasion de aparecer ante el pueblo y corte de Madrid bajo un aspecto que por lo religioso y lo dramático se acomodaba perfectamente á su inclinacion é ingenio. Tratábase de la beatificacion y canonizacion de S. Isidro, á quien veinte años antes habia consagrado uno de los esfuerzos mas populares de su musa; intervalo larguísimo, y durante el cual habian ido en aumento progresivo la fama, nombre y concepto del santo. En efecto, el Rey desde su restablecimiento solicitaba con ahinco los últimos honores de la Iglesia en favor de la persona á cuya milagrosa proteccion juzgaba deber su salud: cumpliéronse por último sus deseos, y el 19 de mayo de 1620 mandó celebrar con la mayor pompa la beatificacion del piadoso vecino y labrador de Madrid.

[1] Por ejemplo, el soneto que empieza «Yo dormiré en el polvo». (Obras, t. XIII, p. 186.)

[2] Véase la composicion «Gertrudis siendo Dios tan amoroso». (Obras, t. XIII, p. 223.)

[3] Algunos son hasta fastidiosos, como el soneto «Cuando en tu alcázar de Sion», etc. (Obras, t. XIII, p. 225.)

[4] «Triunfo de la fe en los reinos de Japon.» (Obras, t. XVII.)

Era entonces costumbre en las principales ciudades de España el aprovechar estas fiestas y ceremonias, poniendo en escena los talentos poéticos mas afamados, á fin de entretener é interesar al pueblo; y la Iglesia contribuia gustosa con su autoridad, sustituyendo un certámen ó torneo poético celebrado bajo sus auspicios, á las justas y torneos caballerescos que por tanto tiempo y con tan grave detrimento de la religion se habian hecho en Europa. De todos modos estos certámenes literarios, en que se distribuian premios y honores, fueron llamados «justas poéticas», y llegaron muy pronto á ser la diversion favorita del pueblo. Ya hicimos mencion en otro lugar de funciones análogas á fines del siglo xv, y del premio que Cervantes ganó en Zaragoza en mayo de 1595. Lope ganó otro en Toledo en junio de 1608[5], y en setiembre de 1614 fué nombrado juez de un certámen poético celebrado en honor de la beatificacion de Sta. Teresa de Jesus, en el que la entonacion clara y armoniosa de su voz, y su lectura graciosa y expresiva, cautivaron la admiracion de los circunstantes[6].

Sin embargo, la beatificacion del santo patron de Madrid era ocasion de mayor solemnidad é importancia aun que las precedentes: todos los habitantes de la he-

[5] El poema que ganó el premio, y es un romance burlesco de escaso mérito, se encuentra en las «Obras sueltas», t. xxi, pp. 171-177.

[6] En la «Vida de Cervantes» de Navarrete se pueden ver las noticias de algunas justas poéticas de aquel tiempo (§ 162, con las notas, p. 486); y para enterarse del modo con que se celebraban, no hay mas que leer la «Justa poética» hecha en honra de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, que recogió y publicó Juan Bautista Felices de Cáceres (Zaragoza, 1629, 4.°), en la cual figuraron José de Valdivielso y Vargas Machuca. Llegaron mas tarde á ser tan frecuentes, que se hicieron hasta ridículas. En el «Caballero descortés», de Salas Barbadillo (Madrid, 1621, 12.°, fol. 99), hay un certámen para celebrar el hallazgo de un sombrero perdido, y es la caricatura del género.

róica villa (que así se llama aun) se interesaban en ella, porque creian contribuia á su felicidad y bienestar[7]. La parroquia de San Andrés, donde descansaba el cuerpo del bendito labrador, se adornó con extraordinaria esplendidez; los mercaderes cubrieron los altares con láminas de plata; los plateros labraron, para encerrar las formas aun incorruptas del santo después de cinco siglos, una urna del mismo precioso metal llena de curiosos adornos y labores; las demás clases se apresuraron á hacer ofrendas por el mismo estilo, producto de aquella riqueza que las minas del Perú y de Méjico enviaban de continuo á la sociedad mas distinguida de la metrópoli; y por último, al frente de la iglesia se alzó un suntuoso tablado para la lectura de las poesías, presidiendo Lope esta imponente ceremonia.

Leyéronse primero, á guisa de prólogo, algunas peticiones satíricas dirigidas á excitar la alegría y el buen humor, como en efecto lo consiguieron; y en seguida abrió Lope la justa pronunciando una oracion poética de hasta setecientos versos en honor de S. Isidro. A continuacion se leyeron los programas de nueve composiciones que debian optar á igual número de premios ofrecidos por las nueve musas, así como las reglas estable-

[7] Los pormenores de la fiesta y las poesías escritas para ella se imprimieron en Madrid curiosamente en 1620, en un tomo en 4.° Muchas fueron las ofrendas poéticas, pero menos de las que comunmente eran. Figueroa dice, en su «Pasajero» (Madrid, 1617, 12.°, fol. 118), que en una funcion celebrada poco antes á S. Antonio de Padua se presentaron cinco mil composiciones en verso, de diferentes géneros, y que las mejores se colgaron en la iglesia y en los claustros del convento que propuso los premios, y las demás se distribuyeron á otros conventos de la órden. Esta costumbre pasó á América, y en 1685 Balbuena ganó en Méjico un premio, siendo el preferido entre trescientos aspirantes. Véase su Vida al frente de la edicion del «Siglo de Oro» que hizo la Academia. (Madrid, 1821, 8.°.)

cidas para su adjudicacion; y por último, comenzó la lectura de las poesías. Eran competidores los principales literatos de aquel tiempo: Zárate, Guillen de Castro, Jáuregui, Espinel, Montalvan, Pantaleon de Ribera, Silveyra, Calderon de la Barca, á la sazon mozo de pocos años, y el mismo Lope, con un hijo de su mismo nombre, aun muy jóven. Todo esto se hizo con la gravedad propia de aquella ocasion; pero al concluir la lista de los competidores á los premios, apareció una especie de máscara que con el nombre fingido del maestro Burguillos «sazonó sabrosísimamente la funcion», dice la relacion, leyendo versos muy salados, haciendo el papel de gracioso en el teatro popular, y como si dijéramos, un entremés entre las divisiones ó actos del drama ya mas regular.

Lope no se cuidó mucho de ocultar que esta parte gustosa de la fiesta fuese exclusivamente obra suya: tan persuadido estaba por sus instintos dramáticos del buen efecto y de la gracia que su introduccion daria á la majestad y solemnidad de la ceremonia[8]. Leyó pues él mismo todas las composiciones, y concluyó haciendo una jocosa relacion de todo el acto en un romance al gusto antiguo, y en seguida los jueces pronunciaron los nombres de los premiados: no sabemos quiénes fueron, pero Lope publicó inmediatamente las obras de todos, así de los felices, como de los desgraciados.

A los dos años de este suceso, y al principiar el rei-

«Pero note bien el lector (dice Lo»pe) que los versos del Maestro Bur»guillos deben ser supuestos, pues él »no se presentó en la justa, y todo lo »que escribió fué jocoso, lo cual hizo la »fiesta sabrosísima.» Pero como nadie le vió, muchos pensaron que era un personaje imaginario introducido por el mismo Lope. (Obras, t. xi, p. 401. Véase además p. 598.)

nado de Felipe IV, cuando las negociaciones de su antecesor habian sido coronadas por un éxito que la muerte le impidió disfrutar, el Jefe de la Iglesia romana elevó á los altares á S. Isidro y á otros tres ilustres españoles por medio de una canonizacion formal. El pueblo de Madrid no paró mucho la atencion en la bula pontificia, sino en cuanto se rozaba con su glorioso santo y patron, á quien dedicaba exclusivamente sus respetos y homenajes [9]. Las fiestas duraron nueve dias : ocho obeliscos de setenta piés de altura se construyeron en diferentes puntos de la poblacion, levantándose además nueve altares magníficos, un castillo, un jardin y un teatro temporal; las principales casas estaban colgadas de soberbios tapices; procesiones suntuosas, en que los magnates ocupaban los puestos mas humildes, recorrian las calles, y á todo esto se juntaron grandes corridas de toros, diversion eminentemente popular y favorita en España, en las que se sacrificaron como dos mil de aquellas fieras, ya en la plaza principal, ya en otras construidas al efecto.

Formó tambien parte del regocijo un certámen ó justa literaria, celebrado el 19 de mayo, es decir, á los dos años justos del celebrado con motivo de la beatificacion. Volvió Lope á presentarse en el tablado construido delante de la parroquia de San Andrés, y con iguales ceremonias y la misma farsa burlesca de Tomé de Burguillos se reprodujo la funcion, en la que tomaron parte los principales ingenios de aquel tiempo. Lope se

[9] Todo lo ocurrido en esta gran funcion, con las poesías recitadas en ella, se imprimió en Madrid en un tomo en 4.°, 1622, fol. 156, que es el XII de sus «Obras sueltas».

llevó los primeros premios; otros ganaron Zárate, Calderon, Montalvan y Guillen de Castro; representáronse en dos teatros al aire libre dos comedias que Lope habia escrito por encargo del Ayuntamiento, la una sobre la niñez, y la otra sobre la mocedad de San Isidro; estando presente el Rey, la corte y un numeroso concurso, ocupando el autor el primer puesto y haciendo además el papel principal en esta solemnidad, que bien entendida, es la pintura exacta de la época y del espíritu religioso que en ella dominaba; y antes de concluirse el año Lope publicó una relacion extensa del acto, las poesías leidas y las dos comedias en él representadas.

No hay duda de que su triunfo en ambas ocasiones debió de serle muy lisonjero: la publicidad del acto, el mismo asunto que lo promovió, la intervencion de un pueblo en masa, le hicieron quizá mas popular, y le pusieron mas en juego que los triunfos conseguidos antes y después en el teatro. La caricatura de Tomé de Burguillos, sobre todo, aunque algun tanto grosera, fué acogida con extraordinario favor, lo cual le indujo á escribir mas versos por el mismo estilo; y así es que en 1634 publicó bajo aquel nombre un tomo entero de poesías, casi todas jocosas y burlescas, cuya mayor parte son sonetos, letrillas y otros juguetes, las mas de ellas satíricas é ingeniosas, y todas fáciles y flúidas. Pero hay entre ellas una de cierta extension, y que por lo tanto merece hablemos de ella separadamente.

Es un poema heróico-cómico en verso suelto, dividido en seis cantos ó silvas, intitulado *La Gatomaquia*, ó guerra de los gatos, porque pinta la lucha de dos gatos que pretenden los favores de una gata. Como todos los demás

poemas de su clase, inclusa la *Batrachomyomachia*, es demasiado largo, pues no baja de dos mil quinientos versos de diferentes metros; pero si no es el primer poema español de su género en el órden de antigüedad, lo es indudablemente en el mérito; las dos silvas últimas, particularmente, están escritas con tanto brio como gracia y ligereza, parodiando unas veces al Ariosto y á otros poetas épicos, y otras imitando los romances antiguos, aunque siempre con la misma facilidad y soltura: así es que desde su primera publicacion fué muy leida y apreciada en España, y aun en el dia puede asegurarse que es la mas conocida de las obras sueltas de su autor. En una edicion de 1794 se indicó, mas bien que se probó, que Tomé de Burguillos era una persona real y positiva; pero pocos son los que han seguido esta opinion, pues aunque Lope, al publicar sus poesías, puso uno de aquellos prólogos que á nadie pueden engañar, dando noticias de su autor, ya desde la primera justa poética de S. Isidro se habia puesto en evidencia, declarando casi en términos expresos que el Maestro Burguillos era él mismo, y que habia tomado aquel nombre para excitar mayor interés á favor de sus composiciones: hecho que Quevedo confirma en la aprobacion que precede al volúmen, y ratifica Coronel en los versos que siguen [10].

[10] La edicion en que por primera vez se pretendió hacer de Lope y de Burguillos dos personas distintas es la que ocupa el tomo XVII de la «Coleccion de poesías castellanas» de D. Ramon Fernandez; pero además de los testimonios del mismo Lope, citados en la nota anterior, Quevedo, en su aprobacion al tomo de que tratamos, dice que «el estilo es el que solo »se ha visto en los escritos de Lope de »Vega»; y Coronel, en unas décimas que están antes, añade que estos versos son borrones de la pluma del fénix español; indicaciones que el mismo Lope se hubiera avergonzado de publicar si las poesías no hubieran sido realmente suyas. Los versos de Burguillos están reimpresos en el tomo XIX de las «Obras sueltas», segun

En 1621, y en el intervalo entre las dos justas de que hemos hablado, publicó Lope un tomo con la *Filomena*, poema cuyo primer canto refiere la historia mitológica de Teseo y Filomena, y el segundo es una defensa de su misma persona, bajo la alegoría intitulada *Defensa del ruiseñor contra el tordo envidioso*. En el mismo volúmen está *La tapada*, descripcion en octavas de una quinta del duque de Braganza en Portugal; la *Andrómeda*, historia mitológica como la *Filomena*; las *Fortunas de Diana*, primera novela en prosa que Lope imprimió; algunas epístolas poéticas, y otras composiciones cortas, y finalmente, varias cartas sobre lo que entonces se llamaba *nueva poesía*, en las que ataca con mucho valor la escuela de Góngora, que á la sazon se hallaba en el apogeo de su gloria [11]. Este volúmen en nada aumentó la reputacion, ya establecida, del autor; pero algunos trozos, y particularmente varios fragmentos de las epístolas y de la *Filomena* son importantes por sus frecuentes alusiones á la historia personal de Lope.

Siguióse en 1624 otro tomo bastante parecido al anterior, el cual contiene tres poemas en octava rima, que son la *Circe*, amplificacion no muy feliz del conocido episodio de la *Odisea*; la *Mañana de San Juan*, pintura de la fiesta popular que con tanto regocijo y encanto se ce-

los publicó el mismo Lope en 1634. Hay una traduccion alemana de la «Gatomaquia», llena de fuego y animacion, en el «Almacen de literatura española y portuguesa», por Bertuch; Dessau, 1781, 8.°, t. I.

[11] Estas poesías están en el tomo II de las «Obras sueltas»; y en el IV (páginas 459-452) se halla el discurso sobre la nueva poesía; á lo cual pueden agregarse algunos juguetes del mismo género, esparcidos en sus obras, especialmente el soneto á Boscan, que comienza: «Boscan, tarde llegamos», que después reimprimió en el «Laurel de Apolo» (1630, fol. 125); lo cual demuestra que aun cuando por dar gusto al público escribia algunas veces en estilo afectado, siempre lo desaprobó. La novela está en el t. VIII.

lebraba en aquellos tiempos; y un apólogo sobre el orígen de la *Rosa blanca*. Siguen varias epístolas en verso y prosa, y tres novelas, tambien en prosa, que, con la anteriormente mencionada, forman el total de las publicadas por Lope [12].

Lo mejor del tomo sin duda alguna son las tres novelas, y puede presumirse con algun fundamento que Lope las escribió al ver el buen éxito y acogida que habian tenido las de Cervantes, dadas á luz once años antes, y conocidas ya para entonces en toda Europa; pero el talento de Lope era tan ajeno de este género como el de Cervantes lo era del drama; además es evidente que él mismo lo conocia, pues en la primera de sus novelas dice expresamente que por complacer á una dama acomete la empresa de escribir en un género á que nunca debió atreverse, y las otras tres están dedicadas á la misma persona y bajo la influencia de iguales sentimientos [13]. Ninguna de ellas llamó mucho la atencion del público cuando salieron á luz; pero veinte años despues se reimprimieron con otras cuatro, tomadas al parecer de una serie de historias de la misma clase, que seguramente no eran obra de Lope. La mejor de todas es la última, aunque termina de un modo extraño y como anunciando otra mas, que no llegó á escribirse; las ocho se incluyeron después en la coleccion de obras sueltas de Lope, aunque sin ningun fundamento, puesto que no hay razon alguna para atribuirle mas que las cuatro primeras [14].

[12] Ocupan estos tres poemas el tomo III de sus obras; las epístolas se hallan en el I, pp. 279, etc., y las tres novelas en el VIII.

[13] «Obras sueltas», t. VIII, p. 2, y tomo III, prólogo

[14] Hay ediciones completas de las ocho novelas, de Zaragoza, (1648),

El año antes de la publicacion de estas novelas Lope aparece á nuestra vista bajo un carácter enteramente nuevo. Recayeron, segun parece, en un pobre franciscano natural de Cataluña vehementes sospechas de herejía, que confirmó después la circunstancia de haber su madre seguido el judaismo. Expulsado por esta razon de dos conventos, perdió enteramente el juicio, y su cerebro se trastornó hasta el punto de que, estando un dia oyendo misa, arrancó la hostia consagrada de manos del sacerdote, y la hizo pedazos con violencia. Inmediatamente fué preso y entregado á la Inquisicion, la cual, viéndole terco y obstinado en su error, le declaró luterano y calvinista, le calificó de descendiente de hebraizante; y por último, le relajó al brazo seglar para su pronto castigo, siendo luego quemado vivo fuera de la puerta de Alcalá en enero de 1632. Grande fué la excitacion y entusiasmo del público, como sucedia siempre en semejantes ocasiones: un inmenso gentío concurrió á aquel edificante espectáculo, hallándose tambien presente el Rey y toda la corte. Suspendiéronse los teatros y regocijos por quince dias, y los escritores de aquel tiempo cuentan que Lope de Vega, cuyo lenguaje en la *Dragontea* no desdice á veces del cargo de familiar del Santo Oficio, que desempeñó, fué uno de los que presidieron aquel horrible sacrificio y dirigieron su ceremonial[15].

Barcelona (1650), etc. Hay alguna confusion acerca de las poesías mezcladas con las novelas, pues se encuentran en las obras de Francisco Lopez de Zárate. (Alcalá, 1651, 4.° Véase Lope, «Obras», t. III, p. iij.) Pero esto es muy frecuente en la literatura española, y volverémos á encontrarlo cuando hablemos de Zárate.

15 Hállase esta noticia en los «Anales de Madrid», de Leon Pinelo; obra manuscrita, muy conocida, en la cual hay tambien una noticia de Lope de Vega en el año en que murió. Citóla y dió un extracto de ella D. Casiano Pellicer, «Orígen de la comedia». (Madrid, 1804, 12.°, t. I, pp. 104-105.)

Pero en medio de su fanatismo, Lope no olvidaba la poesía : en 1625 publicó los *Triunfos divinos*, poema en cinco cantos, á la manera del Petrarca y en el mismo metro, que comienza con los triunfos del *Divino Pan*, y acaba con los de la *Religion* y de la *Cruz*. La otra tuvo mal éxito, no contribuyendo poco á ello el haberla puesto desde un principio, y hasta en el título, en contraposicion con los *Trionfi* del gran maestro italiano. En el mismo volúmen salió tambien á luz una pequeña coleccion de poesías á lo divino, que mas tarde aumentó considerablemente : hay entre ellas algunas llenas de solemnidad y de ternura , como la cancion á la muerte de su hijo Cárlos Félix; si bien otras, como los villancicos al Santísimo Sacramento, están escritas con una ligereza inconcebible, y algunas veces hasta sin propiedad ni decoro [16]. Son, sin embargo, vivas muestras de lo que españoles respetables é ilustrados llamaban en aquel tiempo religion.

Las mismas observaciones pueden aplicarse á la *Corona trágica*. Este poema, que Lope publicó en 1627, trata la historia y fin trágico de María Stuart, reina de Escocia, muerta cuarenta años antes : debió ser un poema épico-religioso, pero los cinco libros de que consta, escritos en octavas, se reducen á una intolerante controversia religiosa. En él María está pintada como mártir pura y gloriosa de la fé católica, al par que Isabel es una Jezabel y una Atalia, á quien Felipe II debió no perdonar cuando, como esposo de su hermana y rey de Inglaterra, pudo disponer de su vida [17]. Por lo demás, la composicion es

[16] Véanse particularmente los dos primeros, pp. 415 y 423.

[17] Este repugnante pasaje se halla en la p. 5. En una epístola á Ovando, enviado de la religion de Malta, publicada al fin del «Laurel de Apolo» (Ma-

cansada y monótona : comienza con la historia de María, referida por ella misma á sus damas en la cárcel donde se halla, y concluye con su muerte : toda la obra revela los sentimientos religiosos del autor, que son los de su patria en aquella época; sentimientos que no debemos olvidar produjeron la Inquisicion y la hicieron lo que entonces era.

Esta misma causa fué sin duda la que movió á Lope á dedicar su *Corona trágica* al pontífice Urbano VIII, que años antes habia escrito un epitafio á la desgraciada María ; lo que Lope llama cortesmente « beatificarla en profecia ». La lisonja fué muy bien recibida, y Urbano escribió al poeta una carta muy afectuosa y expresiva, le dió el grado de doctor en teología, lo confirió además la órden de San Juan, y le nombró fiscal honorario de la cámara apostólica, y notario de la cancillería romana; de suerte que el poeta quedó desde entonces colmado de honores eclesiásticos.

En 1630 publicó el *Laurel de Apolo*, poema bastante parecido al *Viaje al Parnaso* de Cervantes, aunque mas largo, mas trabajado, y si cabe mas pobre aun. En él pinta unas fiestas que supone celebradas en el monte Parnaso por el dios de la poesía, en el mes de abril de 1628, y describe los honores dispensados á trescientos poetas españoles; número tan crecido, que la relacion llega á ser monótona y sin valor alguno, por la imposibilidad de pintar con verdad, claridad y exactitud tantos caractéres, muchos de ellos oscuros é insignificantes, y por el

drid, 1630, 4.°, fol. 118), habla de su poema y dice que lo escribió en el campo, porque «el alma en la soledad »trabaja con mas facilidad y mas dul»zura!!!»

exceso de alabanzas que dispensa á casi todos ellos. El poema está dividido en diez silvas, y consta de unos siete mil versos en varios metros. Al fin de él, además de algunas composiciones sueltas, Lope añadió una égloga en siete escenas, que se habia representado delante del Rey y de la corte con suma magnificencia, en un soberbio teatro y con decoraciones tan costosas, que manifiestan bien el alto favor que disfrutaba, cuando tal gasto y profusion se empleaban en obra tan liviana [18].

El último trabajo importante que dió á luz Lope fué la *Dorotea*, larga novela dialogal en prosa [19], y fruto de su juventud. Es muy probable, segun ya dijimos, que ingiriese en ella muchas de las aventuras que le ocurrieron en sus primeros años; pero, ya sea por esta ó por otra causa, lo cierto es que la miró siempre con cariño y predileccion; llámala «la mas querida de sus obras», y dice que la limó y añadió con el mayor esmero en su vejez [20]. Imprimióse por la vez primera en 1632; tiene bastantes versos, y toda ella respira cierta verdad y frescura, que nos traen á la memoria la persona del autor en sus verdes años y antes que entrase á servir en la Invencible. El héroe se llama Fernando y es poeta; después de enamorado y casado varias veces, como Lope, olvida y desprecia á Dorotea, su primer amor, y se hace devoto. El plan es pobre y mal seguido, y además hay muy poca trabazon entre las numerosas escenas que forman

18 No se explica por qué razon estas obras, que son de las últimas de Lope, se pusieron en el tomo I de las «Obras sueltas»; Cerdá y Rico, que hizo la coleccion, era hombre instruido, pero escaso de buen gusto y sana crítica.

19 Ocupa el tomo VII de las «Obras sueltas».

20 Póstuma de mis obras, *Dorotea*,
Y por dicha, de mí la mas querida,
Ultima de mi vida,
Pública luz desea, etc.

(Egloga á Claudio, t. IX, p. 367.)

los cinco larguísimos actos de esta novela; lo cual es causa de que en el dia solo se lee por su rica y flúida prosa, por su hermoso diálogo, por las noticias personales del autor y de su vida, y por alguna que otra de las poesías que contiene; las cuales se escribieron sin duda alguna en situaciones análogas á las que pinta el libro.

Lo último que Lope imprimió fué una égloga en alabanza de una dama portuguesa; y sus postreros trabajos, hechos la víspera del dia mismo en que le atacó su última enfermedad, un poema corto, intitulado el *Siglo de oro*, notable por su robustez y armonía, y un soneto á la muerte de un amigo[21]. Todos se insertaron en una coleccion de algunas de sus comedias, que dos años después de su muerte publicó su yerno Usategui.

A proporcion que su vida se aproximaba al término, cobraban mayor fuerza los sentimientos religiosos que, mezclados á un fanatismo melancólico, habia siempre abrigado su corazon; así lo prueban las poesías que escribió por aquella época; llegando, por último, á tal extremo, que se hallaba constantemente en un estado de excitacion morosa y triste, ó como entonces empezaba á llamarse, de hipocondría[22]. A principios de agosto se sintió ya muy débil, y sufrió mucho del desaliento y postracion que iba poco á poco quebrantando sus fuerzas. Lope, sin embargo, solo pensaba en la religion, en términos que, á pesar del estado en que se hallaba, continuó

[21] Estas tres composiciones, curiosas por ser sus últimos trabajos literarios, se encuentran en el t. x, p. 193, y el IX, pp. 2 y 10.

[22] «Una pasion continua y melan»cólica que empiezan ahora á llamar »hipocondría», dice Montalvan describiendo su enfermedad; después refiere sus últimos momentos. (Obras, tomo xx, pp. 37, etc.—Baena, «Hijos de Madrid», t. III, pp. 360-363.)

ayunando, y aun hubo ocasion en que se dió una disciplina tan cruel, que se encontraron las paredes de su alcoba salpicadas de sangre. Desde entonces fué siempre decayendo; la misma noche le dió una congoja, y después de haber cumplido, lleno de humildad y devocion, con los deberes que impone la Iglesia, llorando el tiempo que no habia empleado en ocupaciones puramente religiosas, falleció el 25 de agosto de 1635, muy cerca ya de los setenta y tres años de su edad.

Fué tal la sensacion producida por su muerte, que muy pocas veces ha llegado á causarla aun la falta de aquellos que gobiernan los destinos de las naciones. El duque de Sesa, su especial favorecedor y á quien él dejó sus manuscritos, dispuso el funeral con toda la magnificencia y esplendidez propias de su rango; las honras duraron nueve dias, y la multitud que á ellas acudió fué inmensa: oficiaron tres obispos y toda la aristocracia del país formaba el duelo. Llovieron por todas partes episodios y poemas laudatorios en número increible; los escritos en España solo forman un tomo grueso, y concluyen con una comedia en que se representa la apoteosis de Lope; los de Italia son poco menos, y forman otro tomo[23]. Pero lo mas notable fué la súplica hecha por su hija querida, separada del mundo hacia catorce años, para que el entierro pasase por frente á su convento, á fin de poder contemplar por última vez el venerable rostro de su anciano padre; y mas notable

[23] Véanse «Obras sueltas», t. XIX y XXI, en que se reimprimieron: hay composiciones en español, latin, francés, italiano y portugués. Las castellanas, reunidas por Montalvan, y que preceden á su «Fama póstuma de Lope de Vega», son una especie de justa poética en honor del gran poeta, á la cual concurrieron ciento y cincuenta ingenios contemporáneos.

aun los ayes y lamentos que exhalaba la apiñada muchedumbre cuando los restos de Lope descendieron á la mansion comun de la especie humana[24].

[24] En el «Quarterly Review» de Lóndres, núm. 35, año de 1818, hay un artículo muy interesante y bien escrito, de Southey, sobre las obras misceláneas de Lope, que nos ha sido de grande auxilio para escribir este capítulo.

## CAPITULO XV.

Continuacion de Lope de Vega.—Carácter de sus obras sueltas.—Sus comedias.—Su vida en Valencia.—Sus comedias morales.—Sus triunfos en Madrid.—Gran número de comedias que escribió.—Su fundamento y varias formas.—Comedias de capa y espada, y su carácter.

Las obras de Lope de Vega, que hemos examinado al describir su larga y brillante carrera, no explican satisfactoriamente aquel grado de admiracion popular que casi desde un principio acompañó á su nombre; manifiestan sí gran talento original, mayor fuerza de inventiva y una facilidad de versificacion maravillosa; pero rara vez se encuentra en ellas el verdadero y genuino espíritu poético. Pecan en general de abandono é incorreccion, y casi todas ellas carecen de aquel carácter y fisonomía nacional en que naturalmente estriba la influencia positiva del ingenio sobre un pueblo entero.

En efecto, en lo que llamamos sus obras sueltas no se ve que Lope siguiese el camino del triunfo y de la gloria, del cual le separaba, no tanto el espíritu del pueblo, sino el de la corte y clases privilegiadas. Boscan y Garcilaso que solo le precedieron de unos cincuenta años, se hicieron célebres introduciendo en la poesía castellana las formas mas ligeras y agradables del metro italiano, especialmente el soneto y la cancion; y Lope, que al empezar su carrera encontró á aquellos poetas

afortunados siendo los ídolos de la época, creyó que para conseguir los mismos lauros no habia mas que seguir sus huellas. Sus inspiraciones, sin embargo, eran muy superiores á las de aquellos modelos: Lope sentia dentro de sí mismo mayores fuerzas y recursos, y se puso por lo mismo á luchar, no solo con Bembo y con Sannázaro, como aquellos lo habian hecho, sino con el mismo Ariosto, Dante y el Petrarca. Once poemas épicos narrativos y descriptivos escribió en octavas, metro majestuoso usado por aquellos grandes maestros; y además dejó dos novelas pastoriles por el estilo de la *Arcadia*, varias tentativas poco felices en tercetos, y un sinnúmero de poesías sueltas en toda clase de ritmo italiano, y entre ellas unos setecientos sonetos.

Pero en todo esto hay poco que sea verdaderamente nacional, poco que respire el ingenio nativo castellano; y si Lope no hubiera hecho otra cosa, su nombre no se hallaria hoy á la altura en que le contemplamos. Verdad es que sus novelas y églogas en prosa son mejores que sus composiciones épicas; que su poesía didáctica, sus elegías y sus epístolas son á veces excelentes; pero solo cuando huella á pié firme el suelo patrio, solo en sus glosas, letrillas, romances, canciones y coplas es cuando ostenta toda la gracia y lozanía de su ingenio. Al encontrarle en este terreno conocemos que nunca debió abandonarlo, como el campo en que, con las dotes extraordinarias de que le adornó naturaleza, pudo fácilmente alzar monumentos eternos á su nombre y á su gloria. Lástima es ciertamente que Lope pensase de otro modo, aunque por otra parte es evidente que no dió su aprobacion completa á las innovaciones introducidas por Bos-

can y Garcilaso, pues dice en la *Filomena* que «las imitaciones del italiano habian acabado con el nativo gracejo »y la verdadera gloria del ingenio español[1]». Es, por lo tanto, de creer que las teorías y la moda literaria de su tiempo extraviaron, ya que no pudieron corromper del todo, á un hombre muy superior á ellas; resultando de aquí que en la gran copia de sus obras que hemos examinado hay muy poca poesía marcada con el sello verdaderamente nacional. Para explicar pues sus insignes triunfos y maravillosa popularidad es indispensable dirigir la vista á otro punto, al teatro, en el que Lope se abandonó completamente á los impulsos del genio nacional con la misma fuerza de voluntad y el mismo cuidado que parece haber desplegado en otras ocasiones para no seguirlos; llegando por este camino á una fama y nombradía que nunca hubiera alcanzado por otros medios.

No es fácil determinar con exactitud el año en que Lope comenzó á escribir para el teatro; pero no admite duda que fué cuando este se hallaba en una situacion humilde y con las mas rudas formas; él mismo dice que desde muy jóven miró con aficion este género, aunque quizá no con ánimo de dar sus obras al público, pues en su agradable poemita didáctico intitulado *Arte nuevo de hacer comedias*, que publicó en 1609, y que algunos años antes habia leido en una sociedad de aficionados en Madrid, dice expresamente:

El capitan Virués, insigne ingenio,
Puso en tres actos la comedia, que antes
Andaba en cuatro como piés de niño;
Que eran entonces niñas las comedias;

[1] «Filomena», segunda parte. (Obras sueltas, t. II, p. 458.)

Y yo las escribí de once y doce años,
De á cuatro actos y de á cuatro pliegos,
Porque cada acto un pliego contenia;
Y era que entonces en las tres distancias
Se hacian tres pequeños entremeses.

(*Obras sueltas*, t. IV, p. 412.)

Era esto en 1574, y pocos años después, es decir, hácia 1580, cuando Lope tenia ya diez y ocho años, llamó la atencion de su protector, el obispo de Avila, con una égloga que escribió; siguieron después sus estudios en Alcalá, luego sus servicios en casa del duque de Alba, su casamiento y destierro; sucesos todos que cuando menos debieron ocupar su vida hasta 1588, en que sabemos servia á bordo de la Invencible. En 1590, si no fué el año anterior, volvió á Madrid, y no parece fuera de razon suponer que en esta época, y á la edad de veinte y ocho años, empezó á darse á conocer en la corte como poeta dramático.

Pero durante la época de su destierro es cuando realmente comenzó Lope su carrera dramática y se preparó en cierto modo para ganar la inmensa popularidad que después gozó: gran parte del tiempo lo pasó en Valencia, donde reinaba desde muy antiguo grande aficion al teatro[2]. Ya desde 1526 el hospital de dicha ciu-

[2] Ya desde el siglo XIV hubo, segun parece, en Valencia representaciones dramáticas. En 1394 dicen se representó en palacio una tragedia intitulada «L'hom enamorat e la fembra satisfeta», de Mossen Domingo Maspons, consejero de Juan I. No cabe duda, sin embargo, de que fué obra de trovadores. Quizá fuesen del mismo género los entremeses ejecutados en dicha ciudad en los años de 1412, 1413 y 1415; de todas maneras parecen haber pertenecido, como los que ya mencionamos del condestable D. Alvaro de Luna (tomo I, p. 271), á la clase de diversiones palaciegas. Véase á Aribau, «Biblioteca de Autores Españoles», t. II, p. 178, y el excelente artículo de F. Wolf, sobre el antiguo teatro españo', en Blatter für, literarische Unterhaltung, 1848, p. 1287.

dad sacaba parte de sus recursos de esta diversion pública, por medio de un compromiso ó contrata muy parecida á la que después lograron celebrar los hospitales de Madrid[3]. El capitan Virués, amigo de Lope de Vega, quien hace á menudo mencion de él, escribió para el teatro de Valencia; lo mismo hizo Juan de Timoneda, editor de las comedias de Lope de Rueda; y las obras dramáticas de estos dos autores se imprimieron en dicha ciudad hácia 1570. Estos dramas valencianos, exceptuando solo los de Rueda, eran de escaso valor; no les llevaban mucha ventaja los ensayos hechos en Sevilla por Juan de la Cueva y sus discípulos, por los años de 1580, ni los que poco después hizo Cervantes en Madrid; los cuales, aunque de mayor importancia, no pueden tampoco ser considerados como base y cimiento del teatro nacional.

Ciertamente que si examinamos todo lo que, propiamente hablando, constituye la forma dramática, desde las églogas de Juan del Encina en 1492 hasta la aparicion de Lope de Rueda por los años de 1544, y desde este último escritor hasta Lope de Vega, verémos no solo que el número de composiciones era muy corto, sino que todas estaban escritas con tal variedad y contradiccion, que no ofrecian un tipo fijo que pudiese adoptarse, ni era tampoco posible que indicasen el rumbo y carrera que mas tarde habia de seguir la literatura dramática del país; y hasta podria asegurarse que, exceptuando tan solo á Lope de Rueda, ningun autor dramático habia llegado á gozar de popularidad permanente;

[3] Jovellanos, «Diversiones públicas», p. 47.

pero como este habia muerto veinte años antes que Lope empezase á escribir, es preciso confesar que halló libre y ancho campo para ejercitar sus fuerzas.

Por desgracia poseemos muy pocas de sus primeras tentativas, aunque hay datos para presumir que comenzó, segun el estilo antiguo, escribiendo églogas y misterios ó sea autos morales, cuyo colorido y tono religioso los recomendaba mas á la tolerancia de los eclesiásticos, sin la cual nada podia existir en España[4]. En el tercer libro de la *Arcadia*, primera produccion impresa de Lope, se halla ya una égloga, añadiendo que se representó (como lo anuncia en efecto su forma) y que fué escrita antes de ir á su destierro[5]. En otras de sus obras se encuentran tentativas de la misma especie, tan piadosas y rudas, que parecen mas bien del tiempo de Juan de Encina ó de Gil Vicente[6].

Pasando á sus comedias regulares, las dos primeras en órden que después se incluyeron en la coleccion impresa, presentan indicios de haber tenido el mismo orígen: ambas son pastoriles. La primera, intitulada *El verdadero amante*, la escribió Lope á la edad dè catorce años, aunque debió alterarla y mejorarla antes de imprimirla, cuando ya tenia cincuenta y ocho. El argumento se reduce á un pastor que no quiere casarse con una pastora, la cual le pone á pique de perder la vida,

[4] En una de sus primeras tentativas dice «Las leyes las ayudan poco». (Obras, t. v, p. 346.) Pero de esto hablarémos mas adelante

[5] Hay motivos fundados para creer que esta égloga y otras de su especie en la misma novela se representaron en casa del duque de Alba, D. Antonio; al menos sabemos que esta clase de representaciones escénicas era muy usada en tiempo de Cervantes y de Lope, y aun antes y después.

[6] Se encuentran dramas de esta clase en los «Pastores de Belen», libro 3, y en otras partes.

acusándole de haber asesinado á su marido : el supuesto asesino solo puede salvarse á ruego de la viuda y dándole su mano; medio que ella adopta para dominarle enteramente y obligarle á casarse con ella, como Jimena obligó al Cid por órden del Rey. Lope mismo reconoce que la obra es floja; pero con todo brilla en ella la dulzura de versificacion que tanto le distingue en todas las épocas de su carrera literaria [7].

La otra composicion dramática que hemos mencionado es *La pastoral de Jacinto*, que, segun dice Montalban, fué la primera que Lope escribió en tres actos, y la compuso mientras estaba sirviendo al obispo de Avila. Debió ser esto hácia los años de 1580; pero *La pastoral* no se imprimió hasta treinta y siete años después, y por lo tanto es de creer sufriese muchas alteraciones antes de ser presentada al público, cuyas exigencias en la materia habian adelantado á medida que se fué mejorando el teatro. Dice Lope en la dedicatoria que la escribió en su mocedad, y su argumento es el de un pastor celoso de sí mismo por los artificios de otro compañero suyo, que intenta conseguir de este modo la mano de una zagala á quien ambos aman, haciéndose pasar durante algun tiempo por otro Jacinto y el verdadero á quien la pastora ama : tiene la misma versificacion fácil que *El verdadero amante*, aunque como drama no es mejor que este, que debió precederla solo de dos ó tres años [8].

[7] «El verdadero amante» se halla en la parte 14 de las «Comedias», impresa en Madrid en 1620, 4.º: está dedicada á su hijo Lope, que falleció el siguiente año, á la temprana edad de quince años, y su padre dice: «Escribí esta comedia cuando tenia poco mas ó menos tu misma edad.»

[8] Dice Montalban: «Agradó mucho »Lope al obispo de Avila, Manrique, »componiendo ciertas églogas que escribió para él y el drama de la «Pastoral de Jacinto», que fué la primera »que hizo en tres actos.» (Obras, t. xx, p. 3.) Se imprimió por primera vez en Madrid por Sanchez, 1617, 4.º, en un

Tambien se hallan en las obras de Lope, y muchas veces cuando menos se piensa, moralidades ó autos alegóricos muy animados, y que tienen todos los visos de haberse puesto en escena: en solo *El peregrino en su patria*, novela, como antes dijimos, llena de repetidas alusiones á su destierro y á su vida y aventuras en Valencia, se hallan cuatro. Una de estas piezas alegóricas, intitulada *La salvacion del hombre*, se asegura allí mismo fué representada en un teatro levantado delante de la catedral de la Seo, en Zaragoza, y es una muestra muy curiosa del género, porque tiene explicaciones acerca del modo con que se disponian los templos para las representaciones escénicas, y concluye con una descripcion de la manifestacion de la Hostia consagrada, como remate propio de un drama tan religioso [9].

Otra, intitulada *El viaje del alma*, se supone representada en una plaza de Barcelona [10]: comienza con una cancion que cantan tres interlocutores, y sigue después un prólogo plagado de erudicion, al cual sigue otra cancioncita, que se cantó y bailó (dice la relacion) con mucha gracia y destreza. Después de esta introduccion preparatoria empieza el «auto moral»: sale el Alma vestida de blanco, forma con que se queria figurar al público el espíritu inmaterial y puro; un gracioso que representa el Albedrío, y un gallardo jóven, que es la Memoria, sa-

tomo intitulado «Cuatro comedias famosas de D. Luis de Góngora y Lope de Vega Carpio, etc.», y después en el tomo XVIII de las «Comedias» de Lope, Madrid, 1623. Tambien se hizo edicion separada con los dos títulos de «La selva de Albania» y «El celoso de sí mismo».

9 Ocupa casi cincuenta páginas en el libro 3 del «Peregrino».

10 En el primer libro se intitula: «Representacion moral del viaje del alma», ó en otros términos, «Moralidad». (El Peregrino en su patria, Sevilla 1604, 4.°, 1368.)

len al mismo tiempo : la última aconseja con ahinco al Alma emprenda su viaje de salvacion, mientras la otra se burla de tan piadoso propósito, y trata de disuadirla de él. En este momento crítico sale Satanás en figura de piloto, vestido con traje negro, adornado de llamas y acompañado del Amor propio, del Apetito, y de otros vicios, que son los marineros; propone al Alma conducirla en su barco al viaje, y todos cantan con suma alegría :

Hoy la nave del deleite
Se quiere hacer á la mar :
¿Hay quién se quiera embarcar?
Hoy la nave del contento,
Con viento en popa de gusto,
Donde jamás hay disgusto,
Penitencia, ni tormento,
Viendo que hay próspero viento
Se quiere hacer á la mar :
¿Hay quién se quiera embarcar?

Un nuevo mundo les es anunciado como lugar de su destino, y el Albedrío pregunta si es por ventura el descubierto últimamente por Colon ; á esta y otras preguntas semejantes Satanás contesta de una manera vaga y evasiva, asegurándoles que él es mejor piloto y mas experimentado que Magallanes ó Draque, y puede prometer á los que con él se embarquen una navegacion próspera y feliz. La Memoria se opone al proyecto, pero, despues de alguna resistencia, es adormecida y cede; el Entendimiento, que la sigue en figura de un anciano barbicano y de maduro consejo, llega demasiado tarde y cuando ya se han hecho á la vela los arriscados viajeros. Dales con todo voces desde la orilla y les envia

sus amonestaciones y consejos, hasta que en este punto se divisa á lo lejos la galera Penitencia, llevando al Salvador por piloto, una cruz en lugar de mástil, y por tripulacion á varios santos. Estos interpelan de nuevo al Alma, la cual, sorprendida y embarazada al verse en semejante situacion, deserta á sus compañeros, se pasa al fin á la nave sagrada, y la moralidad concluye en medio de vistosos fuegos y los descompasados gritos de un auditorio entusiasmado, que es de creer quedase muy edificado con semejante representacion [11].

Otro de estos singulares dramas se funda en la parábola del *hijo pródigo*, y se dice representado en Perpiñan, porque en el prólogo, que es pesado y erudito hasta rayar en ridículo, se cita á uno de los actores por su propio nombre [12]. Figuran en él la Envidia, la Juventud, el Arrepentimiento y el Buen Consejo, y entre otros trozos singularísimos, tiene una paráfrasis muy armoniosa y bien hecha del *Beatus ille* de Horacio, que recita el respetable dueño de la piara de cerdos cuya guarda fué confiada al hijo pródigo.

La cuarta moralidad inserta en *El Peregrino* se intitula : *Las bodas del Alma con el Amor divino*, y se supone representada en una plaza pública de Valencia, con motivo del casamiento de Felipe III y Margarita de Austria, que se verificó en aquella ciudad ; en la cual sabemos que Lope representó el papel de gracioso [13],

[11] Lib. 4. Los cumplimientos hechos al actor prueban que llegó á representarse; además de que el prólogo entero lo da á entender. (Obras, t. v, p. 347.)

[12] Lib. 4. El cumplimiento hecho al actor demuestra indudablemente que la pieza se representó, lo cual se infiere además de todo el prólogo. (Obras, t. v, p. 347.)

[13] Miñana, en la « Continuacion al Mariana» (lib. x, c. 15, edic. de Madrid, 1804, fol., p. 589), dice, hablando del casamiento de Felipe III en Valen-

como tambien que acomodó á dicha solemnidad su drama, que tenia escrito mucho antes. El Mundo, el Pecado, la ciudad de Jerusalen y la Fe, vestida de general español, son los interlocutores. La Envidia sale en la primera escena, suponiendo el poeta que viene de las regiones infernales, arrojando llamas por la boca, y la escena final presenta al Amor tendido sobre la cruz, celebrando sus esponsales con una hermosa dama, que es el Alma del hombre. Hay trozos que chocan y hasta repugnan, especialmente cuando se representa á Margarita de Austria, revestida de los atributos de la divinidad, llegando al palacio de la Fe, y cuando se pinta la entrada de Felipe III en Valencia, como realmente sucedió, aunque sustituyendo al Rey el Salvador del mundo, y á los magnates y clero de la comitiva los profetas, los mártires y otras jerarquías celestiales [14].

Tales fueron probablemente los pasos tímidos é inseguros con que Lope empezó su carrera en el teatro público de Valencia, durante su destierro en aquella ciudad y poco después. La estructura de estos autos es bastante grosera y las ideas no muy delicadas; aunque en esto no se diferencian mucho de los misterios alegóricos y farsas que hasta aquel tiempo se habian representado en Francia é Inglaterra, si bien muy superiores á ellas en tono y en estilo. Por cuánto tiempo continuó escribiendo dichos autos, y qué número de ellos trabajó, es cosa punto menos que inaveriguable; pocos

cia, que «entre muchos regocijos hu»bo grandes fiestas y máscaras, en las »que Lope de Vega hizo el papel de »gracioso».

[14] Lope se precia de haber inventado esta trasformacion, acomodándola á su obra, como de un gran mérito, y dice: «Así es literalmente como »entró S. M. el rey D. Felipe III en »Valencia.» (Obras, t. v, p. 187.)

son los que se encuentran en su coleccion de comedias, que no empezó á publicarse hasta 1604; pero en algunas de ellas se percibe cierto sabor alegórico, sin que por eso dejen de ser dramas enteramente profanos. Lo que no admite duda es que Lope empezó á escribir desde muy jóven dramas á lo divino, y que escribió muchos.

Si en Madrid Lope no halló obstáculos en su carrera, tampoco halló grandes auxilios: los espectáculos estaban reducidos á dos malos teatros, ó como eran llamados con mucha propiedad, corrales, autorizados para representar comedias, y el gusto dramático empezaba entonces á formarse sobre el carácter mismo del pueblo. Pero esto era bastante para un talento como el suyo; su triunfo fué completo y rápido, y su popularidad llegó al apogeo. Cervantes, como hemos visto ya, le declaró «monstruo de naturaleza»; y aunque él mismo buscaba en las tablas la honra y provecho de escritor público, reconoció generosamente á su gran rival como señor y monarca absoluto del teatro [15].

Muchos años pasaron, sin embargo, antes de que saliese á luz un volúmen de aquellas comedias, que eran ya el encanto del público madrileño y la base de la forma definitiva del drama nacional; debiendo quizá atri-

[15] Véase lo dicho anteriormente y las «Comedias». (Madrid, 1615, 4.°, prólogo.) Se ha querido suponer que la expresion «monstruo de naturaleza» era una sátira de Cervantes contra Lope; pero es un error: la frase ha sido siempre muy usada, y aunque algunas veces se ha entendido en mala parte, como cuando D. Quijote, en la parte I, c. 46, dice á Sancho: «Vete de mi »presencia, monstruo de naturaleza,» lo mas general es tomarla como un elogio: véase, sino, en la «Hermosa Ester» de Lope (Comedias, t. XV, Madrid, 1621), al fin del primer acto, cuando admirando Asuero á Ester, exclama:

Tanta belleza
Monstruo será de la naturaleza.

Nosotros entendemos que al valerse Cervantes de la frase aludia á la prodigiosa fecundidad del ingenio de Lope.

buirse á la costumbre que parece reinó en España desde la primera aparicion del teatro, de mirar esta especie de literatura como impropia para la publicacion ; así como á la circunstancia de que generalmente cuando se representaban las comedias el autor perdia todo derecho á su obra, si no enteramente, hasta el punto de no poderla imprimir sin consentimiento de los actores. Pero, sea cual fuere la causa, el hecho es que muchas comedias de Lope se representaron antes de imprimirse, y que aun en el dia de hoy la imprenta no nos ha conservado ni la cuarta parte de todas las que escribió [16].

Tal vez su excesivo número fué un verdadero obstáculo á su publicacion, porque las noticias mas fidedignas y fundadas acerca de este punto tienen cierto aire de fabulosas : tal es su extravagancia. En 1603 el mismo Lope nos dió los títulos de trescientas diez y nueve comedias que tenia escritas [17]; en 1609 hizo subir este número á cuatrocientas ochenta y tres [18]; en 1618

[16] Lope debió escribir para el teatro cuando menos desde 1586 á 1587, y llegó á ser popular en Madrid hácia 1590; mas no sabemos que se imprimiese ninguna comedia suya, al menos con su consentimiento, antes de publicarse el primer tomo de ellas en Valladolid, en 1604. Sin embargo, en el prólogo al «Peregrino en su patria», cuya licencia de impresion es de 1603, da ya una lista de trescientas diez y nueve comedias que reconoce como suyas. En 1618, refiriendo que tenia escritas ochocientas (Comedias, t. XI, Barcelona, 1618, prólogo), asegura no estaban impresas mas que ciento treinta y una comedias y algunos entremeses. Finalmente, de las mil ochocientas que después de su muerte le atribuyen Montalban y otros (Obras sueltas, t. XX, p. 49), solo existen en la coleccion general de sus comedias unas trescientas veinte á trescientas treinta, y Lord Holland, al contar en este número los autos y demás composiciones de este género, que harian subir el cómputo de Montalban lo menos hasta unas dos mil doscientas piezas dramáticas, solo ha llegado á contar quinientos y diez y seis dramas impresos de Lope. (Vida y escritos de Lope de Vega, Lóndres, 1817, 8.°, t. II, pp. 158-180.)

[17] Esta curiosísima lista, con el prólogo en que se inserta, merece una lectura detenida y esmerada, por cuanto encierra en sí la historia de los progresos del ingenio de Lope : es para el estudio de este lo que el «Catálogo de Meres» para el de Shakespeare; hállase en las «Obras sueltas», t. V.

[18] En su «Arte nuevo de hacer comedias» dice: «Tengo ya escritas, con »una que he concluido esta semana,

dice que eran ochocientas [19]; y en 1619 las fija aproximativamente en novecientas [20]; por último, en 1624, en mil y setenta. Después de su muerte, ocurrida en 1635, su íntimo amigo y albacea, el Doctor Juan Perez de Montalban, que tres años antes las calculaba en mil y quinientas, sin contar las composiciones cortas, asegura que su total ascendia á mil y ochocientas comedias y cuatrocientos entremeses y autos [21]; número que repiten con la mayor seguridad D. Nicolás Antonio, en su *Biblioteca* [22], y el italiano Franchi, que trató mucho á Lope en Madrid y escribió uno de sus principales elogios [23]. La facilidad prodigiosa que esto indica se halla confirmada por el testimonio del mismo interesado, quien en el prólogo á una de sus comedias dice haberla estudiado y escrito en cinco dias [24], así como por las anécdotas de Montalban, quien refiere que en Toledo solo escribió cinco enteras en quince dias, y un acto de otra en pocas horas de la madrugada, sin esfuerzo alguno [25].

»quatrocientas y ochenta y tres comedias.» Imprimia Lope este «Arte» en 1609, y aunque es probable lo escribiese tres ó cuatro años antes, pudo muy bien añadir estos últimos versos en el momento mismo de enviar su obra á la imprenta. (Obras sueltas, t. IV, p. 417.)

19 «Comedias», t. XIV, Madrid. 1620. Dedicatoria del «Amante verdadero» á su hijo.

20 «Comedias», t. XX, Madrid, 1629, prólogo, donde dice: «Las almas cán»didas tendrán esperanza de que, co»mo he vivido bastante para escribir »mil y setenta comedias, tendré tam»bien vida para imprimirlas.» La licencia de impresion y el privilegio de este volúmen son de 1624 y 1625.

21 En el «Indice de los ingenios de Madrid», que Montalban insertó en su «Para todos», impreso en 1632, dice que Lope habia impreso veinte tomos de comedias suyas, y que las representadas, sin contar los autos, eran mil quinientas. Lo mismo dice Lope en su «Egloga á Claudio», que, aunque impresa en 1632, estaba escrita mucho antes, pues habla en ella de la «Dorotea», publicada en el mismo año, como anunciando que iba á salir pronto á luz. (Véase tambien «Fama póstuma», «Obras sueltas», t. XX, p. 19.)

22 Art. «Lupus Felix de Vega».

23 «Obras sueltas», t. XXI. pp. 3-19.

24 «Todas estudiadas y escritas en cinco dias.» (Comedias, t. XXI, Madrid, 1635, fol. 72 v.)

25 «Obras sueltas», t. XX, pp. 51-52. Puede comprenderse el afan y ahinco

De este enorme conjunto de obras dramáticas solo se han publicado en diversas épocas como unas quinientas; la mayor parte en los veinte y cinco, ó hablando con mas propiedad, en los veinte y ocho tomos impresos en varios lugares entre los años de 1604 y 1647; coleccion completa, que es muy difícil, si no imposible reunir en el dia. En ella, y en lo respectivo á las reglas del arte dramático, se advierte que Lope tomó el teatro en el estado en que le halló, y en vez de acomodarlo á una teoría anterior ó de tomar por modelo lo que en su tiempo existia, miró como el objeto principal de sus trabajos el interesar y satisfacer el gusto del público de su época; objeto que declara con la mayor claridad en su *Arte nuevo de hacer comedias* [26] y en el prólogo al tomo xx de su Teatro, en términos que no dejan la menor duda en cuanto á su intencion dramática. Es preciso, sin embargo, confesar que para el fin que Lope se propuso, la ocasion no podia ser mas favorable, y que dotado al mismo tiempo de un ingenio privilegiado, llegó á ser el fundador del teatro nacional, que puede decirse ha continuado desde entonces su marcha apoyado en los cimientos en que él le colocó.

con que los cómicos buscaban, y el público de Madrid oia, sus comedias, por el hecho que él mismo menciona en la «Egloga á Claudio», que mas de ciento se representaron á las veinte y cuatro horas de concluidas de escribir:

Y mas de ciento en horas veinte y cuatro
Pasaron de las musas al teatro.

(Obras sueltas, t. IX, p. 368.)

26 Ya en 1603 difundia Lope esta doctrina en el prólogo del «Peregrino en su patria»; no menos frecuentemente oc irre en otras partes de sus obras, como por ejemplo en el prólogo á la comedia «El castigo sin venganza», y en la «Egloga á Claudio», impresa después de su muerte, y en la que le deja los mismos principios como un legado á la posteridad. Pero el «Nuevo arte de hacer comedias», impreso en 1609, es sumamente explícito y terminante en esta parte, y expresa en frases muy claras el objeto y propósito del autor, que bien se conoce tuvo á la vista y observó constantemente durante toda su carrera dramática.

Pero este mismo sistema (si es que podemos aplicar este nombre á lo que mas bien debe llamarse instinto) supone necesariamente que Lope sabia deleitar á su auditorio con una variedad admirable de formas dramáticas; razon por la que encontramos en sus comedias tal diversidad de tono, espíritu, intencion y estructura, que se ve claramente con cuánta facilidad las adaptaba á las alteraciones inseguras del gusto popular, complaciéndole y agradándole de continuo. No consta que Lope se tomase nunca el trabajo de reflexionar acerca de los diferentes géneros en que podian clasificarse sus obras, ni tampoco su coleccion dramática anuncia nada de esto: solo se advierte que al fin de los tomos I y III hay, como por via de apéndice, algunos entremeses ó farsas generalmente en prosa. Las restantes están en verso y se intitulan *comedias*, palabra que comprende toda composicion del género dramático, pues es difícil clasificarlas técnicamente, por su infinita variedad, estando todas ellas divididas en tres actos ó jornadas.

En todo lo demás varian hasta lo infinito: sus argumentos abrazan toda la escala, desde la sublimidad de la tragedia hasta lo ridículo de la farsa, desde los misterios mas graves y solemnes de la religion hasta los sucesos mas triviales y burlescos de la vida comun; y en cuanto al estilo, bien puede decirse que encierra en sí cuantas entonaciones y metros comprende el lenguaje poético. Pero lo mas notable es que las partes algun tanto heterogéneas que componen el teatro de Lope, se mezclan y aglomeran insensiblemente, marchando lo sagrado al lado de lo profano, lo trágico junto con lo cómico, la accion heróica á la par de la vulgar y ordi-

naria, hasta tal punto, que en último resultado no se perciben ni la distincion de formas ni los diversos atributos de cada una de las composiciones.

Verdad es tambien que esto es mas aparente que real y positivo: Lope no siempre sabia ó no se cuidada de dar á cada drama la forma propia; pero su ingenio inventó ciertos tipos, ó al menos él mismo los supo buscar, ya guiado por el buen éxito de sus predecesores, ya consultando el gusto de su tiempo, al cual amoldó casi siempre sus trabajos. Algunas de sus comedias, aunque pocas, tocan de tal manera en los límites que separan los diferentes géneros, que es, por decirlo así, imposible clasificarlas determinadamente en ninguno de ellos; pero en todas, hasta en las mas extravagantes é irregulares, se observan los elementos peculiares de alguno de los géneros, al paso que se observa el espíritu nacional y español que las dictó, probando así que nacen de una misma fuente y corren en igual direccion.

La primera clase de comedias que parece inventó Lope, en las que mas se complacia su ingenio, y se han conservado en el teatro con mas favor del público, son las llamadas *de capa* y *espada*. Recibieron este nombre porque sus principales personajes pertenecian á lo que hoy llamamos buena sociedad, que en tiempo de Lope usaba el traje pintoresco nacional de capa y espada ceñida: género de comedias que excluye por una parte los dramas, en que figuran otros personajes y monarcas, y por otra los individuos vulgares y la vida comun. Su principal carácter es la galantería tal cual existia en tiempo del autor: el argumento, casi siempre confuso é intrincado, y acompañado las mas veces de una contraintriga, así

como de una parodia de los caractéres y sucesos de los principales actores, á quienes remedan los criados y otras personas de inferior rango.

Procurábase que los títulos fuesen atractivos y excitasen la curiosidad, tomándolos muchas veces de refranes y proverbios rimados, siempre muy populares, y que anunciaban con frecuencia el pensamiento y hasta el asunto de la composicion : todas tenian la extension de los dramas comunmente acomodados á la representacion, es decir, tres jornadas ó actos, cada uno de los cuales debia, segun Lope, comprender los sucesos de un dia, aunque él no era por cierto muy escrupuloso en la observancia de dicha regla. No eran propiamente comedias, porque estaban llenas de muertes, desafíos, asesinatos; tampoco eran tragedias, porque además de tener casi todas ellas un término feliz, estaban escritas en forma de diálogo fácil, agradable y gracioso, interviniendo en ellas amantes apasionados y bufones llenos de gracia y agudeza. Hay, sin embargo, que advertir que todo esto era completamente nuevo en la escena española, pues si bien es posible que algunos rasgos estén imitados de los antiguos ensayos de Torres Naharro, al menos la combinacion, los caractéres, las costumbres y el tono eran enteramente nuevos. Escribió Lope gran número de comedias de este género, y tantas, que se cuentan algunos centenares de ellas : su génio fértil, libre y eminentemente creador, se adaptaba admirablemente á esta clase de composiciones, en las que siempre manifiesta gran tacto y talento dramático. Distínguense entre las mejores *La hermosa fea*[27], *Dineros son cali-*

[27] «Comedias», t. XXIV, Zaragoza, 1641, 4.°, fol. 22, etc.

*dad*[28], *Las bizarrías de Belisa*[29], que tiene la singularidad de estar ajustada á las reglas aristotélicas; *La esclava de su galan*[30], en que pinta toda la ternura del corazon de una mujer, y *El perro del hortelano*[31], en que hace completa anatomía del egoismo. Pero otras hay quizá que demuestran aun mejor que las arriba citadas el carácter distintivo de este género y el mérito de Lope; preciso es pues citarlas y decir algo de ellas.

Es una de ellas *El acero de Madrid*, y de las primeras que Lope escribió para el teatro[32]; el título está tomado de la preparacion medicinal del acero, que en tiempo de Lope estaba muy en voga para varias enfermedades; y el argumento consiste en una muchacha atolondrada que engaña á su padre, y especialmente á una tia beata é hipócrita, suponiéndose enferma y tomando el acero de manos de un fingido médico, amigo de su amante, el cual le receta salir á paseo y hacer una vida esparcida; con lo que el galan logra continuas ocasiones de verla y obsequiarla.

No hay duda que en esta comedia se ven los elementos del *Médico á palos*, y aunque el talento original de

[28] Solo hemos visto esta comedia entre las sueltas de Lope; pero es sin duda suya, porque se encuentra en el t. XXIV, impreso en Zaragoza en 1632, y el cual contiene comedias diversas de las de otro t. XXIV publicado en la misma ciudad en 1641; hay además otro tercer t. XXIV impreso en Madrid en 1638; pero basta leerla para conocer que es suya.

[29] «Comedias», t. IX, Barcelona, 1618, fol. 277, y reimpresa después muchas veces con el título de «La Melindrosa».

[30] «Comedias», t. XXV, Zaragoza, 1647, fol. 1, etc.

[31] «Comedias», t. XI, Barcelona, 1618, fol. 1, etc. El prólogo de este tomo es curiosísimo, porque en él se queja Lope amargamente de los libreros. Llámale «Prólogo del teatro», y dice que la publicacion subrepticia de sus comedias hacia mucho daño á esta clase de literatura; añade que era muy comun y ordinario representarse una comedia suya hasta setenta veces.

[32] «El acero de Madrid», que se escribió hácia 1603, se ha impreso muchas veces suelta y está tambien en la coleccion, t. XI, Barcelona, 1618, fol. 27, etc.

Iolière es incontestable, los trozos mas felices é inge-iosos de su comedia no llegan mas que á competir on algunos de la de Lope. Sin ir mas lejos, el carácter e la heroína es muy superior en la obra española al e la francesa, y la tia beata que la acompaña en cali-ad de dueña, y cuya hipocresía resalta mas cuando espués llega á enamorarse, es un papel que el mismo olière pudiera envidiarle, aunque quizá demasiado es-añol para ser tolerado en las condiciones cortesanas que tenia que sujetarse aquel gran poeta.

Toda la comedia está llena de sal y gracejo, y ostenta a realidad y verdad que raras veces se ve en el tea-o: la primera escena es una prueba de ello y una uestra característica del medio de que Lope se valia ra poner al público con una sola pincelada en contac-con el drama y los personajes que iba á presentarle. sardo, que es el protagonista, y su amigo Riselo, apa-cen á la puerta de una iglesia á tiempo de acabarse misa y salir la gente, para ver á una dama de quien primero está enamorado; cansados de esperar, Riselo ce que quiere marcharse porque no aprueba la manía su amigo; en este momento aparece la dama, que es lisa, acompañada de su tia Teodora, vestida de beata, n la mayor afectacion, y reprendiéndola en estos rminos:

*Teod.* Lleva cordura y modestia:
Cordura en andar despacio,
Modestia en que solo veas
La misma tierra que pisas.
*Bel.* Ya hago lo que me enseñas.
*Teod.* ¿Cómo miraste aquel hombre?
*Bel.* No me dijiste que viera

Sola la tierra? Pues dime,
¿Aquel hombre no es de tierra?

*Teod.* Yo la que pisas te digo.

*Bel.* La que piso va cubierta
De la saya y los chapines.

*Teod.* ¡Qué palabras de doncella!
¡Por el siglo de tu madre,
Que yo te quite esas treias!
¿Otra vez le miras?

*Bel.* ¿Yo?

*Teod.* ¿Luego no le hicistes señas?

*Bel.* Fuí á caer, como me turbas
Con demandas y respuestas,
Y miré quien me tuviese.

*Ris.* ¡Cayó! Llegad á tenerla!

*Lis.* Perdone vuesamerced
El guante.

*Teod.* ¿Hay cosa como esta?

*Bel.* Bésoos las manos, señor;
Que si no es por vos, cayera.

*Lis.* Cayera un ángel, señora,
Y cayeran las estrellas
A quien da mas lumbre el sol.

*Teod.* Y yo cayera en la cuenta.
¡Id, caballero, con Dios!

*Lis.* ¡El os guarde, y me defienda
De condicion tan extraña!

*Teod.* Ya caíste; irás contenta
De que te dieron la mano.

*Bel.* Y tú lo irás de que tengas
Con que pudrirme seis dias.

*Teod.* ¿A qué vuelves la cabeza?

*Bel.* ¿Pues no te parece que es
Advertencia muy discreta
Mirar adonde caí,
Para que otra vez no vuelva
A tropezar en lo mismo?

*Teod.* ¡Ay! mala pascua te venga,
Y como entiendo tus mañas.
Otra vez; ¿y dirás que esta

| | |
|---|---|
| | No miraste al mancebito? |
| *Bel.* | Es verdad. |
| *Teod.* | ¿Y lo confiesas? |
| *Bel.* | Si me dió la mano allí, |
| | ¿No quieres que lo agradezca? |
| *Teod.* | Anda, que entrarás en casa. |
| *Bel.* | ¡Oh! lo que harás de quimeras. |

(*Comedias de Lope de Vega*, t. XI.—Barcelona, 1618, fol. 27.)

Otras escenas hay de igual animacion y no menos características; la del principio del segundo acto entre Octavio, que es otro de los amantes de Belisa, y su criado, que se burla de la pasion de su señor, así como la escena que sigue con el fingido médico, son verdaderamente admirables en su género y debieron producir mucho efecto en el auditorio, que veia retratadas con la mayor exactitud las costumbres de la época.

Mas no todas las comedias de Lope se escribieron para los teatros públicos de la capital; poeta popular, lo fué tambien de la corte. Hemos hablado ya de una produccion suya llena de chiste y animacion y de índole enteramente popular; vamos pues á examinar otra de igual lozanía y atractivo escrita en su vejez para unas fiestas reales : es la intitulada *La mañana de San Juan*, en la cual verémos que su estilo y manera eran siempre los mismos, ora escribiese para la turbulenta plebe que se agolpaba á los corrales, ora para un auditorio corto y escogido, reunion de lo mas brillante y granado de la corte.

La ocasion que dió motivo á su representacion y los preparativos para ponerla en escena prueban la magnificencia del teatro real en el reinado de Felipe IV, y la

importancia y consideracion que se daba al poeta [33]. El conde de Olivares dispuso expresamente la representacion de esta comedia para una fiesta suntuosa con que quiso obsequiar á su monarca en uno de sus jardines, la víspera de San Juan del año 1631. Ningun gasto escaseó aquel favorito corrompido para complacer á su indulgente señor. El marqués Juan Bautista Crescencio, artista distinguido, á quien debemos el sombrío panteon del Escorial, dirigió las obras arquitectónicas, que consistian en frondosos cenadores para el Rey y los cortesanos, y en un soberbio teatro al frente, donde en medio de infinitas luces se representaron por las mejores compañías de aquel tiempo dos comedias; la una fruto de los talentos reunidos de D. Francisco de Quevedo y D. Antonio de Mendoza, y la otra, que fué el fin y remate de la fiesta, escrita por Lope de Vega.

El asunto de esta última está tomado con mucha inteligencia de las bromas y regocijos propios de la noche en que se representaba; noche famosa á que se alude frecuentemente en las antiguas historias y romances moriscos, como consagrada por los cristianos y los árabes á fiestas y alegrías supersticiosas, y distinguida por esto entre todas las demás festividades de la Iglesia [34]:

[33] Las observaciones relativas á esta comedia están tomadas de ella misma (Comedias, t. XXI, Madrid, 1635, fol. 68 v.) y de Pellicer, «Origen de la comedia», Madrid, 1804, 12.°, t. I, pp. 174-181. Igual obsequio hizo á Felipe IV su esposa el dia de su cumpleaños, en Aranjuez, escribiendo la comedia el desgraciado conde de Villamediana, y disponiendo un teatro magnífico el caballero Fontana, célebre arquitecto italiano: el drama, que era muy parecido á las máscaras del teatro inglés, se representó por la Reina y sus damas, y se encuentra en las obras del Conde (Zaragoza, 1629, 4.°, pp. 1-55), y además existe la relacion de la fiesta escrita por D. Antonio de Mendoza (Obras, Lisboa, 1690, 4.°, pp. 426-464), donde se ve el desatinado lujo y la extravagante profusion que en aquella ocasion se desplegaron.

[34] En 1634 publicó Lope un poema

por consiguiente, la representacion, acomodada al tiempo y á la ocasion, debió excitar un vivísimo interés.

La heroína, llamada Leonor, se presenta en la primera escena, confesándose enamorada de D. Juan de Hurtado, caballero rico, recien llegado de las Indias; y refiere con suma gracia como él la obsequiaba, guardando las fórmulas de la cortesía española en aquellos tiempos, siguiéndola de dia á la iglesia y paseando de noche delante de las rejas de su habitacion. D. Luis, hermano de D.ª Leonor, ignorando lo que pasa, hace conocimiento con D. Juan y le pide le proteja en su casamiento con D.ª Blanca, hermana de Bernardo, íntimo amigo de D. Juan. Deseoso de complacer al hermano de la dama á quien adora, D. Juan busca á Bernardo, y en una larga conversacion le refiere la visita que acaba de hacer para ver los preparativos de la fiesta que ha de celebrarse en la corte, mencionando con este motivo la misma comedia de Lope; recurso ingeniosísimo para ilusionar el auditorio, y hacerle creer que lo que se representaba en aquel teatro y jardin estaba realmente sucediendo en las calles de Madrid; y trozo que, lleno de lisonjeros elogios al Rey, al privado, á Quevedo y á Mendoza, debió causar un efecto brillantísimo y superior á la idea que ahora podemos formar de él. Pero cuando D. Juan insinúa su mision relativa á D.ª Blanca, al paso que le complace el pronto asentimiento de Ber-

al mismo asunto, que ocupa treinta páginas en el t. III de las «Obras sueltas»; pero donde se encuentra una descripcion de los regocijos de la noche de S. Juan, mas propia para entender la comedia de Lope y todo cuanto hay en la literatura española sobre este particular, es en las «Cartas de Doblado» (1822, p. 309), obra llena de pinturas muy exactas del carácter y costumbres españolas.

nardo, queda estupefacto al proponerle este un doble enlace, casándose él con Leonor.

En este punto comienzan las intrigas y embrollos. Don Juan, persuadido de lo que debe á su amigo, no se resuelve á declarar su amor á Leonor, y determina echar mano de la fuga como último recurso; al mismo tiempo se descubre que D.ª Blanca está ya enamorada de otro caballero, llamado D. Pedro, y no quiere de manera alguna dar su mano á D. Luis; en ambos casos quedan mal los verdaderos amantes, pero las dos damas determinan serles fieles, aunque Leonor, imaginando ver alguna frialdad en D. Juan, producida por su excesivo pundonor, se desespera con solo la idea de que pueda hacerle traicion.

Así concluye la primera jornada; la segunda comienza explicando D.ª Blanca quien es su amante, su estado, y como la conoció paseándose en un jardin; rasgos conformes en todo á las costumbres nacionales. Pero cuando está dispuesta á fugarse y casarse con él, entra su hermano D. Bernardo y la propone ir juntos á ver á Leonor á fin de disponerla en favor suyo. Entre tanto la infeliz Leonor, casi desesperada, sale con su doncella á la calle y se encuentra con el criado de su amante (que es el gracioso), el cual la dice que su señor, no pudiendo sufrir tantos disgustos y sinsabores, va á dejar en aquel instante á Madrid; entonces entra D. Juan con mucha prisa y dispuesto para su viaje, con botas y espuelas; Leonor se desmaya, y al volver en sí se entabla una explicacion, que concluye determinándose ambos amantes á casarse inmediatamente; de modo que tenemos dos casamientos resueltos, aunque ocultos y cercados de

dificultades y obstáculos. A todo esto las calles están llenas de gentes que gozan la libertad y alegría propias de la fiesta; el criado de D. Juan, hablador y pundonoroso, arma quimera con algunos mancebos que pretenden molestar á D. Juan y á la asustada Leonor. Tiran de las espadas, acude la justicia, prenden á D. Juan, se lo llevan, y Leonor en tanto, llena de espanto, se refugia en una casa, que resulta ser la de D. Pedro. Este se halla ausente buscando á D.ª Blanca, y al volver á su casa, abriéndose camino, aunque con trabajo, por medio del populacho alborotado, jura por su honor proteger á la desvalida y desconocida dama, á quien halla temblando, oculta en un balcon, y mirando con ansiedad á la gente agolpada por ver si puede divisar á su amante en medio de aquella multitud.

En el tercero y último acto sabemos que D. Juan se ha librado de las garras de los alguaciles por medio de un regalo, y le vemos recorrer las bulliciosas y alegres calles buscando á su Leonor; tropieza con D. Pedro, á quien no conocia; pero infiriendo este por sus preguntas que es el hermano de quien Leonor tanto se recata, le oculta tenerla en su casa. Por desgracia llega en esto D.ª Blanca, á quien la confusion y tropel de gentes ha tenido largo tiempo detenida, y él la lleva á su propia casa para esconderla allí hasta tanto que se celebre la boda; mas como al entrar en el aposento halla oculta otra dama, sale corriendo, creida de que su amante la engaña y la abandona por otra. Leonor la sigue; empiezan á hablar y á entenderse; pero entonces se aparecen de repente los dos hermanos, que andaban en busca de sus respectivas hermanas; síguese una escena de confusion

y mutuas acriminaciones, hasta que, reconocidos por ambas partes los errores y equivocaciones, aclarado todo, y asegurada la felicidad de las dos parejas, cae el telon. Al fin declara el poeta, hablando en su propio nombre, que aunque el arte le permite extender la accion dramática hasta veinte y cuatro horas, en el caso presente ha querido hacer más y la ha reducido á menos de diez.

Como muestra de las comedias fundadas en costumbres nacionales, pocas hay comparables con *La noche de San Juan:* las escenas amorosas están llenas de pasion y de delicadeza; las de los caballeros y del pueblo respiran alegría y rusticidad, y aquellas en que aparece el gracioso chispean de ingenio y sal, y llevan el sello del carácter nacional; fué pues recibida la comedia con los mayores aplausos y formó el fin y remate de la magnífica fiesta del Conde-Duque, que con su correspondiente música y danzas, intermedios y refrescos, duró una noche entera, comenzando á las nueve y concluyendo al amanecer.

Otra de las comedias de capa y espada mas notables de Lope, aunque se aproxima algun tanto al género heróico, es la de *La boba para los otros y sabia para sí misma:* en general es mas agradable y ligera que las de su clase [35]. Diana, educada en el campo como pastora, é ignorando que es hija y heredera del duque de Urbino, recibe aviso de marchar inmediatamente á ocupar el puesto de su padre, que ha fallecido; rodeada de enemigos intrigantes y solapados, triunfa de ellos, aparentando una sencillez rústica en cuanto dice y hace, aun-

35 «Comedias», t. xx, Madrid, 1635, fol. 45, etc.

que lo gobierna y dirige todo, al paso que sigue una intriga amorosa con el duque Alejandro Farnesio, con quien por último se casa.

La gracia de esta comedia está en el ingenio que oculta la heroína bajo la aparente corteza de su rusticidad; por ejemplo, al empezar el drama, ella, que está bien informada de cuanto ha ocurrido, que sabe punto por punto el estado de los negocios, y que tiene ya tomada su resolucion, recibe á los embajadores que vienen de Urbino con toda la solemnidad propia del caso y la dicen:

*Camilo.* Señora, el Duque es muerto.

Y responde:

*Diana.* ¿Pues qué se me dá á mí? Pero si es cierto,
Enterralde, señores;
Que yo no soy el cura.

(*Comedias*, t. XXI, Madrid, 1635, fol. 47.)

Este mismo tono y lenguaje mantiene hasta el fin la heroína siempre que se presenta; circunstancia que proporciona á Lope frecuentes ocasiones de lucir el ingenio, la gracia y el donaire que con tanta abundancia poseia.

Poco parecida á las anteriores, aunque del mismo género, es *El premio del bien hablar*[36], bellísima comedia en que las noticias del nacimiento y juventud del protagonista están copiadas tan á la letra de las del autor, que es casi indudable que Lope quiso ponerse á sí propio en

[36] «Comedias», t. XXI, Madrid, 1635, fol. 158, etc.

escena. D. Juan, el héroe, está hablando con algunos galanes ociosos en Sevilla, á la puerta de una iglesia, viendo salir á las damas; y en tal ocasion defiende sin conocerla á una de quien oye hablar con mucha ligereza : esto produce un lance; hiere á su contrario, le persiguen y se refugia casualmente en casa de la dama, cuyo honor ha salido á defender con tantos brios pocos momentos antes. Agradecida ella, le esconde, y la comedia concluye con un casamiento, no sin el ordinario acompañamiento de intrigas, embrollos, confusiones y escondites, que ocupan siempre una buena parte de los tres actos de las comedias de Lope.

Muchas mas podriamos añadir á las citadas, que por la variedad de su tono y carácter prueban las extraordinarias dotes del hombre que las creó y las vistió con tan hermosos y fáciles versos; entre ellas son muy notables *Por la puente Juana* [37], *El anzuelo de Fenisa* [38], *El ruiseñor de Sevilla* [39], y *Porfiar hasta morir* [40], fundada sobre la muerte del enamorado Macías; asunto siempre favorito de los poetas españoles y provenzales. Pero ni es posible ni necesario seguir adelante : harto hemos dicho del carácter general de este género, y es ya tiempo de que pasemos al exámen de otro.

[37] «Comedias», t. XXI, Madrid, 1635, fol. 243, etc.; después se ha impreso muchas veces por separado, y una de ellas en Lóndres.

[38] «Comedias», t. VIII, Madrid, 1617, impresa además suelta; es notable por su gracia é ingenio.

[39] «Comedias», t. XVII, Madrid, 1621, fol. 187, etc.

[40] «Comedias», t. XXIII, Madrid, 1638, fol. 96, etc.

## CAPITULO XVI.

**Continuacion de Lope de Vega.—Sus comedias heróicas, y principales rasgos de ellas.—Gran número de asuntos históricos españoles y de otros acontecimientos contemporáneos.**

Los dramas de Lope de Vega pertenecientes á la clase inmediata recibieron el nombre de *comedias heróicas* ó *comedias historiales*. La principal diferencia que hay entre ellos y los que acabamos de examinar consiste en que presentan en las tablas personajes ilustres, como reyes y príncipes; tienen además en general un fundamento histórico, ó al menos usan de nombres históricos, como si pretendiesen tenerlo, y la entonacion es grave, imponente y trágica. En medio de esto, encierran las mismas intrigas, embrollos y enredos, el mismo recurso de los celos y del puntillo de honor llevado hasta la exageracion; las mismas caricaturas ridículas y los mismos graciosos de baja ralea para disminuir la gravedad del asunto, que se encuentran en las comedias de capa y espada. Felipe II no gustaba de este género, que decia rebajaba la dignidad y majestad de la corona; circunstancia que pinta bien el estado de las costumbres de aquel tiempo y la influencia que se atribuye al teatro [1].

[1] Lope de Vega, «Obras sueltas», t. IV, p. 410.

Muchas son las comedias de esta clase que escribió Lope, adoptando las formas del drama heróico; tantas quizá como las que compuso en los demás géneros. En efecto, todo punto histórico, cualquiera que fuese, le proporcionaba un argumento, desde los primeros sucesos del mundo hasta los acontecimientos de su tiempo; pero sus materiales favoritos eran la historia griega y romana, y sobre todo las crónicas y romanceros españoles.

Una muestra, aunque no de las mejores de su clase, del modo con que Lope se aprovechaba de la historia antigua, es su *Roma abrasada* [2]: Lope recogió los hechos que sirven de base á su composicion de las fuentes mas comunes y mas á la mano, sobre todo de la *Crónica General*, aunque no estan dispuestos de modo que formen un conjunto agradable [3]; y todo se reduce á contar lo ocurrido en los veinte años desde la muerte de Mesalina en el imperio de Claudio, hasta la muerte de Neron, que es el héroe y al mismo tiempo el gracioso de la comedia.

El primer acto, que dura hasta el asesinato de Claudio por Neron y Agripina, contiene el célebre y horrible chiste de aquel emperador, quien pregunta por qué su esposa no viene á comer, después que él mismo la ha muerto; añadiendo de paso, para congraciarse con el público, grandes elogios de España, Lucano y Séne-

[2] «Comedias», t. xx, Madrid, 1629, fol. 177, etc.; se intitula «tragedia famosa».

[3] Merece compararse la narracion de «Suetonio» (lib. 5 y 6) con la de la «Crónica General» (part. 1.ª, cap. 110 y 111), y ambas con los pasajes de la «Roma abrasada». En una de la jornada 3.ª Lope inserta una cancion cuyos primeros versos se encuentran en el acto 1.° de la «Celestina».

ca, á quienes alaba como españoles, calificando al último de tan grande astrólogo como eminente moralista. La segunda jornada representa á Neron comenzando á reinar con suma benignidad, y segun Suetonio y la *Crónica General*, lamentándose de saber escribir, pues de lo contrario no hubiera firmado una sentencia de muerte justa; pero la trasformacion violenta del carácter del protagonista no está motivada ni se da de ella explicacion alguna; los espectadores ven solo el hecho, y desde este momento Neron se precipita en la carrera del crímen.

Uno de los anuncios de esta trasformacion constituye una escena enteramente española. Neron se enamora de Eta, pero no á la romana, sino á la española: ronda de noche su casa, la canta versos, es interrumpido en su galanteo por cuatro hombres, mata á uno de ellos, y escapa á duras penas de las garras de la justicia: tipo exacto y completo de un galan del tiempo de Felipe III [1]. Viene después la pasion por Popea, y una entrevista algo mas ajustada á la verdad histórica, repugnante, entre Neron y su madre, cuyo resultado es la órden de su suplicio. La ejecucion de dicha sentencia y la exposicion del cadáver al fin de la jornada, si bien groseras, no desdicen de la relacion repugnante y horrible de la antigua Crónica, que el autor siguió paso á paso.

La jornada tercera está dispuesta para lisonjear el orgullo nacional y conciliarse la influencia de la Iglesia, á quien Lope, como todos sus contemporáneos, miraba

[1] Esta escena está en la 2.ª jornada y forma la parte de la comedia donde Neron hace de gracioso.

siempre con respeto. Para esto introdujo algunos cristianos en cuya boca pone una profesion de fe edificante, que abraza la historia general del mundo desde la creacion hasta la muerte del Salvador, y una noticia de la que los historiadores españoles miran como la primera persecucion ; siguen después las muertes de Lucano y Séneca, y por último el incendio de Roma, que constituye la parte mas esencial del espectáculo, y era el primero y principal recurso de su buen éxito, para lo cual se coloca al fin, separado enteramente del cuerpo de la historia, y después de la construccion del suntuoso palacio de Neron, la *aurea domus*, que, como es sabido, se edificó en el desierto ú escampado producido por el fuego. En medio de esto el auditorio es divertido con una escena que se supone pasar en España, donde se fragua una conjuracion para derribar al Emperador, y la comedia concluye con la muerte de Popea, en términos poco menos crudos que los de la *Crónica General*, y con la del mismo Neron y la proclamacion de su sucesor Galba; sucesos que se agolpan y amontonan en un espacio muy limitado para hechos de tanta importancia.

Sin embargo, Lope no escribia siempre tan mal, ni con tanto desprecio de las reglas del arte : cuando manejaba argumentos modernos, y especialmente nacionales, solia ser mas feliz y muchas veces imponente y robusto. En este género puede citarse como modelo característico, aunque no de los mas afortunados en su éxito, *El Príncipe Perfecto*, en que Lope trató de pintar á uno adornado de las mas bellas cualidades, presentando el carácter de D. Juan de Portugal, hijo de D. Alonso V y

contemporáneo de los Reyes Católicos [5], de quien introduce un magnífico retrato al principio del segundo acto, poniéndolo en boca de su confidente y amigo, con tan curiosos pormenores, que no queda la menor duda acerca de las cualidades que en el siglo de los Felipes se consideraban como mas propias de los príncipes; cualidades bien diversas por cierto de las que exige nuestra moderna edad.

Así, por ejemplo, representa en la comedia á D. Juan batiéndose heróicamente en la desgraciada batalla de Toro, y restituyendo voluntariamente el trono á su padre, que habia abdicado en favor suyo y reclamaba después el poder supremo. Pero todas las prendas en que Lope funda la perfeccion de su héroe son exclusivamente el valor personal y el cumplimiento estricto de sus deberes: da muestra del primero matando por su mano y en defensa propia á un hombre, y saliendo á lidiar toros en circunstancias muy peligrosas. De la segunda, ó sea de su amor á la justicia, se alegan en la comedia multiplicados ejemplos, y entre otros, su decidida proteccion á Colon, después que aquel ilustre navegante volvió de su primer viaje, á pesar de que sus inmortales descubrimientos redundaban en honra y beneficio de un país rival, reconociendo el error que habia cometido al no aceptar las ofertas del hábil genovés. Pero de estos ejemplos de estricta justicia, el mas notable se refiere á la historia personal y privada del personaje principal, y forma el argumento del drama; el caso es el siguiente:

[5] «Comedias», t. XI, Barcelona, 1618, fol. 121, etc.

Don Juan de Sosa, favorito del Monarca, pasa por dos veces á España, encargado de negociaciones diplomáticas importantes, y mientras reside en aquel país vive en casa de un pariente suyo, á cuya hija, llamada Leonor, enamora, logrando ser correspondido. Pero cada vez que D. Juan vuelve á su patria se olvida de su amada y la abandona en su dolor; por fin llega ella con su padre á Lisboa, acompañando á la princesa D.ª Isabel, que va á casarse con el hijo del Rey, y el mal caballero llega hasta á negar su obligacion en presencia de ella. Desesperada Leonor, se presenta al Rey y le pinta su situacion en la conversacion siguiente; muestra aventajada de aquella narracion fácil y armoniosa que constituye el principal encanto de las obras de Lope. Al entrar Leonor exclama :

*Leon.* ¡Príncipe qu'en paz y en guerra
Te llama perfeto el mundo,
Oye una mujer!
*Rey.* Comienza.
*Léon.* Del gobernador Fádrique
De Lara soy hija.
*Rey.* Espera.
Perdona al no conocerte
La cortesía, que es deuda
Digna á tu padre y á tí.
*Leon.* Esa es gala y gentileza
Digna de tu ingenio claro,
Que el mundo admira y celebra.
Por dos veces á Castilla
Fué un fidalgo desta tierra,
Que quiero encubrir el nombre
Hasta que su engaño sepas;
Porque le quieres de modo,
Que temiera que mis quejas

No hallaran justicia en tí
Si otro que tú mismo fueras.
Posó entrambos en mi casa,
Solicitó la primera
Mi voluntad.

*Rey.* Di adelante,
Y no te oprima vergüenza;
Que tambien con los jueces
Las personas se confiesan.

*Leon.* Agradecí sus engaños;
Partióse, lloré su ausencia;
Que las partes deste hidalgo,
Cuando él se parte, ellas quedan.
Volvió otra vez y volvió;
Mas dulcemente sirena,
Con la voz no vi el engaño.
¡Ay Dios! Señor, si nacieran
Las mujeres sin oidos,
Ya que los hombres con lenguas.
Llamóme al fin, como suele
A la perdiz la cautela
Del cazador engañoso,
Las redes entre la yerba.
Resistíme; mas ¿qué importa,
Si la mayor fortaleza
No contradice el amor,
Que es hijo de las estrellas?
Una cédula me hizo
De ser mi marido, y esta
Debió ser con intencion
De no conocer la deuda
En estando en Portugal,
Como si el cielo no fuera
Cielo sobre todo el mundo,
Y su justicia suprema.
Al fin, señor, él se fué
Ufano con las banderas
De una mujer ya rendida;
Que donde hay amor, no hay fuerza.
Despojos trajo á su patria,

Como si de Africa fueran,
De los moros que en Arcila
Venciste en tu edad primera,
O de los remotos mares
De cuyas blancas arenas
Te traen negros esclavos
Tus armadas portuguesas.
Nunca mas vi letra suya;
Lloró mi amor sus obsequias,
Hice el túmulo del llanto,
Y de amor las hachas muertas.
Casó el Príncipe tu hijo
Con nuestra infanta, que será
Parabien de entrambos reinos.
Vino mi padre con ella,
Vine con él á Lisboa,
Donde este fidalgo niega
Tan justas obligaciones,
Y de suerte me desprecia,
Que me ha de quitar la vida
Si tu Alteza no remedia
De una mujer la desdicha.

*Rey.* ¿Vive la cédula?
*Leon.* Fuera
Error no haberla guardado.
*Rey.* Yo conoceré la letra,
Si es criado de mi casa.
*Leon.* Señor, la cédula es esta.
*Rey.* ¡La firma dice: *D. Juan
De Sosa!* no lo creyera,
A no conocer la firma,
De su virtud y prudencia.

(*Comedias de Lope de Vega*, t. XI, Barcelona, 1618, fol. 143, 144 [6].)

El desenlace natural es el casamiento de los dos amantes, hecho de órden del Rey y como acto de insigne justicia.

[6] Este trozo está al fin de la comedia y conduce al desenlace por medio de una de aquellas narraciones fáciles y elegantes parecidas á las de las no-

Colon figura, como hemos visto, en esta comedia; aunque presentado con poca habilidad, la dignidad de sus pretensiones aparece en su verdadero punto de vista. En otra comedia destinada al descubrimiento de la América, cuyo título es *El Nuevo Mundo de Cristóbal Colon*, su carácter está mucho mas desarrollado y mejor trazado. Abraza esta composicion toda la vida del Almirante, desde su primera tentativa inútil en Portugal hasta su vuelta triunfante y la presentacion de los despojos del Nuevo Mundo á los Reyes Católicos en Barcelona; período que comprende catorce años [7]. Es una de las obras mas extravagantes y desatinadas de Lope, y sin embargo lleva el sello de su talento peculiar y retrata bien los sentimientos y opiniones nacionales respecto al Nuevo Mundo, considerándole como rescatado de las cadenas de la idolatría y del paganismo. La accion pasa parte en Portugal, parte en el campamento de Granada poco antes de su rendicion, y parte en la caravela de Colon en el momento de sublevarse la tripulacion; y por último, hay escenas en América, y la final es en Barcelona delante de los Reyes.

Entre los personajes que naturalmente, y como era de presumir, figuran en la comedia, están Gonzalo Fernandez de Córdoba, varios moros é indios y algunas figuras alegóricas, como la Providencia, el Cristianismo y la

velas italianas, que Lope emplea tan frecuentemente siempre que la intriga y fábula de la composicion se han extendido ya lo bastante para llenar los tres actos indispensables.

[7] «Comedias», t. IV, Madrid. 1614, y tambien en el apéndice al «Teatro escogido de Lope de Vega», publicado por Ochoa. (Paris, 1838, 8.º) Fernando de Zárate se aprovechó de algunos trozos de esta comedia para escribir su «Conquista de Méjico» (Comedias escogidas, t. XXX. Madrid, 1668), como se advierte por el principio de la jornada 2.ª y otros pasajes.

Idolatría ; esta última combate con vehemencia la introduccion de la religion por los españoles en el Nuevo Mundo, y algunas veces usa argumentos no muy desacertados, como cuando dice :

No permitas, Providencia,
Hacerme esta injusticia,
Pues los lleva la codicia
A hacer esta diligencia :
So color de religion,
Van á buscar plata y oro
Del encubierto tesoro.

(*El Nuevo Mundo*, jornada 1.ª)

La mayor parte de la accion y lo mejor de ella pasa en América; pero es difícil imaginar una cosa mas estrafalaria que el conjunto de la fábula : la propiedad dramática está constantemente atropellada ; los indios, antes de aparecer los españoles, cantan himnos á Febo y á Diana, y se presentan hablando en castellano, y cuando los españoles llegan, dicen que no entienden su lengua. La escena en que la Idolatría defiende su causa contra la Cristiandad delante de la divina Providencia, la en que aquella habla con el Demonio, y las relativas á la conversion de los paganos, son dignas de los primitivos autos ó misterios mas informes y rudos ; al contrario, cuando se expresan sentimientos naturales, cuando se pintan los celos de aquellos naturales sencillos é ignorantes, cuando aparece Colon, hay ternura, nobleza y dignidad, y no falta mérito ; pocas escenas, sin embargo, pueden calificarse de enteramente buenas y poéticas, pero hasta en las peores hay cierto interés y se sigue con curiosidad y anhelo la serie de la historia.

Repítese en esta comedia la tradicion vulgar de que Colon era natural de Nervi, y de que estando en la isla de la Madera, recibió de un piloto moribundo las noticias y mapas que le condujeron á su grandioso descubrimiento; pero lo singular es que contradiciendo por otra parte todas estas especies, haya indicado el mismo Lope en diferentes partes de su comedia que Colon obró movido de una inspiracion divina. En el motin de la gente de la caravela lo dice el fraile en términos claros, y el mismo Colon, hablando á su hermano Bartolomé, cuando se ve en una situacion desesperada, alude conocidamente á esta idea, diciendo los siguientes versos:

Una secreta deidad
A que lo intente me impele,
Diciéndome que es verdad,
Que en fin, que duerma ó que vele,
Persigue mi voluntad.
¿Qué es esto que ha entrado en mí?
¿Quién me lleva ó mueve á mí?
¿Dónde voy, dónde camino?
¿Qué derrota, qué destino
Sigo ó me conduce aquí?
Un hombre pobre y aun roto
Que aun lo puedo decir,
Y que vive de piloto,
Quiere á este mundo añadir
Otro mundo tan remoto!

(*El Nuevo Mundo*, jornada 1.ª)

La alteracion del carácter es en esta parte muy acertada; y fundándose, como sabemos sucedia realmente, en las convicciones personales de Colon, pudo desarrollarse por completo y de una manera poética; pero

Lope dejó escapar la ocasion, como en otros muchos casos, por incuria y precipitacion.

El *Castigo sin venganza*, otra comedia del mismo género, es importante por el modo con que está tratado el asunto, y muy notable porque vemos en ella con toda claridad el argumento histórico; cosa que no sucede generalmente en los dramas de Lope : fúndase en una historia cruel y espantosa que refieren los anales de Ferrara, ocurrida en el siglo XV, la misma que Lord Byron encontró en las *Antigüedades de la casa de Brunswick* y le sirvió para escribir su *Parisina* ([8]). Lope, que solo consultó las antiguas crónicas del ducado, la presenta bajo diverso punto de vista y dándole con poco acierto la forma dramática.

El duque de Ferrara es en esta tragedia persona distinguida y notable : manda las tropas pontificias y es un príncipe de experiencia, virtudes y grandes cualidades políticas ; casado ya en edad madura, envia á su hijo natural Federico á recibir á su nueva esposa, hija del duque de Mantua, para que la conduzca á Ferrara. Casualmente Federico se encuentra con ella antes de llegar á Mantua y en el momento de conocer á su madrastra, la salva la vida que iba á perder ahogándose en un rio. Desde este instante se aman mutuamente, hasta que su cariño tiene por término el crímen, ya por el impulso violento de la misma juventud y de la naturaleza, ya por las infidelidades del Duque y la frialdad y despego con que trata á su esposa.

[8] La historia, aunque ocurrida en 1405, era muy conocida con todos sus horribles pormenores : dice Lope en el prólogo que existia escrita en latin, francés, aleman, italiano y castellano.

Volviendo el Duque á su casa después de una campaña feliz, descubre la intriga; lucha entre el cariño á su hijo y el aguijon de su deshonra, y por último resuelve castigar á ambos culpables de modo que nadie entienda la causa de su ofensa: para conseguirlo encierra á su esposa en una oscura prision, donde está tan oculta y asegurada, que no puede moverse ni hablar, ni ser vista de nadie; envia luego á su hijo, diciéndole que verá un manto bajo el cual se oculta un traidor, á quien es preciso dé la muerte para salvar la vida de su padre; y cuando el mancebo sale precipitado de la habitacion ignorando quien es la víctima, es él mismo asesinado por los criados del Duque, al oir exclamar á este que acaba de matar á su madrastra, con cuya sangre trae en efecto manchadas las manos.

Acabó Lope de escribir esta comedia el 1.° de agosto de 1631, teniendo muy cerca de sesenta y nueve años, y sin embargo, pocas suyas hay de este género que tengan mas vigor y fuerza poética, y ninguna en que la versificacion sea tan fácil y agradable [9]. Los caractéres, especialmente los del padre y el hijo, están mejor trazados y sostenidos que de costumbre, y se ve que escribió toda la obra con sumo cuidado, porque hay en ella muchas correcciones y variantes hechas en el borrador original, que aun existe.

No se dió la licencia para representarla hasta el dia 9 de mayo de 1632, tal vez por la repugnancia con que naturalmente miraria la corte el que se pusiesen en es-

[9] Esta comedia tiene toda la variedad acostumbrada de metros: hay redondillas, tercetos y un soneto, y en el primer acto una silva fácil y hermosísima.

cena personas tan distinguidas como el duque de Ferrara, y sobre todo, con un colorido tan odioso; mas sea cual fuese la razon, cuando llegó este permiso tardío vino acompañado con la salvedad ó reserva de que el Duque fuese tratado «con el decoro debido á su persona», y aun con tal precaucion solo se representó una sola vez, haciendo grande impresion en el público, y corriendo con la ejecucion la compañía de Figueroa, que era la mas acreditada de aquel tiempo. Arias, actor de quien habla Montalban con sumo aprecio, desempeñó el papel de hijo. Lope imprimió el drama en Barcelona en 1634, con esmero poco comun, y lo dedicó á su favorecedor el duque de Sesa, «á cuya servidumbre, dice, pertenecia»; al año siguiente de su muerte se imprimió de nuevo sin la dedicatoria, en el tomo XXI de la coleccion de sus comedias, que él tenia preparado para la prensa, pero cuya publicacion llevó á efecto su hija Feliciana [10].

Hay otras comedias que, como el *Castigo sin venganza*

[10] Tenemos á la vista el manuscrito original de mano de Lope, con muchas alteraciones, correcciones é interlineados puestos por él mismo. Está dispuesto para la representacion, y tiene la correspondiente licencia expedida por Pedro de Vargas Machuca, amigo de Lope y poeta tambien, á quien encargaban con mucha frecuencia la censura de piezas dramáticas. Tambien figuró en las «Justas poéticas de San Isidro», publicadas por Lope en 1620 y 1622, y en la celebrada á la virgen del Pilar, que publicó Cáceres en 1629; aunque las poesías que se encuentran en ambas no dan grande idea de su talento poético, en medio de que se sabe gozó de mucha popularidad en su tiempo. (Baena, «Hijos de Madrid», t. IV, página 199.) Al frente de cada página del manuscrito de Lope hay una cruz con la inscripcion de «Jesus, María, Josephus, Christus», y al fin «Laus Deo et Mariæ Virgini», con la fecha del dia en que la concluyó y la firma del autor. No es fácil decidir si Lope trataba de encubrir la honda inmoralidad de la comedia con estos signos religiosos; pero si tal fué su intencion, no dejaba de estar acorde con el espíritu y carácter de su siglo. Usábase entonces el comenzar las cartas poniendo una cruz á la cabeza del pliego, práctica á que alude el mismo Lope en su «Perro del hortelano», y que debió producir frecuentemente anomalías como la que hemos citado.

*za*, respiran el espíritu trágico mas elevado; por ejemplo: *Los caballeros comendadores de Córdoba*[11], cuyo argumento corre parejas con el *Egisto y Clitemnestra* en punto á horrible y sangriento, con la diferencia de que en vez de ser el esposo el sacrificado, como sucede con Agamemnon, él es quien asesina á su criminal esposa, á sus criados y cuantas personas vivas hay en su casa, para satisfacer un sentimiento de honor feroz y sanguinario: hay escenas que no carecen de poesía; pero el conjunto es tan espantoso, que oscurece del todo algunos pasajes felices.

No adolece del mismo defecto *La estrella de Sevilla*, aunque es un drama realmente trágico, y cuyo argumento tiene algo de comun con el *Cid* de Corneille: por órden del Rey, y arrastrado de una lealtad exagerada, un caballero sevillano mata á un amigo suyo, hermano de la dama con quien iba á desposarse; el Rey procura sacarle inocente y salvo de su delito, pero los jueces se niegan á interrumpir el curso de la ley, y aquel valiente caballero solo debe su salvacion á la confesion ingenua y plena de su criminal soberano. Esta comedia [12] es

[11] «Comedias», t. II, Madrid, 1609. En tres ocasiones á lo menos, que son esta, la comedia intitulada «Fuente Ovejuna», y la de «Peribañez», retrata Lope á los comendadores de las órdenes militares de su país con colores muy odiosos, representándolos como llenos del orgullo mas insoportable y de las pasiones mas feroces; figuras, en fin, que recuerdan al Front de Boeuf del «Ivanhoe».

[12] Los ejemplares antiguos de esta comedia son escasísimos; pero hace años pudimos conseguir una copia manuscrita que se ha impreso dos veces en este país por M. F. Sales en sus «Obras maestras dramáticas» (Boston, 1828 y 1840); la última con correcciones debidas á la amabilidad de D. A. Duran, de Madrid; hecho curioso en la bibliografía española, y que mencionamos en honor del Señor Sales, cuyas diversas publicaciones han promovido la aficion y el estudio de la literatura española en los Estados-Unidos, y á quien debemos muchos de nuestros conocimientos en estas materias. Esta comedia es tambien muy conocida en el teatro español y se ha reimpreso en Madrid y Lóndres con el título de «Sancho Ortiz de las Roelas». En la «Vida de Lope» por Lord Holland (t. I, pp. 155 á 200), hay un excelente extracto, y algunos trozos muy bien traducidos; de cuyo trabajo, y no del original español, compu-

una de las pocas de Lope donde no hay incidentes cómicos y que se separan de la accion ; hay bastantes escenas admirables, especialmente la del Rey estrechando y obligando á Sancho á que mate á su amigo, la de la infeliz é inocente Estrella, que se encuentra en medio de sus sueños de felicidad con el cadáver de su hermano muerto por su amante, y la de los alcaldes, que se niegan á atropellar la justicia por complacer al Rey : el desenlace es muy superior al del *Cid*, porque la dama abandona el mundo y se retira á la soledad del claustro.

Parécenos conveniente hacer aquí mencion de algunos dramas de Lope pertenecientes al género heróico, para que se vea el giro que en este punto adoptó : es uno de ellos la *Historia de Wamba*, ilustre godo arrancado al arado para empuñar el cetro [13], que se reproduce en otro drama suyo intitulado *El último godo*, fundado en la tradicion popular de la pérdida de España en tiempo de D. Rodrigo [14] ; la primera publicada en el primer tomo de su coleccion, y la última doce años después de su muerte; pero escritas con igual espíritu y bajo un mismo sistema. Tambien compuso varios dramas sobre el argumento célebre y atractivo de Bernardo del Carpio ; uno de ellos, *Las mocedades de Bernardo*, en que cuenta sus hechos hasta que se descubre el misterio de su nacimiento ; otro, *Bernardo en Francia*, refiere

so el baron de Zedlitz su « Estrella de Sevilla », comedia de bastante mérito, que se imprimió en 1830 en Stuttgard, y se ha representado en diferentes teatros de Alemania.

[13] « Comedias », t. I, Valladolid, 1604, fol. 91, etc.; en la que Lope ha seguido con mucho ingenio la tradicion monástica, abandonando enteramente la «Crónica general »(part. 2.ª, cap. 51) y la narracion todavía mas templada y sobria de Mariana. (Historia, lib. 5, cap. 12.)

[14] « Comedias », t. XXV, Zaragoza, 1647, fol. 369 y siguientes. Intitúlase « tragicomedia ».

la parte de su vida que no encontramos en los Romanceros y en las crónicas; y por último, *El casamiento en la muerte* pinta la dureza y vigor del rey D. Alfonso, y la escena tiernísima en que entregan el cadáver de su padre á aquel hijo que todo lo ha sacrificado al amor filial, y se encuentra sin recompensa alguna de sus trabajos y fatigas [15]. *Los siete infantes de Lara* no son tampoco para pasados en silencio, pues los encontramos en la comedia de su nombre; ni aun la historia mas interesante de Mudarra, intitulada *El bastardo Mudarra* [16]. No parece á la verdad que Lope se olvidase de ningun paso heróico de los anales de su patria [17]; antes bien, después de representar en la escena los altos hechos conservados por la tradicion y la historia española, buscó por todas partes argumentos en que ejercitar su ingenio, hasta echar mano en una ocasion de la usurpacion de Boris Gudunow, en Moscou, en 1606 [18]; en otra, de la conquista del valle de Arauco en 1560 [19], y en otra, de la gran liga que terminó con la batalla de Lepanto [20] en 1571;

15 La primera comedia de estas dos, que no se encuentra en la coleccion, se ha impreso muchas veces por separado; la segunda creemos que se encuentra solo en el tomo I de las comedias (Valladolid, 1604, fol. 98) y en las reimpresiones que de él se han hecho. Lope se valió mucho al escribirla de los antiguos romances de Belerma y Durandarte.

16 «Los siete infantes de Lara» están en la «Coleccion de comedias», t. V, Madrid, 1615, y «El bastardo Mudarra» en el t. XXIV, Zaragoza, 1641.

17 «El mejor alcalde el Rey», argumento preciosísimo, está tomado, segun lo dice el mismo Lope al fin, de la cuarta parte de la «Crónica General».

18 «El gran duque de Moscovia». (Comedias, t. XII, Madrid, 1617.)

19 «Arauco domado». (Comedias, tomo XX, Madrid, 1629.) La accion se supone en 1580, pero la comedia era una especie de elogio del hijo del conquistador. En la dedicatoria asegura Lope que todo es histórico; pero hay mucha parte de pura invencion, especialmente en la parte que honra á los españoles; entre estos aparece Don Alonso de Ercilla, autor de la «Araucana», que sale tocando un tambor. Puede compararse con el «Arauco» otra de las primeras comedias de Lope, intitulada «Los guanches de Tenerife» (Comedias, t. X, Madrid, 1620, fol. 128), relativa á la conquista de las Canarias en tiempo de los Reyes Católicos, y en la que, como en el «Arauco», toman mucha parte los indígenas.

20 «La Santa Liga». (Comedias, tomo XV, Madrid, 1621.)

en la que para evitar la impropiedad de presentar un combate naval en las tablas, cometió el error y desacierto de introducir una figura alegórica que representa á la España y describe aquel hecho de armas al auditorio madrileño en el mismo momento en que se supone sucedia en las costas de Grecia.

Es preciso, sin embargo, tener presente que en todos estos dramas heróicos é históricos no se ven grandes pretensiones de exactitud y verdad en los hechos; en ellos, como en los demás, una intriga amorosa se compone generalmente de peligros inminentes, reyertas, celos y cuestiones de honor; de modo que son parecidas unas á otras, y aunque en algunos casos el argumento pueda estar fundado en hechos, como sucede en *El valiente Céspedes*, donde el poeta declara terminantemente que todo menos las aventuras amorosas es cierto y verídico [21], nunca se puede exigir que se guarde ciego respeto á las costumbres antiguas ó extranjeras, ni debe mirarse como fiel el colorido general de la representacion. Así vemos en una comedia á Neron corriendo las calles de Roma con una guitarra en la mano y paseando frente al balcon de su dama, como un galan español [22]. En otra Belisario, en el apogeo de su gloria, representa el papel de Píramo en una funcion celebrada en presencia del emperador Justiniano, como si fuera un cómico de la legua [23]; y fi-

[21] «El valiente Céspedes». (Comedias, t. xx, Madrid, 1629.) Lope tiene cuidado de advertirlo así al lector por respetos á la reputacion y buen nombre de D.ª María de Céspedes, que no aparece en la comedia con toda aquella dignidad que sus descendientes en aquel tiempo tenian derecho á exigir.

[22] En «Roma abrasada», acto 2.º, folio 89, de que antes hemos hablado.

[23] Jornada 2.ª del «Ejemplo mayor de la desdicha y capitan Belisario», que no se encuentra en la coleccion, pero que se ha impreso suelta muchas

nalmente, nos encontramos con el gran Ciro sentado en su trono y que baja de él para dar su mano á una pastora[24]. Seria nunca acabar enumerar los infinitos absurdos de las comedias de Lope, pero se explican fácilmente con la sencilla reflexion de que en su tiempo no lo eran. Cuando Lope escribia, no se juzgaba mas importante la verdad y fidelidad en los hechos y costumbres del drama que la observancia de las unidades; ni se miraban con mas respeto un siglo después en Francia, al ver las interminables novelas de Scudery y Calpranède, como tampoco se exigen hoy en una ópera italiana: ¡tan profundo es el pensamiento de uno de los primeros maestros del drama histórico, cuando dice que los mejores solo son sombras, y los mas malos no son los peores cuando los adorna y atavia la imaginacion.

veces como de Lope, y figura en el catálogo que inserta Lord Holland, y se imprimió en la curiosa coleccion titulada « Comedias de diferentes autores » (4.°, t. xxv, Zaragoza, 1633) como obra de Montalban, cuando él y Lope vivian.

24 « Contra valor no hay desdicha » se ha impreso varias veces como la anterior. Comienza con la relacion fabulosa de Ciro expuesto á la muerte de resultas del sueño que tuvo su padre, y concluye con la gran batalla y victoria que alcanza sobre Astiages y todos sus enemigos.

## CAPITULO XVII.

**Continuacion de Lope de Vega. — Dramas fundados en la vida comun. — El sabio en su casa. — La doncella Teodor. — Los cautivos en Argel. — Influencia de la Iglesia en las composiciones dramáticas. — Comedias sagradas de Lope. — El nacimiento de Cristo. — La creacion del mundo. — Comedias de santos. — San Isidro de Madrid. — Autos sacramentales de Lope para la festividad del Córpus. — Sus prólogos. — Entremeses. — Los autos mismos.**

El drama histórico de Lope no fué mas que una alteracion del género mas verdaderamente nacional, conocido con el nombre de *comedias de capa y espada*, y que se formó dando á los principales personajes nombres históricos, en lugar de los que eran propios de caballeros y galanes del tiempo ; mas no fué esta la sola variacion adoptada[1] por Lope, sino que pasando, por decirlo así, al extremo opuesto, creó una nueva subdivision del género, tomando sus caractéres de la clase mas ínfima de la sociedad y poniéndolas en escena, como en *La esclava de su galan* y en *La moza de cántaro*[2]. De estas co-

[1] Algunas veces encontramos la expresion de «Comedias de ruido»; pero esto no indica un género especial y sujeto á reglas diversas : la frase alude á la maquinaria empleada en ellas; de modo que algunas comedias de capa y espada y de santos que exigian tal aparato se llamaban tambien «comedias de ruido». Del mismo modo se llamaba «comedias de apariencias» á las que exigian lucidas decoraciones y mucho ornato.

[2] «La moza de cántaro» y «La esclava de su galan» han continuado gozando del favor público hasta nuestros dias. La primera se imprimió en Lóndres no hace muchos años, y la última en Paris, en la coleccion de Ochoa, Paris, 1838, 8.°, y en la de Schütz, Bielefeld, 1840, 8.°

medias Lope escribió pocas, aunque todas muy interesantes.

La mejor muestra quizá de ellas es *El sabio en su casa*, cuyo protagonista, si así puede llamarse, es el hijo de un pobre carbonero; llámase Mendo y está casado con la hija única de un honrado labrador[3], viviendo cómodamente y en situacion de poderse elevar á mayor rango y altura que la en que se encuentra: él, sin embargo, prefiere permanecer en su humilde condicion; cierra el oido á las persuasiones y consejos de un abogado vecino suyo que le incita á que cambie de estado y la eche de hidalgo y de caballero. Especialmente en lo que entonces constituia el principal elemento de la vida privada, á saber, sus relaciones con su esposa, jóven y linda, Mendo manifiesta sumo juicio y sana razon, mientras su ambicioso amigo se ve cada dia mas y mas enredado, hasta que por último tiene que acudir á él, pidiéndole ayuda y consejo.

La intencion moral del drama está perfectamente explicada en las siguientes razones que Mendo dirige á su consejero, respondiendo á sus persuasiones de que viva con mas esplendidez y saque á su padre de su humilde condicion:

El que nació para humilde
Mal puede ser caballero;
Mi padre quiere morir,
Leonardo, como nació;

[3] «Comedias», t. VI, Madrid, 1615, fol. 101, etc. Es notable que el carácter de Mendo tiene alguna semejanza con el de Camacho el Rico de la segunda parte del «Don Quijote», impresa en el mismo año. Verdad es que no es mucha, y casi nos atreveriamos á decir que es puramente casual y sin que tenga parte alguna en ella la intencion de ninguno de los dos escritores.

Carbonero me engendró :
Labrador quiero morir;
Y al fin es un grado mas :
Haya quien are y quien cave,
Siempre el vaso al licor sabe.

(*Comedias*, t. VI, Madrid, 1615, fol. 117.)

El argumento es menos importante que muchos de los que Lope trató, pero las pinturas de la vida doméstica son muy animadas, sobre todo al contar Mendo cómo vió por primera vez á su futura esposa ocupada en el gobierno de la casa, y la escena en que refiere el bautismo de su hijo [4]. Los caractéres además están mejor trazados y desenvueltos que en lo general de sus comedias ; especialmente el de Mendo, hombre práctico, positivo y de buen seso, se sostiene durante todo el drama con gran destreza y constancia, produciendo muy buen efecto dramático [5].

*La doncella Teodor* es otra comedia del mismo género que demuestra la gracia é ingenio con que Lope sabia apoderarse de las anécdotas é historias que corrian en su tiempo para acomodarlas al teatro. El cuento de que se sirvió tiene el mismo título que el drama : es muy sencillo y pasa por obra de un aragonés, llamado Alfonso, del cual nada sabemos [6]. Teodor es una esclava

[4] En estos pasajes hay algo del estilo exagerado y falso que después recibió el nombre de estilo culto ó culteranismo; estilo que Lope atacó con sumo vigor en sus principios, pero que, sin embargo, usó después algunas veces.

[5] Creemos que esta comedia inspiró á Calderon su « Alcalde de Zalamea », en la que el carácter del labrador Pedro Crespo está trazado con una fuerza y vigor de que hay muy pocos ejemplos. Es la última comedia de la coleccion comun de Calderon, y se distingue por lo bien retratados que están en ella casi todos los personajes.

[6] Esta obra es uno de los antiguos cuentos españoles mas curiosos y característicos. D. Nicolás Antonio (Bibl. Nov., t. I, p. 9) no fija el tiempo en que floreció su autor, ni tampoco señala la fecha en que se publicó el libro. De-

de Túnez y propia de un mercader húngaro residente en dicha ciudad, que ha perdido toda su fortuna. Viéndole en tal estrechez, persuade á su amo á que la ofrezca en venta al Bey, quien, sorprendido tanto de su hermosura como de su talento, la compra por un precio exhorbitante, que restaura la fortuna de su señor. El objeto principal de la obra se reduce á poner de manifiesto los grandes conocimientos y la sabiduría de aquella doncella, para lo cual el autor la representa discutiendo cuestiones difíciles con hombres eminentes é instruidos; aunque por otra parte las cuestiones son en general insignificantes y el mérito del libro escaso, y menor aun que el de Fr. Bacon, libro inglés con el cual tiene alguna semejanza [7].

Lope, que conocia bien el público, supo acomodar este cuento á su gusto; para ello, y á fin de presentarla debidamente en el teatro, la hizo hija de un maestro toledano, en cuya aula habia seguido todos sus estudios; en medio de esta educacion severa y abstraida Teodor es víctima de una pasion y huye con su amante; pero en su fuga es cautivada por un corsario berberisco y lleva-

nis, en sus « Crónicas de España » (Paris, 1839, 8.°, t. 1, p. 285), no añade nada á la cuestion, aunque en una de sus notas califica sus ideas y conocimientos en historia natural como pertenecientes á la edad media: nosotros sospechamos, por algunas conjeturas bastante fundadas, que la obra se escribió después de la conquista de Granada. Brunet (table núm. 17,572) cita una edicion de 1607; nosotros tenemos á la vista una de 1726, lo cual prueba que aun se buscaba y leia á principios del siglo XVIII. Son muy antiguas las alusiones á la doncella Teodor como persona conocida, pues en « El vergonzoso en palacio », de Tirso de Molina, hablando uno de los personajes de una dama de quien está prendado, exclama: « ¡Qué Doncella Teodor! » (Cigarrales de Toledo, Madrid, 1624, 4.°, p. 158.)

[7] La historia popular inglesa de Fr. Bacon apenas llega á fines del siglo XVI, aunque hay en ella cosas indudablemente tomadas del « Gesta romanorum ». La comedia de Greene al mismo asunto se imprimió en 1594. Ambas pueden compararse con la novela y comedia de « La doncella Teodor », pero el drama español lleva muchas ventajas al inglés.

da en cautiverio á Oran, Constantinopla, y de allí á la Persia, donde el Sultan la compra por un precio excesivo á causa de sus muchos y raros conocimientos, los que manifiesta ampliamente en el último acto ó jornada de la comedia, en términos muy semejantes á los que Alfonso emplea en la novela, y á veces con las mismas palabras; toda está llena de aventuras amorosas, con las acostumbradas intrigas de celos, hasta que por último, informado el Sultan de las intenciones, miras y relaciones de las diversas personas allí reunidas por un conjunto de circunstancias á cual mas singulares, regala á la dama el precio que por ella ha dado y la casa con su amante, que es el mismo con quien se habia fugado de la casa paterna en Toledo. La parte graciosa de la novela y del drama á un tiempo es la pintura de un doctor que, vencido por Teodor en un certámen público de ingenio, y conforme á lo estipulado previamente, tiene que sufrir la pena de ser expuesto enteramente desnudo, pagando por su rescate una suma considerable, con la cual se aumenta el dote de Teodor y la alegría y contento del novio [8].

La última comedia de este género escrita por Lope, de que harémos mencion, es la de *Los cautivos de Argel* [9], la cual tiene además el mérito de tratar un asunto que precisamente debia interesar al auditorio. Ya hablamos en otro lugar de ella, diciendo que estaba tomada en gran parte de la de Cervantes, y ahora darémos en pocas palabras cuenta de su argumento. Un morisco valenciano abandona el país donde su raza ha sido tan

[8] «Comedias», t. IX, Barcelona, 1618, fol. 27 y siguientes.

[9] «Comedias», t. XXV, Zaragoza, 1647, fol. 231, etc.

cruelmente perseguida y maltratada, y se establece con sus correligionarios en Argel; allí arma un barco y se pone á ejercer la piratería por las costas donde nació y se ha criado, y que por lo tanto conoce perfectamente, lo cual le proporciona el cautivar un número considerable de cristianos. La suerte de estas víctimas y otras que hallamos en Argel, entre las cuales figuran dos amantes, forman el asunto de la comedia; así pues, vemos en ella cautivos españoles vendidos en el mercado público, niños cristianos arrancados á sus padres para corromperlos y reducirlos al islamismo [10], un caballero cristiano que sufre por su fe los tormentos mas espantosos y últimamente el martirio. En una palabra, el espectador contempla ante sus ojos todas aquellas escenas que mas poderosamente podian y debian excitar el interés y simpatías de un auditorio español en tiempos en que innumerables familias lloraban el cautiverio de sus hijos ó amigos [11]. Concluye el drama con la noticia de una comedia que los cautivos cristianos iban á representar en su prision para celebrar el casamiento reciente de Felipe III, de cuya circunstancia y de la alusion que allí se hace á unas magníficas fiestas celebradas en Denia, y en las que el mismo Lope tomó parte, puede inferirse que *Los cautivos de Argel* se escribieron hácia 1598 ó poco después [12].

[10] En estos y otros pasajes análogos Lope tomó mucho del «Trato de Argel», de Cervantes.
[11] Véase á Haedo, «Historia de Argel» (Madrid, 1612, fol.), quien cuenta el número de cautivos cristianos en Argel, principalmente españoles, y lo hace subir á 25,000.
[12] Lope, «Obras sueltas», t. III, p. 377. Nos inclinamos mucho á creer que esta representacion que debian hacer los cautivos en Argel es el auto moral del «Casamiento del Alma con el Amor divino», del mismo Lope, que le incluyó en el libro segundo del «Peregrino en su patria».

Una historia amorosa da enlace y trabazon á este conjunto de especies á cual mas heterogéneas, formando en cierta manera un todo completo; pero lo que se lee aun con mas interés es la parte relativa á Cervantes, que sale á la escena con el segundo apellido de Saavedra, sin disfraz y de una manera poco conveniente y decorosa [13]. Si consideramos que Lope tomó de Cervantes los principales materiales, y que los trabajos y heroismo de este ilustre varon en Argel debieron necesariamente presentarse á su imaginacion cuando escribia su comedia, no creemos hacerle grande injusticia al decir que debió ó presentar á Cervantes con dignidad, nombrándole con mas cariño y respeto, ó abstenerse absolutamente de introducirle en su composicion.

Las tres formas del drama que hasta ahora hemos examinado, y que tienen entre sí cierta relacion y semejanza [14], fueron sin duda alguna producciones espontáneas del ingenio de Lope, modificadas, es verdad, por lo que en su tiempo existia y por el gusto y caprichos del auditorio para quien escribia, pero enteramente suyas. Es de creer que si se hubiera abandonado enteramente á su propio albedrío y á la influencia material del teatro, no hubiera escrito otra especie de composiciones; pero la

[13] Los pasajes en que aparece Cervantes están á fol. 245, 251, y sobre todo en los 262 y 377. (Comedias, tomo XXV.)

[14] La fusion ó amalgama de los tres géneros se ve de un golpe de vista en la bellísima comedia «El mejor alcalde el Rey» (Comedias, t. XXI, Madrid, 1635), la cual está fundada en un pasaje de la cuarta parte de la «Crónica general». (Edic. 1604, fol. 237.) El héroe y la heroina son labradores, y la persona que los persigue su señor feudal. Desde el fin del segundo acto ocupan el primer término el Rey y algunos de sus cortesanos; propiamente hablando, pertenece al género de las comedias heróicas; pero las escenas mejores y de mayor interés corresponden á la vida comun y ordinaria, y no faltan algunas muy principales que estarian bien en una comedia de capa y espada.

decision de esta cuestion no estaba en su mano ni en la del público. La Iglesia, siempre poderosa en España, aunque nunca tanto como en los últimos años del reinado de Felipe II, cuando cabalmente empezaba Lope á darse á conocer, comenzó á mirar con recelo dramas que tanto agradaban al público, y no sin razon; sus aventuras amorosas llenas de licencia, sus duelos y sus ideas generales sobre la vida doméstica y el carácter personal, de todo tenian menos de cristianas [15]. Suscitóse pues naturalmente una controversia muy viva sobre su conveniencia y sobre si eran ó no lícitos; controversia que duró hásta el año de 1598, en que salió por fin una real cédula prohibiendo la representacion de comedias

[15] Las siguientes observaciones acerca de las comedias de esta clase que aun se representaban á fines del siglo XVIII, son de D. Gaspar Melchor de Jovellanos, escritor distinguido, de quien hablarémos mas adelante. Leyólas en 1796 en una sesion de la Real Academia de la Historia.

«Por lo que á mi toca (dice este »insigne y sabio magistrado), estoy »persuadido á que no hay prueba tan »decisiva de la corrupcion de nuestro »gusto y depravacion de nuestras »ideas como la fria indiferencia con »que dejamos representar unos dra»mas en que el pudor, la caridad, la »buena fe, la fidelidad, el decoro y »todas las virtudes, y todos los prin»cipios de sana moral, y todas las má»ximas de noble y buena educacion, »son abiertamente conculcados. ¿Se »cree por ventura que la inocente pue»ricia, la ardiente juventud, la ociosa »y regalada nobleza, el ignorante vul»go, pueden ver sin peligro tantos »ejemplos de imprudencia y grosería »y necio pundonor, de desacato á la »justicia y á las leyes, de infidelidad »á las obligaciones públicas y domés»ticas, puestos en accion, pintados »con los colores mas vivos, y animados »con los encantos de la ilusion y las »gracias de la poesía y la música? »Confesémoslo de buena fe: un teatro »tal es una peste pública, y el Gobier»no no tiene mas alternativa que re»formarle ó proscribirle para siem»pre.» (Memorias de la Academia, t. v, p. 397.)

En el mismo informe el autor manifiesta que no persevera insensible al mérito poético del teatro antiguo, cuya influencia moral considera como dañosa y maligna.

«Seré siempre el primero (dice) á »confesar sus bellezas inimitables, la »novedad de su invencion, la belleza »de su estilo, la fluidez y naturalidad »de su diálogo, el maravilloso artifi»cio de su enredo, la facilidad de su »desenlace, el fuego, el interés, el »chiste, las sales cómicas que brillan »á cada paso en ellos; pero ¿qué im»porta si estos mismos dramas, mira»dos á la luz de los preceptos, y prin»cipalmente á la de la sana razon, es»tán plagados de vicios y defectos que »la moral y la política no pueden to»lerar?» (Ibid., 413.)

profanas en Madrid, con lo cual los teatros estuvieron cerrados cerca de dos años [16].

Tuvo pues Lope que acomodarse á este nuevo estado de cosas, y lo hizo con su habitual destreza y facilidad: segun ya dijimos, en su primera juventud escribió dramas sagrados parecidos á los antiguos autos ó misterios, y ahora trató de encerrar el espíritu de aquellos dentro de las formas mas agradables del drama profano, produciendo de esta manera un espectáculo que, al propio tiempo que satisfacia las exigencias de un auditorio popular, estuviese fuera del alcance de los tiros de la censura eclesiástica. Su triunfo fué completo, y las varias y diversas formas que para este fin adoptó su ingenio, son tan notables como dignas de estudio.

Lope acudió, como era natural, á la Sagrada Escritura, manantial inagotable, esplotado durante cuatro siglos por los escritores dramáticos en celebridad de fiestas solemnes y ceremonias religiosas de la iglesia española, y al que no podia poner óbice alguno el poder

16 C. Pellicer, «Origen del teatro». (Madrid, 1804, 12.°, t. I, pp. 142-148.) En 1591 el obispo de Barcelona prohibió las representaciones dramáticas en aquella ciudad, pero esta providencia no fué respetada mucho tiempo; porque en 1597 se reprodujo con mayor rigor. Véase á Bisbe y Vidal, «Tratado de las comedias», Barcelona, 1618, 12.°, fol. 94; libro curiosísimo, que ataca el teatro español con mas discrecion é ingenio que ningun otro tratado antiguo de cuantos han llegado á nuestra noticia, aunque con poco ó ningun efecto. Pretende su autor que todas las comedias se examinen y expurguen con esmero antes de dar permiso para su representacion, y en cuanto á esta, no quiere se haga por autores de profesion, sino por personas del pueblo donde se verifica la fiesta, conocidas como morigeradas y graves; y añade: «Porque si esto se »hiciese, á los cien años no se verian »los desórdenes y desacatos que en »esta materia vemos ahora.» (Fol. 106.) Bisbe y Vidal es un seudónimo de Juan Ferrer, maestro mayor de una cofradia religiosa de Barcelona, y hombre piadoso, á quien escandalizó tanto el estado del teatro en su tiempo, que escribió este libro contra él en beneficio de la cofradía cuyos ejercicios dirigia. (Torres y Amat, «Bib.», art. «Ferrer».) Está bastante lleno de erudicion teológica, aunque no tanto como otros libros de la misma especie y de aquella época.

del clero : aprovechóse Lope de él libremente, escribiendo dramas que en lo tocante al argumento podian pasar por autos sagrados, pero que estaban al propio tiempo exornados de un estilo mucho mas poético y de formas tan parecidas á las de sus comedias profanas, que á no ser por la devocion que respiraban, hubieran podido clasificarse como pertenecientes al teatro profano que acababa de proscribirse.

Uno de los mas señalados en este género es *El nacimiento de Cristo* [17], que se divide en tres actos y comienza en el Paraíso, pocos momentos después de la creacion. En la primera escena figuran Satanás, el Orgullo, la Hermosura y la Envidia : Satanás se presenta con enormes alas, una peluca muy descompuesta, y encima de esta una cabeza de serpiente; la Envidia lleva un corazon en la mano y culebras enroscadas en sus cabellos. Después de algunas palabras sobre la creacion, Adan y Eva salen representados como rey y reina. La Inocencia, que es el gracioso de la comedia, y la Gracia, vestida de blanco, salen juntas á la escena, y mientras Satanás y su comitiva están ocultos en la espesura del

[17] «Comedias», t. xxv, Zaragoza, 1641, fol. 110 y siguientes. Estas comedias se representaban generalmente en Navidad, y llegaron á tomar el nombre de nacimientos; reliquia de los antiguos dramas que mencionan «Las Partidas», y escritos bajo varias formas después de la época de Juan del Encina y de Gil Vicente. De algunas indicaciones que hace Rojas en su «Viaje entretenido» (1602), y de otras de varios autores, puede presumirse que se representaban en casas particulares, iglesias, teatros, y aun en calles y plazas, segun lo exigian las circunstancias : no eran propiamente autos, sino muy parecidos á ellos, como puede verse en «El nacimiento de Cristo», de Lope de Vega, contenido en un volúmen muy curioso, titulado «Navidad y Corpus Christi festejados» (Madrid, 1604, 4.°, fol. 346); composicion enteramente distinta de la que hemos examinado, aunque con el mismo título, y distinta tambien de otro «Nacimiento de Cristo» inserto en el mismo volúmen (fol. 93) y atribuido á Lope, intitulado «Auto del nacimiento de Cristo nuestro Señor». Hay además en dicho tomo otros nacimientos, uno que se atribuye á Cubillo (fol. 375), y otro á Valdivielso (fol. 369).

bosque, entablan el siguiente diálogo, muestra característica, no solo del drama, sino del género entero á que pertenece:

*Adan.* Aquí, Reina, en esta alfombra
De yerba y flores te asienta.
*Inoc.* Eso á la fe me contenta;
Reina y señora la nombra.
*Grac.* ¿Pues no ves que es su mujer,
Carne de su carne, y hueso
De sus huesos?
*Inoc.* Y aun por esto,
Porque es como ser su ser,
Lindos requiebros se dicen.
*Grac.* Dos en una carne son.
*Inoc.* Dure mil años la union,
Y en esta paz se eternicen.
*Grac.* Por la Reina dejará
El Rey á su padre y madre.
*Inoc.* Ninguno nació con padre,
Poco en dejarlos hará;
Y á la fe, Señor Adan,
Que aunque de gracia bizarro,
Que los príncipes del barro
Notable pena me dan.
Bravo artificio tenia
Vuestro soberano dueño
Cuando un mundo, aunque pequeño,
Hizo de barro en un dia.
*Grac.* Quien los dos mundos mayores
Pudo hacer con su palabra,
¿Qué mucho que rompa y abra
En la tierra estas labores?
¿No ves las lámparas bellas
Que de los cielos colgó?
*Inoc.* Como de flores sembró
La tierra, el cielo de estrellas.

(*Comedias de Lope de Vega*, t. XXIV.—Zaragoza, 1641, fol. 111.)

Inmediatamente después de la caida de Luzbel, segun la cronología bíblica, cuatro mil años antes que naciera la Vírgen, esta se aparece en la escena y arroja por sí misma al abismo á Satanás, al propio tiempo que un ángel expulsa á Adan y á Eva del Paraíso. El Príncipe divino y el Emperador celestial, como el autor llama á Jesucristo y al Padre Eterno, entran entonces en el teatro, y en una conferencia llena de argucias y sutilezas teológicas disponen el plan de la redencion del hombre, para lo cual, recibidas las órdenes de la Divinidad, el arcangel Gabriel

Baja esclareciendo el aire
Con ejércitos de estrellas;

llega á Galilea, y anuncia que va á cumplirse el nacimiento del Mesías. En este punto concluye la primera jornada.

La segunda comienza pintando la alegría y regocijo de la serpiente, la Muerte y el Pecado, que cuentan ya tener el mundo en sus garras; pero su alegría es poco duradera : suenan clarines y trompetas, y la divina Gracia aparece en lo alto del teatro, lanzando la réproba caterva de la posesion en que creia estar ya, y explicando al Mundo (nuevo personaje del drama, que entonces entra en escena) que la Sacra Familia va á procurar inmediatamente la salvacion de los hombres.

El Mundo responde, lleno de fuego y arrebato :

Gracia santa, ya los veo;
Voy á hácer que aquesta noche,
Aunque lo defienda el hielo,

Borden la escarcha las flores,
Salgan los pimpollos tiernos
De las encogidas ramas,
Y de los montes soberbios
Bajen los arroyos mansos,
Líquido cristal vertiendo.
Haré que las fuentes manen
Cándida leche, y los fresnos
Pura miel, diluvios dulces
Que aneguen nuestros deseos.

(*Comedias de Lope*, t. XXIV.—Zaragoza, 1641, fol. 118.)

La escena inmediata es en Belen, donde aparecen María y José pidiendo albergue en una posada, la cual está tan llena de gente, que solo hallan colocacion en un pobre establo situado fuera de las puertas de la ciudad, y á cuyas inmediaciones hay gran número de pastores y pastoras que se quejan del gran frio que hace, pero se distraen con juegos, chocarrerías y cantares. En medio de esta broma se les aparece un ángel caballero en una nube, anunciándoles el nacimiento del Salvador, y la segunda jornada termina con la resolucion general de ir todos á verle y saludarle.

La discusion de los mismos puntos ocupa la última jornada, hablando del suceso los pastores y pastoras, y refiriendo después su visita á la Madre y al Hijo, en lo cual hay trozos de bastante poesía, y el drama concluye con la llegada de los Reyes Magos, precedidos de danzas de negros y gitanos y una numerosa comitiva, trayendo dones para ofrecerlos al Salvador recien nacido.

No parece que Lope mirase con gran prediliccion esta especie de comedias; quizá sucedió lo mismo al

público: lo cierto es que son muy pocas las que se hallan en sus obras impresas; la que hemos analizado y *La creacion del mundo y el primer pecado del hombre* [18] son las mas curiosas, y otra intitulada *La prenda redimida*, que trata del dia del juicio, la mas impropia y extravagante. Pero Lope acudió aun mas á menudo y con gran talento á argumentos de la Sagrada Escritura; así es que tenemos comedias suyas que tratan de la historia de Tobías y de la mujer desposada con siete maridos [19]; de Asuero y la hermosa Ester [20], y del robo de Dina, hija de Jacob, segun está referido en el Génesis [21]. En todas estas, y en las demás del mismo género, los colores de la escena son mas españoles que hebreos, y la historia, aunque tomada directamente de los libros sagrados, agradaba mas al auditorio madrileño bajo esta forma artificiosa que no con su primitiva originalidad y sencillez, como por ejemplo *La Ester*, en que el autor echó mano del episodio accidental de una pastora y su amante para captarse el favor popular y asegurar el buen éxito de la obra [22].

[18] Está en el t. XXIV, Madrid, 1632, y es una de las pocas comedias sacras que han sido reimpresas.

[19] «Historia de Tobías». (Comedias, t. XV, Madrid, 1621, fol. 231, etc.)

[20] «La hermosa Ester». (Ibid., folio 151 y siguientes.)

[21] «El robo de Dina» (Comedias, t. XXIII, Madrid, 1638, fol. 118, etc.); á la que puede añadirse «Los trabajos de Jacob» (t. XXII, Madrid, 1635), que es mucho mejor y trata la bellísima historia de Josef y de sus hermanos.

[22] Este episodio tiene poca conexion con la historia principal, y solo se enlaza con ella la proclama de Asuero mandando comparecer á todas las hermosuras de su imperio: llega esto á noticia de Sirena, la pastora, que abandona á su amante Selvagio y quiere probar fortuna con sus atractivos; sale mal, y al volver sufre los desaires de Selvagio, pero no por eso se abate; y llena de vanidad y orgullo, se marcha cantando ó diciendo, como si fuese un antiguo romance, estos versos:

Por el buytre que volaba
Mi paxarillo dexé;
Pero yo le ablandaré
La condicion fiera y brava.

Lo mejor de la comedia es la parte religiosa, como las oraciones de Ester en la primera y última jornada, y el canto de la festividad celebrada cuando Asuero se rinde á los encantos de su hermosura; pero todo ello, como

Mas á pesar de lo que llevamos dicho, nunca llegaron estos dramas á satisfacer á un público habituado á oir comedias en que por todas partes rebosaba el espíritu nacional, y fundadas en costumbres y aventuras llenas de atractivos y galanterías. Lope emprendió pues un camino mas ancho y desahogado, aprovechándose de los asuntos religiosos mas notables, como vidas de santos, y otros, formando historias ingeniosas de los padecimientos y milagros de aquellos héroes cristianos, que excitaban el mismo interés que las intrigas de los galanes castellanos ó las hazañas de los antiguos guerreros, con las que competian en extravagancia y singularidad. En una de estas comedias se representa á S. Jerónimo bajo el nombre de *El cardenal de Belen*, el cual aparece en un principio como un mancebo galante y calavera, y después es un santo azotado por los ángeles y triunfando de Satanás en un combate material y visible [23].

En otra S. Diego de Alcalá se eleva, de criado de un pobre ermitaño, á general con mando militar, y después de cometer en las islas Afortunadas todas las atrocidades que puede inspirar la licencia soldadesca, vuelve y muere en su casa en olor de santidad [24]. Tam-

en otras comedias de la misma clase, indica la intencion de encubrir con el velo de la religion un asunto profano. En prueba de las inconveniencias y falta de tacto de Lope (quien pecaba frecuentemente en esta materia), citarémos la primera jornada de los «Trabajos de Jacob», en que Josef, en el momento de huir de la esposa de Putifar, dejándole su capa entre las manos, dice en un soliloquio :

Y assí harás en essa capa,
Con venganza de mujer,
Lo que el toro suele hacer
En la del hombre que escapa.

Por absurdo que esto nos parezca es probable que obtuviese grandes aplausos de un público mas impuesto en corridas de toros que en la observancia de las reglas del drama.

23 «El cardenal de Belen». (Comedias, t. XIII, Madrid, 1620.)

24 Esta comedia no está inserta en la coleccion de las de Lope, pero consta en el catálogo de Lord Holland. Poseemos un ejemplar de la edicion co-

bien hay algunas fundadas en asuntos históricos de índole religiosa, como la historia del buen rey Wamba, arrancado al arado en el siglo VII y llevado por especial providencia de Dios á ocupar el trono español [25], ó la del príncipe mahometano de Marruecos, que en 1593 se convirtió al cristianismo y recibió el bautismo en presencia de Felipe II[26], siendo su padrino el príncipe heredero.

Todas estas comedias y otras semejantes se representaban con permiso de la autoridad eclesiástica, algunas veces en conventos y casas religiosas, pero las mas en público, y siempre bajo auspicios no menos devotos [27]. Por último, las vidas de santos llegaron á ser el argumento favorito y casi exclusivo de estas composiciones, siendo tal el número de las dedicadas á referir sus milagrosas historias, que se formó con ellas un nuevo género, llamado *comedias de santos*. Lope escribió muchas, pues además de las citadas, hay composiciones dramáticas suyas sobre las vidas de S. Francisco, S. Pedro Nolasco, Sto. Tomás de Aquino, S. Julian, S. Nicolás de Tolentino, Sta. Teresa, tres de S. Isidro de Madrid, y otras varias. Algunas, como la de S. Nicolás de Tolentino, son extravagantes y absurdas hasta el último extremo [28]; pero ninguna de ellas da una idea

mun de Valladolid que se imprimió suelta.

[25] «Comedias», t. I, Valladolid, 1604, fol. 91, etc.

[26] «Bautismo del príncipe de Marruecos». Hay en ella muy cerca de sesenta personas. (Comedias, t. XI, Barcelona, 1618, fol. 269 y siguientes. —C. Pellicer, «Origen del teatro», t. I, p. 86.)

[27] C. Pellicer, «Origen», t. I, p. 153.

[28] «San Nicolas de Tolentino». (Comedias, t. XXIV, Zaragoza, 1641, folio 167, etc.) Cada acto, como sucede no pocas veces en el teatro español, es una especie de comedia aislada con diferente lista de interlocutores. La primera jornada tiene veinte y uno, entre los cuales figuran Dios, la Virgen, la Historia, la Piedad, la Justi-

tan cabal de todo el género, como la primera que escribió sobre S. Isidro, glorioso patron de Madrid, su patria [29].

Esta composicion tiene todo el carácter y atractivo del drama profano; hay en ella escenas de grande interés, entre guerreros recien llegados á Madrid de una incursion en tierra de moros; otras de mucho regocijo y alegría para celebrar el casamiento del Santo y el nacimiento de su primer hijo; y las hay, en fin, groseras y propias de una farsa, como la del sacristan que se queja de que con el poder que Isidro tiene con el cielo, no gana nada en los entierros, pues nadie se muere, y el Santo parece haber vencido y desterrado á la muerte. En medio de esta variedad predomina el carácter dulce y bondadoso del protagonista, que da una unidad armónica á todo el drama: bajan los ángeles á guiar sus bueyes y á arar sus tierras para libertarle de la acusacion de que olvida sus obligaciones por oir misa, y al

cia, el Diablo, etc.: comienza con una máscara bastante animada é ingeniosa en medio de una plaza pública; á continuacion hay una escena en el cielo, donde se pronuncia la sentencia del alma de un hombre que había muerto en pecado mortal; y luego otra escena, muy animada tambien, que pasa en una plaza, en medio de ociosos y paseantes, con un sermon que predica un fraile fervoroso y fanático; siguen otras varias entre el protagonista, á quien aquel sermon ha movido á acogerse al claustro, y su familia, que pugna por disuadirle de llevar á efecto su propósito, y concluye con un diálogo lleno de chistes de mal género y sales groseras entre el criado de Nicolás, que es el gracioso, y una doncella con quien iba á casarse y á quien abandona, resuelto á seguir á su señor en la vida religiosa, con la particularidad de que se burla de ella y la ridiculiza con un sin fin de chistes y chocarrerías: esta es la primera jornada; las otras dos en nada desdicen de ella.

[29] Esta comedia no es ninguna de las dos que el ayuntamiento de Madrid dispuso se representasen al aire libre en 1622 en honor de la canonizacion de San Isidro, y que se encuentran en el t. xii de las obras sueltas de Lope; pero comparándola con ellas, se ve que la tuvo presente para componer la de que hablamos. En efecto, imprimióse cinco años antes en el tomo vii de las comedias de Lope, Madrid, 1617, y continuó con mucha aceptacion, puesto que se incluyó tambien en la part. xxviii de las «Comedias escogidas de los mejores ingenios». Madrid, 1667, 4.°

golpe de su ahijada brota una fuente, que el pueblo madrileño contempla aun con reverencia, y que en medio de una sequía espantosa refresca los sembrados de su injusto señor. Cantos y poesías populares [30], y una parodia del antiguo romance morisco *Rio Verde, Rio Verde* [31]; alusiones á la gloriosa imágen de la Almudena y á la parroquia de San Andrés, animan el diálogo: pinturas todas familiares y domésticas para el vecindario de Madrid, y cuya representacion heria cuerdas que á la sazon vibraban aun en todos los corazones. A lo último el cuerpo del Santo, después de muerto, es llevado á la parroquia cuyo feligrés era, y puesto ante el altar mayor; allí, segun las antiguas tradiciones, vienen la Reina y su amo Ivan de Vargas á adorarle y á ofrecer piadosos sacrificios, procurando hacerse con reliquias suyas para asegurar la proteccion del cielo; si bien son castigados en el acto por medio de un milagro que corona la serie de testimonios en prueba de la santidad de Isidro, y forma el desenlace de la comedia.

A la verdad que una comedia de esta especie, cuyo argumento dura de cuarenta á cincuenta años, y en la cual figuran un sinnúmero de interlocutores, entre ángeles, diablos, la Envidia, la Mentira, el rio Manzanares, y otros por el mismo estilo, seria mirada hoy dia como grotesca é irreverente; pero en tiempo de Lope

[30] En la boda del santo cantan un romance animoso y popular, que aun se conserva, y dice asi:

Al villano se la dan
La cebolla con el pan.
Mira que el tosco villano
Cuando quiere alborear
Salga con un par de bueyes
Y su arado otro qué tal.
Le dan pan, le dan cebolla,
Y vino tambien le dan.

(Comedias, t. XXVIII, 1667, p. 54.)

[31] Rio Verde, rio Verde,
Mas negro vas que la tinta,
De sangre de los cristianos;
Que no de la morería.

(P. 60.)

el público no solo acudia con fe á estas representaciones, sino que veia con gusto milagros que enlazaban al santo de su veneracion y sus benéficas virtudes con la época en que ellos vivian y su propio bienestar [32]. Si á esto añadimos las trabas impuestas al teatro, y la extraordinaria facilidad, gracia é ingenio de Lope para consultar y complacer el gusto del público, hallarémos suficiente campo para explicar por qué Lope compuso tantos dramas religiosos, ya fuesen de misterios, ya de historia sagrada ó de vidas de santos; género propio de la edad y país en que vivia.

Pero aun hizo mas Lope: acometió felizmente otra nueva forma dramática, no solo mas grotesca que la de sus dramas religiosos y mas expuesta al rídiculo, sino destinada mas especialmente á edificar al pueblo: tal es la de sus *autos sacramentales*, especie de comedias devotas que se representaban al aire libre en las calles y plazas durante las suntuosas ceremonias de la solemnidad del *Corpus Christi*, y á la vista de un gentío inmenso, lleno de entusiasmo y alegría [33]. Esta es la forma primitiva del drama español, la que mas ha durado y la que por mas largo tiempo ha conservado el favor del pueblo. Sus representaciones, como hemos visto, se

[32] En mil partes puede verse la persuasion en que el público estaba de que estos dramas eran real y verdaderamente religiosos; pero especialmente en un caso que refiere Madama D'Aulnoy, ocurrido en 1679, diciendo que representándose la comedia de «San Antonio», cuando el santo recitaba el «Confiteor» todo el auditorio se arrodillaba, se daba golpes de pecho y exclamaba: «Mea culpa, mea culpa.» (Viaje de España á la Haya, 1693, 18.°, t. I, p. 56.)

[33] «Auto» fué en su origen y es hoy un término forense derivado de la voz latina «actus», que es la resolucion ó sentencia de un tribunal. Aplicóse después á estas composiciones dramáticas religiosas, que se llamaron «autos sacramentales» ó «autos del Corpus Christi», y tambien á los «autos de fe» de la Inquisicion, porque ambos se consideraban como «actos» solemnes y de devocion. (Covarrubias, «Tesoro de la lengua castellana», verb. *auto*.)

encuentran ya en la misma cuna de la literatura nacional, y luego verémos cuánto trabajo costó á la autoridad real el acabar con ellas en época tan reciente como la mitad del siglo XVIII. En tiempo de Lope y en el siguiente siglo llegaron á su apogeo, formando parte de las ceremonias religiosas que acompañaban á aquella solemne festividad, no solo en Madrid, sino en toda España; porque los teatros durante un mes se cerraban á las comedias profanas, y se destinaban exclusivamente á dichas representaciones [34].

A pesar de su intencion religiosa, hoy dia los miramos como groseros é irreverentes; y por cierto que las circunstancias mismas con que se ponian en escena inducian á creer que el público no las miraba tampoco como obras puramente de devocion. Precedíalas por lo comun una especie de mojiganga ruda é informe, que anunciaba su presentacion en las calles llenas de gente y entre el concurso innumerable asomado á las ventanas y balcones, que con este motivo se adornaban y vestian de riquísimas colgaduras; rompia la marcha de tan singular procesion una figura que remedaba un monstruo marino llamado la *tarasca*, con medio cuerpo de serpiente, conducido por unos hombres ocultos, y sobre la cual aparecia otra figura representando á la ramera del Apocalípsis : todo ello dispuesto para inspi-

[34] Desde los tiempos mas antiguos hasta los presentes se ha usado gran magnificencia en toda España en las procesiones del Córpus : véanse las descripciones de las de Valencia, Sevilla y Toledo en el «Semanario pintoresco», 1839, p. 167 ; 1840, p. 187, y 1841, p. 177. En las de Toledo se cuenta que Lope de Rueda las amenizó el año de 1551 con sus representaciones dramáticas, en cuyo ejercicio le sucedieron después Alonso Cisneros, Cristóbal Navarro y otros célebres farsantes de aquel tiempo, los cuales abrieron el camino á Lope de Vega y Calderon.

rar espanto y sorpresa á los pobres campesinos que se agolpaban á verla, y cuyas gorras y sombreros arrebataba de vez en cuando el espantoso monstruo, considerándose estos despojos como presa legítima de los que le arrastraban ó conducian [35].

Seguia una comparsa de niños coronados de flores y cantando himnos y letanías, y á veces cuadrillas de hombres y mujeres bailando bailes nacionales; venian después dos ó tres gigantes moros ó negros, llamados vulgarmente *gigantones*, hechos de carton, saltando grotescamente con gran espanto y temor de los simples aldeanos y alegre diversion del mayor número; y por último, con magnífica pompa y aparato, y acompañados de suave música, aparecian los sacerdotes llevando el Santísimo Sacramento, colocado en una hermosísima urna, y seguido de una procesion larga y devota, á cuya cabeza marchaba por lo comun el mismo Monarca, con una vela encendida en la mano, como si fuera el último de sus súbditos, acompañado de los grandes de su corte, embajadores extranjeros, casa y servidumbre; circunstancia que aumentaba considerablemente el aparato y suntuosidad de la ceremonia [36]. Al fin de todo venian grandes carrozas llenas de actores de los teatros públicos que debian representar en la funcion, y au-

[35] Pellicer, «Notas al Don Quijote», t. IV, pp. 105 y 106; y Covarrubias, ut supra, verb. *tarasca*. El vulgo de Toledo llamaba á la mujer que iba sobre la tarasca «Ana Bolena». (Semanario pintoresco, 1841, p. 177.)

[36] La descripcion mas animada y exacta que hemos visto de esta procesion, es la que hay en la loa á la primera fiesta y auto de Lope. (Obras sueltas, t. XVIII, pp. 1-7.) Cuando lleguemos á Calderon, encontrarémos otra descripcion de esta fiesta segun se celebraba entre los años 1655-65. En el texto la hemos pintado como se hacia en tiempos de Lope; y si se quiere ver el cuadro ideal de la de 1623, búsquese en el «Semanario pintoresco» de 1846, p. 185. La loa de Lope nos parece el testimonio mas auténtico que se puede desear.

mentar, ya que no la solemnidad de la fiesta, al menos la diversion y entretenimiento de los concurrentes, constituyendo parte tan importante de la ceremonia, que toda ella se llamaba en términos populares *La fiesta de los carros* [37].

Esta procesion, no tan suntuosa en los pueblos de provincia como en la capital, pero siempre imponente y proporcionada á los recursos de la localidad en que se celebraba, se detenia de trecho en trecho, bajo grandes toldos, delante de las casas de personas distinguidas; en la corte ante la del presidente ó gobernador del consejo de Castilla, y en los pueblos y aldeas ante la del alcalde, y allí esperaba con reverencia que el clero celebrase los oficios divinos, arrodillándose la multitud como si estuvieran en la iglesia. Concluida esta ceremonia, y al caer de la tarde, los actores y representantes dejaban sus carros y se presentaban en un teatro improvisado al aire libre, ejecutando el *auto* dispuesto para la funcion, que generalmente era alusivo á ella. Sabemos con buenos fundamentos que Lope escribió al pié de cuatrocientos [38] de estos autos sacramentales, aunque solo se conservan doce ó trece de ellos, y estos se imprimieron solo para que las ciudades y pueblos del interior disfrutasen de los entretenimientos devotos de que gozaba la capital: tan universal era entonces el delirio y aficion á esta extraña diversion, y tan arraigada se hallaba en las costumbres populares [39].

[37] En el «Quijote» (part. II, cap. 11) se puede ver una pintura exacta de estos carros.

[38] Montalban, «Fama póstuma».

[39] Prólogo de José Ortiz de Villena á los autos. (Obras sueltas, t. XVIII.) No se imprimieron hasta 1644, nueve años después de la muerte de Lope. Otro intitulado «El tirano castigado» se halla en el curioso libro «Navidad y

En época anterior, y quizá hasta la aparicion de Lope, estas fiestas consistian en una representacion sencillísima, acompañada de cantares rústicos, églogas y bailes, segun lo vemos en una coleccion de autos manuscritos, de los cuales solo se han publicado dos, tan groseros y pobres en su plan y diálogo, que parecen de tiempos muy anteriores á Lope [40]; pero ya en vida de este, y merced á su influencia, el género llegó á ser una diversion popular dividida en tres partes, todas ellas dramáticas, aunque distintas una de otra.

Es la primera la llamada *loa*, la cual tenia el carácter de prólogo ó introduccion, si bien algunas veces era un diálogo en que tomaban parte dos ó mas actores. Una de las mejores de Lope es de este género: pinta las angustias de un labrador que ha venido á Madrid

Corpus Christi festejados», que recogió Isidro de Robles, y del cual hemos hecho antes mencion.

40 La Biblioteca Nacional de Madrid adquirió en 1844 esta coleccion: es un tomo en 4.° mayor, de 468 hojas, y contiene noventa y nueve autos. Todos son anónimos menos uno, que se dice ser del Maestro Ferruz, y refiere la historia de Cain y Abel; pero todos pertenecen al género sagrado, excepto el último, que se intitula «Entremés de las esteras». Los demás se llaman coloquios, farsas y autos, y algunos, farsas del Sacramento, que parece ser lo mismo. Solo uno tiene fecha; intitúlase «Auto de la resurreccion de Jesucristo», y tiene la licencia para representarse, dada en 28 de marzo de 1568. En el mismo año de 1844 D. Eugenio de Tapia, bibliotecario de la Real de Madrid y uno de los mas distinguidos literatos españoles, publicó dos de estos autos en el «Museo literario». El primero se intitula «Auto de los desposorios de Moisen», y es una fábula sencilla en prosa, excepto el prólogo ó argumento, que está en verso. El otro, titulado «Auto de la residencia del hombre», no es mejor, pero está todo en verso. En el siguiente número de dicho periódico el Sr. Tapia publicó un catálogo de todos ellos, con sus títulos y los personajes que en ellos figuran, y seria conveniente hacer una buena edicion de todos. Desde luego sabemos que se intercalaban sainetes entre los actos ó jornadas de las comedias; que se hacia mucho uso de personajes alegóricos y que en todos ellos habia un «bobo»; algunos son indudablemente anteriores á Lope, quizá del tiempo de Lope de Rueda, que, como hemos visto, representó en Toledo el año de 1561; pero el lenguaje y versificacion de los dos que se han publicado, así como el carácter general de las ficciones y alegorías que hay en los demás, indican, en cuanto es posible juzgar por la muestra, una época, si no coetánea, muy próxima á la de Lope de Vega.

á ver las fiestas, y ha perdido á su mujer entre el barullo y confusion de la gente; pero cabalmente cuando empieza á consolarse, y tranquiliza su conciencia resolviendo pregonarla públicamente una ó dos veces, y en caso de que no la encuentre, volver á casarse, aquella aparece y hace una descripcion magnífica de la procesion que acababan de ver ella y el público; lo cual forma, en vez de prólogo, una introduccion muy propia é ingeniosa al drama que luego debia seguir [41]. Otra de las loas de Lope es una disputa entre un galancete y un campesino, el cual trata en su lenguaje rústico de la doctrina de la transubstanciacion [42]; otra presenta á un morisco que habla en su dialecto nativo de las ventajas ó desventajas de convertirse al cristianismo, después de haber pasado algun tiempo ganando su vida como pordiosero y fingiéndose cristiano y peregrino [43]: todas son entretenidas, aunque burlescas, y algunas hay que de todo tienen menos de religiosas.

Tras de la loa vino el *entremés:* los que nos quedan de Lope son meras farsas muy parecidas á los intermedios que se usaban en las comedias profanas; entremés hay que solo es una sátira contre los curiales y abogados, y en el que un individuo de esta sagaz cofradía es burlado y robado por un patan que aparece como bobo, el cual comienza poniéndole en ridículo, y luego se escapa en traje de ciego, cantando y bailando en celebridad de la fiesta; conclusion irreverente y bas-

[41] Esta es la primera de todas las loas que contiene el volúmen, y la mejor.

[42] «Obras sueltas», t. XVIII, p. 367.

[43] Ibid., p. 107.

tante impropia de la ocasion[44]. En otro el autor se burla de los poetas de su tiempo, introduciendo á una dama que se supone recien venida de las Indias con una inmensa fortuna, y resuelta á casarse con un poeta, como lo verifica; pero ambos se encuentran chasqueados, pues resulta que la dama no tiene mas rentas que las que gana bailando y tocando las castañuelas, ni el marido es mas que un cantor de romances; aunque los dos tienen la cordura de quedar mutuamente contentos y satisfechos, y acaban cantando y bailando, con lo cual dan una muestra de sus habilidades al público, y fin al entremés[45]. Una de las tentativas mas felices de Lope en este género, es la representacion de una comedia de la historia de Helena, aunque no concluye, porque el actor que representa á Páris se escapa con la actriz que hace el papel de Helena, y el entremés concluye con una escena jocosa de confusion y reconciliacion[46]; y finalmente hay otro que es una parodia de la misma procesion, con sus gigantes, carros y aparato, poniendo en ridículo todo el espectáculo[47].

Vemos por lo dicho que todo lo relativo á las composiciones y representaciones de estas fiestas religiosas era esencialmente cómico; pero los mismos «autos sacramentales» con que terminaban, y á los que las demás funciones servian de introduccion, eran y debian ser mas graves en su entonacion y estilo, aunque en algunos casos, así como las loas y entremeses, tienen trozos demasiado grotescos y estrafalarios para ser entre-

[44] «Obras sueltas», t. XVIII, p. 8, «Entremés del letrado».

[45] Ibid., p. 114, «Entremés del poeta».

[46] Ibid., p. 168, «El robo de Helena».

[47] Ibid., p. 373, «Muestra de los carros».

tenidos. *El puente del mundo* pertenece á esta clase [48]: representa al príncipe de las tinieblas colocando al gigante Leviatan en el puente del mundo, para que defienda el paso contra todos los que no confiesen la supremacía de su poder. Adan y Eva, que, segun dicen las anotaciones, «salen vestidos de franceses muy galanes,» son naturalmente los primeros que se presentan; sujétanse á la condicion impuesta y pasan el puente á vista del público; del mismo modo hace el autor pasar á los patriarcas y á Moisés, David y Salomon; hasta que al fin el caballero de la Cruz, «el celestial Amadís de Grecia,» como se le llama, se presenta, vence al príncipe de las tinieblas y conduce al alma del hombre en triunfo por aquel paso peligroso. Todo ello no es en realidad mas que una parodia de la aventura del gigante que defendia la puente de Mandible [49], y si á esta circunstancia añadimos la parodia del romance del conde Claros, aplicado á Adan [50], y la de otros varios al Salvador mismo [51], verémos que la mezcla de la alegoría y de la farsa, de la religion y de la locura, no puede ser mas completa de lo que es.

Otros autos hay enteramente serios y graves: *La Siega* es una version espiritualizada de la parábola de S. Mateo relativa al campo sembrado de buena simien-

[48] Es el último, y en cuanto á poesía uno de los mejores, si no el mejor.

[49] Véase «Historia del emperador Cárlo-Magno», capítulos 26, 30, etc.

[50] Refiriéndose á la tentacion, dice el gigante á Adan:

> Yerros, Adan, por amores
> Dignos son de perdonar, etc.

Que es del precioso y sabido romance del conde Claros que empieza: «Pésame de vos el Conde»; de que ya hemos hablado: la frase debia ser familiar al auditorio, aunque no concebimos cómo no chocaba su irreverencia.

[51] El refran ó estribillo de la música «Si dormis, príncipe mio», es de una cancion en que se supone una dama enamorada, y cautiva de los moros.

te y de Zizaña [52], y el asunto está tratado con solemnidad, aunque la Zizaña, amenazada de ser cortada y arrojada al fuego, la componen nada menos que el Judaismo, la Idolatría, la Herejía y demás sectas, que al fin se salvan por la piedad del Señor del campo y de su hermosa esposa, la Iglesia. En medio de los muchos absurdos y singularidades de la alegoría, y de algunos cumplimientos y elogios bastante inoportunos á la familia real, esta composicion es una de las mejores de su género, y respira sublimidad y grandeza. Hay otra que tambien se distingue y merece ser exceptuada, que es *La vuelta de Egipto* [53], la cual, con sus pastores y gitanos, tiene toda la gracia de una égloga, y con sus romances y cantares, todo el atractivo de los dramas profanos de Lope. Los dos arriba citados y el del *Pastor Lobo* [54], en que pinta al diablo disfrazándose de pastor para apoderarse del rebaño, constituyen, propiamente hablando, el tipo ó modelo del verdadero *auto* español, y son muy superiores á los de la escuela antigua. Los demás estan fundados en las supersticiones mas groseras y vulgares, lisonjeando en toda ocasion y con cualquier pretexto, sin reparar en los medios, los sentimientos y opiniones del pueblo; muchos de ellos ostentan la gracia y espíritu de la poesía antigua nacional, y esta circunstancia es quizá la única que los sostuvo y dió crédito; resultado que, atendido el objeto religioso á que se aplicaban, fué indudablemente sólido, robusto y duradero.

[52] «La Siega» (Obras sueltas, tomo XVIII, p. 328), de que hay una traduccion alemana muy buena.

[53] «La vuelta de Egipto». (Obras, tomo XVIII, p. 435.)

[54] «El pastor lobo y cabaña celestial». (Ibid., p. 381.)

Pero los intermedios ó entremeses que animaban la parte dramática de esta ceremonia, grosera á la par que suntuosa, no se ceñian meramente á este objeto, sino que, como ya hemos insinuado, se representaban diariamente en los teatros públicos, donde, desde la introduccion de las comedias en forma, se ejecutaban en los entreactos para entretener con menos gravedad al auditorio. Lope escribió muchos, aunque no sabemos su número, y solo se han conservado treinta, sin duda por la escasa importancia que se dió á este género. Bastan, sin embargo, estas muestras para probar que en esta clase de drama, como en todos los demás, Lope buscó siempre el efecto popular, y que la flexibilidad admirable de su ingenio se manifiesta siempre en la variedad de formas que adoptó. Generalmente hablando, los entremeses de Lope que poseemos son en su mayor parte diálogos cortos en prosa, sin enredo alguno, y formando farsas tomadas de sucesos de la vida comun.

Debemos, sin embargo, exceptuar de esta regla uno de los primeros que publicó, y es el de *Melisendra:* casi todo él está en verso, dividido en actos y con su correspondiente prólogo ó loa; en una palabra, es la parodia de una comedia regular fundada sobre las aventuras de Melisendra y D. Gaiferos, héroes de varios romances antiguos [55]. *El Padre engañado* es tambien excepcion á esta regla, y forma una farsa llena de animacion y

[55] Primera parte de entremeses. «Entremés primero de Melisendra». (Comedias, t. I, Valladolid, 1604, 4.°, fol. 333 y siguientes.) Fúndase esta composicion en los graciosos romances del Romancero de 1550-1555, «Asentado está Gaiferos»; el mismo que Maese Pedro explicaba en la venta. (Don Quijote, part. II, cap. 26.)

... ocho páginas las angustias y ... padre que entrega á su hija ves... amante de quien queria guar... la mayor parte de ellos, co... *Los ladrones burlados*, apenas ... su representacion, y son unos ... pertenecientes al género de la far... ...ramente para llenar el hueco que ... entreactos, y terminando de repen... la representacion del drama princi... sin embargo, se nota vigor, faci...

... que Lope siempre que escribia pa... sus antiguas bases, y procuraba ... sobre ellas todas sus composiciones ... se observa en los mismos entremeses ... tomados, á no dudarlo, de ... cuyas breves farsas son del mismo gé... de la misma manera en los interme... introduccion de las comedias de tres actos ... tanto puede decirse de sus comedias ..., de sus autos sacramentales y de sus ... de la Sagrada Escritura ó de las vidas ... composiciones todas que tienen la misma ba... misterios ó moralidades. Igual ten... ...ramos en sus églogas y coloquios pastori-

... Valladolid, 1604, ... entremeses se hallan en ... dice el mismo ... fue ejemplo de estos ... en España, y de él ha veni... costumbre de llamar á las comedias antiguas «entremeses». (Obras sueltas, t. IV, p. 407.) Una escena aislada puesta en accion y constituyendo por sí sola un entremés se llamaba «paso». Ya hemos hablado anteriormente de las composiciones que Lope de Rueda escribió con este título y que figuran en sus obras.

les, forma drámatica conocida ya cuando menos en tiempo de Juan del Encina[59]. De estas escribió Lope muchas que se conservan, y quizá pasen de veinte; no pocas llevan impreso el sello de su orígen en aquella singular mezcla de los géneros bucólico y religioso que tanto llama la atencion en los orígenes del teatro español.

Sabemos positivamente y á no dudarlo que algunas églogas de Lope se pusieron en escena. *La Selva sin amor*, por ejemplo, se representó con suma magnificencia y costoso aparato delante de la familia real[60]. Siete ú ocho composiciones mas de esta clase, insertas en sus *Pastores de Belen*, y otra que publicó con el nombre de Tomé de Burguillos, y que se suponen escritas para celebrar las pascuas de Navidad y otras festividades religiosas, se parecen tanto á los espectáculos escénicos que se usaban en tales ocasiones, que apenas puede dudarse de que se representaron como las arriba citadas[61]. Al mismo tiempo se echa de ver que otras, como *La Amorosa*, primera en su género que publicó, y la última dirigida á Fílis; la que escribió á la muerte de su esposa y á la de su hijo, estaban exclusivamente destinadas á la lectura[62]. Todas, sin embargo, podian representarse, atendida la costumbre de aquel siglo, en el

[59] Entre los imitadores de Juan del Encina merece especial mencion Lúcas Fernandez, natural de Salamanca, que publicó en dicha ciudad en 1514 un tomo delgado en folio, intitulado «Farsas y églogas al modo y estilo pastoril y castellano». Si hemos de juzgar por su título (pues no hemos logrado ver el libro), deben ser églogas y farsas á imitacion de las de su predecesor: una se intitula «comedia», otras dos «farsa ó cuasi comedia», y otra «auto ó farsa»: el tomo contiene seis, imitacion sin duda de las tentativas dramáticas de su paisano, y muy inferiores en mérito.

[60] «Obras», t. I, p. 225.

[61] «Obras», t. XVI, passim y XIX, p. 278.

[62] «Obras», t. III, p. 463; t. X, pagina 193; t. IV, p. 430; y t. X, p. 362: esta última contiene cuanto sabemos de su hijo Lope Félix.

que sabemos se recitaban en el teatro composiciones no destinadas á él, como si sus autores las hubiesen escrito para una representacion escénica [63]. Sea de esto lo que fuere, las composiciones de Lope en este género prueban bien la franqueza y libertad con que su ingenio recorria todas las formas del drama, hasta las mas extrañas que reconoció ó toleró su época.

[63] Véase la escena de la segunda parte del «Quijote», donde unas damas y caballeros tienen dispuesto para entretenerse en un dia de campo representar las églogas de Garcilaso y de Camoens. Creemos igualmente que la égloga famosa que Lope dedicó al duque de Alba, D. Antonio (Obras, t. IV, p. 295), la que dirigió á Amarilis, (t. X, p. 147), la escrita al príncipe de Esquilache (t. I, p. 352), y la mayor parte de las de la Arcadia (t. VI), se representaron y se escribieron con este objeto. Lo que nunca hemos podido comprender es por qué Lope intituló égloga la carta ó composicion á su amigo Claudio (t. IX, p. 355), que da cuenta de algunos sucesos de su vida, y que nada tiene de bucólica ni en la forma ni en el fondo; tampoco nos atrevemos á clasificar el «Diálogo militar en honor del marqués de Espínola» (t. X, p. 337), aunque lo consideramos dramático en sus formas, y es posible se representase en alguna ocasion importante delante del mismo Marqués.

## CAPITULO XVIII.

**Continuacion de Lope de Vega.—Su carácter como escritor dramático.—Argumentos, personajes y diálogo de sus composiciones.—Abandono de las reglas, verdad histórica y propiedad moral.—Sus enredos y graciosos.—Su estilo y giro poético.—Cualidades que tuvo para granjearse el favor del público.—Su triunfo.—Su suerte y gran número de escritos.**

La extraordinaria variedad que ofrecen en punto á carácter las comedias de Lope es tan notable como su número, y contribuyó no poco á hacerle el monarca del teatro español mientras vivió, y su gran maestro después de su muerte. Pero aunque esta variedad inmensa y esta fecundidad inagotable constituyen, por decirlo así, los dos puntos cardinales de su gloria, hay además otras circunstancias que no deben ser desatendidas cuando se trata de examinar, no solo tan sorprendente resultado, sino tambien el camino que Lope adoptó para llegar á él.

Es la primera de ellas el principio que puede considerarse como dominante en todos sus trabajos dramáticos, á saber, el de subordinar todos los intereses al interés principal de la composicion, ó sea del argumento. Así es que en su teatro los caractéres ocupan siempre un segundo término, y ni una sola vez se columbra la intencion de pintar una pasion vehemente que concen-

tra todas sus fuerzas y energía para llegar al logro de un objeto determinado; es cierto que algunas veces, aunque pocas, como por ejemplo en el Sancho Ortiz, Lope pinta de mano maestra una alma noble y elevada; pero en ningun caso es este el objeto principal, y nunca se observa, al hacerlo, el menor asomo de estudio artístico ni de intencion marcada y directa; al contrario, la mayoría de sus caractéres tienen todo el aspecto de una máscara, cual lo seria un *pantalon* en el teatro veneciano ó un *scapin* en el francés. El primer galan ó protagonista es todo humor, honor y celos; la primera dama ó la heroína no menos amante y celosa, pero aun mas violenta y arrojada; el hermano, ó cuando no le hay, el barba, que es el padre ó tio anciano, siempre dispuesto á ensangrentar las tablas con solo ver al amante en casa de la dama : incidentes todos que ocurren constantemente lo mismo en las comedias profanas de Lope, que en las religiosas, como centros al rededor de los cuales gira y se desenvuelve la accion con sus diversos episodios.

Lo mismo se observa en el diálogo, que por lo comun tiende mas á explicar la marcha del drama que no á retratar á los personajes, como lo prueban las interminables relaciones, compuestas á veces de doscientos y trescientos versos, y en su esencia tan narrativas como una novela italiana; otro tanto puede decirse del cúmulo de sucesos que componen la accion y que á veces no pueden por su número coordinarse y desenvolverse con holgura por falta de espacio; dificultad de la cual Lope solia salir diciendo con mucha gracia á su auditorio, al principiar la comedia, que escuchasen bien y no

perdiesen una palabra, si querian comprender y penetrar el curioso enredo que iba á representarse.

Fiel al mismo principio, Lope sacrificaba la conveniencia y regularidad de sus argumentos siempre que á costa de ellas podia hacerlos mas interesantes. Es verdad que sus comedias formales están divididas en tres jornadas ó actos, pero aunque él alega esta division como un mérito, no es invencion suya, y además es puramente un medio arbitrario y convencional de proporcionar descanso al público y á los actores, por medio de pausas ó entreactos, que en el teatro de Lope ninguna relacion tienen con la estructura y proporciones de la comedia misma [1]. En cuanto á las seis que, segun él asegura, escribió ajustándose enteramente á las reglas del teatro griego, los críticos españoles las han buscado hasta ahora en vano [2], y es probable que ninguna de ellas exista, á no ser una, *La Melindrosa*. Pero el mismo Lope confiesa con toda ingenuidad y candor que miraba las reglas como un obstáculo al buen éxito de sus composiciones, diciendo así en su *Arte nuevo de hacer comedias:*

> Y cuando he de escribir una comedia
> Encierro los preceptos con seis llaves;
> Saco á Terencio y Plauto de mi estudio,
> Para que no me den voces; que suele
> Dar gritos la verdad en libros mudos;

[1] La primera vez que se encuentra esta division es en una comedia de Francisco de Avendaño, impresa en 1553. (L. F. Moratin, «Obras», 1830, t. I, part. 1.ª, p. 182.)

[2] Al fin de su «Arte Nuevo» Lope se expresa así: «Cuatrocientas y ochenta »y tres comedias, porque fuera de seis »las demás todas pecaron contra el ar»te gravemente.» Véase á Montiano y Luyando, «Discurso sobre las tragedias españolas» (Madrid, 1750, 12.º, p. 47), y á Huerta en el prólogo de su «Teatro Español»; los cuales ponderan la dificultad de encontrarlas.

Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron;
Porque, como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

La extension á que Lope llevó, con arreglo á estos principios, el sacrificio de las probabilidades y aun posibilidades dramáticas de la geografía, la historia y hasta la conveniencia moral, salta á la vista con solo leer muchas de sus comedias. Pocas citas bastarán para probar este nuestro aserto. Los sucesos que forman el argumento de *El primer rey de Castilla* ocupan treinta y seis años, á mediados del siglo XI, y además se presenta en la escena un gitano cuatrocientos años antes que esta raza fuese conocida en Europa [3]. En la comedia de *Mudarra* está toda la historia de los siete infantes de Lara [4]; en *La limpieza no manchada* aparecen juntos Job, David, Jeremías, S. Juan Bautista y la universidad de Salamanca [5]; y *El nacimiento de Cristo* presenta los dos extremos opuestos, la creacion del mundo y la natividad del Salvador [6]: esto en punto á historia; la geografía no sale mejor librada cuando dice que Constantinopla está á cuatro mil leguas de Madrid [7], ó hace desembarcar á unos españoles en las costas de Hungría [8]; y si de aquí pasamos á la moral, es difícil adivi-

[3] «El primer rey de Castilla». (Comedias, t. XVII, Madrid, 1621, fol. 114 y siguientes.)
[4] «El bastardo Mudarra». (Comedias, t. XXIV, Zaragoza, 1641.)
[5] «La limpieza no manchada». (Comedias, t. XIX, Madrid, 1623.)
[6] «El Nacimiento de Cristo». (Comedias, t. XXIV, Zaragoza, 1641.)
[7] La sabia y erudita Teodor, cuya ciencia se representa como superior y capaz de confundir á cuantos doctores arguyen con ella, es la que comete tamaño desatino. (La doncella Teodor, al fin de la 2.ª jornada.)
[8] Este singularísimo desembarco está en «El animal de Hungría». (Comedias, t. IX, Barcelona, 1618, fol. 137, 138.) El lance recuerda al instante el «Cuento de invierno», de Shakespeare.

nar cómo Lope conciliaba sus opiniones en la práctica. En el prólogo al tomo xx de sus *Comedias* dice, hablando de su *Venganza prudente*, que el título es absurdo, porque toda venganza es imprudente é ilegítima, y sin embargo, la mitad de sus comedias se dirige á probar lo contrario, y aun casi la justifican. En el *San Isidro* se considera como mérito y acto de santidad que el héroe robe el trigo de su señor para dárselo á las avecillas hambrientas[9], y en otra comedia se supone que las oraciones de S. Nicolás de Tolentino son suficientes para salvar á un pariente suyo que, después de una vida licenciosa y torpe, muere en pecado mortal[10]; al propio tiempo que la conquista feroz y sanguinaria del valle de Arauco se proclama como timbre de una ilustre familia y un nuevo floron en la corona nacional[11].

Sin embargo, todas estas infracciones de la verdad, de los hechos y de los principios elementales de la moral cristiana, que nadie conocia mejor que su autor, pasaban ante el público sin que este hiciese alto en ellas, embebido en el interés del drama. Lope se propuso dar á sus comedias la forma de una novela dramática, y

Lo curioso es que el duque de Luynes, ministro de Estado y favorito de Luis XIII, rey de Francia, cometiese hácia el mismo tiempo la misma equivocacion en carta escrita á Lord Habert de Cherburg, embajador inglés en Francia desde 1619 á 1621. Pero Lope sabia bien la verdad del caso, y es de creer que Shakespeare tampoco la ignorase, aunque no nos atreveriamos á decir otro tanto del ministro francés. (Véase la «Vida de Hebert», escrita por él mismo, Lóndres, 1809, 8.°, p. 217.)

9 «San Isidro Labrador». (Comedias escogidas, t. xxviii, Madrid, 1667, folio 66.)

10 «San Nicolás de Tolentino». (Comedias, t. xxiv, Zaragoza, 1641, folio 171.)

11 «Arauco domado». (Comedias, t. xx, Madrid, 1629.) Después de leer semejantes absurdos, no es de extrañar que Cervantes, que no dejó tambien de incurrir alguna vez en ellos, haga decir á Maese Pedro: «¿No se »representan por ay casi de ordinario »mil comedias, llenas de mil impropriedades y disparates, y con todo »esso corren felicissimamente su car»rera, y se escuchan no solo con aplau»so, sino con admiracion y todo?» (Don Quijote, part. ii, cap. 26.)

con su gran talento llegó á establecer esta base como la fundamental del teatro español. Tienen las novelas, dice, los mismos preceptos que las comedias, cuyo fin es haber dado su autor «contento y gusto al pueblo aunque se ahorque el arte»; y en el *Arte nuevo* [12], defendiendo la misma opinion, dice:

Yo hallo que si allí se ha de dar gusto,
Con lo que se consigue es lo mas justo.

Esto nadie lo habia dicho antes que él, y aunque desde el tiempo de Torres Naharro se encuentran ya algunos rastros de intriga y enredo, ninguno tuvo la feliz ocurrencia de aprovecharlos con buen resultado, hasta que Lope dió el ejemplo, que después fué seguido fielmente por los poetas de su escuela.

Otro de los elementos que Lope introdujo en el teatro español fué la intriga de segundo órden ó cómica. Todas sus obras, excepto *La estrella de Sevilla* y otras menos notables, la tienen, unas veces en forma pastoril, pero mas comunmente como simple mezcla de farsa. Los caractéres contenidos en esta parte del drama son otros tantos remedos de los que ocupan posicion mas elevada, y son conocidos con el nombre de *graciosos* y *graciosas*, á los que se añadió mas tarde el *vejete*, escudero anciano y que habla sin cesar de su noble alcurnia y se emplea casi siempre en contrariar y hacer rabiar al gracioso. Lo mas comun es que estos parodien el diálogo y aventuras de sus señores, así como

[12] «Arte nuevo». (Obras, t. IV, página 412.) De un manuscrito autógrafo de Lope, que aun existe, se deduce que algunas veces escribia sus comedias antes de versificarlas, en forma de «pequeñas novelas». (Semanario pintoresco, 1839, p. 39.)

Sancho puede considerarse hasta cierto punto que parodia á D. Quijote. En general son los criados respectivos del héroe y de la heroína; los hombres suelen ser glotones, alegres y cobardes; las mujeres vivas y malignas; pero unos y otras llenos de gracia y de picardía, oculta bajo el velo de una sencillez aparente. Algo de esto se encuentra ya en los criados de *La Serafina* de Torres Naharro, y á mediados del siglo XVI, en el *bobo* que figura en las farsas de Lope de Rueda, así como en el *simple* de que antes se habia valido en las suyas Juan del Encina; pero el gracioso picaresco y sútil, la parodia personificada de los caractéres heróicos de la comedia, el bribon dramático, es obra exclusiva de Lope; introdújole por primera vez en *La Francesilla*, en que el papel de Tristan, uno de los ancianos de la tribu, fué representado con gran éxito por Rios, célebre farsante de aquel tiempo [13]; acontecimiento que Lope refiere en 1620 en la dedicatoria de dicha comedia á su amigo Montalban, como ocurrido antes del nacimiento de este, y por consiguiente antes del año de 1602.

[13] Véase la dedicatoria de la «Francesilla» á Juan Perez de Montalban (Comedias, t. XIII, Madrid, 1620), donde dice lo siguiente: «Y nótese de »paso que esta es la primera comedia »en que se vió el gracioso, que después »se ha repetido tanto. Rios, hombre »único en su profesion, le represen»tó y es merecedor de esta memo»ria. Suplico á vuesamerced la lea »como cosa nueva, pues cuando la »escribí no érais nacido.» El gracioso generalmente tenia su nombre propio en el teatro español, como después le tuvo en el francés; así es que Calderon le llama con frecuencia Clarin, como Molière al suyo Sganarelle. El simple, que, como hemos dicho en el texto, es de los tiempos de Juan del Encina, y que sin duda se convirtió después en bobo, llamó la atencion del Dr. Alonso Lopez Pinciano, que le califica de ingenioso y agudo, y dice en su «Filosofía antigua poética» (1596, página 402): «Son caractéres que ordi»nariamente divierten y entretienen »mas que ningun otro de los que se »usan en las comedias.» El gracioso de Lope, lo mismo que lo demás de su teatro, tuvo por fundamento lo que antes habia existido en su género; pero él desenvolvió este carácter, le dió vida y color, y hasta le aplicó un nuevo nombre. (Don Quijote, de Clemencin, part. II, cap. 3, nota.)

Desde dicha época el gracioso se halla en casi todas las comedias de Lope, así como en casi todas las comedias españolas, de las cuales pasó primeramente al teatro francés, y después á todos los demás modernos. Pueden citarse como modelos acabados de este género el sacristan de *Los cautivos de Argel*, y los criados de *La noche de San Juan* y de *La hermosa fea*, en las cuales, como en otras muchas, están presentados los graciosos con suma destreza para ridiculizar las heróicas extravagancias y fanfarronadas de los principales personajes y para disculpar al autor, poniendo en boca de ellos las excusas de la crítica que merecia. Valiéndonos de la expresion que usa D. Quijote, al hablar acerca de este punto con el bachiller Sanson Carrasco, dirémos que son las personas mas agradables y chistosas de la comedia. Pero en cuanto á otros, cuyas inoportunas y pesadas gracias, sobrecargadas de majaderías y disparates, vienen á interrumpir escenas graves y trágicas, como sucede en *El casamiento en la muerte*, es forzoso confesar que si los exigia el gusto de la época, no hay nada en ningun tiempo que pueda justificarlos.

La última circunstancia que debe no echarse en olvido al estudiar los triunfos de Lope, es su estilo poético, el metro que adoptó, y sobre todo el uso que hizo de la poesía antigua y nativa de su patria. En este punto solo merece elogios, exceptuando pocas ocasiones en que, ansioso de conseguir aplausos, se abandonó á aquel estilo oscuro y afectado que tanto agradaba á la parte cortesana de su auditorio, y que él mismo condenó y ridiculizó con frecuencia [14].

[14] Son muy frecuentes las muestras de este mal gusto, y las hay en «El

Es indudable que la influencia de Lope sobre las masas del pueblo fué debida en cierto modo al encanto de su versificacion, porque su poesía, aunque á veces desaliñada é incorrecta, es siempre fácil, agradable, insinuante y llena de originalidad y frescura, y no es menos notable por su variedad, pues ningun metro echó en olvido de cuantos admite la lengua. Son frecuentes en sus obras las octavas reales; no escasean los tercetos, aunque usados con alguna mas parsimonia, y apenas se encuentra comedia en que no haya uno ó mas sonetos. El objeto de tanta variedad de metros era complacer á la parte mas escogida de su auditorio, que tenia á la sazon una pasion declarada por cuanto era italiano; y si bien Lope es á veces desgraciado, como cuando hace sonetos con eco [15], es preciso confesar que su poesía es en general grata, armoniosa y feliz.

Pero en punto á versificacion se advierte que, sin perjuicio del uso de las silvas, liras, quintillas y otros metros, Lope se fijó sobre todo en la medida de los antiguos romances ya en asonantes, ya en redondillas; y en esto procedió con mucho acierto. Las primeras tentativas dramáticas de la lengua castellana se resentian

cuerdo en su casa» (Comedias, t. VI, Madrid, 1615, fol. 105, etc.), en «La niña de plata» (Comedias, t. IX, Barcelona, 1618, fol. 125, etc.), en los «Cautivos de Argel» (Comedias, tomo XXV, Zaragoza, 1647, p. 241), y en otras muchas. Pero en cambio véase su crítica contra este abuso en sus «Obras sueltas», t. IV, pp. 459-482; la burla que de él hace en su «Amistad y obligacion» y en sus «Melindres de Belisa». (Comedias, t. IX, Barcelona, 1618.)

15 Los sonetos eran, segun parece, el plato favorito para la gente delicada y fina del auditorio; pero en general solo hay uno ó dos en cada comedia, aunque en la «Discreta venganza» (Comedias, t. XX, Madrid, 1629) son cinco. En «Los palacios de Galiana» (Comedias, t. XXIII, Madrid, 1638, fol. 256) hay uno muy malo con ecos, y otro en su «Historia de Tobías» (Comedias, t. XV, Madrid, 1621, fol. 244.) El soneto ridiculizando los sonetos, que está en «La niña de plata» (Comedias, t. XI, Barcelona, 1618, fol. 124), es ingenioso y se ha imitado en francés y en inglés.

de excesivamente líricas, y de demasiado artificiosas en su mecanismo poético, sobre todo aquellas coplas de pié quebrado que usaron Juan del Encina, Bartolomé de Torres Naharro y otros; si bien en esto, como en otras muchas cosas, reinaba á la sazon la mayor confusion en la poesía española. Pero Lope, haciendo el drama mucho mas narrativo de lo que antes habia sido, le fijó sobre la base del verdadero metro nacional; y aun se extendió á mas, introduciendo en él muchos romances antiguos y otros varios de su propia cosecha. Así, por ejemplo, en *El sol parado*, el maestre de Santiago, extraviado en un monte y no pudiendo hallar el camino que busca, se detiene y canta un romance [16], y en *La pobreza no es vileza* se inserta tambien uno hermosísimo que comienza:

Señor español,
¿Nos vais á la guerra?
La trompeta os llama,
La vitoria os lleva.

Pero es probable que Lope producia aun mayor efecto en el público [17] introduciendo trozos de romances vulgares y conocidos, ó al menos frecuentes alusiones á ellos. Sus comedias están llenas de estas reminiscencias; así, por ejemplo', en *El sol parado* y en la *Envidia de la nobleza* hay cierto sabor de romances moriscos, que tan populares eran en su tiempo: en la primera de ellas aprovechó los relativos á los amores de Gazul y de Zay-

16 «El sol parado». (Comedias, tomo XVII, Madrid, 1621, pp. 218-219.) El romance trae á la memoria la graciosa serranilla del marqués de Santillana, «Moza tan fermosa», etc.

17 «Pobreza no es vileza». (Comedias, t. XX, Madrid, 1629, fol. 61.)

da [18], y en la segunda los de las *Guerras civiles de Granada*, que pintan las enémistades y discordias de los dos poderosos bandos de Zegríes y Abencerrajes [19]. No menos evidente es el uso que hizo en *El último godo* [20], de los romances del rey D. Rodrigo; de los que tratan de los infantes de Lara, en varias de sus comedias fundadas sobre aquel trágico suceso [21], y de los de Bernardo del Carpio en *El casamiento en la muerte* [22]. El efecto producido en el auditorio por estos y otros recuerdos nacionales debió ser muy grande : así, cuando en su comedia de *Santa Fe*, llena de las hazañas y altos hechos de Hernan Perez del Pulgar, de Garcilaso de la Vega y de otros personajes ilustres y heróicos del sitio de Granada, uno de los interlocutores recita con una ligerísima alteracion aquel conocidísimo y sublime romance, que empieza :

Cercada está Santa Fe
Con mucho lienzo encerado;
Al rededor muchas tiendas
De seda, oro y brocado [23];

[18] Llegó su atrevimiento hasta tomar el célebre y bellísimo romance «Sale la estrella de Vénus», que está en el «Romancero general» y en las «Guerras civiles de Granada», y ponerle en diálogo. (El Sol Parado, «Comedias», t. XVII, Madrid, 1621, folios 223-224.)

[19] Del mismo modo se apodera del antiguo romance, «Reduan, bien se te acuerda», y le usa en la «Envidia de la nobleza». (Comedias, t. XXIII, Madrid, 1638, fol. 192.)

[20] Por ejemplo el romance del Romancero de 1555 que empieza: «Después que el rey Rodrigo», se encuentra al fin de la 2.ª jornada del «Ultimo godo». (Com., t. XXV, Zaragoza, 1647.)

[21] Compárese «El bastardo Mudarra» (Comedias, t. XXIV, Zaragoza, 1645, fol. 75-76) con los romances «Ruy Velazquez el de Lara» y «Llegados son los infantes»; y en la misma comedia el diálogo entre Mudarra y su madre (fol. 83) con el romance «Sentados á un ajedrez».

[22] «El casamiento en la muerte» (Comedias, t. I, Valladolid, 1604, folio 198 y siguientes); en donde se vale con toda libertad de los romances «¡Oh Belerma! oh Belerma!», «No tiene heredero alguno», «Al pié de un túmulo negro», «Bañando está las prisiones», y otros.

[23] Está en el último capítulo de «Las guerras civiles de Granada»; pero

sus palabras debian causar en el auditorio el mismo efecto que el eco de una trompa guerrera.

De todos modos, se ve que Lope entendia perfectamente el arte de captarse el favor y voluntad del público, y que supo fundar y levantar el edificio de su fama como primer poeta dramático de su tiempo. Poco ó nada alteró los principios en que se apoyaba el teatro antiguo, si es que los tenia; él mismo dice que llevó adelante la comedia segun la halló, sin aventurarse á seguir ciegamente las reglas del arte, porque si las hubiese observado, el público no hubiera hecho caso de él [21]. Valióse pues con toda libertad de los elementos desunidos, vagos y fluctuantes que halló en rededor de sí; pero solo en cuanto convenian á su propósito. La division en tres jornadas, tan poco conocida, que él mismo la atribuyó equivocadamente á Virués, siendo, como es, muy anterior; el romance que usaron Tárraga y otros dos ó tres autores, aunque con mucha timidez y desconfianza; el enredo principal y el subalterno, cuyas débiles huellas, perceptibles en los dramas de Torres Naharro, estaban ya del todo perdidas, todo esto lo abrazó Lope de un golpe con la mirada instintiva del

Lope, con una ligera alteracion en la frase, dice asi:

Cercada está Santa Fe
Con mucho lienzo encerado,
Y al rededor muchas tiendas
De terciopelo y damasco.

Hállase este romance en todas la colecciones y está fundado en el hecho de que, habiéndose abrasado el campamento cristiano, lleno de riquísimas tiendas, se convirtió muy pronto en una poblacion permanente y fortificada, que recibió el nombre de Santa Fe. Dentro de sus muros se firmó el despacho de Colon autorizándole para descubrir un nuevo mundo, y tambien se firmó la capitulacion de Granada. La imitacion de este romance por Lope se halla en su comedia «El Cerco de Santa Fe». (Comedias, t. 1, Valladolid, 1634, fol. 69.)

[21] Esto dice, sin duda para disculparse con los extranjeros, en el prólogo á «El peregrino en su patria», 1603, en que inserta una lista de las comedias que hasta entonces tenia escritas.

genio, y aglomerándolo y enriqueciéndolo con las fértiles y ricas invenciones de su lozana fantasía, supo crear un teatro que en su conjunto nada se parecia á lo que hasta entonces habia existido, aunque por otra parte, tan nacional, tan español y tan fuertemente asido á las tradiciones populares, que nadie después le ha podido conmover; y acabando por resumir en sí y dominar toda la literatura, de la cual formaba una parte lucida y brillante.

Los rápidos triunfos de Lope de Vega fueron, segun hemos visto, proporcionados á sus raros talentos y á la coyuntura favorable en que apareció: durante mucho tiempo no se oyó en el teatro sino su voz, y en los cuarenta ó cincuenta años que pasó escribiendo, nadie alcanzó ni con mucho su popularidad. Sus innumerables comedias y farsas, en todas las formas que exigian el capricho y la moda de su tiempo y permitia la autoridad, llenaban de gente los teatros de la capital y de las provincias; y fué tal el impulso que dió á las representaciones escénicas, que cuando empezó á escribir solo habia en Madrid dos compañías ambulantes, y á su muerte existian cuarenta, compuestas de cerca de mil personas [25].

No fué menor su nombradía en los países extraños: en Roma, Nápoles y Milan se representaban sus comedias en lengua castellana; en Francia é Italia se anunciaba su nombre á fin de atraer la gente á los teatros, aun cuando la comedia no fuese obra suya [26]; y se sabe

[25] Véanse los curiosos hechos que sobre este asunto contiene una nota de Pellicer al «Quijote», edic. de 1798, part. II, t. I, pp. 109-111.

[26] Así lo asegura el famoso poeta italiano Marini en su elogio de Lope. (Obras sueltas, t. XXI, p. 19.)

que al menos una vez, si no fueron mas, se representó una de ellas en el interior del serrallo de Constantinopla [27]. Pero ni toda esta popularidad, ni la multitud que le seguia por las calles ó salia á los balcones para verle y contemplarle cuando pasaba [28], ni el nombre de Lope, que se aplicó á todo lo bueno y exquisito en cualquiera materia [29], son una prueba tan convincente de sus triunfos dramáticos como el hecho de que con tanta frecuencia se lamentan él y sus amigos, de haberse escrito subrepticiamente muchas de sus comedias durante la representacion misma, y haberse después impreso y circulado por toda España, así como el de haberse publicado otras muchas con su nombre y representado en los teatros de provincia, sin que él mismo conociese ni aun los títulos de ellas hasta que salian al público [30].

Consecuencia natural de tal popularidad fué una fortuna considerable, porque los actores pagaban sus comedias con esplendidez [31], y además tuvo protectores y patronos de una magnificencia desconocida en nuestros dias, y por cierto no apetecible [32]. Pero Lope era rum-

[27] «Obras sueltas», t. VIII, pp. 94-96, y Pellicer «Notas al Quijote», part. I, t. III, p. 93.

[28] Esto lo dice el sermon que se pronunció en sus honras, celebradas en la parroquia de San Sebastian. (Obras sueltas, t. XIX, p. 329.)

[29] «Fr. Lope Félix de Vega, cuyo » nombre ha llegado á ser proverbio de » todo lo bueno», dice Quevedo en su aprobacion á «Tomé de Burguillos» (Obras sueltas, t. XIX, p. 19), y Montalban (t. XX, p. 53) asegura que era frase comun para elogiar algo decir que era de Lope, añadiendo este nombre para ponderar diamantes, joyas, pinturas, etc. Cervantes indica lo mismo en su entremés «La guarda cuidadosa».

[30] Desde 1603, y antes que publicase ninguna de sus comedias, empieza ya á quejarse de esto (Obras sueltas, t. V, p. 18), y vuelve á lo mismo en la «Egloga á Claudio» (Ibid., t. IX, p. 369), y en los prólogos de sus «Comedias» (t. IX, XI, XV, XXI y otros), como asunto que le molestaba mucho.

[31] Montalban fija el precio de cada comedia en 500 reales, y calcula que Lope recibió durante su vida 80,000 ducados. (Obras, t. XX, p. 47.)

[32] El duque de Sessa solo, además de muchos beneficios, dió á Lope en diversas ocasiones 24,000 ducados, y además un beneficio simple de 300 de renta al año.

boso y gastador en extremo, caritativo, y para sus amigos pródigo; por consiguiente vivió siempre con ahogos y apurado. Al fin de su *Jerusalen*, impresa en 1609, se queja del mal estado de sus negocios domésticos[33], y en su vejez dirigió una peticion en verso al despilfarrado Felipe IV, solicitando medios de subsistencia para él y para su hija[34]. A su muerte sus testamentarios hallaron que realmente era pobre; y sin embargo, considerado el valor relativo del metálico, no ha existido quizá poeta alguno que haya recibido tamaña recompensa de sus obras.

Al propio tiempo debe tenerse presente que nadie obtuvo un éxito tan completo y popular; porque, empezando por sus composiciones dramáticas, que son sus mejores trabajos, y pasando después á las épicas, que son las mas pobres[35], hallarémos que la suma total de sus obras, favorablemente recibidas del público segun salian de la imprenta, no ha tenido su igual en individuo ni época alguna; y si con arreglo á lo que él mismo dijo poco antes de espirar, tomamos en cuenta que la mayor parte de sus obras quedaron manuscritas[36], nos llenamos de

[33] «Jerusalen», lib. xx; las tres estancias últimas.

[34] «Tengo una hija (dice) y soy viejo; las musas me dan honra, pero no provecho.» (Obras, t. xvii, p. 401.) En el «Semanario pintoresco» de 1839 (p. 19) se inserta un extracto de su testamento: parece que Felipe IV prometió un empleo á la persona que casase con su hija; casóse en efecto, pero el Rey no cumplió su palabra.

[35] Como otros ilustres escritores, Lope propendia á mirar como bellas y perfectas algunas de sus obras que tienen escaso valor, y á despreciar otras que están muy acabadas. En el prólogo á sus «Comedias» (t. xv, Madrid, 1621) asegura que preferia sus poesías á sus comedias, las cuales, dice, «son flores silvestres del campo de » su ingenio que nacen y crecen sin es- » mero ni cultivo.»

[36] Esto se infiere de la «Fama póstuma» que publicó Montalban, y además lo dice claramente el mismo Lope en su «Egloga á Claudio», en estas palabras:

Pero puedo sin propia
Alabanza decirte
Que no es mínima parte, aunque es exceso,
De lo que está por imprimir lo impreso.

(Obras sueltas, t. ix, p. 369.)

admiracion y asombro antes de creerlo, buscamos naturalmente la explicacion del fenómeno, explicacion de suyo muy importante, por cuanto nos da la clave del carácter personal y fama poética de Lope. Héla aquí: ningun poeta ilustre y distinguido tuvo tanta facilidad de inventiva como él; en ninguno brilla el espíritu de la improvisacion con la espontaneidad y lozanía que en él. Este talento ha existido siempre en los países meridionales de la Europa, y en España produjo muy desde el principio resultados extraordinarios y muy notables: á él se debe sin duda alguna la invencion y perfeccion de los antiguos romances, improvisados en su orígen, trasmitidos y mejorados después por la tradicion oral; á él se deben las seguidillas, las boleras y otras formas de poesía popular que aun existen en España y que son diariamente creadas por la imaginacion fogosa y lozana de las clases bajas del pueblo, acomodándolas á cantos nacionales que á veces parecen llenar el espacio de la noche, como los rayos del sol iluminan el dia.

En tiempo de Lope la aficion á improvisar llegó á mayor altura que nunca; los actores tenian á veces que versificar de repente sobre asuntos que indicaba el auditorio [37]; y eran frecuentes los dramas improvisados con toda la variedad de metros que exigia el gusto de la época. Felipe IV, protector decidido de Lope, hizo representar algunos en su presencia, y no pocas veces

En efecto, apenas poseemos la cuarta parte de sus comedias; de cuatrocientos autos solo han quedado cuatro, y del «número infinito» de entremeses que se le atribuyen, no hay mas que veinte ó treinta.

[37] Bisbe y Vidal, «Tratado de comedias» (1618, fol. 102), habla «de las glosas que los representantes hacian de repente sobre piés que les daban los concurrentes al teatro.»

tomó parte en ellos [38]; y el famoso conde de Lémos, virey de Nápoles, que tanto favoreció á Cervantes, tenia, entre otras grandezas de su vireinato, una academia ó tribunal poético, cuyo principal ornato eran los dos Argensolas, y en que se improvisaban con brillante éxito composiciones dramáticas [39].

El talento de Lope de Vega fué indudablemente muy análogo al de la improvisacion, y produjo los mismos extraordinarios resultados, animado de igual espíritu y siguiendo el mismo camino. Dicen que escribia versos con tal facilidad, que un buen amanuense no podia seguirle con la pluma [40], y que componia en dos dias una comedia, que no alcanzaba el copiante á trascribir en el mismo tiempo. No era lo que hoy llamamos un improvisador ó repentista, porque su posicion social y su educacion literaria le llevaron naturalmente á la composicion escrita; pero siempre estuvo rayando con la jurisdiccion del improvisador; su mérito, sus errores, su facilidad, gracia, recursos, extravagancias, dislates, bellísima versificacion y fecunda fantasía, demuestran, á no dudarlo, que con haber soltado un poco mas la rienda á su ingenio, con haber dado mas holgura á su imaginacion y sentimientos, se hubiera fácilmente trasformado en un improvisador, y el primero quizá de cuantos han existido en el mundo.

38 Viardot, «Estudios sobre la literatura de España», Paris, 1835, 8.°, p. 339.

39 Pellicer, «Biblioteca de traductores españoles» (Madrid, 1778, 4.°, t. I. pp. 89-91), en la cual hay una curiosa relacion de D. Diego duque de Estrada, dando cuenta de una de estas funciones (una parodia de la fábula de Orfeo y Eurídice), celebrada en presencia del Virey y de su corte.

40 «Obras sueltas», t. XX, pp. 51-52.

## CAPITULO XIX.

**Quevedo.—Su vida, servicios y persecuciones.—Sus obras publicadas é inéditas.—Sus poesías.—El bachiller Francisco de la Torre.—Sus escritos en prosa, religiosos y didácticos.—El gran Tacaño.—Obras satíricas en prosa.—Sueños.—Carácter de este escritor.**

Don Francisco Gomez de Quevedo Villegas, contemporáneo de Lope de Vega y de Cervantes, nació en Madrid el año de 1580[1]. Su familia descendia de las montañas de Santander; circunstancia á que, como todos sus paisanos, aludia con suma complacencia[2]; su padre además desempeñaba un cargo de bastante importancia en la corte de Felipe II, y residia en ella cuando ocurrió el nacimiento de su hijo; lo cual fué muy favorable para el desarrollo de los talentos que á este adornaban. Lo único que sabemos de su adolescencia es que á la edad de quince años recibió el grado de bachiller en teología en la universidad de Alcalá, donde no solo aprendió las lenguas antiguas y modernas que

[1] El napolitano D. Pablo Antonio de Tarsia publicó en 1663, en Madrid, una larga vida de Quevedo, que se insertó en el tomo x de la edicion de las obras de este autor, publicada por Sanchez, que es la mejor. (Madrid, 1791-94, dos tomos 8.°) Pero hay en Baena otra que, si bien es mas reducida, da mejores noticias. (Hijos de Madrid, t. II, pp. 137-154.)

[2] Hablando del presidente Acevedo, hombre de gran poder é influencia, en sus «Grandes anales de quince dias», dice: «Porque siendo yo montañés, nunca le fuí á regalar la ambicion que tenia de mostrarse, por su calidad, superior á los que en aquellos solares no reconocemos á nadie.» (Obras, t. XI, p. 63.)

podian serle mas útiles, sino que extendió sus estudios al derecho civil y canónico, á las matemáticas, medicina, política y otros varios ramos del saber humano, manifestando así desde un principio que aspiraba á una instruccion casi universal. En efecto, llegó á poseerla en alto grado, como lo demuestra la inmensa erudicion y copia de noticias que se encuentran en todas sus obras, y son un testimonio irrecusable de su felicísima memoria y asiduidad en el estudio.

A su vuelta de la universidad, se conoce que entabló relaciones con los autores mas distinguidos y los caballeros mas apuestos y galanes de su tiempo; pero una aventura en que se vió envuelto á fuer de hombre de honor, estuvo á pique de cortar en flor sus proyectos y esperanzas. Una dama respetable que estaba rezando en una iglesia de Madrid fué groseramente insultada en su presencia; defendióla Quevedo como caballero, aunque tanto el agresor como la víctima le eran completamente extraños y desconocidos; siguióse al lance un desafío, y Quevedo tuvo la suerte de salir vencedor, quedando muerto de una estocada su contrario, que después resultó ser persona de distincion. Este suceso le obligó á fugarse y buscar un asilo en Sicilia, donde poco después fué invitado á la esplendida corte del duque de Osuna, á la sazon virey de aquella isla por Felipe III, el cual, distinguiéndole entre otros, le confió el despacho de varios asuntos diplomáticos del mayor interés, así como el de otros negocios que, segun nos refiere su sobrino, eran tales, que envolvian riesgo de la vida y exigian valor personal.

Al concluir el vireinato del Duque, Quevedo pasó á

Madrid con plenos poderes para confirmar á la corona los servicios prometidos por la isla y para ofrecer aun mayores subsidios. Mensajero de tan buenas nuevas no podia ser mal recibido, y así es que luego se olvidó el lance pasado y se le concedió una pension de cuatrocientos ducados anuales, volviendo colmado de satisfacciones y de honores á presencia de su favorecedor, quien habia ya sido agraciado con el cargo mas importante y agradable de virey de Nápoles.

Luego confió el Duque á Quevedo la administracion de la hacienda; puesto que este desempeñó con tanta destreza como honradez y buen acierto, aumentando los recursos del erario sin echar mano de nuevos gravámenes; encargósele tambien en Roma una negociacion grave y de mucho interés; y en 1617 volvió segunda vez á Madrid, donde fué recibido por el Rey con la mayor bondad y premiado con el hábito de Santiago. A su vuelta á Nápoles, y durante los nueve años que residió fuera de España, Quevedo celebró tratados con Venecia, Saboya y el Papa, y estuvo constantemente ocupado en asuntos difíciles y delicados, tocantes á la administracion y gobierno del duque de Osuna.

Pero llegó el año de 1620 y la escena cambió. El Duque cayó estrepitosamente, y todos sus agentes y allegados quedaron envueltos en su ruina. Quevedo pasó desterrado á sus haciendas patrimoniales de la Torre de Juan Abad, donde permaneció preso y encerrado tres años y medio, al cabo de los cuales fué puesto en libertad, sin que se le hubiese formado causa ni acusado de delito alguno. Este acontecimiento le fué, sin embargo, muy provechoso, pues le curó radicalmente de todo

anhelo de honores públicos y favores cortesanos; así es que no quiso admitir el puesto de secretario de Estado ni el de embajador en Génova, que le fueron ofrecidos, aceptando únicamente el simple título de secretario del Rey, y resolviendo dedicarse exclusivamente al cultivo de las letras, como en efecto lo hizo.

Casó Quevedo en 1634, pero quedó muy pronto viudo y solo para luchar con los trabajos y sinsabores de que aun se hallaba rodeado. En 1639 aparecieron en la misma servilleta del Rey, y á tiempo que iba á sentarse á la mesa, unos versos satíricos, que sin la menor averiguacion ni pesquisa fueron luego atribuidos á Quevedo. Esto bastó para que le prendiesen con toda prontitud y sigilo, á media noche, en el palacio del duque de Medinaceli, de donde fué trasladado al convento de San Márcos de Leon. Allí, encerrado en un cuarto húmedo y reducido, su salud se alteró y él contrajo enfermedades y dolencias de que no volvió á reponerse enteramente; además, destruido y devorado por diligencias judiciales el resto de su corto patrimonio, llegó á tener que mendigar el necesario sustento. No faltan datos para sospechar que tuvo parte en esta cruda persecucion el famoso conde-duque de Olivares, favorito corrompido de aquellos tiempos; y la cólera que este proceder debió naturalmente excitar en Quevedo se encuentra explicada en dos papeles contra aquel ministro, que la voz pública ha atribuido siempre á nuestro autor, y que están llenos de hiel y de amargura [3]. Una carta,

[3] El primero de ellos es un papel muy curioso intitulado «Caida de su privanza y muerte del conde-duque de Olivares», inserto en el «Semanario erudito» (Madrid, 1787, t. III); y el otro, «Memorial de D. Francisco de

tambien muy elocuente y sentida, que después de dos años de prision escribió al mismo Conde-Duque, merece tomarse en cuenta, pues en ella, después de haber apelado sin fruto á la justicia y conciencia de su perseguidor, exclama con el acento de la desesperacion: «Ni la clemencia puede añadir muchos años á mi vida, ni el rigor quitarla muchos» [4]. Llegó por fin el dia de la desgracia del privado, que marchó á un destierro en medio del regocijo universal del vecindario de Madrid, y á este suceso siguió naturalmente la libertad de Quevedo, habiéndose averiguado ser de otro poeta los malaventurados versos [5] que él purgó con cuatro años de encierro y de sufrimientos injustos é inauditos.

Pero la reparacion y la justicia llegaron tarde. Quevedo permaneció algun tiempo en Madrid rodeado de sus amigos y trabajando por recuperar alguna parte de su deshecha fortuna; mas no pudiendo conseguirlo ni subsistir en la corte, se retiró al país de donde era oriundo, llevando por do quiera sus dolencias, y su espíritu quebrantado por tantos disgustos y pesadumbres, hasta que murió, cansado de la vida, el año de 1645 [6].

Considerado como escritor, Quevedo buscó la gloria y la fama en un sinnúmero de géneros, recorriéndolos casi todos, desde la teología y la metafísica hasta la no-

Quevedo contra el conde-duque de Olivares», en la misma coleccion, tomo xv.

[4] Esta carta, muchas veces impresa, está en las «Cartas morales» de Mayans. (Valencia, 1773, 12.°, t. I, p. 151.) Otra carta escrita á su amigo Adan de la Parra pinta su sistema de vida en la prision, y manifiesta que era muy laborioso y amigo del trabajo: este fué su principal recurso mientras estuvo encerrado en Sau Márcos de Leon. (Semanario erudito, t. I, p. 65.)

[5] Sedano, «Parnaso español», tomo IV, p. 31.

[6] Su sobrino, en el prólogo al tomo II de sus «Poesías» (Madrid, 1670, 4.°), dice que su tio murió de dos apostemas que se le formaron durante la última prision.

vela picaresca y la jácara de los gitanos; mas como en las dos veces que fué preso, el Gobierno se apoderó de todos sus papeles, y como además en medio de la vida agitada y llena de azares y contratiempos que vivió, se le extraviasen muchos, es de creer que solo se conserve una pequeña parte de sus escritos. Su amigo Tarsia dice que la mayor parte de su obras quedó inédita, y sabemos que tanto en la Biblioteca Nacional de Madrid como en otras colecciones públicas y particulares, se conservan aun muchos escritos de su puño y letra [7]. Los impresos ocupan once tomos gruesos, ocho de prosa y tres de poesías; dejándonos probablemente pocos motivos para sentir la pérdida de los restantes, á no ser quizá sus comedias, de las cuales dos se representaron, segun dicen, en Madrid con mucho aplauso en su tiempo [8].

En punto á versos, sabemos de positivo que él mismo no publicó ningunos con su nombre, exceptuando los pocos comprendidos en sus pobres traducciones de Epicteto y Focilides; pero en la curiosa y agradable coleccion de su amigo Pedro de Espinosa, intitulada *Flores de poetas ilustres*, é impresa cuando Quevedo tenia solo veinte y cinco años, se encuentran ya algunas composiciones suyas cortas. Esta fué, sin duda, la primera vez que su nombre sonó como autor, y merece notarse que el conjunto de dichos versos anuncia ya su futuro

[7] «Obras», t. x, p. 45, y Nicol. Ant., «Bibliot. Nov.», t. I, p. 463. Hay muchas obras suyas sueltas en el «Semanario erudito», tt. I, III, VI y XV.

[8] Además de estas comedias, cuyos títulos ignoramos, escribió con Don Antonio de Mendoza, á ruegos del conde-duque de Olivares, que despues le trató tan mal, una comedia intitulada «Quien mas miente, medra mas», para representarse en la suntuosa funcion con que aquel famoso ministro obsequió á Felipe IV la noche de San Juan del año de 1631. Ya hemos hablado de esto al tratar de Lope de Vega.

carácter poético, y que dos ó tres composiciones son ensayos muy felices é ingeniosos, entre otras la que empieza :

Poderoso caballero
Es don Dinero.

Pero aunque tan escaso anduvo en publicarlos, dicen que el número de versos hallados á su muerte fué muy grande y mayor aun que el que después de algunos años pudo encontrarse entre sus papeles [9]. Siendo la causa probable de esta pérdida el que, segun aseguran, poco antes de morir encomendó sus escritos al santo tribunal de la Inquisicion, para que un exámen maduro y detenido enmendase en ellos lo que creyese conveniente [10].

Publicáronse pues los que fué posible hallar, una parte por su amigo Gonzalez de Salas, 1648, y el resto, aunque muy incorrectamente, por su sobrino Pedro de Alderete, en 1670, con el conceptuoso título de *El parnaso español, dividido en dos cumbres, con las nueve musas castellanas :* coleccion muy variada, y en la que no siempre están colocadas las composiciones conforme á su asunto, hallándose á menudo bajo el nombre de una musa versos que en realidad correspondian á otra. Las poesías son en general cortas; abundan extraordinariamente los sonetos y romances, y tampoco falta

9 « Ni la vigésima parte de sus versos se ha salvado, cuando eran muchas las personas que los conocieron en vida del autor, y cuando, merced á un trato íntimo y continuo, los he tenido mil veces en mis manos », dice Gonzalez de Salas en el prólogo á la primera parte de las « Musas de Quevedo », 1648.

10 Prólogo al t. VII de las « Obras ». El índice expurgatorio de 1667, p. 425, recuerda con satisfaccion la súplica del autor moribundo para que se suprimiesen casi todas sus obras, tanto impresas como manuscritas.

buen número de canciones, odas, elegías, sátiras de todas clases, idilios, quintillas y redondillas; hay además cuatro entremeses que valen muy poco y el fragmento de un poema sobre el asunto de Orlando Furioso, escrito á la manera del Berni, aunque llevada la caricatura hasta el exceso.

De las nueve partes ó divisiones que abraza la coleccion, la mas larga es la *Talía*, musa que, como es sabido, presidia á la comedia y á la gracia y donaire rústico: así pues lo mas notable de ella respira sal cómica, viva, aunque grosera, y revela la intencion de imitar á los poetas satíricos de la antigüedad clásica, particularmente á Juvenal y á Persio; todo ello mezclado con equívocos, retruécanos y alusiones, sin duda de fácil inteligencia en aquel tiempo, aunque no tanto en el nuestro [11]. Sus sonetos burlescos, imitando á los italianos del mismo género, son los mejores que se han escrito en lengua castellana y se distinguen además por cierto humor cáustico mezclado á grande ingenio. Tambien deben colocarse en lugar preferente algunos de sus romances cortos, y los quince que escribió en el dialecto rudo y singular de los gitanos; composiciones que han sido desde entonces el deleite de sus paisanos, sobre todo de las clases bajas, y que hasta hace poco, ó tal vez hoy mismo, se oyen mezcladas con otras canciones populares al son de la guitarra y en boca de los trajinantes y soldados por toda España [12]. En la sátira

[11] «Los equívocos y las alusiones »suyas, dice su editor en 1648, son »tan frecuentes y multiplicados aquellos y estas, aun en un solo verso y »aun en una palabra, que es bien infalible que mucho número sin advertirse se haya de perder.» (Obras, t. VII, elogios, etc.)

[12] Están al fin del tomo VII de las «Obras» y en los «Romances de ger-

grave Quevedo siguió las huellas de Juvenal, y en las que escribió contra las costumbres de los castellanos y los peligros del matrimonio se muestra discípulo feliz y aventajado de aquel poeta [13]. Tiene tambien poesías amatorias y sagradas, llenas de melancolía, ternura y sentimiento [14], y en el género didáctico se ostenta á veces tan robusto como grave y sublime [15].

El principal defecto de Quevedo, prescindiendo de la licencia é inmodestia de algunos de sus versos y de la oscuridad y extravagancia que afean á otros, es el uso de voces y frases bajas, ignobles y antipoéticas del todo. Si hoy dia fuéramos llamados á juzgar con imparcialidad del mérito de sus obras, diriamos que la falta arriba indicada debe atribuirse á dos causas: primera, al descuido con que generalmente escribia, y segunda, á una teoría falsa y equivocada, pues buscando el vigor y la fuerza, cayó á menudo en la afectacion. Mas no por eso le tratariamos con severidad: Quevedo escribió mucho y con extraordinaria facilidad, pero no quiso nunca imprimir, declarando su intencion resuelta de corregir y preparar sus poesías para darlas convenientemente al público cuando la quietud de ánimo y el reposo se lo permitiesen. Desgraciadamente nunca logró ver cumplidos sus deseos en este punto, y así no es de ex-

manía», de Hidalgo. (Madrid, 1779, 12.º, pp. 226-295.) De los romances merece especial mencion el de «Padre Adan, no lloreis duelos» (t. VIII, página 187), y el de «Dijo á la rana el mosquito» (tomo VII, p. 514).

13 «Obras», t. VII, pp. 192-200; y VIII, pp. 533-550. La última es algo cruda, pero no llega ni con mucho á la licencia y torpeza de su modelo.

14 Véase la cancion «Pues quita primavera al año el ceño» (t. VII, página 323), y algunas poesías en la musa «Erato», dirigidas á Fili, que fué sin duda alguna dama á quien tuvo particular aficion.

15 Especialmente en la silva «Al sueño» y en la cancion «A las estrellas», t. IX, p. 296 y 338.

trañar se encuentren en sus obras trozos brillantes de poesía la mas pura é ingeniosa al lado de un cúmulo de versos inútiles, defectuosos y á veces ininteligibles.

Solo una vez publicó Quevedo un tomo pequeño de poesías, que se han supuesto suyas, aunque no las anunció como tales: la ocasion era digna de su ingenio, y el resultado correspondió completamente. Hacia algun tiempo que la poesía española estaba atacada de una especie de afectacion ó amaneramiento, que fué desde luego designada bajo el nombre de cultismo ó estilo culto: cuando tratemos de sus mas distinguidos sectarios, tendrémos ocasion de explicar su extravagante carácter; ahora baste decir que en tiempo de Quevedo dicha manía llegó á su apogeo, y que notando lo absurdo y monstruoso de ella, aquel acudió al inagotable arsenal de sus burlas y donaires, y lanzó contra la nueva peste varias composiciones en prosa y verso, y entre otras, un juguete intitulado *Aguja para navegar cultos*, y una sátira en prosa *La culta latiniparla* [16].

Viendo, sin embargo, que el mal se arraigaba hondamente en el gusto del público, y que era preciso buscar antídotos contra él en modelos de poesía pura, castiza y flúida, Quevedo imprimió en 1631, además de las poesías de Fr. Luis de Leon, que dió á luz en el mismo año, un volúmen pequeño que anunció como *Poesías del Bachiller Francisco de la Torre*, persona á quien asegura en el prólogo no haber conocido nunca, y con cuyos manuscritos tropezó casualmente, segun dice, en una

16 Hay entre sus poesías varias contra el culteranismo. (Poesías, t. VIII, pp. 82, etc.) La «Aguja de navegar cultos» está en el t. I, p. 415, y á continuacion «La culta latiniparla».

librería, revestidos de la aprobacion de D. Alonso de Ercilla; razon por la cual suponia fuese el antiguo poeta de este nombre citado por Boscan cien años antes. Esta obrita es mas importante por su mérito que por su volúmen; contiene sonetos, odas, canciones, elegías y églogas, escritas muchas de ellas con la gracia y sencillez de los primitivos tiempos; llenas de pensamientos nobles, fáciles y naturales, expresados en una versificacion rotunda y armoniosa; en una palabra, es una de las joyas de la literatura poética española [17].

Ni al tiempo de su publicacion ni mucho después sospechó ninguno que estas poesías pudiesen ser de otro que del personaje desconocido cuyo nombre aparecia en la portada, hasta que en 1753 D. Luis José Velazquez, autor de los *Orígenes de la poesía española*, publicó una segunda edicion de esta obra, atribuyéndolas á Quevedo [18]; hecho que desde entonces ha sido frecuentemente mencionado, admitido por unos y negado por otros, sin que hasta ahora nadie haya discutido imparcialmente los fundamentos que Velazquez tuvo para consignar dicha opinion, ni se haya examinado cual conviene la validez de sus razones [19].

[17] Hay quizá en las poesías del Bachiller Francisco de la Torre demasiada imitacion del Petrarca y de la escuela italiana; pero no solo las juzgamos agradables y bellísimas, sino llenas de espíritu verdaderamente nacional, de ternura y de amor á la naturaleza. Podemos citar como ejemplo la oda «Alexis que constaria» (página 17 de la edicion de Velazquez); la verdaderamente Horaciana, «O tres y cuatro veces venturosa» (p. 44); la descripcion del amanecer y el soneto á la primavera (p. 12). Tambien la primera égloga, y casi todas las endechas, que están en flúidos y armoniosos versos adónicos, son muy notables; tiene algunas composiciones líricas sin rima y en antiguos metros, algunas poco felices, pero nunca desnudas de atractivos y bellezas.

[18] «Poesías que publicó D. Francisco Quevedo Villegas, caballero del órden de Santiago, señor de la torre de Juan Abad, con el nombre del Bachiller Francisco de la Torre». Añádese en esta segunda edicion un discurso en que se descubre ser el verdadero autor el mismo D. Francisco de Quevedo, por D. Luis Josef Velazquez, etc. (Madrid, 1753, 4.°)

[19] Quintana lo niega en su intro-

La cuestion es verdaderamente una de las mas curiosas, considerada literariamente; pero es muy difícil resolverla con acierto. Los argumentos en que se apoya el hecho de que las poesías publicadas por Quevedo son realmente obra del desconocido bachiller Francisco de la Torre, se fundan : primero, en la aprobacion que de ellas dió Ercilla[20], la cual, aunque mencionada por Valdivieso y Quevedo, nunca se ha impreso; y segundo, en que el color y tono que en ellas reina es muy distinto del que se observa en los versos de Quevedo; en que las poesías atribuidas al bachiller versan sobre asuntos mas graves, y por último, en que están escritas en estilo mas puro y castizo, contrastando singularmente con la manera falsa y afectada de que su mismo editor se valia frecuentemente, aun cuando con la publicacion de dichas poesías se propuso corregir tan grave mal. Por otra parte, puede alegarse que el supuesto bachiller no era el Bachiller La Torre de quien hablan Boscan y Quevedo, el cual vivió en el reinado de los Reyes Católicos, y cuyos versos rudos é informes se leen en los antiguos Cancioneros de 1511 á 1573[21]; que al contrario, la es-

duccion á las «Poesías castellanas» (Madrid, 1807, 12.º, t. I, p. 39); lo mismo opina D. Ramon Fernandez (ó sea D. Pedro Estala) en su coleccion de «Poesías castellanas» (Madrid, 1808, 12.º, t. IV, p. 40), y lo que es mas notable, Wolf sigue el mismo parecer en el «Anuario de literatura». (Viena, 1835, t. LXIX, p. 189.) Siguen la bandera opuesta Sedano, en su «Parnaso Español»; Baena, «Hijos de Madrid, Vida de Quevedo.» Luzan, «Poética», y Bouterweck en su «Historia». Martinez de la Rosa y Bohl de Faber dejan intacta la cuestion, sin aducir razones en pro ni en contra. En el texto y en las notas que le acompañan pueden ver nuestros lectores que hemos fijado la cuestion en términos claros y precisos, y que consideramos como autor verdadero á Quevedo : si no lo fué, sabia al menos quién lo era, y quiso tener el gusto de ocultar su nombre al público.

20 Ercilla murió hácia 1595, treinta y seis años antes que se publicasen estas poesías y cuando Quevedo tenia quince de edad.

21 No es fácil decir quién fuese el Bachiller La Torre que menciona Boscan. Velazquez (prólogo, p. 5) cree fuese el Bachiller Alfonso de la Torre,

tructura de las poesías publicadas por Quevedo, su entonacion, pensamientos, imitaciones del Petrarca, versificacion y estilo, excepto algunas voces anticuadas, puestas quizá con estudio, son del mismo tiempo en que se imprimieron; que entre las composiciones de Quevedo hay algunas que prueban cuán cápaz era de escribir cualquiera de las atribuidas al Bachiller; y finalmente, que hasta el nombre mismo de Francisco de la Torre era solo un disfraz ingenioso del suyo propio, pues era en efecto bachiller graduado en Alcalá, se llamaba Francisco, y poseia el señorío de la villa de la Torre de Juan Abad, donde residia algunas temporadas y donde estuvo dos veces desterrado [22].

De lo dicho resulta, á no dudarlo, que hay en el asunto un misterio que nunca será posible poner en claro; de suerte que habrémos de venir á parar á uno de dos extremos: ó las poesías en cuestion son obra de algun contemporáneo y amigo de Quevedo, cuyo nombre sabia y ocultó; ó él mismo las entresacó de sus propios borradores inéditos, escogiendo aquellas con que mejor pudiese engañar al público, ocultando su orígen, y buscando las de mejor gusto y mas acabadas para atacar con ellas la poesía afectada y ridícula que tan en boga estaba á la sazon. Sea quien fuere el autor de ellas, lo cierto es que en nada desmerecen de las de los mejores

autor de la «Vision deleitable», que floreció hácia 1465, y de quien ya hemos hablado; y Baena (Hijos de Madrid, t. IV, p. 417) opina pueda ser un Pedro Diaz de la Torre, consejero de los Reyes Católicos, que murió en 1504. Pero en ninguno de los dos casos corresponde el nombre de bautismo con el del bachiller de Quevedo, que se llamaba Francisco de la Torre, ni la forma, carácter y pensamiento, de las pocas poesías del Pedro Diaz que inserta el «Cancionero» de 1573, fol. 124-127, tienen la menor analogía con las publicadas por Quevedo.

[22] Estuvo allí desterrado en 1628 seis meses, y antes, en 1620, habia estado preso. (Obras, t. x, p. 88.)

ingenios de la brillante época [23] en que salieron á luz.

Pero sus principales escritos, los que le dieron la reputacion que disfruta en España y fuera de ella, son sus obras en prosa. Hablarémos ligeramente de las serias y graves. Consisten estas en un tratado de la Providencia, en el que hay un *Discurso sobre la inmortalidad del alma;* otro tratado dirigido á Felipe IV, con el extraño título de *Política de Dios y gobierno de Cristo*, en que el autor procura deducir del ejemplo del Salvador un cuerpo de doctrina completo de filosofía política; dos tratados sobre la vida santa y la vida militante del cristiano, y las biografías de San Pablo y Santo Tomás de Villanueva. Estas y las traducciones de Epitecto y Focilides, de Anacreonte, de la obra de Séneca *De remediis utriusque fortunæ*, y del Marco Bruto, de Plutarco, con otras del mismo género, parece le fueron inspiradas por los trabajos y persecuciones que sufrió, y ocuparon las horas de ocio en sus prisiones y encierros. Como lo indican sus títulos, son mas bien teológicas y metafísicas que literarias; pero siempre muestran el espíritu y carácter de sus poesías serias, siempre ostentan la misma brillantez, el mismo gusto por la extravagancia y por la hipérbole, con algunos trozos llenos de dignidad y elocuencia que asoman de vez en cuando. Hay tambien en muchas ocasiones erudicion pedantesca y cansada [24].

[23] Una de las circunstancias sospechosas que acompañan á la primera publicacion de las obras del Bachiller Francisco de la Torre, es que uno de los aprobantes fuéVander Hammen, quien hizo al público una especie de jugada de que acusan á Quevedo, pues escribió un sueño que hasta hoy dia corre entre las obras de este autor. El otro aprobante fué Valdivielso, escritor y crítico del siglo XVII, cuyo nombre suena con frecuencia en aquel tiempo, pero de poca autoridad, pues no dice viese el manuscrito ni la aprobacion de Ercilla. En cuanto á Vander Hammen, véase lo que decimos de él mas adelante.

[24] Estas obras, la mayor parte teo-

No sucede lo mismo con su prosa satírica; por ella es conocido y por ella será su nombre memorable en todo el mundo: su obra mas extensa de esta clase es la *Vida y aventuras del gran Tacaño*, impresa por la primera vez en 1627; pertenece al género de la novela picaresca, inventado por D. Diego Hurtado de Mendoza, en su *Lazarillo de Tormes;* y no obstante la rapidez y desaliño con que está escrita, demuestra mas talento y gracia que cualquiera de las de su clase, excepto tan solo el modelo ya mencionado. Pinta, como todas, la vida de un muchacho holgazan, flojo y desvergonzado, aunque lleno al mismo tiempo de chispa y agudeza, que empieza por vivir con la hez de la sociedad; á pesar de su ingenio y esfuerzos no consigue mejorar su suerte, porque todas sus gracias, su viveza y sus pilladas no le sirven mas que para mantenerse é ir pasando, en términos de que si por una casualidad sus recursos le llegan á poner en situacion aventajada, es luego conocido y cae estrepitosamente, hundiéndose en el fango de donde habia salido. Hay en ella trozos sumamente sucios y obscenos, y en una ó dos ocasiones llega á picar en blasfemia. La caricatura está perfectamente sostenida en medio de un océano de equívocos, retruécanos; y la obra toda respira un espíritu extraordinario de amargura y acrimonía, advirtiéndose por do quiera el sarcasmo mas cruel contra la sociedad y sus distinciones. Hay en ella aventuras amorosas perfectamente imaginadas y descritas, pero el libro es poco grato y

lógicas, metafísicas y ascéticas, ocupan seis de los once tomos impresos por Sancha (Madrid, 1781-94), en que se reunieron las obras de Quevedo, y forman las prosas didácticas.

simpático; hasta las mismas escenas de universidad en que el autor pinta de mano maestra los alborotos y travesuras de los estudiantes, las raterías de los cortabolsas ó las bulliciosas aventuras de los cómicos de la legua, gente alegre y sin aprension, en medio de estar admirablemente trazadas, afligen mas que complacen, porque la sátira es demasiado cruda y amarga para proporcionar solaz y entretenimiento [25].

El mismo carácter se observa en todas sus sátiras en prosa, que se presume escribió, ó al menos publicó, en época determinada de su vida, ó sea en el intervalo de sus dos largas prisiones, después que la primera hubo excitado su indignacion contra una sociedad que podia mirar impasiblemente la horrible injusticia que sufria, y antes que los rigores de la segunda quebrantasen su ánimo y su cuerpo. Distínguese entre ellas el *Libro de todas las cosas y otras muchas mas*, ataque robusto contra el pedantismo y la seudo-sabiduría; el *Cuento de cuentos*, burla sangrienta contra el abuso de los refranes, y la *Pragmática del tiempo*, cuyo objeto parece fué atacar

[25] Watt, en su «Biblioteca», artículo «Quevedo», cita una edicion de «El gran Tacaño», de Zaragoza, 1626; pero en ninguna otra parte la hemos visto citada, ni conocemos ninguna anterior á la de 1627. Desde entonces se han hecho muchas del original, tanto en España como fuera de ella. Tradújola al italiano P. Franco en 1634; al francés Genest, célebre traductor de aquel tiempo, en 1644, y al inglés un anónimo, en 1657. Después se han hecho muchas mas traducciones, de las cuales hemos visto una, que creemos la mas moderna, y es la francesa de A. Germond de Lavigne. (Paris, 1843, 8.°) La version está hecha con vigor y valentía, pero el traductor ha introducido en ella trozos que no son de Quevedo, y entre ellos un cuento de Salas Barbadillo. Tambien se advierten en ella varias adiciones de poca monta, omisiones y alteraciones, unas quizá convenientes, vista la demasiada licencia del original, otras que no lo son tanto; á lo que se añade que el traductor la puso un final de su cosecha, mas propio de la escuela sentimental y extravagante de Víctor Hugo, que no de Quevedo. Hay tambien una traduccion inglesa en una coleccion de obras escogidas de Quevedo, impresa en Edimburgo, 1798, tres tomos 8.°, y otra alemana en el «Almacen de literatura española y portuguesa de Bertuch» (Dessau. 1781, 8.°, t. II); pero ninguna de ellas se recomienda por la fidelidad.

lo que mas ocupaba el pensamiento del autor al escribirla. Pero dejemos estas y otras obras de la misma especie, para tratar de las mas importantes y conocidas [26].

Intitúlase la primera *Cartas del caballero de la Tenaza*, y consiste en veinte y dos cartas de un avaro á su dama, negándose á toda insinuacion ó peticion de dinero, bajo cualquier forma que le sea enviada, así como á costear diversiones que produzcan el menor gasto. Nada hay comparable al ingenio y habilidad con que el protagonista defiende su inmundo vicio, cuya fealdad y ridiculez resaltan mas de este modo [27].

Llámase la siguiente *La fortuna con seso y la hora de todos*, y es un apólogo bastante largo, en que Júpiter, rodeado de las demás deidades del Olimpo, llama á su presencia á la fortuna y le pide cuenta de las injusticias que diariamente comete en los negocios del mundo. Esta se defiende briosamente y con gran destreza, y entonces el Padre de los dioses determina hacer la experiencia de una hora, dando á todos los seres humanos su merecido. Se ve por esto que el fondo de la ficcion es presentar la confusion y desórden que esta hora produce en la especie humana, trasformando el médico en verdugo, haciendo cargar al casamentero con la mujer fea que tenia dispuesta para otro, é introduciendo en las relaciones é intereses de los pueblos, como por ejemplo entre Francia y España, tal desconcierto y

[26] Están en los tomos I y II de la edicion de Madrid, 1791, 8.°

[27] Las «Cartas del caballero de la Tenaza se imprimieron por primera vez, si no nos equivocamos, en 1635; y hay una excelente traduccion en el t. I del «Almacen de Bertuch», literato muy laborioso, amigo de Musäus, Wieland y Goethe, cuyas traducciones y trabajos desde 1769 á 1780 contribuyeron mucho á propagar en Alemania el gusto y aficion á la literatura española.

violencia, que Júpiter, de acuerdo con los demás dioses, se decide por último á restituir á la fortuna su autoridad é imperio; con lo cual vuelven todas las cosas á su curso ordinario. El apólogo en su mayor parte está escrito con gracia y desenfado; y la invencion, por otra parte, es felicísima; pero échase de menos el sarcasmo habitual de Quevedo, lo cual hace presumir que, aunque impresa algunos años después de su muerte, la obra se escribió probablemente en su juventud y antes de que empezaran sus persecuciones [28].

Pero toda la severidad y hiel que se echan de menos en esta fábula caprichosa, se encuentran de sobra en sus *Sueños*, que son cinco ó seis, algunos de los cuales parece publicó sueltos poco después de su primer encarcelamiento y todos reunidos en 1635 [29]. Nada mas libre y variado que sus asuntos y el modo de tratarlos: el uno llamado *El alguacil alguacilado*, critica amargamente á los ministros inferiores de justicia, suponiendo con mucha gracia que uno de ellos está endemoniado y

[28] No conocemos edicion de «La fortuna con seso» anterior á la de Zaragoza, 1650, 12.°; y como D. Nicolás Antonio dice que es obra póstuma, es de suponer sea la primera: anúnciase como traducida del latin de Rifrossrancot Viveque Vasgel Duacense, anagrama bastante imperfecto de Don Francisco Quevedo Villegas.

[29] Uno de los sueños tiene la fecha de 1608, que es el de «Las zahurdas de Pluton»; pero ninguno, que sepamos, se imprimió hasta 1627, y los seis juntos salieron á luz en Barcelona en 1635 en un tomito que contenia várias obras satíricas con el título de «Juguetes de la fortuna». Tradújolos al francés, y los imprimió en 1641, Genest, y al inglés con mucha libertad Sir Roger L'Estrange, quien los publicó en 1688 con tal aceptacion, que en 1708 se hizo en Lóndres la décima impresion de ellos, y creemos que aun las haya posteriores. Esta traduccion sirvió de base á la que se encuentra en el t. I de las «Obras de Quevedo» (Edimburgo, 1798) y en los «Novelistas de Roscoe» (1832, t. II). Cuantas traducciones hemos visto de los sueños valen poco: la mejor es la de L'Estrange, ó al menos la mas animada; pero es infiel, unas veces á sabiendas, y otras por ignorancia. La popularidad de sus traducciones se explica por las atrevidas adiciones que hacia y porque tenia gran talento para acomodar las sales y donaires del original á los vicios y errores dominantes en la sociedad inglesa de su tiempo.

que el diablo que se ha apoderado de él se desespera y rabia por la comision que ha recibido de habitar en el cuerpo de un hombre tan pícaro y tan malvado. Otro, que es la *Visita de los chistes*, es un viaje al reino de la muerte, la cual aparece rodeada de médicos, cirujanos, habladores ociosos y murmuradores; á todos los cuales conduce al infierno, que dice Quevedo conocia ya él perfectamente por los crímenes y locuras que habia visto en este mundo. Pero para formar una idea cabal de su modo franco y suelto de escribir, es mejor leer el *Sueño de las calaveras* ó *Juicio final*, porque en él brilla aquella mezcla de jocoso y solemne, en que tanto se complacia.

«Parecióme pues que veia un mancebo que, discurriendo por el aire, daba voz de su aliento á una trompeta, afeando con su fuerza en parte su hermosura. Halló el son obediencia en los mármoles, y oidos en los muertos; y así al punto comenzó á moverse toda la tierra y á dar licencia á los huesos que anduviesen unos en busca de otros. Y pasando tiempo (aunque fué breve) vi á los que habian sido soldados y capitanes levantarse de los sepulcros con ira, juzgándola por seña de guerra; á los avarientos con ansias y congojas, recelando algun rebato; y á los dados á vanidad y gula, con ser áspero el son, lo tuvieron por cosa de sarao ó caza. Esto conocia yo en los semblantes de cada uno, y no vi que llegase el ruido de la trompeta á oreja que se persuadiese á lo que era. Después noté de la manera que algunas almas huian, unas con asco y otras con miedo de sus antiguos cuerpos: á cuál faltaba un brazo, á cuál un ojo, y dióme risa ver la diversidad de figuras, y ad-

miróme la providencia en que, estando barajados unos con otros, nadie por yerro de cuenta se ponia las piernas ni los miembros de los vecinos. Solo en un cementerio me pareció que andaban destrocando cabezas, y que vi á un escribano que no le venia bien el alma, y quiso decir que no era suya, por descartarse de ella. Después ya que á noticia de todos llegó que era el dia del juicio, fué de ver como los lujuriosos no querian que los hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí; los maldicientes las lenguas, los ladrones y matadores gastaban los piés en huir de sus mismas manos. Y volviéndome á un lado, vi á un avariento que estaba preguntando á otro (que por haber sido embalsamado y estar lejos sus tripas no hablaba, porque no habian llegado), si habian de resucitar aquel dia todos los enterrados, si resucitarian unos bolsones suyos. Riérame si no me lastimara á otra parte el afan con que una gran chusma de escribanos andaba huyendo de sus orejas, deseando no las llevar por no oir lo que esperaban; mas solos fueron sin ellas los que acá las habian perdido por ladrones, que por descuido no fueron los mas. Pero lo que mas me espantó fué ver los cuerpos de dos ó tres mercaderes que se habian vestido las almas del revés, y tenian todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha.»

La *Casa de los locos de amor*, colocada entre los sueños de Quevedo, aunque obra de D. Lorenzo Van-der Hamen, amigo suyo, á quien está dedicada, carece del brio y robustez que caracterizan *El sueño de las calaveras* [30]; esta observacion, sin embargo, no puede

[30] Los seis sueños genuinos de Quevedo están en el t. I de la edicion

aplicarse á *Las zahurdas de Pluton*, dechado de la que podriamos llamar canalla del infierno. *El mundo por de dentro*, y *El Entremetido*, *la Dueña y el Soplon* están tambien llenas del sarcasmo mas amargo, vertido á manos llenas por un hombre á quien el mundo y sus leyes maltrataron con harta injusticia.

En estos *sueños*, como en casi todo lo que Quevedo escribió, se revela un carácter orgulloso, independiente y singular, y tanto sus poesías como sus obras impresas llevan el sello de la época y circunstancias dadas en que vivió. Así pues su larga residencia en Italia se deja ver en sus frecuentes imitaciones de los poetas de aquel país, y una vez al menos en un soneto escrito en aquella lengua; los trabajos y persecuciones que padeció se conocen bien en la amargura de sus invectivas, y especialmente en uno de sus *sueños*, escrito en la cárcel, contra la administracion judicial y el órden social de la época. Del mismo modo notamos la influencia del mal gusto de su tiempo, que bajo algunas formas él mismo combatió resueltamente, en su afan de parecer conceptuoso y brillante, y en su deseo de decir siempre agudezas, sales y epigramas que sorprendan y dejen parado al lector. A pesar de estos defectos, el genio de Quevedo sobresale y se eleva frecuentemente, ostentando gran fuerza y lozanía. No tenia, es verdad, la percepcion instintiva del ridículo, que poseyó Cervantes y le llevó como por la mano á medir con exactitud la distribucion de la sátira; pero en cambio, la percibe al momento y se apodera de

hecha en Madrid en 1791. La «Casa de los locos de amor» en el t. II; pero como D. Nicolás Antonio (Bibliotheca Nova, I, 462, y II, 10) dice que Vander Hamen, autor español, descendiente de familia flamenca, le aseguró que esta última era obra suya, tenemos que excluirla de entre las de Quevedo.

ella con rapidez; de manera que aunque algunas veces se equivoca por la exageracion y crudeza á que le inclinaba su propio carácter, hasta en los trozos donde se notan estas faltas encontramos pinceladas llenas de gravedad y de ternura, que prueban sus grandes facultades y las prendas superiores aun á su talento que le adornaban; rasgos todos que aumentan el efecto de sus obras, si bien no nos hacen olvidar del todo la farsa grosera y procaz que muchas veces afea sus sátiras [31].

[31] Diez años antes que muriese Quevedo fué atacado violentamente en una obra intitulada «El tribunal de la justa venganza», que se imprimió en Valencia, 1635, 12.°, p. 294, y se supone escrita por el Licenciado Franco-Furt, probablemente nombre seudónimo. Está en forma de proceso celebrado ante un tribunal que juzga las obras satíricas que entonces publicaba Quevedo, y es preciso confesar que siempre que las preocupaciones religiosas no vician el buen sentido del autor, el juicio no es mas severo de lo que merecia la licencia de Quevedo; mas por otra parte el autor no hace la justicia debida á su ingenio y talento, y casi siempre se echa de ver la mala fe y enemiga personal.

En 1794 imprimió Sancha en Madrid una traduccion de Anacreonte con notas de Quevedo, no con numeracion seguida al t. XI de sus obras, sino á parte y separada. Las notas respiran el estilo puro y terso de Francisco de la Torre, cual no siempre se halla en las obras de Quevedo; pero la traduccion es poco fiel, y el original no está tan bien comprendido como lo comprendió después D. Estéban Manuel de Villegas en sus «Eróticas», de que hablarémos mas adelante. La traduccion de Quevedo está dedicada al duque de Osuna, su favorecedor, en Madrid, á 1.° de abril de 1609. Villegas no publicó la suya hasta 1617; pero es muy probable que no tuviese ningun conocimiento del trabajo de Quevedo.

aplicarse á *La*
podriamos llan
*dentro*, y *El*
tambien llena
nos llenas poı
maltrataron
En estos
escribió, se
y singular.
llevan el
que vivió.
ver en su
país, y u
lla lengu
conocen
cialmen
la admi
Del mi
de su
batió
brilla
les y
A p
sal
y l
de
n
r

LO XX.

—Damian de Vegas.—Francisco de Tár-
...meu de Castro. — Luis Velez de Gueva-

...chó de menos en España una
... centro comun de las letras y de
... hasta el reinado de D. Fernando
..., dividida en varios estados y ocu-
...ra con un enemigo á quien profe-
... podia pensar en proyectos pro-
... época de paz y de reposo; y aun
... tranquilidad interior quedó asegu-
...ranjeras y la ambicion é intereses de
...emania y Flándes, le tuvieron tanto
...erno, que no se fijó en ninguna de las
..., y que la corte residia alternativa-
...mo en tiempo de S. Fernando. Pronto se
..., que Sevilla iba perdiendo su anti-
...: Castilla triunfó en esto, como en
... mas reñida, de dar lengua á la monar-
... residencia favorita del Emperador, sin
... que le probaba su clima en sus dolen-
... desde 1560, y en virtud de las providen-

de Felipe II, á ser mirada como la verdadera capi- de la monarquía española [1].

En ningun ramo de la literatura produjo esta circuns- cia mayor influencia que en la poesía dramática : ya hemos visto que en 1583 se fundaron en Madrid dos teatros regulares, que han continuado y continúan en el mismo sitio hasta el dia, y que desde el año de 1590 Lope de Vega fué, ya que no el monarca absoluto que avasalló las tablas, como le llama Cervantes, al menos el hombre que primero las dió impulso y se puso al frente de ellas. Las consecuencias que esto produjo fueron las que naturalmente debian esperarse : bajo la influencia de la nobleza, que acudia en tropel á la residencia del Monarca, y guiado por uno de los hombres y escritores mas populares que han existido, el teatro español se levantó instantáneamente, y una escuela de poetas venidos de Valencia, Sevilla y otros puntos, imposibilitando así la existencia de teatros independientes en sus respectivas provincias, se aglomeró en torno de Lope y formó en Madrid una reunion de poetas dramáticos mas numerosa, y bajo ciertos puntos de vista mas notable que cuantas corporaciones de esta clase han existido.

Marca bien el período de esta transicion del drama una comedia de provincia, intitulada *Comedia jacobina*, impresa en Toledo en 1590, pero escrita algunos años antes, segun dice su mismo autor. Fué este Damian de Vegas, eclesiástico de dicha ciudad, y el argumento de

[1] Quintana, «Historia de Madrid», 1630, fol., lib. 3, capítulos 24-26; Cabrera, «Historia de Felipe II», 1619, Madrid, fol., lib. 5, cap. 9, donde dice que Cárlos V formó ya intencion de establecer definitivamente la capital en Madrid.

## CAPITULO XX.

**La comedia.—Madrid y sus teatros.—Damian de Vegas.—Francisco de Tárrega.— Gaspar de Aguilar.— Guillen de Castro. — Luis Velez de Guevara. —Juan Perez de Montalban.**

Por mucho tiempo se echó de menos en España una gran capital que fuese el centro comun de las letras y de los que las cultivaban. Hasta el reinado de D. Fernando y D.ª Isabel, la España, dividida en varios estados y ocupada en incesante lucha con un enemigo á quien profesaba odio mortal, no podia pensar en proyectos propios mas bien de una época de paz y de reposo; y aun mas tarde, cuando la tranquilidad interior quedó asegurada, las guerras extranjeras y la ambicion é intereses de Cárlos V en Italia, Alemania y Flándes, le tuvieron tanto tiempo fuera de su reino, que no se fijó en ninguna de las grandes poblaciones, y que la corte residia alternativamente en ellas, como en tiempo de S. Fernando. Pronto se observó, sin embargo, que Sevilla iba perdiendo su antigua preponderancia; Castilla triunfó en esto, como en la lucha, todavía mas reñida, de dar lengua á la monarquía; y Madrid, residencia favorita del Emperador, sin duda por lo bien que le probaba su clima en sus dolencias, comenzó desde 1560, y en virtud de las providen-

cias de Felipe II, á ser mirada como la verdadera capital de la monarquía española[1].

En ningun ramo de la literatura produjo esta circunstancia mayor influencia que en la poesía dramática : ya hemos visto que en 1583 se fundaron en Madrid dos teatros regulares, que han continuado y continúan en el mismo sitio hasta el dia, y que desde el año de 1590 Lope de Vega fué, ya que no el monarca absoluto que avasalló las tablas, como le llama Cervantes, al menos el hombre que primero las dió impulso y se puso al frente de ellas. Las consecuencias que esto produjo fueron las que naturalmente debian esperarse : bajo la influencia de la nobleza, que acudia en tropel á la residencia del Monarca, y guiado por uno de los hombres y escritores mas populares que han existido, el teatro español se levantó instantáneamente, y una escuela de poetas venidos de Valencia, Sevilla y otros puntos, imposibilitando así la existencia de teatros independientes en sus respectivas provincias, se aglomeró en torno de Lope y formó en Madrid una reunion de poetas dramáticos mas numerosa, y bajo ciertos puntos de vista mas notable que cuantas corporaciones de esta clase han existido.

Marca bien el período de esta transicion del drama una comedia de provincia, intitulada *Comedia jacobina*, impresa en Toledo en 1590, pero escrita algunos años antes, segun dice su mismo autor. Fué este Damian de Vegas, eclesiástico de dicha ciudad, y el argumento de

[1] Quintana, «Historia de Madrid», [illegible], fol., lib. 3, capítulos 24-26; Cabrera, «Historia de Felipe II», 1619, Madrid, fol., lib. 5, cap. 9, donde dice que Cárlos V formó ya intencion de establecer definitivamente la capital en Madrid.

su comedia la bendicion de Jacob por su padre Isaac: el plan es sencillo y la accion clara y sin tropiezos. Como el asunto es puramente religioso, pertenece bajo este aspecto á la forma primitiva del drama; pero como por otra parte está dividida en tres jornadas y tiene su prólogo y epílogo, su coro y mucha poesía lírica en varios metros, entre ellos tercetos y versos sueltos, no deja de parecerse bastante á lo que por el mismo tiempo escribian en el género profano Cervantes y Argensola. El enredo es de poco interés, la versificacion dura y seca; pero á pesar de estos defectos, no carece de cierto mérito poético. No sabemos, sin embargo, si llegó ó no á representarse en Madrid, ni si su fama salió fuera de los muros de Toledo, ciudad que el autor miraba con predileccion y en que vivió constantemente [2].

Ignoramos del mismo modo si Francisco de Tárrega, que floreció desde el año de 1591 hasta el de 1608, fué uno de los que desde Valencia pasaron á Madrid á escribir para el teatro, y solo sabemos que era canónigo de Valencia y muy conocido en Madrid, donde se representaron é imprimieron sus comedias [3]. Una de ellas

[2] La «Comedia jacobina» se encuentra en un curioso y raro volúmen de poesía religiosa, intitulado «Libro de poesía cristiana, moral y divina», por el Dr. Fr. Damian de Vegas. (Toledo, 1590, 12.° fol. 503.) Contiene un poema á la purísima Concepcion de la Vírgen, un coloquio entre el Alma, la Voluntad y el Entendimiento, que es posible se representase, y gran copia de poesías devotas, unas en coplas antiguas, otras en versos al gusto italiano, no muy superiores á las que entonces se escribian al mismo asunto.

[3] Es indudable que Tárrega vivia en Valencia en 1591, y que escribió once comedias, de las cuales solo dos conocemos por sus títulos. Las demás se imprimieron en Madrid en 1614 y 1616. Cervantes, en el prólogo á sus «Comedias», 1615, le elogia como uno de los mejores discípulos de Lope, «por su discrecion é innumerables conceptos». Por la noticia que el canónigo en el «Quijote» da de la «Enemiga favorable», se ve que era mirada entonces como la mejor obra del autor, y lo mismo ha sucedido después. (Rodriguez, «Biblioteca valenciana», p. 146; Jimeno, «Escritores de Valencia», t. I, p. 240; Fuster, «Biblioteca valenciana», t. I, p. 310; «Don Quijote», part. I, cap. 48.)

es importante, porque manifiesta el modo que se tenia de representar en aquel tiempo, así como las particularidades de su mismo drama. Comienza este con una *loa* asaz propia de su nombre, puesto que está llena de alabanzas y cumplimientos, aunque tiene la singularidad de ser un romance ingenioso y agudo en elogio de las feas. Entra luego lo que se llama *El baile de Leganitos*, reunion popular en un arrabal de Madrid, que aquí da su nombre á una farsa grosera, fundada sobre una quimera de dos lacayos en medio de la calle [1].

Puesto así de buen humor el auditorio, sigue la comedia principal, intitulada *La enemiga favorable*, drama heróico y extravagante, aunque de algun interés, cuya accion pasa en la corte de Nápoles y cuyo argumento versa sobre los celos del rey y de la reina de aquel país : vese en él intencion de ceñir la fábula á límites probables y ajustados de espacio y de tiempo; pero el carácter de Laura, primero enamorada del Rey, y persuadiéndole á que envenene á su esposa, y presentándose después convertida en armado campeon para defender á la misma Reina, puesta en riesgo de la vida por una acusacion falsa de infidelidad, destruye toda la armonía y buen órden de los sucesos, y constituye una falta grave, de que se resiente toda la comedia. Hay, sin

[1] Esta farsa, muy parecida á los entremeses ó sainetes de nuestros tiempos, tiene por fundamento una quimera entre dos lacayos por una moza, y concluye poco menos que ahogándose uno de ellos en el pilon de una fuente. Está tomada de un romance muy antiguo, en que se alude á una calle que debia abrirse en el barranco de Leganitos, y en la farsa uno de los interlocutores menciona la calle como ya abierta y habitada. La fuente está bien introducida, porque es la que hizo famoso el sitio de Leganitos. (Véase á Cervantes, «La ilustre fregona», y «Don Quijote», part. II, cap. 22, con la nota de Pellicer.) Estas y otras circunstancias locales ocurren á menudo en la parte popular de muchas comedias españolas, y en aquel tiempo debian producir grande efecto.

embargo, en ella trozos, sobre todo la introduccion, llenos de vida y movimiento : es bellísima la pintura de los cortesanos que salen á la escena alborotados por el riesgo que el Monarca ha corrido en una corrida de toros, y poética en extremo la escena entre Laura y Belisardo, que al fin se casan [5]. En último resultado, la impresion que nos queda después de su lectura, es que aunque Tárrega siguió las huellas de Lope, lo hizo con pasos mal seguros y vaga intencion.

Gaspar de Aguilar fué, como lo dice el mismo Lope, rival de Tárrega; era secretario del vizconde de Chelva y después mayordomo del duque de Gandía, uno de los magnates mas ilustres de la corte de Felipe III; pero un poema epitalámico que escribió en las bodas del Duque fué recibido tan friamente de su amo y del público, que el infeliz autor, desalentado y poco atendido, murió de pasion de ánimo [6]. Vivió probablemente, como Tárrega, en Valencia y en Madrid, y escribió algunas poesías, entre ellas un poema á la expulsion de los moriscos, que se imprimió en 1610. La última fecha que poseemos relativa á sus desgracias es de 1623.

De las nueve comedias que escribió Aguilar, solo dos merecen especial mencion : es la primera *El mercader amante*, muy elogiada de Cervantes, el cual, así como Lope de Vega, habla varias veces de su autor con

[5] «La enemiga favorable» está dividida en tres jornadas, llamadas actos; pero en otras cosas se conoce está calcada sobre modelos de Lope. Tárrega escribió tambien una comedia devota, «Fundacion de la órden de la Merced», historia de un famoso bandido, que después llegó á ser un gran santo : quizá esta obra inspirase á Calderon su comedia «La devocion de la Cruz».

[6] «Laurel de Apolo» (Madrid, 1630, 4.°, fol 21), donde Lope dice, hablando de Tárrega, que Gaspar Aguilar competia con él en la dramática poesía.

sumo aprecio y consideracion. El argumento es el siguiente : un rico mercader supone haber perdido toda su fortuna para probar el cariño de dos damas á quienes enamora, deseoso de averiguar cuál de ellas le quiere por lo que vale, y cuál por su dinero, y se casa al fin con la que, venciendo tan dura prueba, se manifiesta noble y desinteresada. Precede á la comedia un prólogo ó loa, que es un juguete burlesco y divertido, y concluye con seis coplas cantadas para diversion del auditorio, sobre un hombre que, después de haber tentado infructuosamente varios estados y profesiones, como de maestro de esgrima, poeta, cómico y bodegonero, amenaza, desesperado, sentar plaza de soldado. Ni el principio ni el desenlace tienen mucho que ver con el asunto principal de esta comedia, que está escrita con brio y vigor, aunque en unas partes adolece de extravagancia y de mal gusto, y en otras de conceptismo.

Un carácter hay muy bien trazado, y es el de la dama que pierde el novio por codicia, cuando este la dice que ha perdido toda su fortuna y se halla pobre, aparentando al propio tiempo valor y serenidad, ella se marcha diciendo:

Dios me guarde de tal hombre,
Que tan pronto se consuela,
Que lo mismo hará de mí.

(*Mercader Amante*, jornada 1.ª)

Y luego en la segunda jornada, cuando ella le despide formalmente, dice con la misma ironía:

¿Quieres ver que no eres hombre,
Pues el ser suyo has perdido,

Y que de aquello que has sido
No te queda sino el nombre?
Haz luego un alarde aquí
De tu pérdida notoria;
Toma cuenta á tu memoria,
Pide á tí mismo por tí,
Verás que no eres aquel
A quien dí mi corazon.

(*Ibid*, jornada 2.ª)

Lo mas notable quizá de esta comedia es que en ella se observa rigurosamente la unidad de lugar y en lo posible la de tiempo, circunstancias que prueban no estar aun universalmente reconocido en el teatro español el derecho á prescindir de dichas reglas.

Muy diferente es *La suerte sin esperanza*, comedia cuya accion es una, aunque ocurre en Zaragoza, en Valencia, y en el camino que une á estas dos ciudades, Dura algunos años : el protagonista, en el momento mismo de casarse por poderes en Valencia, cae por casualidad en una calle de Zaragoza y se lastima bastante; acude á socorrerle un extraño, que le lleva á su casa, y en ella se enamora ciegamente de una jóven y hermosa dama, hermana de su favorecedor. Este, informado de sus relaciones, le amenaza con la muerte si no la da al instante su mano; el amante cede, se casa y ambos marchan á Valencia. En el camino el novio descubre á la novia su amarga situacion, y la propone friamente matarla para salir del paso; mas luego, abandonando dicha idea, siguen su camino y llegan á Valencia, donde la esposa enamorada sirve á su marido, disfrazada de esclava, llegando su cariño hasta cuidar de una criatura que le presenta su mujer valenciana.

Siguen todavía mayores absurdos: al fin se ve á la aragonesa obligada á confesar quien es; su ingrato esposo intenta entonces matarla, y cree haberlo conseguido. Es preso como asesino; pero en el mismo instante llega un hermano de la dama ultrajada, y reclama el derecho de lidiar con él en singular combate; nadie quiere servir de padrino á aquel infame seductor, hasta que la dama que se suponia muerta se presenta en el palenque armada de punta en blanco, no á defender á su criminal esposo, sino á vindicar su propio honor y dar muestras de su varonil esfuerzo. El rey D. Fernando, que preside á la lid, se interpone; los combatientes hacen las paces, y tan singular espectáculo concluye casándose la dama aragonesa con un antiguo y anterior amante, que apenas suena en la comedia; suerte verdaderamente sin esperanza, que es lo que da el título á tan desatinada composicion.

La poesía, aunque no enteramente buena, es, con todo, mejor que el plan: tiene generalmente quintillas fáciles, y no faltan tampoco metros antiguos. La escena en que se pinta una fiesta á la orilla del mar, en el Grao de Valencia, donde todos los personajes interesados se reunen por la primera vez, es muy bella, y no lo son menos muchos trozos de la segunda jornada; pero la comedia en general abunda en retruécanos conceptuosos y es muy pobre. Comienza con su correspondiente loa, en que el autor se propone probar el imperio universal del hombre, y concluye con un discurso del rey D. Fernando al auditorio, declarando que nada le puede ser tan grato como componer las discordias y arreglar la suerte de aquellos amantes, á no ser la toma de

Granada, que á la sazon medita. Tanto la loa como el discurso son inoportunos y ridículos[7].

Mas célebre que los dos autores arriba mencionados es Guillen de Castro, poeta tambien valenciano, y como ellos, respetado en su propia patria, aunque hubo de trasladarse á la corte á buscar fortuna. Hijo de una familia ilustre, y nacido en 1567, se distinguió de muy jóven en Valencia por su amor á las letras y aprovechamiento en ellas; el año de 1591 era ya individuo de la academia de los Nocturnos, institucion creada, como otras muchas de su especie, en España, á imitacion de las que á la sazon pululaban en Italia con títulos no menos estrafalarios. En dichas reuniones perfeccionó Guillen sus estudios, y mejoró su ingenio con el trato continuo de Tárrega, Aguilar y Artieda [8].

Pero no consagró su vida exclusivamente á las letras: capitan de caballos primero, favorito después del conde de Benavente, espléndido virey de Nápoles, quien le confirió un puesto importante en aquel gobierno, y acogido, por último, con el mayor agasajo en Madrid, donde el duque de Osuna le señaló una pension anual de mil ducados, que el célebre favorito conde-duque de Olivares aumentó con otra del Rey, hubiera podido vivir cómodamente; pero su carácter desigual, su genio atrabiliario y terquedad arruinaron su fortuna, obligándole al fin á escribir para poder ganar el sustento. Cervantes

[7] Hállanse noticias de Aguilar en Rodriguez, pp. 148 y 149, y en Jimeno, t. I, p. 255; aunque este último no hizo mas que poner en mejor órden los materiales que recogió el primero. Las nueve comedias de Aguilar están en las colecciones impresas en Valencia en 1614 y 1616, mezcladas con las de otros autores.

[8] En las notas de Cerdá y Rico á la edicion moderna de la «Diana», de Gil Polo (Madrid, 1802, pp. 515 y 910), hay una noticia de esta Academia y la lista de sus individuos.

en 1615 habla de él como de uno de los autores dramáticos mas populares, y en 1620 ayudó á Lope en las fiestas de la canonizacion de San Isidro, escribió algunas composiciones para ellas, y aun obtuvo un premio; seis años después ganaba trabajosamente de comer escribiendo para el teatro, y en 1631 falleció en tal miseria, que fué menester enterrarle de limosna [9].

Poco de lo que Guillen de Castro escribió se ha publicado, excepto sus comedias, de las cuales poseemos hasta veinte y siete ó veinte y ocho, impresas entre 1614 y 1625. Son enteramente de la escuela de Lope, entre el cual y Guillen de Castro reinó estrecha é íntima amistad, como lo demuestran por parte del primero la dedicatoria de un tomo de sus comedias, y varios pasajes en sus obras sueltas relativas á su destierro en Valencia; y por parte del segundo, la circunstancia de haber dedicado un volúmen de comedias á Marcela, hija favorita de Lope.

No menos se observan en los dramas de Guillen de Castro su situacion personal y la época en que vivió y escribió, que las señas de su escuela poética. Sus *Mal casados de Valencia* revelan que el argumento está tomado de hechos positivos que el autor conocia bien; es una cadena de intrigas amorosas muy parecidas á las de los dramas de Lope, que concluyen con la desunion de dos matrimonios por influencia de una dama, disfrazada de paje, que vive en la misma casa que su amante y la esposa de este; hasta que, descubiertos sus enredos, la dama queda mal y apela al expediente ordinario de me-

[9] Rodriguez, p. 177; Jimeno, t. I, p. 395; Fuster, t. I, p. 235. El último sobre todo merece ser consultado.

terse monja en un convento. El *Don Quijote* está tomado de la primera parte del inmortal libro de Cervantes, novela á la sazon de moda. Los amores de Dorotea y D. Fernando y la locura de Cardenio forman el enredo principal, y el desenlace es el encantamiento del caballero y su conduccion á su propia casa metido en una jaula, del mismo modo que en la obra original. Algunos trozos están ligeramente alterados á fin de hacerlos dramáticos, aunque en general se conserva el lenguaje de los principales personajes, y se ve en toda ella la intencion de imitar continuamente á la novela. Estas dos comedias están escritas principalmente en redondillas, y la versificacion es esmerada; pero hay en ellas poca invencion, y la primera jornada de *Los mal casados de Valencia* está echada á perder con una justa ó certámen de ingenios, muy de moda en aquella época, pero que no produce mas resultado que una serie de equívocos, gracias y retruécanos insulsos [10].

Muy otra, aunque no menos característica de sus tiempos, es la comedia *Piedad y justicia*, historia horrible de un príncipe de Hungría condenado á muerte por su mismo padre en pena de crímenes atroces, y liber-

10 Estas dos comedias están en el t. I de su «Teatro», impreso en 1614; pero poseemos el «Don Quijote», suelto y con grabados toscos en madera, parecidos á los de los romances. Al presentarse D. Quijote en la escena dice la advertencia: «Entra D. Quijote «montado sobre Rocinante, vestido «como dice su historia.» Las redondillas de esta comedia, consideradas como poesía, son excelentes; hé aquí las quejas de Cardenio al fin de la 1.ª jornada:

¿Dónde me llevan los piés
Sin la vida? El seso pierdo;
Pero ¿cómo seré cuerdo,
Si fué traidor el Marqués?
¿Qué cordura, qué concierto,
Tendré yo, si estoy sin mí,
Sin ser, sin alma, y sin tí?
¡Ay Lucinda, que me has muerto!

Y sigue en el mismo tono. Guerin de Bouscal, uno de los innumerables dramaturgos franceses (Puybusque, t. II, p. 441) que por los años de 1630 á 1650 acudian al teatro español en busca de argumentos y materiales, presentó esta comedia en el teatro francés en 1638.

tado del suplicio por la multitud en galardon de su inalterable lealtad, que llega al punto de rehusar el trono, al que le llaman los rebeldes. Está escrita en variedad de metros; y el estilo y la accion caminan con mas soltura y rapidez que en las dos anteriores, fiándose su buen éxito al interés del argumento y al principio de lealtad, virtud heróica que brilló siempre en las relaciones de los monarcas españoles con su pueblo, pero que en los tiempos de que vamos hablando llegó á exagerarse en términos, que destruyó muchos de los elementos mas nobles y grandes del carácter nacional [11].

*Santa Bárbara, ó Milagro del monte y mártir del cielo* pertenece á otro de los géneros dramáticos creados por Lope: es una de aquellas comedias en que el amor divino y el amor humano, en lenguaje no muy diverso, sino harto parecido, aparecen en su mayor esplendor; y como todas las de su clase, fué sin duda alguna efecto de la severa legislacion que regia entonces al teatro, y de la influencia clerical que estableció dicho sistema. La accion pasa en Nicomedia, en el siglo III, cuando la profesion del cristianismo era un crímen, y el argumento abraza la historia de la Santa, presentándola como contemporánea de Orígenes, que tambien sale á la escena. El drama comienza declarando la heroína que pertenece á la nueva secta, si no exteriormente, al menos de corazon, y el desenlace nos la ofrece mártir triunfante, arrastrando consigo al suplicio, en virtud de una profesion pública, no solo á su amante, sino á los principales moradores de la ciudad.

[11] Está en el t. II de sus «Comedias», y tambien en la «Flor de las mejores doce comedias», etc., (Madrid, 1652.)

Una escena hay sumamente propia de la fe y espíritu del tiempo en que se escribia, y que después imitó Calderon en *El mágico prodigioso*. Supónese que la Santa está encerrada en una torre por órden de su padre, en cuya soledad se abandona y entrega á la meditacion cristianà; de repente se la aparece el enemigo mortal del linaje humano en forma de caballero español, que la cuenta con una alegoría ingeniosa y pintoresca sus aventuras, aunque no cuida tanto de ocultar quien es, que ella no lo adivine: entran entonces en la prision su padre y su amante; el primero no ve á Satanás, pero sí el segundo, á quien inspira crudos celos la presencia de aquel personaje; y la primera jornada concluye con las acriminaciones y reconvenciones que necesariamente ha de producir el lance, quedando el padre persuadido de que el amante de su hija es poco menos que un loco, en quien ella no debe cifrar su felicidad y bienestar [12].

Pero las dos obras mas importantes de Guillen de Castro son las que escribió sobre el Cid, intituladas *Las mocedades del Cid*, y fundadas ambas sobre antiguos romances del país, que, segun Francisco Santos, los ciegos cantaban en las calles mucho después de haber muerto Guillen de Castro [13]. La primera parte pinta la juventud del héroe: comienza con una escena solemne y de gran

[12] Esta comedia devota no se encuentra en la coleccion de Guillen de Castro; pero un ejemplar de ella (Madrid 1729), tiene su nombre, y Huerta se la atribuye tambien en su «Catálogo»; además, lo están diciendo claramente el estilo y la versificacion. Los pasos en que la heroina habla de Cristo, llamándole su esposo, son como todos los de las comedias sagradas del teatro español.

[13] Francisco Santos, «La verdad en el potro y el Cid resucitado» (Madrid, 1686, 12.°), contiene (pp. 9, 10, 51, 106, etc.) romances del Cid, escritos, segun dice el autor, conforme los cantaban los ciegos por las calles. Lo mismo asegura el P. Sarmiento, que escribia cerca de un siglo después.

aparato, en que es armado caballero, y sigue el atroz insulto sufrido por su anciano padre en la misma cámara real, la prueba de valor y arrojo dada por Rodrigo, y la muerte del orgulloso conde Lozano, que tuvo la osadía de dar un bofeton á aquel venerable viejo; sucesos todos tomados de la antigua crónica.

Entra después la parte mas dramática de la accion, invencion felicísima de Guillen de Castro. Jimena, hija del conde Lozano, aparece enamorada perdida de Rodrigo, y de aquí la lucha entre los deberes que de ella exige la memoria de su padre, y el cariño que tiene á su amante; lucha que continúa durante toda la comedia y constituye su principal interés. Preséntase en efecto al Rey, llena de afliccion y de dolor, sentimientos que luchan por breves momentos y con ventaja contra la voz de su corazon, hasta el punto de reclamar el castigo del culpable segun las antiguas leyes del reino. Mas él se salva en fuerza de las señaladas victorias que gana á los moros, los cuales han asaltado las murallas de la ciudad mientras ocurria el caso. Mas adelante arrancan á Jimena la confesion de su amor, valiéndose de una noticia falsa y suponiendo que Rodrigo ha muerto; y por último consiguen que se case con él, parte por intimacion del cielo, y parte por el aumento natural y progresivo de su amor y admiracion durante la larga serie de hazañas que ejecuta en honra y defensa de su rey y de su patria.

Esta comedia es la que dió á conocer en Europa el nombre de Guillen de Castro, así por ser la mejor de cuantas escribió, como porque su contemporáneo Corneille se valió de ella para escribir su magnífica tragedia

del *Cid*, drama que determinó y fijó durante dos siglos el carácter del teatro moderno europeo. Pero aunque Corneille, endoctrinado sin duda por las reñidas disputas que bajo la influencia de Richelieu se movieron sobre las unidades dramáticas, hizo en el plan de la comedia algunas alteraciones acertadas y felices, es evidente que el principal interés de su tragedia consiste en la lucha entre el deber y el amor de la heroína, creacion primitiva del ingenio de Guillen de Castro.

Pero Corneille no sacó ventaja alguna al autor español en vigor y energía; antes bien incurrió en graves errores, que son exclusivamente suyos. Al encerrar la duracion del drama en el término fatal de veinte y cuatro horas, en vez de permitir que se extendiese á algunos meses, que es el espacio de la obra original, cometió el absurdo de violentar los sentimientos naturales de Jimena con respecto al matador de su padre, cuyo cadáver está delante de sus ojos; cambiando la escena de la disputa y del insulto, que Guillen de Castro coloca en presencia del Rey, disminuyó su gravedad y consecuencias; equivocando lastimosamente la cronología, pone la corte en Sevilla dos siglos antes que se recobrara de los moros aquella insigne ciudad; y por último, acomodando la accion á los estrechos límites convencionales que entonces empezaban á sujetar el drama francés, evitó, es cierto, la extravagancia de introducir, como lo hace Guillen de Castro, el impertinente episodio de la aparicion de S. Lázaro, tomado del antiguo Romancero; pero al mismo tiempo puso estorbos y tropiezos á la marcha fácil y libre de los acontecimientos, disminuyendo considerablemente el efecto general.

Guillen de Castro hizo cabalmente lo contrario : tomando segun las encontró las tradiciones de su país, se concilió las simpatías y favor de su auditorio, dió á su obra el colorido de un antiguo romance, y la impregnó de espíritu nacional y patriótico. Así pues la escena en la cámara real, cuando el altivo conde Lozano maltrata al padre del Cid, algunas entre este último y Jimena, y otras varias entre los dos amantes y el Monarca, están trazadas con mucha habilidad dramática y llenas de fuego y poesía.

El siguiente pasaje, en que D. Diego está esperando á la luz del crepúsculo y en el sitio señalado de antemano la llegada de su hijo después de su desafío con el Conde, es tan característico, si no tan notable, como cualquiera otro del drama, y muy superior al de la tragedia francesa, donde ocupa las escenas quinta y sexta del tercer acto.

*Diego.* No la ovejuela su pastor perdido,
Ni el leon que sus hijos le han quitado,
Baló quejosa ni bramó ofendido,
Como yo por Rodrigo. ¡Ay hijo amado!
Voy abrazando sombras, descompuesto,
Entre la oscura noche que ha cerrado.
Díle la seña y señaléle el puesto
Donde acudiese en sucediendo el caso :
¿Si me habrá sido inobediente en esto?
Pero no puede ser. ¡Mil penas paso!
Algun inconveniente le habrá hecho,
Mudando la opinion, torcer el paso.
¡Qué helada sangre me revienta el pecho!
¿Si es muerto, herido ó preso? ¡Ay cielo santo,
Y cuántas cosas de pesar sospecho!
¿Qué siento? ¿Es él? Mas no merezco tanto.
Será que corresponden á mis males

Los ecos de mi vóz y de mi llanto.
Pero entre aquellos secos pedregales
Vuelvo á oir el galope de un caballo;
¡Dél se apea Rodrigo! ¿Hay dichas tales?
¡Hijo!

*Cid.* ¡Padre!

*Diego.* ¿Es posible que me hallo
Entre tus brazos? Hijo, aliento tomo
Para en tus alabanzas emplealIo.
¿Cómo tardaste tanto? Pues de plomo
Se puso mi deseo, y pues veniste,
No he de cansarte preguntando el cómo.
¡Bravamente probaste! ¡Bien lo hiciste!
Bien mis pasados brios imitaste!
Bien me pagaste el ser que me debiste!
¡Toca las blancas canas que me honraste!
Llega la tierna boca á la mejilla,
Donde la mancha de mi honor quitaste!
Soberbia el alma á tu valor se humilla,
Como conservador de la nobleza
Que ha honrado tantos reyes en Castilla.

(*Mocedades del Cid*, primera parte, jornada 2.ª)

La segunda parte refiere las aventuras del cerco de Zamora, el asesinato del rey D. Sancho debajo de sus muros, el desafío y combates que aquel suceso produjo; pero es muy inferior á la primera. Algunos trozos de ella, como la descripcion de algunas de las circunstancias de que fué acompañada la muerte de aquel monarca, no admiten absolutamente la representacion dramática, por su repugnancia é inconveniencia; pero aun en esta parte, así como en los pasajes mas felices de la comedia, Guillen de Castro siguió fielmente las creencias populares sobre la edad heróica, que representa segun llegaron hasta á él; con cuyo recurso da á sus escenas

una vida y realidad que de otro modo le hubiera sido imposible conseguir.

Verdaderamente que el atractivo y encanto de esta composicion consiste principalmente en el tono y carácter peculiar que la dan las tradiciones populares, que asoman por do quier con toda su pompa y lozanía: el insulto hecho al viejo Laynez delante del Consejo, las quejas de Jimena al Rey por la muerte de su padre, la conducta del Cid para con su amada, la aventura milagrosa del gafo, la villana traicion de Vellido Dolfos, las acriminaciones de D.ª Urraca, asomada á los muros de la ciudad sitiada; el duelo del conde D. Rodrigo Ordoñez de Lara y de sus hijos [14], todo está tomado al pié de la letra de los antiguos romances, muchas veces con las mismas palabras, y generalmente con su mismo espíritu y sus pintorescos pormenores. Grande efecto debió producir semejante espectáculo en un auditorio castellano, siempre sensible á los encantos de su antigua poesía, y que se inflamaba instantáneamente al recuerdo de sus primitivos héroes [15].

Los mismos principios, los mismos hábitos de composicion dramática que en las comedias citadas, se encuentran en las demás. La intitulada *El curioso impertinente*

[14] La acusacion contra la ciudad de Zamora por haber dado asilo al asesino del rey D. Sancho ocupa gran parte de la «Crónica general», parte IV; de la «Crónica del Cid» y del «Romancero antiguo», y se llama «El reto de Zamora»; especie de forma heróica de desafío, que Guillen de Castro conservó en su comedia y se halla sancionada en las «Partidas». (Véase la VII, tít. 3, «De los rieptos».)

[15] Las comedias de Guillen de Castro sobre el Cid se han reimpreso muchas veces, lo cual no ha sucedido con ninguna otra de las suyas. Voltaire, en su prólogo al «Cid» de Corneille, dice que este tomó los materiales de Diamante; pero es todo lo contrario: Diamante es posterior á Corneille y se valió mucho de él para su obra, como verémos mas adelante. La «Vida de Guillen de Castro», por Lord Holland, á quien ya hemos citado, es interesante aunque incompleta.

está tomada de la novela que Cervantes imprimió en la primera parte del *Quijote*. *El conde Alarcos* y *El conde D'Irlos*, de los bellísimos romances antiguos de los mismos títulos, y *Las maravillas de Babilonia* es una comedia devota en que ocupa mucha parte la historia de la casta Susana y de los dos viejos, y en la que aparece el rey Nabucodonosor paciendo como las bestias del campo [16]. Sin embargo, hasta en estas se nota la intencion de satisfacer el gusto nacional dominante, y por todas partes se observa que Guillen de Castro seguia las huellas de Lope, distinguiéndose entre los imitadores del gran maestro, mas por su esmerada y fácil versificacion que por otros accidentes ó atributos especiales.

Otro de los discípulos de Lope, reconocido como tal por Cervantes, es Luis Velez de Guevara, el cual nació en Ecija, en Andalucia, el año de 1570, y pasó casi toda su vida en Madrid, donde murió en 1644. De él se dice con algun fundamento que doce años antes de su muerte tenia escritas al pié de cuatrocientas comedias, y como por otra parte disfrutó constantemente del favor de la corte y del público, podemos desde luego considerarle como uno de los autores mas distinguidos y populares de su tiempo [17].

Sin embargo, nunca se formó coleccion de sus comedias, y son muy pocas las que han llegado hasta nosotros : por fortuna se conserva una de las mejores, si

[16] «Las maravillas de Babilonia» no está en la coleccion de comedias de Guillen de Castro, ni la mencionan Rodriguez ni Fuster ; pero existe en un vólumen intitulado «Flor de las mejores doce comedias». (Madrid, 1652, 4.°.)

[17] D. Nic. Ant., «Bibliot. Nov.», t. II, p. 68, y Montalban, «Para todos», en su catálogo de los escritores dramáticos de aquel tiempo (1632). Volverémos á hablar de Guevara como autor de «El diablo cojuelo».

hemos de juzgar por la sensacion que produjo en su tiempo y por el puesto que siempre ha ocupado en la consideracion y aprecio nacional. El argumento es el célebre pasaje de la crónica de D. Sancho el Bravo, cuando en 1293 su rebelde hermano, el príncipe Don Juan, al frente de las huestes moras puso cerco á Tarifa, defendida por D. Alonso Perez, cabeza de la familia de los Guzmanes.

«Y, dice el antiguo cronista, D. Alonso Perez de Guz»man, que la tenia, defendiósela muy bien, y el infante »D. Juan tenia un mozo pequeño, hijo deste D. Alonso »Perez, y envió decir á este D. Alonso Perez que le »diesse la villa, sinon que le mataria el su hijo que él »tenia, y D. Alonso Perez le dixo que la villa que la »tenia por el Rey, y que non gela daria, que quanto por »la muerte de su hijo, que él le daria el cuchillo con que »le matasse; y lançóles de encima del adarve un cu»chillo y dijo que antes queria que le matassen aquel »hijo y otros cinco si los toviesse, que non darle la villa »del Rey su señor, de que le hiciera omenaje, y el in»fante D. Juan con saña mandó matar el hijo ante él; y »con todo esto nunca pudo tomar la villa [18].»

Otras versiones de esta horrible historia hacen á Don Alonso Perez de Guzman sentarse tranquilamente á comer con su esposa después de haber arrojado su daga; mas viendo el pueblo desde las murallas el asesinato del inocente niño, y prorumpiendo en alaridos y gritos de indignacion, D. Alfonso sale precipitado á saber la causa de aquel alboroto, y averiguada, vuelve

[18] «Crónica de D. Sancho el Bravo», Valladolid, 1554, fol. 76.

á sentarse impasible á la mesa, diciendo: «Cuidé que los moros entraban la ciudad [19].»

Este sacrificio de la naturaleza á la lealtad, tan propio para exaltar la imaginacion de aquellos tiempos, valió á D. Alonso de Guzman un nuevo cuartel á sus armas y el renombre de Bueno, que la historia une siempre con su apellido.

Tal es el argumento, y en realidad el principal suceso que sirve de base á la comedia de Luis Velez de Guevara intitulada *Mas pesa el Rey que la sangre:* en ella manifiesta grande habilidad en sacar partido de los sucesos y darles forma dramática. Presenta desde luego al rey don Sancho tratando á su insigne vasallo D. Alonso con dureza é injusticia, lo cual hace resaltar aun mas la heróica fidelidad del buén caballero en el desenlace; tambien la escena en que Guzman se retira de la presencia del Monarca, irritado, aunque sumiso y obediente á sus mandatos; la del padre y el hijo en que, escuchando tan solo la voz del deber y del honor, se animan mutuamente á sucumbir á todo antes que entregar la ciudad; y en fin, la postrera, en que, levantado ya por el enemigo el cerco de la ciudad, Guzman ofrece el cadáver de su desgraciado hijo, en prueba de su lealtad y obediencia á su injusto soberano, son dignas de las mejores tragedias del teatro antiguo, y comparables con muchas muy célebres del moderno. Como expresion pues de una lealtad sin límites, virtud eminente en los tiempos

19 Véase á Quintana, «Vidas de españoles célebres», t. I, p. 51, y compárese el pasaje con la comedia. Martinez de la Rosa, en su «Doña Isabel de Solís», al hacer una pintura real ó imaginaria de la muerte del jóven Guzman, presenta la conducta de su padre como llena de ternura; pero la severidad y crudeza del antiguo cronista tienen mas visos de verdad, y el autor dramático le sigue puntualmente.

heróicos de la monarquía, esta comedia excitó una admiracion universal, y llegó á ocupar un puesto distinguido en la historia del teatro y á ser un tipo del carácter nacional : considerada bajo estos dos puntos de vista, es uno de los espectáculos mas sublimes y grandiosos de la escena moderna [20].

En la mayor parte de sus comedias Guevara se separó menos del camino trillado que en la composicion eminentemente trágica de que hemos hablado. *La Luna de la sierra*, por ejemplo, es la pintura poética de la lealtad, dignidad y firmeza de carácter de las clases inferiores de la sociedad española, personificadas en un labrador de carácter altivo é independiente, que se casa con una muchacha de sus montañas y tiene la desgracia de verla perseguida por un caballero, de cuyas asechanzas la liberta el recurso varonil y noble de su esposo á la reina Isabel, señora del ofensor [21]. A la misma clase pertenece *El ollero de Ocaña*, comedia de intriga, y la de *Reinar después de morir*, tragedia llena de melancolía, y tierna como un idilio, que armoniza perfectamente con la suerte desdichada de D^a^. Inés de Castro, en cuya historia está fundada.

En las comedias religiosas de Guevara tenemos, como de costumbre, el indispensable y perturbador elemento del amor profano, mezclado con la espiritualidad y devocion mas exageradas. En *Los tres mayores portentos* recorre la historia de la vida de S. Pablo, á quien su-

[20] La impresion que hemos visto de esta comedia es de 1765; como todas las demás de su autor, está llena de hinchazon y gongorismo, pero su estilo elevado y la entonacion grave de toda ella la han hecho siempre encontrar eco en el carácter nacional.

[21] La « Luna de la sierra » es la primera del tomo. (Flor de las mejores doce comedias, 1652.)

pone en un principio enamorado de la Magdalena; y en *La corte de Satanás* encontramos igualmente la vida de Jonás, á quien anuncia como hijo de la viuda de Sarepta, y hace luego vivir en la corte de Nínive durante los reinados de Nino y de Semíramis, y otra multitud de iguales desatinos que parece imposible se presentasen á un auditorio respetable y cristiano.

Solo una vez traspasó Guevara los privilegios concedidos al teatro español; pero al hacerlo no quebrantó las reglas del drama, sino que chocó mas bien con la autoridad de la Inquisicion. *El pleito del diablo con el cura de Madridejos*, que escribió en union con Rojas y Mira de Méscua, contiene la historia de una pobre muchacha demente á quien todos tienen por bruja: la infeliz salva su vida confesando que está endemoniada, y entonces expulsan al diablo á fuerza de exorcismos y conjuros, practicándose la operacion en la misma escena. Parece que el caso en que se funda la comedia es cierto, y al mismo tiempo muy curioso por los singulares incidentes que le adornan; pero como el crímen de brujería, así en su exhibicion como en su castigo, era de la jurisdiccion del tribunal de la Fe, este prohibió rigurosamente la lectura y representacion de la comedia de Guevara, haciéndola desaparecer completamente; mas estos casos son rarísimos en la historia del teatro español [22].

Pero el principal, y quizá tambien el imitador mas pronunciado de Lope de Vega, fué su amigo, biógrafo y

[22] Estas comedias se encuentran esparcidas en diferentes colecciones: «El pleito del diablo» en el tomo antes citado, «La corte del diablo» en el XXVIII de las «Comedias escogidas». Hemos visto los «Tres portentos», suelta y sin fecha; además hay quince comedias de Luis Velez de Guevara, en la citada «Coleccion de comedias escogidas», de la que hablarémos mas adelante.

panegirista, Juan Perez de Montalban, el cual fué hijo del librero del Rey, y nació en Madrid el año de 1602[23]. A los diez y siete de su edad era ya licenciado en teología y escritor dramático de algun crédito, y á los diez y ocho compitió con los primeros poetas de su tiempo en la justa de la canonizacion de S. Isidro, ganando, con aprobacion de Lope, uno de los premios que se adjudicaron [24]. Poco después recibió el grado de doctor en teología, y siguiendo el ejemplo de su maestro y amigo, entró en la congregacion de sacerdotes naturales de Madrid y admitió un destino en la Inquisicion. En 1626 un comerciante opulento del Perú, con quien ningunas relaciones tenia y que ni siquiera le conocia de vista, le envió desde Ultramar una pension, nombrándole su capellan particular en Madrid y encomendándose á sus oraciones, sin otro motivo que la admiracion que profesaba á su ingenio y escritos [25].

En 1627 publicó un librito intitulado *Vida y purgatorio de San Patricio*, asunto popular en la Iglesia católica, y sobre el cual es probable escribiese por cumplir en cierto modo con los deberes de su estado. Pero aun así y con todo, su carácter como escritor se descubre á pesar de sus esfuerzos, habiendo exornado la leyenda comun del santo con un cuento extraño, de invencion exclusivamente suya, y tan bien enlazado con el asunto principal, que parece formar parte de él, y reclama del lector igual interés y la misma fe [26].

[23] Baena, « Hijos de Madrid », t. III, p. 157, donde hay una Vida de Montalban muy bien hecha.

[24] Lope de Vega, « Obras sueltas », t. XI, pp. 501-537, etc., y t. XII, p. 424.

[25] « Para todos », Alcalá, 1661, 4.°, p. 428.

[26] Como libro de devocion se ha reimpreso varias veces, y la última, que sepamos, en 1739, 18.°

En 1632 tenia ya escritas, segun él mismo asegura, treinta y siete comedias y doce autos sacramentales [27], y el año de 1636, en que murió Lope, publicó el extravagante panegírico de que ya hemos hablado. Probablemente esta es la última obra que dió á la imprenta; porque poco después de publicada, enfermó gravemente del exceso de trabajo, y falleció el 25 de junio de 1638, á la temprana edad de treinta y seis años. Un amigo suyo hizo á su memoria el piadoso oficio que él mismo habia hecho á la de su maestro, y recogiendo algunas poesías sueltas y otros elogios, en número de unas ciento y cincuenta composiciones de autores conocidos y desconocidos de su tiempo, las dió á luz con el título de *Lágrimas panegíricas á la temprana muerte del gran poeta, etc., Juan Perez de Montalban;* coleccion pobre, en la que, si bien aparecen los nombres de D. Antonio de Solís, Gaspar de Avila, Tirso de Molina, Calderon y otros de fama, hay muy poco digno de sus autores ni del asunto [28].

La vida de Montalban fué corta, pero brillante: amigo sincero de Lope de Vega desde sus primeros años, continuó hasta su muerte siendo siempre su mas ardiente admirador, mereciendo así el nombre que le dió Valdivieso de «primogénito y heredero del ingenio de Lope». Este no fué insensible al homenaje de un cariño tan cordial y verdadero, y no solo alentó y protegió á su discípulo, sino que le tuvo siempre á su lado como miem-

[27] «Para todos», 1661, p. 529 (escrito en 1632), donde habla de una novela picaresca, «Vida de Mal-hagas», y otros trabajos que tenia preparados para imprimir, y han quedado inéditos.

[28] El único nombre notable que se echa de menos es el de Quevedo, enemigo declarado de Montalban.

bro de su casa y familia. Hasta se ha dicho que *El Orfeo*, poema sobre la historia de Eurídice y Orfeo, publicado en agosto de 1624 por Montalban, para competir con el que sobre el mismo asunto habia escrito y dado á luz en junio del mismo año D. Juan de Jáuregui, es en realidad obra del mismo Lope, quien quiso de este modo dar á su alumno una inmensa ventaja sobre su formidable rival; pero es de creer que esta especie es uno de los muchos cuentos y fábulas inventadas por la generacion siguiente. Dicho poema, compuesto de doscientas y treinta octavas reales, aunque fáciles y armoniosas, como si fueran de mano de Lope, revelan un poeta novel, y además, los versos laudatorios que anteceden, y sus extravagantes elogios á Lope cuando habla de su comedia al mismo asunto, hacen que el atribuirle el poema sea una ofensa grave á la nobleza de su carácter. Pero sea como fuere, sabemos por diferentes pasajes de sus obras que Lope y Montalban siempre andaban unidos, y que la dulzura, bondad y afecto del maestro fueron digna recompensa de la fiel admiracion del discípulo [29].

Montalban consiguió sus principales triunfos en el teatro, donde su popularidad llegó al extremo de inducir á los impresores á publicar con su nombre comedias que no eran suyas [30]. El preparó para publicarlos dos tomos completos de sus obras dramáticas, que en efecto salieron á luz en 1638 y 39, y se reimprimieron en 1652;

[29] «Orfeo en lengua castellana», por J. P. de Montalban. Madrid, 1624, 4.°; Nic. Ant., «Bibl. Nov.», t. I, p. 737, y Lope de Vega, «Comedias», t. XX, Madrid, 1629; en cuyo prólogo dice que el «Orfeo» de Montalban contiene cuanto puede contribuir á su perfeccion.

[30] De esto se queja con el mismo fuego que Lope y Calderon. (Véase el prólogo al t. I de sus «Comedias», Alcalá, 1638, 4.°, y su «Para todos», 1661, p. 169.)

pero además habia ya insertado algunas comedias en varias de sus novelas, y dado á la imprenta sueltas ó en otra forma muchas mas: ascienden todas á unas sesenta, y parece que si se publicaron por su mismo autor, fué sin duda en los últimos siete años de su vida [31].

Si tomamos en la mano el primer tomo de su coleccion, que fundadamente es de presumir esté mas limado y castigado que el segundo, y le examinamos con atencion para hacernos cargo de su sistema y estilo, fácilmente comprenderémos el carácter de sus dramas. Seis comedias de las que contiene, ó sea una mitad, pertenecen al género llamado de capa y espada, y su interés pende exclusivamente ó de los celos ó del pundonòr exagerado: generalmente no están, como sucede con la de *Cumplir con su obligacion*, bien dispuestas, pero todas tienen interés y pasos llenos de sentimiento poético, si bien mezclados con otros de mal gusto que perjudican al buen efecto de la obra; observacion particularmente aplicable á la de *A lo hecho pecho*. De las otras seis, cuatro son históricas, una de ellas relativa á la supresion de la célebre órden de los templarios; asunto que después trató Raynouard, haciendo una de las mas famosas tragedias de la primera mitad del siglo XIX. La otra es la vida y muerte de Seyano, retratado este personaje no con los colores de Tácito, sino como le pinta *La crónica general;* la otra trata de D. Juan de Austria, sin mas desenlace que una relacion de trescientos versos, que el protagonista recita describiendo su vida y sucesos; de las doce solo hay una perteneciente al género

[31] La fecha del t. I es en la portada 1639, y al fin 1638.

sagrado, que tiene por base la vida y milagros de S. Pedro Alcántara [32].

La última comedia del tomo, y que ha conservado una popularidad permanente, imprimiéndose y representándose varias veces, es *Los amantes de Teruel*. Fúndase en una tradicion del siglo XIII, muy recibida en Teruel, ciudad del bajo Aragon, donde dos amantes cuyo enlace resistia la madre de la dama, alegando la pobreza del galan, forman el nudo del argumento. Por último los padres conceden al galan cierto término de tiempo para ganar los honores y riquezas que deben hacerle digno de la mano de su amada; acepta la oferta y marcha á la guerra, donde se distingue con brillantes hazañas, si bien llegan á faltar enteramente noticias suyas. Rico ya y distinguido, vuelve á su patria en 1217, lleno de fortuna y honores; pero llega demasiado tarde: la dama de su corazon se ha visto obligada á dar la mano á su rival la misma noche en que él ha llegado á Teruel. Lleno de dolor y desesperacion, se presenta en el cuarto nupcial y cae muerto á los piés de su amada; y al siguiente dia, cuando los sacerdotes van á celebrar sus honras, encuentran á su dama muerta y metida en el mismo ataud. Ambos murieron de pasion de ánimo y ambos fueron puestos en el mismo sepulcro [33].

[32] La otra comedia de devocion que escribió Montalban, intitulada «El divino nazareno Sanson», y que comprende la vida de este personaje desde su lucha con el leon hasta su muerte arruinando el templo de los filisteos, no es tan disparatado como esta.

[33] Volverémos á mencionar este caso cuando hablemos del largo poema que al mismo asunto publicó Juan Yagué de Salas, en 1616. La historia de que se valió Montalban está fundada en una tradicion puesta ya en escena tiempo antes, pero bajo un mal plan y pobremente versificada por Andrés de Artieda, que publicó sus «Amantes» en 1581, y por Tirso de Molina, que dió á luz sus «Amantes de Teruel» en 1635. Pero estas dos comedias han estado sepultadas en un profundo olvido hasta que en el tomo V de la coleccion de Aribau (Ma-

Esta historia, que produjo grande impresion en la imaginacion juvenil de Montalban, le movió á tomar la tradicion y convertirla en un drama: para ello colocó sus amantes en tiempo del emperador Cárlos V, deseando aprovecharse del atractivo de una época tan lucida y brillante. Comienza la primera jornada con varias escenas en que se ponen de manifiesto las dificultades y peligros de la situacion, y la heroína Isabel muestra un principio de inclinacion que, después de alguna ansiedad y disgustos, pasa á ser una pasion firme y constante, acompañada de graves pesares y dolor inmenso. Su padre, sin embargo, averiguada la verdad del caso, consiente en la union, si bien designando al amante el plazo de tres años para mejorar de posicion y fortuna: ambos se avienen á esta condicion y la primera jornada concluye con la esperanza de tiempos mas felices.

Antes de empezar la segunda se supone espirado casi el plazo de los tres años, y encontramos al héroe desembarcando en Africa y preparándose á tomar parte en el célebre asalto de la Goleta; despues de mil hechos hazañosos, se ve olvidado y desatendido; y aunque en dicha ocasion salva la vida al Emperador, tan insigne hecho pasa desapercibido en la confusion del combate. Sigue, sin embargo, peleando con mayores brios; y guiado por una pasion que le hace contrarestar los peligros

drid, 1848) se publicó un extracto de la primera, y la segunda íntegra: dicho tomo contiene treinta y seis comedias de Tirso con un prólogo, y notas muy apreciables sobre su vida y obras. Comparando «Los amantes de Teruel» de Tirso de Molina con los de Montalban, impresos tres años después, se viene en conocimiento de que este se valió mucho de la obra de su predecesor; pero añadió á la composicion grandes bellezas, y dióla una entonacion de ternura y sentimiento, hija de su corazon, y no aprendida de nadie. (Aribau, «Biblioteca de Autores españoles», Madrid, t. v, pp. xxxvii y 690.)

y la muerte, es el primero que trepa por las murallas de Túnez y entra en la ciudad : entonces su mérito brilla en todo su esplendor, recuérdanse sus pasados hechos, y recibe de una vez el galardon debido á sus servicios y heroismo.

Pero al empezar la tercera jornada vemos ya que está destinado á recibir un amargo y triste desengaño. Persuadida Isabel con artificios indignos de que su amante ha perecido, se prepara con siniestros agüeros á complacer á su padre y dar su mano á un rival odiado. Verifícase la ceremonia, los testigos van á marcharse, y entonces aparece repentinamente su amante. Síguese una explicacion horrible y dolorosa, y ella le abandona por última vez; pero él la sigue hasta la alcoba, y luchando mas consigo mismo que con su amada, cae exánime en la agonía del dolor : á poco rato entra el marido; ella le refiere el suceso, y no pudiendo sufrir mas el exceso de tan duro dolor, se desmaya y muere lanzando el último suspiro junto al cadáver de su amante.

Como en casi todas las composiciones dramáticas de este género, hay mucho en los *Amantes de Teruel* que ofende y disgusta : el papel inevitable del gracioso es inoportuno y cansado, lo mismo que las interminables relaciones y el estilo á veces hinchado; mas á pesar de sus defectos, el drama está escrito con verdadera intencion trágica, y como cuando se representó era comun, y aun general, la creencia implícita en la tradicion, el efecto que produjo fué inmenso. Aun prescindiendo de su certeza ó falsedad, la narracion de los pesares y disgustos de dos tiernos amantes cuya lastimosa suerte no es efecto de un crímen, se lee siempre y se oye con su-

mo interés; hay trozos familiares y domésticos que no se encuentran comunmente en la escena española, como cuando Isabel está bordando con sus doncellas durante la ausencia de su amante; cuando manifiesta sus temores y desaliento antes de la ceremonia nupcial, y por último el cuadro de horror y espanto que cierra y termina el drama.

Los amantes están pintados con destreza y habilidad; siempre excitan grande interés, y sus caractéres están desarrollados y presentados con tal maestría, que la catástrofe, aunque tristísima, no nos sorprende, antes bien tiene mucho de aquel destino fatal é inevitable de la antigua tragedia griega, cuyo sombrío color se extiende desde el principio sobre toda la accion.

Siempre que Montalban trataba asuntos históricos, tenia la cualidad, poco comun en sus contemporáneos, de observar en lo posible la verdad histórica; en dos comedias sobre la vida del príncipe D. Cárlos introdujo á este personaje con el carácter y color que le corresponden, como mozo indócil y casi demente, peligroso para su familia y para el Estado; y si, obedeciendo á las opiniones y creencias de sus tiempos, el poeta representó á Felipe II mas noble y generoso de lo que le creemos hoy dia, no dejó por eso de concebir y exponer de un modo muy notable la severidad, indiferencia y talentos varios que tanto distinguian á aquel monarca [31]. Con igual felicidad y acierto retrató Montal-

[31] «El príncipe Don Cárlos» es la primera del tomo XXVIII de las «Comedias escogidas», 1667, y refiere la milagrosa cura del Príncipe de un ataque de demencia; la otra, intitulada «El segundo Séneca de España», es la primera inserta en el «Para todos», y concluye con el casamiento del Rey con D.ª Ana de Austria, y el nombramiento de D. Juan para generalísimo de la liga católica.

ban á D. Juan de Austria y á Enrique IV de Francia en las comedias en que estos aparecen como protagonistas [35].

No podemos decir otro tanto de los dos ó tres autos únicos que han quedado de cuantos escribió Montalban. Su *Polifemo*, por ejemplo, en que por un lado se presentan el Salvador y la Iglesia católica, mientras el cíclope representa alegóricamente el judaismo, compite en extravagancia y mal gusto con lo mas desatinado del teatro español; la misma observacion puede hacerse respecto al *Escanderberg*, fundado sobre la historia del célebre Iskander-Beg, figura semifabulosa y semicaballeresca, y su conversion al cristianismo á mediados del siglo xv. En efecto, no podemos hoy comprender cómo se hayan representado en ningun país ni en ninguna época dramas como el primero, en que Polifemo sale á la escena tocando la guitarra, y donde vemos sumergirse en el mar una isla de los primeros tiempos de las tradiciones helénicas, en medio de cohetes y fuegos de pólvora [36].

Pero Montalban siguió ciegamente las huellas de Lope: como los autores dramáticos de su siglo, se sentia asegurado de la censura de un público que hoy dia no le perdonaria; y así es que su principal objeto al escribir fué satisfacer las exigencias de su auditorio en la corte [37]: para esto hizo del cuento ó la novela la base principal de sus comedias, valiéndose principalmente de la pasion

[35] Enrique IV aparece en la comedia «El mariscal de Viron»; D. Juan en la de su nombre.
[36] Ambos autos se hallan en el «Para todos», «Entretenimientos del quinto dia».
[37] Prólogo al «Para todos».

de los celos para darlas movimiento, interés y vida[38]. Dicen que, sumiso á la autoridad y poder de la corte, evitó cuanto pudo presentar la rebelion en escena, para que no dijesen que la alentaba y defendia; aun hizo mas: no quiso introducir personajes de importancia y colocarlos en situacion abyecta, de miedo de que su lealtad se pusiese en duda. Hay motivos para creer que Montalban hubiera reducido sus acciones al término convencional de veinte y cuatro horas, y limitado cada jornada de las tres á un espacio de trescientos versos poco mas ó menos, cuidando al propio tiempo de no dejar nunca el teatro vacío, á no haberle privado del uso de estas reglas el gusto y capricho del público; por lo mismo escribió con toda libertad y soltura, sin cuidarse mas que lo hizo su maestro de la puntual observancia de sus teorías favoritas[39]. Su comedia *La mas constante mujer*, que es una de las que mas agradan por el carácter firme á la par que tierno de la heroína, es obra, segun él dice, escrita en cuatro semanas, ensayada en ocho dias, y representada sin interrupcion hasta que las funciones de Semana Santa hicieron cerrar los teatros[40]. *Las dos venganzas,* á pesar

[38] El argumento del «Celoso extremeño» es algo diverso del de la novela de Cervantes, aunque Montalban usa varios personajes de ella con los mismos nombres y la sigue en muchos incidentes. Al fin de la comedia «De un castigo dos venganzas» dice Montalban que el caso es

> Historia tan verdadera,
> Que no ha cincuenta semanas
> Que sucedió.

Casi todas sus comedias están fundadas en sucesos interesantes y atractivos.

[39] Pellicer de Tobar, en las «Lágrimas panegíricas», explica las opiniones literarias de Montalban, pp. 146-152. Dice que en la parte mas grave empleaba octavas, canciones y silvas; en los pasos tiernos, décimas, glosas y otros metros parecidos; en todas indistintamente el romance, pero evitaba los esdrújulos y el verso suelto como duros é inarmónicos. Todo ello no es mas que una amplificacion del sistema que Lope desenvolvió en su «Arte nuevo».

[40] «Para todos», 1661, p. 508.

de sus horrores, se representó veinte y un dias seguidos [41]. *No hay vida como el honor*, que es de las mas juiciosas y templadas, se hizo simultáneamente en los diferentes teatros de Madrid; distincion que, segun cuentan, no habia logrado antes comedia alguna en España, y que mucho tiempo después alcanzaron pocas [42]. En general, durante el tiempo en que se representaron sus comedias, y esto era cuando Lope, ya viejo y achacoso, contaba pocos años de vida, ningun autor disfrutó el favor que Montalban, excepto solo su gran maestro.

Tuvo, es verdad, sus trabajos y sinsabores; pero este es achaque comun de todos los que por algun camino se labran una reputacion y adquieren el favor del público. Quevedo, el inexorable satírico de su tiempo, atacó la parte mas débil de una de sus obras de ficcion, con toda la hiel y amargura de su carácter; y en otra ocasion en que silvaron una comedia suya le escribió una carta con título de consolatoria, que mas bien es una burla sangrienta y despiadada [43]; pero en medio de estos contratiempos, su carrera puede considerarse como afortunada, y sus compatriotas le consideran aun como uno de los ornatos del antiguo teatro de su país.

[41] Ibid., p. 158.

[42] Cas. Pellicer, «Orígen de la comedia», t. I, p. 202.

[43] Quevedo, «Obras», t. XI, 1794, pp. 125-163. Entonces fué cuando un anónimo lleno de indignacion contestó á Quevedo, escribiendo el libro «Tribunal de la justa venganza», del cual hemos hablado anteriormente.

## CAPITULO XXI.

**Continuacion del teatro.—Tirso de Molina.—Mira de Méscua.—Valdivielso.—D. Antonio de Mendoza.—Ruiz de Alarcon.—Luis de Belmonte y otros.—El Diablo Predicador.—Oposicion de los eruditos y del clero al drama popular.—Lucha y triunfo del drama.**

Otro de los autores que por aquel tiempo trató de granjearse el favor público en el teatro, fué Gabriel Tellez, eclesiástico distinguido, mas conocido bajo el seudónimo de Tirso de Molina, que adoptó para escribir obras que desdecian algun tanto de la gravedad de su estado. Muy escasas son las noticias que de él tenemos: parece ser que nació en Madrid y estudió en Alcalá; entró en religion el año de 1613, y murió probablemente en su convento de Soria, donde era superior, por febrero de 1648, de edad, segun unos, de sesenta años, y segun otros de ochenta[1].

Algo mas sabemos de él bajo otro aspecto: como autor dramático, tenemos cinco tomos de sus comedias, impresos entre los años de 1616 y 1636, sin contar otras muchas sueltas y algunas insertas en varias de sus obras. Su talento fué decididamente cómico, pero el valor moral de sus planes es todavía mas bajo que el co-

[1] « Deleitar aprovechando », Madrid, 1765, dos tomos 4.°, prólogo; Baena, « Hijos de Madrid », t. II, p. 267.

mun, y muchas de sus composiciones contienen trozos cuya inhonestidad é indecencia los hizo el blanco de la Inquisicion y hasta del confesonario, en términos que los ejemplares de ellas son hoy dia rarísimos [2]. Sin embargo, muchas de las menos libres se conservan en el teatro, donde son siempre conocidísimas y oidas favorablemente.

La mas célebre de ellas, sobre todo fuera de España, es *El burlador de Sevilla*, tipo primitivo del famoso don Juan, personaje que ha recorrido todos los teatros de Europa, y que el vulgo de España, Italia y Alemania conoce ya, así en los títeres, como en los romances populares. Los primeros elementos de este carácter, tomado, segun se cree, de un miembro de la ilustre familia de los Tenorios de Sevilla, fueron presentados en las tablas por Lope de Vega, en el segundo y tercer acto de su comedia *El dinero es quien hace hombre*, en la que el héroe da singulares pruebas de firmeza y serenidad ante las espantosas creaciones del mundo inmaterial [3]; pero nada hay de repugnante en la figura bosquejada por Lope, y Tirso de Molina fué el primero que le presentó en la escena con toda su intrepidez original, unida á una depravacion que solo se complace en la satisfaccion de sus caprichos, sin que el terror de lo futuro pon-

[2] De estos cinco tomos, que contienen cincuenta y nueve comedias y varios entremeses y romances, cuyo índice se puede ver en la Biblioteca de Aribau (Madrid, 1848, t. V, p. 36), solo hemos logrado ver cuatro, y únicamente hemos podido recoger hasta treinta y cuatro comedias sueltas, á pesar de que el autor, en el prólogo á «Los cigarrales de Toledo» (1624), dice que habia escrito trescientas, de las cuales se habian impreso unas ochenta.

[3] Hay en esta parte de la comedia de Lope detalles, como el de la estatua de piedra andando y otros, que hacen presumir se valió de ella Tirso. La de Lope está en el t. XXIV de su Coleccion (Zaragoza 1632); pero se ha reimpreso despues muchas veces, y continúa leyéndose muy generalmente.

ga coto á sus desórdenes y al espíritu de befa é irrision hácia lo mas sagrado.

La corrupcion de este carácter es en extremo pintoresca, á pesar de la atrocidad moral que le sirve de base; de aquí provino que luego al punto fué llevado á Napoles, y de allí á Paris, por los actores italianos que trabajaban en esta última capital. La pieza dramática en que apareció por la primera vez era casi una traduccion de la de Tirso, y fué acogida con entusiasmo el año de 1656, en el mismo teatro en que trabajaba dicha compañía, la cual estaba entonces muy de moda en la corte francesa. Siguiéronse dos ó tres traducciones mas á esta lengua; y en 1665 Molière produjo su *Festin de Pierre*, en el que, tomando por modelo la obra de Tirso, y á veces copiando sus mismas palabras, divulgó por toda Europa la ficcion española, antes desconocida[1]. Desde entonces el carácter singular y salvaje creado por el poeta español ha corrido el mundo con el nombre de «Don Juan», causando un interés vivo, aunque repugnante, que marca lo singular de su corrupcion y confunde todas las teorías del interés dramático. Zamora, escritor de principios del siglo XVIII, en España; Tomás Corneille en Francia, y Lord Byron en Inglaterra, son los poetas principales que mas tarde han formulado su fama, aunque el genio de Mozart es quizá el que mas

[1] Parfaits, «Historia del teatro francés» (Paris, 12.°, t. VIII, 1746, p. 255; t. IX, 1746, pp. 3 y 343, y t. X, 1747, p. 420), y Cailhava, «Arte de la comedia» (Paris, 1786, 8.°, t. II, p. 175), explican bien cómo se extendió en Francia esta ficcion verdaderamente española, y como Molière la dió á conocer á toda la Europa. «El libertino» de Shadwell (1616) es sustancialmente el mismo asunto, aunque con mayores horrores, y aun tambien presumimos que el «Burlador de Sevilla» sea la base de un drama corto que se representa frecuentemente en el teatro americano. La obra de Shadwell es obscena hasta no mas y de escaso mérito literario.

ha contribuido á ello, familiarizando á la sociedad culta y elegante con sus sombríos y chocantes horrores [5].

Pero *El burlador de Sevilla* no fué nunca en España la obra favorita del público: tan honrosa distincion pertenece de derecho á *Don Gil de las calzas verdes*, que casi puede asegurarse es el tipo magistral de la comedia de enredo en lengua castellana. D.ª Juana, la heroína, abandonada villanamente por su amante, sale tras él de Valladolid, su patria, y le sigue á Madrid, donde el infiel disponia un casamiento ventajoso. Llegada á la corte, en los quince dias que dura la accion la vemos figurando unas veces como dama bajo el nombre de Doña Elvira, otras como galan con el de D. Gil. A favor de este disfraz desbarata todos los proyectos é intrigas de su falso amante, hace que la novia á quien pretende se enamore de ella, se escribe cartas á sí misma, como de una dama á un caballero, y pasa sucesivamente unas veces por un galan que la enamora y otras por personajes puramente imaginarios.

Entre tanto hace creer á su familia que ha muerto. En esto llegan á la corte dos caballeros, uno con objeto determinado y el otro casualmente, vestidos ambos, como ella, de verde; lo cual hace que se equivoquen unos con otros, armándose tal confusion, que, inquieto su antiguo amante, y hasta el viejo escudero que la acompaña, y que no la habia visto en Madrid sino vestida de hombre, llegan á persuadirse de que es un duende ó al-

[5] Nuevos y recientes escritos publicados en España manifiestan la popularidad que la figura de D. Juan conserva en su país natal: entre ellos se distinguen las dos comedias de «Don Juan Tenorio», de Zorrilla (1844), y sus dos poemas «El desafío del diablo» y «Un testigo de bronce» (1845), no menos dramáticos que aquellas.

ma en pena venida al mundo para vengar los agravios que en vida ha sufrido. En este momento, y cuando el terror y el espanto llegan al último grado, se descubre el enredo: los personajes se reconocen, y en vez de descomponerse un casamiento, se celebran tres, presentándose al final el criado con el sombrero lleno de cerillas encendidas y el vestido cubierto de estampitas de santos, echando á todo el mundo agua bendita, y gritando:

¿Hay quien rece por el alma
De mi dueño, que penando
Está dentro de sus calzas?

Su ama se vuelve de repente y le pregunta si está loco: el criado, lleno de espanto al encontrarse con una dama en lugar de un caballero, pero reconociendo su voz y su rostro, exclama lleno de horror:

*Caramanchel.* Conjúrote por las llagas
Del hospital de las bubas;
Abrenuntio, arredro vayas.
*D.ª Juana.* Necio, que soy tu Don Gil:
Vivo estoy en cuerpo y alma.
¿No ves que trato con todos,
Y que ninguno se espanta?
*Caram.* ¿Y sois hombre ó sois mujer?
*D.ª Juana.* Mujer soy.
*Caram.* Eso bastaba
Para enredar treinta mundos:

El rasgo característico de esta composicion es su enredo, tan ingenioso como complicado: pocos son los extranjeros (tal vez ninguno) que á la primera lectura ó representacion puedan comprenderle; es, con todo, una

de las comedias mas populares en España, donde el auditorio mas grosero é ignorante de las grandes ciudades se divierte muchísimo con su confusion, ingenio y vivezas.

Muy diferente de las dos citadas, aunque bajo cierto aspecto superior á ambas, es *El vergonzoso en palacio*, comedia representada con frecuencia desde su primera aparicion, tanto en Italia como en España, y en la que, segun refiere su autor, desempeñó en cierta ocasion el papel de protagonista un príncipe de Castilla. No es, propiamente hablando, histórica, aunque su argumento versa en parte sobre la vida y hechos de D. Pedro duque de Coimbra, que, después de haber sido en 1449 regente del reino en Portugal, fué por último depuesto y vencido en abierta rebelion[6]. Supónele Tirso retirado á la aspereza de unos montes, disfrazado de pastor y ocupándose en la educacion de un hijo que ignora absolutamente su condicion y clase; este hijo, llamado Mireno, es el protagonista del drama: lleno de sentimientos nobles y dotado de una inteligencia superior á la de los rústicos que le rodean, llega casi á sospechar su ilustre cuna, y animado de dicha idea, huye de su retiro y se encamina á la corte, resuelto á probar fortuna; la casualidad le favorece; entra al servicio del ministro favorito y gana el cariño de su hija, tan resuelta y determinada, por su excesivo trato del mundo, como él es corto y vergonzoso, por la ignorancia en que ha vivido. Allí se descubre su orígen y nacimiento, y la comedia tiene un término feliz.

[6] «Crónica de Don Juan el Segundo.»

Un argumento de esta especie, aunque adornado de incidentes subalternos, es demasiado sencillo para producir grande efecto en la escena; pero el carácter personal del héroe, y la manera con que está pintado y desenvuelto, hacen que la composicion se oiga siempre con gusto en la escena española; favor que nada tiene de injusto. Su noble orgullo luchando con la humilde posicion en que le ha colocado la suerte; las sospechas que apenas se atreve á concebir, de que su rango es igual á sus deseos y ambicion, sospechas que dirigen su conducta; y sobre todo, la modestia que pone coto á sus altivos pensamientos, forman, reunidas y amalgamadas, el bello ideal del antiguo carácter castellano[7].

Tirso escribió tambien comedias sobre acontecimientos aun recientes en su tiempo y que pueden ser considerados históricamente, como son, su *Trilogia de las hazañas de los Pizarros en el Nuevo Mundo y sus aventuras amorosas en la metrópoli;* otras están fundadas en hechos reales y positivos, aunque mezclados con ficciones, como las dos que tratan de la eleccion y pontificado de Sixto V. Sus dramas sagrados y sus autos compiten en extravagancia con los de los demás autores de su tiempo, aunque no los aventajan, porque era difícil llegar á mas.

Su modo de presentar el plan en escena tiene siempre algo de caprichoso: unas veces comienza la comedia con gran naturalidad, vida y movimiento, refiriéndose algun caso acaecido, como, por ejemplo, los lan-

[7] «El vergonzoso en palacio» se imprimió ya en 1624 en «Los cigarrales de Toledo» (Madrid, 1624, 4.°, p. 100), y su título, á nuestro modo de ver, fué tomado del refran español que dice: «Mozo vergonzoso no es para palacio.»

ces de una corrida de toros [8]; otras con la confusion que produce de ordinario el vuelco de un coche [9]; y hay tambien ocasiones en que el autor, sin reparar en nada, interrumpe la marcha del argumento con una relacion de cuatrocientos ó mas versos [10]; pero su manera mas singular y propia de empezar es la de su comedia intitulada *Amar por razon de estado*, en que la escena figura la casa de una dama, con una escala de cuerda puesta al balcon, lo cual da ocasion á un desafío lleno de brio y fuego castellano. Sus principales defectos son la semejanza de caractéres é incidentes, la frecuencia con que disfraza de hombres á sus damas para sostener la intriga, y la obscenidad insoportable y á veces innecesaria de algunos argumentos: falta que hace resaltar mas la circunstancia de que Tirso era un eclesiástico condecorado y disfrutaba gran crédito en Madrid como predicador. Pero tambien es preciso reconocerle grandes dotes, como son, la facilidad y gracia en la narracion, conocimiento extraordinario de su lengua, y una versificacion rica y armoniosa en cuanta variedad de metros podia apetecer el capricho del público, que en este punto era mas exigente y fastidioso que en ninguna otra condicion dramática.

A pesar de la forma múltiple y caprichosa de sus composiciones, Tirso fué siempre uno de los imitadores de Lope: él mismo lo dice, envaneciéndose de pertenecer á su escuela, cuyos principios y prácticas defiende con grande empeño y ahinco, como opuesta al género clásico; defensa que es de notar se publicó en Madrid

[8] «Todo es dar en una cosa.»
[9] «Por el sótano y el torno.»
[10] «Escarmientos para cuerdos.»

doce años antes que saliese á luz *El Cid* de Corneille, precediendo así y anticipando de un período tan largo la célebre controversia sobre las unidades dramáticas, que aquella tragedia francesa suscitó en Paris después del año 1636 [11], y de la que resultaron mas tarde las escuelas dramáticas de Corneille, Racine y Voltaire.

Al tiempo mismo que se ventilaban acaloradamente estas cuestiones, vivia D. Antonio Mira de Méscua, muy conocido desde 1602 hasta 1635 como autor dramático, y elogiado por Cervantes y por Lope. Nació en Guadix, ciudad episcopal del reino de Granada, y en su juventud obtuvo un canonicato en aquella catedral; pero en 1610 asistia en Nápoles en la corte literaria del conde de Lémos, y en 1620 ganó un premio en Madrid, donde parece murió siendo capellan de honor de Felipe IV. Escribió comedias, autos y poesías líricas, aunque no se ha formado nunca coleccion de sus obras, que son, por lo tanto, muy escasas, si bien se hallan algunas composiciones suyas en casi todas las colecciones de poesía nacional publicadas desde su tiempo hasta el dia.

Fué, como Tirso de Molina, eclesiástico distinguido, si bien no se libró de los trabajos comunes á los escritores dramáticos : una de sus comedias, *La desgraciada Raquel*, fundada en la fábula que supone á Alonso VIII enamorado de una judía hasta el punto de sacrificarle casi su corona, sufrió grandes correcciones y alteraciones antes de ser puesta en escena, á pesar de habérsele permitido á Lope tratar el mismo asunto y de la misma manera en el libro XIX de su *Jerusalen conquistada;* tam-

11 «Cigarrales de Toledo», 1624, pp. 183-188.

bien tuvo parte Mira de Méscua en *El cura de Madridejos*, cuya representacion y lectura llegó á prohibirse aun después de impreso; con todo, no hay razon alguna para suponer que dejase de gozar la consideracion y respeto que disfrutaron otros grandes escritores de su tiempo. Sabemos al menos que tuvo muchos imitadores : su *Esclavo del diablo* no solo sirvió de modelo á Moreto para su comedia *Caer para levantarse*, sino que Calderon tomó tambien mucho de él para dos de sus mas conocidas y célebres composiciones. Su *Galan valiente y discreto* sirvió á Alarcon para *El exámen de maridos*; y por fin, su *Palacio confuso* es el original del *Don Sancho de Aragon*, de Corneille [12].

Por este mismo tiempo escribia tambien para el teatro el Maestro Josef de Valdivielso, igualmente eclesiástico de categoría. Estuvo siempre empleado en la insigne catedral de Toledo y en íntimas relaciones con su primado el Cardenal-Infante; pero vivió casi siempre en Madrid, siendo miembro de la misma congregacion religiosa que Cervantes y Lope, y en estrecha amistad con los literatos mas eminentes de la época. Floreció desde

[12] Las noticias de Mira de Méscua, ó Améscua como algunos le llaman, andan tan escasas y esparcidas como sus obras. Rojas, en su «Viaje» (1602), hace mencion de él, y hemos visto su «Desgraciada Raquel», impresa, y atribuida á Diamante; tambien la hemos visto manuscrita y autógrafa, aunque lastimosamente mutilada por los censores eclesiásticos que expidieron la licencia para su representacion en 10 de abril de 1605. Guevara, en «El diablo cojuelo», tranco 6, apunta su nacimiento y dignidad eclesiástica; Don Nicol. Ant., «Bibliot. Nov.», le dispensa elogios extravagantes, y dice que sus comedias se recogieron y publicaron reunidas; pero sospechamos que es un error, porque, lo mismo que sus poesías, solo se encuentran sueltas ó en colecciones donde aparecen casualmente. En punto á Mira de Méscua, véase el catálogo al fin del «Para todos», de Montalban, y á Pellicer, «Biblioteca», t. I, p. 89. El cuento de Raquel es una fábula, y así no debieron apurarse tanto los censores. (Castro, «Crónica de Don Sancho el Deseado, Alonso VIII», etc., Madrid, 1665, fol., pp. 90, etc.) En «Navidad y Corpus Christi festejados» (Madrid, 1664, 4.º) hay dos autos de Mira de Méscua.

los años de 1607 hasta 1633, como se deduce de sus aprobaciones y versos laudatorios en obras publicadas por amigos suyos; pero en cuanto á las suyas propias, casi todas son sagradas, y las dramáticas consisten solo en un tomo impreso en 1622, que tiene dos comedias devotas y doce autos. Es evidente que Valdivielso compuso estos últimos para la catedral de Toledo, donde es regular se representasen, como en otras ciudades de España; entresacólos, segun él mismo dice, de otros muchos que tenia escritos, y es indudable que fueron muy populares y aplaudidos en vida de su autor. *El hijo pródigo*, asunto favorito donde quiera que se han compuesto dramas devotos, está escrito con mucha habilidad é ingenio. *Psiche y Cupido* está tambien muy bien acomodado al pensamiento religioso, cosa extraña en los poetas españoles, los cuales deliraban casi siempre que llegaban á tocar este argumento fantástico y misterioso; por último, *El árbol de la vida* es una alegoría muy bien sostenida, en que se trata á la antigua manera teológica la gran cuestion de la piedad y la justicia divina: comienza en el Paraíso y concluye con la presentacion del Salvador; pero en general los autos de Valdivielso no valen mucho mas que los de sus coetáneos.

Todavía son inferiores á ellos sus dos comedias: intitúlase la una de ellas *El nacimiento de la Mejor*, nombre que se daba entonces á la Vírgen; y la otra *El Angel de la Guarda*, que mas que drama, es una alegoría bastante parecida á la del *Arbol de la vida*. Ambas composiciones son informes, irregulares y salen de los holgados límites que siempre tuvo el drama religioso. Quizá fuesen del gusto del público, porque el colorido y ento-

nacion de su poesía tienen un sabor antiguo que no se encuentra en casi ninguna comedia sagrada de su tiempo. Observacion es esta que puede tambien aplicarse á los autos : en uno de ellos hay una parodia viva, animada y felicísima del famoso romance antiguo del reto de Zamora en la muerte de D. Sancho el Bravo. Pero para explicar la inmensa popularidad que disfrutó Valdivielso conviene tambien tomar en cuenta, no solo su posicion social, sino tambien lo gracioso de su estilo y los chistes con que ameniza sus diálogos, y hacen mas llevadero el mal gusto que á la sazon reinaba [15].

Otro fué el favor que cupo en suerte á D. Antonio de Mendoza, escritor distinguido y que trabajó mucho para la corte desde 1623 á 1643. Sus obras, sin contar muchos romances y otras composiciones líricas al duque de Lerma y otros ilustres personajes, consisten en una Vida de la Vírgen, compuesta de ochocientas redondillas, y cinco comedias, á las que hay que agregar otras dos ó tres que corren sueltas. Las poesías valen poco, pero las comedias son mucho mejores : *Mas merece quien mas ama* pudo inspirar á Moreto su *Desden con el desden*, y es una comedia muy agradable con situaciones naturales y diálogo fácil. *El trato muda costumbre* lo es tambien y está llena de gracia y viveza ; y finalmente, *Amor con amor se paga*, que pasa por la obra maestra del au-

[15] Nicol. Ant., «Bibl. Nov.», t. I, p. 821. Las obras dramáticas que poseemos son «Doce autos sacramentales y dos comedias divinas», por el maestro Josef de Valdivielso. (Toledo, 1622, 4.°, 183 hojas.) Compárese el romance antiguo «Ya cabalga Diego Ordoñez», que está en el Romancero de 1550-1555, con la «Crónica del Cid», cap. 66, y los «Cautivos libres», fol. 25 de «los Doce autos», y se verá que aquella poesia antigua sonaba siempre grata á los oidos del pueblo, y penetraba por todas partes. En la «Navidad y Corpus Christi», antes citada, se halla un auto de Valdivielso, pero pobre y mezquino.

tor, obtuvo la honra de ser representada en la corte por las camaristas y meninas de la Reina, que desempeñaron igualmente los papeles de hombre y de mujer [14].

No gozó tanto favor como Mendoza su contemporáneo D. Juan Ruiz de Alarcon, aunque muy superior á él en mérito: nació en la provincia del Tasco, en el reino de Méjico, pero descendia de una familia natural de Alarcon, en España. En 1622 estaba ya en Madrid y tomó parte en una comedia, obra de nueve ingenios y escrita para celebrar las victorias del marqués de Cañete contra los araucanos. En 1628 publicó el primer tomo de sus comedias, en cuya portada se intitula «fiscal del real consejo de Indias», plaza tan honrosa como lucrativa; dedicóle al público vulgar, manifestando el mas alto desprecio por el auditorio de la corte; lo cual probaria que fué alguna vez mal tratado por el público, aunque se sentia con fuerzas bastantes para desafiarle y criticar la injusticia de su sentencia. A las ocho comedias publicadas en este tomo añadió en 1635 otras doce con un prólogo, de cuya lectura aparece que el mérito de ellas era enteramente desconocido, puesto que el autor dice le costaba mucho trabajo vindicar la propiedad de no pocas comedias que habia escrito; murió en 1639 [15].

[14] Sus obras no se publicaron hasta mucho después de su muerte, y entonces se imprimieron por un manuscrito que existia en la biblioteca del arzobispo de Lisboa, D. Luis de Sousa, con el afectado título de «El fénix castellano, Don Antonio de Mendoza, renacido», etc. (Lisboa, 1690, 4.°) Las únicas noticias importantes de él se hallan en el «Para todos» de Montalban y en la Biblioteca de Don Nicol. Ant., quien le llama Hurtado de Mendoza equivocadamente, pues no era de la ilustre casa de los marqueses de Santillana. Después se hizo una 2.ª impresion; Madrid, 1728, 4.°

[15] Parece que por estas reconvenciones, ó al menos por el tono en que están hechas, se granjeó Alarcon la enemistad de los principales poetas de aquel tiempo, como Góngora, Lope, Mendoza, Montalban y otros. Véase á Puybusque, «Historia comparada de las literaturas española y francesa», dos vol. 8.°, Paris, 1843, t. II, pp. 155-164 y 430-437; obra escrita con mucho

*Blas*, una de las pocas que no se
él impresa, bosqueja el ca-
ı la posesion de bienes in-
os en tiempo de D. Alonso III,
molicie; pero que al oir la voz
antigua energía y muestra su ín-
do el lleno de la lealtad y la gene-
, en que se niega á lidiar un toro y á
a por solo entretener al Infante es muy
ontrasta admirablemente con otra en que
especie de peligros por defender al mismo
y con la en que le mata al verle faltar á la fide-
ebida á su padre.

*nar amigos* demuestra bajo otro aspecto el principio lealtad en tiempo del rey D. Pedro el Cruel, quien está pintado en el drama como recto y severo administrador de justicia en tiempos turbulentos. Su misionero y favorito, D. Pedro de Luna, es uno de los caractéres mas hermosos que presenta el teatro español; carácter que Alarcon pintó repetidas veces, y siempre de un modo feliz.

Mas conocida y popular que las dos anteriores es *El tejedor de Segovia*, en dos partes. En la primera el héroe, Fernando Ramirez, aparece tratado injusta y duramente por su soberano, quien ha hecho matar á su padre bajo el falso pretexto de traicion, y reducido al hijo á ganar su subsistencia, ejerciendo el oficio de tejedor. Pasados ya seis años, y en la segunda parte del drama, aparece nuevamente enconado con nuevos agravios y asociado

gusto y con gran conocimiento del asunto, y que obtuvo en 1812 el premio de literatura.

tor, obtuvo la honra de ser representada en la corte por las camaristas y meninas de la Reina, que desempeñaron igualmente los papeles de hombre y de mujer [14].

No gozó tanto favor como Mendoza su contemporáneo D. Juan Ruiz de Alarcon, aunque muy superior á él en mérito: nació en la provincia del Tasco, en el reino de Méjico, pero descendia de una familia natural de Alarcon, en España. En 1622 estaba ya en Madrid y tomó parte en una comedia, obra de nueve ingenios y escrita para celebrar las victorias del marqués de Cañete contra los araucanos. En 1628 publicó el primer tomo de sus comedias, en cuya portada se intitula «fiscal del real consejo de Indias», plaza tan honrosa como lucrativa; dedicóle al público vulgar, manifestando el mas alto desprecio por el auditorio de la corte; lo cual probaria que fué alguna vez mal tratado por el público, aunque se sentia con fuerzas bastantes para desafiarle y criticar la injusticia de su sentencia. A las ocho comedias publicadas en este tomo añadió en 1635 otras doce con un prólogo, de cuya lectura aparece que el mérito de ellas era enteramente desconocido, puesto que el autor dice le costaba mucho trabajo vindicar la propiedad de no pocas comedias que habia escrito; murió en 1639 [15].

[14] Sus obras no se publicaron hasta mucho después de su muerte, y entonces se imprimieron por un manuscrito que existia en la biblioteca del arzobispo de Lisboa, D. Luis de Sousa, con el afectado título de «El fénix castellano, Don Antonio de Mendoza, renacido», etc. (Lisboa, 1690, 4.°) Las únicas noticias importantes de él se hallan en el «Para todos» de Montalban y en la Biblioteca de Don Nicol. Ant., quien le llama Hurtado de Mendoza equivocadamente, pues no era de la ilustre casa de los marqueses de Santillana. Después se hizo una 2.ª impresion; Madrid, 1728, 4.°

[15] Parece que por estas reconvenciones, ó al menos por el tono en que están hechas, se granjeó Alarcon la enemistad de los principales poetas de aquel tiempo, como Góngora, Lope, Mendoza, Montalban y otros. Véase á Puybusque, «Historia comparada de las literaturas española y francesa», dos vol. 8.°, Paris, 1843, t. II, pp. 15[illegible]-164 y 430-437; obra escrita con mucho

Su *Domingo de Don Blas*, una de las pocas que no se hallan en la coleccion por él impresa, bosqueja el carácter de un caballero á quien la posesion de bienes inmensos, ganados á los moros en tiempo de D. Alonso III, precipita en el lujo y la molicie; pero que al oir la voz del honor recobra su antigua energía y muestra su índole castellana en todo el lleno de la lealtad y la generosidad. La escena en que se niega á lidiar un toro y á arriesgar su vida por solo entretener al Infante es muy graciosa, y contrasta admirablemente con otra en que corre toda especie de peligros por defender al mismo Príncipe, y con la en que le mata al verle faltar á la fidelidad debida á su padre.

*Ganar amigos* demuestra bajo otro aspecto el principio de lealtad en tiempo del rey D. Pedro el Cruel, quien está pintado en el drama como recto y severo administrador de justicia en tiempos turbulentos. Su misionero y favorito, D. Pedro de Luna, es uno de los caractéres mas hermosos que presenta el teatro español; carácter que Alarcon pintó repetidas veces, y siempre de un modo feliz.

Mas conocida y popular que las dos anteriores es *El tejedor de Segovia*, en dos partes. En la primera el héroe, Fernando Ramirez, aparece tratado injusta y duramente por su soberano, quien ha hecho matar á su padre bajo el falso pretexto de traicion, y reducido al hijo á ganar su subsistencia, ejerciendo el oficio de tejedor. Pasados ya seis años, y en la segunda parte del drama, aparece nuevamente enconado con nuevos agravios y asociado

gusto y con gran conocimiento del asunto, y que obtuvo en 1842 el premio de literatura.

á una cuadrilla de bandoleros, á cuya cabeza esparce el terror y el espanto por la sierra de Guadarrama; si bien al propio tiempo presta servicios tan señalados al ingrato Monarca en el momento de una batalla con los moros, y arranca á su enemigo moribundo declaraciones tan explícitas de la inocencia de su padre y suya, que es restituido á la gracia y privanza del Rey, y que á imitacion de los cuentos orientales, ocupa el primer puesto en el país que ha libertado con sus hazañas.

Es en efecto otro Cárlos de Mohr, aunque con la ventaja de estar colocado en un período y sociedad en que era mas fácil y posible tal carácter que en los tiempos en que lo ideó Schiller; aunque siempre es de mal ejemplo su representacion dramática, sobre todo si el autor pretende tener un objeto moral.

Mas claro se ve esto en *La verdad sospechosa*, escrita expresamente para sátira de un vicio: ofrécenos un mancebo, hijo de un ilustre caballero, y él mismo amable é interesante; el cual, recien salido de la universidad de Salamanca, viene á Madrid á ver el mundo, aunque con el incorregible defecto de no decir una palabra de verdad. La gracia y chistes de la comedia, que son realmente notables, consisten principalmente en la prodigiosa y admirable facilidad con que el embustero inventa los casos y sucesos que pueden mas convenir á su propósito del momento, en el ingenio y destreza con que lucha contra la serie positiva de acontecimientos que le va estrechando y cercando cada vez mas, y el resultado final, cuando no creyéndole nadie nada de cuanto dice, se ve por fin obligado á decir la verdad, y por una equivocacion, que ninguno de los que le oyen

puede persuadirse haya cometido de buena fe, pierde el cariño de la mujer á quien amaba y queda lleno de vergüenza y oprobio.

Tiene esta comedia trozos brillantes, como son la pintura de la vida estudiantil en la universidad, y la de una fiesta suntuosa á orillas del Manzanares para obsequiar á la dama. Dichas pinturas, los consejos de su anciano padre para curarle de un vicio tan vergonzoso, y los diálogos del amo y criado, son excelentes. De esta comedia se valió Corneille para escribir su *Menteur*, con la cual echó en 1642 los cimientos de la comedia clásica francesa, fundándola sobre la obra de Alarcon, como seis años antes habia fundado su tragedia en otra obra de Guillen de Castro. Y era Alarcon entonces tan poco conocido, que Corneille estaba en la persuasion de que la comedia era de Lope; pero es justo añadir que algunos años después reconoció su error y proclamó los justos derechos de Alarcon, añadiendo que hubiera dado gustoso sus dos mejores comedias por ser autor de *La verdad sospechosa*.

No seria difícil citar otras comedias del mismo Alarcon llenas del mismo mérito, ingenio y conocimiento dramático; tal es la intitulada *Las paredes oyen*, que por su modo de pintar las lamentables consecuencias de la murmuracion y de la calumnia, compite en su clase con *La verdad sospechosa*, y tambien lo es *El exámen de maridos*, que llegó á ser tenida por de Montalban y de Lope, atribuyéndose á ambos, y que seguramente puede honrar á cualquiera de ellos; baste pues añadir á lo ya dicho de Alarcon, que su estilo es excelente, en general mejor que el de sus contemporáneos, exceptuando

tan solo á Lope, menos galano y florido que el de Tirso, mas apegado á la antigua redondilla que el del mismo Lope, pero mas puro en la versificacion que todos ellos, y mas sencillo y natural; en resúmen, Alarcon es uno de los mejores escritores dramáticos españoles en el período mas brillante del teatro nacional [16].

Otros muchos escritores muy conocidos en aquella época, pero cuyos nombres no suenan en la nuestra, siguieron el mismo camino. Entre ellos merecen mencionarse Luis de Belmonte, cuyo *Renegado de Valladolid* y *Dios es la mejor defensa* presentan una mezcla singular de lo sacro y lo profano; Jacinto Cordero, cuya *Victoria por el amor* disfrutó por largo tiempo del favor del público; Andrés Gil Enriquez, autor de una comedia muy entretenida, intitulada *La red, la banda y el cuadro;* Diego Jimenez de Enciso, que escribió graves comedias históricas sobre la vida de Cárlos V en Yuste y la muerte de D. Cárlos; Jerónimo de Villaizan, cuya mejor obra es *A gran mal gran remedio;* y otros muchos, como Felipe Godinez, Miguel Sanchez y Rodrigo de Herrera, que en grado inferior gozaban el aprecio y estimacion del público madrileño [17].

16 «Repertorio americano», t. III, p. 61; t. IV, p. 93; Denis, «Chroniques de l'Espagne», Paris, 1839, 8.°, t. II, p. 231; «Comedias escogidas», t. XXVIII, 1667, p. 131. La opinion equivocada de Corneille respecto á la «Verdad sospechosa» está en el «Examen du Menteur». Respecto á Alarcon solo añadirémos que en su «Nunca mucho costó poco» presentó una nodriza de edad avanzada y de carácter imperioso y dominante, carácter perfectamente dibujado, y cuyo efecto se aumenta por la circunstancia de explicarse aquella con palabras y frases anticuadas, pero pintorescas.

17 Las comedias de todos estos autores se hallan en la gran coleccion intitulada «Comedias escogidas» (Madrid, 1652-1704, 4.°), á excepcion de las de Sanchez y Villaizan, que hemos visto separadas. En dicha coleccion hay once de Belmonte y cinco de Godinez. Las de Miguel Sanchez, que fué famosísimo en su tiempo y logró el renombre de «Divino», se han perdido casi todas.

El triunfo de estos escritores dramáticos animó á otros que cultivaban diversos ramos de literatura á seguir el mismo camino, llevados del deseo de alcanzar los grandes premios que por do quiera se les ofrecian. Salas Barbadillo, autor de muchas novelas agradables é ingeniosas, y que murió el año de 1630, dejó dos comedias, una de ellas á la manera de Terencio, segun él mismo dice [18]. Castillo Solorzano, que murió diez años después, y adquirió renombre en el mismo género de amena literatura que Barbadillo, es autor de una comedia llena de vida y movimiento; la accion se reduce á pintar una dama que, después de favorecer por codicia á un amante ilustre, le abandona por su criado, que se le presenta disfrazado, suponiéndose dueño de las riquezas y haciendas por las que ella habia aceptado los obsequios de su señor [19]. Góngora escribió tambien una comedia y fragmentos de otras dos, que se conservan en la coleccion de sus obras [20]; y Quevedo, por complacer al célebre favorito conde-duque de Olivares, tuvo parte al menos en la composicion de una comedia que se cree perdida, á no ser la misma que con diverso título acompaña á las poesías de D. Antonio de Mendoza [21]. Pero la circunstancia mas notable en los escritores que llevamos cita-

[18] Las comedias de Salas Barbadillo intituladas «Victoria de España y Francia» y «El galan tramposo y pobre» se hallan en sus «Coronas del Parnaso», que dejó dispuestas á su muerte para publicarse, aunque no se imprimieron sino cinco años después. (Madrid, 1635, 12.º)

[19] Intitúlase «El mayorazgo», y está con su loa correspondiente en «Los alivios de Casandra». (1640.)

[20] Son «Las firmezas de Isabela», «El doctor carlino» y «La comedia venatoria»; aquellas dos incompletas, y la última alegórica.

[21] La comedia que Mendoza y Quevedo escribieron de órden del Conde-Duque se intitulaba «Quien mas miente medra mas» (Pellicer, «Orígen del teatro», t. I, p. 177), y se ha perdido, si acaso no es, como presumimos, la que con el título de «Los empeños del mentir» se halla en las obras de Mendoza. (1690, pp. 254-296.) En las «Obras de Quevedo» (1791, t. IX) hay tambien cuatro entremeses suyos.

dos es que todos ellos pertenecian á la escuela de Lope, y que por lo mismo son un vivo testimonio de la inmensa popularidad que aquel grande ingenio supo dar al drama.

Efectivamente la pasion al teatro llegó á tal punto, que el clero y la nobleza, que por su situacion especial no querian sonar como dédicados á composiciones teatrales, las escribian, enviándolas á los actores ó á la imprenta cubiertas con el velo del anónimo. Autores de esta clase anunciaban sus comedias como escritas por *un ingenio de está corte*, siendo grande el número de las que hay impresas con este seudónimo, que es de notar significaba algunas veces altas pretensiones de parte de los que querian ocultarse con él. Hasta Felipe IV, ilustrado amante de las letras y de las artes, dicen se valió de él en algunas ocasiones, y una tradicion constante y generalmente admitida le atribuye las comedias *El conde de Esex*, *Dar la vida por su dama*, y otras dos ó tres enteramente suyas, ó á cuya composicion contribuyó con su ingenio [22].

Una de las comedias mas notables publicadas con este título es *El Diablo Predicador*: la accion pasa en Luca, y la intencion del actor es celebrar las glorias del pa-

[22] Felipe IV cultivó las letras, y se asegura existen en la Biblioteca Nacional de Madrid dos traducciones suyas manuscritas, una de las «Guerras de Italia», de Francisco Guicciardini, y otra de la «Descripcion de los Países-Bajos», de su sobrino Luis Guicciardini, con un prólogo muy bien escrito. (Pellicer, «Origen», t. I. p. 162; Huerta, «Teatro español», Madrid, 1785, 12.°, parte I, t. III, p. 159, y Ochoa, «Teatro», Paris, 1838, t. V, p. 98.) «Don Enrique el Doliente» es otra de las comedias atribuidas con mas fundamento á Felipe IV, quien, añaden, tomaba gran parte en la improvisacion de comedias, entretenimiento muy á la moda en la corte de España y en la no menos espléndida del virey de Nápoles, conde de Lémos. (Pellicer, «Teatro», t. I, p. 163; y J. A. Pellicer, «Biblioteca de traductores», t. I, páginas 90-92, donde hay una curiosa relacion, á que antes hemos aludido, de una de estas funciones, escrita por un Estrado que asistió á ella.)

triarca S. Francisco y aumentar la influencia de sus discípulos. En la larga relacion que el autor pone en boca de Lucifer, y da principio al drama, se supone que aquel ha llegado al colmo de sus deseos, triunfando de sus enemigos, por cuanto ha logrado excitar el odio y mala voluntad del vecindario de Luca contra un convento de pobres frailes franciscos establecido en dicha ciudad, en términos que todos les niegan limosna y los ponen á punto de perecer de necesidad. Su triunfo empero es efímero: aparece S. Miguel con el niño Jesus en los brazos, y manda á Satanás convierta á los mismos cuyos corazones ha endurecido, construya el convento de aquellos santos varones, que casi ha arruinado, y ponga á los frailes, apedreados entonces por los muchachos èn las calles, en el estado de seguridad, decoro y respeto de que han sido privados. La gracia principal del drama está en el método que el diablo adopta para poner por obra la ingrata tarea que le ha sido impuesta. Para lograrlo se viste el hábito de los frailes á quienes tanto aborrece, sale por la ciudad á hacer la excitacion, dirige la construccion de un nuevo edificio mayor y mas cómodo, que les ha de servir de albergue y hospedería, reza, predica, hace milagros, y todo esto lo ejecuta con el mayor fervor y devocion, con tal de salir cuanto antes de un negocio tan desapacible y amargo para él, y del cual se queja continuamente en frases equívocas y apartes llenos de rabia y encono, que le desahogan y consuelan en medio de sus disgustos. Logra por fin su objeto, da cima á su odiado proyecto, y ninguna honra ni recompensa recibe por la ejecucion. Al contrario, en la última escena tiene que

confesar quien es, y que no le queda otro arbitrio que marchar á las llamas del fuego eterno, en las cuales se hunde, como otro D. Juan Tenorio, en presencia de los espectadores, edificados y compungidos.

La accion dura cinco meses: hay una intriga subalterna que apenas perturba el interés principal, y uno de los personajes, la heroína del drama, es una figura dulce y simpática; el carácter del padre guardian del convento, sencillo, humilde, confiado y sumiso á la voluntad divina, está muy bien trazado, y contrasta singularmente con el del gracioso de la comedia, un lego tímido, embustero y gloton, tan ignorante como sagaz, y á quien el diablo atormenta de mil maneras siempre que puede distraerse de la grande obra que tanto desea terminar.

En algunos ejemplares antiguos esta composicion, tan característica de la época á que pertenece, se atribuye á Luis de Belmonte; en otros, á Antonio de Coello; últimamente se ha afirmado, aunque ignoramos con qué fundamento, ser obra del franciscano Francisco Damian Cornejo; pero cuanto se ha dicho sobre este particular es dudoso é incierto, y solo podemos decir que durante mucho tiempo se representó este drama como funcion devota, favorable á los intereses de la órden de San Francisco, á la sazon muy influyente en España. A fines del siglo XVIII este estado de cosas mudó algo, y sin que se sepa á punto fijo el motivo, la autoridad eclesiástica prohibió su representacion; volvió á aparecer en las tablas en 1800, representándose nuevamente con gran concurrencia de gente y mucha utilidad de las empresas, llegando los frailes hasta facilitar sus hábitos



para una comedia tan honrosa á la órden; pero en 1804 volvió la Inquisicion á prohibirla, y así continuó hasta la revolucion política de 1820, que concedió libertad completa á los espectáculos escénicos [23].

La escuela de Lope, á que pertenecieron los autores que hemos citado y otros muchos, no fué, sin embargo, acogida absolutamente con aplauso universal. No faltaron de vez en cuando hombres eminentes por su instruccion que la miraban con desden, ni críticos severos ó capciosos que encontraron en sus desórdenes y extravagancias abundantes ocasiones de desfogar su mal humor contra ella. Alonso Lopez, llamado comunmente el Pinciano, en su *Filosofía poética, fundada en la doctrina de los antiguos*, tratado modesto publicado en 1596, en sus discusiones sobre la naturaleza de la tragedia y de la comedia dice explícitamente que no le satisfacian las formas dramáticas que entonces comenzaban á dominar el teatro. Los Argensolas, que diez años antes intentaron introducir el tipo clásico, es natural mirasen todavía con mas disgusto y desden las tendencias del arte en su tiempo, y Bartolomé manifiesta dicha opinion con mucha claridad en una de sus sátiras. Uniéronsele otros, entre ellos Artieda, en su epístola en verso dirigida al marqués de Cuéllar; el dulcísimo poeta lírico Villegas, en la elegía séptima; y Cristóbal

23 C. Pellicer, «Orígen», t. I, p. 184, nota; «Suplemento al índice», etc., 1805, y un artículo excelente de Monsieur Vieil Castel, en la «Revista de los dos mundos», 15 de julio de 1840. Puede añadirse á lo que dicen estos autores la bellísima descripcion hecha por Blanco White en sus admirables «Cartas de Doblado» (1822, pp. 163-169), de una representacion del «Diablo Predicador» que él mismo presenció en el patio ó corral de un meson, donde servia de teatro una cuadra de ganado, y los espectadores, que pagaban un cuarto por asiento, estaban al aire libre, bajo un cielo brillante y estrellado.

de Mesa, en varios pasajes de sus poesías sueltas y en el prólogo á su desconcertada tragedia de *Pompeyo*. Si á esto añadimos el erudito discurso sobre la verdadera forma de la tragedia y de la comedia, que Cascales insertó en sus *Tablas poéticas*, y el rudo encuentro que al teatro popular de su patria dió Suarez de Figueroa hablando solo de sus defectos, hemos recapitulado, si no todo lo que se ha dicho en el asunto, al menos cuanto merece especial mencion. Pero todo ello no vale lo que la confesion noble y franca de Lope en su *Arte nuevo de hacer comedias* [21].

La oposicion del clero, mas temible aun en aquella época que la de los preceptistas y eruditos, era en cierto modo mas fundada, porque muchas comedias eran indecentes, y no pocas inmorales; por eso, como hemos visto, la influencia eclesiástica se declaró desde un principio contra el teatro, tanto por esta razon como porque las representaciones profanas se sobrepusieron á las sagradas, que se hacian en los mismos templos; espectáculo devoto con cuyo auxilio habia sostenido el clero su preponderancia sobre la masa del pueblo. Esto fué lo que produjo la prohibicion de las comedias de Torres Naharro en 1545, y motivó la peticion que en 1548 hicieron las Cortes al Emperador, suplicándole prohibiese

21 El Pinciano, «Filosofía antigua poética» (Madrid, 1596, 4.°, p. 381, etc.); Andrés rey de Artieda, «Discursos. etc., de Artimidoro» (Zaragoza, 1605, 4.°, fol. 87); Cristóbal de Mesa, «Rimas» (Madrid, 1611, 12.°, fol. 94, 145, 218), y en su «Pompeyo» (Madrid, 1618, 12.°, con la dedicatoria); Cascales, «Tablas poéticas» (Murcia, 1616, 4.°, parte II), C. 1.° de Figueroa; «El pasajero» (Madrid, 1617, 12.°, alivio 3); Esteb. Man. de Villegas, «Eroticas» (Nájera, 1617, 4.°, segunda parte, fol. 27); los Argensolas, «Rimas» (Zaragoza, 1634). Los hemos puesto por fechas porque en el caso presente importa mucho el órden cronológico, y porque llama la atencion el que todos pertenecen al período en que ocurrieron los triunfos de Lope como autor dramático.

la representacion é impresion de todas las farsas obscenas é indecentes [25]. A pesar de estos esfuerzos, durante largos años no se hizo mas que suspender los espectáculos escénicos, ya con motivo de algun duelo, ya en grandes calamidades é infortunios generales; pensamiento que tal vez sugirieron los eclesiásticos como muy á propósito para imaginar, andando el tiempo, nuevas exigencias y obtener mayores concesiones.

Pero á medida que el teatro ganaba en importancia con la popularidad de Lope, ganaban tambien en gravedad las cuestiones sobre su índole y consecuencias. Justamente poco antes, y en 1587, Felipe II habia consultado á algunos de los teólogos mas insignes del reino sobre la súplica que le habia sido hecha de mandar cerrar los teatros; pero después de largas y maduras deliberaciones, aquel monarca siguió el dictámen templado de Alonso de Mendoza, catedrático de la universidad de Salamanca, y resolvió tolerarlas, sujetando las obras á una censura previa muy estricta y escrupulosa. El historiador Mariana, en su tratado *De spectaculis*, impreso en 1590 y escrito con elocuencia y fervor, atacó violentamente á los teatros, sobre todo en la parte relativa á bailes y vestidos, resucitando así la cuestion, que no estaba aun del todo muerta. Sucedió luego, en 1597, la muerte de la duquesa de Saboya, infanta de España, por la cual mandó su padre, Felipe II, cerrar los teatros de Madrid y suspender las representaciones. El Rey estaba viejo y enfermo; rodeáronle los enemigos del teatro, entre los cuales descollaba Lupercio de Argenso-

25 «Don Quijote», edic. Clemencin, t. III, p. 402, nota.

la [26]; renovóse la discusion con mayor vehemencia, y en 1598, poco antes de lanzar el último aliento en el Escorial, con los ojos clavados en el altar mayor, Felipe II proscribió del todo las representaciones dramáticas.

Escaso efecto hizo, sin embargo, este golpe del poder clerical, y los autores recurrieron á medios ingeniosos para evadir la autoridad que contra ellos se ejercia, al paso que la profesion de actor se desacreditó; pero era ya imposible lanzar al drama del lugar en que habia puesto la planta, y adonde se hallaba parapetado detrás del favor general del público. La villa de Madrid, corte y cabeza reconocida del reino, pidió que se abriesen los teatros, alegando que se representaban muchas comedias devotas con tan buen resultado para las almas, que se habia visto mas de una vez á espectadores y actores abandonar el mundo y marchar del teatro á un convento [27], y que además las rentas que las compañías dramáticas pagaban á los hospitales de Madrid eran indispensables para la existencia de aquellos grandes y piadosos establecimientos [28].

Movido por estas razones Felipe III, el año de 1600, y

26 Pellicer, «Bibliot. de traductores», t. I, p. 2.

27 Para muestra de los supuestos efectos saludables de las comedias de santos, vemos en el prólogo al «Tratado de las comedias» (1618) de Bisbe y Vidal, la aventura de una muchacha á quien sus padres permitieron ir á ver «La conversion de la Magdalena» varias veces como acto de devocion, y que concluyó por enamorarse del primer galan, que hacia el papel del Salvador, escapándose con él á Madrid.

28 Otras veces sucedia lo contrario. Bisbe y Vidal, fol. 98, dice que los hospitales hacian por sostener los teatros y sacar productos de ellos, tales sacrificios, que algunas veces se empobrecian en estas especulaciones, y dice que en su tiempo, 1618, vivia un caballero que habia sido magistrado de Valencia, el cual causó con sus adelantos y gastos en el teatro tan inmensas pérdidas al hospital de aquella ciudad, que, arrepentido, tomó el hábito en un convento y legó toda su fortuna al hospital, como para indemnizarle de los males que le habia acarreado con su desacertada administracion.

antes de que se cumpliesen los dos de haberse cerrado los teatros, convocó una junta compuesta de eclesiásticos y de cuatro personas seglares de calidad, y le dió el encargo de examinar nuevamente el asunto. Conforme con su dictámen, que anatematizaba con el mayor rigor el teatro tal cual habia existido hasta entonces, permitió, sin embargo, que se abriese, aunque reduciendo el número de representantes, prohibiendo toda licencia é inmoralidad en las comedias, y mandando que solo se hiciesen funciones los domingos y otros tres dias á la semana, señalando para ello los dias de fiesta, si los hubiese. Esta resolucion apenas ha sufrido después mudanza alguna, y el teatro español, con levísimas alteraciones y algunos privilegios concedidos incidentalmente, ha continuado firme y seguro sobre las mismas bases desde entonces, cerrándose en ocasiones de luto nacional, como cuando la muerte de Felipe III, que lo estuvo tres meses, y en 1665, que se suspendieron las funciones por el carácter sombrío y supersticioso de la Reina Gobernadora; pero nunca ha permanecido de este modo largo tiempo, y sobre todo, nunca después se ha vuelto á poner su existencia en tela de juicio.

La verdad es que desde principios del siglo XVII la comedia española era ya demasiado robusta para que la crítica clásica ó el poder eclesiástico pudiesen con ella. En el *Viaje entretenido*, de Agustin de Rojas, famoso representante, que corrió gran parte de su país el año de 1602, y visitó las ciudades de Sevilla, Toledo, Granada, Valladolid y otras muchas, se ve que se hacian comedias, no solo en dichas ciudades, sino en las aldeas mas pobres y miserables; prueba de que la diversion

favorita del pueblo y superior para él á todas las otras era la representacion dramática en todas sus formas [29]. En 1632 Montalban, juez irrecusable en este particular, presenta un largo catálogo de escritores dramáticos en Castilla solo; y tres años después Fabio Franchi, italiano residente en España, y que publicó un elogio de Lope, enumera otros treinta poetas, y describe la inmensa influencia que ejercian en el país. Por lo tanto, es indudable que al tiempo de su muerte el nombre de Lope era el gran nombre poético que simbolizaba la gloria de su patria, y que las formas del drama, segun él las estableció, llegaron á ser, sin que ninguna fuerza alcanzase á contrarestarlas, las formas nacionales y populares del teatro en toda España [30].

[29] Rojas, 1602, refiere con mucha gracia los motes y manera de vivir de ocho géneros de compañías de la legua, que empiezan en el «bululu», que constaba de una sola persona y acaban en la «compañía», que exigia diez y siete. (Viaje, Madrid, 1614, 12.º, fol. 51-53.) Estos apodos y distinciones duraron mucho en España, y en el «Estebanillo Gonzalez» se citan cuatro de ellos. (1646, cap. 6.)

[30] Sobre la lucha de la Iglesia con el teatro, y el triunfo de Lope y su escuela, deben consultarse C. Pellicer, «Orígen», t. I, pp. 118-122 y 142-157; «Don Quijote», edic. J. A. Pellicer, parte II, cap. 11, nota; Rojas, «Viaje», 1614, passim., fol. 66, teniendo presente que escribia en 1602; Montalban «Para todos», 1661, p. 543; Lope de Vega, «Obras sueltas», t. XXI, p. 68, y otros muchos pasajes de los tomos XX y XXI, que demuestran el triunfo de Lope y su escuela; una carta de Francisco Cascales á Lope, publicada en 1634 en defensa de las comedias y su representacion, que es la tercera de la segunda década de sus «Epístolas», es curiosa, aunque su autor camina bajo el supuesto falso de que las comedias que entonces se escribian no eran ofensivas á la moral.

# NOTAS

Y

# ADICIONES DE LOS TRADUCTORES.

# NOTAS Y ADICIONES.

Cap. I, nota 5, p. 12.—El primer índice expurgatorio formal es del año 1559, y se imprimió en Valladolid, por Sebastian Martinez, en 4.° Intitúlase *Cathalogus librorum qui prohibentur mandato illustrissimi et reverendissimi D. D. Fernandi de Valdés Hispalensis Archiepiscopi, Inquisitoris Generalis Hispaniæ: nec non et supremi sanctæ ac generalis Inquisitionis senatus.* En el prólogo ú advertencia que precede á la obra el inquisidor Valdés dice que, habiendo llegado á noticia del tribunal que algunas personas no observaban lo mandado por S. S. en varios breves, leyendo y trayendo á estos reinos libros prohibidos, pretendiendo ignorar cuáles eran sospechosos, reprobados y de autores heréticos y cuáles no, se decidió á formar un catálogo de ellos, etc. Reimprimióse con adiciones y unas reglas generales en Madrid, 1583 y 1584, 4.°, siendo inquisidor general D. Gaspar Quiroga, arzobispo de Toledo.

Cap. I, nota 10, p. 16.—Véase la *Historia de los protestantes españoles, y de su persecucion en tiempo de Felipe II,* por Don Adolfo de Castro (Cadiz, 1851, 4.°), en la cual, así como en otra reciente, intitulada *Exámen crítico de las causas de la decadencia de España,* los lectores hallarán nuevos y curiosos

pormenores acerca de los procedimientos de la Inquisicion, y el singular cuidado que el Santo Oficio ponia en destruir y aniquilar la libertad del pensamiento, aun en los asuntos mas comunes y triviales.

Cap. II, nota 1, p. 25.—Son varias las ediciones de esta obra no citadas por Nicolás Antonio ni por Latassa. La primera es de Valladolid, 1555, fol., letra de Tórtis, á dos columnas. La segunda de Zaragoza, 1562, fol., por Agustin Millan y á costa de Miguel de Suelves, letra de Tórtis, á dos columnas; esta última tiene en la portada un grabado en madera que representa al marqués de Pescara á caballo, acompañado de dos pajes con lanzas; y la misma figura se halla repetida al principio de la obra. Hay además en la segunda hoja un escudo de las armas del conde de Aranda, á quien Valles dedicó su obra. Esta edicion va seguida de la *Conquista de Africa*, por Diego de Fuentes; de *La de Sena* por el mismo, y de la *Verdadera narracion de un desafio que pasó en Italia entre un cauallero aragonés llamado Marco Antonio Lunel, y otro castellano nombrado D. Pedro de Tamayo, natural de Avila;* formando cuerpo aparte los tres tratados, aunque incluidos en la foliatura general del libro, que consta en todo de 160 hojas y 5 de preliminares.

La tercera edicion es de Anvers, 1568, por Juan Latio, en 8.°, y por último, la cuarta, de la misma ciudad, año 1570, en casa de Philippo Nutio.

Valles publicó además la *Crónica de los Reyes Católicos*, con adiciones y unos refranes (Zaragoza, 1549, 4.°), de que habla largamente Mayans en su *Specimen Bibliothecæ*, p. 67.

En la misma nota (núm. 1), donde dice *Stultio*, léase *Steelsio*.

Cap. II, nota 9, p. 31.—No fué Alonso de Ulloa el que primero añadió la *Conversion de Boscan*, pues ya aparece en la edicion de sus obras hecha en Medina del Campo por Pedro de Castro, 4.°, 239 hojas, y en la de Ambéres (1544), la cual es mas completa que las dos anteriores. Es un duodécimo español de 298 hojas y 12 mas de preliminares. En el *Colophon* se lee lo siguiente : « Estas obras de Juan Boscan y algunas de



»Garcilaso de la Vega, además de que hay muchas añadidas »que hasta agora nunca fueron impressas, son tambien corre»gidas y emmendadas de muchas faltas que por descuydo de »los oficiales en las impresiones se hallaron; de manera que »van agora mejor corregidas, mas complidas y en mejor ór»den que hasta agora han sido impressas. Acabáronse de im»primir, etc.» En esta edicion, que no está foliada, la *Conversion de Boscan* está al principio siguiendo á la tabla.

Cap. II, nota 12, p. 32.—La primera edicion del *Cortesano*, de Boscan, no es del año 1549, como el autor equivocadamente supone. Es verdad que Brunet y los demás bibliógrafos no vieron ninguna anterior, pero nosotros podemos indicar nada menos que cinco, y son las siguientes: la primera, que se hizo en Barcelona en 1534, en folio, y cuya portada copiarémos á la letra para satisfaccion de los entendidos en materias bibliográficas: *Los cuatro libros del Cortesano, compuestos en italiano por el conde Balthasar Castellon, y agora nuevamente traducidos en lengua castellana por Boscan, con privilegio imperial por diez años.* Al fin: *Aquí se acaban los cuatro libros del Cortesano, compuestos en italiano por el conde Balthasar Castellon, y traducidos en lengua castellana por Boscan, imprimidos en la muy noble cibdad de Barcelona, por Pedro Monpezat, imprimidor, á 2 del presente mes de ábril de* 1534; fol. gót.

La segunda es tambien de Barcelona, de 1535, 4.°; otra hay de Toledo, 1539, 4.°, sin nombre de impresor (hoj. 199); y por último, hemos visto una de Salamanca (Pedro Tovans), 1540, 4.°, de 164 hojas; todas ellas en letra de Tórtis. Otra hallamos citada de Toledo, 1542, que no hemos llegado á ver. Estas cinco ediciones pues se conocen anteriores á la ya citada de 1549, y es probable no sean las únicas, atendida la mucha aceptacion que tuvo aquella obra.

Es de advertir que el *Cortesano* se incluyó en el *Indice expurgatorio* de 1612, no habiéndolo sido antes en los de 1559 y 1583. Entre otros pasajes suprimidos, se nota en el lib. 2, cap. 5, aquel en que Micer Antonio, aludiendo á las puertas de cierto palacio en Roma, que, segun la vulgar creencia, tenian

la facultad de oir y hablar, representa á Alejandro VI como habiendo sido papa por fuerza, es decir, Papa VI, que puede tambien interpretarse por *Papa vi*, y añade que su sucesor, Nicolás V, fué de poco valor para la Iglesia : *Nicholas Papa nihil valet;* interpretando así las iniciales *Nich. Papa V.*

El libro de Castiglione, traducido por Boscan, tuvo, como era de suponer, imitadores en España. En 1561 D. Luis Milan, caballero valenciano de ilustre cuna y gentilhombre de la casa del duque de Calabria, publicó su *Cortesano*. Es un tomo en 8.°, con 240 hojas no foliadas, inclusas las tres que componen el prólogo ú epístola dedicatoria á Felipe II. No tiene portada, empezando la impresion á la vuelta de la primera hoja, como sucede en algunos libros del siglo XV.

Es obra rarísima, de que no hemos alcanzado á ver mas que un solo ejemplar en la biblioteca de D. Bartolomé José Gallardo. No tiene licencia, aprobacion ni preliminar de ninguna especie, exceptuando la mencionada epístola dedicatoria al Rey.

Está dividida en seis jornadas, en que se pintan con mucha exactitud las costumbres propias de aquel tiempo y la corte del duque de Calabria, virey de Valencia, y de su esposa la reina Germana. La primera describe una cacería hecha por el Duque y la Duquesa seguidos de sus cortesanos, entre los que figura el mismo autor. Otras son referentes á saraos, torneos, justas poéticas y otras fiestas y regocijos, describiéndose con la mayor puntualidad las armas de los caballeros, los vestidos y arreos, empresas y motes de damas y galanes. En este punto es libro precioso y mas interesante que el de Castiglione, en que se describen costumbres que no llegaron nunca á generalizarse en España.

En él se insertan varias poesías, como canciones, villancicos, redondillas, esparsas, y otras que por su forma y concepto nos recuerdan á menudo las obras del *Cancionero general;* tanto, que á no constarnos que el autor de ellas vivia en tiempo de Felipe II, las hubiéramos creido escritas cuarenta años antes. Toda la obra está en forma de diálogo, á veces picante en

extremo, siempre festivo y animado. Entre los interlocutores aparece un tal Gilote, bufon ó truan del Duque, el cual hace el papel de bobo ú gracioso. Los demás personajes son D.ª Ana Dicastillo, un canónigo llamado Ester ó Ster, D. Luis Margarite, D.ª Violante Mascó, Joan Fernandez de Heredia, el orador Pedro Mascó, D. Francisco Fenoller, Baltasar Mercader, Berenguer de Aguilar, Luis Vich y otros, todos conocidos en aquel tiempo. A parte de algunos provenzalismos, disculpables en un escritor nacido y criado en Valencia, el *Cortesano* está escrito en lenguaje castizo y puro, los versos son fáciles, y el conjunto agradable en extremo. Algunos de los interlocutores hablan siempre en valenciano. De su autor, Luis Milan, solo sabemos lo poco que de él dicen Nicolás Antonio (Biblioteca Nov., t. II, p. 42); Ximeno, (Escrit. del reino de Valencia, t. I, p. 137), y Cerdá y Rico, en sus notas al *Canto de Turia*, p. 365 y siguientes: fué gran músico, y tan diestro en el arte de tocar instrumentos de cuerda, que le apellidaban el *Orfeo*. Cuentan que, llamado del rey D. Juan III de Portugal, le detuvo en su corte, quedando este tan aficionado de su grande habilidad, que le hizo su gentilhombre y le asignó siete mil cruzados de renta. Escribió una obra intitulada *El Maestro, ó música de vihuela*, que se imprimió dos veces en Valencia, 1534 y 1535, en 4.° apaisado; libro curioso, y del cual, así como de otro que escribió Francisco Salinas (De Musica, lib. 8, Salmant., 1577, fol.), se pueden sacar muchas noticias para la historia de nuestra poesía popular, puesto que uno y otro autor nos conservaron el primer verso de muchos romances y cantares, que en vano se buscaran en las colecciones impresas ó manuscritas.

Cap. II, nota 12, p. 33.—A lo que nuestro autor dice de Boscan y de sus poesias añadirémos que no todas fueron recogidas por su viuda. En cancioneros manuscritos hemos hallado á menudo obras que le son atribuidas. Otro tanto puede decirse de las obras de su amigo y compañero Garcilaso: en un códice del tiempo, que fué del célebre anticuario aragonés Vicencio de Lastanosa, y que contiene juntamente sus poesias y

las de Boscan, hemos leido varias que no se hallan en ediciones impresas. Sirvan de ejemplo las siguientes:

VILLANCICO.

Nadi puede ser dichoso,
Señora, ni desdichado
Sino que os aya mirado.
Porque la gloria de veros
En esse punto se quita,
Que se piensa mereceros.
Asi que sin conoceros
Nadi puede ser dichoso,
Señora, ni desdichado,
Sino que os aya mirado.

Del mismo á Boscan, porque estando en Alemania danzó en unas bodas:

La gente s'espanta toda,
Que hablar á todos distes;
Que un milagro que hezistes
Hubo de ser en la boda.
Pienso que aveys de venir,
Si vays por esse camino,
A tornar el agua en vino,
Como el dançar en reyr.

En 1566 un escritor llamado Sebastian de Córdoba Sazedo, del cual tan solo sabemos que fué vecino de Ubeda, tuvo la humorada de trasladar á lo divino las obras de Boscan y Garcilaso; tarea en que empleó doce años consecutivos, segun lo expresa Fernando de Herrera, á la sazon canónigo de la colegiata de Ubeda, en una epístola que precede á la obra. Imprimióse esta en Zaragoza por Juan Soler, 1577; porque, aun cuando Nicolás Antonio dice que en 1575, debió equivocarse, puesto que la licencia para imprimir es de 10 de febrero de 1577: es un tomo en 8.° prolongado, de 267 hojas, sin contar 12 de preliminares y 3 de tabla.

El autor, que dedicó su obra á D. Diego de Covarruvias, obispo de Segovia, dice que, habiendo ya pasado, como dicen, en flores gran parte de su vida, leyendo cosas profanas y escribiendo otras semejantes, vino á leer las obras de Juan Boscan y Garcilaso de la Vega, y enamorado de su alto y suave estilo, pensó si en devocion podrian sonar tan dulces; pues aunque llenas de ingeniosos y altísimos conceptos, eran á su modo de ver tan profanas, que las consideraba dañosas y no-

civas en alto grado, y mayormente para los mancebos y mujeres sin experiencia. Empezó pues por trasladar algunas, y satisfecho de su obra, continuó ocupándose en lo mismo hasta dar por concluida su improba tarea, usando siempre de los mismos metros y consonantes, y tomando á veces versos enteros de sus modelos. Para muestra de su desempeño copiarémos las siguientes de su *Mar de lágrimas*, que corresponde al *Mar de amor*, de Boscan :

El sentir de mi sentido
Tan sin él a navegado,
Que en el arena encallado
Del mundo está sumido,
Del puerto desconfiado.
Pero como en si boluió
El piloto, que sintiendo
Al peligro se entregó,
Con gemidos demandó
Celestial favor y aliento.
Estaua sin se mover
Mi barca á los altos dones,
Sepultada en las pasiones
De falso y vano querer,
Que ciega los coraçones.
Del mundo y carne los vientos,
Trabucada en el escoria
La tenian sin alientos,
Fundados sus pensamientos
En un viento de vanagloria.

Como sin agua se vido,
Y en arena sin humor,
Representóle el temor
Que el navio está perdido
Sin lágrimas de dolor.
Y el ser y las fuerças juntas
Que quedaban en su alma,
Aunque ya casi difuntas,
Leuantaban sus flacas puntas
A tan miserable calma.
Y la verde vestidura
De vertud, que no consiente
Que desmaye el penitente,
Envistió con mi tristura,
Mostrándome un Dios clemente
Y un rompido coraçon,
Me mostró de un soberano,
Hombre y Dios, que en su passion,
Hizo suma redempcion
Dando fuerça al ser humano.

La carta de D. Diego de Mendoza á Boscan está puesta en nombre de Luis de Vera, y las dirigidas al Almirante lo están á Cristóbal de Villaroel, uno y otro amigos del autor, como se infiere por los sonetos laudatorios que preceden á la obra. La égloga de Garcilaso que empieza «El dulce lamentar de dos pástores» está, de la misma manera, convertida á lo divino, como tambien lo están las otras dos. La segunda empieza así:

En medio del inuierno está templada
El agua dulce desta clara fuente,

Y en el verano mas que nieve elada
Y en este pecho todo es accidente.
En el estío soy la nieve fria,
Y enmedio del invierno fuego ardiente.
Lo flaco me da fuerça y valentía,
Y siento en mi lo fuerte acovardarse;
Con los fauores pierdo la osadía.

Albanio y Salicio están trasformados en *Seluano*, que significa la parte sensual del hombre, y en *Racinio*, que es la razon; Camila es *Celia*, ó sea el alma, y el pastor Nemoroso se halla convertido en gracioso, personificando la divina gracia, con cuya fuerza y virtud el hombre se vence á sí mismo. Los duques de Alba, cuyo elogio contiene la égloga, son Cristo y los patriarcas y reyes de su generacion, y en lugar del viejo Severo, tan alabado por Garcilaso, se introduce á San José.

Pero no fué Córdóba el único poeta de aquel tiempo que parafraseó los versos de Boscan y Garcilaso. En 1628 D. Juan de Andosilla Larramendi, natural de Madrid, aunque oriundo de Navarra, publicó un poema con este titulo: *Christo nuestro señor en la cruz, hallado en los versos de Garcilaso de la Vega, sacados de diferentes versos y unidos con ley de Centones*, 4.° (Véase á Alvarez y Baena, *Hijos de Madrid*, t. III, p. 199 y siguientes, quien copia parte de la obra.)

Cap. II, nota 20, p. 37. — A pesar de que el autor trató ya de Villegas y de su traduccion castellana en una nota (véase tomo I, p. 437, nota 11), nos ha parecido conveniente el añadir aquí algunas noticias de su persona : Pedro Fernandez de Villegas traductor del *Dante*, nació en Búrgos en 1453, como él mismo lo dice en la glosa á la sexta estrofa del primer canto: «Pero allende de la gran debda de devocion que todo christiano al tal dia XXV de marzo deve, yo, Pero Fernandez de Villegas, interpretador muy inorante de este poeta, tengo mayor causa de devocion, y de ser en él mas devoto regraciador á Dios, porque en tal dia nascí á XXV de março, dia de la Anunciacion de nuestra Señora, año de mill y quatrocientos y cincuenta y tres, que fué tiempo muy señalado de turbaciones en

»esta cibdad de Búrgos; fué mi padrino que me sacó de pila, »Alonso Perez de Vivero, contador mayor, y luego el dia siguien»te le fizo matar el maestre de Santiago, D. Alvaro de Luna; »por lo cual el rey D. Juan, segundo de este nombre, fizo pren»der al dicho Maestre, y dende á pocos dias, por este caso y »por otros de que era havido por culpado, le mandó cortar la »cabeza en Valladolid por justicia y por pregones.» Sus padres pertenecian al estado noble, y segun él mismo dice en otro lugar, la mayor parte de sus antepasados fueron de la milicia de los condestables. Habiéndose graduado de doctor en teología, y ordenado poco después de sacerdote, pasó á Roma, donde se hallaba en 1485, á la edad de treinta y dos años.

En 1490 fué electo abad de Cervatos, y en 1507 arcediano de Búrgos, al mismo tiempo que su hermano Jerónimo fué nombrado canónigo de dicha iglesia. Murió en 1525, segun consta de la inscripcion grabada en su sepulcro, y está enterrado en una de las capillas de la catedral de Búrgos. Villegas tradujo los veinte y cuatro primeros cantos del *Dante* por encargo de D.ª Juana de Aragon, hija natural del rey D. Fernando, y mujer del condestable D. Bernardino Fernandez de Velasco; pero aun no habia concluido su tarea, cuando la muerte arrebató á sus patronos, por lo cual hubo de dedicar su obra á D.ª Juliana de Aragon, hija de aquellos y mujer del conde de Haro, D. Pedro Fernandez de Velasco.

Además de esta traduccion y de las obras poéticas que están al fin, el Arcediano compuso en latin una *Instruccion de sacerdotes*, segun él mismo lo manifiesta en la glosa á la estrofa 15 del canto 2.º: «Segund mas largo se dize en nuestro tratadillo »de los clérigos, llamado *Flosculo sacramentorum.*» Luego que se ganó el reino de Nápoles escribió otro libro, que, segun su materia, debió de ser muy curioso. Trata de él en la estrofa 19 del décimo canto, donde, después de hablar de Manfredo, y como fué muerto por Cárlos, rey de Francia, dice así: «Segund que yo ove escripto mas largamente á la reyna »nuestra señora, Doña Isabel, de gloriosa recordacion, al tiem»po que con maravillosas victorias se ganó el reino de Nápo-

»les, faziendo relacion á su real majestad de todos los posee»dores de aquel reyno, y cosas grandes y estrañas acaescidas »en él desde el año de mill y dozientos fasta entonces.»

Segun nos han asegurado, el original de su traduccion del *Dante* se conserva en la biblioteca de la santa iglesia de Búrgos. Acaso sea tambien suya una traduccion del *Paraíso* en quintillas, con un difuso comentario, que hemos visto original entre los manuscritos del Excmo. Sr. conde de Oñate.

Cap. II, nota 21, p. 38.—Otra vida de Garcilaso mas extensa, y que contiene algunos hechos nuevos ó poco conocidos, acaba de publicar D. Eustaquio Navarrete en el tomo XVI de la *Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España* de los Sres. Baranda y Salvá.

Cap. II, nota 35, p. 47.—El comentario de Fernando de Herrera á las obras de Garcilaso, que se imprimió en Sevilla en 1580, prestó asunto para un papel satírico muy picante que anda en manos de los curiosos, y se conoce con el título de *Carta del licenciado Prete Jacopin*. Su autor fué el almirante D. Luis Enriquez, hijo de otro D. Luis Enriquez tambien almirante, aunque otros lo atribuyen á D. Pedro Fernandez de Velasco, condestable de Castilla. Hemos oido decir que Herrera contestó con otro papel no menos picante, intitulado *Respuesta á la carta de Prete Jacopin*, aunque no hemos alcanzado á verlo.

Cap. III, nota 4, p. 54.—Entre los poetas que con mas ardor y acierto siguieron las huellas de Boscan y de Garcilaso, y contribuyeron eficazmente á la introduccion y arraigo de la nueva escuela, es preciso contar á Diego Ramirez Pagan, poeta aventajado y autor de una *Floresta de varia poesía*, que, dividida en tres partes, se imprimió en Valencia, en casa de Juan Navarro, á 19 de diciembre de 1562. (Un tomo en 8.°, letra de Tórtis, 199 hojas no foliadas.) Ya en las notas al tomo I de esta traduccion (p. 530) tuvimos ocasion de citar dicho libro, tomando de él una lamentacion que su autor compuso en la muerte de Torres Naharro, y como por otra parte sea libro casi desconocido, y del cual apenas se hallan mas noticias que las que inserta Cerdá y Rico en las notas á la *Diana enamorada*,

de Gaspar Gil Polo, hemos querido dar aquí un resúmen de su contenido.

De las tres partes en que el autor dividió su *Floresta*, la primera se compone casi enteramente de elegías, epitafios y otras poesías fúnebres escritas en la muerte de reyes, personajes célebres ó amigos del poeta. Hay entre ellas una elegía en tercetos, y varios sonetos en la muerte del emperador Cárlos V, dirigidos á la princesa D.ª Juana, su hija; otra en latin á la muerte de D.ª Guiomar de Aragon, hija de D. Alfonso de Aragon, duque de Cardona y de Segorbe, y esposa de D. Fadrique de Toledo; otra en la muerte del mariscal de Leon, dirigida á Don Diego Lopez de Aguilera, su hijo; á D. Juan de Mendoza, general de las galeras de España; á su propio hermano, Jerónimo Ramirez, consolándole en la muerte de su padre, Miguel Ramirez; á la ciudad de Valencia, por la muerte de D. Francisco Buil; y por último, á la muerte de Juan Fernandez Heredia, Francisco de Gracia, Montemayor, Boscan, Garcilaso y otros poetas contemporáneos suyos, y con quienes parece mantuvo amistad y correspondencia.

Copiarémos aquí las que hizo á la memoria de los dos últimos:

EN LA MUERTE DE BOSCAN.

Boscan, después que en paz sana y entera
Del terreno y mortal lodo saliste,
Y allá contigo está la primavera
Y las musas al cielo conduxiste;
Las abexas por miel dan ruvia cera,
Ya el campo de sus flores no se viste,
Ya calla Philomena en la ribera,
Y la corneja anuncia canto triste.
Apolo en medio el dia ya se esconde,
Su acha dexa amor, el arco dexa,
Y solo aquí sospira, eco responde.
La vida y el placer sin ti se quexa,
Huyen aves del aire, y no se adonde
Del monte y la ciudad la paz se altera.

A LA MUERTE DE GARCILASO DE LA VEGA, HIJO DEL FAMOSO GARCILASO DE FIGUEROA.

¡O del árbol mas bello y mas gracioso
Que ha producido acá fértil terreno,
Rico pimpollo, ya de flores lleno,
Y á par de otra cualquier planta glorioso!
El mismo viento airado y tempestuoso
Que á tu tronco tan lexos del ameno
Patrio Tajo arrancó, por prado ajeno
Te deshojó con soplo pressuroso.
Y una misma tambien piadosa mano
Os traspuso en el cielo, á do las flores
De ambos producen ya agradable fruto.
No os llore, como suele, el mundo en vano;
Mas consagreos altar, offrezca olores
Con rostro alegre y con semblante enxuto.

Grande debió ser en efecto la admiracion que Ramirez Pagan tuvo por Boscan y por Garcilaso, y principalmente por este último, pues en la epístola dedicatoria de la segunda parte de su *Floresta*, dirigida á D.ª Leonor Galvez, se expresa así: «Aquel importante varon, Garcilaso de la Vega, cuyos escrip»tos assi se aventajan á todos los de nuestros tiempos, como el »oro mas subido de quilates á todos los metales baxos y es»curos.»

La segunda parte, dirigida al príncipe de Melito, duque de Francavila, contiene poesías devotas y morales, y entre ellas un largo poema en quintillas, describiendo *La passion y glorioso martyrio que padescieron los cartuxos de la Anunciada de Lóndres, en los años de 1535 y seys siguientes.* En la tercera, dirigida á D.ª Leonor Galvez, se nota ya mas variedad, incluyéndose algunas églogas en imitacion de las de Virgilio, y una intitulada *Piscatoria*, que contiene los amores alegóricos de Silvano, pastor y pescador, con Minerva, diosa de la sabiduría; varias epístolas en verso que el poeta, bajo el nombre de Dardanio, dirige á la dama de sus pensamientos, llamada Marfira; algunas canciones, glosas y villancicos al gusto antiguo; y por último, un bellísimo poema en octavas intitulado *Tropheo de*

*mor y de damas*, en el cual describe una por una con los mas ivos colores las damas de Valencia y Murcia, señalándolas por us nombres, como en las siguientes estrofas :

A D.ª Beatriz os mostraria
Si en peligro su vista nos pusiesse,
¿Y quien por tanto bien no se pondria
Al peligro mayor quel mundo diesse?
El mismo Dios de amor peligraria
De su mayor herida si la viesse;
Mas aunque en vèrla ardays en vivo fuego,
Tengo al que no la mira por mas ciego.
Las cejas en dos arcos bivos puestas
Disparan dos saetas encendidas,
No es mucho entrarse por los ojos estas
De tales ojos dos siendo salidas.
Mas alma y condiciones tan honestas
Bastan á reformar descomedidas
Passiones del dañoso humano zelo,
Y al casto y limpio amor os sube á buelo.
Otra doña María Çanoguera,
Ved si beldad de un rostro os enamora;
Que como se enternece al sol la cera,
Y en las asquas la nieve poco mora,
Al pecho mas elado en tal manera
Recrea, abrasa y muere esta señora,
Que sin causar dañoso pensamiento,
Morireys por la ver cada momento.
Abrid los ojos, y vereys aquella
Doña Isabel de quien Turya se admira,
Pellicer, la mas sabia, honesta y bella,
De quantas Phebo en su ribera mira.
No tiene el mundo tal que meresçella
Pudiesse, y á esta causa se retira;
Mas donde ella se halla, allá se encierra
Todo el bien y valor questá en la tierra.
El arnes de Milan quien le vistiesse
De vuestra mano, ¡o doña Catherina!
No ay tiro de metal que le hiriesse
Con tan segura y rica jazerina;
Amor, sabiduría é interesse
A vuestro acatamiento assi se inclina
Ques accessoria en vos suma belleza:
Tan perfecta os formó naturaleza.

La alta doña Hieronyma Ribellas
Acaba la tercera compañía,
Como remate y fin de las mas bellas
Por cauo del aviso y cortesía.
Sus votos me entregaron todas ellas;
Ninguna en lo contrario consentia:
Todas dizen que amor, si es verdadero,
En un solo lugar se halla entero.

Aunque partidario acérrimo de la nueva escuela, y apasionado de los metros italianos, de los que hay gran copia en sus poesías, hasta el punto de hallarse entre ellas un soneto compuesto en toscano y español alternativamente, el poeta no fué del todo insensible á los encantos de nuestra antigua poesía, como lo demuestra la siguiente glosa del antiguo romance de «¡Oh Belerma!» y otras varias que podriamos citar:

Dos muertes se han concertado
En traerme al fin postrero:
Las heridas que me han dado,
Y otra que si della muero,
Parto bienaventurado.
Pues si de amor va pagada
Mi muerte en la tierra yerma,
Como digo á ti, mi amada:
«O Belerma, ó Belerma
Por mi mal fuiste engendrada.»
No es mucho desatinar
Con la sobrada alegría,
Que vida y desesperar
Hazen glorioso el dia
Del morir por bien amar.
Y assi al fin de la jornada
Digo, no en quexa de ti,
Sino en ver mi fe estremada,
«Que siete años te serví
Sin alcanzar de tí nada.»
Tome licion de querer
El que no sabe ques pena,
Que della suele nasçer
La gloria que amor ordena
Al que quiere engrandecer.
En buen estado me halla
La muerte y fin de mis dias,
Pues por dañarme escusalla,
«Agora que me querias
Muero yo en esta batalla.»
Que morir desengañado
De tu fingida aficion,
Es fin bienaventurado
Y prueva de un coraçon
Sufrido y determinado.
Que un rio caudal derrama
Por mis ojos sin moverte,
Y en este suelo por cama,
«No me pesa de mi muerte,
Aunque temprano me llama.»
A mas llega mi amistad
Que adonde llegó el bivir,
Y aun es de tanta verdad
Que la acabará el morir
Con grande difficultad.
Pues en esta tierra brava
Ni de heridas de muerte
Ni de bivir me acordava,

«Mas pesame que de verte
y de servirte dexava.»
Y aun el no servirte creo
Que de acabar me es mas parte,
Pues los ojos del desseo
Te miran, y en contemplarte
Hago cuenta que te veo.
Como capitan que gana
Para su rey la vitoria
Servi, «y rogalde de gana
Que tenga de mi memoria
Una vez en la semana.»
Lo que mas pretendo aquí
Es su servicio y honor;
Que acordándose de mí,
Ningun extranjero amor
Juzgará digno de sí.
Que pues la vida arriscava
(Y es lo menos que se pierde),
Y á mas mi fe la obligava,
«Dezilde que se le acuerde
De quan cara me costava.»
O si se hallasen artes
De poder esta alma enferma
Y el cuerpo hecho mil partes
Rescatar una Belerma
Por mil muertos Durandartes.
Muerte sus filos ensaya,
Mas passa en azeros finos
De una vez toda la raya.
«A Dios á Dios, Montesinos;
Quel coraçon me desmaya.»
Toma la mayor herida
La mano, toma, señora,
De amores la homicida;
Que no fueran las de agora
Parte en quitarme la vida.
Con que será descontada
La muerte que amor me ha dado;
Que essotra ya está vengada,
«Pues traygo el braço cansado
Y la mano del espada.»
No quiero mayor descuento
Que ser vos della ocasion
A cuyo merescimiento
Se enflaqueze la razon
Y amayna el entendimiento.
Y queda tan bien pagada
Ques ganancia conoscida,
Aunque al fin de la jornada,
«La vista tengo perdida,
Mucha sangre derramada.»
Mas de entender no he perdido
Que, en mis heridas bañado,
Mas cantidad que he vertido
De sangre, me han mejorado
En gloria que he merescido.
Ya no se quexa ni habla
Mi lengua los males mios,
Porque si á quexar se entabla,
«Los sentidos tengo frios,
Ya se me quita el habla.»
Mas, reyna, no tengas duda
Que estando tú en mis enojos
Presente, por darme ayuda,
Te hablarian mis ojos,
Callando la lengua muda;
De donde tanta abundancia
De lágrimas veo salir,
Que el morir será ganancia,
«Y ojos que me vieron yr
Nunca me verán en Francia.»
Contad, primo, la ocasion
De mi desdichada guerra
Y dareys (como es razon)
El cuerpo á la fria tierra,
Y á Belerma el coraçon.
Dezilde que no se aparta
De mi alma su figura;
Dalde en mi nombre esta carta,
«Pues que quiere mi ventura
Que deste mundo me parta.»
Ya mi luz me va dexando
Sin partirse de su estrella,
Pues si el alma bive amando,
Biviendo en alma tan bella,
Mas bivirá que caminando.
Venga ya la honrosa palma,

Sepultadme entre estos pinos,
Y aunque me dexeys en calma,
«A Dios, á Dios, Montesinos;
Que ya se me sale el alma.»

Del autor Diego Ramirez Pagan no tenemos mas noticias que las muy escasas que él mismo nos suministra en sus poesías. Fué, á lo que parece, natural de Murcia, pues en un soneto laudatorio de Antonio de Padilla, caballero de Baeza, se leen los versos siguientes:

Que ya de la ribera de *Segura*
Nuevo milagro vemos en Valencia;

y en otro del capitan Joan Diaz de Cárdenes, vecino de Murcia, estando cautivo en Argel:

Vengan en la ribera de *Segura*,
Y cedan á Dardanio humildemente.

Además, en la *Historia del marqués de Pescara*, compuesta por el maestro Valles (V. *ante* p. 484), se halla un soneto laudatorio de Diego Ramirez de Murcia, que sin duda es el mismo.

Estudió en Alcalá, donde se ordenó de presbítero y tomó el grado de doctor en teología, alcanzando poco después el título de *poeta laureado* de su universidad. Desde su mas tierna edad se dedicó al cultivo de la poesía, haciendo muchos versos latinos y españoles, «que los unos y los otros, dice, se me die»ron con grande facilidad;» aunque en otra parte añade: «Me »desmandé á los versos lascivos y de burlas, unas veces por os»tentacion de ingenio, y las mas por contemplacion de amigos.» Residió por lo comun en Valencia al amparo del duque de Segorbe, insigne Mecénas de aquel tiempo, en cuya casa habitaba como capellan y confesor de sus hijas. Se ignora el año en que nació, así como el de su muerte; pero del retrato grabado en madera que acompaña á su *Floresta*, y es debido al pincel del insigne valenciano Juan de Juanes, se infiere tenia á lo menos 50 años en 1562. Aunque ofreció un segundo tomo de su *Floresta* con la descripcion del terremoto de Murcia, todas las

epístolas de Ovidio traducidas en verso castellano, y una apología ó invectiva contra los herejes, no llegó á publicarlo.

Cap. III, nota 5, p. 56.—Juan Lopez de Velasco, autor de un *Tratado de ortografía y pronunciacion castellana* que se imprimió en Búrgos, 1582, 8.°, libro curioso y raro, publicó en 1573 (Madrid, por Pierres Cousin, 8.°) las obras de Castillejo, habiéndolas antes corregido y expurgado por mandado del Santo Oficio. Otro tanto hizo en el expresado año con la *Propalladia* de Torres Naharro, y el *Lazarillo de Tormes;* de suerte que á un mismo tiempo se castigaban tres de las mas notables producciones del ingenio español, siendo de advertir que el tal Velasco metió la tijera tan desmedidamente y tan sin tino en algunas de las obras del poeta manchego, que si viniera al mundo, no las conoceria como salidas de su pluma. *El diálogo de las condiciones de las mujeres*, de que hemos visto impresiones de Venecia (1544, 4.°, gót., de 61 hojas), y otra de Toledo, por Juan de Ayala (1546, 4.°), está barbaramente mutilado, habiéndosele además quitado toda la parte relativa á las monjas; al paso que el *Sermon de amores*, que el mismo Castillejo publicó bajo el seudónimo de Fr. Nidel, de la órden del Cristel, y se imprimió en 1542, se tuvo sin duda por libre y procaz en demasía y no se incluyó en sus obras.

La muerte de Castillejo se ha fijado por algunos en 1596, suponiendo que murió de edad de ciento y dos años, y equivocándole con Fr. Cristóbal de Castillejo, monje benedictino que falleció en dicho año en Valdeiglesias, monasterio de monjes benitos, y no cartujos, como dice equivocadamente nuestro autor. Error tan palpable, que propagó por primera vez el P. Fr. Crisóstomo Henriquez en su *Phœnix reviviscens, sive ordinis scriptorum Angliæ et Hispaniæ series* (Bruxelas, 1626, 4.°), y copiaron después otros muchos escritores, y entre ellos el mismo G. Ticknor, y ha sido claramente demostrado por el erudito Ferdinand Wolf, á cuya laboriosidad y sana crítica deben tanto las letras españolas. Castillejo murió en 1556, en un monasterio cerca de Viena, adonde se habia retirado, como resulta de una inscripcion sepulcral allí encontrada. Véase el *Sitzungsbe-*

*richte der Kaiserlichen akademie der Wissenschaften*, marzo, 1849, pp. 292-311.

Es probable que la edicion de Madrid de 1573 no sea la primera de las obras de Cristóbal de Castillejo; en la licencia del Consejo, que precede á dicha impresion, se dice terminantemente que el consejo de la sancta y general Inquisicion «alzó »la prohibicion que estaua puesta para no se poder leer». El *Diálogo de las condiciones de las mujeres* se reimprimió en Alcalá por Andrés Sanchez de Ezpeleta, 1615, 8.°, juntamente con la *Historia de los dos leales amadores Píramo y Tisbe*, del mismo. El citado impresor habia ya reimpreso el año antes el *Diálogo entre la verdad y la lisonja* y el *Discurso de la vida de corte*.

Acerca de la comedia *Costanza* que antes estuvo en el Escorial, D. Bartolomé Gallardo nos ha proporcionado, á ruego nuestro, los siguientes pormenores, en carta de 24 de noviembre último:

Estaba en un tomo MS. de *papeles varios* en forma menor, y era un borron tan borrajeado y confuso, que el P. Piedralabes, que hacia entonces de bibliotecario, me aseguró que nadie habia acertado á leerle. Yo en los dias que estuve en el Escorial viviendo en el mismo monasterio, á duras penas pude descifrar algunos pasos de la comedia, y leer de corrida una que otra columna, sacando de toda la pieza algunos apuntes salteados. Descifrarla y leerla toda á hecho era obra magna, que requeria mucho mas tiempo del que yo *illic et tunc* podia consagrar á aquel solo artículo. Pero todo se allanó con franquearme la comedia el Bibliotecario (con licencia del P. Prior, que era entonces el P. Lopez) para que en Madrid yo, á mi espacio, la estudiase y sacara una copia para mí y otra para el monasterio.

Pasa á referir como esta copia, su original y los apuntes que le sugirió su lectura los perdió después en Sevilla, adonde habia ido en su calidad de bibliotecario de las Cortes, siguiendo al gobierno de aquella época; pero como ya en varios de sus escritos el Sr. Gallardo ha aludido á dicho desastre, saltarémos esta parte de su carta, y pasarémos á lo que de la comedia misma nos dice:

Vuelvo á la farsa de *La Costanza*. Con tanto como se ha hablado de ella, desde que la citó en sus *Orígenes de la poesía española* el marqués de Valde-

florez, ninguno se ha servido decirnos lo que es. Esto confirma la especie apuntada arriba de que nadie la habia acertado á leer. Moratin, que es el que mas señas nos quiere dar de ella, se conoce que tampoco alcanzó á leerla, y yo presumo que lo único que logró ver fueron los dichos mis apuntes perdidos.

*La Costanza* es una comedia del gusto menandrino, escrita con aquel picante donaire que caracteriza todas las obras de Castillejo. Si su título se hubiese de sacar de su moraleja, el que mas la cuadra es *La Costanza, ó las edades encontradas*, porque, siendo sus personajes contrapuestos en edad é inclinaciones, una *vieja* casada con un *mozo*, y una *moza* con un *viejo*, el objeto moral de la farsa es poner en escena y hacer coloquios de ésos contrastes; lo cual hace Castillejo con la sal y gracejo que podia esperarse de su grande ingenio y de su profundo conocimiento del corazon humano.

Cap. III, nota 9, p. 61.—Cinco son las ediciones que conocemos de las obras de este poeta: la primera de Granada, 1582, 8.°; la segunda y tercera de 1588 y 1592, tambien de Granada; la tercera de Lisboa, por Miguel de Lira, 1592, y la cuarta y última de Granada, por Sebastian de Mena, 1599, 8.°

Cap. IV, nota 3, p. 67.—No creemos haya otra razon para atribuir á Fr. Juan de Ortega el *Lazarillo de Tórmes*, que la aducida por el P. Sigüenza en su *Historia de la órden de San Jerónimo*, t. II, p. 184, col. 1.ª; en la que se expresa así: «Dizen que, siendo estudiante en Salamanca, mancebo, como »tenia un ingenio tan galan y fresco, hizo aquel librillo que »anda por ahí, llamado *Lazarillo de Tórmes*, mostrando en un »sugeto tan humilde la propiedad de la lengua castellana y el »decoro de las personas que introduze con tan singular artifi»cio y donaire, que meresce ser leydo de los que tienen buen »gusto. El indicio desto fué averle hallado el borrador en la »celda, de su propia mano escrito.»

Cap. IV, nota 8, p. 71.—El hecho que se atribuye á D. Diego de Mendoza, de haber arrojado por el balcon al cortesano que le insultó, es inexacto. Lo que hizo Mendoza fué arrancarle la daga con que intentaba herirle, y tirarla en los corredores de palacio. Así resulta de una carta que aquel ilustre caballero escribió al cardenal Espinosa, disculpándose del hecho; carta que se halla entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, y que

sin duda no leyó, aunque la cita (fol. XLVIII) el autor de su Vida, puesta al frente de la edicion de su *Guerra de Granada*. Dice así:

Illustríssimo y Reverendíssimo Señor. El gobernador de Breda, estando el emperador Cárlos V en palacio, prendió al alcalde Ronquillo en Valladolid.

Gutierre Lopez de Padilla desafió en palacio y mató en Alcaudete á Don Diego Pacheco.

El duque de Gandía y Luis de la Cueva pusieron mano á las espadas delante del emperador Cárlos V, en Zaragoza.

El marqués del Vasto y el virey de Nápoles pusieron mano á las espadas delante del emperador Cárlos V.

El comendador de Alcántara y Monsieur de la Relusa (en otras copias *Pelusa* y *Palissa*) se acuchillaron en el retrete, estando el Rey en su tienda en el campo de Aix.

El duque del Infantado dió una gran cuchillada á un alguacil delante del emperador Cárlos V, yendo á cavallo en un acompañamiento, porque tocó á su cavallo con la vara, diciendo: «Andar, cavalleros; que lo manda el César;» y haviendo mandado ir preso al Duque, muchos señores del acompañamiento se salieron de él, y fueron acompañando al Duque. A el alguacil mandó el Emperador rapar y embiar á galeras sin sueldo, y por interposicion y súplica del Duque le perdonó, y al Duque le soltó; de que holgaron mucho los grandes y besaron con el Duque á el Emperador, por la merced, su real mano.

D. César de Avalos y D. Juan de Abalos, su hijo, hirieron á Hernando de Vega á presencia de la reina D.ª Isabel de Valois.

Don Baltasar de la Cerda y D. Luis de Toledo, hermano de D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, riñeron delante de la misma reina en Bayona, cuando vino á España á casarse, conducida por el duque de Alba, Don Fernando el III.

Juan de Vega, siendo presidente de Castilla, echó mano á la espada contra D. Diego Manrique en la antecámara del Rey.

En Valladolid el conde de Tendilla el viejo sacó á una doncella de casa de D. Juan de Mendoza, siendo en la corte; y el marqués de Mondéjar, su hijo, siendo presidente de Indias, trajo la novia á casa de la condesa de Rivadavia en Valladolid, y el Conde y D. Juan de Mendoza se acuchillaron sobre el caso delante del Rey.

El duque de Frias y D. Juan de Silva anduvieron en desafío en el campo del Rey, junto á las puertas de palacio.

Figueroa, siendo del Consejo, se emborrachó en Ratisbona, y porque le motejaron después de unos dias delante del Rey, embistió con un gentilhombre de la cámara á puñadas, por no tener armas de que valerse.

El secretario Antonio de Eraso llamó de *vos* á Gutierre Lopez estando en el Consejo, y por esto se acuchillaron.

Podria traer aquí, Ilmo. Señor, muchos exemplos de hombres con quienes se ha disimulado y han sido restituidos muy brevemente á sus casas y no fueron tenidos por locos; solo D. Diego de Mendoza anduvo por puertas ajenas, porque de 64 años, tornando por sí, echó un puñal en los corredores de palacio (que es mui menor desacato) sin poderlo executar, ni exceder de lo que bastava. Y porque no me tengan por historiador (que lo aborrezco), dejo de poner otros exemplares; y si estos no bastaren, allá irá mi mudo, que yo sé que hablará por todos.

No puedo dejar de acordar á V. I. como el año pasado de 1531 el alcalde Morquecho prendió al conde de Sastago en la antecámara del Rey por un desacato é innobediencia que tuvo á un mandato de la Reyna. Este Conde era capitan de la Guarda, tuviéronle un dia preso y no se le dió mas castigo.

En el mismo año de 1531, miércoles, á 17 de septiembre por la mañana, en el patio de palacio tuvieron pendencia dos regidores de Cádiz: el uno se llamava Francisco Gonzalez de Angulo, de mas de 70 años de hedad, por lo qual no traia espada, sino báculo. El otro se llamava D. Estevan Chiston Santonis de Florencia, que casó con una sobrina de un inglés, que se hizo rico en Cádiz, habiendo venido de Inglaterra mui pobre. Este le tomó á Francisco de Angulo el báculo de la mano y le dió de palos con él. No estava lejos un hijo del Angulo, que se llamava como su padre y era letrado; vino á la pendencia, y como vió que era con su padre, embestió con el D. Estevan, y le dió algunos golpes con el puñal en la cara. Metiéronlos en paz, y vajando la guarda por mandato del duque del Infantado, D. Juan de Mendoça, mayordomo mayor, fueron presos á la cárcel el D. Francisco y D. Estevan, y al padre le dejaron ir libre á su casa. Condenaron al D. Francisco á muerte de cuchillo, y mas en quatro mil ducados. La pena de muerte llegó hasta sacarle de la cárcel en la forma acostumbrada; y quando en el cadalso, bendados ya los ojos y atado en la silla, habia de executar el verdugo el golpe, llegó el perdon del Rey, en atencion á haver sido el lance en defensa de la honrra de su padre y le volbieron á la cárcel, de donde salió brevemente, y le perdonaron la multa de los quatro mil ducados; y á todos tres hizo dar las manos y los hizo amigos el duque del Infantado, juez de la causa.

Sobre estos exemplares tan modernos y notorios, escuso decir á vuestra Illma. que hallándose detenido en casa por mandato de S. M. sin otra culpa mas que la que V. I. sabe, un hombre, de tan conocidos abuelos como yo, y con la nota de que se hable ya por las esquinas, el que se ha de hacer con mi persona una grande demonstracion, me ha sido preciso referirlos todos, para que cō conocimiento de ellos y de mi representacion, se tome la resolucion mas condigna á todos. V. I. atenderá, como se lo suplico, á mis razones, y creo de su buen corazon, virtud y letras, no pondrá en el de S. M. intento contra mi reputacion y persona, y malogrará (como lo espero) los dañados deseos de los emulos que me han grangeado las correspondientes atenciones de mis obligaciones al servicio de S. M. La del cielo guarde y

prospere á V. I. en años bien colmados de virtudes, para exemplo de todos y como yo desseo. De mi posada, hoy lunes 20 de septiembre de 1579.

*Postdata.*—Todo este contenido es de mi mala *nota* y *cabeza*, aunque no de mi pluma, suplico á V. I. lo tenga por tal. Illmo. y Revermo. Señor, de V. I. mui servidor.—*D. Diego de Mendoza.*

Del mismo D. Diego de Mendoza hemos visto otra carta dirigida á Ruy Gomez de Silva, favorito de Felipe II, en contestacion á una en que este le pedia nuevas de la guerra de Granada. Es notable por lo lacónica, y dice así:

La de V. Ex. del 27 de passado recivi á los dos de este, y cumpliendo con lo que me manda en darle aviso de el estado de la guerra, para que V. Ex. lo dé á S. M. digo que el Sr. D. Juan oye, y el Duque bulle, y Luis Quixada riñe, y el Presidente propone, y el Arçobispo bendice, y Muñatones guarduña, y el marques de Mondéjar, mi sobrino, está allá; que no hace falta acá.

Cap. IV, nota 16, p. 75.—El capitan Pedro de Salazar escribió un libro intitulado *Historia y primera parte de la guerra que D. Cárlos V, Emperador de los romanos, Rey de España y Alemania, movió contra los príncipes y ciudades rebeldes del reyno de Alemania, y sucessos que tuvo*, el cual fué impreso en Nápoles por Juan Pablo Saganappo, en 1548, fol., de 85 hojas, letra de Tórtis, á dos columnas. Esta parece ser, segun Nicolás Antonio (Bib. Nov., ed. Bayer, t. II, p. 235), la obra que D. Diego Hurtado de Mendoza criticó en su graciosísima carta del *Bachiller de Arcadia*. Es, sin embargo, digno de notarse que dicha obra, de que hemos visto segunda edicion hecha por Dominico de Robertis, en Sevilla, 1552, fol., con el título bastante alterado, está dirigida al príncipe D. Felipe, hijo de Cárlos V, y no á la duquesa de Alba, como dice Mendoza: «Y »pensando pasarla como doblon de plomo, vino tambien car»gada con un libro vuestro dirigido, quando menos, á la Ilus»trisima Señora duquesa de Alva; en el qual se relata la vic»toria habida contra los saxones.» Palabras que nos inducen á creer que Pedro de Salazar escribió otro libro al mismo asunto, que no ha llegado hasta nosotros, tanto mas cuanto en un pasaje de su punzante sátira le dice así: «Pues lléguen-



»semelo á decir, que fué mala la consideracion de poner en el »libro los estandartes y vanderas que se ganaron en la batalla, »y las medidas de ellos y de ellas, y vereis como les santiguo »los vigotes. Por Dios que me parece á mí que fueron aquellas »vanderas en aquel libro, lo mismo que las especias, salsas y »el azúcar en los potages, y que así como sin esto lo que se »come no tiene gusto ni sabor, *así el libro sin aquellas pinturas »no tuviera con que entretener á los muchachos*, porque á la ver»dad *un libro sin pinturas* es como un templo de luteranos, »que no tiene Crucifixo ni santo á quien volver los ojos.» (Página 211.)

Además de la carta de D. Diego de Mendoza á Pedro de Salazar, hemos visto otra que se dice respuesta de este, y á no dudarlo es tambien obra de aquel. Así como en la que anda impresa D. Diego aparenta defender al capitan de los cargos que le hacen sus enemigos, así en la inédita, de que nos acordamos haber visto un ejemplar de letra coetánea en la biblioteca del Museo Británico, Salazar se muestra agradecido á Don Diego de Mendoza y contesta á los argumentos de sus detractores.

La *Carta de los Catariberas* no es obra de D. Diego Hurtado de Mendoza, ni nada tiene que ver con la del *Bachiller de Arcadia*. Fué autor de ella el Dr. Eugenio de Salazar y Alarcon, quien la escribió en Toledo á 15 de abril de 1570, hallándose allí la corte, y él pretendiendo una vara de corregidor. Dirigióla á D. Juan Hurtado de Mendoza, señor del Fresno de Torote y vecino de Madrid, caballero muy aventajado y buen poeta, quien compuso, entre otras obras, en verso: *El buen placer trobado en trece discantes de octava rima*, Alcalá, 1550, 8.° Eugenio de Salazar fué cabalmente hijo del capitan Pedro de Salazar, á quien D. Diego de Mendoza criticó bajo el seudónimo de *Bachiller de Arcadia*, y como él mismo dirigió su *Carta de los Catariberas* á D. Juan Hurtado de Mendoza, primo del Don Diego, resultó que una y otra carta fueron atribuidas á un mismo autor. Trató largamente esta cuestion, y esclareciόla con noticias muy curiosas, D. Bartolomé José Gallardo, en el núme-

ro 3.° de su *Criticon*, publicando íntegra la carta de Eugenio de Salazar, segun se halla en el códice original de sus poesías, que se conserva en la biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Cap. IV, nota 17, p. 77.—D. Diego de Mendoza escribió además un *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio, hijo del papa Paulo III*, que obra original en la biblioteca Columbina, y del cual debémos una copia á la fineza de nuestro amigo D. Adolfo de Castro. Es obra notable, que con otras varias publicarémos en el apéndice á esta traduccion. Acerca de D. Diego de Mendoza véase lo que dice aquel escritor en una extensa nota al *Buscapié* de Cervantes, pp. 60-76. Sus cartas oficiales, de que tambien se halla una buena coleccion en la Biblioteca Nacional de esta corte y en la de Salazar, hoy dia incorporada á la de la Real Academia de la Historia, son un modelo en su género.

Cap. V, nota 12, p. 91.—En un tomo manuscrito de la biblioteca de Salazar, hoy dia unida á la de la Real Academia de la Historia (Misceláneas, núm. 44), se conserva un *Colloquio* del Dr. Villalobos, que si hemos de juzgar por su epígrafe, en el que se lee *Sexta y última collacion*, debió sin duda formar parte de otra obra mas extensa y que no llegó á imprimirse. Los interlocutores son el mismo Villalobos y un tal Bustamante, y el asunto una cuestion de medicina, aunque tratada en estilo familiar y festivo, y amenizada con chistes y cuentos, como otras obras del mismo autor. Tambien se hallan en el mismo tomo varias cartas, unas en castellano, otras en latin, dirigidas al arzobispo de Toledo, D. Alonso de Fonseca, en las que el buen médico da muestras de su humor festivo, y describe con la nitidez y gracia que le son propias sucesos de la corte del Emperador, á quien acompañaba de ordinario en sus jornadas cuando estaba en España. Trasladarémos aquí parte de una muy notable, que empieza así:

Después que el otro dia escriví á V. S. se halló esta ciudad preñada de tantos juegos y fiestas, que no cabiéndole en el vientre, unos ha parido á pares y aun á diezes, y otros ha movido echados antes de su tiempo. El pri-

mer juego de los principales fué el jueves xiii deste mes, en que por la mañana se quemaron xiii hombres y mujeres, con otra multitud de estatuas, y obo muchos reconciliados, y aunque *id per iocum factum est miseris tamen patientibus seriò prevertebatur*. Aquí pagan muy bien á los officiales que se introduzen en los actos destos juegos; mas yo de mala gana fuera persona en esta escena.

En este mesmo dia á la tarde huvo un gran juego de cañas, en que S. Md. salió el mas esmerado jugador de todos y el mas gentil hombre. No faltan sino que le adoren todas las damas de Valencia, que son tantas y tan gentiles como adelante verá V. S., *quidquid dicant alterius partes assentatores*. A otro dia viérnes se hizo aborto de la procession y fiestas del Corpus Christi, en que ovo tantas representaciones tam bien hechas que no se podrian escrevir. En acabando de comer se escomenzaron los juegos: S. Magd. y la Reina miravan de una ventana y todas las otras ventanas miraban á esta la cosa mas adornada y pomposa que nunca los vivos vieron. En la procession iba innumerable número de personas y muy gran cosa de reliquias, y muy gran riqueza de cosas sagradas de oro y de plata y de piedras preciosas. Acabóse de entrar toda la procession en la Seu de noche, donde se cree que estarian cien mill personas, y dos millones de candelas encendidas, que si no se mirara con tanta apretura, pareciera cosa del cielo. El sabado adelante fué la fiesta de las damas de Valencia, que sino la escureciera la nueva de Italia que llegó entonces, fuera cosa preclarísima. Serian mas de ciento y ochenta damas de la ciudad las que se juntaron en la sala, que como grandes avenidas de rios se sorbieron y derribaron á las de la Reyna. Avia entre ellas ciento y cinquenta ropas de brocado pelo y de oro tirado, y dellas avia tam hermosas que no se puede mas dezir, y todas á una mano, tam dulces para tractar con ellas, que no parecen cosa humana, sino mas adelante; dançarian por maravilla setenta dellas, y duró la fiesta desde las çinco de la tarde hasta la media noche, y... quien pudiere. Deste maravilloso spectáculo no tomó mucho gusto el Emperador, porque estava muy sentido de la muerte de tantos y tales criados. De esto no podemos dezir sino que es *yra et ultio Domini in transgressores et utinam non seviat in consentientes*. Allá sabrá V. S. mas por estenso cómo pasó todo en la mar. De Valencia, domingo de mañana, 17 de mayo, en presencia del Secretario y de Pero Gonzalez.—Ilustrísimo Sr.—Las manos de V. S. besa *el Dr. de Villalobos*.

En 1528, estando el Emperador en Valencia, se recibió la noticia de la rota de nuestra escuadra y muerte de D. Ugo de Moncada; suceso á que se alude en esta carta del Dr. Villalobos. En otra dirigida al mismo arzobispo de Toledo, dándole cuenta de cierta jornada hecha con el Emperador y la Emperatriz, refiere un paso muy gracioso que le ocurrió con la ca-

mera mayor, dama portuguesa, y lo pone todo en forma de diálogo, como si fuera una farsa ó entremés.

Cap. v, nota 19, p. 95.—Durante todo el siglo xvi y parte del siguiente estuvo muy en boga el escribir en forma de diálogo : el capitan Diego de Salazar, el mismo á quien Mendoza dirigió su célebre y chistosísima carta del Bachiller de Arcadia, puso en diálogo un *Tratado de arte militar*, reproduciendo una conversacion habida, segun él dice, en Búrgos, entre el Gran Capitan y el duque de Nájera, en la posada de este último, adonde aquel se habia alojado.

Y como á mí (dice el autor) cupiesse parte, y no pequeña, del dolor de su muerte (habla de la del Gran Capitan, ocurrida en 1515), como á uno de sus servidores, assi por haver militado prósperamente debaxo de su bandera, como por aver recibido parte de sus acostumbradas mercedes ; y por esto haviéndole sido y tenido obligacion de particular servidor ; y aviendome la fortuna con la muerte privado del uso de tan amado señor, me parece no poder tomar mejor remedio que gozar con la memoria de las cosas que por él fueron prósperamente hechas y agudamente dichas y sabiamente disputadas, y porque no hay cosa mas fresca de las que de él me acuerdo, que el razonamiento que poco tiempo a que passó con el illustrissimo Don Pedro Manrrique de Lara, duque de Najera y conde de Treviño, donde largamente en las cosas de la guerra estuvo con él en disputa, y en todas las cosas aguda y prudentemente por él demandado, y sabiamente por el Gran Capitan respondido ; lo qual todo me ha parecido reduzir á la memoria y escrevirlo, porque, leyéndolo sus amigos y servidores, refresquen en sus ánimos la memoria de su virtud, y los otros se duelan por no aver intervenido en su tiempo, para deprender muchas cosas útiles, no solamente al hábito militar, mas á la vida política, que entiendan las cosas de la guerra por dos tan sapientissimos hombres preguntadas y respondidas; porque si con el ver no las alcanzaron, con el leer las deprendan. Quiero dezir que tornando el Gran Capitan de las partes de Italia, donde gran tiempo avia victoriosamente militado, como lugar-tiniente general del catholico rey d'España Don Fernando de Aragon, y estando en Búrgos fué por el illustrissimo sobre dicho duque á su posada solemnemente convidado, adonde muchos parientes y amigos del un señor y del otro convinieron ; en la qual casa al Gran Capitan por el Duque fué rogado que por tres ó quatro dias le pluguiesse reposar por tener occassion de largamente se informar de algunas cosas que de tal hombre se podian deprender, etc.

La obra se intitula *Tratado de Re Militari*, y debajo de unas armas, *Tratado de Cavalleria hecho a manera de dialogo*

*que pasó entre los illustrissimos señores* Don Gonçalo Fernandez de Córdova, *llamado* Gran Capitan, *Duque de Sessa*, etc., *y* Don Pedro Manrrique de Lara, *duque de Nájera : en el qual se contienen muchos exemplos de grandes principes y señores y excellentes avisos y figuras de guerra, muy provechoso para caballeros, capitanes y soldados.* Al fin : «Acabóse la presente obra en casa »de Miguel de Eguya á XII dias del mes de mayo. Año de »MDXXXVI años;» fol., letra de Tórtis, 66 hojas y 2 de preliminares. Hay una edicion posterior de Bruselas, 1590, 4.°

A pesar de lo que Salazar dice, hay razones para dudar que su obra sea, como él lo anuncia, un resúmen de las conversaciones del Gran Capitan. Hay en ella trozos enteros tomados del *Libro dell'arte della guerra*, de Machiavelo, el cual está tambien escrito en forma de diálogo entre Fabricio Colonna y Cosme de Rosellar, caballeró florentin.

Tambien Diego Nuñez de Alba imprimió en Cuenca (1589, 8.°) *Diálogos de la vida del soldado, en que se cuenta la conjuracion y pacificacion de Alemania, con todas las batallas que en ella acontecieron en los años de* 1567 ; obra de sabrosa lectura y esmerada diccion ; y Bernardino de Escalante sus *Diálogos del arte militar*, Madrid, 1583, 4.° En la misma forma estan escritas las obras militares de Sancho de Londoño (*Discurso militar*, etc., Madrid, 1593, 4.°) y Francisco de Valdés (*Espejo y disciplina militar*, Bruselas, 1586, 4.°); los tratados sobre el arte de escribir de Iziar (1553, 4.°) y Pedro de Madariaga (1565, 8.°), ambos vizcainos; la *Rhetórica* de Juan de Guzman, dividida en catorce convites de oradores (Alcalá, por Joan Iñiguez de Lequerica, 1589, 8.°), y la obra que al mismo asunto escribió el célebre Pinciano. (*Philosophia antigua poética*, Madrid, 1596, 4.°) Francisco de Miranda y Villafañe publicaba en Salamanca, 1582, 8.° menor, sus *Diálogos de la fantástica filosofía de los tres en uno compuestos*, seguidos del *Diálogo de las letras y armas*, y del *Diálogo del honor*, obra en que, dejando á un lado algunas preocupaciones de aquella época, se advierte erudicion poco comun y sana crítica. Mas tarde Francisco Nuñez de Velasco imprimia una obra casi al mismo

asunto y tambien en forma de diálogo, en que discute con singular erudicion y en estilo terso y castizo cuál de las dos carreras es mas noble y preferible, si la de las letras ó la de las armas. (*Diálogos de contencion entre la milicia y la ciencia*, Valladolid, 1614, 4.°) Por último, el Dr. Francisco de Avila, canónigo de la colegial de Belmonte, publicó en 1576 (Alcalá, por Juan de Lequerica, 8.°) *Diálogos en que se trata de quitar la presumpcion y brio al hombre á quien el favor y prosperidad del mundo tienen vanaglorioso y soberbio, y de esforçar y animar al que su trabajo y adversidad tienen fatigado y afligido.* Es obra apreciable, del género didáctico, y escrita en estilo sencillo al par que propio y castizo: su autor se propuso, con auxilio de humanas y divinas letras, sentencias, dichos, pareceres, como tambien con cuentos y anécdotas que amenizan la narracion, templar la demasiada presuncion de los que, favorecidos de la fortuna y queridos de la gente, se hacen excesivamente orgullosos; y esforçar á los que, por parecerles que les faltan bienes de cuerpo ó de fortuna, se hallan demasiadamente caidos ó desmayados. Para lo cual, en todos los diálogos, que son veinte y seis, introduce dos interlocutores, y uno de ellos es siempre el «Desengaño».

Muchas mas obras pudiéramos citar, todas escritas en el siglo XVI, en forma de diálogos ó coloquios, aunque bastan las expresadas para probar cuán cultivado fué entre nosotros el género didáctico.

Cap. V, nota 20.—La edicion príncipe de la *Silva de varia leccion*, hecha en 1542, no contiene en efecto mas que *tres* partes: la de 1547 tiene una mas añadida por su autor, y la de Zaragoza, 1555, dos partes aumentadas por un anónimo. Reimprimióse después en Ambéres, Martin Nucio, 1555, 8.°; Leon, 1556, y en otras partes. Las ediciones mas modernas tienen quitado el capítulo que trata de la papisa Juana.

Cap. V, nota 21, p. 96.—A pesar de lo que dicen Nicolás Antonio, Brunet y otros, los *Diálogos* de Pero Mejía se imprimieron por la primera vez en Sevilla en 1548, no en 1547, como dice nuestro autor, pues la licencia para imprimir, es-

tampada al frente de dicha edicion, que tenemos á la vista, es del 12 de febrero de 1548. Es en octavo menor, letra de Tórtis, 90 hojas. Al fin de ella se lee: «Fueron impressos los pre»sentes diálogos en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, »por Dominico de Robertis, á XXII dias de agosto de MD y XLVIII »años.» La edicion de Sevilla de 1562, tambien en 8.° gótico, de 152 hojas, tiene al principio una licencia para imprimir, concedida á Francisco Mejía, «hijo de Pero Mejía, difunto».

Cap. v, nota 22, ibid.—En la biblioteca de la universidad literaria de Zaragoza se conservan dos tomos en folio de letra de Jerónimo Jimenez de Urrea, y son el segundo y tercero de un libro de caballerías, intitulado, á lo que parece, *Don Clarisel de las Flores*. El segundo empieza de esta manera: «De »lo que avino al cavallero indiano con unos cavalleros que del »profaçavan, y de la cruda y espantosa batalla que con Cela»donte el silbano huvo.» Es uno de los libros mas notables que se han escrito en su género, y tiene trozos que interesan verdaderamente: el estilo es puro, castizo y suelto, y los versos bastante buenos para figurar en el *Cancionero general*. Sirvan de muestra los siguientes:

Faz, amor, lo que quisieres,
Por fuerça ó por traicion;
Que mi vida está en mi mano,
Miedo no te tiene, non.
No tienes qne ver en ella,
Que se rije por razon,
E si e de tomar amores,
An de ser por eleccion.
Y con ojos claros libres
Seré amador sin amor,
Galan enamorado,
Libre é quito de pasion.

Cap. v, nota 41, p. 105.—En apoyo de la observacion hecha aquí por nuestro autor, advertirémos que en las obras dialogales de este tiempo los interlocutores son generalmente personas conocidas y versadas en la materia de que se trata. Así pues en la *Retórica* de Juan de Guzman (convite 1.°) se introducen D. Luis Gaytan de Vozmediano y Federico Furió Ceriol, ambos escritores conocidos; de los cuales el último es-

cribió un excelente tratado de política con el título de *El Concejo* (sic) y *Consejeros de Príncipes*. (Anvers, Martin Nucio, MDLIX, 8.°) En los diálogos militares de Francisco Valdés uno de los interlocutores es D. Sancho de Londoño, maestre de campo de los ejércitos españoles en Flándes y autor de varias obras militares.

Cap. v, nota 42, p. 106.—A lo que el autor dice sobre el manuscrito del *Diálogo de las lenguas* que sirvió á Mayans para su impresion, y al cual faltaban una ó mas hojas, y lo que ya dijimos sobre este particular en las notas al primer tomo de esta traduccion (p. 533), debemos añadir que, habiendo tenido ocasion para reconocer en Lóndres el que allí se conserva en la biblioteca del Museo Británico como procedente de la biblioteca Mayansiana, y que por lo tanto creimos entonces ser el que le sirvió para su impresion, le hemos hallado en todo conforme con el impreso, con la misma falta de hoja ú hojas, y sin mas diferencia que la de haberse suprimido en alguno que otro lugar una ó mas palabras, siempre que se trataba del Papa ó de sus cardenales. El ejemplar de Lóndres, mas antiguo que los dos que se conservan en nuestra Biblioteca Nacional, debió pues ser expurgado por algun inquisidor ú otra persona competentemente autorizada por el Santo Oficio.

Cap. v, nota 42, p. 105.—Acerca de Juan de Valdés puede verse un excelente artículo del Sr. marqués de Pidal en la *Revista Hispano-Americana*, t. I, pp. 18-30. Fué, segun parece, secretario de cartas latinas del Emperador (otros dicen que secretario del virey de Nápoles), y tuvo un hermano llamado Alfonso. Dícese que ambos fueron naturales de Cuenca é hijos de un D. Hernando de Valdés, caballero de noble cuna, avecindado en dicha ciudad. Además del *Diálogo de las lenguas*, Juan de Valdés escribió varias obras, que fueron prohibidas por la Inquisicion, como son: *Tratado utilísimo del beneficio de Jesucristo*, aunque otros la atribuyen á un monje de S. Severino; *Comentario ó declaracion breve y compendiosa á la epístola de S. Pablo á los romanos, muy saludable para los cristianos*, Venecia, 1556, 8.°; *Los salmos de David en lengua*



*castellana*, sin año; y *Dos diálogos, uno de Mercurio* y *Caron*, y *otro de Lactancio* y *un arcediano, sobre el saco de Roma*. Algunas de estas obras, como tambien la de Reinaldo Gonzalez de Montes y otras análogas, se han reimpreso en estos últimos años por algun aficionado deseoso de salvarlas del olvido.

Cap. v, nota 46, p. 107.—Francisco Nuñez de Velasco, autor de los *Diálogos de contencion entre la milicia y la ciencia*, citados ya en otro lugar (p. 509), al tratar en el diálogo 2.°, intitulado *De la autoridad*, de la corrupcion de la lengua castellana, apunta varios vocablos italianos introducidos en su tiempo en nuestra habla castellana. «Y assi (dice) no puedo tolerar »que muchos por hazerse curiosos y resabidos introduzen y »mezclan en nuestra lengua vocablos estrangeros, mayor»mente italianos, diziendo por *un tropel de gente*, *una tropa*, y »para dezir *hiziéronse tantas compañías*, dizen *hizose leva de »tanta gente*, y otros que se jatan de repláticos dicen *estringa* »por *agujeta*, *escarpe* por *çapato*, *estival* por *bota de calçar*, »*varreta* por *gorra*, *fazoleto* por *lienço de narizes*, *estrada* por »*camino*, *estala* por *caualleriza*, *osteria* por *meson*, *esgazo* por »*vado del rio*, y de ay *esguazar*, por *vadear*, *piñata* por *olla*, »*lençol* por *sauana*, etc.» (P. 347.)

Cap. vi, nota 4, p. 112.—Los cuatro primeros libros de la *Crónica general* de Florian de Ocampo se reimprimieron, segun parece, en 1544 ó 1545, á los dos años de haberse publicado la primera edicion. Es un tomo en 4.°, letra de Tórtis. El impresor, cuyo nombre no se expresa, dice en la advertencia preliminar que por ser la primera edicion en folio y poco manual, se habia resuelto, á ruegos de varios amigos, á reimprimirla en forma mas comun y vulgar.

Cap. vi, nota 9, p. 114.—Pero Mejía escribió además una historia de las Comunidades de Castilla, que no llegó á imprimirse, y de la cual abundan las copias. Hay razones para creer formase parte de su *Crónica de Cárlos V*, que dejó sin concluir, habiéndole atajado la muerte cuando se disponia á referir la coronacion del Emperador en Roma. Hablando de su *Histo-*

*ria de las comunidades* D. Antonio Ferrer del Rio, en su reciente obra de *La decadencia de España* (Madrid, 1850, 8.°), se expresa en estos términos : « Entresacado lo que (en su cró»nica) consagra á las comunidades de Castilla, abulta lo sufi»ciente para formar volúmen á parte. Permanece inédita su »obra : brilla por lo castizo del lenguaje, y su narracion tiene »algo de la majestad de Tito Livio. Es metódico y sabe comuni»car interés á su historia. A la categoría de imparcial no ascien»de ni de lejos, antes bien inciensa afanoso al que es á un tiem»po su Aquíles y Mecénas, pues el mismo personaje que le ins»pira le paga.»

Cap. VI, nota 26, p. 122.—Aquí incurrió nuestro autor en una equivocacion, confundiendo dos obras distintas y separadas de Oviedo, como son las *Batallas y quinquagenas*, y las *Quinquagenas*. Estas últimas están escritas en verso y prosa, y constan de cincuenta estanzas *en estilo comun y nuevo*, cada estanza de cincuenta versos, con una especie de comentario en prosa, en que explica y amplifica los hechos é ideas allí mencionadas. Sin duda alguna la copia que de la primera de aquellas dos obras remitió al Sr. Prescott nuestro célebre D. Martin Navarrete no advertia la existencia de otra obra distinta de Oviedo, con un título casi semejante, lo cual unido á cierta confusion que se nota en la noticia que de ellas dió el Sr. Clemencin en su *Elogio de la Reina Católica*, pp. 123 y 124, indujo en error al erudito anglo-americano, y por consiguiente al Sr. Ticknor. Por lo demás, este y otros puntos relativos á la vida política y literaria de Oviedo se hallan ya completamente aclarados por el académico D. José Amador de los Rios, en su *Vida y escritos de Oviedo*, para servir de introduccion á la *Historia general de Indias*, que reimprime la Real Academia de la Historia, pp. XCIII-XCVIII.

Cap. VI, nota 34, p. 128.—Antes que Ramusio publicase en italiano la *Relacion de la conquista del Perú*, escrita por Francisco de Jerez, ya esta habia sido impresa dos veces en castellano; la primera en Sevilla, 1534, fol. gót., por Bartolomé Perez; la segunda en Salamanca, 1547, por Juan de Junta, jun-

tamente con la primera parte de la *Historia general de las Indias*, del capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo.

Los versos que hay al fin, lejos de ser malos é inoportunos, son del mayor interés, puesto que en ellos se contiene, no solo un elogio del autor de la obra, sino tambien una noticia muy circunstanciada de su familia y servicios. De su contexto resulta que Francisco de Jerez fué natural de Sevilla é hijo de Pedro, ciudadano honrado de Jerez; que salió de aquella ciudad para las Indias de edad de quince años (en 1519); que pasó allí veinte años, los diez y nueve en pobreza, aunque en el último de ellos, por uno de esos lances de fortuna tan comunes en aquel tiempo entre la gente aventurera que acudia al Nuevo Mundo, hubo de hacerse poderoso, volviendo á su patria con ciento y diez arrobas (de plata). Fué buen soldado, y aunque no llegó á ejercer cargo en la milicia, cobró fama de valiente y experimentado en las cosas de la guerra, recibiendo varias heridas, y una, entre otras, que le causó la rotura de una pierna. Como muestra de su generosa índole y caridad para con los pobres, se cita el hecho de que al poco tiempo de haber desembarcado tenia ya gastados en limosnas mil y quinientos ducados, sin contar otras crecidas sumas que repartia secretamente entre la gente necesitada.

Todo esto resulta de los citados versos, que se suprimieron en la reimpresion de 1547, de donde los copió Barcia (*Historiadores primitivos de Indias*, t. III); quedando reducida la composicion á unas cuantas estrofas que apenas forman sentido. Quien fuese el autor de ellos, y por qué razon se quitaron de la edicion de Salamanca, son puntos que discutirémos mas adelante, después de haber presentado á nuestros lectores las estrofas suprimidas, segun se hallan en la citada edicion príncipe de 1534, y son las siguientes:

Della salen, á ella vienen
Ciudadanos labradores,
De pobres hechos señores,
Pero ganan lo que tienen
Por buenos conquistadores;

Y pues para lo escrevir
Sé que no puede cumplir
Memoria, papel ni mano,
De un mancebo sevillano
Que he visto quiero dezir.

Entre los muchos que han ydo
(Hablo de los que han tornado),
Ser este el mas señalado,
Porque he visto que ha venido
Sin tener cargo, cargado;
Y metió en esta colmena,
De la flor blanca, muy buena,
Ciento y diez arrouas buenas
En nueve caxas bien llenas,
Segun vimos y se suena.
Ha veinte años que está alla,
Los diez y nueve en pobreza,
Y en uno quanta riqueza
Ha ganado y trae acá
Ganó con gran fortaleza;
Peleando y trabajando,
No durmiendo, mas velando,
Con mal comer y beber:
Ved si merece tener
Loque ansí ganó burlando.
Tanto otro allá estuviera,
Sin que allá nada ganara;
Sin dubda desconfiara
Y sin nada se volviera,
Sin que mas tiempo esperara:
De modo que su ganancia
Procedió de su constancia,
Que quiso con su virtud
Proveer su senectud
Con las obras de su infancia.
Con ventura, que es juez
En cualquiera qualidad,
Se partió desta ciudad
En quinze años de su edad:
Y ganó en esta jornada
Traer la pierna quebrada
Con lo demás que traia,
Sin otra mercadería
Sino su persona armada.
Sobre esta tanta excelencia
Ay mil malos embidiosos,
Maldizientes, mentirosos,
Que quieren poner dolencia
En los hombres virtuosos:
Con esta embidia mortal,
Aunque este es su natural,
Dizen dél lo que no tiene,
De embidia de como viene;
Mas no le es ninguno igual.
Y porque en un hombre tal
Hemos de hablar forçado,
Deue ser muy bien mirado,
Porque no se hable mal
En quien debe ser honrado;
Y pues yo, que escrivo, quiero
Ser autor muy verdadero,
Porque culpado no fuesse,
Antes que letra escriviesse
Me he informado bien primero.
Y he savido que su vida
Es de varon muy honesto,
Y que mil vezes la ha puesto
En arrisco tan perdida,
Quanto está ganada en esto.
Y bien parece en lo hecho
Que quien de tan gran estrecho
Ha salido con victoria,
Bien merece fama y gloria
Con el mundano provecho.
Es de un Pedro de Jerez
Hijo, ciudadano honrado:
Yo en mi vida le he hablado
Sino fué sola una vez
De passo y arrebatado:
Al hijo nunca lo ví,
Mas por lo que dél oí.
Y que por quien es, merece;
Muy poquito me parece
Lo que en su favor escreví.
Dizen me ques sin reproche
Milite sabio en la guerra,
Y en su tierra ó no su tierra
Dizen que nunca una noche
Sin obrar virtud se encierra:
Y que desde do ha partido
Hasta ser aquí venido,
Tiene en limosna gastados
Mil y quinientos ducados,

Sin los mas que da escondido.
Esto he querido escrevir
Para vuestra magestad,
Porque si alguna maldad
De embidia van á decir,
Sepa de mí la verdad:
Y estos tales el buen Rey
Es obligado por ley
Honrar y favorecellos,
Y juntamente con ellos,
*Domine, memento mei.*

Y porque *estoy obligado*
*Que he de escrevir las hazañas*
*De los de vuestras Españas*,
Cada hecho señalado
*En nuestras partes ó estrañas*;
Pareciéndome esta cosa
Digna de escrevir en prosa
Y en metro, como la embio,
Tomesse el intento mio,
Sino va escrita sabrosa.

Las expresiones subrayadas en la última estrofa parecen indicar que el autor de estos versos era cronista del Emperador para las cosas de las Indias. Por este tiempo no sabemos de otro historiador que desempeñase dicho cargo sino el capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdés, quien le obtuvo en 1532; y como por otra parte consta por la Vida de este, escrita por el académico D. José Amador de los Rios para servir de introduccion á la nueva edicion que de su obra publica la Real Academia de la Historia, que Oviedo se hallaba en Sevilla en el verano de 1534, de vuelta de las Indias, hay razon sobrada para creer que él, y no otro, fué autor de los versos en elogio de Francisco de Jerez. No es tan fácil atinar qué motivos hubo para suprimir en la edicion de 1547 toda aquella parte que puede ser considerada como personal, y que redunda al propio tiempo en prez y crédito de Jerez. El Sr. Rios, á quien este hecho parece haber sido desconocido, se inclina á creer que la reimpresion de la *Historia general de las Indias*, dada á luz en Salamanca por Juan de Junta, no se hizo á vista del mismo Oviedo y con su consentimiento (p. LXXIV); pero ¿es de creer que un impresor que publicaba de nuevo, *corregida* y *aumentada*, la obra de Oviedo, y añadia la *Relacion de la conquista del Perú*, por Francisco de Jerez, tomase sobre sí el suprimir, no ya todos los versos, sino solo aquella parte que se referia á su autor? Mas verosímil nos parece que Oviedo tuvo mano en la edicion, y que por motivos que nos son desconocidos, hizo quitar lo que él mismo dijera trece años antes en elogio de su amigo Fran-

cisco de Jerez. Fué Oviedo hombre de genio díscolo y humor versátil, y nada tiene de extraño que, amigo un tiempo de Jerez hasta el punto de escribir los versos encomiásticos que acompañan á la primera edicion de su *Relacion*, cambiase después su amistad en despego, y suprimiese ó hiciese suprimir lo que en crédito suyo habia dicho antes.

Otra circunstancia hay relativa á Francisco de Jerez y á su historia, que no es para pasada en silencio. El mismo año en que él publicaba la suya, se imprimia en Sevilla, en casa de Bartolomé Perez, otra relacion anónima de los mismos sucesos con el mismo título, á saber : *La Conquista del Perú, llamada* (sic) *la nueva Castilla. La qual tierra por divina voluntad fué maravillosamente conquistada*, etc., debiendo suponerse que esta fué la primera relacion dada á la estampa, á manera de gaceta, de tan extraño cuanto portentoso acontecimiento, la misma que mas tarde amplió y publicó Jerez para satisfacer la ansiedad y curiosidad del público. La rarísima obra á que nos referimos se halla en la biblioteca del Museo Británico de Lóndres, y consta de 8 hojas en folio, letra de Tórtis, á dos columnas ; forma parte de la exquisita coleccion de libros en todos idiomas que reunió el infatigable bibliófilo el Right Hon. Thomas Grenville, y que á su muerte legó á aquel establecimiento. La relacion mas extensa de Jerez consta de 45 hojas, letra tambien de Tórtis y á dos columnas.

Cap. VII, nota 6, p. 131.—Este libro de Fr. Marcelo de Lebrija, comendador de la Puebla en la órden de Alcántara, hijo del célebre humanista Ælio Antonio Nebrissense, es un tomo en folio, de 98 hojas no foliadas, sin año ni lugar de impresion, aunque por la clase de letra y papel se puede conjeturar lo fué hácia el año de 1545. De su autor tan solo sabemos lo poco que él mismo nos dice en sus obras. Fué gentilhombre de la casa de los duques de Alba, y muy protegido del cardenal D. Fr. Juan de Toledo, obispo de Búrgos entre 1539-50. Viniendo acaso de Flándes en la armada que traia á Cárlos V, con el comendador mayor de Leon D. Francisco de Toledo, D. Luis de Córdoba, duque de Sesa, y otros caballeros, la nao en que iban encalló

en los bancos de Flándes, y además otra nao de las de la armada embistió con ella y le rompió un costado, salvándose la gente por especial favor de la divina Providencia. Dicho suceso hizo en él tal impresion, que deseando hallar otra manera de vida lejos del tráfago y bullicio de la corte, y huir de las justas, torneos y otras fiestas de regocijos, que en otro tiempo le fueron muy agradables y ahora le eran harto enojosas, se determinó á retirarse á su encomienda, para lo cual solicitó y obtuvo licencia de su amo el Comendador mayor. Contaba ya cuarenta años cuando escribia la primera parte de su obra, ó sea la *Triaca del alma*. En la advertencia al lector con que termina la *Triaca de tristes* y toda la obra, se disculpa de no haber podido dar la última mano á sus poesías por hallarse á la sazon ocupado en varios encargos del Emperador, así en la judicatura de los caballeros y personas de la órden de Alcántara, cuyo visitador general era, como por entender en las obras y edificio del insigne y devoto convento de dicha órden, juntamente con la reedificacion de la puente de Alcántara. Esta obra se concluyó en 1543, segun consta de la inscripcion latina puesta en dicha puente, y copian á la letra D. Alonso de Torres, y Tapia, en su *Corónica de la órden de Alcántara* (Madrid, 1763, t. I, pájina 160), y otros autores; y por lo tanto, la *Triaca* debió escribirse entre los años de 1517, en que su autor volvió de Flándes á España, y el de 1543, en que ya la tenia concluida y dispuesta para la imprenta.

Marcelo de Lebrija no fué gran poeta, á lo menos no poseia las dotes de tal; pero su libro está escrito en lenguaje puro y castizo. Para muestra de su estilo grave y severo, sin ser altilocuente, defecto en que incurrieron los mas de los poetas que siguieron las huellas de Juan de Mena, copiarémos aquí tres coplas del proemio á toda la obra, en que, dirigiéndose á su padre, dice:

O Ælio Antonio Nebrissa nombrado,
En artes maestro, profundo en saber;
Con ellas mostrastes el vuestro valer,
Por ser de las sçiencias muy acompañado;

De bienes mundanos no ovistes cuydado.
Aquestos dexastes y su escura niebla
Por dar luz á España, que estaba en tiniebla,
Con el vuestro ingenio, por Dios inspirado.
Son vuestras obras de tal qualidad,
Que quanto mas tiempo passare por ellas,
Serán mas eternas, polidas y bellas,
Muy resplandecientes con auctoridad.
E vuestra sapiença que da claridad,
A todos los siglos será muy notoria,
Sin que perezca tan clara memoria
Con fama tan digna de immortalidad.
Vos fuiste la fuente de toda sçiencia,
De do al universo tal fruto ha emanado,
Que en todas las sciençias no hallo letrado
Que no deua daros continua obediençia;
Y es tanto el saber de vuestra eloquencia,
Que puesto que saben que soy vuestro hijo,
A vos comparado soy grano de mijo,
Y aun menos, porque ay mayor differencia.

Cap. VII, nota 7, p. 132.—En el año de 1554 se imprimió en Toledo una traduccion anónima en prosa del *Anfitrion* de Plauto, con este título: *Comedia de Plauto, llamada* Anphitrion, *traducida de latin en lengua castellana. Agora nuevamente impresa en muy dulce, apazible y sentencioso estilo*; 1554. Al fin: *Fué impressa la presente obra en la imperial ciudad de Toledo, en casa de Juan de Ayala, en el año de* MDLIIII. (En 4.°, letra de Tórtis.)

El autor dice en un breve prólogo haberse servido de las traducciones hechas por el Dr. Villalobos y el Maestro Oliva.

Tambien se imprimió en Anvers (1555, 8.°) una traduccion anónima del *Miles gloriosus* de Plauto.

Otras muchas pudiéramos citar que no llegaron á imprimirse, y es probable que tampoco se representasen; prueba evidente de lo poco que contribuyeron á la formacion y adelantamientos del teatro nacional, siempre popular en sus tendencias. Casi todas pertenecen al tiempo de Cárlos V. En el mismo reinado un escritor sumamente estrafalario, llamado Vasco Diaz Tanco del Fregenal, del cual y de sus obras nos

proponemos tratar en las notas al tomo III de esta traduccion, compuso, además de las tres tragedias de *Absalon, Amon y Saul*, y *Jonathas*, que cita Moratin en su *Catálogo de piezas dramáticas* (números 30-33), otras varias cuya lista nos da él mismo en su prefacion al *Jardin del alma cistiana*, impresa en Valladolid, 1552, y son las siguientes :

Comedia *Justina*, onde ay XI modos de metrificar.
La comedia *Potenciana*, la cual trata de las bruxas.
La comedia *Dorothea*, de los milagros de Santiago.
La farsa *Benedicta*, de la natividad de Jesu Christo.
La farsa *Aretina*, del mismo natal por otro estilo e arte.
La farsa *Patricia*, que trata de la quaresma y del ayuno.
*La embaxada del angel Gabriel á nuestra Señora.*
*La embaxada de los clérigos pobres al Papa en Roma.*
*La embaxada de los concejos al Rey estando ausente.*
*La destruycion de Jerusalen por Nabucodhonosor.*
*La captura de Jerusalen por Vaspasiano y Tito.*
*La empresa de Jerusalen por Constantino el Magno.*
*La entrada de Jerusalen por Godofredo de Bullon,*

Hice tambien (añade) los autos quadragesimales sacados de los Evangelios y Escriptura Sagrada, al modo de representaciones para toda la quaresma, que son los siguientes :

El auto del *Baptismo celebrado en el rio Jordan.*
El auto de la *Temptacion en el desierto.*
El auto de *Abraham quando llevó á su hijo á sacrificar.*
El auto de la *Chananea que pidió salud para su hija.*
El auto de *Sancta Susaña, como fué acusada falsamente.*
El auto de *Como Jesu Xpo sanó al ciego.*
El auto de *Cuando Herodes mandó degollar á Sant Juan.*
El auto de la *Samaritana que estava al pozo.*
El auto de la *Resurescion de Lázaro, como Xpo le resucitó.*
El auto del *Consejo de los judios sobre la passion de Xpo.*
El auto de *Como Jesu Xpo entró en Jerusalen con clamores.*
El auto de *Como Xpo echó los cambiadores del Templo.*
El auto de *La cena postrera de Xpo con sus discipulos.*
El auto de *La prision de Xpo en el huerto.*
El auto de *Como Jesu Xpo fué acusado y crucificado.*
El auto de *Como Júdas desesperado se ahorcó.*
El auto de *La resurescion de Jesu Xpo*, muy complido, por estilo muy estraño y muy regocijado.

Asimismo cita tres *colloquios* que quizá tenian tambien algo

Entre los muchos que han ydo
(Hablo de los que han tornado),
Ser este el mas señalado,
Porque he visto que ha venido
Sin tener cargo, cargado;
Y metió en esta colmena,
De la flor blanca, muy buena,
Ciento y diez arrouas buenas
En nueve caxas bien llenas,
Segun vimos y se suena.
Ha veinte años que está alla,
Los diez y nueve en pobreza,
Y en uno quanta riqueza
Ha ganado y trae acá
Ganó con gran fortaleza;
Peleando y trabajando,
No durmiendo, mas velando,
Con mal comer y beber:
Ved si merece tener
Lo que ansi ganó burlando.
Tanto otro allá estuviera,
Sin que allá nada ganara;
Sin dubda desconfiara
Y sin nada se volviera,
Sin que mas tiempo esperara:
De modo que su ganancia
Procedió de su constancia,
Que quiso con su virtud
Proveer su senectud
Con las obras de su infancia.
Con ventura, que es juez
En cualquiera qualidad,
Se partió desta ciudad
En quinze años de su edad:
Y ganó en esta jornada
Traer la pierna quebrada
Con lo demás que traia,
Sin otra mercadería
Sino su persona armada.
Sobre esta tanta excelencia
Ay mil malos embidiosos,
Maldizientes, mentirosos,
Que quieren poner dolencia
En los hombres virtuosos:
Con esta embidia mortal,
Aunque este es su natural,
Dizen dél lo que no tiene,
De embidia de como viene;
Mas no le es ninguno igual.
Y porque en un hombre tal
Hemos de hablar forçado,
Deue ser muy bien mirado,
Porque no se hable mal
En quien debe ser honrado;
Y pues yo, que escrivo, quiero
Ser autor muy verdadero,
Porque culpado no fuesse,
Antes que letra escriviesse
Me he informado bien primero.
Y he savido que su vida
Es de varon muy honesto,
Y que mil vezes la ha puesto
En arrisco tan perdida,
Quanto está ganada en esto.
Y bien parece en lo hecho
Que quien de tan gran estrecho
Ha salido con victoria,
Bien merece fama y gloria
Con el mundano provecho.
Es de un Pedro de Jerez
Hijo, ciudadano honrado:
Yo en mi vida le he hablado
Sino fué sola una vez
De passo y arrebatado:
Al hijo nunca lo ví,
Mas por lo que dél oí,
Y que por quien es, merece;
Muy poquito me parece
Lo que en su favor escreví.
Dizen me ques sin reproche
Milite sabio en la guerra,
Y en su tierra ó no su tierra
Dizen que nunca una noche
Sin obrar virtud se encierra:
Y que desde do ha partido
Hasta ser aquí venido,
Tiene en limosna gastados
Mil y quinientos ducados,

## 1511.

«Egloga de unos pastores, hecha por el dicho Martin de »Herrera, con dos villancetes que se cantan á canto de órgano »ó á los tonos que abaxo se dirán. Y un romance de labrado»res con su mudanza, y otro villancete en latin de cortesanos, »con su mudanza, para tañer, cantar, danzar. Item otra can»cion mas comun con su mudanza sobre el llanto que se hizo »en Tremezen; lo qual todo se haze para que cada qual se go»ce segun su condicion de la nueva acquisicion y divinal victo»ria que de la insigne cibdad de Oran uvo el illustre reveren»díssimo y muy vitorioso señor el señor Cardenal despaña, ar»zobispo de Toledo.»

Hállase esta composicion dramática, que parece hecha á imitacion de las de Juan del Encina, al fin de un poema descriptivo intitulado: *Istorias de la divinal vitoria y nueva adquisicion de la muy insigne cibdad de Oran, hecha por el illustrissimo y muy victorioso dignissimo gran capitan contra los africanos el Señor D. Fray Francisco Ximenez, cardenal de España, arçobispo de Toledo, etc. Dirigidas al muy magnífico Sr. D. Pedro de Ayala, obispo de Canaria, dean de la Santa Iglesia de Toledo, trobadas por Martin de Herrera.* (En nuestro ejemplar falta la parte del título relativa á unos versos sobre la conquista de Jerusalen.) Fol., letra de Tórtis, 18 hojas no foliadas, sin año ni lugar de impresion, aunque es de creer se imprimió en 1510 ó 1511, lo mas tarde. El ejemplar que tenemos á la vista está desgraciadamente incompleto, faltándole al fin la égloga, que no ha sido citada, que sepamos, por ningun bibliógrafo. El autor dice en el prólogo: «Por tanto me pareció que succintamente devia por metro, »que es el mas hermoso estillo, hazer una breve informacion »del dicho misterio y inmortal vitoria para los que la ygnoran, »porque gozen y loen á aquel sin el qual los medios y instru»mentos carecian de potencia para ello, conforme á las cartas »que el illustrissimo reverendissimo y muy vitorioso señor »cardenal de España, príncipe romano, escribió, y á las que

Entre los muchos que han ydo
(Hablo de los que han tornado),
Ser este el mas señalado,
Porque he visto que ha venido
Sin tener cargo, cargado;
Y metió en esta colmena,
De la flor blanca, muy buena,
Ciento y diez arrouas buenas
En nueve caxas bien llenas,
Segun vimos y se suena.
Ha veinte años que está alla,
Los diez y nueve en pobreza,
Y en uno quanta riqueza
Ha ganado y trae acá
Ganó con gran fortaleza;
Peleando y trabajando,
No durmiendo, mas velando,
Con mal comer y beber:
Ved si merece tener
Loque ansi ganó burlando.
Tanto otro allá estuviera,
Sin que allá nada ganara;
Sin dubda desconfiara
Y sin nada se volviera,
Sin que mas tiempo esperara:
De modo que su ganancia
Procedió de su constancia,
Que quiso con su virtud
Proveer su senectud
Con las obras de su infancia.
Con ventura, que es juez
En cualquiera qualidad,
Se partió desta ciudad
En quinze años de su edad:
Y ganó en esta jornada
Traer la pierna quebrada
Con lo demás que traia,
Sin otra mercadería
Sino su persona armada.
Sobre esta tanta excelencia
Ay mil malos embidiosos,
Maldizientes, mentirosos,
Que quieren poner dolencia
En los hombres virtuosos:
Con esta embidia mortal,
Aunque este es su natural,
Dizen dél lo que no tiene,
De embidia de como viene;
Mas no le es ninguno igual.
Y porque en un hombre tal
Hemos de hablar forçado,
Deue ser muy bien mirado,
Porque no se hable mal
En quien debe ser honrado;
Y pues yo, que escrivo, quiero
Ser autor muy verdadero,
Porque culpado no fuesse,
Antes que letra escriviesse
Me he informado bien primero.
Y he savido que su vida
Es de varon muy honesto,
Y que mil vezes la ha puesto
En arrisco tan perdida,
Quanto está ganada en esto.
Y bien parece en lo hecho
Que quien de tan gran estrecho
Ha salido con victoria,
Bien merece fama y gloria
Con el mundano provecho.
Es de un Pedro de Jerez
Hijo, ciudadano honrado:
Yo en mi vida le he hablado
Sino fué sola una vez
De passo y arrebatado:
Al hijo nunca lo vi,
Mas por lo que dél oi,
Y que por quien es, merece;
Muy poquito me parece
Lo que en su favor escrevi.
Dizen me ques sin reproche
Milite sabio en la guerra,
Y en su tierra ó no su tierra
Dizen que nunca una noche
Sin obrar virtud se encierra:
Y que desde do ha partido
Hasta ser aquí venido,
Tiene en limosna gastados
Mil y quinientos ducados.

»y auctoridades de la sagrada escriptura, y para prenóstico »desta última vitoria, y recuperacion desta gran cibdad y santo »sepulchro, que en nuestros dias la verémos desta misma for»ma de Oran», etc.

### 1522.

*Comedia llamada* Clariana, *nuevamente compuesta, en que se refieren por heroyco estilo los amores de un cavallero moço llamado* Clareo *con una dama noble de Valencia, dicha* Clariana. *Assí mismo una égloga pastoril entre dos pastores,* Julio *y* Leuzinio, *á la muerte de una pastora llamada* Julia; *compuesta por un vecino de Toledo, y por él dirigida al duque de Gandia.*

Valencia, por Maestro Juan Jofre, al molí de la Rovella: acabóse á IX de mayo del año de nuestra reparacion MDXXII. En un tomo en 4.°, de 22 hojas no foliadas, letra de Tórtis. La comedia está escrita en prosa mezclada de verso.

### 1535.

*Auto llamado* de Clarindo, *sacado de las obras del captivo por* Antonio Diez, *librero sordo, y en partes añadido y enmendado. Es obra muy sentida y graciosa para se representar; va partida en tres jornadas, y las figuras que entran son las siguientes:* Clarindo, *caballero;* Clarissa, *doncella;* Floriana, *criada;* Florinda, *dama;* Antonica, *criada;* Estor, *criado;* Coristan, *criado;* Pandulfo, *bobo;* Aliano y Raimundo, *padres de las damas;* Felecin, *cauallero; un pastor llamado* Vidal, *que haze el entrada, y entra cantando y dice:*

ROMANCE.

A tan alta va la luna
Como el sol á media noche;
Mirando lo está la Reina
Del mas alto corredore.
Peine de oro en la mano,
Y el agua hasta la cinta,
De los sus ojos lloraua,
Y el buen Conde no venia.
¡Qué tripis y contra puntos
Para en boca de tinaja;
Amphion y Orpheo juntos
No me llevaron ventaja!
Es gran plazer
Quien tiene de comer,
Buena cama en que dormir,
Y tambien buena mujer
Para en descanso vevir.

Entre los muchos que han ydo
(Hablo de los que han tornado),
Ser este el mas señalado,
Porque he visto que ha venido
Sin tener cargo, cargado;
Y metió en esta colmena,
De la flor blanca, muy buena,
Ciento y diez arrouas buenas
En nueve caxas bien llenas,
Segun vimos y se suena.

Ha veinte años que está alla,
Los diez y nueve en pobreza,
Y en uno quanta riqueza
Ha ganado y trae acá
Ganó con gran fortaleza;
Peleando y trabajando,
No durmiendo, mas velando,
Con mal comer y beber:
Ved si merece tener
Lo que ansí ganó burlando.

Tanto otro allá estuviera,
Sin que allá nada ganara;
Sin dubda desconfiara
Y sin nada se volviera,
Sin que mas tiempo esperara:
De modo que su ganancia
Procedió de su constancia,
Que quiso con su virtud
Proveer su senectud
Con las obras de su infancia.

Con ventura, que es juez
En cualquiera qualidad,
Se partió desta ciudad
En quinze años de su edad:
Y ganó en esta jornada
Traer la pierna quebrada
Con lo demás que traia,
Sin otra mercadería
Sino su persona armada.

Sobre esta tanta excelencia
Ay mil malos embidiosos,
Maldizientes, mentirosos,
Que quieren poner dolencia
En los hombres virtuosos:
Con esta embidia mortal,
Aunque este es su natural,
Dizen dél lo que no tiene,
De embidia de como viene;
Mas no le es ninguno igual.

Y porque en un hombre tal
Hemos de hablar forçado,
Deue ser muy bien mirado,
Porque no se hable mal
En quien debe ser honrado;
Y pues yo, que escrivo, quiero
Ser autor muy verdadero,
Porque culpado no fuesse,
Antes que letra escriviesse
Me he informado bien primero.

Y he savido que su vida
Es de varon muy honesto,
Y que mil vezes la ha puesto
En arrisco tan perdida,
Quanto está ganada en esto.
Y bien parece en lo hecho
Que quien de tan gran estrecho
Ha salido con victoria,
Bien merece fama y gloria
Con el mundano provecho.

Es de un Pedro de Jerez
Hijo, ciudadano honrado:
Yo en mi vida le he hablado
Sino fué sola una vez
De passo y arrebatado:
Al hijo nunca lo ví,
Mas por lo que dél oí,
Y que por quien es, merece;
Muy poquito me parece
Lo que en su favor escreví.

Dizen me ques sin reproche
Mílite sabio en la guerra,
Y en su tierra ó no su tierra
Dizen que nunca una noche
Sin obrar virtud se encierra:
Y que desde do ha partido
Hasta ser aquí venido,
Tiene en limosna gastados
Mil y quinientos ducados,

marqués de Pidal. Es un tomo en 4.°, letra de Tórtis, sin año ni lugar de impresion, aunque por la clase de letra y papel sospechamos se hizo en Toledo hácia 1535.

1537.

*Farça á manera de tragedia de como passó un hecho en amores de un cavallero y una dama.* Fué imprimida la presente tragedia en la muy noble ciudad de Valencia, año de 1537, 4.°, let. got., 12 hojas. (Bibl. Grenvil., *Catal.*, t. II, p. 241.)

1552.

*Segunda œdicion de* la comedia de Preteo y Tibaldo, *llamada* Disputa y remedio de amor; *en la qual se tratan subtiles sentencias por quatro pastores*, Hilario, Preteo, Tibaldo y Griseno; *y dos pastoras*, Polindra y Belisa, *compuesta por el comendador Peralvarez de Ayllon, agora de nuevo acabada por Luys Hurtado de Toledo: va añadida una* égloga silviana *entre cinco pastores, compuesta por el mismo autor*. Es un tomito en 8.°, impreso en letra de Tórtis, de 56 hojas. Al fin se lee: «en Valladolid, impresso con licencia por Bernardino de Sancto Domingo.»

En el prólogo al curioso lector, Luis Hurtado de Toledo dice que, habiendo llegado á sus manos dicha «sapientissima y pastoril comedia, embiada de un amigo tan sabio, como en virtudes exercitado, y viesse el heroyco estilo que llevava, con facilidad en bocablos y bivacidad de sentencias, se movió con christiano zelo á comunicarla á los desseosos del exemplario y remedio del amor, aunque su anciano y sabio auctor, por la muerte, que todo lo ataja, no acabó lo començado ni corrigió lo hecho». Mas adelante añade que «las dozientas y veynte coplas de que consta las halló con mas facilidad y exemplo que las trezientas de Juan de Mena».

El argumento de la comedia es sumamente sencillo; redúcese, como lo expresa su título, á las quejas de un pastor llamado Tibaldo, que, enamorado de Polindra, descubre que sus pa-

dres la han casado ya con otro pastor feo y jorobado, aunque rico. Tamaña desgracia le reduce á la desesperacion. Hilario y Preteo, amigos suyos, tratan de consolarle, sobre todo el último, que con buenas razones le persuade á que olvide el objeto de su pasion :

Si el coraçon está lastimero
De grave dolor que assí te atormenta,
Es menester que el ánima sienta
Los consejos que decirte quiero.
Huye, Tribaldo, la ociosidad;
Que solamente los desocupados
Andan metidos en estos cuydados,
En estas querencias de gran vanidad.
Ansí que quien quiere tener libertad
Nunca esté solo ni ocioso un momento:
Del ocio se cria el mal pensamiento,
Que crece y recrece con la soledad.
Pues eres, Tibaldo, dispuesto garçon,
Con otros zagales devries procurar
Tirar á la barra, correr y saltar;
Que son exercicios que olvidan passion;
Jugar á la chueca, jugar al monjon,
A vezes luchar con otros pastores;
No luches contino con estos dolores,
Pues dellos se causa tan gran perdicion.
Date á prazeres, procura alegría,
No estés contino en tan gran reventejo,
A bota cuchar que es gran regozijo,
Devies procurar jugar algun dia.
Podrias, si quisiesses, á tu fantasía
Dalle holgura de mas apetito,
En ver como nasçe el cordero cabrito,
Y como mejora el hato y la cria.

Persuádele en seguida á que se entregue al noble ejercicio de la caza ó al de la pesca, y que no bastando esto, se haga soldado ó se pase á las Indias :

Entra á soldada ó hazte soldado,
Con tal que no sea aquí en esta tierra;
Que con otra guerra se vence esta guerra,
Y este cuydado con otro cuydado.

Y pues que Polindra te aparta y desvía,
Auséntate luego y apártate lexos,
Y assí podrá ser que amansen tus quexos
Y aquesta tu pena y grande agonía.
Vete á segar al Andaluzía,
O vete á las Indias, questá el mar en medio,
Y en esto podrás hallar gran remedio
Si fuesse que tú, yo assí lo haria.
Quando mas pena, mas ansia sintieres
Por quien te causó tan fuerte cuydado,
Finge que tienes en vella desgrado
Y que por otra sospiras y mueres.
Haz que aborreces aquello que quieres;
Que muchas vezes me ha acontecido
Fingirme que duermo, y hallarme dormido:
Assí harás tú, si aquesto hizieres.
La ymaginacion está manifiesto
Que haze prouecho y haze gran daño,
Que quando aojado estava estotro año
El fésico mucho hablaua de aquesto.
Tibaldo, Tibaldo, remedíate presto,
Y pues que careces de toda esperança,
Tray de contino en tu imaginança
Que es mal dispuesta, que tiene mal gesto.
No tomes por gloria mirar su figura;
Si está muy compuesta, entonces te tira;
Lo malo que tiene, aquello le mira,
Y finge ques fea su gran hermosura;
Y si todavía te diere tristura
Este desseo perverso, maldito,
Allá en la villa están las de Egypto;
Haz que te caten mala ventura.
Quando el amor está repartido
En mas de un lugar, no pena tan fuerte;
Y si en arroyos el agua se vierte,
Bien se vadea el rio crescido;
La madre que ha dos hijos parido,
Aunque la muerte del uno le duela,
Menos lo siente y mas se consuela
Que no siendo uno, si mas no tenia.
O pese no á diez, Tibaldo, contigo,
Que andas como hombre questá sentenciado,
Reparte en mas de una tu pena y cuydado
Que piérdese amor con solo un abrigo.

Si quieres remedio, harás lo que digo,
Vete á toros, á bayles, á bodas,
Y escoje quien quieres, Tibaldo, entre todas,
Si luego las quieres vente comigo.

Sordo á sus razones, Tibaldo contesta á todas una por una, diciendo:

Tambien me parece que dizes aquí
Que piense ques fea y ques mal dispuesta,
A esto, Preteo, te do por respuesta
Que estás hecho un cesto muy fuera de tí.
¿No sabes, grosero, que quando la vi
Su ser se imprimió assí en mis entrañas,
Que no ay artificio ni fuerças ni mañas
Quen mi pensamiento la aparten de mí?
Con solo Polindra podria el amor
Herir y matar, mostrar su crueza,
Y quien se venciere de ver su belleza
Tendrá por consejo suffrir su dolor.
No tiene cosa sin mucho primor
Ques en estremo su gran hermosura,
Por ver la lindeza de tal criatura
Haré dar gracias á su Criador.
No tiene Polindra segunda ninguna,
Ni para su tiple se halla tenor;
Esta escuresçe con su resplandor
Lo claro acá baxo, dexando la luna:
Mas poder tiene que no la fortuna.
No ay sino aquel á quien ella mira;
Ella da vida aquel que no tira,
Y entre las lindas es sola una.
Es claro luzero entre las estrellas,
Gran capitana entre gente menuda;
Ella es la prima de toda la muda,
Mayor que otras lumbres son sus centellas.
La ques mas loçana, si está entrellas
Lástima es ver qual ellas están;
La pena que da con la que otras dan
Es grande agravio con chicas querellas.
Es una imágen que no tiene par;
No sé, Preteo, si la has bien mirado;
Todo el concejo se está desbanado
Al tiempo que ven que sale á baylar;

Pues cuando rebuelve con un ojear,
No bastan mil armas á aquel quella mira,
Una saeta tan fuerte le tira,
Que pierde esperança de nunca sanar.
  Puesta Polindra entre otras zagalas,
Es como águila puesta entre aves;
Que ver sus meneos, sus autos suaves
La mas y mas bella deshaze sus galas.
Ansí que con vella abaxan sus alas
Aquellas que piensan tener mas donayre;
Que su meneo, su gracia, su ayre
No tiene par en fiestas ni en salas.
  Todas de embidia la querrien ver muerta,
Viendo que antella diablos semejan;
Si los zagales huelgan, trebejan,
Todo se viene á hazer á su puerta;
Si corren la vaca, es cosa muy cierta
Que lan de correr donde ella la vea;
Qualquier regozijo que haze el aldea,
Todo en su nombre se haze y concierta.

Terminada la larga relacion de Tibaldo, en la cual, como es de suponer, no olvida el traer á cuento á Virginia, Lucrecia, Cornelia, Porcia y otras matronas antiguas, se aparece en la escena Polindra, acompañada de su hermana Belisa, y se encuentra con Tibaldo, entablándose entre los dos el siguiente diálogo lleno de animacion y sentimiento:

*Pol.* Dime, Tibaldo, ¿tú eres vision,
Que siempre te topo en la encrucijada?
Por Dios que me dexes; que estoy ya cansada
De ver tan captiva tu vana porfía;
Y pues que conoces que ya no soy mia,
No me importunes, pues no puedo nada.
*Tib.* Mucho te precias en que eres ajena;
Bien hazes, pues tienes esposo dispuesto.
¿Qué hombre, qué gracia, qué ayre, qué gesto,
Qué andar, qué corcova, do no ay cosa buena?
¡O cómo lucha, sin falta, sin pena!
Su habla, su risa parece ques lloro,
Hombre de paja que ponen al toro;
Las piernas hinchadas, la pança rellena.
  ¿Es desembuelto en el apriscar,

O tiene gracia en cosa que haga?
A quanto se allega todo lo estraga,
Y pone gran asco en velle ordeñar;
Pues tú bien lo has visto, Polindra, baylar,
No me lo niegues, si tengo razon,
Que quando bayla, pareçe curron
Quen dalle del pié le hazen rodar.
  Pues en festejar de nuestra quadrilla
No hay otro que mate de amores á todas,
Yo te aseguro que el dia de tus bodas
A el terné embidia y á tí gran manzilla;
Parece que tiene dolor de costilla,
Que siempre se abaxa con su gran corcova;
Mi fe, Polindra, bien fuyste tú boba
Pues este escogiste en toda la villa.
*Pol.* Como hombre grosero, Tibaldo, as ablado,
Pues en quanto dizes me hazes afrenta;
Griseño es mi esposo, y yo soy contenta;
Mas no le escogí, que tal me le han dado,
Y en ver, aunque es feo, ques bien criado,
Le hize señor de mi libertad,
Y allende de aquesto, es harta beldad
Ver ques muy rico y en todo abastado.
  Tiene de puercos gran hato, gran cria,
Ovejas, carneros de lana merina,
Muchos tocinos y mucha cecina,
Y házia la sierra muy gran praderia;
Allá en el estremo y en la tierra fria
Tiene molinos y viñas muy ciertas,
Colmenas, cortijos, exidos y huertas;
¿Quién su riqueza contar te podria?
  Tiene en el soto camuesa, aceytuna;
Quien no le quisiesse assaz seria loca,
Pues que me tiene á qué quieres boca,
Comigo en arreos no yguala ninguna;
De lo que me sobra, yo sé quien ayuna;
De todos los bienes estoy abastada,
De leche, manteca, de queso, quajada,
Mas tengo que puede quitarme fortuna.

La llegada de Griseño, esposo de Belisa, pone fin á su razonamiento y produce un altercado entre el marido y aquel, hasta tanto, que sobreviniendo Preteo, consigue ponerlos en paz;

y Tibaldo, ya mas tranquilo, y conociendo la honradez y buena índole de Griseño, se despide con las siguientes razones:

Bien sabes que viendo qualquiera mujer
El apetito, ques sensual,
Se enciende, y consiente, conforme á brutal,
Con su sentido á virtud offender;
La clara razon no tiene tal ser,
Antes desecha lo malo y lascivo,
Teniendo desseo con gusto mas vivo
A lo gratis dato que vino á conosçer.
Assi quando amor á mí me prendió
Por tu Polindra, de mí tan amada,
Sola su gracia me fué demostrada:
Aquesta con fuerça mi pecho rompió.
Como el amor tan rezio tiró,
Hirió la razon, y no el apetito;
Por donde el mi amor está en lo infinito
Quel alma con alma es lo que amo yo.
No temas, Griseño, está muy seguro
Que tu Polindra jamás puede errar;
Ni pienses quel cuerpo le puede mandar
Otro que tú, que en mí tienes muro;
Porque su amor, que en mí tiene puro,
Es por hazer lo que es obligada,
Pagando la paga, que nunca es pagada,
Por ser muy mayor la deuda, te juro.
No tiene memoria Polindra ni yo
De cuerpos mortales que á cuestas traemos,
Solo de dentro hablamos y vemos,
Por ser su morada del que nos hirió:
Assi mi aficion jamas fecundó
En á Polindra ni á tí os offender,
Ni por un deleyte y breve plazer
Cortar dulze hilo que tanto duró.

Concluida la comedia, sigue al fol. 43 vuelto la *Egloga Silviana, del galardon de amor, por Luis Hurtado compuesta y acabada.* Son actores Silvano, Quirino, Lascivo, pastores; Silvia y Rosedo, su esposo. Está dividida en cuatro actos, y su argumento es muy parecido al de la anterior comedia. Silvano, pastor, está perdido por amores de Silvia, recien desposada con Rosedo, lo

cual le hace de repente abandonar su hato y vagar por montes y quebradas; Quirino y Lascivo tratan de consolarle. Silvia tiene celos de Rosedo por haberle hallado un dia al amanecer apostrofando al aurora como si fuese una zagala; pero deshecha la equivocacion y explicado el caso, hace con él las paces. Por último, habiéndose Silvia y su esposo aparecido en ocasion en que Silvano desmayado estaba á punto de entregar el último suspiro, se compadecen de él, y Rosedo ruega á su esposa remedie en lo posible tan crudo mal:

*Ros.* Escúchame, Silvia; si estás obligada,
Dale consuelo, mi honra guardando;
No pienses que en celos te voy igualando,
Segun fué de Aurora la fiesta passada.
*Silv.* Bien se parece, Rosedo, señor,
Que si me amaras no quisieras tal.
*Ros.* Aunque te amo, remedia su mal,
Que un tiempo gusté este crudo dolor,
Sanalle has con solo mostralle favor;
Que si su amor está en lo infinito,
Su cuerpo está libre, pues el apetito
Huyó por vencido y no vencedor.
*Silv.* Que yo sóy contenta de amar á los dos,
Puesto que al uno estoy subjectada.

En esta, como en las demás obras de Luis Hurtado, se advierte gran facilidad y soltura, así como un estilo sobremanera puro y castizo. Son muy notables las coplas de la introduccion en que Silvano se queja del amor:

Contento me estaba con mi soledad,
Folgaba en los bosques seguir mi ganado,
Contento se estaba mi hato apartado,
Quitólo Cupido con su crueldad.
Dexárasme á solas con mi ceguedad;
Assi avias, Cupido, de hacerme amador,
Tratándome siempre con tanto rigor,
Que nunca me diste un rato vagar.
Y pues no quesiste, Cupido, dolerte
Y menospreciaste mi débil estado,
Recibe y acoge mi hato y ganado;

Que yo quiero en todo satisfacerte.
Y vos, coraçon, que siendo tan fuerte,
Rendistes las armas á Silvia, donzella,
Es bien procureys de obedecella:
Ella ha mandado que os dedes la muerte.
A solas te queda, cayado, comigo,
Pues solo me has sido leal compañero;
Vos, pedernal y yesca y esquero,
Id vos con Dios, buscad vuestro abrigo;
Vos, fiel gaban que estando comigo,
Librastes mi cuerpo de muchas eladas,
En pago que aquesto muy muchas vegadas
Hezistes, fincades aquí sin abrigo.
Vos, buen çurron, que á tanto recado
Truxistes mi pobre mantenimiento,
Pues no es menester vuestro regimiento,
Quedad y dexadme ya desamparado;
Vos, miera que ovistes contino cuydado
Sanar mis ovejas, si alguna enfermaba,
Pues poco señal á mí aprovechaba,
Fincad por el suelo tambien derramado.
Y vos, pobrezillo y triste ganado
Que fuystes guardado de aqueste pastor,
Llegado es el tiempo cuando con sabor
Podeis recrearos en pasto vedado:
Ya no escuchays su canto acordado
Al son de su dulce çampoña de avena,
A do canticando sufria su pena,
Pensando seria su mal remediado.

De Perálvarez de Ayllon, autor de la comedia, ninguna noticia hemos hallado. Nicolás Antonio habla de él dos veces en su *Bib. Nov.*, t. II, pp. 44 y 169, aunque sin sacarnos de la duda en que estamos acerca de su patria y el tiempo en que floreció: en vano hemos acudido á Caro de Torres, Andrade y otros autores que escribieron la historia de las órdenes militares; en ninguno de ellos hemos hallado su nombre entre los comendadores. Acaso sea el mismo Perálvarez Ayllon de quien se hallan composiciones en el *Cancionero General* (Anvers, 1573, fol. 388-91); si así fuese, es preciso contarle entre los primeros que cultivaron el género dramático en España. Aun-

que su comedia no está dividida en actos, como las de Torres Naharro, y tiene mas semejanza con los autos de Juan del Encina y con los coloquios pastoriles de Lope de Rueda y otros, reune, sin embargo, las principales condiciones del drama. Nicolás Antonio dice se imprimió por la vez primera en Toledo, 1552, y las palabras SEGUNDA ÆDICION, con que empieza la que tenemos á la vista, nos persuaden á que no anduvo equivocado, aunque, por mas diligencias que hemos hecho, no nos ha sido posible ver dicho libro. El papel y la letra de la segunda edicion nos hacen creer que no medió mucho tiempo entre una y otra.

Del editor Luis Hurtado, mercader de libros en Toledo, ya se habló en otro lugar: además del *Palmerin de Inglaterra*, puso las *Transformaciones de Ovidio* en lengua castellana, y escribio una *Historia de San Joseph* en octavas, que cita Nicolás Antonio (Toledo, 1598, 8.°), y no hemos logrado ver. Publicó además las dos comedias de *Cortes de la muerte* y *Cortes del casto amor*, atribuidas á Miguel de Carvajal.

1553.

*Los colloquios satíricos, con un colloquio pastoril y gracioso al cabo de ellos, hecho por* Antonio de Torquemada, *secretario del illustrissimo Señor Don Antonio Alfonso Pimentel, conde de Benavente. Dirigidos al muy illustre y muy excelente Señor Don Alonso Pimentel, primogénito y sucessor en su casa y estado*, etc. Mondoñedo, en casa de Agustin de Paz, impresor, 1553, 8.°, letra de Tórtis, de 236 hojas y 8 mas de preliminares.

Los coloquios son seis: 1.° de los daños corporales del juego; 2.° de lo que los médicos y boticarios están obligados á hacer para cumplir con sus oficios; 3.° de las excelencias y perfeccion de la vida pastoril; 4.° del desórden en el comer y beber; 5.° del desórden en los vestidos; 6.° de la honra del mundo. En la discusion de estos varios puntos, el autor, mas que moralista severo, se muestra hombre de mundo indulgente; amenizando de vez en cuando el diálogo con chistes y

anécdotas; lo cual, unido á lo agradable del estilo y lo terso y puro de la diccion, hacen la lectura de su obra entretenida y sabrosa en extremo.

Al fin de los coloquios, y formando, por decirlo así, parte separada del libro, se halla el siguiente: *Colloquio pastoril, en que se tratan los amores de un pastor llamado Torcato con una pastora llamada Belissia; el qual da cuenta dellos á otros dos pastores llamados Filonio* y *Grisaldo, quexandose del agravio que recibió de su amiga;* fol. 152-236. Diferénciase este coloquio de los seis anteriores (que en realidad no son mas que discursos didácticos en forma dialogal) en que tiene accidentes de comedia y llegó quizá á representarse. El argumento es muy sencillo. Filonio y Grisaldo, pastores, comienzan á platicar acerca de las fiestas celebradas en un lugar vecino en ocasion de las bodas de Silveida, y se quejan del agravio hecho á su compañero Melibeo por no haberle dado el juez la guirnalda de flores, premio de la lucha, habiéndola, en opinion de ambos, merecido mas que su rival Talemon. Pasan en seguida á hablar de otro pastor llamado Torcato, que de alegre y festivo se ha vuelto de repente triste y melancólico, y á quien Filonio dice haber visto últimamente « flaco, amarillo, con ojos sumidos, mas figura de la misma muerte que de hombre que tiene vida » ; añadiendo que aunque varias veces le ha importunado con sus preguntas, no ha querido nunca declararle la causa de sus males. Movidos á compasion, los dos pastores resuelven ir en busca de Torcato, y habiéndole hallado en un valle á la sazon que se lamentaba en alta voz y prorumpia en amargas quejas contra una infiel pastora, se acercan á él y á fuerza de ruegos importunos le persuaden á que les declare la causa de sus penas. Torcato entonces les cuenta como, habiendo visto á Belisia en una funcion de toros, quedó prendado de su hermosura, y buscando ocasion favorable, le declaró su amor, logrando ser correspondido; aunque pasado algun tiempo, y de resultas de una ausencia que le fué preciso hacer á fin de buscar pasto para su ganado, halló á su vuelta el amor de Belisia trocado en desden y tibieza. Cuéntales después un sueño que tuvo, en

que se le figuró ver á la Fortuna sentada en un carro de oro y marfil, tirado por veinte y cuatro unicornios, y acompañada de cuatro doncellas, la Razon, la Justicia, el Antojo y la libre Voluntad, pobremente ataviadas, y á quienes de vez en cuando la poderosa Diosa maltrataba y heria, poniéndoles el pié sobre el cuello. El gesto de la Fortuna era á veces risueño, otras se mostraba espantable y medroso. En un largo razonamiento que dirige á Torcato le hace ver cuán injusto era al quejarse de ella, puesto, que siendo su naturaleza inconstante y movible, no estaba en sus manos el remediar su mal. Aparece en seguida la Muerte en un carro negro, tirado por elefantes y acompañada de las tres inexorables parcas, y le reprende igualmente porque, no habiendo querido acudir cuando Torcato desesperado la invocaba, la habia denostado con palabras. Igual razonamiento le hace el Tiempo, sentado en un carro de diamante tirado por seis grifos ; y por último preséntase la Crueldad en un carro tirado por doce dragones espantables, llevando en una mano una espada desnuda, y de la otra conduciendo á Belisia, la cual, obediente al mandato de su señora, se arroja sobre el infeliz amante, le abre el pecho con la espada y le saca el corazon, complaciéndose en su agonía y burlándose de su dolor.

Concluye el coloquio con unos versos que cantan reunidos los tres pastores, y que, así como otros esparcidos por toda la obra, manifiestan que Torquemada no era un poeta vulgar.

Cap. VII, nota 15, p. 137.—La primera edicion de las comedias de Lope de Rueda es de 1567. (Valencia, en casa de Joan Mey, á la plaça de la Yerba.) Es un tomo en 8.°, impreso en letra de Tórtis, de 54 hojas foliadas, y una mas que hace de fróntis ó portada. Esta, sin embargo, no es mas que la primera parte, ó sea sus dos primeras comedias, la *Eufemia* y la *Armelina*. Luego siguen en el mismo papel y letra, aunque con distinta foliacion y signaturas, «las segundas dos comedias del excellente poeta y representante Lope de Rueda, etc.,» es decir la comedia llamada de *Los engañados* y la llamada *Medora*, en 56 hojas. Al frente de la primera parte se halla un soneto de

Amador de Loaysa « en loor de las comedias de Lope de Rueda »; y en la segunda, otro del mismo Timoneda al propio asunto. Por último, al fin de la comedia de *Los engañados*, y antes de *La Medora*, se lee el soneto de Francisco de Ledesma á la muerte del autor. La censura de la primera parte, cometida á Fr. Juan Blas Navarro, es de 7 de octubre de 1566, mientras que la de la segunda tiene la fecha de 17 de octubre de 1567; lo cual indicaria que una y otra se imprimieron aparte.

En cuanto á la muerte de Lope de Rueda, habrémos necesariamente de adelantarla de un año, puesto que ya en 1566 alude á ella su editor Timoneda.

Juan de Timoneda introdujo á no dudarlo correcciones y enmiendas de consideracion en las obras de su amigo, pues en la epístola satisfactoria al prudente lector, que precede á las dos primeras comedias, se expresa así: « De las quales (de las co»medias), por este respecto, se han quitado algunas cosas no lí»citas y mal sonantes, que algunos en vida de Lope havran »oydo. Por tanto miren que no soy de culpar, que mi buena »intencion es la que me salva.» Tambien en la epístola que precede á la segunda parte, al enumerar los trabajos de su edicion, dice: « El primero fué escrevir cada una dellas dos »vezes, y escriviéndolas (como su autor no pensasse imprimir»las), por hallar algunos descuydos, ó gracias por mejor dezir, »en poder de simples, negras ó lacayos reyterados, tuve neces»sidad de quitar lo que estaba dicho dos vezes en alguna de»llas, y poner otros en su lugar. Despues de yrlas á hacer leer »al theologo que tenia deputado para que las corrigiesse y pu»diessen ser impressas, y por fin y remate el depósito de mi »pobre bolsa.»

En cuanto al *Deleytoso*, es obra rarísima, de la cual tenemos á la vista un ejemplar. Intitúlase: *El Deleitoso, compendio llamado* El Deleitoso, *en el cual se contienen muchos pasos graciosos del excellente poeta y gracioso representante Lope de Rueda, por poner en principios y entremedias de colloquios y comedias;* recopilados por Joan de Timoneda. Debajo se halla el retrato de Lope de Rueda, grabado en madera, siendo el

mismo que se ve en otras obras suyas publicadas por Timoneda, y á la vuelta un soneto de este editor en loor de la obra y de los representantes. Al fin se lee en el *colophon* : «Impressos »con licencia en la inclyta ciudad de Valencia, en casa de Joan »Mey. Año MDLXVII.» Es un tomo en 8.° de 32 hojas sin foliacion alguna, impreso en letra comun.

Cap. VII, nota 16 (léase 18), p. 142.— *La tabla de los pasos graciosos*, etc., se halla igualmente al fin de la edicion príncipe de los *Colloquios*. (Valencia, Joan Mey, 1567, 8.°)

Cap. VII, nota 18 (léase 20), p. 144.—El *Diálogo sobre la invencion de las calças*, etc., se halla tambien al fin de las comedias de Lope de Rueda de la edicion príncipe. (Valencia, Joan Mey, 1567, 8.°) Atendida la gran rareza de dicho libro, de una y otra edicion, hemos creido deberlo reproducir íntegro, y es como sigue :

PERALTA, *lacayo*.—FUENTES, *lacayo*.

*Peral.* Señor Fuentes, ¿qué mudança
Haveys hecho en el calçado
Con que andays tan abultado?
*Fuent.* Señor, calças á la usançá.
*Peral.* Pensé quera verdugado.
*Fuent.* Pues yo dellas no me corro;
¿Que han de ser como las vuessas?
Hermano ya no usan dessas.
*Peral.* Mas ¿qué les echays de aforros,
Que ansí se paran tan tiessas?
*Fuent.* Desso poco, un sayo viejo,
Y toda una ruyn capa,
Que desto calça no escapa.
*Peral.* Pues si van á mi consejo,
Echaran una gualdrapa.
*Fuent.* Y aun otros mandan poner
Copia de paja y esparto,
Porque les abulten harto.
*Peral.* 'Essos deven de tener
De bestias quiçá algun quarto.
*Fuent.* Pondránse qualquiera alhaja
Por traer calça gallarda.
*Peral.* Cierto, yo no sé qué aguarda,

Quien va vestido de paja,
De hacerse alguna albarda.
*Fuent.* Otros dan en invencion,
Que reyr me hazen de gana,
Y es que una calça galana,
Como si fuesse colchon,
La hazen henchir de lana.
Que temo no se les haga
A los que por hermosura
Disimulan tal cochura
En las nalgas qualque llaga,
Mas no sea matadura.
*Peral.* No; que si ellas tienen peso,
Pues dan muestra verdadera
Que hazen corta en gran manera,
Es muy gentíl contrapeso
Traer la bolsa ligera.
*Fuent.* Pues no sé como ser pueda,
Si cuestan tanto dinero,
Que un rapaz, un escudero,
Trayga una calça de seda
Mejor que algun cauallero.
*Peral.* Y aun esso me espanta mas,
Que el cauallero trabaje,
Vestir conforme al linaje
Y que el que lleva detrás,
Os ponga duda si es paje.
Al que ha llegado á trobar
Calças de tan ruyn talle,
Ya no debe de quedalle
Traje alguno por provar,
Ni seso para inventalle.
*Fuent.* Yo sé quien va medio enfermo
De andar tan justo atado,
Tan enhiesto y estirado,
Que me parece estafermo
Quando lo veo parado.
*Peral.* Voyme; que no me contenta
Este modo de vivir.
*Fuent.* ¿Cómo? ¿Por qué os quereis yr?
*Peral.* Porque no dize á mi renta
Tan loco y caro vestir.
*Fuent.* Un par os podeis llevar,
Que con poco las haréys,

Diez de raxa, raso seys.
*Peral.* Tate, tanto han de costar,
Peralta, no las calzeys.
Guárdeme Dios del demonio.
*Fuent.* ¿Por qué no quereis usallas?
*Peral.* Porque si he de pagallas,
Que todo mi patrimonio
No basta para aforrallas;
Y aun vos, si os dais mal govierno
En esto de andar galano,
Podrá ser, Fuentes hermano,
Que por andar al moderno,
Os ture siempre el verano.

FIN.

Cap. VII, p. 145. — *Ralph Royster Doyster* es el título de una comedia inglesa, la mas antigua que se conoce en dicha lengua, escrita hácia el año de 1551; su autor fué Nicolás Udall, rector de la escuela de Eton, y después de la de Westminster.

*Gammer Gurton's Needle*, ó la aguja de Gammer Gurton, es el título de una comedia escrita por el obispo Still y representada en Cambridge en 1566.

Cap. III, nota 17, p. 164. —En 1768 D. Antonio Armona, corregidor de Madrid, sugeto muy aficionado á todo género de literatura, y gran buscon de noticias y papeles, compiló con ayuda de los documentos existentes en el archivo de aquella corporacion una interesante obra intitulada : *Memorias cronológicas sobre el orígen de la representacion de las comedias de España, y particularmente en Madrid, desde que, por haberse hecho pública esta diversion, empezó á merecer las atenciones del Gobierno.*

No parece haber sido conocida de Pellicer, y por lo tanto copiamos de ella los dos siguientes párrafos sobre el orígen de los teatros del Príncipe y de la Cruz :

Consta de una certificacion dada por el contador de los hospitales, que á 17 de octubre de 1579, los diputados del Hospital General, el de Pasion y sus agregados, compraron una casa y solar en la calle de la Cruz, donde pusieron el primer *corral*. Después las cofradías de los mismos hospitales com-

praron dos solares en la calle del Príncipe, y se hizo en ellos el segundo *corral*: este es el orígen de uno y otro teatro, el del Príncipe y el de la Cruz. El licenciado Jimenez Ortiz, del Consejo Real, que ya en 1584 era juez protector de los teatros y hospitales (y parece que fué el primero), proveyó un auto en 15 de febrero del mismo año, mandando en él que se notificase á los autores de las comedias no hiciesen ausencia alguna de Madrid, ni tampoco los demás cómicos de sus compañías, bajo las penas que les impuso si contravinieren ó faltaren á este mandato, para evitar así el perjuicio de los hospitales.

Estos son los principios de los dos coliseos del último tercio del siglo XVI. Su propiedad y sus aprovechamientos eran de los hospitales, el General, el de Pasion, Expósitos y Desamparados. Estaban gobernados por comisarios que nombraban las cofradías, cada una el suyo, de sus respectivos individuos, así para cuidar del entretenimiento de los corrales y de sus muebles, como para la buena cobranza y recaudacion de los intereses. Estos comisarios hacian los arrendamientos anuales, se ajustaban con los autores de las compañías cómicas y un músico guitarrista, y habia además otro comisario que hacia el oficio de contador-interventor, llevaba los asientos diarios de cuenta y razon, ajustaba el haber líquido que á cada hospital correspondia, y dejaba reservado un pequeño fondo para las obras y reparos mas precisos.

En 1608 el licenciado Juan de Tejada, del consejo de S. M. y sucesor del licenciado Jimenez Ortiz en el juzgado de proteccion, fué el primero que dictó reglas de gobierno y policía para los corrales, y desde entonces empezaron ya sus jueces á llamarlos «teatros».

Cap. VIII, nota 18, p. 166.—En el tiempo que medió entre Lope de Rueda y la escuela dramática de Valencia, á la cual pertenecia el mismo Lope de Vega, verdadero fundador del teatro nacional, se hicieron muchos ensayos, que, ignorados de nuestros críticos, yacen sin examinarse entre el polvo de archivos y bibliotecas, y que convendria se compulsasen á fin de formar con ellos la historia general de nuestro teatro. Aludimos á un sinnúmero de composiciones dramáticas, mas ó menos perfectas, escritas parte en latin y parte en castellano, y representadas en colegios de jesuitas ó conventos de frailes, para celebrar, ya la entrada de un obispo, ya la eleccion de un prior ú abad, ya la beatificacion ó canonizacion de un santo de la órden, ya, en fin, alguna fiesta solemne de la Iglesia. En tiempo en que el latin era el lenguaje de las aulas y de las academias, y que dél se va-

lian los doctos para sus escritos, hasta el punto de que Sigüenza y otros escritores creyeron deberse disculpar siempre que usaban el castellano, no es de extrañar estuviese tan en boga esta clase de representaciones. En ellas domina, como es natural, el elemento clásico, como compuestas por hombres eruditos, maestros de latinidad y profesores de humanidades. Obsérvase, sin embargo, de vez en cuando cierta tendencia á popularizarse con la introduccion de caractéres tomados de las clases bajas de la sociedad, y cuyos actores se expresaban siempre en castellano. Hablarémos primero de una de estas comedias bilingües, cuyo autor parece ser Juan de Valencia, natural de Loja, racionero de Málaga. Intitúlase *Nineusis*, *comœdia de divite epulone;* está hecha á imitacion de las de Terencio, y su argumento es la parábola de Lázaro y el rico avariento. En esta pieza, que está escrita en versos latinos, los graciosos Facetus y Tricongius se expresan en castellano ú en un latin macarrónico plagado de solecismos; por ejemplo, al principiar la escena 4.ª del tercer acto Tricongio dice: «Est hoc el locum »del ensayo?» y Faceto le responde: «Locum? Essum seam nom»bren tibi.» Ligurinus, el cocinero, habla tambien en romance, así como los demás personajes subalternos del drama. Igualmente están en verso castellano las entradas (*præcenciones*) á cada acto.

Juan de Valencia floreció en el reinado de Cárlos V; sus obras no se imprimieron; fué maestro del canónigo D. Bernardo de Aldrete, autor de las *Antigüedades de España* y *Africa* y de los *Orígenes de la lengua castellana*; de Alfonso de Torres, malagueño; de Antonio de Hojeda y otros. En el mismo tomo manuscrito, que, segun todas las apariencias, es el cartapacio original de sus versos, se halla su poema *Pyrene*, de que habla Don Nicolás Antonio, y trata *De robore, ac firmitudine quæ Hispani et Galli montibus tantum Pyreneis disiuncti muniunt oppida vicina. Deque Nympha Pyrene, quæ inter utrosque media eos laudat, mox ipsorum dissidiis dolet, ac postremo eosdem ad pacem oriendam adhortatur.* Por el asunto de este poema, escrito sin duda á la celebracion de las paces entre España y

Francia, y de otras poesías latinas en honor de los españoles muertos en el combate naval de Lepanto, se viene en conocimiento de que su autor vivia aun en 1571.

En la biblioteca de padres jesuitas de esta corte, recientemente incorporada á la de la Real Academia de la Historia, se hallan varios tomos manuscritos de autos, coloquios, farsas y comedias representadas en varias ocasiones en los colegios de la Compañía de Jesus. La mayor parte pertenece al último tercio del siglo XVI. A continuacion ponemos una lista de las mas notables, por lo que pueda importar á la historia del teatro nacional.

*Tragœdia Naamani.* —Personajes: Naaman, Uxor, Nuncius, Custos, Rex, Gastrimargus, Vagaus, Phælotinus, Famulus, Elizeus, Giezi, Bulupus, Callitus. *Moralidades*, Sophia, Nemosine, Aglace. Está dividida en cinco actos de á cuatro ó mas escenas cada uno, y escrita parte en latin, parte en castellano. El primer intérprete se dirige al público en aquel idioma, el segundo pronuncia una arenga castellana en prosa y verso, el tercero explica el argumento de la tragedia, moralizándola. Tiene al fin un remate en verso.

*Auto de la oveja perdida.* —Interlocutores: Custodio, Cristóbal, Pedro, Miguel; todos pastores. Hay además un personaje alegórico, llamado Apetito, que disputa la oveja con Custodio; este la defiende, pero al fin es vencido y se queda con ella. Es diferente del auto que al mismo asunto escribió Juan de Timoneda.

*Auto del Santísimo Sacramento.*—Interlocutores : tres indios, Brasil, Japon, y Mejicano, que entran cantando; la Fe y tres pastores, Custodio, Cortés y Consuelo.

*Triumphus Circuncisionis.*— Interlocutores : Toribio, Hernando, galan; Ontoria y Mercader, letrados; un estudiante y su maestro.

*Tragœdia Jezabelis.* — Interlocutores : Helias, Achabus, seis prophetas, uno del pueblo, llamado Jacob; Josef, Hircanus, Nuncius, puer, angelus, Nuboth, Jezabel, un gobernador, un alguacil, Thamar, Noemi, Gehu y soldados. (Cinco actos.)

*Tragœdia patris familias de Vinea.*—Interlocutores : Esaías, Anás, Caifás, Simeon, Ruben, un gigante, un pigmeo, un filósofo profano, Jeremías, labradores, S. Juan Bautista, un alcalde. (Cinco actos.)

*Auto de la Gallofa, sobre la parábola de la Cena.*—Personajes : el Amor, el Celo, dos criados, Padre soberbio, un avariento, un luxurioso, pobres, un cojo, un manco, un ciego y un sordo. (En castellano.)

*Comœdia quæ inscribitur Margarita.*—Esta se representó ante un obispo de Salamanca, pero no se dice quién fuese.

*Trajicomœdia Nabalis Carmelitidis.*—Interlocutores : David, Abiathar, Poliphagus, Palemon, Thyrsis, Baltus, Despotismus, Nuncius, Comes Nabal, Gamidus, Joabus, milites, famuli. Está escrita parte en latin y parte en castellano, y empieza con un romance que dice:

Triste estaba Abigail,
Llena de angustia y cuidado,
Cuando le vinieron cartas
De David el esforçado,
Que la pide por mujer
Por estar della pagado.
Las bodas se celebraron
Con plazer mas que doblado,
Mayor era el alegria
Que fuera el dolor passado.
Los pastores se alegraron
De Nabal el lazerado,
Viendo la dichosa suerte
Del señor con que an topado,
Comedido y liberal
Y con todos bien hablado.

*Egloga de Filis y la iglesia segoviana*, representada ante Don Andrés Pacheco, obispo de Segovia, en 1588.—Interlocutores: Spiritus superbiæ, Plutus, divitiarum Deus, Cupido, Emoporus, Metrodorus, mercatores, Idomeneus, Marcellus, Fabius adolescentes; el licenciado Eugenio Orellana, Teophilus, cantor unus, pastor cum agno et aliis pastoribus, puer albus et niger, pastores Geranius, Damon, Sylvanus, Amartana. (En latin y castellano.)

*Parabola Samaritani.* — Interlocutores : Morguto, Maluco, Jorgino, pecador, levita, samaritano, mesonero. (Todos los personajes, á excepcion de dos, se expresan en castellano.)

*Actio quæ inscribitur Nepotiana.* Hallóse presente á su representacion D. Alvaro de Mendoça, obispo de Avila, año de 1572,

—Interlocutores : Gometius, Ventura, Ponotus, un oficial con su hija, Horacio Bonesi, Melendez y un bachiller.

*Tragœdia quæ inscribitur Vicentina.* Tiene su *præfatio jocularis*, ó loa, en que salen Soletran, Mendoça, Cancaya y D. Lope. El argumento de la tragedia es el martirio de las santas vírgenes Sabina y Christeta, y la escena Avila del Rey.—Interlocutores : christiana Nobilitas, Veritas, Furor, Gentilitas, Dacianus, Vincentius, Amor, Testidorus, Mopsus, Menalcas, Palæmon, satellites. Dasippus, Sabina, Christetas, Victæus, Dictæus, Philachus, coro de judíos. (Cinco actos de á cinco escenas cada uno.) La tragedia concluye con una exhortacion á los circunstantes.

*Actio pucritiæ.*—Interlocutores : Nepos, Asotus, Juventus, Orthophilus, Seciphus, senex; Hierothis, puer; Fervor, Socordia, Timor.

*Actio quæ inscribitur Examen sacrum*, égloga.—Interlocutores : Leucos, Eusebia, Daphnis, Cuidado, Scrupulus et Manios. Está seguida de un entremes ú *actio intercalaris*, en que aparecen Enero, un escribano, Mengo y Congosto. (En castellano.)

*Tragœdia que inscribitur Regnum Dei*, representada en el colegio de Segovia, año de 1574.

*Comedia del triunfo de la fortuna.*—Interlocutores : Salisio, la Verdad, la Mentira, Desengañado, Fortuna, salvajes, el Mundo, dos reyes, seis alabarderos ó soldados, dos pajes, Vanidad, otros dos pajes. El autor de esta comedia fué Tomás de Villacastin, jesuita, autor de varias obras cuyos títulos pueden verse en Nicolás Antonio.

*Comedia del niño constante*, ó sea *la historia de Chichacate y Chicatera.*

*Diálogo de la gloriosa y bienaventurada vírgen y mártir Santa Cecilia y San Tiburcio y Valeriano , mártires gloriosos*, seguido del *Auto de la virtud.*

*Coloquio del primer estudiante y mayorazgo trocado, entre el P. Salas* (¿José Antonio Gonzalez?) *y el beato Luys Gonzaga, de la compañía de Jesus.*—Personajes : la Marquesa, Rodolfo, D. Francisco, Peroto y criados, D. Ferrante, la Casti-

dad, Menosprecio, un rey de armas, el duque de Mantua, un secretario, Aurelia, Christo, la Obediencia. (En romance y divididos en tres jornadas.)

*Coloquio de la escolástica triunfante y la nueva Babilonia*, por el P. Salas.

*El soldado estudiante, ó la niñez del P. Gonzaga.*

*El coloquio de la estrella del mar.* 1575.

*El casamiento dos vezes y hermosura de Raquel*, auto sacramental.

*La comedia de los dos Juanes, S. Juan Evangelista y San Juan Bautista.* 1585.

*Auto de Mardocheo*, representado en la gran Canaria en 1576.

*Tragœdia quæ inscribitur Jeptæ.*

Comedia llamada *Varia fortuna de Oloseo.*—Interlocutores: Oloseo, rey; Severo, anciano; Iberio, mancebo; Alisco, Amphriso, Justo, Marcelo, Fulgencio, Lelio, Celio, Ortelio, Henado, la Mentira, la Gloria mundana, la Música, dos estudiantes, Lucindo y Vitelio; dos pajes, Arsenio y Lucindo. (En romance.)

*Desposorio espiritual de la iglesia mexicana y el pastor Pedro*, égloga representada el dia de la consagracion del obispo de Méjico, D. Pedro de Moya Contreras, que fué el 5 de diciembre de 1574.—Interlocutores: la Iglesia mexicana, la Fé, la Esperanza, la Caridad, la Gracia, pastoras; Pedro, Prudente, Justillo, Robusto, Modesto, pastores; un bobo y varios cantores: su autor Juan Perez Ramirez, clérigo presbítero. (En romance.)

*Colloquio* que se representó en Sevilla delante del Illmo. cardenal D. Rodrigo de Castro cuando le hicieron protector de la Anunciata, año de 1587.—Personajes: Palacio, Rusticidad, Moisés, un ángel, un zagal, la Profecía, dos pastores. (Está dividido en dos actos de á cinco escenas cada uno.)

*Diálogo de prestantissima scientiarum elligenda*, compuesto por el P. Juan de Pineda y el P. Andrés Rodriguez; hecho en Granada—Interlocutores: Polilogo, Dubitancio, Juliano, Sofista, Sabino, Logiteo, Apollo, Marco, Teodoro. Son tres actos, y al fin un entreacto ú entremés, en que figuran Palermo, Villafuerte y Lazarillo.

*Diálogo* hecho en Granada por el P. Andrés Rodriguez, *De metodo studendi*.—Interlocutores: Solercio, Fantastico, Iocundo, Falacio, Fidelio, Decurio, Delator, Didascalo, Infausto, y un aldeanillo. Tiene además un prólogo entre Colmenares, Peñalosa, Villalobos y Ojeda, y un entreacto entre Infausto, Iocundo, Bernabé y un aldeanillo. (Tres actos.)

*Diálogo hecho en Sevilla por el P. Francisco Jimenez, á la venida del padre visitador á las escuelas*.—Interlocutores: duo adolescentes para el prólogo, el Engaño, Studiosus adolescens, Desidiosus, Honestus labor, Decurio, un alguacil, Cupido, Honor, Gaudium, Somnus, Apollo, Maseloqueda, cocinero. (Tres actos.)

*Triunfo del Sabio*.—Personajes: Sabio, Fuerte, Soberbio, Engaño, Fantasma, Ignorancia, Injusticia, Verdad, Justicia, Desengaño. (Tres actos, con un entremés.)

Comedia alegórica, *La Bachillería engaña*.—Interlocutores: Júpiter (el entendimiento), Pallas (la sabiduría), Musa (la bachillería), Aragne (la ociosidad), Anfriso, criado de Júpiter; D. Luis, estudiante; D. Fernando, estudiante; D. Félix, soldado; Blitizí, criado de D. Luis; Mosquete, criado de D. Félix.

Las piezas dramáticas cuyos títulos acabamos de dar, y otras muchas que pudiéramos citar, no se recomiendan en general ni por su invencion ni por su mérito, y si hemos hecho mencion de ellas, ha sido solamente porque creemos que toda historia del arte dramático en España será incompleta sin la debida apreciacion de estas y otras obras análogas. Casi todas, con muy pocas excepciones, pertenecen al género clásico, modificado, es verdad, segun el tiempo y las circunstancias, con la introduccion del elemento popular; pero conservado aquel con tenacidad y por largo tiempo aun después de su total desaparicion, por autores á quienes el estudio de las humanidades y el manejo de los clásicos hacia naturalmente mirar con cierto desprecio todo aquello que no estaba calcado sobre los modelos de la clásica antigüedad. Mucho tiempo hacia que Lope de Vega habia popularizado la comedia, dándola nuevas reglas y sujetándola en todo al capricho del vulgo, verdadero juez en estas materias,

y todavía se representaban en colegios de jesuitas y en algun oscuro rincon de la Península muchos dramas, mezcla informe de los antiguos autos y de la comedia alegórica, y escritos para un auditorio ilustrado, que se complacia aun en oir en las tablas el idioma del Lacio. Estas consideraciones son las que nos han movido á indicar la existencia de estas composiciones dramáticas.

P. 217.—Durante su residencia en Valladolid, y al propio tiempo que preparaba para la imprenta su primera parte del *Quijote*, Cervantes escribia otro libro, que se le atribuye con algun fundamento, y en el que da noticia muy detallada de las fiestas celebradas en Valladolid al nacimiento de Felipe IV. Intitúlase : *Relacion de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el punto del felicíssimo nacimiento del príncipe D. Felipe Dominico Victor, nuestro señor, hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron;* Valladolid, por Juan Godines de Millis, 1605, 4.°, de 50 hojas. Aunque escrita con bastante desaliño, la obra presenta de vez en cuando rasgos característicos, así como maneras de decir peculiares del célebre autor del Quijote.

Cap. XII, nota 12, p. 241.—Antes que ninguno de los autores aquí mencionados como habiendo reprendido la lectura de los libros de caballerías, tenemos el testimonio de Gonzalo Fernandez de Oviedo, quien, á pesar de haber él mismo contribuido á su propagacion traduciendo (quizá inventando) el *Libro del esforzado caballero Claribalte*, se expresa así en sus *Quinquagenas*:

Santo consejo seria
Que dexasen de leer
Y tambien de se vender
Esos libros de *Amadis*.

Y despues añade : « Ha cresçido el libro de Amadis tanto y en »tanta manera, que es un linaje el que de él en libros vanos ha »procedido, mas copioso aun que el de los Rojas, y ha cresçido

»tanto, que tiene ya hijos y nietos, y tanta multitud de fábulas »extrañas, que parece que las mentiras é fábulas griegas van pa»sando á España, y así van cresçiendo como espuma, et quanto »mas cresçe menos valor tienen tales ficciones, aunque no para »los libreros é impresores; porque antes les compran esos des»parates é se los pagan, que no los libros auténticos é prove»chosos.»

Cap. XIV, nota 10, p. 292.—El Sr. marqués de Pidal, en un artículo inserto en el tomo XI de la *Revista de Madrid*, p. 384, sobre la interesante cuestion de «si Tomé de Burguillos y Lope de Vega son una misma persona», propone algunas dudas en la materia, probando con dos textos, el uno manuscrito, el otro impreso, la existencia de un poeta llamado Tomé de Burguillos, contemporáneo de Lope de Vega.

Cap. XV, nota 17, p. 314.—Son varias las comedias de puño y letra del mismo Lope que se conservan en bibliotecas públicas y particulares. Algunas de ellas no llegaron nunca á imprimirse, como son el *Brasil restituido*, compuesta en memoria de la recuperacion de aquella colonia en 1625, la que con otras varias vimos años atrás en Lóndres, en poder de un caballero muy aficionado á nuestra antigua literatura. En la biblioteca del Museo Británico de aquella capital se conservan asimismo tres tomos de ellas, que durante la pasada exposicion general de la industria han estado continuamente de manifiesto, juntamente con el *Cancionero de burlas*, ejemplar único; la *Doctrina cristiana* del P. Córdoba (Méjico, 1544, 4.°), considerada, aunque equivocadamente, como la primera impresion hecha en América; el célebre libro de *Tirant lo Blanch*, y otras de nuestras joyas literarias que allí se tienen en gran estima. Dichos tomos de Lope de Vega, señalados respectivamente con los números 10,329, y *Egerton*, 547, 548, contienen las siguientes comedias autógrafas: *Las bizarrías de Belisa*, concluida en Madrid á 24 de mayo de 1634; *Lo que ha de ser*, á 2 de setiembre de 1624; *Hay verdades que en amor*, 12 de noviembre de 1625, con la aprobacion de Vargas Machuca de 4 de febrero de 1626; *Sin secreto no hay amor*, 18 de julio de 1626, con la aprobacion

de Vargas Machuca, fecha 11 de agosto del mismo año, y la licencia para imprimir de Joan de Salinas. En una nota del mismo Lope se previene que el papel de Celio lo hará el actor Tapia; *La competencia en los nobles*, 16 de noviembre de 1625; *Argel fingido*, sin fecha; *El yugo de Christo*, auto sacramental.

En la biblioteca del Excmo. Sr. duque de Osuna se conservan varias, cuya lista se publicó ya en el tomo I de la *Coleccion de documentos inéditos* de los Sres. Baranda y Salvá. El Señor marqués de Pidal posee una intitulada *La encomienda mal guardada*, con fecha de 19 de abril de 1610, que se representó con el título de *La buena guarda*. D. Salustiano Olózaga tres, á saber : *La prueba de los amigos*, Toledo, 12 de setiembre de 1604; *Cárlos V en Francia*, Toledo, 20 de noviembre de 1604, y la *Batalla del honor*, Madrid, 18 de abril de 1608; por último, D. Agustin Duran en esta corte, y D. Angel Iznardi en Córdoba, poseen otras varias cuyos títulos nos son desconocidos. Seria de desear que al publicarse la edicion de su teatro, que prepara D. Manuel Ribadeneyra, á quien tanto deben las letras españolas por la impresion de su *Biblioteca de Autores españoles*, la mejor y mas copiosa de cuantas se han publicado hasta el dia, se tuviesen presentes estos y otros originales del célebre poeta, cuyas obras impresas están por lo comun muy viciadas, por descuido de copiantes é impresores.

Cap. XV, p. 316.—A lo que nuestro autor dice acerca de la *Coleccion de comedias* de Lope, compuesta de veinte y ocho tomos, añadirémos la noticia de los ejemplares que hemos visto, pues aunque rara, no lo es tanto como generalmente sé cree. Dos hay en Madrid : uno en la Biblioteca Nacional, otro en la de la Universidad, además del que posee el distinguido literato Don Agustin Duran. En Lóndres hemos logrado ver tres : el del Museo Británico, el de Lord Holland, y otro que posee Sir John Labouchère. Ultimamente se vendió uno en Alemania procedente de la biblioteca del célebre Tieck. Se nos ha asegurado, aunque no lo hemos llegado á ver, que en la biblioteca real de Paris se conservaba uno, y tambien hemos oido de otro que



tiene en Valencia D. Vicente Salvá. El de la biblioteca de la Real Academia de la Lengua está incompleto.

Cap. xv, nota 32, p. 320.—D. Francisco de Vances Cándamos, en su defensa de las representaciones escénicas, intitulada *Theatro de los theatros de los pasados y presentes siglos: historia escénica griega, romana y castellana*; obra escrita en defensa de las comedias, y cuyo original tenemos á la vista, atribuye la invencion de estas comedias á D. Diego de Enciso. «Este »(dice) empezó las que llaman de *capa y espada*: siguiéron»le después D. Pedro Rosete, D. Francisco de Rojas, D. Pe»dro Calderon de la Barca, y de los mas modernos, D. Antonio »de Solís y D. Agustin de Salazar, dignos todos de la mayor »alabanza.»

Cap. xv, nota 33, p. 324.—Felipe IV tuvo compañías propias de comediantes que solo representaban en su palacio y sitios reales. El marqués de Heliche fué el primero que mandó delinear en el coliseo del Buen Retiro las mutaciones de escena, las máquinas fingidas y las apariencias teatrales. Mas tarde, siendo mayordomo mayor el almirante de Castilla, llegó á tal punto la magnificencia, dice D. Francisco de Vances Candamo en la obra ya citada, «que la vista se pasma en el theatro, »viendo como usurpa el arte todo el imperio de la naturaleza, »porque las luces convexas, las líneas paralelas, aprovechan»do el pincel los mejorés matices de ella, saven dar concavidad »á la plana superficie de un lienzo, y acercan las mayores dis»tancias con suma propiedad. Jamás ha estado tan adelantado »el aparato de la escena ni el harmonioso primor de la mú»sica.»

Cap. xvii, nota 6, p. 353.—De este libro hemos visto varias ediciones hechas en el siglo xvi, como son una de Búrgos (1537, 4.° gót., por Juan de Junta), que generalmente va unida á la *Historia del conde Ferran Gonzalez*, y á la de *Los siete infantes de Lara*, del mismo impresor y año; otra de Zaragoza, por Juana Milian, viuda de Pedro Hardoyn, á 15 de mayo de 1540, 4.° gót.; una tercera de Sevilla, sin fecha, que parece tan antigua, si no mas que las otras dos; son además infinitas las

impresas en el siglo XVIII y aun en el presente; siendo libro tan leido y buscado del pueblo, como lo pudieran ser la *Historia de Carlo-Magno y de sus doce pares*, la de *Oliveros de Castilla y Artus de Algarbe*, la de *Roberto el Diablo*, las *Hazañas de Bernardo del Carpio*, y tantas otras que constituyen aun hoy dia el gran fondo de la literatura popular.

Hay, empero, un libro en la lengua arábiga muy poco conocido y que se parece tanto á este en su estructura y formas, que á nuestro modo de ver es preciso asignarle un mismo orígen. Intitúlase: *Quissat chariat Tudur gua ma cana min hadit-siha maâ-l-munachem, gua-l-âalem gua-n-nadham fi hadkrati Harún Er-Raxíd*, á saber: «Historia de la doncella Theodor, y de lo que la aconteció con un estrellero (astrólogo), un ulema y un poeta en la corte de Harún Ar-Raxíd.» El argumento es el siguiente: un opulento mercader y droguista de Bagdad compró una esclava de tierna edad, y la educó con particular esmero, enseñándola no solo las labores y faenas propias de su sexo, sino las ciencias mas abstractas y recónditas, siendo tal su disposicion y tan grandes sus adelantos, que muy en breve llegó al último grado de perfeccion y sabiduría. Andando el tiempo, el mercader, que profesaba á su esclava y pupila el amor mas tierno, se vió reducido á la miseria de resultas de una especulacion aventurada que le arrebató de un solo golpe todas sus riquezas. En este apuro se decidió, no sin haber consultado antes á su misma esclava y á sus amigos y parientes mas allegados, á ofrecérsela al Califa, y socorrerse en su necesidad con el precio que por ella le diese. A este fin la vistió con sus mejores ropas, la adornó con ricas joyas, y habiendo solicitado una audiencia, se presentó con ella en la corte del Califa, expuso el motivo que allí le traia, las varias dotes que á su esclava adornaban, las ciencias que poseia, y concluyó pidiendo por ella diez mil dineros de oro (diez mil doblas de buen oro bermejo, dice la relacion castellana). El Califa, como vió á Theodor, quedó muy prendado de su hermosura; pero pareciéndole exhorbitante el precio que el mercader le pedia por ella, propuso sujetarla á un exámen riguroso, ofreciendo pagar por ella las

diez mil doblas pedidas, si salia bien de la prueba, y en el caso contrario dar solo mil, precio que le pareció justo y razonable. Aceptada la proposicion por el mercader, Harún Ar-Raxíd mandó luego venir á su presencia á un célebre doctor y poeta llamado Ibráhim (la novela castellana le llama Abrahan el Trovador), el mayor letrado de sus reinos, así como á otros dos, el uno gran teólogo y moralista, filósofo el otro y maestro en las siete artes liberales. Todos tres fueron vencidos por la discreta doncella en la disputa ó certámen que á presencia del Califa y de su corte se entabló, resultando, por último, que este no solo pagó por ella las diez mil doblas pedidas, sino que por uno de aquellos rasgos de generoso desprendimiento que los escritores árabes se complacen tanto en atribuirle, renunció á la esclava y se la regaló al mercader.

Segun se vé, este es el mismo argumento de la novela española, sin mas diferencia que la de haberse sustituido al mercader de Bagdad otro mercader cristiano de las partes de Hungría (lo cual por sí solo es harto inverosímil), el colocarse la escena en Túnez, el nombre de Harún Ar-Raxíd mudado en Miramamolin Almanzor, personaje que tanto figura en nuestras antiguas crónicas y leyendas, y por último, la natural sustitucion de cuestiones de metafísica y teología musulmana por otras análogas tomadas de la religion y dogma cristiano. Todas las restantes, y especialmente las relativas á la ciencia de los astros, á la medicina, historia natural y botánica, siguen en la novela castellana el mismo órden que en la arábiga, y las mas veces son las mismas; de tal manera, que no dejan duda alguna en cuanto al comun orígen de una y otra.

Averiguada pues la semejanza y casi identidad de ambas producciones, falta investigar cuál de ellas se escribió primero y dió orígen á la otra, si la arábiga ó la latina ; y decimos la latina, porque si bien no se halla, que sepamos, bajo esta forma, de presumir es que la hubo y que la version castellana se hizo posteriormente en tiempos de Cárlos V, como parece probarlo la mencion de Túnez, ciudad poco conocida de los nuestros hasta la época del Emperador, y otras circunstancias de es-

tilo y de lenguaje que seria muy largo enumerar. Que la obra se escribió en la edad media lo prueban asimismo la erudicion rancia que en ella se vierte, ajustada en todo á los conocimientos de aquella edad, y el que los nombres de los doce signos del zodiaco están expresados en latin.

Pasa por autor de esta obra, segun Nicolás Antonio, un tal Alfonso, acerca del cual nada nos dice aquel escritor, ignorándose hasta la simple circunstancia de si *Alfonso* fué su nombre de bautismo ú apellido. Tampoco se sabe de qué reino fué natural, pues aun cuando el erudito Latassa le coloca entre sus escritores aragoneses, hácia el año de 1500, ni expresa los fundamentos que tuvo al hacerlo, ni da mas señales de su obra que las escasísimas que halló en Nicolás Antonio, confesando modestamente que no habia visto tal libro. (*Bibl. antig. de escrit. arag.*, t. II, p. 364). Ninguna de las ediciones que hemos visto lleva nombre de autor, y por lo tanto, preciso es creer ó que aquel diligente bibliógrafo vió alguna que lo tenia, ó que solo conoció la obra en manuscrito. A esto último nos persuade la manera vaga con que la cita, llamándola *prosaicum poema*, y el no expresar si se imprimió, dónde y cuándo.

En vista de estas consideraciones nos atreverémos á proponer una conjetura, que á nuestro modo de ver no va del todo descaminada. A principios del siglo XII floreció en Huesca un judío llamado Rabbi Moseh, que habiendo abjurado el judaismo á la edad de cuarenta y cuatro años, trocó aquel nombre en el de Pedro, y se añadió el patronímico *Alfonso*, por haber sido su padrino de pila el rey de Aragon D. Alfonso el Batallador, tambien llamado el Emperador, y no, como dice equivocadamente Castro (*Bib. Esp.*, t. I, p. 19), y repite inadvertidamente D. José Amador de los Rios (*Estudios sobre los judíos*, página 245), D. Alonso VI de Leon y I de Castilla. Este Pedro Alfonso escribió, entre otros tratados en refutacion de la religion que acababa de abjurar y la mahometana, una obra muy notable, poco conocida entre nosotros, y de la cual se han hecho ya dos ediciones. (Véase el tomo I, p. 75, nota 16.) La obra se intitula *Proverbiorum, seu clericalis disciplinæ libri tres*, y no

es, como algunos han creido, un tratado de ciencias y de filosofía, sino un libro de entretenimiento, como habia tantos en la edad media, lleno de apólogos y de cuentos. La palabra *clericus* no tenia entonces la acepcion que se le dió mas tarde; por *clerico*, en castellano antiguo *clergo* y *crego*, en francés *clerq*, se entendia hombre de letras, letrado, en cuyo sentido usa á menudo dicha voz el autor del *Libro de Alejandro*. Muchos de los cuentos de Pedro Alfonso están traducidos del arábigo, en cuya lengua fué muy versado; mas tarde el infante Don Juan Manuel reproducia algunos de ellos en su *Conde Lucanor*, al par de otros sacados tambien de libros arábigos: un argumento mas contra los que pretenden que la literatura popular de los árabes españoles no influyó de ninguna manera en la nuestra. Nada pues tendria de extraño que, viniendo á manos de Alfonso el original arábigo de la *Historia de la doncella Theodor*, lo tradujese al latin, alterándolo, y que mas tarde la obra latina se vertiese al castellano con variantes aun mayores. A esto debemos añadir que el cuento arábigo tiene todas las formas así como el estilo propio de esta clase de obras populares; y que en el ejemplar que de él poseemos se atribuye la obra á Abu Bequer Al-warrác, célebre escritor del segundo siglo de la hégira, y autor de otros cuentos y tratados por el mismo estilo; lo cual aleja hasta la sospecha de que la obra pudiera haberse escrito primero en latin y vertido después al castellano.

Cap. XVII, nota 59, p. 370.—Véase acerca de este autor dramático lo que ya dijimos en las notas al primer tomo. (*Addenda et corrigenda*, p. 575.) Las noticias de Lúcas Fernandez hubieran figurado mas convenientemente, en el capítulo que trata de los orígenes de nuestro teatro, entre Juan del Enzina y Bartolomé de Torres Naharro.

Cap. XVIII, nota 8, p. 384.—Es curioso el modo con que el capitan Andrés Rey de Artieda, ridiculiza á Lope y á los autores dramáticos de su escuela en una de sus epístolas dirigida al marqués de Cuéllar, diciendo:

A el calor del gran señor de Delo
Se levantan del polvo poetillas

Con tanta habilidad, que es un consuelo.
Y es una de sus grandes maravillas
Ver cómo una comedia escribe un triste
Que ayer sacó Minerva de mantillas.
Mas como en viento su invencion consiste,
*En ocho dias y en menos espacio*,
Conforme es su caudal la adorna y viste.
¡O quán al vivo nos compara Oracio
Con los sueños frenéticos de enfermo
Quanto escribe en su triste cartapacio.
Galeras vi una vez ir por el yermo
Y correr seis cavallos por la posta,
Desde el canal de Chipre hasta Palermo.
Poner dentro de Vizcaya á Famagosta,
Junto de los Alpes á la Persia y Media,
Y Alemania pintar larga y angosta;
Como estas cosas representa Heredia,
A pedimento de un amigo suyo,
*Que en seis horas compone una comedia.*

De la misma manera solapada atacan á Lope y á los poetas dramáticos de su escuela Cristóbal de Mesa en sus *Rimas*, Manuel de Villegas en sus *Eróticas*, Cristóbal Suarez de Figueroa en el *Pasajero*, y Antonio Lopez de Vega en su *Perfecto señor, diálogo segundo de las letras.*

Cap. XVIII, nota 32, p. 394.—El Sr. marqués de Pidal posee un tomo de cartas originales de Lope al duque de Sessa, su favorecedor; resto sin duda de la numerosa coleccion que existió en otro tiempo en el archivo de aquella casa. Aunque su importancia no es tanta como pudiera creerse, eslo lo bastante para hacernos desear que se publiquen. En ellas Lope da al Duque el nombre de Lucindo.

Cap. XVIII, nota 40, p. 397.—Es notable que en medio de su inmensa y merecida popularidad Lope tuviese tambien que sufrir los tiros de la envidia. En 1617 un tal Pedro Torres Ramila, maestro de gramática latina en la universidad de Alcalá, publicó con el titulo de *Spongia* una critica amarga de algunas de las obras de Lope, á la que contestó mas tarde, bajo el seudónimo de Julio Columbario, un escritor natural y vecino de Madrid, llamado Francisco Lopez de Aguilar, con un libro así

intitulado : *Expostulatio spongiæ á Petro Turriano Ramila nuper evulgatæ. Pro Lupo à Vega Carpio, Poetarum Hispaniæ Principe : auctore Julio Columbario* B. M. D. L. P. *Item Oneiropægnion, et varia illustrium virorum Poemata : in laudem eiusdem Lupi à Vega* V. C. *Tricassibus* (Troyes, en la Champaña) *sumptibus Petri Chevillot. Anno* MDCXVIII, *cum privilegio Regis;* 4.°, 62 hojas y 16 mas de preliminares. A este tratado va unido otro con el siguiente título : *Magistri Alphonsi Sanctii V. eruditissimi, et Sacræ Linguæ in Complutensi Academia Professoris publici Primarii Appendix ad expostulationem spongiæ;* 8 hojas sin foliacion alguna. Es libro raro y poco conocido, del cual hablan, aunque muy imperfectamente, Nicolás Antonio (*Bibl. Nov.*, t. II, p. 243) y Alvarez Baena (*Hijos de Madrid*, t. II, p. 186). Este último dice que se imprimió en España (no dice el año), y después en Francia en 1618; pero la edicion que tenemos á la vista y queda descrita arriba, aunque precedida de la licencia para imprimir (*extrait du privilège du Roy*) concedida á Pierre Chevillot, librero de Troyes, tiene todas las señales de haber sido hecha en España. La obra de Torres Ramila, que no hemos logrado ver, por mas diligencia que hemos hecho, salió á luz bajo el seudónimo de *Trepus Ruitanus Lamira*, y se imprimió, segun parece, en Paris, pues entre las poesías latinas contra su autor que contiene la *Expostulatio*, se halla al fol. 39 vuelto una con este título : *In eundem, de stribiliginibus Parisiis abstersis, et pagellis emendatiùs ibidem excussis.*

Debió ser una crítica sangrienta de los escritos de Lope, pues por los trozos de ella que para su refutacion publicó el mismo Francisco Lopez de Aguilar, se ve que la *Arcadia*, la *Dragontea*, la *Angélica*, la *Jerusalen*, así como su teatro en general, fueron blanco de las iras del pedagogo complutense. En un lugar de ella dice : *Cum ille tandem non solum animo tui invisendi, sed exponendi ob oculos Schedarum merces et à tanto viro valdè alienas quippè non putidas, haud arte politas, nulla constanti iudicii structura compositas, nec ut tu mente laborares bile absit : absit, sed ut prudenter admonitus, ex eis decuteres fu-*

*liginem, punice æquares tubercula, et adamussim Grammatices perpendiculus corrigendas, committere non gravarere.* Y en otro pasaje se anuncia á sí mismo como *acerrimus notæ propugnator, quâ inurit Hispaniam didacissimus poetarum, quod immerentem laudet immodicè.*

No anduvo tampoco corto Lopez de Aguilar en su respuesta á Torres Ramila. Ya á fines de 1617 publicó en Madrid un papel que hemos visto bajo el seudónimo de Franciscus Antididascalus, en forma y á manera de conclusiones para una tesis que debia defender en cierta academia literaria de la corte sobre el siguiente punto : *Utrum Petrus de Torres grammaticus sit censendus, cùm nec latinè nec grammaticè sciat;* y otro tambien por el mismo estilo dirigido al padre maestro Fr. Hortensio Paravicino. En la presente obra, sin embargo, no solo apuró Aguilar los recursos de su ingenio contra el osado escritor que así se atrevia al ídolo nacional, sino que llamó en su ayuda á varios amigos suyos, todos admiradores de Lope, quienes en varias poesías latinas ridiculizaron al malhadado Ramila con una virulencia y saña de que afortunadamente hay pocos ejemplos en la crítica literaria de nuestra patria; y si no, léase la intitulada : *Ramilæ Tumidi atque infelicis Grammatici Tumulus,* p. 42. La disertacion de Alfonso Sanchez al mismo asunto es mas digna, y manifiesta mayores conocimientos en estética y literatura general.

De Aguilar trata Montalban (*Indice de los ingenios de Madrid*) y Baena (*Hijos de Madrid*, t. II, p. 186). Este último escritor pone su nacimiento en 1634, pero debe ser errata por 1584 ó 1594.

Cap. XIX, nota 21, p. 410.—En el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, así como en los de Lope de Estúñiga, Juan Fernandez de Ixar, y otros aun no impresos (véanse nuestras notas al t. I de esta traduccion, p. 562 y siguientes), se hallan á menudo poesías de un autor llamado Fernando de la Torre, el cual floreció en tiempo del rey D. Juan el Segundo, y fué grande amigo del obispo de Búrgos, D. Alonso de Cartagena. Entre los manuscritos de la Real Academia de la Historia (Colec. Sala-

zar, Misceláneas, Núm. 44) se halla una carta de este Fernando de la Torre á un su amigo, participándole la muerte del obispo de Búrgos, D. Alonso de Cartagena, que dice es la causa de no haber desempeñado su encargo para con D. Pedro de Cartagena, «por haber quedado, como era natural, con gran »tristeza y trabajo por tan gran pérdida como ha havido en »la muerte del muy magnífico y angélico señor el obispo de »Búrgos, *su hermano.*» Mas adelante dice: «Aunque no dejó »grandes riquezas á sus parientes, segun las gastaba en infini»tas obras pias y su magnífico estado, dexólos muy bien asen»tados en esa ciudad y con munchos parientes, amigos y cria»dos, y segun ellos, gracias á nuestro señor, son hombres en »todas las cosas, segund vos sabeys, y muncho mas en *las ar»mas*, que tienen por officcio.»

Hemos hecho esta ligera indicacion de un poeta Fernando de la Torre, distinto del bachiller La Torre (Alfonso), autor de la *Vision deleitable*, no porque creamos que el hecho pueda adelantar en lo mas mínimo cuestion tan oscura y debatida, sino porque los autores que atribuyen las poesías públicadas por Quevedo á un poeta del siglo xv, parecen ignorar que hubo otro llamado Fernando de la Torre. Por lo demás, no cabe duda que si Quevedo halló realmente dichas poesías y las dió á la imprenta, debió hacer en ellas correcciones de mucha entidad, pues ni el estilo es el del siglo xv, ni el giro de los pensamientos es el de los poetas cuyas obras se hallan en los Cancioneros.

Cap. xix, nota 31, p. 419.—No es fácil empresa el juzgar á Quevedo. Símbolo para los unos del chiste y de la jocosidad, profundo pensador y eminente filósofo para los otros, es poco menos que imposible el fijar con seguridad el carácter general de sus escritos. ¿Quién, en efecto, después de haber leido un capítulo de su *Gran Tacaño*, de la *Visita de los chistes*, ó sus *Cartas del caballero de la Tenaza*, podrá figurarse que el autor de estos cuadros fáciles, ligeros y llenos de gracia, pudo serlo igualmente de la *Vida de Marco Bruto* y de otros escritos morales y filosóficos? ¿Qué puntos de contacto pueden hallarse entre

sus romances burlescos y letrillas, brotando por todas partes sal cómica y gracejo, y sus canciones, sonetos y otras poesías en que reina la pompa, la gravedad y la entonacion mas elevada? Si á estas aparentes contradicciones, resultado natural de un ingenio creador y que sabia acomodarse á todas las situaciones y á todos los géneros, se agrega su vida agitada y turbulenta, la injusta persecucion de que fué víctima, las escasas noticias que de él nos quedan, y sobre todo, el lenguaje oscuro de algunas de sus composiciones, se comprenderá fácilmente cuan árdua es la tarea de juzgar á un escritor de sus partes y merecimientos. Propónese pintar en el *Gran Tacaño* la vida «picaresca», y lo hace con tal arte y maestría, que algunos de sus cuadros son perfectos, y que el capítulo en que refiere los sucesos de la venta de Cercedilla puede ser comparado con muchos del *Quijote*. En la *Fortuna con seso* se muestra moralista insigne, al par que hombre de estado, y basta leer la pintura que allí hace de los encontrados intereses y ambiciosas miras de los principales soberanos de Europa, para calificarle de profundo político y de hombre que conocia á fondo la historia, civilizacion, costumbres y recursos de cada una de aquellas naciones. En el prólogo á la *Culta Latiniparla*, al trazar en breves rasgos el orígen y formacion de la lengua castellana, da muestras de una erudicion poco comun en su tiempo y gran conocimiento de las lenguas sabias. No menos admirable se presenta á veces en sus poesías, en las que, recorriendo casi todas las cuerdas de la lira con la misma felicidad y gracia, divierte casi siempre, y á veces encanta é interesa.

Quevedo ha sido considerado por algunos como un escritor satírico, constantemente empleado en ridiculizar los vicios de su época y la inmoralidad de una corte corrompida, así como en vengarse de los agravios hechos á su persona y reputacion; pero á nuestro modo de ver, es preciso dar á sus punzantes sátiras un orígen mas noble y elevado. Al asestar sus tiros contra un orgulloso valido, árbitro, por decirlo así, de los destinos de la monarquía, Quevedo se propuso denunciar al público sus excesos y demasías, y derrocarle de su encumbra-



do puesto : fué pues el periodista de la oposicion en tiempo en que ni habia periódicos, ni era fácil tratar ciertas materias sino por medio de memoriales presentados al Rey, de papeles impresos y circulados clandestinamente, ó bien de poesías, en que diestramente y de una manera solapada se lograba el objeto apetecido. Esto hizo Quevedo, declarando desde luego guerra abierta á todos sus adversarios y acudiendo á cuantos recursos le ofrecian su mordacidad é ingenio; mas al hacerlo no podemos creer fuese tan solo estimulado por el deseo de vengar antiguos agravios; creemos, al contrario, que tuvo parte, y no poca, en su conducta el sentimiento de los males que amenazaban á su patria y el convencimiento íntimo de que marchaba á pasos de gigante á la postracion y ruina á que quedó mas tarde reducida en tiempo de Cárlos II.

Echase de menos una buena Vida de Quevedo, y una edicion completa y correcta de sus obras, en que, separado lo que no es suyo y se le atribuye, y analizado competentemente lo restante, veamos reunidas y juntas todas las producciones de su ingenio. Felizmente este deseo, comun á todos los amantes de las letras, va á ser cumplido, merced á los afanes, vigilias y copia de conocimientos de un distinguido escritor; y el público disfrutará dentro de poco una edicion completa de las obras de D. Francisco Gomez de Quevedo Villegas como parte de la *Biblioteca de autores españoles* del Sr. Rivadeneyra.

Cap. XXI, nota 22.—D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga, en su *Panegírico por la poesía*, obra rara y curiosa, copia como de Felipe IV el siguiente soneto :

Es la muerte un efeto poderoso,
Firme su proceder mal entendido;
Amada de Mitriades vencido,
Temida de Pompeyo victorioso;
Es la muerte un antídoto dudoso
Al veneno del mísero rendido,
Que de propias desdichas sacudido,
Libra en eterno sueño su reposo.
Puerto donde la nave, combatida

De la saña del mar contrario y fuerte,
Piensa tener propicia la acogida.
Es un bien no estimado de tal suerte,
Que todo lo que vale nuestra vida
Es porque tiene necesaria muerte.

En la biblioteca provincial de Cádiz, segun nos avisa nuestro amigo D. Adolfo de Castro, se conserva otra composicion poética de este monarca, escrita enteramente con títulos de comedias.

---

## ADDENDA ET CORRIGENDA.

P. 52, donde hablando del *Caballero determinado* se *dice*, consta de trescientas setenta y nueve décimas cortas, *léase* décimas de versos cortos, ó mas bien quintillas dobles.

P. 491, nota 20. — Segun el Sr. Monje, en su *Manual del viajero en la catedral de Búrgos* (1843, 4.°), Villegas, el traductor del Dante, murió á 6 de diciembre de 1536, de edad de 84 años.

P. 499, nota 56. — Después de escrita esta nota hemos logrado ver un ejemplar del *Sermon de amores*, y habiéndole comparado con el *Capítulo de amor* que se halla entre las obras de Castillejo (edicion de 1573, p. 203, y en la de 1598, fol. 83 vto.), resulta ser este en sustancia lo mismo que aquel, aunque considerablemente mutilado.

P. 508, nota 17.—Al fin de una obra latina del Dr. Francisco de Villalobos, intitulada *Congressiones vel duodecim principiorum liber nuper editus*, impresa en Salamanca por Lorenzo de Liom de Deis, 1514, fol., y dedicada al protomédico Fernando Alvarez, se hallan algunas cartas familiares suyas escritas en latin á varios personajes de la corte del Rey Católico (*Ejusdem Doctoris Epistolæ quædam familiares de vita ejus et fortuna parum tangentes*). Dos de ellas están dirigidas á su padre, una con fecha de 1498, en Zamora; la otra en santa María del Campo, 1507; dos á Gonzalo de Moros, 1501 y 1507; á D. García de Toledo, 15 de abril de 1508; al Dr. Parra, 23 de julio de 1508; á D. Fadrique de Toledo, duque de Alba y marqués de Coria, 1.° de marzo de 1509; á D. Cosme de Toledo, obispo de Plasencia, 9 de marzo de 1509, 20 de enero de 1510 y 10 de octubre del mismo año. Hállanse en ellas, así como en otras que él mismo dice haber publicado á continuacion de su comentario sobre Aristóteles, noticias muy curiosas no solo para la vida de su autor, sino tambien para la historia de las costumbres de la época, refiriendo á veces festivas anécdotas y graciosos cuentos de los señores á quienes visitaba, y pintándonos con desenfado su vida doméstica; razon por la cual concluye diciendo: *Hortor quoque lectores ne quis audeat ea ad sermonem traducere patrium.*

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

# ÍNDICE.

## SEGUNDA ÉPOCA.

## ADDENDA ET CORRIGENDA.

P. 52, donde hablando del *Caballero determinado* se *dice*, consta de trescientas setenta y nueve décimas cortas, *léase* décimas de versos cortos, ó mas bien quintillas dobles.

P. 491, nota 20.—Segun el Sr. Monje, en su *Manual del viajero en la catedral de Búrgos* (1843, 4.°), Villegas, el traductor del Dante, murió á 6 de diciembre de 1536, de edad de 84 años.

P. 499, nota 56.—Después de escrita esta nota hemos logrado ver un ejemplar del *Sermon de amores*, y habiéndole comparado con el *Capítulo de amor* que se halla entre las obras de Castillejo (edicion de 1573, p. 203, y en la de 1598, fol. 83 vto.), resulta ser este en sustancia lo mismo que aquel, aunque considerablemente mutilado.

P. 508, nota 17.—Al fin de una obra latina del Dr. Francisco de Villalobos, intitulada *Congressiones vel duodecim principiorum liber nuper editus*, impresa en Salamanca por Lorenzo de Liom de Deis. 1514, fol., y dedicada al protomédico Fernando Alvarez, se hallan algunas cartas familiares suyas escritas en latin á varios personajes de la corte del Rey Católico (*Ejusdem Doctoris Epistolæ quædam familiares de vita ejus et fortuna parum tangentes*). Dos de ellas están dirigidas á su padre, una con fecha de 1498, en Zamora; la otra en santa María del Campo, 1507; dos á Gonzalo de Moros, 1501 y 1507; á D. García de Toledo, 15 de abril de 1508; al Dr. Parra, 23 de julio de 1508; á D. Fadrique de Toledo, duque de Alba y marqués de Coria, 1.° de marzo de 1509; á D. Cosme de Toledo, obispo de Plasencia, 9 de marzo de 1509, 20 de enero de 1510 y 10 de octubre del mismo año. Hállanse en ellas, así como en otras que él mismo dice haber publicado á continuacion de su comentario sobre Aristóteles, noticias muy curiosas no solo para la vida de su autor, sino tambien para la historia de las costumbres de la época, refiriendo á veces festivas anécdotas y graciosos cuentos de los señores á quienes visitaba, y pintándonos con desenfado su vida doméstica; razon por la cual concluye diciendo: *Hortor quoque lectores ne quis audeat ea ad sermonem traducere patrium.*

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

